

Los mares grises sueñan con mi muerte

Cuentos completos de terror en el mar

W.H. HODGSON

Lectulandia

Los mares grises sueñan con mi muerte es donde toca cúspide la maestría de William Hope Hodgson en la narración como relato. Aunque en el presente tomo no sólo tenemos historias cortas, también un diario de a bordo, un glosario de términos y expresiones marítimas. La experiencia narrada contra un huracán. Poemas del mar. Un magnífico artículo con grandes dosis de ambiente. A través del vórtice de un huracán (con fotografías realizadas por el propio Hodgson).

Lectulandia

William Hope Hodgson

Los mares grises sueñan con mi muerte

Cuentos completos de terror en el mar

Valdemar: Gótica - 82

ePub r1.0
Titivillus 09.10.15

Título original: *Los mares grises sueñan con mi muerte*
William Hope Hodgson, noviembre de 2010
Traducción: José María Nebreda & Esperanza Castro
Ilustraciones: George Grie

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LOS CUENTOS DEL MAR DE W. H. HODGSON

Posiblemente lo mejor de la obra literaria de William Hope Hodgson[1] sean sus cuentos del mar y, dentro de ellos, los de tema terrorífico o sobrenatural. Aunque sus cuatro novelas (*Los botes del Glen Carrig*, *La casa en el confín de la tierra*, *Los piratas fantasmas* y *El reino de la noche*[2]), cada una en su estilo, son muy apreciables y hay quien sostiene que superan en calidad al resto de su producción literaria, es en sus relatos cortos, sobre todo en algunos de ellos, donde logra tocar las fibras del lector de una manera más emotiva e impactante. Los mejores cuentos de W. H. H. destacan por su sencillez, su capacidad para evocar imágenes y ambientes trágicos, sobrenaturales y malsanos, la soledad de sus protagonistas y la insignificancia de sus devenires en la inmensidad de un océano misterioso y desconocido, capaz siempre de sorprender a quienes lo surcan con terrores insondables, totalmente ignorados por las gentes confiadas que habitan tierra adentro.

A lo largo de su breve carrera literaria, Hodgson escribió un buen puñado de relatos, cuatro novelas acabadas y otra que quedó sin terminar (se trata de *Captain Dang*, de la que nos han quedado unas treinta páginas plagadas de aventuras y misterios ambientados en el mar), varios artículos y conferencias que trataban los temas más dispares (la vida en el mar, las pésimas condiciones de los marineros, de fotografía, ejercicios físicos y la gimnasia adecuada para mejorar el cuerpo, huracanes, etc.) y muchos poemas de tema marinero.

En cuanto a los relatos, que es de lo que se ocupa este libro, podríamos dividirlos en varias categorías más o menos acertadas, categorías que algunas veces traspasan los límites entre ellas, tomando un poquito de aquí y un poquito de allá, aunque algunos de los escritos caen claramente dentro de alguna de ellas. Voy a definirlas en orden creciente, desde las más claras hasta las menos obvias.

En primer lugar tenemos los cuentos de *Carnacki, el cazador de fantasmas*. Estos cuentos están protagonizados por un investigador de lo oculto; y este personaje, y el hecho de que siempre se reúna con sus amigos para narrarles su última aventura (un misterio sobrenatural que ha tenido que resolver), es el principal hilo argumental y nexo de unión de las diferentes historias. A pesar de todo ello, hay relatos, como “El encantamiento del *Jarvee*” (incluido en este libro), que tocan otras categorías.

A la segunda categoría yo la definiría como *Relatos puramente de terror ambientados en el mar*. Estos cuentos siempre se desarrollan en el mar o en los barcos que lo surcan, y el motivo central de la historia es un acontecimiento puramente sobrenatural, inexplicable y terrorífico. En esta categoría entran la mayor parte de los CUENTOS DEL MAR DE LOS SARGAZOS y muchos de los CUENTOS DE TERROR EN EL MAR. Nunca se da una explicación al hecho fantástico, ya sea una sustancia viscosa, un animal, cangrejo, pulpo o monstruo imposible, o un acontecimiento inverosímil en el mundo real. Desde mi punto de vista es de lo mejor

dentro de su producción literaria. Baste citar algunos de los relatos que se incluyen en esta categoría: “Una voz en la noche”, “La nave abandonada”, “Desde el mar sin mareas”, “La nave de piedra”, “Demonios del mar”… El terror siempre va en progreso. Los cuentos suelen comenzar en un ambiente relajado, una guardia nocturna tranquila, la charla entre los marineros sobre la cubierta, el oficial de turno apoyado sobre la barandilla de popa mientras contempla el mar, y poco a poco la atmósfera del relato va haciéndose más oscura, muy lentamente; la sensación de que algo extraño sucede va superponiéndose a la normalidad que debería imperar en el mundo corriente, hasta que el hecho sobrenatural se presenta en todo su esplendor y supera a los sorprendidos marineros que, contra su voluntad, se ven inmersos en él. A veces se intenta dar una explicación de lo acontecido, pero siempre lo sobrenatural queda abrumadoramente por encima de la posible realidad. Como el mismo Hodgson dice: «… nos alejamos de la desolación de aquel inmenso islote de algas, y seguimos nuestro viaje, dejando el misterio… a la soledad del mar y a la fascinación de sus enigmas impenetrables».



Hodgson y Lissie (su hermana) en la playa de Borth, Gales, hacia 1905.

La tercera categoría podría ser *Relatos de terror en el mar*. Estos cuentos comparten con los de la anterior categoría el comienzo y la parte central de la historia. En ellos se empieza narrando un acontecimiento en apariencia sobrenatural y la creación de la atmósfera también va dibujándose poco a poco, pero al final siempre se da una explicación científica o lógica, más o menos verosímil, aunque no siempre definitiva ("Viejo Golly", "El misterio del buque abandonado", "El navío silencioso"). También incluiríamos en esta categoría las narraciones en las que aparece algún animal marino real, aunque de hábitos y proporciones bastante poco corrientes (como por ejemplo el descrito en "El buque embrujado *Pampero*"); y también aquéllos en los que tiene lugar un hecho fantástico o fantasmagórico (como en "La noche partida" o "El regreso al hogar del *Shamraken*").

En la cuarta categoría, *Relatos de misterio en el mar*, nos encontramos con narraciones en las que se intenta explicar un acontecimiento misterioso, en apariencia sobrenatural, pero del que se tiene constancia, casi desde el principio del relato, de que en realidad es algo totalmente explicable por métodos científicos o lógicos, aunque al inicio cueste un poco dar con ello. En esta categoría también estarían incluidos todos los cuentos (tema recurrente en Hodgson) cuyo protagonista es el grumete o marinero de turno que intenta vengarse del despiadado oficial o capitán que le hace la vida imposible en el barco. Son narraciones escritas con gracia, a veces muy divertidas, y conservan todo el sabor marinero de los cuentos de W. H. H. Entre ellos podemos destacar "Lingotes", "Los tiburones del *St. Elmo*" o "Los fantasmas del *Glen Doon*".

La quinta categoría, *Relatos de aventuras en el mar*, abarca todos los cuentos del *capitán Gault*, los *cuentos del capitán Jat* y muchos relatos menores que Hodgson escribió por motivos más comerciales, incluyendo algunos bastante románticos. Muchos de ellos son verdaderamente buenos y siempre suelen incluir escenas de misterio y terror (está claro que Hodgson no podía evitarlo), y también mucha fantasía e, incluso, situaciones bastante cómicas. En este sentido, los CUENTOS DEL CAPITÁN JAT (incluidos en este libro) son una buena muestra de ello y están repletos de fantasía (al estilo de Robert E. Howard) y humor.

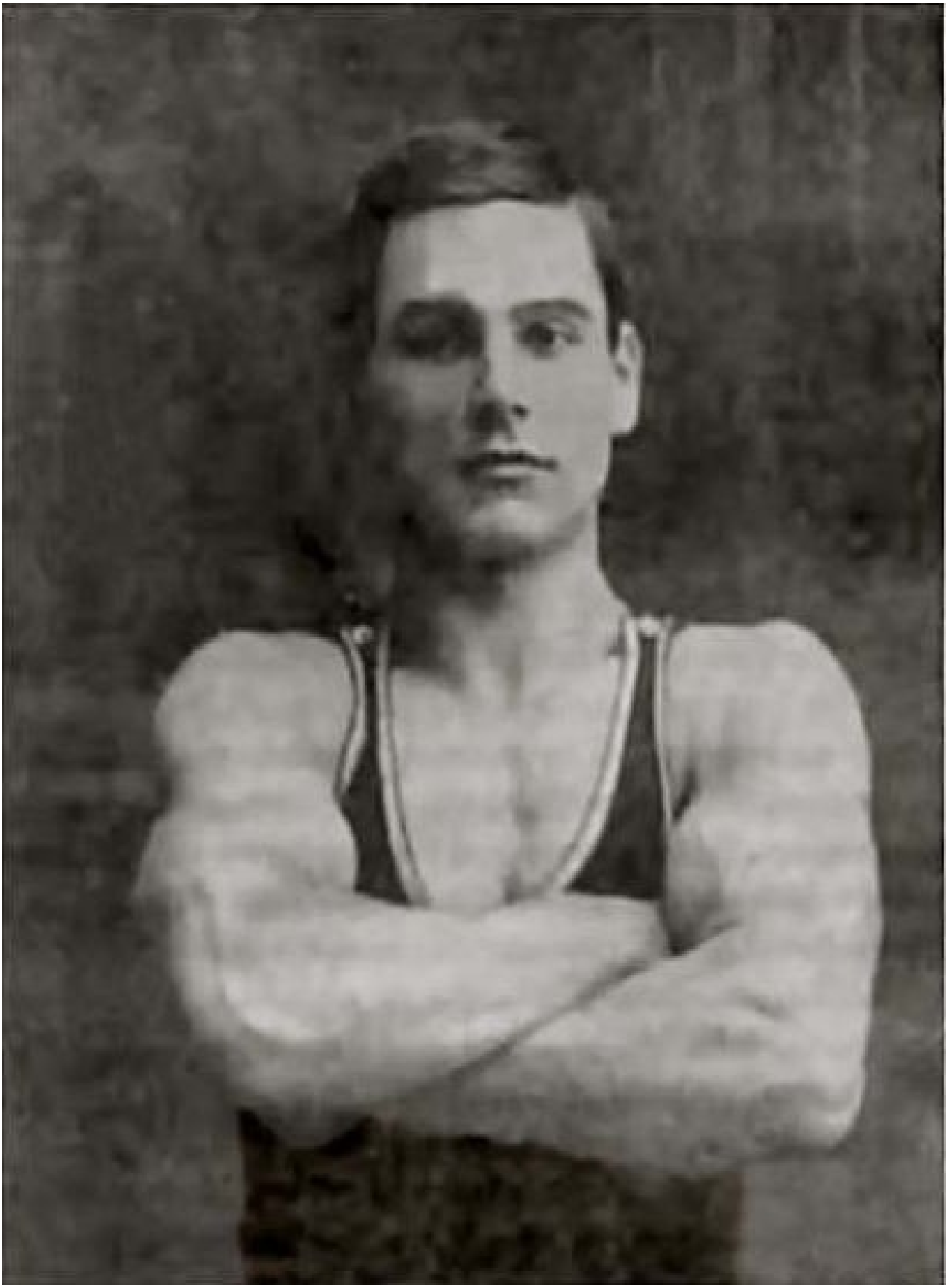


Foto de Hodgson para un cartel publicitario de su propia escuela.



La espalda de William H. Hodgson en una foto de entre 1899 - 1903.

Hodgson también escribió una serie de viñetas o pastiches sobre la vida marina que podríamos incluir en una sexta categoría: *Viñetas del mar*. Son pequeñas narraciones que describen de manera dramática la vida de los marineros. Al final de este libro me he permitido incluir las que he considerado más interesantes.

Por fin nos encontramos con la séptima categoría, que he definido como *Relatos de terror o misterio en tierra*. Aunque la obra de Hodgson toma como fuente de inspiración el mar, también tiene narraciones muy destacables que se desarrollan lejos del océano (no olvidemos sus maravillosas novelas *La casa en el confín de la tierra* y *El reino de la noche*). Dentro de esta categoría, bastante menos conocida para el lector español, hay un buen puñado de relatos como “Eloi, eloi, lama sabachtani”, “El terror del tanque de agua” (ambos incluidos en el libro *Un horror tropical*, publicado por Valdemar), “The Valley of the Lost Children” (de tema fantástico), “The Room of Fear”, “Sea Horses”, “The Inn of the Black Crow”, etc., aunque, como ya he dicho antes, pienso que lo mejor de la obra de W. H. H. son los cuentos de ambiente marinero.

La selección que he hecho para este volumen incluye todos los relatos de la segunda y tercera categoría, y una buena parte de los mejores de las siguientes categorías (excluyendo la última, pues se trata de una antología de cuentos que se desarrollan en el mar), así como uno de la primera categoría. No creo ir muy desencaminado si digo que aquí están los mejores cuentos de William Hope Hodgson (dejando aparte los de *Carnacki, el cazador de fantasmas* y los del *Capitán Gault*).

También he incluido una pequeña selección de sus poemas del mar (capítulo este que merecería un libro aparte, ya que su poesía no me parece en absoluto desdeñable), *un diario de a bordo* y un interesantísimo artículo-cuento, “A través del vórtice de un huracán” (con fotografías realizadas por el propio Hodgson), que describe con gran dramatismo y verosimilitud la singladura real que le obligó a traspasar una de estas terribles tempestades, durante la cual aprovechó para tomar las primeras instantáneas que existen sobre tal fenómeno atmosférico.

Dejemos ahora que el viento marino acaricie nuestros rostros y que, a pesar de los peligros y terrores que acechan en nuestra singladura, de los monstruos y aventuras

que nos veremos obligados a afrontar, de los desastres y tormentas que sin duda acechan en el camino, seamos capaces de arribar a buen puerto. Aunque… ¿quién sabe? Quizás no. ¡Que lo disfruten!

JOSÉ M. NEBREDA
Rivas. Junio de 2010

Sobre la traducción

Siempre he dicho (y me mantengo en tal afirmación) que, para disfrutar realmente y apreciar en su justo valor (o desvalor) cualquier obra de cualquier autor que escribe en un lenguaje distinto del nuestro, habría que leerlo en su idioma original. Por desgracia, esto es harto complicado; afortunados aquellos que son capaces de leer español, francés, inglés, alemán y ruso, por citar cinco de las lenguas que nos han obsequiado con algunas de las mejores historias escritas por el hombre. En consecuencia, los editores de libros y, sobre todo, los que no concebimos la vida sin tener entre las manos, o esperándonos en el sofá o en la mesilla de noche, unas cuantas (o unas muchas) de estas páginas encuadernadas en tela o cartón necesitamos de la figura del traductor.

Hay traducciones buenas y traducciones malas. Hay traducciones metódicas, profesionales, mecánicas, alucinantes, «pasotas», patosas, creativas (o sea, que más que traducciones son reescrituras —«perversiones», como las calificaba un amigo—, y es curioso, porque en algunos casos el resultado final puede ser mejor que el original que se ha «intentado» traducir), y también hay traducciones hechas con mucho amor (¡ojo!, éstas pueden ser buenas o malas, pero se nota en ellas el cariño puesto en su transcripción, y esto siempre se agradece).

En el caso que nos incumbe (este libro que tiene el amable lector en las manos), se trata de una obra cuyos cuentos se desarrollan en el mar —historias plagadas de ambientes, referencias y términos marineros— y su traductor es alguien que ama el mar (o la mar, como usted quiera). Por desgracia, este alguien (o sea, yo) sólo ha tenido la oportunidad de vivir o sentir la verdadera mar viajando un par de veces en un bote pesquero (de paquete), embarcando en múltiples ocasiones con la ilusión de un niño en «los Reginas» de Santander para cruzar la bahía o (si el tiempo no era malo) llegar hasta el Cabo Mayor, hacer la travesía de Tenerife a Fuerteventura y Las Palmas como militar de reemplazo con una mar picadísima (aún recuerdo la lluvia de vómitos que caían desde arriba por la popa), o hacerse un par de cruceros por el Mediterráneo en plan turista con niños (que, por cierto, en uno de ellos, en el Golfo de León —tela con el Golfo de León cuando se cabrea—, las olas llegaban al sexto piso del barco, y yo, viendo aquella danza increíblemente bella, inmensa y amenazadora, pensaba —con cierta envidia y mucho respeto— en los barcos pequeños, los veleros y las gentes que realmente viven el mar). Bueno, el caso es que mi experiencia del mar —aparte de lo ya mencionado— se limita a contemplarlo (eso sí, durante horas) desde el malecón de un puerto, desde algún acantilado, desde la terraza de un bar o café de algún paseo marítimo, desde las dunas del desierto y, desgraciadamente, poco más. Aunque también están los libros, esos libros que, desde la niñez, han inflamado nuestra imaginación de aventuras, salitre, velas al viento, piratas, monstruos, batallas, barcos y mares.

Con todo esto quiero decir que no soy un hombre de mar, sino sólo un traductor

que ama el mar y al que le cuesta en muchos casos dar con el término o el verbo adecuado para definir (traducir) muchas de las acciones, objetos o reseñas que tienen lugar en un libro escrito por un marinero (en el caso que nos ocupa, un marinero inglés llamado William Hope Hodgson), que amó-odió el mar como, creo, les ocurre a muchos de los que lo viven. Por eso siempre agradezco, a pesar de que la mayoría son críticas y correcciones a ciertas palabras, frases o verbos traducidos en el texto, las cartas (muy pocas, por desgracia) que de vez en cuando envían a los editores afeándome tal o cual transcripción de una palabra o verbo en un relato marinero. Me gusta especialmente cuando algún hombre de mar (marinos mercantes en varios casos) me escriben diciendo que leen los libros de relatos con tema marinero que esta editorial tiene a bien publicar (y, gracias a Neptuno, que son muchos), aunque luego provoquen mi vergüenza al censurarme ciertos usos del lenguaje marinero.

Estas críticas, siempre bienintencionadas, me sirven para corregir posibles errores y, aunque no estoy de acuerdo en todas sus afirmaciones, las agradezco y siento un gran placer al leerlas.

Al hilo de una de estas cartas quiero dejar escritas algunas consideraciones, disculparme por algunos usos del lenguaje a la hora de la traducción del texto del original inglés y pedir perdón por los errores que, sin duda, van a encontrar, sobre todo la gente acostumbrada al mar.

Como el libro que tiene en las manos es una amplia recopilación de relatos que han sido traducidos en un periodo de varios años, y a pesar de mis intentos de corrección de los más antiguos, es seguro que habrá diferencias puntuales en cuanto a la traducción y nomenclatura de varios términos náuticos. A continuación transcribo algunas de las correcciones que se me han hecho por parte de un oficial de la marina mercante, las cuales agradezco sinceramente. Muchas de ellas son efectivamente errores corregibles; otras no fueron llevadas a cabo por motivos puramente estéticos a la hora de traducir el texto (repetición de palabras, musicalidad, dificultades a la hora de entender lo traducido por parte del lector no acostumbrado al lenguaje marinero, etc.), y otras simplemente consideré preferible transcribirlas en términos más corrientes.

Cito literalmente algunos de los *textos* de la carta: «Ningún marino dice el mar, siempre *la mar*» (en realidad se pueden usar ambos géneros; ésta es una discusión eterna y enconada, aunque los hombres de mar siempre utilizan el femenino para referirse a ella/él). «En la mar no se tira nada, las cosas se *largan*. En los buques no hay cuerdas o cordeles, hay cabos con distintos nombres según su función (calabrotes, maromas, etc.). En los buques no se ata, se anuda, se liga o se amarra. En los buques no hay ventanas, hay *portillos*; no hay paredes, hay *mamparos*; no hay habitaciones o cuartos, hay *camarotes*; no hay lados, hay *costados*; no hay cuarto de navegación, hay *derrota*. Los buques no se dirigen, se *gobiernan*. Las distancias en la mar se miden en millas, nunca en kilómetros. Los buques no miden tantos metros de largo, sino tantos metros de *eslora*; ni metros de ancho, sino de *manga*. En los buques

no hay suelo, hay *tecle*. En cubierta se pisan los *baos* o, simplemente, *cubierta*. En los buques no existe la izquierda o la derecha, sino babor y estribor. No hay palanca de control, sino *sable*. En los buques, dentro del departamento de máquinas, los cargos son: jefe de máquinas, 1.er, 2.º y 3.er oficiales de máquinas, electricista, mecánico, calderetero, engrasador y limpiador…».

Creo que es interesante para el lector saber de primera mano los usos del lenguaje marinero. Como ya he dicho antes, los posibles errores del texto son sólo achacables a su traductor; y seguro que los hay. Algunos, como el tema de las millas, son errores intencionados; otros los he traducido con su correspondiente palabra, que no siempre coincide con la usada en el mar, por una cuestión meramente práctica (de cara al lector) o de musicalidad (de cara a que quedase bien en el texto); y otros son simples errores achacables a alguien que, como ya he dicho antes, desgraciadamente, y aunque ha invertido mucho trabajo de búsqueda y traducción en diccionarios y *webs* especializadas, no domina los términos que se utilizan habitualmente en los ambientes náuticos (y a propósito de esto, me ha venido muy bien la descripción del departamento de máquinas de un buque).

El lenguaje marinero es increíblemente rico y musical, palabras y palabras, verbos, términos y frases que la mayoría de nosotros no hemos escuchado jamás en nuestra vida. Es una maravilla leer esas palabras, empaparse de ellas: pecio, vertello, orza, lascar, imbornales, guindaleza, filar, chicote, contrete, boza, bita, alijar… Alijar, por ejemplo, es echar al mar mercancías, materiales, bultos, incluso aparejos, para aligerar el barco cuando está en peligro inminente de hundirse; chicote es el extremo libre de un cabo; lascar equivale a dejar correr o salir, o sea filar una escota o un cabo tenso para disminuir la tensión existente. Resultaría muy arriesgado traducir literalmente estos términos en un libro de entretenimiento cuyo público en general no tiene demasiados conocimientos del lenguaje marinero. Casi siempre he intentado usar el término náutico en lugar del que se usa en tierra: mamparo en lugar de pared, portilla o porta en lugar de ventana, toldilla en lugar de cubierta de popa, cabo en lugar de cuerda, etc. Aunque no siempre ha sido así; a veces de manera intencionada y a veces por simple error mío. Pido disculpas por ello al lector (y a los marineros que puedan leer esto con un ojo más crítico) y agradezco, una vez más, cualquier observación bienintencionada.

JOSÉ M. NEBREDA

EN AGUAS PROFUNDAS



El grumete Hodgson a cargo del timón, circa 1893-95

DIARIO DE NAVEGACIÓN

EL *CANTERBURY*, 1898

ABRIL 13

Embarcamos en el *Canterbury* sobre las 11 de la noche anterior, ya que el viejo *Euterpe en* el que habíamos llegado a Dunedin[3] iba a ser vendido. Hoy hemos estado acondicionando las literas.

Me gasté la paga diaria a la media hora de recibirla en la nueva colección de estampas. Esta noche he comprado otra (1/- Australia Occidental), que estaba agotada, y pagué 1/- por ella.

Me hice con 2 libras de cacao para ir a casa.

ABRIL 14

Tuve el día libre y fui con el rifle, aunque no cacé nada. Más tarde estuve con mis pesas y arreglando un poco el equipaje.

ABRIL 15

Volví a embarcar en el *Canterbury* y nos dedicamos a preparar las velas, palos y demás. Terminamos a las 2:30 p. m. Tomé un bote y fui al otro lado a cazar conejos con Menzies y Dodsworth. Resultado de nuestra expedición: cuatro conejos abatidos, de los que yo cacé uno, Menzies otro (con mi rifle) y Dodsworth los otros dos con su propia arma.

Por la noche: Limpié el rifle, guardé mis mejores ropas y botas y escribí a casa.

ABRIL 16, sábado

Dejamos el muelle a las 9 de la mañana. Giramos el cabrestante al compás de «Rolling Home to Merry England[4]» y en cuanto asomó el ancla fuimos remolcados río abajo hasta la barra. Aquí desembarcó el piloto, cruzamos la barra y llegamos a mar abierto. A la 1:15 p. m. habíamos largado[5] las cinco gavias y dos de los juanetes. Un poco después largamos el juanete restante.

Empezó a refrescar, así que hemos arriado los tres juanetes y las gavias de trinquete y mesana. Lluvia ligera.

Se han sorteado las guardias y a mí me ha tocado en la de babor. Esta mañana, antes de partir, recibí una carta y algo de lectura de casa.

ABRIL 17, domingo

Largamos las gavias de trinquete y mesana.

De 8 a 12: Desplegaron la mayor y la gavia de goleta. A las 8 p. m. se llamó a todo el mundo para cambiar el rumbo del barco, pero no hubo forma, así que lo dejamos de momento.

He tenido dolor de muelas durante todo el día. Me corté y lavé el pelo.

ABRIL 18, lunes

Guardia de media: Largamos los juanetes de proa y mesana. Apenas puedo distinguir la costa de Nueva Zelanda por el costado de babor.

ABRIL 19, martes

Mi primer turno a la rueda del timón de cuatro a seis de la madrugada.

Por la noche: Arrizada la vela mayor y aferrados los juanetes de proa y mesana.

ABRIL 20

Se empieza con las provisiones de sal. Mi turno de 8 a 10 en la rueda.

Por la noche: Llovizna suave. Arrizada y después aferrada la vela mayor.

ABRIL 21, jueves

Niebla cerrada. Avistadas 4 o 5 islas muy cercanas por el costado de babor. En la rueda del timón de 6 a 8 a. m. Largadas las gavias y el contrafoque. Calma chicha durante todo el día.

Por la noche: Al fin tenemos algo de brisa. Vela mayor arrizada. He estado pegando las estampas en mi álbum. Hoy hemos cruzado el meridiano 180°[6], así que mañana será otra vez jueves.

Lluvia y un tiempo muy feo. Trabajando un poco en mi esterilla.

ABRIL 21, todavía jueves

«El día sin hombres», lo llaman mis compañeros.

De 4 a 8: Juanetes de proa y mesana aferrados. A la rueda.

De 8 a 10: Ha estado lloviendo todo el día. El barco tomó por fin el rumbo adecuado.

Atardecer: Arrizamos las tres gavias. De 4 a 8: todos los hombres a arrizar la vela

mayor.

De 6 a 8: Han largado muy rápido las tres gavias. Navegando a toda vela. El barco se ha enderezado al rato.

Por la noche: Vergas aparejadas. Fuerte lluvia y viento fresco. Navegamos a casi 9 nudos.

ABRIL 23, sábado

Mi turno a la rueda del timón de 8 a 10 de la mañana, así que tuve la tarde libre para improvisar un cuarto oscuro en el inodoro de los oficiales. Éste es el único lugar que me puede servir. Durante la segunda guardia de cuartillo revelé dos placas, ninguna demasiado buena.

Por la noche: Trabajando un poco en mi esterilla. Arreglé mi saco de boxeo. Viento de popa, así que aferramos el juanete y el sobrejuanete de proa.

ABRIL 24, domingo

Juanete y sobrejuanete de proa largados. Esta semana mi turno a la rueda del timón es de 4 a 6 y de 2 a 4 a. m.

Me di un baño. Soltamos los rizos del sobrejuanete de mesana y luego fui a entrenar un poco con mi saco de boxeo. Viento cambiante.

ABRIL 25

Brisa espléndida, navegando a unos 12 nudos por hora con todo desplegado por encima de los juanetes de proa y mayor, y las dos gavias de mesana. Tomando muy poca agua. Trabajando un poco en mi esterilla.

Por la noche: Viento muy fresco. Tomé un poco de cacao y lo mezclé con miel en lugar de azúcar. No puedo decir que me gustase lo mismo, pero mejor eso que nada.



El mascarón de proa del Camerbury fotografiado por Hodgson, 1898.

ABRIL 29, viernes

Esta mañana sacrificamos nuestra primera oveja, así que comeremos algo de carne fresca. ¡Bendito sea el Cielo!

ABRIL 30, sábado

Largamos la mayor ya que apenas hay viento. Se ven todos los remiendos. Casi en calma chicha. Empecé mi jugo de lima. Me doy cuenta de que llevo mal las cuentas por tres días. Pensaba que habíamos zarpado de Dunedin el 16 y descubro ahora que, en realidad, fue el 13.

MAYO 1, domingo

Guardia de media: Cargamos la mayor y cuadramos las vergas bajo una fuerte lluvia.

Me duele mucho la cabeza desde hace unos días. Creo que es por culpa de este infame agujero lleno de corrientes en el que nos han alojado. ¡No es adecuado ni para los perros! Casi puedes entresacar los dedos de las manos por las rendijas.

Hoy ha hecho un día muy hermoso. Empezó a soplar algo de brisa durante la guardia de 8 a 10, así que largamos la mayor y la vela de estay de juanete mayor, y después ya no tuvimos nada que hacer.

MAYO 3

Guardia de media: Aferrados el juanete mayor y el sobrejuanete de mesana. A las 8 campanadas todos a cubierta para arrizar las gavias de proa y mayor. Viento refrescando.

De 8 a 12: Cogí un albatros con el primer oficial.

De 12 a 4: Fui con Ray otra vez a pescar algún albatros pero no capturamos nada. El segundo oficial hizo gala de su mal carácter y nos echó de la toldilla. Viento muy fresco. Estoy leyendo *A Strange Story*[7], de lord Lytton, y es muy interesante.

MAYO 4

Guardia de media: Son las 8:32 a. m. y estoy en mi litera (todo un récord para mí). Fuerte brisa y mar gruesa.

MAYO 5

Navegando a unos 7 nudos. Me dio un fuerte dolor de muelas así que me tomé una buena dosis de Eno[8]. Por la noche: Largada la mayor. Le di una de mis camisetas de tirantes a Sullivan, ya que él no parece tener ninguna.

MAYO 6

Sigo con el dolor de muelas. ¡Éste no es el mejor lugar para que te pase esto! De 12 a 4: Largada la mayor. Mar gruesa. Le presté a Sullivan un par de viejos pantalones de sarga.



El navío *Euterpe* un año después de que Hodgson lo abandonara. Pintura de Raymond Massey, cortesía del Museo Marítimo de San Diego.

MAYO 7

Fui a pescar Molly Hawks y albatros pero no pillé nada. Brisa ligera y variable. Mayor aferrada.

De 4 a 5: Todos los hombres a cubierta para acortar velas. Tomamos los juanetes y luego arrizamos y aferramos las gavias. A las 8 todo el mundo a virar. Me eché un sueñecito.

MAYO 8, domingo

Fui a pescar algo para Molly Hawks y atrapé tres peces. Me di una ducha. Parece una costumbre dominguera.

Tuve que hacerme cargo de la rueda del timón de 6 a 8 p. m. ya que Ray lleva enfermo todo el día y se han alterado todos los turnos. Viento borrascoso con mar muy gruesa. Nos hallamos en una zona muy abierta. Fuerte dolor de muelas. Con miedo de que fuera a más he gastado toda mi reserva de creosota.

MAYO 12, jueves

Hoy cumplimos un mes a bordo. Estaré la mar de contento cuando doblemos el cabo. En mi litera la mayor parte de la guardia, intentando mantener caliente mi rostro. Fuertes chubascos de granizo. Se han dado cuenta esta mañana de que sólo nos queda carbón para seis semanas, de manera que nos han quitado de golpe nuestro *burgoo* de una mañana para ahorrar carbón. Nos han jorobado bastante, pero, claro, si estamos tan locos como para venir al mar, ¡no podemos esperar más que ser una especie de cruce entre un perro y un esclavo! «¡Si el cerdo no se lo quiere comer, dáselo al marinero!».

MAYO 15, domingo

Nos han dado para comer pudín de ciruela, ¡y estaba asqueroso!

MAYO 18, miércoles

Largado todo el velamen. Apenas viento.

Primera guardia de cuartillo: Arrizada la mayor. Acabo de terminar *Vanity Fair*. Por la tarde remendé mis pantalones de piloto y estuve trabajando un poco en mi esterilla.

MAYO 19, jueves

De 4 a 6: Perdimos la braza de la gavia baja de proa. Todo el mundo arriba para acortar velas. Muchísimo viento.

De 6 a 8: Todos a recoger el trinquete y el velacho bajo y a las 8 campanadas a virar en redondo. Soplando muy fuerte. Le di un tiento a la *autoarpa*[9].

MAYO 21, sábado

Guardia de 4 a 8: Velacho bajo largado. Terminé el baúl pequeño de cáñamo entrelazado. Hoy han estado ligando brazas nuevas. También sacrificamos nuestra segunda oveja.

Por la noche: Finalicé el baúl grande de cáñamo. En la rueda de 10 a 12. Se quitaron los rizos de la mayor y trinquete. Viento de popa con chubascos dispersos.

MAYO 25, miércoles

¡Exactamente hoy cumplo cinco meses lejos de mi tierra! ¡Hurra!

Frío y muy poco viento. Tuvimos *dog's body*[10] para cenar. Últimamente ya nos han dado lo mismo varias veces; ¡tampoco está tan mal, ya que no hay nada mejor!

Última guardia de cuartillo: Sin viento. Se ha avistado una ballena muy grande cerca del barco. Fui a por la cámara aunque la luz era muy mala, pero al final tuve que desistir ya que el viejo animal no se ha asomado cuando yo lo quería. Evidentemente se trata de una ballena a la antigua usanza y tiene prejuicios con la fotografía.

Por la noche: Calma chicha.

MAYO 27, viernes

De 4 a 8: Todos a virar en redondo a las 8 en punto.

De 8 a 12: Limpieza de cubiertas. Sobre la 1, la gaza del moco del bauprés donde se anudan los cabos del moco se perdió, de manera que nos llamaron a todos para acortar velas, cosa que hicimos desde el juanete de mesana a las tres gavias bajas, y no volvimos a bajar hasta las dos, así que para recuperarme un poco hice algo de *toffee*[11].

Guardia de 5 a 6: Arreglada la gaza del moco. Mi *toffee* está muy bueno aunque no es lo suficientemente espeso. Creo que no lo he hervido todo lo que debía. Fuertes rachas de viento.

MAYO 29, domingo

Me di una buena ducha. Domingo típico. Navegando a 8 nudos con buen viento. Avistamos un navío (más bien una luz) al amanecer. Se trata de lo primero que vemos en casi cuarenta días.

MAYO 30, lunes

Empezamos con los cabos del moco a las 6:45. Viento constante y muy frío. Aferrado el juanete de mesana.

Guardia de 12 a 4: Acabamos los cabos del moco y tesamos los nervios de foque, después largamos los foques y el juanete de proa.

Guardia de 4 a 6: Navegando a más de 6 nudos. Fuerte dolor de muelas. El patrón me dio algo de creosota. ¡Estoy empezando a pensar que el dolor de muelas hace que uno esté de buen humor!

Hoy le he dado un tiento a mis libros de náutica.

JUNIO 1, miércoles

Apenas viento. Viramos a las 6 a. m.

Guardia de 8 a 12: Dos navíos avistados. Volvemos a virar a las 9 a. m. Leo los libros de náutica, etc.

De 12 a 4: Una ballena enorme nadando cerca del barco. Cojo la cámara pero, como es habitual, desaparece.

De 6 a 8, guardia de cuartillo: El patrón y yo tuvimos un enganchón estando en la rueda, pero la cosa no fue más allá de las palabras. Casi calma chicha. Terminamos el último *burgoo* esta mañana entre las lágrimas y lamentos de una hambrienta tripulación.

JUNIO 2, jueves

Hemos limpiado las cubiertas, hecho cajeta y jalado cabos durante la guardia de 8 a 12. Llovizna suave. Avistados dos navíos.

Guardia de 12 a 4: Lluvia y nieve. A las cuatro todos a cubierta a arrizar la mayor.

De 4 a 6: Mi turno en la rueda, nevada espesa y mucho frío. Tenía las manos congeladas a pesar de los mitones. Aferrados los juanetes y la gavia de mesana, y a las cuatro campanadas la mayor. El viento va a más. Dejó de nevar menos cuando venía un chubasco. Temperatura: 0° centígrados. Fuerte dolor de muelas otra vez.

JUNIO 3

Guardias de 12 a 4 y de 6 a 8: Todos los botones abrochados. Viento de popa. Navegando a más de 9 nudos.

Guardia de 8 a 12: Mayor arrizada y aferrados el juanete y el sobrejuanete de mesana. Brisa cada vez más fresca. Navegando a 10 nudos.

En el timón de 12 a 2. Chaparrones ligeros durante todo el rato. Sullivan apareció al atardecer.

Hoy atravesamos el Cabo de Hornos.

Primera y segunda guardia de cuartillo: Pequeños pedazos de hielo entran al barco. El viento ha disminuido un poco. He oído que doblamos el cabo sobre las 4 p. m.

Si no me fallan mis cálculos hoy estamos a 58° S. Le dejé un capote a Puddington. Hay luz desde las 8:30 hasta las 4 p. m.

JUNIO 4, sábado

Vientos fuertes, a una media de 10 nudos. Nos han llamado a las siete campanadas para acortar velamen y bajar el velacho alto y el perico.

El segundo oficial se ha herido la pierna cuando estaba en la verga del juanete de proa. Todos pensábamos que estaba rota. Se desmayaba y teníamos que sostenerle para que no cayera, pero mientras fuimos a por los arreos para bajarle y los llevábamos arriba empezó a sentirse mejor y pudo descender sin ayuda. Creo que ahora está confinado en cama, aunque no estoy seguro. En realidad lo que se ha lastimado es la rodilla. Le he dado mi viejo sudoeste[12] al compadre de Laira[13].

Por la noche: Nevando mucho, con una temperatura de hasta −1,3 °C. Guerra de bolas de nieve. Toda nuestra guardia abrió fuego sobre el oficial, que se lo tomó muy bien y se puso a tirarnos nieve desde la toldilla en cuanto tenía la más mínima oportunidad.

11:30: ¡Hemos tenido que limpiar la toldilla! Sullivan ha vuelto a caer enfermo. Dice que no puede soportar el frío.

JUNIO 6

Mucho frío aún. Terrible dolor de barriga. El patrón me dio algunas medicinas para tratarlo. Otro de los hombres también está enfermo con los mismos síntomas. He hecho un acollador para Chris.

Guardia de media: El dolor ha ido a más, así que Boddington ha calentado algunas planchas, las ha envuelto en un trapo y me las ha puesto sobre el estómago. Esto ha conseguido que el dolor disminuyera un poco. El segundo oficial me trajo

varias medicinas —*clorodina* y esencia de pipermín, creo— que también han ayudado algo, y al fin pude dormirme hacia las 4 a. m. No volví a despertar hasta las 11:30 a. m.

Sullivan sigue enfermo.

Posición: Lat.: 49,5 Long.: 56 W. Temperatura: −5,5 °C. Navegando a más de 8 nudos.

JUNIO 9, jueves

Guardia de media: Juanete y sobrejuanete de mesana largados. Muy poco viento y una incómoda llovizna todo el tiempo.

Atardecer: Tomé dos instantáneas del reflejo del sol sobre el agua.

JUNIO 10

Guardia de media: Virada en redondo hacia las tres campanadas y acto seguido, en cuanto roló el viento, tuvimos que cazar las velas al instante entre los sorprendidos vítores de la tripulación.

De 8 a 12: Aferramos el juanete de proa ya que se soltó el aparejo de la escota. Lluvia persistente. Terminé el acollador de Chris.

Por la noche: Juanete de mesana aferrado, braceamos a ceñir y largamos la mayor.

JUNIO 12

Guardia de media: Quitamos los rizos de la mayor.

De 8 a 12: Me afeité. Pudín para cenar.

De 12 a 4: Tuve una charla acerca de un pollo que Oliver se había «levantado» durante la guardia de media.

De 8 a 12: Arriamos los juanetes de proa y mayor, y las gavias altas, y a las 8 campanadas todo el mundo a embozar la mayor y la gavia alta, así que el barco sólo va ahora con las tres gavias bajas y la vela de trinquete.

Estoy haciendo una cajeta para otro compañero.



Vista de la proa y el mascarón de proa del navío *Canterbury* en Port Chalmers, Nueva Zelanda, 1875-1888.

JUNIO 14, martes

De 8 a 12: Envergamos la verga seca y a las 8 campanadas cambiamos la mayor.

Guardia de 12 a 4: Cambiamos el velacho alto y cuando estaban bajando el juanete de proa Dodsworth fue hacia el aparejo de lanteón en lugar de al chafaldete, con el resultado de que la vela cayó desde la verga de juanete con estrépito, así que a las 4 todo el mundo se puso a envergarla para que se pudiera secar.

De 4 a 6: Mayor arrizada y verga seca aferrada.

De 6 a 8: Juanetes de proa y mesana aferrados.

De 8 a 12: Brisa refrescando. Juanete mayor, 3 gavias altas y mayor aferradas, y a las 8 campanadas todo el mundo arriba a embozar mientras yo me quedaba sentado en mi litera, siendo de la opinión de que ya había hecho más que suficiente por una noche. ¡Mientras amarrábamos la gavia alta nos pilló un fuerte chaparrón y todos quedamos maravillosamente empapados justo antes de finalizar el turno e ir abajo! Pero, claro, si quieres ir a la mar…

JUNIO 16

Guardia de 8 a 12: Hice una instantánea de la tripulación mientras recogían la gavia alta desde la cruceta de proa; también hice otras de la cubierta, las velas, los mástiles, etc. Regulé el obturador un poco más rápido de la media y la abertura para luz moderada. Tomé otras con el estándar ISO[14] una placa desde la cubierta a popa de la mayor, también de las velas y de la guardia principal. Estoy más que ansioso por revelar las placas y ver qué pasa.

Guardia de 12 a 4: Juanete mayor enmendado. Vi una ballena enorme soplando por la parte de proa.

Guardia de 4 a 6: Hice una instantánea de las nubes en escala GSO, obturador a velocidad máxima y buena luz.

De 6 a 8: Me puse con el revelador de fotos y funciona muy bien sacando los negativos. Revelé las dos imágenes que tomé desde la cruceta de proa. Ambas están bien. La que hice del sol sobre el agua ha salido mal.

Apenas viento.

JUNIO 19, domingo

Buen tiempo y navegando a más de 4 nudos. Brisa constante.

Guardia de 12 a 4: Lavé 3 camisetas y un par de pijamas.

Segunda guardia de cuartillo: Me di un baño de agua salada.

JUNIO 20

Brisa suave. Tiempo espléndido. Trabajé un poco en mi esterilla durante la segunda guardia de cuartillo. Hoy sacrificamos a nuestra última oveja. No habrá más carne fresca hasta que lleguemos a casa.

JUNIO 22

Viento del sur. Empezamos con el *suji muji*[15].

Revelé varias placas del sol y las nubes. Algunas han salido muy bien. He estropeado la del gato que estaba saltando al ponerle demasiado carbohidrato de sodio.

JUNIO 24, viernes

Siete meses desde que dejé Glasgow.

Haciendo flechadura, etc. Navegando a más de 8 nudos.

Entramos en los trópicos al amanecer.

Por la noche: Navegando a 9-10 nudos. Brisa espléndida. Mantienen un vigía por si avista tierra.

JUNIO 25

Nos deslizamos a más de 10 nudos. Voy a empezar a entrenarme un poco desde esta mañana. No puedo hacer mucho pero intentaré beber menos y tomar la menor cantidad de carne en salazón posible. También tengo que correr y saltar un poco todas las noches.

De 12 a 4: Limpieza de cubiertas. Un pez volador cayó dentro del barco esta noche.

JUNIO 26, domingo

Cambié mi turno al timón con Ray y estuve de 10 a 12, ya que él se fue a hacer un tatuaje.

¡Me lavé y también lavé mi ropa como es habitual en domingo!

De 4 a 6: Varios ensayos de fuerza. Me afeité y más tarde avistamos un bergantín por el bao de proa. Trabajando un poco en mi esterilla. Hice 160 series con las pesas, y he superado el récord del segundo oficial por 30.

JUNIO 27

Haciendo más de 8 nudos. Temperatura en el camarote: 25 °C.

Me eché un sueñecito durante la última guardia de cuartillo. Hubo fuertes chubascos. Arriamos el juanete de mesana y cargamos la verga seca. Terminé *All Sorts and Conditions of Men*[16]. La mar de interesante.

Por la noche: Purg y Bruce tuvieron una pelea por la tarde.

JUNIO 28

Mucho calor. Temperatura en el camarote: 26,7 °C. He estado fregando y limpiando. Por la tarde me tumbé un rato. He limpiado 5 pañuelos, 2 fundas de almohada, 2 toallas y un par de pantalones de sarga.

JUNIO 29, miércoles

Frotando la pintura y limpiando el camarote por la mañana. Alrededor de 27 °C de temperatura. Esperamos ver los *Lizards*[17] en 30 días. Así que dentro de 34 días estaré en casa. Me pregunto si mis cálculos se cumplirán.

Guardia de 12 a 4: Cambiamos la gavia baja y el juanete de proa. Empezamos a pasar la piedra arenisca por la cubierta de la toldilla.

JUNIO 30

Navegando a más de 4 nudos. Pintamos y embreamos.

Guardia de 6 a 8: Avistamos un barco a vapor durante la última guardia de cuartillo, también vimos otro buque por barlovento.

De 8 a 10: Cuando estaba en la rueda, justo después de dar las dos campanadas, vi un sendero de maravillosa luz verde que apareció de un lado a otro del mar. Apenas duró dos segundos. Supongo que sería el reflejo de algo que yo no podía ver al interrumpir la verga seca mi campo de visión. Apareció un par de veces. La segunda tan sólo duró medio segundo, y se dejó ver justo después de la primera.

JULIO 1

Hicimos señas a un buque de pasajeros que se dirigía a casa. Bajamos la verga pequeña del palo trinquete, fue una tarea de lo más dura, pesaba unas 2 toneladas.

Guardia de 8 a 12: Pasé la mañana copiando una foto del *Canterbury*. Tuve un montón de trabajo intentando que quedara lo más enfocada posible, y también otra del *Euterpe*.

Hoy cruzamos la Línea del Ecuador. Todo el mundo ocupado embreando y alquitranando. También *Suji Muji*. Hoy no he hecho pesas ya que creo me vendrá bien un descanso. Llevo haciéndolas todos los días desde hace 50.

JULIO 2, sábado

Suji Muji en el costado de la caseta. Buena brisa y navegando a 8 nudos. Vientos del sur.

Guardia de 8 a 12: Conseguí que Oliver me hiciera una instantánea bajo el saltillo de popa. Luego fui a hacer mi turno a la rueda. Allí estaba Soot, así que le pedí que me hiciera otra instantánea.

Primera guardia de cuartillo: Terminamos de limpiar las cubiertas. Revelé 4 placas. Dos de las imágenes estaban mal enfocadas y eran totalmente inservibles. La que me hicieron en el saltillo de popa estaba casi en blanco y la otra a la rueda del timón simplemente pasable y poco más.

JULIO 3, domingo

Volví a hacer otra copia del *Canterbury* y del *Euterpe*, y espero sinceramente que esta vez queden mejor. Conseguí que Thomas me hiciera dos instantáneas, una de las cuales estropeó, así que me hizo otra.

El cocinero nos hizo hoy un *pastel de mar*[18] en vez del habitual «rooty». Estaba muy rico.

Segunda guardia de cuartillo: Revelé las dos copias que estaban nebulosas y algo desenfocadas. Mañana volveré a empezar con las pesas ya que he tenido tres días de descanso.

Por la noche: Le vendí a Boddington mis anzuelos por 1/3 de su valor. Eclipse de luna que duró casi media hora.

JULIO 4

Guardia de media: Bracear a ceñir en medio de un tremendo chaparrón de lluvia, tarea que nos mantuvo ocupados hasta las 4:30. Cargamos los 3 juanetes, la mayor y la verga seca, las velas de estay, etc. Todo largado excepto el juanete de mesana.

Guardia de 8 a 12: A restregar.

Guardia de 12 a 4: Sobre la 1 p. m. cayó un chaparrón realmente fuerte que nos obligó a cargar la mayor y la verga seca, y a arriar los estayes, tres juanetes y las tres gavias altas.

Limpié 9 piezas. Largadas las 3 gavias altas y el juanete mayor.

Primera guardia de cuartillo: Al timón.

Segunda guardia de cuartillo: Tiempo despejado al atardecer.

Por la noche: Empollando náutica… Reglamentos de tráfico.

JULIO 5, martes

Guardia de media: Verga seca y juanete de mesana largados. *Suji Muji*.

De 4 a 8: Calma chicha casi total. *Suji muji* y después preparé la ropa de cama.

Por la noche: Una maravillosa brisa, suave y constante. (Espero que pronto topemos con los vientos del NE). Cargaron las gavias y la verga seca justo antes de las 8 campanadas, ya que se preveían fuertes chubascos.

JULIO 6

Guardia de media: Los chaparrones empezaron a las 12:15. Apenas hacía viento pero cayó una tremenda cantidad de agua. Se arriaron y cargaron los tres juanetes, amarrándose el de proa y mesana. Los vientos refrescaron considerablemente después del chaparrón.

Arenando y cubriendo de velamen la cubierta de popa. Trabajando un poco en mi esterilla.

JULIO 8

Intercambié varios ganchos de velero con Boddington por un pote y medio de *Liebigs* y dos tarros de *Bovril*. También cambié mi cordel de pesca con Oliver por cuatro tabletas de tabaco.

JULIO 10, domingo

Guardia de media: Me negué a ir a la rueda del timón ya que están intentando persuadirme de que haga todos los turnos de noche.

Lavé el pijama, los pantalones, etc., y luego a mí mismo.

Guardia de 12 a 4: Trabajando un poco en mi esterilla. Hice una instantánea de Thompson, el cocinero, con indumentarias de *Highlander*[19] (que él mismo ha hecho). Me terminé la otra mitad del pote de *Liebigs*.

JULIO 11

Fregando y pintando. Esta mañana terminé con mi cacao.

Primera guardia de cuartillo: Acabamos de pintar y fregar. Empecé un bote de *Bovril*. Estuve entrenando un poco con el saco de boxeo durante la segunda guardia de cuartillo y aguanté diez minutos enteros sin errar un solo golpe.

JULIO 13, miércoles

Muy cálido. Más de 27 °C en el interior del camarote. Pintando las amuradas, etc.

Primera guardia de cuartillo: Beaumont pescó un bonito pequeño. Terminé de aprenderme las definiciones. Trabajando un poco en mi esterilla. Hoy salimos de los trópicos. Navegando a 3-4 nudos, con buen rumbo.

JULIO 14

Noventaiún días en el mar. Mucho calor. Más de 29 °C en el camarote. Calma chicha. Pintando las jarcias, aparejos, burdas, etc.

De 12 a 4: La temperatura en los camarotes subió a 31 °C, definitivamente demasiado caluroso para estar a gusto. Le dejé a Oliver mi sombrero para el sol a cambio de tres rollos de tabaco. Le dije que podía quedarse mi capucha de lluvia que le di hace algún tiempo, cuando perdió la suya.

JULIO 15, viernes

Todavía pintando, lijando y encerando, etc.

Le vendí a Oliver mi cámara de mano con dos transparencias negras por 25/-, y también 4 docenas de placas y tres marcos de impresión por 5/-.

Muy poco viento.

Guardia de 12 a 4: ¡Gran malestar! Se ha perdido un pincel pequeño. El patrón hizo llamar a todo el mundo y preguntó quién lo tenía. Al no encontrarlo se revisaron todos los baúles y literas, mas sin éxito. Finalmente se halló tirado sobre el tragaluz de la caseta (pobre viejo patrón, ¡no ha salido muy bien parado!).

Guardia de 4 a 6: Trabajé un poco en mi esterilla. Y la he terminado. ¡Hurra!

JULIO 17, domingo

Me di mi baño habitual.

Guardia de 12 a 4: Hice dos fotos de nosotros nueve (los aprendices), también hice una placa de las velas, las cubiertas, etc., y una exposición de varios segundos del camarote. Conseguí que el cocinero hiciera las fotos del grupo.

JULIO 18

Enceramos y alquitranamos la cubierta principal.

Guardia de 12 a 4: Hice 7 u 8 copias en grande de las imágenes marinas que tomé con el objeto de cumplir la promesa de dar una a cada uno de los demás aprendices. También hice dos placas más en la cubierta y otra de las velas a proa.

Por la noche: Hice dos transparencias del mar, una para mí y otra para Menzies. También hice otra del agua entrando en el barco que ha quedado muy bien. Le di una imagen del mar a Andy e hice un trato con Jones (un marinero raso) para intercambiar varios turnos a la rueda del timón por una foto que yo creo que está muy bien, ya que esta semana tengo varios turnos que no me van bien, que son el de 6 a 8 y el de 8 a 10.

Perdí una de mis capas, que salió volando por la borda.

JULIO 19

Estamos desguazando la jaula de las ovejas y el gallinero para tener algo de combustible, ya que nos hemos quedado sin carbón. En realidad, llevamos semanas quemando madera. También nos han quitado de golpe el café de las 5 a. m. para ahorrar combustible y te puedo decir que no es para tomarse a broma lo de aguantar de 6 p. m. a 8 p. m. y las guardias nocturnas, sin nada que meterse dentro (y menos para un muchacho, como es mi caso).

Le dimos otra mano a las amuras. El segundo oficial está en cama con una pierna en mal estado, así que el capitán se ha hecho cargo de su guardia.

Primera guardia de cuartillo: Hice una instantánea de las nubes, una escena de cubierta, otra del castillo de proa y otra de los foques desde las vergas de proa. Un par de veleros a la vista.

JULIO 20

Viento constante y navegando a más de 5 nudos.

Vi el trapo verde esta noche, y también Boddington. Luna nueva. Levanté cuatro veces con la mano derecha el bloque de hierro hasta ponerlo sobre mi cabeza y una vez más con la izquierda.

Posición: Latitud 36° 28’ N. Longitud 38° 5’ O.

JULIO 21

Pintando. Muy poco viento. Tomé un par de placas de la cubierta. Los botes, etc., y dos del botalón de foque.

Por la noche: Cambié las placas.

JULIO 22

Atardecer. Tomando fotos. Una a mí mismo, una a los hombres pintando el palo mayor, otra a los hombres pintando el botalón de foque y algunas escenas en la cubierta. Velocidad media. Tres navíos a la vista. Casi en calma chicha durante todo

el día. Por la noche hice algo de navegación y cambié las placas.

JULIO 23

Calma chicha. Tiburones por todos sitios. Temperatura: 27 °C.

Guardia de 8 a 12: Hice dos placas de las velas y una de la popa desde el aparejo mayor.

Por la tarde: Pintando, etc. Baldeamos las cubiertas y se dio por terminado el trabajo a las 3:30… la primera vez desde hace semanas.

Primera guardia de cuartillo: Tomé una imagen de las nubes. Cuadramos las vergas.

Segunda guardia de cuartillo: El sol se ha hundido en un banco de nubes, así que esperamos y rezamos para que aparezca el viento del oeste.

JULIO 24, domingo

Por fin conseguimos algo de brisa y navegamos a más de 3 nudos. Halando y tirando en las brazas.

Guardia de 8 a 2: Chaparrones. Viento por el costado de babor. Navegando a más de 5 nudos.

JULIO 25

Lluvia muy fuerte. Astillamos lo que faltaba de la jaula de las ovejas y el gallinero para combustible. Limpiando y lijando la parte exterior del castillo de proa.

Primera guardia de cuartillo: Hicimos señales a un navío por el costado de sotavento. El viento roló a popa.

Por la noche: Avistamos las luces de un barco de vapor por la aleta de proa. Posición: 35° 21’ O.

JULIO 26

Tiempo estupendo. Ningún barco a la vista. Navegando a unos 7 nudos. Por la tarde hice dos instantáneas muy nítidas del agua golpeando por debajo de las amuras. También hice una exposición prolongada del cabrestante, que me parece que tiene que haberse estropeado ya que dejé que el segundo oficial se paseara un rato por el encuadre.

1000 millas todavía para ver los Lizards. Esta mañana empezó a clarear a las 2:45 .

JULIO 27, miércoles

Brisa espléndida y navegando a 11-12 nudos. A las 7:50 a. m. el aparejo de la gavia alta se desprendió, lo cual nos hizo estar ocupados mientras la asegurábamos de nuevo después de poner un nuevo aparejo, etc.

Guardia de 8 a 12: Hice una placa de un ángulo de la cubierta. Pasé la tarde pintando, fregando, etc. Hemos recorrido 278 millas desde el mediodía de ayer hasta el de hoy. Oscurece a las 8 p. m. Avistamos un velero durante la primera guardia de cuartillo y en la segunda adelantamos a un gran barco a vapor, al cual hicimos señales. Arriamos el juanete mayor y las velas de estay de mesana y mayor.

JULIO 28

Buena brisa y navegando a más de 8 nudos. Avistamos e hicimos señas a un pequeño velero de madera.

Guardia de 12 a 4: Tomé un par de instantáneas del velero cuando nos cruzamos a unas 50 yardas el uno del otro, pero me temo que con las lentes cortas no van a salir muy bien. Hice otro par de instantáneas de los hombres mientras halaban de las brazas de la verga seca y virábamos por avante. Nos hallamos a 730 millas de los Lizards.

Por la noche: Cambié las placas. Avistamos otro velero, el *Mairi Shan*, de Londres. Partió de algún puerto de Australia con destino a Londres hace 140 días. Se supone que su botalón de foque es el más largo de todos los navíos británicos.

JULIO 29

El viento nos ha desviado 1 grado y medio. Restregando, limpiando y barnizando, etc. Hemos retomado el rumbo correcto. Avistados nueve veleros y un barco a vapor. A unas 580 millas de los Lizards.

JULIO 31, domingo

Muy poco viento. Avistados 17 buques desde arriba.

Guardia de 8 a 12: Un vapor (el H. M. S. *Maine*) se acercó mucho a nosotros y le hice un par de instantáneas. Lluvia y viento suave y cambiante. Un montón de trabajo halando y tirando. Hoy dimos cuenta de nuestra última lata de carne. Un velero alemán está a unas 800 yardas de nosotros desde las 2:30 p. m.

Primera guardia de cuartillo: Tomé una placa de los camaradas apoyados en el pretil y mirando al velero alemán.

Segunda guardia de cuartillo: Cogimos el viento por la amura de babor. Brisa

suave y agradable. Navegando a 6 nudos.

AGOSTO 1

Brisa suave. Haciendo algo más de 4 nudos. Lijando las partes altas. Grandes cantidades de marsopas por todo alrededor.

AGOSTO 2

Alzamos el ancla. Limpiando las vigotas.

Guardia de 12 a 4: Un velero pasó muy cerca de nosotros hacia la mitad de la guardia. Hice dos instantáneas de las nubes con la abertura en el n.º 3 y una velocidad rápida.

AGOSTO 3, miércoles

Brisa espléndida. Navegando a unos 10 nudos. Al mediodía nos hallábamos a 70 millas de los Lizards. Pintando y barnizando.

Primera y segunda guardia de cuartillo: Lluvia y viento cambiante. Verga seca amarrada.

Por la noche: Andy avistó las luces de Lizard por el costado de babor desde la verga seca (sobre las 8:15). La cargamos un poco. El viento entraba constante por el costado.

AGOSTO 4

Terminé mi último tarro de *Bovril* esta mañana. El viento es mucho más suave. Aún no hay tierra a la vista. A las 9:20 a. m. empezamos a ver algo y a las 4:10 p. m. distinguimos Portland Hill.

Segunda guardia de cuartillo: Hice dos placas de la puesta de sol.

Por la noche: Cambié las placas. Avistado el faro de St. Catherine[20] hacia las 11 p. m.

AGOSTO 5, viernes

Empecé a hacer el equipaje a las 4:15 a. m. Sobre las 5:50, el *Guiana* (un remolcador) se acercó a nuestro costado, pero como su precio era muy alto y teníamos un viento espléndido, el patrón lo rechazó. Sin embargo, se quedó a nuestro lado toda la mañana.

Dimos nuestra matrícula y pasamos *Beachy Head*[21] a las 4 campanadas. Navegábamos a 11 nudos y la marea nos arrastraba otros 4 o 5 más, así que casi

estamos volando a unas 16 millas por hora. Hay un montón de navíos a nuestro alrededor. Mi turno a la rueda esta mañana de 10 a 12.

1:30 p. m.: Nos abordó el piloto. Desenvergamos la vela mayor. Eché un sueñecito de 3:10 a 3:45 p. m.

6 p. m.: Dejamos atrás North Foreland[22].

6:20 p. m.: Echamos el ancla, después de una travesía de 111 días desde Dunedin, a la entrada de Margate y Broadstairs[23], ya que el viento es muy fuerte y viene de proa.

Tomé una instantánea del *Vindictive*. Esta noche he tenido suerte ya que saqué la muestra blanca cuando sorteamos las guardias en el ancla, así que no tengo nada que hacer ya que somos once para diez horas.

AGOSTO 6, sábado

Nos llamaron a las 4 p. m. para izar el ancla. El *Guiana* nos ha remolcado y, a pesar del viento, nos está llevando bastante bien.

Cosas que hacer esta noche: Escribir el diario. Cambiar las placas. Coser las pieles. Poner el rifle y los cartuchos juntos. Recoger anzuelos, guantes, saco de boxeo, reloj… Empaquetar mi esterilla y la cajeta. Las pieles del albatros y los manguitos, el acollador de Chris, el alga marina de Murdering Beach[24], mi cámara de fotos y las placas. Pedir los alicates al capitán. Etiquetar los bultos, afeitarme y adecentarme.

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y FRASES

ACOLLADOR: Cabos que se pasan por las vigotas para tensar las jarcias firmes.

AFERRAR: Plegar o enrollar con firmeza y asegurar (atar) una vela alrededor de su verga correspondiente.

AMARRAR: En términos náuticos, atar o asegurar firmemente.

AMURAS: La parte exterior del casco alrededor del navío y que sobresale un poco por encima de la cubierta.

APAREJO DE LANTEÓN: (tecle o lanteón): Aparejo compuesto por un cabo que pasa por un único motón fijo, y que sirve para izar las velas.

A POPA: Por la parte trasera de un navío.

ARRIZAR: (y después aferrar): Acortar o reducir el volumen de una vela tomando rizos. Generalmente se emprendía esta tarea a causa de los vientos fuertes.

BABOR (COSTADO DE BABOR): La parte izquierda de un barco mirando hacia delante (estribor sería la zona de la derecha).

BOTALÓN DE FOQUE: La parte media del bauprés, o todo el bauprés si no está dividido y es de una sola pieza, en la que se fijan los foques (los estayes de foque, para ser más correctos).

BOVRIL: Marca inglesa extremadamente popular que fabrica un caldo muy sabroso extraído de la carne de vaca (desde 1874, aprox.); es toda una institución en los hogares británicos. Se le dio ese nombre al sonsacar el término «vril» de la pionera novela de ciencia-ficción de Bulwer Lytton titulada *Vril, The Power of the Coming Race* (1871). En la historia, «Vril» es un «fluido totalmente permeable», un alimento como ambrosía, que actúa como fuente de una energía muy primitiva y misteriosa que es utilizada para múltiples empresas por la raza subterránea de Lytton, con el objeto de fortalecer su avanzada civilización.

BURGOO: Potaje hecho de harina de avena y leche, cuyo origen se remonta a las tripulaciones que navegaban por aguas profundas durante el siglo diecisiete, cuando los marineros subsistían a base de un potaje de harina de avena hecho con el grano del Medio Oriente (*bulgur o bulghur*) y mezclado con trigo o maíz. El término aparece por primera vez en 1650, en el libro *Adventures by Sea,* de Edward. En los Estados Unidos la palabra se usa para referirse a cualquier tipo de sopa de carne muy espesa o a los restos que quedan después de trocear verduras; en general se trata de un potaje muy espeso.

CAJETA: Ligada en forma de trenza que se utiliza para hacer alfombrillas o esteras; generalmente los cordeles o bramantes provienen de la fibra de coco.

CARGAR UNA VELA: Halar del puño de escota (ver) de una vela para recogerla.

CASTILLO DE PROA: La parte superior de la cubierta desde el mástil de proa (o trinquete) hacia proa; o, como dicen algunos, hacia delante de la parte de atrás de la mesa de guarnición de trinquete. También, la parte delantera de un buque, debajo de la cubierta, donde viven los marineros.

CHAFALDETE: Cabos de labor que accionan en los puños de escota (ver) de una vela cuadra para cargarla (recogerla).

CLORODINA: (*Chlorodine o Chlorodyne*, en inglés): Una popular medicina patentada y embotellada en la época victoriana, basada en la morfina; en principio, una combinación de morfina, opio y cloroformo, equivalente a la heroína si se toma a grandes dosis. La *clorodina* del Dr. J. Collins Brown (1856) fue una marca muy conocida que prometía aliviar el cólera, la diarrea, la tos, los resfriados, neuralgia, reumatismo, bronquitis, cólicos, calambres, espasmos, dolor de estómago, dolor de tripa, insomnio y otras enfermedades varias. Las bebidas a base de marihuana también se vendían en la forma de la *clorodina*, un jarabe marrón oscuro que contenía una mezcla embriagadora a base de extracto de cannabis (el «ingrediente secreto» de muchas medicinas patentadas), morfina y cloroformo. La *clorodina* terminó siendo una sustancia controvertida, y la legislación acabó controlándola a partir de 1876, debido a su contenido en morfina y cloroformo; aun así, se siguió haciendo un uso abusivo de ella.

CREOSOTA: Nombre popular de una pasta para los dientes; un remedio a base de plantas utilizado para atenuar los vómitos y para el dolor de muelas, extraído de la resina de la creosota.

CRUCETAS: Maderos laterales fijados a varias alturas del palo para distanciar del mismo los obenques.

CUADRAR LAS VERGAS (ver VERGA).

DE PROA A MESANA: (o de adelante a detrás): Se refiere a la longitud de un navío, de proa a popa.

DÍA SIN HOMBRES (NO MAN’S DAY): Término usado para referirse al día que se gana o pierde al cruzar la Línea Internacional de Cambio de Fecha, o meridiano 180.

DOG’S BODY: Una especie de pudín de guisantes (los guisantes se pelan y filtran, y luego se hacen hervir añadiéndoles mantequilla, harina y sal); las palabras *dog* (perro), *duff* (soso, insípido, culo), *dowdy* (desaliñado), *dick* (estúpido, polla), se usaban para describir varios tipos de pudín inglés y todas provienen de la misma palabra del inglés antiguo *dough* (pasta, amasijo). No debe ser confundido con

comerse realmente un perro, que, por otra parte, durante el siglo diecinueve muchos marineros consideraban una comida decente.

ENO: «Una dosis de Eno» se refiere a la invención de Jonathan E. Eno, un químico londinense conocido por su fórmula a base de bicarbonato de soda, ácido tartárico y sales de Rochelle (tartrato de potasio sódico); en esencia, los mismos ingredientes utilizados por Tarrant & Co. para su Agua Efervescente Seltzer. La comercialización de las «Sales de Frutas» como un remedio para los dolores de estómago comenzó hacia 1880. Se anunciaba que estaba hecho de un extracto de frutas maduras cuyo resultado era un brebaje que daba vigor y aumentaba la salud, producido y comercializado por Eno’s Fruit Salt Works, Hatcham, London.

ESENCIA DE PIPERMÍN: Hierba medicinal, usada para el nerviosismo, insomnio, calambres, tos, migraña, mala digestión, ardor de estómago, náuseas, dolores abdominales y de cabeza.

FOQUE: Vela de cuchillo triangular que se enverga en un estay.

GAVIA: En los veleros o grandes embarcaciones de velas cuadras, la segunda vela contando a partir de la base del palo mayor.

GAVIA DE MESANA: En un navío de tres palos, la segunda vela contando a partir de la parte baja del palo de mesana.

GUARDIA DE CUARTILLO: Las dos guardias de cuartillo se introdujeron para que hubiese un número impar de guardias cada veinticuatro horas. De esta manera se evitaba que en las guardias estuvieran de vigilancia los mismos turnos todos los días. El origen de su nombre (en inglés *dog-watch*, «guardia de perro»), que proviene del siglo diecisiete, se desconoce.

GUARDIAS: Las guardias rotaban de la siguiente manera:

Guardia de media: de medianoche a las 4:00 a. m.

Guardia de alba: de las 4:00 a. m. a las 8:00 a. m.

Guardia de mañana: de las 8:00 a. m. a mediodía.

Guardia de tarde: de mediodía a las 4:00 p. m.

Primer cuartillo: de las 4:00 p. m. a las 6:00 p. m.

Segundo cuartillo: de las 6:00 p. m. a las 8:00 p. m.

Guardia de prima: de las 8:00 p. m. a medianoche.

JUANETE (VELA): La segunda vela, contando desde arriba (desde el tope del

palo), en los barcos de varios mástiles aparejados con velas cuadras.

LIEBIGS: Una marca de extracto de vaca con la que se hace un brebaje caliente, como el té (ver BOVRIL).

LUCES DE LIZARD (EL LIZARD): El Faro de Lizard, en Lizard Point, Cornwall, está situado en un desprendimiento de rocas y es una marca costera que sirve para guiar a los navíos en su ruta por el Canal de la Mancha y advertirles de las peligrosas aguas de Lizard Point. Fue levantado en 1619, pero hasta 1924 no tuvo luz eléctrica. Las peculiares torres gemelas del Faro de Lizard señalan el punto más al sur de la zona continental de Gran Bretaña.

LUZ (LUMINARIA, FARO) DE ST. CATHERINE: Faro situado en Niton Undercliff, a cinco millas de Ventnor, en la Isla de Wight. El primer faro sobre el acantilado de St. Catherine fue construido a principios del siglo XIV. El faro actual entró en servicio en 1840, pero la torre original de 37 metros de altura se veía tapada con frecuencia por la niebla y se optó por reducir su tamaño al que ahora tiene, 26 metros, en 1875.

MESANA (PALO o MÁSTIL): En un navío de tres palos, el que está más hacia popa.

MOLLY HAWKS: («Fui a pescar Molly Hawks y albatros…»): Grandes aves marinas que suelen avistarse con frecuencia en los viajes de Glasgow a Australia y Nueva Zelanda. Los marineros, para complementar su dieta o simplemente por deporte, solían tirar al aire ganchos y poner cebos en la baranda para pescar a las grandes aves. El procedimiento, tal y como lo describe Jack London en *The Mutiny of the Elsinore* (1907) es el siguiente: los marinos sueltan los cordeles con mucha lentitud mientras el barco se desliza por el agua. Cuando el ave queda enganchada, tiran del cordel hasta que está en el costado. El truco es mantener el cordel muy tenso; un gancho casero bien hecho ayuda a que el pico curvo del ave quede enganchado en su ángulo agudo, de manera que si se afloja la tensión el ave puede soltarse. Cuando la presa está en el costado del buque hay que sacarla del agua por encima de la baranda sin atascarse en ningún sitio y manteniendo el cordel muy tenso, o de lo contrario el ave se escapará.

NUDO: Unidad de velocidad usada en barcos y aviones que equivale a una milla náutica o 6076 pies por hora (alrededor de 1,15 millas o 1,85 kilómetros por hora).

PALOS: Término general usado para referirse a los mástiles, vergas, botalones, picos, etc.

PASTEL DE MAR: Un pastel «en capas» al que se daba nombre por su tamaño (por ejemplo: un «tres puentes») en vez de por su contenido, el cual podía consistir en casi cualquier cosa; se hacía a base de varias capas (puentes) de bizcocho separadas por distintos rellenos que podían variar de capa en capa, entre los cuales eran

comunes carnes y verduras de todo tipo (muy parecido al «pastel del pastor», cuyas capas estaban formadas por patatas en vez de bizcocho).

PIEDRA O LADRILLO DE ARENISCA: Generalmente se trataba de un ladrillo de los usados para construir chimeneas y servía para raspar y quitar la pintura de las cubiertas de madera. Se echaba arena y agua de mar en la cubierta y se rascaba una y otra vez con el ladrillo.

PILOTO: Una persona cualificada para asistir al patrón de un barco en la entrada o salida de un puerto.

PUDIN DE CIRUELA: En esencia, el pudín es una pasta o masa que se transforma en «pudín de ciruela» al añadirle (generalmente) uvas pasas o grosellas mohosas; una mezcla hecha con ciruelas secas, uvas pasas o grosellas. Otro nombre que se solía dar a este tipo de pudín era «polla o espeso (*dick*, en inglés) moteada (*spotted*)».

PUÑO DE ESCOTA: La esquina más baja de las velas cuadras (la vela mayor o el foque), o la esquina más a popa de los foques y la cangreja.

QUITAR LOS RIZOS: La parte de la vela que se enrolla y amarra para reducir el área expuesta al viento durante una tormenta.

SOBREJUANETE MAYOR: La vela más alta del palo mayor (el del medio) en un navío de tres mástiles.

SUJI MUJI: Del indostánico, una mezcla hecha a base de lima y soda que servía para desprender la pintura vieja; polvo limpiador para frotar la pintura.

TOLDILLA: Se refiere al pequeño puente que está un poco por encima de la cubierta principal, a popa (en la parte de atrás) del barco. En los días en los que aún no se utilizaban inodoros internos, se erigía al final de esta zona una estructura que sobresalía un poco sobre el agua con el fin de aliviar las necesidades corporales.

VELA DE ESTAY: Vela triangular sujeta de palo a palo en un estay.

VERGA: Percha o palo cónico, de madera o metal, que se va estrechando en los extremos y que sirve para envergar una vela. La verga se sujeta y cuadra a los mástiles y en ella se sustentan y despliegan las velas.

VERGA SECA: También llamada gata. La verga más baja del palo de mesana cuando carece de velas (de ahí su nombre).

Referencias:

DANA, R. H. JR.: *The Seaman's Friend: Containing a Treatise on Practical Seamanship, with Plates; A Dictionary of Sea Terms; Customs and Usages of the Merchant Service; Laws Relating to the Practical Duties of Master and Mariners, Thomas Groom & Co*. (Boston), 1851.

GROSSMAN, Anne Chotzinoff y THOMAS, Lisa Grossman: *Lobscouse & Spotted Dog*, W. W. Norton & Co. (Nueva York), 1997.

MALAGÓN ORTUONDO, J. M.: *Diccionario Náutico Inglés-Español, Español-Inglés*, Editorial Paraninfo (Madrid), 1992.

CAZZAROLI, Gianni: *Enciclopedia del mar y de la navegación*, Orbis (Barcelona), 1988.

A TRAVÉS DEL VÓRTICE DE UN HURACÁN

Fue a mediados de noviembre cuando el velero de cuatro palos *Golconda* descendió desde Crockett y echó el ancla frente a la colina Telegraph, en San Francisco. Llevaba un cargamento de grano y estaba a punto de comenzar el viaje de retorno a su puerto de origen, para lo cual debía pasar el Cabo de Hornos. Cinco días después fue remolcado a través del Golden Gate[25] y un poco más allá de las Heads soltó los cabos de arrastre y se hizo a la mar, dando comienzo a una travesía que a punto estuvo de ser la última.

Durante las dos primeras semanas tuvimos el viento en contra, pero transcurrido ese tiempo atrapamos una brisa favorable que nos llevó un par de grados por debajo del Ecuador. Allí nos quedamos, y tuvo que pasar otra semana entera hasta que pudimos volver a movernos y seguir nuestro rumbo por el hemisferio meridional. A unos cinco grados al sur del Ecuador nos topamos con un viento fresco que nos ayudó a recorrer otros diez o doce grados, y entonces, una mañana temprano, el viento nos abandonó de golpe, dando paso a una violenta, aunque breve, tormenta.

Durante ese día, el viento, como ya he comentado, cesó por completo y nos quedamos inmóviles bajo un sol ardiente. Cargamos las velas bajas para evitar que se desgastaran con el roce mientras nos balanceábamos perezosamente. El calor fue incrementándose durante el día y así, hora tras hora, mientras el sol avanzaba sin descanso sobre el horizonte, la sensación de ahogo se hizo más intensa. Y entonces, creo que hacia las cuatro y media de la tarde, fui consciente de una especie de destello insólito, antinatural, difuso y de un color rojizo como de ladrillo que surgía del cielo. Mientras estaba observando aquel fenómeno el primer oficial se puso a mi lado. Al cabo de medio minuto exclamó bruscamente:

—¡Escuche! ¿Oye eso?

—No, Sr. Jackson —contesté—. ¿A qué se refiere?

—¡Escuche! —repitió, y yo le obedecí y durante un par de minutos más me quedé en silencio.

—¡Ahí…! ¡Ahí está de nuevo! —exclamó de repente, y en ese mismo momento lo oí, un sonido semejante a una especie de gruñido suave y extraño que se perdía en la lejanía por el nordeste.

Aquel atardecer disfrutamos de un ocaso increíblemente espléndido que, desde mi punto de vista, resplandecía de una manera un tanto anormal. Creo recordar que fue en esos momentos cuando el primer oficial le dijo al capitán que íbamos a tener mal tiempo y que pensaba que un huracán estaba a punto de echársenos encima; pero el capitán, que era un tipo bastante joven e inepto, le contestó que él confiaba ciegamente en el barómetro y que éste se mantenía estable.

Recuerdo que aquella noche mi turno de guardia era desde medianoche hasta las cuatro de la madrugada. Enseguida me di cuenta de que el primer oficial estaba

inquieto ya que, un poco después de relevar al segundo oficial, dejó de pasear por la toldilla, fue hasta donde yo estaba y se inclinó sobre el pasamanos a mi lado.

—Ojalá el patrón hubiera acortado todas las velas superiores hasta las gavias bajas —comentó en voz baja un poco después—. Se nos echa encima un tiempo infernal. ¡Puedo olerlo!

Mientras hablaba sonó una especie de lamento muy débil y lejano que parecía reverberar de manera extraña sobre la lisa superficie del mar. Y después… silencio. El primer oficial se irguió y volvió la cabeza para mirarme.

—¿Sabe usted? —dijo—, tan sólo una vez en toda mi vida he oído algo semejante, y fue justo antes del huracán que acabó con el *Loncing* y el *Eurasian* en el Océano Índico.

—¿Piensa entonces que hay un peligro *real* de toparnos con un huracán? —le pregunté, no sin cierto entusiasmo.

—Creo que… —empezó, pero se detuvo de repente y lanzó un juramento—. ¡Mire! Un relámpago centella[26]. ¡Me jugaría el cuello! ¡Fotografíelo mientras pueda! ¡No volverá a tener una oportunidad como ésta el resto de su vida!

Miré donde me indicaba y observé con gran claridad unas lenguas enormes, pálidas y fluctuantes *que parecían salir del mar*. Permanecieron en la atmósfera entre diez y quince segundos, y durante ese tiempo fui capaz de tomarles una instantánea. Justo después de guardar la placa, el primer oficial me dijo que estaba completamente convencido de que una poderosa tormenta huracanada estaba a punto de caer sobre nosotros desde el nordeste.

Con la llegada de la luz del día se produjo un cambio: divisamos una cortina de nubes bajas que se acercaba muy lentamente desde el nordeste y que trepaba por la recién despuntada cara del sol, brillando de manera insólita y un tanto anormal. El barómetro también mostró al fin señales de cambio, ya que subió un poco durante un rato y luego se desplomó diez medidas.

A las ocho campanadas fuimos relevados por la guardia entrante y yo marché abajo a dormir un poco. A las ocho en punto, cuando regresé al puente, descubrí que el mar había empezado a levantarse un poco y que el sol se hallaba oculto tras un chubasco intenso que arreciaba por barlovento y se acercaba a nuestra posición. Quince minutos después golpeó el barco, levantando una enorme cortina de espuma y llevándose el escotín de la gavia de goleta. Al instante, el pesado anillo de hierro del puño de escota de la gavia empezó a sacudirse y golpear con violencia, mientras la vela gualdrapeaba zarandeada por el viento, azotando la verga de hierro; pero el chafaldete estaba bien cargado y pudimos continuar navegando con la misma vela. Entonces el primer oficial me mandó abajo, a la cámara principal, para que le echase otro vistazo al barómetro, y descubrí que había caído otras diez medidas. Cuando se lo dije ya había tomado el juanete mayor, aunque lo dejó amarrado a la vela mayor a la espera de las ocho campanadas, momento en el que todos los hombres estarían en cubierta para echar una mano.



Caían a plomo y arriamos las velas para que no gualdrapearan.

Un poco después de la una de la tarde volví a cubierta y descubrí que el viento había refrescado considerablemente. A las cuatro en punto la espuma nos azotaba con violencia y, en ocasiones, el agua entraba a bordo por toneladas. Y sin embargo, la situación aún no resultaba especialmente preocupante para cualquier marinero curtido. Tan sólo se trataba de una galerna de vientos moderados. En realidad, en aquellos momentos, yo también pensaba que el capitán tenía razón, que el tiempo no iba a empeorar mucho más, y así se lo dije al primer oficial, lo cual le hizo sonreír de una manera un tanto amarga.



Algunos hombres subieron a la arboladura para reparar los desperfectos.

—¡No se confunda, marinero! —dijo señalando a sotavento, por donde los

relámpagos restallaban incesantes bajo un cielo cubierto de negras nubes—. Nos hallamos en las inmediaciones de un huracán. Recuerde mis palabras. ¡En menos de doce horas estará sobre nosotros!

Aquella noche estaba de guardia desde las ocho a las doce. A medianoche marché abajo a acostarme un rato. Cuando fui de nuevo llamado a las cuatro en punto me encontré con una situación muy diferente. El día empezaba a despuntar y podía verse un mar muy agitado, con tendencia a encresparse, mientras que el cielo mostraba por todas partes una luminosidad anaranjada con parches rojizos en diferentes lugares, dando al entorno una apariencia portentosa y de una grandeza sobrenatural.

Subí a la toldilla con mi cámara a cuestas. Allí me encontré con el primer oficial.

—No creo que necesite esa pequeña caja —dijo mientras golpeaba ligeramente mi cámara con los dedos—. Supongo que encontrará un ataúd más adecuado. ¡Mire!

Enseguida vi lo que me estaba señalando: se trataba de una inmensa muralla de nubes negras que se extendía unos siete grados de horizonte, desde el norte hacia el este, y se elevaba cerca de quince grados sobre el cielo. La intensa, compacta negrura de aquella nube resultaba sorprendente, amenazadora y se asemejaba más a una inmensa línea de negros acantilados que a una masa de espeso vapor. Miré a la arboladura y vi que los hombres de la otra guardia estaban asegurando la sobremesana alta.

En ese momento el capitán salió al puente y se encaminó hacia el primer oficial.

—El barómetro ha caído otras diez medidas, señor Greyson —apuntó mientras miraba a barlovento—. Creo que deberíamos quitar el velacho alto y la gavia alta.

Apenas había terminado de hablar y el primer oficial ya estaba abajo, en la cubierta principal, gritando:

—¡Arriar drizas de velacho y gavia alta! ¡Maniobrar chafaldetes y brioles!

Cuando las gavias altas estuvieron aferradas me di cuenta de que el resplandor rojizo se había desplazado hacia barlovento y el muro de nubes negras había desaparecido, y que en su lugar los nubarrones por aquella zona iban adoptando una apariencia dura y encopetada, mientras cambiaban de forma con enorme rapidez. Entonces, con la misma brusquedad que la detonación de un poderoso obús, se oyó un profundo bramido que venía del nordeste y que fue desapareciendo en una serie de gruñidos inconexos. No se trataba de un trueno. Era la voz del huracán que se acercaba.

En ese mismo instante el primer oficial me dio un codazo y señaló algo. Entonces vi, a unos doscientos metros por la popa, un enorme torbellino de agua que iba del mar a las nubes y se acercaba a nuestra posición. En su base el agua espumeaba de una extraña manera y todo él parecía emitir un insólito resplandor.



Se había formado un enorme remolino de agua.

Mientras lo observaba me di cuenta de que aquella cosa se dirigía directamente hacia el barco. Fui a toda prisa hasta el coronamiento, preparé la cámara fotográfica e hice una instantánea. En ese mismo instante estalló un relámpago cegador casi directamente sobre mi rostro que fue seguido de inmediato por el rugido descomunal de un trueno, y entonces vi que el torbellino se había roto a menos de cincuenta metros del barco. El mar que estaba justo debajo se levantó, formando un gigantesco montículo de agua y espuma, como si alguien hubiera arrojado al océano un objeto tan grande como una casa. Se desplazó hacia nosotros y chocó contra la popa, levantando nubes de espuma que llegaron hasta las vergas de las gavias y tirándome de espaldas sobre la cubierta.

Mientras me levantaba y limpiaba con rapidez el agua que mojaba mi cámara, oí al primer oficial preguntarme a gritos si me encontraba bien, pero antes de que pudiera responderle volvió a gritar:

—¡Ya viene! ¡Todo el mundo atento! ¡Sujetaos si valoráis en algo vuestras vidas!

Justo después el cielo pareció llenarse de un aullido agudo, penetrante y ensordecedor. Miré precipitadamente hacia el costado de babor. Por aquella dirección la superficie del océano parecía haberse convertido en una monstruosa nube de espuma que se erguía en el aire. El aullido se transformó en un grito colosal y supimos que teníamos el huracán encima. Al instante el aire estuvo tan cargado de espuma que apenas podía ver a un metro de distancia y el viento volvió a arrojarme sobre el entarimado de teca, dejándome completamente desvalido durante unos momentos. El barco se escoró en un ángulo casi imposible y yo creí que íbamos a zozobrar. Entonces, tras un repentino bandazo, volvió a enderezarse y de nuevo fui capaz de ver lo que me rodeaba después de limpiarme el agua del rostro y los ojos. Cerca de mí, el timonel —un latino de baja estatura— estaba aferrado a la rueda con

la apariencia de un mono medio ahogado y tan sobrecogido que apenas podía tenerse en pie.

Le miré y luego dirigí la vista al resto del barco y a los mástiles, y entonces descubrí por qué el barco había vuelto a enderezarse. El mastelero de mesana estaba justo debajo del talón del mastelero de juanete y el mastelero de proa un poco por encima del tamborete. El mastelero mayor estaba libre. Fue la pérdida de esos palos lo que alivió al barco, haciendo que se enderezara con tanta rapidez. Sorprendentemente, el trinquete —una pequeña vela de capa nueva— había resistido el embate y ahora se agitaba al viento al haberse desatado los escotines bajo la presión del vendaval. Pero lo que resultaba más asombroso era que las gavias bajas de proa y mayor seguían en su sitio, y esto a pesar de que las vergas desnudas de proa y mesana habían sido arrastradas por el huracán.

Y ahora, tras la primera y violenta acometida del huracán, el barco había conseguido enderezarse y las tres velas aún permanecían en su sitio a pesar de haber sido exigidas al máximo, y continuaba navegando a gran velocidad bajo la fuerza colosal de la tormenta.

Enseguida vi al primer oficial. Estaba inclinado sobre la barandilla, a sotavento, dando tajos a algo con un hacha pequeña. A veces el agua le llegaba por las rodillas, otras le ocultaba por completo, pero ni un solo momento cesó de dar tajos en medio de aquel caos acuático; estaba intentando cortar la estructura que sostenía el mastelero de galope de mesana que, en esos momentos, golpeaba contra el costado del barco. Vi que echaba una mirada a su alrededor y le hacía señas a un par de marineros de su guardia que intentaban abrirse paso hacia popa sobre la chorreante cubierta. Ni se le ocurrió gritar, ya que nadie podría haberle escuchado en medio del increíble rugido del viento. El estruendo producido por los elementos era tan espantoso que ni tan siquiera yo habría distinguido el clamor de los palos al ser arrastrados por la tempestad, aunque sin duda habría resultado más potente que el estampido de un enorme cañón. Acto seguido dejé mi cámara en uno de los gallineros de popa y me dirigí a trancas y barrancas hacia la escalerilla del camarote de popa, ya que sabía que no le sería de ninguna utilidad al primer oficial sin un hacha. Me hice con dos y pronto estuve en la cubierta principal, con el agua al cuello, ayudando a limpiar los destrozos. Entregué una de las hachas a otro marinero y enseguida pudimos despejar el enredo.



El oleaje había crecido de una manera formidable.

Luego nos dirigimos tambaleantes hacia proa, entre las nubes de espuma y agua que barrían la cubierta cuando el mar se alzaba por encima del barco, para ayudar al segundo oficial que, con algunos de los hombres de su guardia, intentaba desesperadamente limpiar los restos del mastelero de velacho y de las vergas que aún estaban sujetas a sus cabos y restallaban contra el costado del buque.

Sin embargo, era muy difícil que afrontáramos todos aquellos riesgos sin sufrir percance alguno. Una masa enorme de agua barrió la cubierta y arrastró a uno de los hombres contra el mastelero de recambio que estaba amarrado en el macarrón, debajo del cabillero de regala. Cuando pudimos sacar al pobre individuo de debajo del mastelero vimos que estaba inconsciente y que tenía la clavícula y el brazo izquierdo rotos. Le llevamos al castillo de proa y le acomodamos lo mejor posible, y enseguida lo dejamos allí medio inconsciente. Después, todos los hombres, oficiales incluidos, nos dirigimos a popa, listos para actuar a la menor incidencia. El carpintero se las arregló como pudo para revisar las bodegas y, para nuestra alegría, descubrió que no hacíamos agua; de manera que los golpetazos de los palos rotos no nos habían causado ningún daño vital.

A mediodía los mares circundantes se habían elevado a una altura formidable y dos hombres medio desnudos estaban al cargo de la rueda del timón, ya que cualquier descuido en su manejo podría tener serias consecuencias. Durante la tarde el primer oficial y yo bajamos al salón a comer algo, y aproveché ese momento, haciéndome oír por encima del rugido del viento, para tener una pequeña charla con mi oficial superior. Le pregunté por qué el capitán no había capeado, manteniéndose de cara al temporal, en vez de navegar hacia delante, arriesgándose a empopar o tomar por la lúa[27]. El primer oficial me contestó que nos hallábamos justo en el rumbo de la tempestad; en otras palabras, que íbamos directamente hacia el vórtice u ojo del

huracán y que el patrón estaba haciendo todo lo posible por poner el barco a sotavento antes de que el centro de la tempestad, con sus terribles mares piramidales, nos diese alcance.



Tomábamos el agua a toneladas.

—¡Si no conseguimos apartarnos de su camino —remató muy serio—, seguramente tendrá la oportunidad de fotografiar algo que no llegará a revelar nunca!

Le pregunté cómo sabía que el barco estaba justo en la dirección del ojo del huracán, y él me contestó que el hecho de que el viento no fuera a ráfagas sino que aumentara constantemente de fuerza y que el barómetro siguiera bajando con firmeza eran señales más que suficientes. Después de aquello volvimos a la cubierta.

Hacia las 4 p. m. el mar estaba tan agitado que resultaba imposible atravesar la cubierta de proa a popa o viceversa, ya que el agua entraba en el barco a toneladas, arrastrándolo todo a su paso. Para poder aguantar la violencia del viento, los oficiales, ya fuera de uno en uno o de dos en dos, bajaban al salón a descansar y fumar durante un rato. En una de esas breves pausas el primer oficial me comunicó que el vórtice del huracán se encontraba a menos de 8 millas de nuestra posición y se nos echaba encima a unos veinte nudos por hora; de manera que, al superarnos en velocidad por unas doce o quince millas, nos encontraríamos con él un poco antes de medianoche.

—¿No hay ninguna manera de evitarlo? —le pregunté.

—No —contestó—, la fuerza del mar nos partiría en dos si lo intentamos. Se trata de mantener el rumbo con fe, y rezar todo lo que se pueda.

Unos minutos después subimos al puente. Descubrimos que el viento era aún más fuerte y se había llevado la vela de trinquete; sin embargo, a pesar de la furia del vendaval, las nubes empezaron a desgarrarse y pudo verse el extraño resplandor del

sol. A los diez minutos el astro rey volvió a desaparecer y las nubes parecían flotar justo encima de los topes de los mástiles; grandes masas abultadas de negro vapor que parecían mezclarse con los rociones de agua y espuma. Hacia las cinco y media de la tarde oí un sonoro bramido justo encima de nosotros y en ese mismo instante las dos gavias salieron volando al desprenderse de sus relingas[28]; además una de las jaulas de las gallinas fue arrojada de la popa y se quedó dando vueltas en el aire durante un rato. Afortunadamente no era la misma en la que había depositado mi cámara.

Con la pérdida de las gavias se podía decir que navegábamos a palo seco, ya que no había ni un trocito de vela en las vergas; sin embargo, el viento era tan fuerte y la presión que ejercía sobre el barco tan poderosa que aún seguía navegando por la simple acción de los elementos sobre su casco y sus mástiles desnudos, consiguiendo que se desplazara hacia delante sobre unos mares monstruosos que seguían creciendo de una manera espantosa. Hora tras hora el viento ganaba intensidad al ir acercándonos sin descanso al vórtice del huracán, a eso que la gente llama el «sendero de la muerte».



Un claro en las nubes a través del cual se colaba el extraño resplandor del sol.

La noche cayó rápidamente… más que la noche una terrible oscuridad que actuaba como tal. Entonces pude darme cuenta del tremendo aparato eléctrico que se desplegaba a nuestro alrededor. No parecían relámpagos sino una luminosidad continua y extraña que a ratos rompía las tinieblas. También pudimos comprobar la intensidad eléctrica en los fuegos de San Telmo que adornaban todos y cada uno de los extremos de las vergas. Y no sólo flotaban en las vergas, sino que a veces brillaban en alguno o en varios de los estayes a proa y popa, desplazándose de arriba abajo o de un lado a otro, según el balanceo del barco, y añadiendo un toque

fantasmagórico al conjunto.

Aproximadamente una hora después, creo que sobre las 9 p. m. pude contemplar la manifestación eléctrica más impactante que he visto en toda mi vida, la cual había sido, hasta entonces, una aurora boreal en todo su esplendor. Se produjo de repente. Primero apareció una especie de tallo gigantesco que refulgía sobre las aguas agitadas hacia el norte; luego, súbitamente, estalló un resplandor rojizo sobre el cielo y al instante unas serpentinas de fuegos verdosos se desparramaron por encima del rojo resplandor. Todo esto duró unos treinta segundos.

Me siento incapaz de explicar de forma adecuada nuestra situación y las posibilidades de sobrevivir que teníamos en aquellos momentos. Imagínense un rugido tan fuerte como el del trueno más poderoso que ustedes hayan oído jamás; imagínense que este bramido persiste hora tras hora, sin descanso, y además, entremezclándose, una nota fantasmagórica y horrible, un griterío constante que a ratos crece en intensidad de tal manera que hasta los tímpanos duelen, y entonces, quizás, será capaz de entender la *baraúnda* que se sufre durante una de esas tempestades.

También descubrí que si me ponía de cara al viento me resultaba imposible respirar. Para que se hagan una idea a grandes rasgos de la fuerza del viento, les diré que uno de los botes salvavidas que estaba sobre sus calzos fue levantado en el aire por el vendaval hasta que chocó contra el palo de mesana y se hizo añicos. Aparte del viento, también hay que tener en cuenta que las olas gigantescas se abalanzaban sobre el barco de manera espantosa. He estado en la popa de un barco que se ha elevado a tal altura que podía ver el mar por encima de las vergas de trinquete, y cuando digo que eso podrían ser de siete a veinticuatro metros, se pueden hacer una idea de cómo está el mar en una de esas tormentas huracanadas. Con respecto al tamaño y la ferocidad del océano, poseo una fotografía que hice a las diez en punto de la noche. La instantánea fue tomada con la ayuda de una bengala y la cooperación del capitán. Cargamos una vieja pistola de percusión con una bengala de pólvora; acto seguido, una vez estuve preparado, abrí el obturador de la cámara y la apunté sobre la popa en medio de la oscuridad. El capitán disparó la pistola y, en el resplandor inmediato que se produjo, pude observar el estado de las aguas que nos rodeaban. Decir que se trataba de un mar montañoso resultaría inadecuado. *Era como un gigantesco acantilado en movimiento.*

Me aparté del coronamiento y bajé corriendo para limpiar las lentes y cubrir la cámara fotográfica, ya que el aire estaba lleno de espuma y diminutas gotitas de agua que lo empapaban todo y lastimaban el rostro, tal era la fuerza con que las arrastraba el huracán.

Mientras llevaba a cabo esta tarea, el primer oficial bajó para tomarse un respiro y me dijo con mucha tranquilidad:

—Supongo que ya sabe que esperamos llegar al centro del ciclón en menos de una hora. ¡Y aunque no empopemos antes de llegar al centro, vamos a pasarlo

realmente mal!

Un poco después, ya en el puente, el capitán dio un tirón a la manga de mi camisa, se agachó hasta tocar el suelo con las manos y las rodillas, y avanzó a gatas por la chorreante toldilla mientras yo iba detrás de él, sujetando con los dientes el asa de mi cámara. Nos abrimos paso hasta el salón. Me encaró. Era un hombre muy tranquilo y vi que me había llevado abajo para decirme que casi habíamos llegado al vórtice del huracán y que tendría la enorme suerte de poder fotografiar el tan cacareado «mar piramidal». Faltaba poco y él quería que lo tuviese todo listo, incluida la pistola con su bengala, pues, como él mismo dijo:

—Si *conseguimos* pasar, será realmente divertido enseñar las instantáneas a algunos de esos incrédulos de tierra adentro.

Enseguida lo preparamos todo y volvimos a la toldilla a trancas y barrancas; el capitán llevaba la pistola en el bolsillo de su gabán encerado.

Juntos aguardamos al abrigo de la lona del puente. Pronto vimos un tremendo resplandor que surgió de entre las nubes. Al instante fue seguido por otro que pareció partir el cielo en dos mitades. Luego, con la misma rapidez que el estallido de los truenos correspondientes, nuestros lastimados oídos *escucharon* cómo el viento cesaba y en el relativo, aunque antinatural, silencio que siguió oí que el capitán gritaba:

—¡Rápido, ahí está el vórtice del huracán!

Mientras apuntaba mi cámara por encima del pasamanos y abría el obturador, el cerebro trabaja con una avidez casi sobrenatural, asimilando un centenar de sonidos y ecos misteriosos; y entonces se produjo el fogonazo. Mientras captaba toda aquella atmósfera, el capitán había disparado la pistola y pude contemplar el mar piramidal: una imagen imposible de olvidar, una imagen reservada más a los muertos que a los vivos, un mar que jamás podría haber concebido, que bullía y se elevaba en monstruosas cortinas de agua y espuma tan altas como edificios. Y entonces, una de esas enormes columnas de agua golpeó el barco y, durante unos momentos, tuve la enfermiza sensación de que el barco se hundía bajo mis pies. El agua fue escurriéndose y me encontré agarrado a los puntales de la loneta de la toldilla; la lona propiamente dicha había desaparecido. Me aclaré los ojos aturdido y tosí varias veces; luego me puse a buscar al capitán con la mirada. Pude distinguir vagamente algo sobre el pasamanos, algo que se movía hasta incorporarse. Pregunté a gritos si era el capitán y qué tal se encontraba, a lo cual contestó afirmativamente y que se encontraba «bastante bien».

Luego miré hacia la rueda del timón. No había ninguna luz en la bitácora y más tarde supe que había salido despedida del barco, y con ella uno de los timoneles. El otro marinero también había desaparecido pero una hora después le encontramos atorado en el coronamiento de popa. Por sotavento oí al primer oficial que preguntaba si estábamos bien y, tanto el capitán como yo mismo, le contestamos que sí. Entonces me di cuenta de que ya no tenía mi cámara fotográfica en las manos.

Afortunadamente la encontré en medio de una maraña de cabos y desperdicios que se habían acumulado a sotavento.

Una y otra vez las olas enormes azotaban el barco, elevándose al mismo tiempo por ambos costados, irguiéndose como pirámides salitrosas, zarandeándonos de un lado a otro con un rugido incesante y amenazador. Desde el coronamiento de popa hasta la proa el barco era abordado una y otra vez por ingentes cantidades de agua, de manera que ningún ser vivo podía permanecer en la cubierta principal, que estaba prácticamente sumergida; en realidad, el buque parecía a veces hundido en un caos de agua que bramaba a su alrededor en nubes y cataratas de espuma y salitre, y siempre estábamos convencidos de que había llegado nuestra hora. En ocasiones conseguía escuchar la voz ronca del capitán o del primer oficial llamándose uno a otro, o a alguno de los marineros agarrados a cualquier asidero, en mitad de las tinieblas. Pero enseguida las aguas volvían a echársenos encima con un terrible bramido. Y siempre bajo una oscuridad impenetrable, excepto cuando alguno de esos relámpagos fantasmagóricos rompían las nubes y alumbraban la olla de treinta millas de diámetro que nos había engullido. Y desde todas las direcciones no dejábamos de escuchar una especie de grito o aullido inmenso, lejano, que parecía ir ganando en intensidad por el costado de babor. Se trataba del huracán, que daba vueltas a nuestro alrededor.



Era como una gigantesco acantilado en movimiento.

De nuevo sucedió un periodo de calma, y enseguida volvió a escucharse el aullido de otra ráfaga que se acercaba. Pronto nos golpeó; pero el buque estaba ahora de popa al viento y no le tomó de costado. Desde entonces nos deslizamos hacia delante sobre el vasto mar, mientras el huracán aullaba y bramaba a nuestro alrededor con un rugido inmenso y único… Habíamos atravesado el vórtice y, si podíamos aguantar unas pocas horas más, había esperanzas de que saliéramos con vida.

Minuto a minuto, como en un sueño a cámara lenta, transcurrió el resto de la

noche, y al fin empezó a despuntar el día, una aurora triste bañada por la luz enfermiza y tormentosa de la pasada tempestad. Por todas partes el mar era un caos interminable. ¡Y el barco! Parecía un buque naufragado. El palo de mesana estaba a apenas cuatro metros por encima de la cubierta, el mastelero mayor había desaparecido y también el mastelero de sobremesana. Me abrí camino hasta el saltillo de la toldilla y observé la cubierta principal. Los botes salvavidas se habían evaporado. Todos los imbornales de hierro estaban doblados o habían desaparecido. Por el costado de estribor, enfrente de donde estaba el muñón del palo de mesana, se había abierto una grosera brecha en la batayola de acero al caer el mástil sobre ella. En varias zonas más, el cairel de la batayola había sido dañado por las vergas que se habían desprendido. Uno de los lados de la caseta de teca del puente estaba roto y el agua rugía de un lado para otro con el cabeceo del barco. El chiquero de carneros se había esfumado y también la jaula de los cerdos. Miré hacia proa y descubrí que el mar había abierto una fisura en los mamparos traseros del castillo de proa, y con cada acometida del mar embarcábamos enormes cantidades de agua que se quedaban en el interior y, flotando sobre ésta, a veces había alguna tabla, o la bota de un marinero o cualquier otra cosa de extraña apariencia. En dos sitios de la cubierta principal pude ver varios cofres de marinero flotando de un lado a otro sobre el agua que se había quedado estancada en el puente. Y entonces me acordé del pobre marino que se había roto el brazo cuando estábamos cortando los restos del mastelero de velacho.

La fuerza del huracán había ido decayendo, o al menos daba esa impresión, y estaba pensando en abrirme paso hasta el castillo de proa cuando, a mi lado, sonó la voz del primer oficial. Me volví sobresaltado. Era evidente que se había percatado de la fisura en los mamparos, ya que me ordenó que intentáramos llegar a la proa del barco. Así lo hicimos, aunque no sin grandes dificultades, pues aún embarcábamos toneladas de agua. Además, el peligro resultaba mayor de lo que podría suponerse en un principio ya que, al haber desaparecido las portas de los imbornales, existía el riesgo de ser arrastrado al océano junto con una o dos toneladas del agua que discurría por las cubiertas.

Llegamos al castillo de proa y abrimos la puerta. Entramos. Era como andar por el interior de una caverna húmeda y oscura. El agua chorreaba de todos los baos y puntales. Avanzamos por el resbaladizo pasillo hacia el camastro en el que habíamos dejado al marinero herido. Bajo la tenebrosa luz descubrimos que todo, tanto la litera como el hombre, había desaparecido y que sólo quedaban en pie los recios costados de acero del barco. Todos los catres, todos los muebles fijados al camarote habían sido arrastrados por el agua, incluyendo los cofres de marineros. No quedaba nada, excepto un extraño y empapado jirón de ropa o resto de ropa de cama. El primer oficial y yo nos miramos en silencio.

—Pobre diablo —dijo. Lo repitió una vez más, con tristeza, mientras miraba fijamente el lugar donde había estado la litera; luego, muy serio, se dio la vuelta en dirección a la cubierta. Mientras lo hacía nos abordó un poderoso golpe de mar,

embarcando gran cantidad de agua por la fisura de los mamparos y la portilla de sotavento. Se desplazó de un lado a otro, arremolinándose, nos tiró y nos arrastró a todos para luego escurrirse por la fisura y la porta, llevándose consigo al primer oficial. Éste se las arregló para sujetarse al dintel de la porta; si no lo hubiera conseguido creo que habría desaparecido por uno de los abiertos imbornales, cosa bastante triste después de haber sobrevivido a un huracán.

Tras salir del castillo de proa descubrí que las escalerillas que subían a la parte superior de la proa ya no estaban, pero me las arreglé para trepar arriba. Entonces vi que las dos anclas y la batayola habían sido arrastradas, y que sólo quedaban en pie los candeleros. Más allá de la amura, el botalón de foque había desaparecido y todos los aparejos estaban desperdigados sobre el puente del castillo de proa o habían sido arrastrados al mar. De nuevo nos abrimos paso hasta la popa e informamos de los daños; después se convocó a la tripulación y descubrimos que había otro desaparecido, aparte de los dos ya mencionados y del marinero que encontramos medio aplastado en la baranda de popa y que ahora estaba al cuidado del sobrecargo. A partir de entonces el mar fue calmándose poco a poco y nosotros comenzamos los trabajos para despejar el barco; y después, uno de los turnos de guardia bajó al salón para descansar un rato sobre el suelo y al otro se le dijo que permaneciera tranquilo pero alerta.

Hora tras hora el mar fue calmándose durante todo el día, hasta que se hizo difícil creer que tan sólo doce horas antes estábamos luchando por nuestras vidas. Y así llegó la tarde, una tarde tranquila y sosegada, y el viento no era más que una simple brisa de verano y el mar apenas estaba rizado. Por la noche, a las siete campanadas, un vapor enorme nos cruzó por la popa, reduciendo la marcha para preguntarnos si necesitábamos ser remolcados, ya que, incluso bajo la suave luz de la luna, resultaba evidente el aspecto desmantelado del barco. Sin embargo, el capitán Avery rechazó la oferta y, después de desearnos lo mejor, la enorme embarcación siguió su curso bajo la luna y pronto nos quedamos solos.

Tras desaparecer de la vista, el capitán, que estaba en la toldilla con el primer oficial, me llamó para preguntarme cuándo iba a revelar los negativos.

—Nunca pensé que podría hacerlo —exclamó el oficial.

—¡Bah! Es usted un viejo gruñón —replicó el capitán—, aunque debo admitir que yo tampoco lo tenía muy claro.

POEMAS DEL MAR



Ilustración de Gunther T. Schulz

LOS PASOS DE LA MUERTE

¡Abre la puerta y
escucha!
Sólo el apagado bramido del viento,
y el brillo
de lágrimas en torno a la luna,
y, ensueños, el hollar
de pasos que se desvanecen
en la noche, con la Muerte.

¡Haz silencio y escucha!
El quejumbroso aullido del viento
en la oscuridad.
Haz silencio y escucha, sin susurros ni lamentos,
los pasos que hollaron los eones perdidos,
el sonido que te lleva a la muerte.
¡Haz silencio y escucha! ¡Haz silencio y escucha!

EL SALMO DE LOS INFIERNOS

Cantor: ¡Dadle al cabrestante, valientes!
Tripulación: ¡Ahoo! ¡Ahoo!
Cantor: ¡Duro con esas barras, cabezas de alquitrán!
Tripulación: ¡Ahoo! ¡Ahoo!
Cantor: ¡Una vuelta más!
Tripulación: ¡Ahoo!
Cantor: ¡Preparados para zarpar!
Tripulación: ¡Ahoo!
Cantor: ¡Preparados para flotar!
Tripulación: ¡Ahoo!
Cantor: ¡Ahoooo!
Tripulación: ¡ADELANTE! ¡En marcha vamos!
Cantor: ¡Escuchad cómo zarpan los barbudos lobos de mar!
Tripulación: ¡Silencio! ¡Oh, escuchadles marchar!
Cantor: Marchando, zapateando, pisando, improvisando, mientras recogen amarras.
Tripulación: ¡Escuchad! ¡Oh, escuchadles zapatear!
Cantor: ¡Rugen como las olas!
¡Rugen como las olas!
¡Hermoso ritmo que no descansa!
Tripulación: ¡Ahoooo! ¡Oídles empujar!
¡Ahoooo! ¡Oídles patalear!
¡Ahooooooo! ¡Ahooooooo!
Coro: ¡Escuchadles aullar!
Un bramido más alto que su pisotear:
¡Ahooo! ¡Ahooo! ¡Ahooo!
¡Un rugido al son de su marchar!
Cantor: ¡Oh! ¡Escuchad al coro encantado en las barras del cabrestante!
¡Cantan bajo un golpear infernal!
¡Marchan a la luz de las estrellas!
Tripulación: ¡Aahooo! ¡Empuja y adelante!
¡Aahooo! ¡Aahooo!
Cantor: Escucha los lingüetes crujiendo y a los barbudos marinos cantando;
bajo la fría bóveda celeste braman detrás de las barras.
Tripulación: ¡Escuchad y callad! ¡Oídles!

¡Aahoo! ¡Aahoo!

Cantor: ¡Tumultuosas canciones lanzadas al cielo…!

Tripulación: ¡Aahoo! ¡Aahoo!

Cantor: ¡Callad! ¡Escuchadles! ¡Silencio!
¡Oh, escuchad!
¡Escupiendo juramentos entre las vergas!

Tripulación: ¡Callad! ¡Escuchadles!
¡Silencio! ¡Escuchadles!

Cantor: ¡Marchando alrededor de las barras!

Coro: ¡Ahora gritan! ¡Escuchadles aullar!
Un bramido más alto que su pisotear:
¡Aahooo! ¡Aahooo!
¡Aahooo!
¡Un rugido al son de su marchar!

Cantor: ¡Oh, escucha la canción del cabrestante!
¡Rayos y truenos alrededor de los lingüetes!

Tripulación: ¡Cruje y chirría!
¡Hierve! ¡Explota en multitud de gritos!

Cantor: ¡Crujir, chirriar, mis muchachos, hasta que sea hermoso sonido!

Tripulación: ¡Aahoo! ¡Oídles chirriar!

Cantor: ¡Aahoo! ¡Crujir y chirriar!

Tripulación: ¡Silencio! ¡Escuchadles jadear!
¡Silencio! ¡Escuchadles vociferar!

Cantor: ¡Crujir! ¡Chirriar! ¡Crujir y chirriar!

Tripulación: ¡Aahoo! ¡Empuja y adelante!

Cantor: ¡Bulle! ¡No dejes de tirar!

Tripulación: ¡Aahoo! ¡Sin aflojar jamás!
¡Aahoo! ¡Crujir y chirriar!

Cantor: ¡Más rápido, alegres lobos de mar!
¡Hacedlo fácil! ¡Hacedlo fácil!

Tripulación: ¡Aahoo! Haciéndolo fácil.

Cantor: ¡Crujir y chirriar! ¡Bullid! ¡No paréis!
¡Sin aflojar, sin aflojar! ¿Lo entendéis?

Tripulación: ¡Aahoo! ¡Aahoo!

Cantor: ¡Crujir y chirriar! ¡Mis bravos muchachos!

Tripulación: ¡Aahoo! ¡Empuja y adelante!

Cantor: ¡Alzad los lingüetes y tirad con suavidad!

Tripulación: ¡Aahoo! ¡Sin descansar!

Cantor: ¡Cese el canto! ¡Deje de girar el cabrestante!
¡Que caigan los lingüetes!
¡A-ma-rrar!

Coro: ¡Aahoo! ¡Desmontar las barras!
¡Aahoo! ¡Tirad y adelante!
¡Aahoo! ¡Barras al hombro!
¡Aahoo! ¡Y allá vamos navegando!
¡Aahooo! ¡Aahoooo! ¡Aahoooo!

TORMENTA

En la mar; la noche
se cubre de tormentosas nubes,
grandes masas sobre el cielo que ocultan
el sol, como un sudario.

Y una oscuridad temerosa
cubre la mar inquieta;
la cubre, como una cortina negra que oculta el destino
para mí reservado.

El aullido de la tempestad
puedo escuchar sobre los abismos,
profundo rugido, extraño, sobrenatural bramido
sobre las crestas acuosas.

A menudo esos cielos
tristes y encapotados
son hendidos de un lado a otro
por relámpagos vastos y abrumadores.

Y un retumbar estruendoso,
una carcajada ronca,
llega desde el abismo donde las costas eternas
se alzan en confusión.

Los tensos obenques
vibran en ese aliento glacial.
La mar escupe su vientre sobre las nubes,
y ruge alocada, suplicando muerte.

El navío se levanta
sobre la espumosa cresta;
se levanta en el vasto oleaje, bajo aquel cielo desolado;
y de un salto se hunde en el más absoluto silencio.

LOS MARES GRISES SUEÑAN CON MI MUERTE

Sé que los mares grises sueñan con mi muerte,
sobre las sombrías planicies donde la espuma medita,
entre los vientos lóbregos que braman sin descanso
y nada vive en el aire olvidado.

Mas cambia de humor y entonces el viento fiero aúlla,
y el siseo inolvidable de la espuma
se vierte desde la inmensidad del cielo.
¡Ay! Mi hogar
alza su voz en un terrible canto.
¡Vuelve! ¡Oh! ¡Vuelve!
Pero vosotras, almas insignificantes en lánguidas regiones,
jamás distinguiréis aquella llamada.

La sombra púrpura de la muerte tiñe todo lo gris,
y los que estamos en esas aguas lo sabemos bien,
sabemos que llega y sabemos el motivo,
somos consecuentes, dejamos atrás el dolor.

¡Ay! Su humor vuelve a cambiar,
el mar me acuna sobre hirvientes colinas,
como una madre a su hijo,
así sus fieros miembros me abrazan,
y una voz retumba con poderosas carcajadas,
la gozosa llamada del Poder que me rodea.
¡Ay! Toda la grandiosidad del mar
me protege del sacrificio.
¡Ah! Hombres de las tierras melancólicas
alzad vuestros corazones y manos
y clamad que no sois yo;
niños de todos los mares,
que flotáis sobre la espuma de las fuentes,
y la gloria
y la magia de este mundo acuático
al que me arrojaron en mi infancia.
Llorad, pues muero satisfecho;
y las olas braman y se agitan,
y los mares grises cantan,
y las blancas colinas se sumergen,
y yo estoy muriendo en todo mi esplendor,

muriendo, muriendo, muriendo.

LA LLAMADA DEL MAR

¡Escucha! La voz del océano te llama
con una insistencia
triste y abrumadora,
con abominable obstinación,
desde los abismos
de insondables profundidades
que se ocultan debajo de su gélido manto,
donde, en su desnudez,
cubierto de oscuridad
como algo muerto parece
soñar en silencio,
mecido por el poderoso abrazo del mar.
¿Qué significan esas palabras?
¿Alguien las ha entendido?
¿Son los murmullos de los muertos?
Escucha, mientras la marea baja,
acuosa y oscura
bajo la quilla,
suspirando y rumiando un canto solemne.
Escucha a medianoche
por el costado de sotavento,
bajo la luna llena,
el melancólico plañido.
¡Escucha, no hagas ruido!
Puede que algún marinero tenga entonces
un leve atisbo
del profundo significado
del que siempre se habla,
al que nunca se entiende,
de la voz suave que se alza por sotavento,
de la voz triste que gime entre las olas,
de la salvaje llamada tan fría y doliente.
Y sin embargo, con el pasar de los años,
los barcos solitarios que navegan
amurados a sotavento
escuchan aquel suave lamento
que se alza desde lo más profundo;
pero ninguno es capaz,
en todo el ancho océano,
sobre la inmensa superficie del hondo mar,

sacudido por las mareas
de sus frías aguas,
ni ahora ni nunca, es capaz de decirme
qué significa aquel llamado,
burla u oración,
o el susurro de advertencia
hacia sus hijos
de sombríos amaneceres
y predestinados días
colmados de terrores que sólo los muertos ven.

CANCIÓN DEL BARCO

Y levanto la espuma a izquierda y derecha,
y hago saltar a las olas rugientes,
y los mares inmensos se cierran detrás,
y hasta el aullido del viento
entona un canto suave y solemne
sobre las altivas crestas
donde los delicados reflejos
del atardecer se desvanecen.

Y la noche llega envuelta en grises oleadas,
y los truenos se alzan retumbantes,
hasta que sus ecos llenan la noche,
y el relámpago arroja vividos resplandores
sobre los susurrantes cielos,
mientras las olas montañosas
y las silenciosas profundidades
se moldean en la rabiosa tempestad.

Y la luz resplandece entre las olas,
y la oscuridad da paso a la aurora,
y veo las ondulantes nubes de espuma
que rompen sobre el nuevo día,
en la melancolía del amanecer,
que se alza y tiñe el firmamento
sobre las alturas celestiales
iluminando un millón de tumbas.

LA VOZ DE ALGUIEN QUE GRITA EN LA INMENSIDAD

El susurro de la espuma;
el ulular del viento;
el fragor del mar;
la luz estremecedora
de fuegos abismales;
el rugido de la tormenta;
el aullido de la Muerte,
de la Muerte vagabunda;
el espantoso jadeo,
la lucha por respirar
en la atronadora tempestad,
indiferente y ciega,
repleta de noche y horror,
donde se ahogan los marinos
y un enjambre de tétricas sombras
pululan alrededor, siempre alrededor.

La calma y la paz
del océano al descansar;
el resplandor de las luces;
el murmullo del viento;
el profundo silencio
de los que dormitan abajo;
la oscuridad de tu Abismo,
la luz de tus estrellas;
tu cielo de nubes algodonosas,
blancas como la espuma,
que dibujan en las alturas
suaves penachos de sombra
y delimitan tus dominios.
Los rayos dorados del sol
depositan una corona a su alrededor
de una belleza solemne y divina;
pero la noche se aproxima
y la oscuridad se adueña
del mar y despierta
una legión de luces ocultas,
estrellas cosidas a tu dormido regazo.



Ilustración de Gunther T. Schulz

CUENTOS DEL MAR DE LOS SARGAZOS



Desde el mar sin mareas. Ilustración de Philippe Druillet

DESDE EL MAR SIN MAREAS PRIMERA PARTE

El capitán de la goleta se inclinó por encima de la barandilla y miró con atención el mar.

—Acércame los prismáticos, Jock —dijo, extendiendo la mano hacia atrás.

Jock dejó la rueda del timón y corrió hacia la escalerilla de entrada a las cabinas. Enseguida salió con unos prismáticos de mar y los colocó sobre la mano abierta del capitán.

Éste examinó con atención el objeto durante unos segundos. Después retiró los prismáticos de sus ojos y limpió escrupulosamente los cristales.

—Parece una barrica medio hundida. Alguien debe de haber pintado algo encima —observó después de un examen más detenido—. Gira un poco el timón, Jock. Le echaremos un vistazo desde más cerca.

Jock obedeció, y la goleta avanzó en línea recta hacia el objeto que había despertado de tal manera la atención del capitán. Enseguida se aproximaron a unos quince metros. El capitán le ordenó al mozo de la cocina que le trajera el bichero.

La goleta se acercó aún más, lentamente. El viento era apenas un débil suspiro. La barrica quedó al fin al alcance y el capitán trató de atraparla con el bichero. Pese a sus esfuerzos, el objeto se removía en el agua y por un momento temieron que se escapara. Entonces el capitán aseguró el gancho del bichero en un trozo de cuerda medio podrida que rodeaba por completo la barrica. Pero no le pareció conveniente izarla todavía y ordenó al mozo que la rodeara con una bobina. La orden fue ejecutada inmediatamente y entre los dos la subieron a bordo.

El capitán comprobó que se trataba de una barrica de agua y que en la parte superior aparecían los restos de un nombre pintado.

—H… M… E… B… —deletreó el capitán con ciertas dificultades, mientras se rascaba la cabeza—. Échale un vistazo, Jock. A ver qué te parece.

Jock se apoyó en la rueda del timón, carraspeó y examinó cuidadosamente la barrica. Permaneció así casi un minuto.

—Al parecer, el agua ha borrado algunas letras —dijo en tono reflexivo—. No creo que consiga descifrarlo… Creo que deberíamos abrirlo por un extremo —dijo, después de otro periodo de reflexión—. Creo que es lo mejor si queremos saber qué contiene.

—Ha estado en el agua durante un tiempo condenadamente largo —observó el capitán mientras le daba la vuelta—. ¡Mira estas lapas! —después se dirigió al muchacho—: Tráeme el hacha pequeña de la cajonera.

Mientras el muchacho se alejaba, el capitán se puso a despegar con la punta del pie algunas de las lapas adheridas a la parte inferior de la barrica. Una gran cáscara de brea se desprendió con ellas. El capitán se inclinó y examinó la brea.

—¡Que me aspen si no lo han embreado! —exclamó—. Han echado a flotar esta cosa a propósito, y han tenido mucho cuidado para que no se dañe lo que haya dentro.

Arrancó con el pie otra capa de brea cubierta de lapas. Entonces, guiado por un impulso repentino, levantó el barril y lo agitó con fuerza. Un sonido débil y apagado salió del interior, como si guardara algo pequeño y blando. En ese momento llegó el mozo con el hacha.

—Apártense un poco —dijo el capitán, alzando el hacha y hundiéndola en la tapa del barril. Después se agachó, introdujo la mano en el hueco y sacó un bulto pequeño, envuelto en tela impermeable cosida.

—No creo que sea muy valioso —dijo—, pero tal vez nos proporcione un buen tema para hablar cuando volvamos a casa.

Mientras decía estas palabras rasgó la tela impermeable. Debajo había otra capa del mismo material, y debajo de ésta una tercera. Apareció un paquete alargado envuelto en un trozo de lona alquitranada.

El capitán retiró este nuevo envoltorio y entonces quedó a la vista un estuche negro de forma cilíndrica. Se trataba de una lata de tabaco embreada. En su interior, envuelto minuciosamente por un pedazo de tela impermeable, había un rollo de papeles. El capitán lo desenrolló y vio que estaban escritos. Después sacudió las diferentes envolturas, pero no encontró nada más y le pasó el manuscrito a Jock.

—Esto te gustará más a ti —dijo—. Léelo en voz alta, y yo escucharé —después se dirigió al mozo—: Trae la cena aquí. El oficial y yo nos sentaremos tranquilamente. Tú puedes hacerte cargo del timón… ¡Adelante, pues, Jock!

Jock empezó a leer.

LA PÉRDIDA DEL *HOMEBIRD*

—¡El ‘*Omebird*! —exclamó el capitán—. ¡Vaya! Desapareció cuando yo era apenas un chaval. Déjame pensar un momento… Sí, fue en el setenta y tres. A finales de ese año partió y no se volvió a saber nada de él… que yo sepa. Venga, vamos con el relato, Jock.

«Hoy es Nochebuena. Se han cumplido ya dos años desde que nos perdimos para el mundo. ¡Dos años! Tengo la sensación de haber vivido veinte largos años desde la última Navidad que pasé en Inglaterra. Pero supongo que ya nos habrán olvidado… y que esta embarcación no es más que una de tantas que desaparecieron para siempre. ¡Santo Dios! ¡Pensar en esta soledad me produce una sensación de ahogo, una tensión insoportable en el pecho!

»Escribo estas palabras en la cámara del velero *Homebird*, y escribo con muy pocas esperanzas de que algún ojo humano se detenga ante este relato, pues estamos abandonados en medio del terrible Mar de los Sargazos, el Mar Sin Mareas del Atlántico Norte. Desde el muñón del palo de mesana se puede ver una extensión

interminable de mala hierba diseminada hasta el horizonte. ¡Una inmensidad de limo y espanto, traicionera y silenciosa…!

»A unas siete u ocho millas a babor hay una gran masa informe y descolorida. Al verla por primera vez, nadie puede suponer que se trata del casco de un barco perdido hace tiempo. No parece una embarcación marítima, pues a su alrededor se ha construido una extraña superestructura. Si se examina mediante un catalejo, se llega a la conclusión de que es una embarcación extraordinariamente antigua. Puede que tenga cien o doscientos años. ¡Deténganse a pensarlo! ¡Doscientos años en medio de esta desolación! Es una eternidad.

»Al principio nos hacíamos preguntas acerca de esa asombrosa superestructura. Después nos enteramos de su utilidad, y nos beneficiamos de la enseñanza de unas manos que se marchitaron hace tiempo… Es muy extraño, ciertamente, que nos hayamos encontrado con este espectáculo para muertos. No obstante, la razón nos sugiere que muchas otras embarcaciones pueden haber venido a través de los siglos a descansar a este Mundo de Desolación. Yo jamás habría imaginado que la tierra pudiera albergar tanta soledad como la que habita en el círculo que se divisa desde el muñón del mástil. Después, a uno le asalta la idea de que podría vagar cien millas en cualquier dirección… y seguir perdido.

»Y, sin embargo, esa embarcación, ese monumento erigido a la fatalidad de unos cuantos hombres y que constituye la única interrupción a la monotonía que reina en este lugar, sólo sirve para hacer que la soledad sea aún más espantosa… porque es la efigie misma del horror, del horror que nos habla de las tragedias del pasado y del porvenir.

»Pero volvamos al comienzo de la historia. A principios de noviembre me instalé como pasajero en el *Homebird*. Mi salud no era demasiado buena y abrigaba la esperanza de que un viaje me ayudara a mejorarla. Durante las dos primeras semanas tuvimos un tiempo desfavorable, con el viento muerto y de proa.

»Después nos cogió un viento sureño oblicuo que nos arrastró hasta los cuarenta de latitud, bastante más al oeste de lo que deseábamos. Allí nos sorprendió una tremenda tormenta ciclónica. Se ordenó que todas las manos disponibles se aprestaran a recoger velas, y como la necesidad parecía tan apremiante, hasta los oficiales se vieron obligados a trepar por la arboladura para asegurar el velamen, de modo que tan sólo quedamos el capitán (que se hizo cargo del gobierno del timón) y yo sobre la popa. El cocinero, entretanto, se ocupaba en soltar desde la cubierta toda la cuerda que necesitaran los oficiales.

»De pronto, a cierta distancia a babor, me pareció ver un enorme muro negro de nubes, que se destacaba a través de la difusa neblina marina.

»—¡Mire, capitán! —exclamé.

»Pero antes de que terminara de hablar el capitán había desaparecido. Al cabo de un minuto volvió a aparecer, y entonces pudo ver lo mismo que yo.

»—¡Dios mío! —gritó, soltando las manos del timón. Después corrió hacia la

cámara y cogió una bocina para hablar. Salió otra vez a cubierta y se la llevó a la boca.

»—¡Bajen de la arboladura! ¡Bajen! ¡Rápido! —gritó.

»En ese instante se elevó desde algún lugar a babor un terrorífico murmullo que se tragó la voz del capitán. Era la voz de la tormenta… aullando. ¡Dios! ¡Nunca había oído algo parecido! Se apagó tan repentinamente como había empezado, y en los instantes de quietud que se sucedieron pude oír el quejumbroso chirrido de las líneas en las poleas de madera. A continuación se produjo un estrépito metálico en la cubierta y me volví con rapidez. El capitán había tirado la bocina al suelo y se había colocado de nuevo al timón. Los hombres descendían apresuradamente por la arboladura y algunos se encontraban ya en los aparejos inferiores, precipitándose hacia abajo como gatos.

»En ese momento noté que el capitán inhalaba aire con desasosiego.

»—¡Salven sus vidas! —gritó con voz ronca, anormal.

»Le miré. Tenía los ojos clavados en un punto a barlovento, con una expresión de suma inquietud. Mis ojos siguieron a los suyos.

»A menos de cuatrocientos metros, vi una masa enorme de espuma y agua que se precipitaba contra nosotros. En ese mismo instante escuché su silbido, y a continuación un rugido tan intenso y espantoso que me encogí de puro horror.

»La tromba de agua y espuma estalló contra la proa, en la parte más ancha, y el viento se desató con ella. La nave giró de costado, mientras la espuma se desbordaba sobre ella en horribles cataratas.

»Todo hacía presagiar que nada podría salvarnos. Subimos y subimos, y me encontré bamboleándome contra la cubierta, como si se tratara de la pared de un edificio, pues cuando el capitán nos lanzó su grito de advertencia yo me había agarrado con todas mis fuerzas de la barandilla. Mientras me bamboleaba, reparé en algo extraño. Ante mis ojos se encontraba el bote, a babor de la popa. De pronto, la cubierta de lona le fue arrancada de un golpe, limpiamente, como por la acción de una mano enorme e invisible.

»Después, una confusión de remos, mástiles de botes y utensilios diversos revolotearon en el aire, como si fueran plumas, y se perdieron en el caos rugiente de espuma. Por su parte, el bote se desprendió de sus soportes y fue arrastrado hasta la cubierta principal, donde se convirtió en un amasijo de cuadernas pintadas de blanco.

»Transcurrió un minuto del más intenso suspenso. A continuación el barco se enderezó súbitamente y pude observar que los tres mástiles habían sido arrancados de cuajo. Sin embargo, con el espantoso aullido de la tormenta ningún sonido de ruptura había llegado a mis oídos.

»Dirigí la vista hacia el timón, pero allí no había nadie… Entonces distinguí algo acurrucado en la barandilla de sotavento y me arrastré hasta allí con grandes esfuerzos. Era el capitán. Yacía desmayado, y el brazo y la pierna derechos le colgaban con extraña flojedad. Miré a mi alrededor. Varios tripulantes se arrastraban

por la cubierta, hacia popa. Les llamé y señalé el timón, después al capitán. Dos se dirigieron hacia mí, y otro hacia el timón. A través de la espuma que flotaba todavía en el aire distinguí la figura del segundo de a bordo. Unos cuantos hombres le acompañaban hacia la proa con un rollo de cuerda. Más tarde me enteré de que se disponían a lanzar un ancla flotante para intentar mantener el barco de frente al viento.

»Bajamos al capitán a las cabinas y lo tumbamos en su litera. Allí quedó a los cuidados del mayordomo y de su hija y yo regresé a cubierta.

»Al cabo de un rato me encontré con el segundo y el resto de los tripulantes. Sólo se habían salvado siete. Los demás habían desaparecido.

»Pasamos un día terrible. El viento aumentaba hora tras hora, pero ni en los peores momentos llegó a ser tan espantoso como en aquel primer estallido.

»Por fin se hizo la noche… una noche de continuo terror con el rugido del gigantesco océano a nuestro alrededor, y el viento que se lamentaba como una bestia enorme y elemental.

»Casi antes de que rompiera el alba amainó el viento… pero sólo un momento. La embarcación giraba y se bamboleaba como un pedazo de corcho insignificante, y el agua entraba a bordo a raudales. De pronto se desató furiosamente, pero esta vez dio contra la parte central de la nave, haciendo que ésta se inclinara completamente de costado debido a la presión del elemento contra el casco desnudo.

»Poco después el viento nos cogió otra vez de frente y nos enderezamos, y volvimos a flotar a la deriva, como lo habíamos hecho durante horas, en medio de millares de colinas fantásticas de llamas fosforescentes.

»Una vez más se aplacó… pero sólo para reaparecer después de una pausa de mayor duración. Y entonces, de forma totalmente inesperada, desapareció. Durante media hora de angustia el navío se movió por un espantoso mar sin el menor asomo de viento, algo tan extraño que la imaginación apenas puede concebir. Sin duda habíamos sido arrastrados directamente al centro en calma del ciclón. Y digo en calma sólo por lo que se refiere a la ausencia de viento, porque era mil veces más peligroso que un huracán. Ahora estábamos siendo asediados por el indescriptible Mar Piramidal, un mar imposible de olvidar, un mar en el que la entraña viva del océano es proyectada hacia el cielo en monstruosas montañas de agua; pero no hacia delante, como ocurriría en el caso de que hubiera viento, sino hacia arriba, formando borbotones y crestas de agua salada y viviente, que vuelven a caer en cascadas de espuma atronadora.

»Imagínenlo, si pueden, y después imaginen que las nubes se abren de pronto y que la luna proyecta su luz sobre ese tumulto infernal… Tendrán ante sus ojos un espectáculo que muy rara vez se le ha ofrecido a un mortal, salvo con la muerte. Eso fue lo que vimos, y no hay nada en este mundo con que pueda compararlo.

»Sobrevivimos, sin embargo, y también al viento que vino después. Pero hubieron de suceder dos días y dos noches más para que la tormenta dejara de ser un

terror para nosotros, pues nos había arrastrado a las aguas cargadas de algas del inmenso Mar de los Sargazos.

»Allí las grandes olas perdieron la espuma y disminuyeron de tamaño a medida que derivábamos y nos adentrábamos en las masas de algas flotantes. El viento seguía azotándonos con furia y la goleta avanzaba a una velocidad uniforme, a veces entre bancos de algas, y otras veces por encima de ellos.

»Navegamos a la deriva durante un día y una noche. Entonces distinguí a popa un enorme banco de algas, mucho mayor que los que habíamos encontrado antes. El viento nos impulsó hacia atrás con tal fuerza que pasamos por encima de él. Habíamos avanzado cierta distancia cuando me di cuenta de que la velocidad disminuía. Supuse que el ancla flotante se había enganchado entre las algas y nos impedía seguir avanzando. Mientras reflexionaba de esta manera, escuché más allá de proa un débil zumbido, vibrante, que se unía al rugido del viento. Después se produjo un rumor confuso y la goleta dio un pequeño salto entre las algas. El cable que nos unía al ancla flotante se había roto.

»Vi que el segundo de a bordo corría a proa con varios hombres y que tiraban del cable hasta que el extremo cortado estuvo a bordo. Mientras tanto, como no había nada delante sobre lo que encarrilar la proa, la nave empezó a inclinarse hacia el lado del viento. Los hombres aseguraron una cadena al extremo del cable partido, lo echaron al agua y la nave volvió a quedar de frente a la tormenta.

»El segundo de a bordo vino a popa y le pregunté por qué habían obrado de esa manera. Me explicó que mientras la embarcación se mantuviera frente al viento se movería por encima de las algas. Cuando le pregunté por qué quería que atravesáramos ese banco, me dijo que uno de los hombres había visto algo a popa que parecía ser agua abierta, de manera que nos veríamos libres si llegábamos a alcanzarla.

»Durante todo aquel día interminable nos movimos por el inmenso banco. Sin embargo, el espesor de las algas no disminuía, sino que se hacía cada vez más denso, y a medida que nos adentrábamos en el banco la goleta perdía velocidad hasta dejar prácticamente de moverse. En estas circunstancias nos sorprendió la noche.

»A la mañana siguiente comprobamos que nos encontrábamos a unos trescientos metros de una gran extensión de agua libre: mar abierto al parecer. Pero, para nuestra desgracia, el viento había amainado y apenas soplaba una leve brisa. Y entretanto la nave estaba allí inmóvil, hundida entre aquella espantosa vegetación, mientras grandes matorrales de algas trepaban por los costados hasta unos pocos pies del nivel de la cubierta.

»Uno de los hombres recibió la orden de subir a lo que quedaba del palo de mesana para echar un vistazo alrededor. Informó que podía ver algo que parecían ser algas al otro lado del agua, pero que se encontraba a demasiada distancia para asegurarlo. Un momento después dijo que distinguía algo a lo lejos, a babor, pero que no podía precisar de qué se trataba, de modo que hubo que traer un catalejo y

pudimos comprobar que era el casco de la antigua embarcación que he mencionado al principio de mi relato.

»Todo el interés del segundo de a bordo se centró ahora en encontrar una manera de conseguir llevar la goleta al agua libre. Su primera disposición fue montar una vela en una verga de repuesto e izarla en la punta del palo de mesana tronchado. De esta manera podíamos renunciar al cable lanzado sobre la proa que contribuía, desde luego, a impedir que la embarcación se moviera. Por otra parte, la vela resultaría de gran utilidad para lograr que la nave avanzara por las algas. Después cogió un par de anclas pequeñas, las aseguró a los extremos de un trozo de cable, y en la mitad de éste ató el extremo de un largo rollo de cuerda resistente.

»Acto seguido ordenó que bajaran el bote a estribor de la popa, colocó allí las dos anclas pequeñas y ató otra cuerda a la amarra del bote. Una vez hecho esto, escogió a cuatro hombres y les ordenó que llevaran ganchos asegurados a unas cadenas, además de los remos. Su intención era avanzar con el bote a través de las algas hasta salir a mar abierto. Allí, en el límite de las algas, ataría las anclas a las matas más densas del banco. Después llevaría el bote hasta la goleta por medio de la cuerda atada a la amarra.

»—Entonces —explicó— aseguraremos la cuerda de las anclas en el malacate y sacaremos la nave de este repugnante montón de coles.

»Las algas resultaron ser un obstáculo mayor de lo que él pensaba para el avance del bote. Al cabo de media hora de esfuerzos apenas habían recorrido sesenta metros. La espesura de la vegetación nos impedía ver señales de ellos, excepto el movimiento que se producía entre las algas a medida que avanzaba el bote.

»Durante un cuarto de hora los hombres que se habían quedado en la popa se dedicaron a soltar cuerda para facilitar el lento avance del bote. Alguien pronunció mi nombre a mis espaldas. Me volví y vi que la hija del capitán me hacía señas desde la escalera de los camarotes. Me dirigí hacia ella.

»—Mi padre me ha enviado para que le informe de cómo marchan las cosas.

»—Muy lentas, señorita Knowles —contesté—. Muy lentas, ciertamente. El banco de algas es endemoniadamente denso.

»Asintió con un gesto de comprensión y se dio la vuelta para bajar, pero la detuve un momento.

»—¿Cómo se encuentra su padre? —pregunté.

»Inhaló aire y suspiró.

»—Ha recobrado el conocimiento —contestó—, pero está tan débil. El…

»El grito de uno de los hombres interrumpió sus palabras.

»—¡Que Dios nos ayude! ¿Qué ha sido eso?

»Me di la vuelta inmediatamente. Los tres hombres miraban por encima del remate de popa. Corrí hasta ellos y la señorita Knowles me siguió.

»—¡Shhh! —dijo ella con brusquedad—. ¡Escuchen!

»Miré hacia el lugar donde debía encontrarse el bote. Las algas se movían con un

extraño estremecimiento en ese punto. El estremecimiento se extendía mucho más allá del radio de los ganchos y los remos del bote. De pronto se oyó la voz del segundo de a bordo.

»—¡Cuidado, muchachos! ¡Dios mío, cuidado!

»Inmediatamente después, por encima de las palabras del segundo, se escuchó el grito ronco de un hombre en súbita agonía.

»En ese mismo instante vi que un remo se levantaba y que bajaba luego con violencia, como si alguien hubiera golpeado algo con él. Después se oyó de nuevo la voz del segundo.

»—¡Eh, los de a bordo! —gritó—. ¡Eh, los de a bordo! ¡Tirad de la cuerda! ¡Tirad de la cuerda…! —y la voz se convirtió en un grito agudo.

»Mientras tirábamos de la cuerda, vi que las algas se apartaban en todas direcciones. Desde allí, por encima del repugnante mar de color marrón que nos rodeaba, llegó hasta nuestros oídos una confusión de sonidos de choques y gritos de espanto.

»—¡Tirad de la cuerda! —grité.

»La cuerda se tensó, pero el bote no se movía.

»¡Coloquémosla en el cabrestante! —exclamó uno de los hombres, jadeando.

»Mientras decía estas palabras la cuerda se aflojó.

»—¡Ya viene! —gritó la señorita Knowles—. ¡Tiren!

»Y se puso a tirar de la cuerda con nosotros. El bote cedió ante nuestros esfuerzos con sorprendente facilidad.

»—¡Ahí está! —grité.

»Entonces solté la cuerda. No había nadie en el bote.

»Durante medio minuto lo miramos fijamente, perplejos. Después mis ojos vagaron a popa, hasta el lugar de donde lo habíamos arrancado. Entre las grandes matas de algas se producía un movimiento palpitante. Vi algo que se levantaba ondulando sin sentido contra el cielo. Era algo de forma sinuosa, y revoloteó una o dos veces de un lado a otro. Después se hundió entre las algas, sin darme tiempo a fijarme en ello.

»Un sollozo agudo me hizo volver en mí. La señorita Knowles estaba arrodillada en la cubierta, con las manos aferradas a uno de los soportes de hierro de la barandilla. Parecía momentáneamente destrozada.

»—¡Vamos, señorita Knowles! —dije con suavidad—. Debe tener valor. No podemos permitir que su padre se entere de esto en el estado en que se encuentra.

»La ayudé a ponerse en pie y sentí que temblaba de forma violenta. Entonces, mientras buscaba las palabras adecuadas para tranquilizarla, se oyó un sonido sordo y pesado procedente de la entrada de los camarotes. Boca abajo, con la mitad del cuerpo sobre cubierta, yacía el capitán. Era evidente que había presenciado los últimos acontecimientos. La señorita Knowles lanzó un grito de angustia y corrió hacia el lugar donde yacía su padre. Yo hice señas a uno de los hombres para que me

ayudara y lo llevamos de nuevo a su litera. Al cabo de una hora recuperó el conocimiento. Estaba sereno, aunque muy débil, y no cabía duda de que le aquejaban grandes dolores.

»Por medio de su hija me informó que deseaba que yo me hiciera cargo del mando. Después de unos momentos de vacilación, decidí aceptar, pues no se me exigían deberes que requirieran conocimientos náuticos especiales, lo cual me daba cierta tranquilidad. El hecho es que la nave estaba inmovilizada: eso era irremediable. Cuando el capitán se recuperara lo suficiente para hacerse cargo de la autoridad, sería el momento de pensar en liberarnos.

»Regresé a cubierta y transmití a los hombres los deseos del capitán. Elegí a uno para que ejerciera las funciones de capataz ante los otros dos y le sugerí que pusiera todo en orden antes de que cayera la noche. Tuve la suficiente sensatez para permitirle que abordara el trabajo a su modo, porque allí donde mi conocimiento de las necesidades podía ser fragmentario, el de él era completo.

»La puesta del sol se acercaba y contemplé con sentimientos melancólicos cómo se zambullía el gran casco del sol. Durante un buen rato me paseé por la popa, deteniéndome de vez en cuando para contemplar el gran desierto que nos rodeaba. Cuanto más lo miraba, la sensación de soledad y depresión se hacía más angustiosa. Había reflexionado mucho sobre los acontecimientos funestos de aquel día y todos mis pensamientos me conducían a una cuestión fundamental: ¿qué era aquello que estaba escondido entre las algas inmóviles y había atacado y destruido a la tripulación del bote? No pude encontrar una respuesta, y el banco de algas estaba en completo silencio… ¡un silencio demoníaco!

»El sol se acercaba al borroso horizonte salpicando el agua que se perdía en la distancia con grandes coágulos de rojo fuego. Mientras observaba este espectáculo, el perfecto borde inferior del astro se vio deformado por una forma irregular. Durante unos instantes lo miré fijamente, sumido en gran confusión. Corrí a la entrada de los camarotes a buscar unos prismáticos y eché una mirada a través de ellos. Entonces comprendí cuál era nuestro destino. Aquella línea que deformaba el borde del sol era la silueta de otro enorme banco de hierba.

»Recordé que por la mañana, el hombre que había subido a lo que quedaba del palo de mesana había creído ver algo más allá del agua, pero había sido incapaz de asegurar qué era. La idea de que por la mañana había sido *apenas* visible desde la arboladura y que ahora se lo veía con claridad desde la cubierta me sacudió como un relámpago. Tal vez el viento estaba comprimiendo la vegetación y conduciendo el banco que rodeaba la nave hacia una acumulación mayor todavía. Era posible entonces que la extensión de agua diáfana no hubiera sido más que una grieta en el corazón mismo del Mar de los Sargazos. Parecía algo demasiado probable.

»Así pues, en medio de estas reflexiones me sorprendió la noche. Recorrí la cubierta a grandes pasos durante varias horas, en la oscuridad, esforzándome por comprender lo que me parecía incomprensible, sin otro resultado que fatigarme.

Hacia la medianoche bajé a dormir.

»A la mañana siguiente, cuando salí a cubierta, descubrí que la extensión de agua libre había desaparecido por completo durante la noche, y ahora, hasta donde podía llegar la vista, no había otra cosa que una inmensa desolación de algas.

»El viento había amainado y ningún sonido surgía de aquella tremenda masa de vegetación. ¡Habíamos llegado, sin duda, al Cementerio del Océano!

»El día transcurrió sin que se produjeran acontecimientos de importancia. Mientras comíamos, uno de los hombres preguntó si podían servirse unas pocas ciruelas secas; entonces recordé, con una punzada de tristeza, que era Navidad. Les di la fruta que deseaban y pasaron la mañana en la cocina preparándose la comida. La estúpida indiferencia con que los tripulantes encaraban los últimos acontecimientos me sorprendía profundamente, hasta que me paré a pensar en lo que habían sido sus vidas. ¡Pobres tipos! Uno de ellos se acercó a popa y me ofreció un pedazo de lo que denominó "pudin de ciruelas". Lo traía en un plato encontrado en la cocina, que había limpiado escrupulosamente con arena y agua. Me lo ofreció con timidez, y yo lo acepté con la mayor cortesía, pues no quería herir sus sentimientos, aunque el olor de aquel manjar era abominable.

»Durante la tarde me dediqué a examinar detenidamente con el catalejo del capitán la antigua embarcación que se encontraba a babor de la nuestra. Puse especial cuidado en estudiar la extraordinaria superestructura que le rodeaba los flancos, pero, como ya dije antes, fui incapaz de adivinar su utilidad.

»Pasé los últimos momentos de la tarde en la popa, escrutando con los ojos fatigados aquella maligna quietud. Poco después cayó la noche, la noche de Navidad, sagrada para mí por un millar de recuerdos felices. Me sorprendí a mí mismo soñando con la noche de Navidad de hacía un año, y por unos momentos me olvidé del horror que me rodeaba.

»Entonces, de forma súbita y terrible, me vi obligado a recordarlo. Un grito surgió de la oscuridad. Durante una fracción de segundo expresó sorpresa… después un dolor y terror indecible. Parecía venir de arriba, y después, bruscamente, de algún lugar en el *exterior* de la nave. Durante unos instantes reinó el silencio, sólo interrumpido por ruido de pasos precipitados y el golpe de una puerta cerrada con violencia en proa.

»Bajé de un salto la escalera de popa y corrí a lo largo de la cubierta principal hacia el castillo de proa. Mientras corría, algo me quitó la gorra de un golpe. *Entonces* apenas lo noté. Alcancé el castillo de proa y agarré el cerrojo de la puerta de babor. Lo accioné y empujé, pero la puerta estaba asegurada por dentro.

»—¡Eh, los de dentro! —grité, y golpeé los paneles con el puño cerrado.

»Se escuchó la voz incoherente de uno de los hombres.

»—¡Abrid la puerta! —grité—. ¡Abrid la puerta!

»—Sí, señor… Ya… ya voy, señor —dijo el hombre, tartamudeando.

»Escuché el sonido de unos pasos que tropezaban con los tablones. Una mano

nerviosa accionó el cerrojo y la puerta se abrió de par en par.

»El hombre que me había abierto retrocedió asustado. Llevaba en la mano una lámpara de grasa, y la acercó a mí. Le temblaba la mano; detrás de él distinguí el rostro afeitado de uno de sus compañeros, con la frente y el sucio labio superior bañados en sudor. El hombre que sostenía la lámpara intentó hablarme, pero no fue capaz de articular ningún sonido durante unos instantes.

»—¿Qué… qué era? ¿Dios mío, qué era…? —dijo al fin, boqueando.

»El hombre que estaba detrás se acercó y gesticuló.

»—¿Qué era qué? —pregunté con cierta aspereza, mirándolos alternativamente —. ¿Dónde está el otro hombre? ¿Qué fue ese grito?

»El segundo hombre se pasó la mano por la frente, después agitó los dedos en dirección a cubierta.

»—¡No lo sabemos, señor! ¡No lo sabemos! ¡Era Jessop! ¡Algo lo atrapó cuando veníamos a proa! Nosotros… nosotros… Él… ¡Escuche…!

»Echó la cabeza hacia delante, con un respingo, y permanecimos en silencio durante unos instantes. Estaba por tomar la palabra, cuando desde algún punto de la cubierta principal nos llegó un ruido extraño y apagado, como si algo se moviera furtivamente de un lado a otro. El hombre de la lámpara me agarró de la manga aterrorizado, después cerró la puerta de un golpe y echó el cerrojo.

»—¡Era *eso*, señor! —exclamó convencido.

»Les ordené que se mantuvieran en silencio mientras escuchábamos, pero a través de la puerta no nos llegó ningún sonido, de modo que les pedí que me informaran de lo que había sucedido.

»No era mucho, ciertamente. Habían estado en la cocina conversando hasta que se sintieron cansados y decidieron ir a proa para acostarse. Apagaron la luz y salieron a cubierta. Mientras caminaban hacia proa, Jessop lanzó un aullido. Inmediatamente después oyeron el mismo grito en el aire, por encima de sus cabezas. Se dieron cuenta entonces de que algo horrible les atacaba y salieron corriendo hacia la seguridad del castillo de proa.

»En ese momento llegué yo.

»Una vez terminado el relato, me pareció oír algo en el exterior y les hice una seña para que guardaran silencio. Escuché el sonido una vez más. Después pronunciaron mi nombre en voz alta. Era la señorita Knowles. Seguramente me estaba llamando para comer, pues ella desconocía el espantoso suceso al que habíamos asistido. Salté enseguida hacia la puerta. Era posible que viniera andando por la cubierta para encontrarse conmigo. Y allí afuera había *algo* que yo no sabía qué era. ¡Algo no visto todavía, pero mortalmente tangible!

»—¡Deténgase, señor! —gritaron los dos hombres al mismo tiempo.

»Pero yo ya había abierto la puerta.

»—¡Señor Philips! —exclamó la muchacha a no mucha distancia—. ¡Señor Philips!

»—¡Ya voy, señorita! —grité, y le arrebaté la lámpara al espantado tripulante.

»Un instante después corría hacia popa, con la lámpara en alto, mirando con miedo a un lado y otro. Cuando llegué al lugar donde había estado el palo mayor, vi a la muchacha corriendo hacia mí.

»—¡Regrese! —grité—. ¡Regrese!

»Al oír mi grito dio media vuelta y corrió hacia la escalera de popa. Subí con ella y la seguí. Ya en la popa se dio la vuelta.

»—¿Qué está sucediendo, señor Philips?

»Vacilé.

»—No sé… —acerté a decir.

»—Mi padre ha oído algo —dijo—. Me ha enviado para…

»Levanté la mano. Me parecía haber captado de nuevo el sonido de algo que se deslizaba por la cubierta principal.

»—¡Rápido! —dije con brusquedad—. ¡Baje a la cabina!

»Como era una muchacha sensata obedeció mis órdenes sin perder tiempo. Cerré las puertas a mis espaldas y la seguí.

»Una vez allí le conté lo que había sucedido. Encaró el problema con valor, sin decir nada, aunque tenía los ojos muy abiertos y el rostro pálido. Entonces nos llamó el capitán desde la cabina adyacente.

»—¿Está ahí el señor Philips, Mary?

»—Sí, padre.

»—Dile que entre.

»Entré.

»—¿Qué ha ocurrido, señor Philips? —preguntó con voz sosegada.

»Dudé. Quería evitar contarle las malas noticias, pero me miró con ojos tan serenos que comprendí que era inútil tratar de ocultárselo.

»—Ha sucedido algo, señor Philips —dijo—. No tenga miedo y cuéntemelo.

»Entonces le conté todo lo que sabía. Me escuchó en silencio y me dio a entender que comprendía el relato con movimientos de cabeza.

»—Debe de haber sido algo enorme —observó cuando terminé—. ¿Y sin embargo usted no vio nada cuando se dirigía a popa?

»—No —contesté.

»—Es algo que está en las algas —prosiguió—. Es necesario prohibir que se salga a cubierta durante la noche.

»Conversamos un rato más y el capitán hizo gala de una serenidad que me dejó profundamente asombrado. Después me fui a mi camarote.

»Al día siguiente llamé a los hombres y efectuamos un registro minucioso de la nave. Pero no encontramos nada. La hipótesis del capitán era acertada. Había *algo* monstruoso oculto en aquella vegetación marina. Fui hasta la barandilla y miré abajo. Los dos hombres me siguieron. De pronto, uno de ellos señaló a un punto.

»—¡Mire, señor! —exclamó—. ¡Justamente debajo de usted! ¡Dos malditos ojos

grandes como platos, señor! ¡Mire!

»Miré con atención, pero no pude ver nada. El hombre se apartó y corrió a la cocina. Regresó con un trozo grande de carbón.

»—Es ahí, señor —dijo, y arrojó el carbón hacia las algas, justo debajo de donde yo me encontraba.

»Cuando vi lo que el hombre intentaba mostrarme, ya era demasiado tarde. Había allí dos ojos enormes, agazapados entre las matas de algas. En ese mismo instante adiviné a qué *cosa* pertenecían… Años atrás, durante un crucero por aguas australianas, yo había visto grandes ejemplares de pulpo.

»—¡Cuidado! —grité, agarrándolo por el brazo—. ¡Es un pulpo! ¡Retroceda!

»Me tiré a cubierta de un salto. Al mismo tiempo, las masas de algas se abrieron y media docena de espantosos tentáculos babearon en el aire muerto. Uno de ellos se enroscó en el cuello del marinero. Lo agarré por la pierna, pero el tentáculo lo arrancó de mis brazos con violencia, tropecé y caí hacia atrás sobre la cubierta. Mientras intentaba ponerme en pie oí el pavoroso grito del otro tripulante. Miré hacia el lugar donde suponía que estaba, pero no había el menor rastro de él. Olvidándome del peligro, me acerqué a la barandilla y bajé la cabeza con ojos asustados. No había rastro de él, ni de su compañero, ni del monstruo.

»No sé cuánto tiempo estuve allí, mirando hacia abajo espantado. Seguramente unos pocos minutos. Estaba tan angustiado que me sentía incapaz de moverme. Después, de forma inesperada, recuperé la conciencia del peligro al advertir un estremecimiento entre las algas. Inmediatamente surgió algo silencioso de las profundidades, moviéndose con una velocidad mortal. Por suerte lo vi a tiempo, pues habría compartido el destino de aquellos dos desgraciados… y de los demás. Me salvé saltando hacia atrás, a la cubierta. Durante unos interminables instantes vi el tentáculo ondulando por encima de la barandilla, un poco al azar, como sin propósito. Después se perdió de vista y quedé a solas.

»Creo que transcurrió una hora antes de que pudiera reunir el valor suficiente para comunicarles los pormenores de esta nueva tragedia al capitán y a su hija. Cuando terminé mi relato, regresé a la soledad de la popa para meditar sobre nuestra desesperada situación.

»Mientras caminaba de un lado a otro, me sorprendí mirando obsesivamente los amontonamientos de algas más cercanos. Los acontecimientos de los últimos días me habían destrozado los nervios, y tenía la sensación de que de un momento a otro se alzaría del mar un mortífero garfio, buscándome por encima de la barandilla. Sin embargo, como la popa alcanzaba mucha mayor altura sobre el nivel de las aguas que la cubierta principal, me parecía comparativamente segura, pero sólo comparativamente…

»Al cabo de un rato, mientras caminaba sin rumbo de arriba abajo, mis ojos tropezaron con el casco de la antigua embarcación. El motivo de aquella gran superestructura me pareció claro. Había sido ideada como protección contra las

horribles criaturas que poblaban la infernal vegetación. Se me ocurrió que yo podía intentar algo parecido, porque la sensación de ser atrapado y conducido en cualquier momento a las entrañas de aquel desierto viscoso se me hacía insoportable. Por otra parte, el trabajo me ocuparía la mente y me ayudaría a sobrellevar la intolerable soledad que me rodeaba.

»Decidí no perder ni un minuto más, de modo que me puse a pensar en la manera más adecuada de proceder y me hice con dos rollos de cuerda y varias velas. Después bajé a la cubierta principal y subí una brazada de barras de cabrestante. Las amarré verticalmente a la barandilla de popa y anudé la cuerda a cada una de ellas, tensándola al máximo, y sobre esta armazón extendí las velas, cosiendo la lona a la cuerda con hilo de bramante y agujas de gran tamaño que encontré en el cuarto del piloto.

»No crean que cumplí aquella tarea de inmediato. Pasaron tres días de duro trabajo antes de completar la popa. Después pasé a la cubierta principal. Fue una empresa de grandes dimensiones y transcurrieron quince días para tener encerrada toda la superficie, pues tenía que estar atento a cada momento por si sobrevenía el ataque de algún enemigo oculto. Estuve a punto de ser sorprendido en una ocasión, y me salvé gracias a un rápido salto. La conmoción me impidió trabajar el resto de aquel día. Sin embargo, a la mañana siguiente reanudé mi trabajo y no fui molestado hasta acabarlo.

»Ahora que tenía cubierta la embarcación de una manera bastante rudimentaria, me sentí dispuesto a perfeccionarla. Embreé las velas con alquitrán de Estocolmo, de manera que se mantuvieran rígidas y resistieran el mal tiempo. Agregué también nuevos soportes y buena cantidad de cuerda para tensar. Por último reforcé la lona con telas adicionales, empapadas en brea a discreción.

»Y de esta manera pasó enero y la mayor parte de febrero. El último día de febrero me llamó el capitán y me dijo sin preámbulos que se estaba muriendo. Lo miré sorprendido, pero no dije nada. Hacía tiempo que yo también lo sospechaba. Él me devolvió la mirada con una extraña intensidad, durante uno o dos minutos, como si leyera mis pensamientos más íntimos.

»—Señor Philips —dijo al fin—, tal vez mañana, a esta misma hora, haya muerto. ¿Ha pensado en el hecho de que mi hija se quedará sola con usted?

»—Sí, capitán —contesté sin vacilación, y esperé.

»Guardó silencio durante unos instantes. Por el cambio de expresiones de su rostro adiviné que estaba buscando las palabras adecuadas para expresar lo que quería decirme.

»—Usted es un caballero… —se decidió al fin.

»—Me casaré con ella —dije, adelantándome a lo que pensaba que iba a decir.

»Un pequeño rubor de sorpresa apareció en su rostro.

»—¿Lo ha pensado usted seriamente?

»—Lo he pensado seriamente —contesté.

»—¡Ah! —exclamó, con un gesto de entendimiento.

»Después quedó inmóvil por unos segundos. Comprendí que lo asediaban los recuerdos. Por fin abandonó sus sueños y se refirió a mi matrimonio con su hija.

»—Es lo único que queda por hacer —dijo con voz sosegada.

»Me incliné hacia él, y una vez más guardó silencio. Poco después se volvió hacia mí.

»—¿Usted la ama…? —preguntó.

»Su tono era de ansiedad, y en sus ojos se adivinaba la preocupación.

»—Será mi esposa —dije con decisión, y él asintió.

»—Dios nos ha tratado de una manera muy extraña —murmuró.

»Después me ordenó que fuera a buscar a su hija.

»Nos casó. Y tres días más tarde murió y quedamos solos.

»Durante mucho tiempo mi esposa estuvo triste, pero poco a poco el tiempo alivió su pena.

»Unos ocho meses después de nuestro matrimonio un nuevo interés se introdujo en su vida. Me lo dijo en susurros, y nosotros, que habíamos soportado la soledad sin quejarnos, teníamos ahora un nuevo motivo de preocupación para el futuro. Este acontecimiento se convirtió en un vínculo entre los dos, y a la vez nos prometía compañía para cuando fuéramos ancianos. ¡Ancianos! La idea de la edad hizo que mi mente se desviase hacia un tema ciertamente angustioso: ¡*Comida*! Hasta entonces había pensado en mí mismo como en alguien ya muerto y apenas me importaba algo que no fueran las necesidades inmediatas que se presentaban día a día. La soledad del vasto Mundo de Algas se había convertido en la certeza de un destino funesto, que había nublado y atrofiado mis facultades hasta conducirme a un estado de apatía general. Pero la noticia que me había dado mi esposa cambió todo de inmediato.

»En ese mismo instante emprendí una investigación sistemática por todo el navío. Entre el cargamento, que era de naturaleza “general”, descubrí grandes cantidades de provisiones conservadas y enlatadas y las aparté con cuidado. Continué el examen hasta agotar toda la nave. Esta tarea me llevó casi seis meses, y cuando terminé cogí un papel y realicé unos cálculos que me llevaron a la conclusión de que teníamos alimento suficiente para tres personas durante quince años, tal vez diecisiete. No pude precisar el cálculo porque ignoraba la cantidad que consumiría el niño a medida que creciese. Sin embargo, fue suficiente para demostrarme que diecisiete años debía ser el límite. ¡Diecisiete años! Y después…

»En cuanto al agua, no estaba preocupado porque había construido un gran recipiente de tela con una cañería de lona que iba hasta los tanques, de modo que de cada lluvia yo extraía una buena provisión que nunca se agotaba.

»La niña nació hace cinco meses. Es una criatura maravillosa y la madre se siente feliz. Creo que podría compartir con ellas una serena felicidad, pero la idea de lo que ha de suceder al cabo de diecisiete años hace que se desvanezca cualquier esperanza. Es cierto que podemos morir mucho antes, pero, de no ser así, nuestra hija llegará a la

adolescencia… y es una edad hambrienta.

»Si uno de nosotros muriese… ¡Pero no! En diecisiete años pueden ocurrir muchas cosas. Esperaré.

»Tal vez el método que he ideado para que este escrito consiga salir de las algas tenga éxito. He construido un pequeño globo impulsado con aire caliente, y en él depositaré este mensaje, bien envuelto en el interior de una barrica. El viento lo arrastrará fuera de este lugar.

»En caso de que mi escrito llegue a parar a manos civilizadas, les ruego que se lo envíen a:

(A continuación viene una dirección que por algún motivo ha sido borrada con cierta torpeza. Le sigue la firma de quien lo escribió:)

ARTHUR SAMUEL PHILIPS»

El capitán de la goleta miró a Jock cuando éste terminó la lectura.

—Provisiones para diecisiete años —murmuró pensativo—. ¡Y esto ha sido escrito hace unos veintinueve años! —movió la cabeza varias veces—. ¡Pobres criaturas! —exclamó—. ¡Ha pasado mucho tiempo, Jock…! ¡Sí, demasiado tiempo!

SEGUNDA PARTE

En al mes de agosto de 1902 el capitán Bateman, al mando de la goleta *Agnes*, encontró flotando en el mar una pequeña barrica en la que había pintada una palabra medio borrada, que al fin pudo identificar como «Homebird». Éste era el nombre de una nave completamente equipada que partió de Londres en noviembre de 1873, y de la que nadie volvió a saber nada.

El capitán Bateman abrió la barrica y descubrió en su interior un rollo manuscrito, envuelto en tela impermeable. Resultó ser el relato de la pérdida del *Homebird* en medio de las desoladas aguas del Mar de los Sargazos. El manuscrito pertenecía a un tal Arthur Samuel Philips, pasajero de dicha embarcación. Gracias a ello el capitán Bateman pudo enterarse de que la goleta había ido a parar al corazón mismo de los terribles Sargazos y que toda la tripulación había desaparecido, algunos en la tremenda tormenta que los arrastró hasta aquel lugar, y otros intentando liberar la embarcación de las algas que les rodeaban por todas partes.

El señor Philips y la hija del capitán fueron los únicos supervivientes, y el capitán, mortalmente enfermo, los casó tres días antes de su muerte. De este matrimonio había nacido una hija. El manuscrito concluía con una alusión breve y conmovedora al temor que sentía de que los alimentos se acabaran con el paso del tiempo.

No es necesario decir mucho más. El relato fue reproducido por la mayor parte de los diarios de la época y provocó toda suerte de comentarios. Incluso se llegó a hablar de preparar una expedición de rescate, pero el proyecto fracasó debido a la falta de conocimientos sobre el lugar exacto del inmenso Mar de los Sargazos en donde se encontraba la embarcación. Y así, poco a poco, la tragedia fue descendiendo al fondo de la memoria de los hombres.

Ahora, sin embargo, el interés del público por el destino de esas tres almas será despertado de nuevo, pues una segunda barrica, idéntica a la que encontró el capitán Bateman, ha sido recogida por un tal Bolton, de Baltimore, dueño de un pequeño bergantín, que se dedica al comercio por las costas sudamericanas. En la barrica se descubrió un mensaje posterior del señor Philips: el quinto que ha enviado al mundo. El segundo, el tercero y el cuarto no han sido hallados todavía.

Este «quinto mensaje» es un relato fiel e impactante de sus vidas durante el año 1879 y, en cuanto documento que trata sobre la soledad y el anhelo humanos, sigue siendo único. Lo he leído con profundo interés e intenso dolor. La escritura, aunque ya muy difuminada, es legible, y pertenece sin duda a la misma mano y a la misma mente que escribió la triste narración de la pérdida del *Homebird*, a la que ya me he referido y con la cual muchos lectores estarán familiarizados.

Ahora que cierro esta nota explicativa, me siento tentado a preguntar si alguna vez, en algún lugar, aparecerán los tres mensajes perdidos. Y creo que aún podría haber otros. Soy incapaz de imaginar qué historias de lucha y esfuerzo contra el

destino pueden contener. No podemos saber nada más, porque, ¿qué es al fin y al cabo esta pequeña tragedia perdida entre los millones de tragedias que el silencio del mar esconde sin ningún remordimiento? Y sin embargo, insisto una vez más, en cualquier momento pueden llegarnos noticias de lo desconocido, noticias surgidas de la desolación espantosa del Mar de los Sargazos, el lugar más solitario e inaccesible de todos cuantos hay en esta tierra.

Por esta razón, me atrevo a decir: esperemos.

W. H. H.

El quinto mensaje

«Éste es el quinto mensaje que envío más allá de la aborrecible superficie de este inmenso Mundo de Algas, y ruego que llegue a mar abierto antes de que se agote la energía ascensional del globo. Empero, si llega allí, cosa que me atrevo a dudar en estos momentos, ¿de qué me valdría? A pesar de todo debo escribir, o me volveré loco, y elijo por tanto escribir, aun cuando sienta que ninguna criatura viviente, aparte de los pulpos gigantes que habitan estas algas, verá alguna vez lo que describo.

»La víspera de Navidad de 1875 envié mi primer mensaje, y desde entonces cada víspera del nacimiento de Cristo he mandado un mensaje al cielo para que fuera arrastrado por el viento a mar abierto. Al aproximarse esta época de festividad y encuentro de seres separados, me siento abrumado e impulsado a romper la tranquilidad apática que me ha invadido durante estos años de soledad. Así pues, me aparto de mi esposa y la pequeña, cojo una pluma, tinta y papel, y trato de aliviar el corazón de las emociones reprimidas que en ocasiones me amenazan con destrozarlo.

»Han pasado seis años desde que el Mundo de Algas nos separó del Mundo de los Vivos, seis años alejados de nuestros hermanos y hermanas del mundo humano y viviente… ¡Seis años viviendo en una tumba! ¡Y quedan aún los años futuros! ¡Dios mío! ¡Dios mío, apenas me atrevo a pensar en ellos! Debo controlarme…

»Además está la pequeña, que ahora tiene casi cuatro años y medio y crece maravillosamente en medio de esta desolación. Cuatro años y medio y la mujercita no ha visto más rostro humano que el nuestro. ¡Piensen en ello! Y sin embargo, si viviera cuarenta y cuatro años, no volvería a ver ninguno más… ¡Cuarenta y cuatro años! Es estúpido preocuparse por un lapso de tiempo tan grande, pues el futuro termina para nosotros dentro de diez años… once en el mejor de los casos. Los alimentos no durarán más tiempo. Mi esposa ignora esta circunstancia, pues me parece una crueldad incrementar el castigo que está padeciendo. Sólo sabe que no debemos desperdiciar ni un gramo de comida, e imagina que la mayor parte del cargamento es de naturaleza comestible. Tal vez yo he avivado esa creencia. Si algo me ocurriera,

los alimentos durarán algunos años más, pero mi esposa tendría que estar convencida de que fue un accidente, de lo contrario enfermaría a cada bocado.

»Desde hace tiempo he pensado con frecuencia en este tema. Pero tengo miedo de abandonarlas porque tal vez sus vidas dependan en ciertos momentos más de mi energía que de los alimentos que al final han de faltarles. No, no debo ofrecerles a ellas, y a mí mismo, una tragedia *cercana y segura* para demorar otra que, aunque parezca menos segura, será empero inevitable con el discurrir del tiempo.

»Durante los cuatro últimos años no nos había ocurrido nada importante, a excepción de las aventuras que sucedieron a mi loco intento de abrir un camino a través de las algas en busca de la libertad, y las que Dios quiera reservarnos a mí y los míos en el futuro[29]. Sin embargo, hacia la segunda mitad de este año, ocurrió algo ligado estrechamente al terror, un acontecimiento inesperado que ha aportado a nuestras vidas un nuevo y más activo peligro, por cuanto nos hizo comprender que la vegetación oculta otros terrores aparte de los pulpos gigantes.

»En realidad he llegado al convencimiento de que este mundo desolado puede ocultar *cualquier* horror, puesto que tiene capacidad para hacerlo. Imagínenlo: una extensión interminable de soledad viscosa, parda, en todas direcciones, hasta el remoto horizonte; un lugar donde reinan los monstruos de las profundidades de las algas, un lugar donde ningún enemigo puede atacarlos, y a la vez donde ellos pueden golpear con la muerte repentina. Ningún ser humano puede traer aquí un arma destructiva, y los que han tenido la suerte funesta de contemplarlos, sólo pueden hacerlo con tristeza y temor, sin la menor capacidad de hacer daño, desde la cubierta de las naves perdidas y solitarias.

»No, no soy capaz de describirlo, ni tengo la esperanza de que alguien se lo imagine en su exacto horror. Cuando el viento amaina, un silencio inaudito nos rodea, de un horizonte a otro, y sin embargo, es un silencio en el que uno puede sentir el latido de *cosas* ocultas que observan y esperan, que esperan y observan… que esperan la oportunidad de extender un garfio mortal y repentino… ¡Es inútil! No creo que nadie lo entienda en su justa medida, y creo que no conseguiría tampoco comunicar el espantoso sonido del viento cuando barre estas planicies extensas y temblorosas… el agudo susurro de las algas mecidas por el viento. Cuando lo oímos más allá de nuestra protección de lona, sentimos que es algo semejante a oír el lamento de los muertos incontables que cobijan los poderosos Sargazos, muertos que lloran sus propios réquiems. En otras ocasiones, afectada por la impotente soledad y la meditación, mi imaginación lo asimila a ejércitos en marcha de enormes monstruos que están siempre a nuestro alrededor… acechando.

»Pero ahora relataré la aparición del nuevo terror.

»A finales de octubre lo experimentamos por primera vez: un golpeteo entre las algas, contra el costado de la nave, por debajo de la línea de flotación, un golpeteo nítido aunque extraño y fantasmal en la quietud de la noche. La primera vez que lo oí el cielo estaba despejado y brillaban las estrellas. Yo estaba abajo, en el pañol,

acondicionando las provisiones y lo oí de pronto: tap-tap-tap, un martilleo en el exterior, sobre el flanco de estribor y por debajo de la línea de flotación. Me quedé quieto un momento, escuchando, pero no pude descubrir qué era lo que estaba golpeando contra la embarcación en este solitario mundo de fango y algas. Entonces, mientras escuchaba, el golpeteo cesó, pero yo permanecí a la espera, intrigado, con una impotente sensación de temor que debilitaba mi ánimo y expulsaba el valor de mi corazón…

»El martilleo empezó de nuevo de forma inesperada, pero esta vez en el flanco opuesto. Mientras escuchaba, el sudor bañaba mi piel, pues tenía la sensación de que algo inmundo estaba golpeando en la oscuridad exterior para que lo dejaran entrar. Tap-tap-tap, continuaba, y yo estaba allí parado, escuchando, y tan aterrorizado que me faltaban las fuerzas para moverme, pues el hechizo del Mundo de Algas, el horror que engendraban sus criaturas ocultas, el peso y el tedio de su soledad abrumadora habían penetrado en la médula misma de mis huesos, de modo que en ese momento yo era capaz de creer en posibilidades de las que me habría reído despectivamente de haber estado en tierra firme y rodeado por mis semejantes. Y es que la horrible soledad de este mundo de pesadilla en el que estamos perdidos le quita el ánimo a cualquier hombre.

»De modo que, como he dicho, yo estaba allí de pie, escuchando, lleno de pensamientos horribles e indefinidos, y el martilleo proseguía, a veces con un ritmo regular, y de pronto veloz y espasmódico, como si algo provisto de inteligencia estuviera haciendo señales.

»A pesar de todo pude librarme del temor que me había invadido y me acerqué al lugar de donde parecía surgir el martilleo. Asomé la cabeza y escuché. Los extraños sonidos me llegaban con mayor nitidez y ahora podía distinguir que algo golpeaba el flanco con un objeto duro y contundente, un objeto similar a un martillo.

»Mientras escuchaba, un golpe atronador sonó cerca de mis oídos, un golpe tan fuerte y asombroso que salté de puro miedo. Le siguió un segundo golpe, y después un tercero, como si alguien hubiera golpeado con una maza el casco. Entonces se produjo un momento de silencio y escuché la voz de mi esposa cerca de la trampilla de entrada al pañol, llamándome para saber qué era ese ruido.

»—Silencio, querida —susurré, pues me parecía que la criatura del exterior podía oírla, aunque tal cosa no era posible, y si lo menciono es sólo con la intención de mostrar hasta qué punto me habían desequilibrado los golpes.

»Mi esposa guardó silencio y bajó por la escalera hacia la penumbra.

»—¿Qué es eso, Arthur? —preguntó acercándose a mí y deslizando la mano alrededor de mi brazo.

»Como respuesta a su pregunta se escuchó un cuarto golpe que llenó el pañol con un trueno sordo.

»Mary gritó asustada y se apartó de mí de un salto, pero al instante se agarró con fuerza de mi brazo.

»—¿Qué es, Arthur? ¿Qué es? —me preguntó con una voz que era apenas un susurro, aunque se escuchó con claridad en el silencio que siguió al golpe.

»—No lo sé, Mary —contesté, intentando infundir a mi voz un tono de calma—. Es…

»—Hay algo ahí de nuevo —me interrumpió, pues se volvía a escuchar el martilleo.

»Nos quedamos en silencio durante un minuto escuchando el extraño golpeteo. Después mi esposa se volvió hacia mí.

»—¿Es algo peligroso, Arthur? —preguntó—. Dímelo, por favor, te prometo ser valiente.

»—No sé qué puede ser, Mary —contesté—. No llego a imaginármelo, pero voy a salir a escuchar a cubierta. Tal vez… Hice una pausa para pensar, pero un tremendo quinto golpe contra el casco de la embarcación borró mis palabras y sólo fui capaz de quedarme allí quieto, asustado y asombrado, a la espera de que se produjeran más sonidos. Después de una breve pausa llegó un sexto golpe. Mi esposa me agarró del brazo y me arrastró hacia la escalera.

»—Sal de esta oscuridad, Arthur —dijo—. Me volveré loca si te quedas un minuto más en este lugar. Tal vez la cosa de afuera nos oye… puede que se detenga si subimos.

»Mi esposa temblaba ostensiblemente y yo no me encontraba mejor, así que fue un alivio subir la escalera con ella. Al llegar al final hicimos una parada y nos inclinamos sobre la escotilla abierta para escuchar. Pasaron aproximadamente cinco minutos en silencio; después el martilleo se reanudó una vez más, volvió a interrumpirse, y durante diez minutos dejamos de escucharlo. Tampoco se produjeron los golpes violentos.

»Después aparté a mi mujer de la escotilla, que está situada justo debajo de la mesa del camarote, y la obligué a sentarse a un lado. Regresé a la abertura y le coloqué la tapa. A continuación entré en nuestra cabina, la que había sido del capitán, su padre, y saqué uno de los muchos revólveres que teníamos. Lo cargué con cuidado y me lo metí en el bolsillo.

»Una vez hecho esto, me dirigí a la despensa y cogí una linterna sorda, la misma que habíamos usado en noches cerradas para sacar las cuerdas de la cubierta. La encendí y moví la tapa corrediza para amortiguar la luz. Después me quité las botas y se me ocurrió que sería conveniente bajar una de las hachas americanas de mango largo que estaban en el soporte del mástil de mesana, pues estaba bien afilada y era un arma formidable.

»Antes de proseguir con mi tarea fui a tranquilizar a mi esposa y a asegurarle que no correría riesgos innecesarios, si es que en realidad había algún riesgo que correr. La verdad es que yo no podía afirmar en esos momentos qué clase de peligro se cernía sobre nosotros. Así pues, levanté la linterna y subí descalzo y en absoluto silencio la escalera de entrada. Había llegado arriba y acababa de pisar la cubierta

cuando algo me aferró del brazo. Me giré con rapidez y vi que mi esposa había subido conmigo los escalones y, a juzgar por la forma en que le temblaba la mano, me di cuenta de que estaba totalmente alterada.

»—¡Querido, por favor, no vayas! ¡No vayas! —susurró con ansiedad—. Espera hasta que salga el sol. Quédate aquí abajo esta noche. No sabes con qué puedes encontrarte en este horrible lugar.

»Dejé la linterna y el hacha junto a la escalera y abracé a mi esposa, acariciándole el pelo e intentando serenarla, sin descuidar ni un solo momento la vigilancia de la cubierta en penumbra. Conseguí por fin que se calmara y que escuchara mis consejos sobre la conveniencia de que ella se quedara abajo. Me hizo prometer que obraría con absoluta cautela y me dejó solo.

»En cuanto se fue, recogí la linterna y el hacha y avancé con cuidado hacia un costado. Me paré y escuché con atención, pues me encontraba justo encima del lugar en donde había oído la mayor parte del martilleo y los golpes más violentos. Aunque escuché con extrema atención, como he dicho, los sonidos no se repitieron.

»Entonces avancé hacia el comienzo de la cubierta de proa. Me incliné sobre la barandilla y escuché, escrutando a la vez las cubiertas difusas, pero no oí ni escuché nada. En realidad no tenía un motivo poderoso para esperar ver u oír algo anormal a bordo, pues todos los sonidos provenían del exterior, por debajo de la línea de flotación. Sin embargo, en el estado de agitación mental que me encontraba, intervenía menos la razón que la imaginación, pues aquellos extraños golpes en medio de tan espantosa desolación me habían hecho imaginar terrores desconocidos que se acercaban furtivamente a mí desde cada sombra de la cubierta apenas entrevista.

»Mientras dudaba todavía si bajar a la cubierta principal, insatisfecho por el resultado de mis investigaciones aunque con ánimo para proseguir la búsqueda, escuché de nuevo el golpeteo, leve pero nítido en la quietud de la noche.

»Me aparté de inmediato de la barandilla y escuché, pero ya no podía oírlos. Entonces me incliné sobre la barandilla y bajé la cabeza mirando hacia la cubierta principal. Los sonidos se hicieron audibles una vez más y comprendí que la barandilla los transmitía a través de los puntales de hierro que la fijaban a la nave.

»Di media vuelta y me dirigí a popa moviéndome con la máxima cautela y en completo silencio. Me detuve en el lugar donde había escuchado por primera vez los mayores golpes y me agaché, apoyando el oído en la barandilla. Los sonidos me llegaron muy nítidos.

»Escuché unos instantes, me levanté y quité con cuidado el trozo de lona embreada que cubre la abertura de babor por donde arrojamos los desperdicios. Llevé a cabo esta acción en completo silencio; después me deslicé un poco hacia afuera por la abertura y examiné la informe superficie de algas. En ese momento oí con claridad justo debajo de mí un golpe pesado, amortiguado por el agua, contra el hierro del casco y me pareció que se producía cierta perturbación entre las masas oscuras y

sombrías de las algas. Accioné la linterna y lancé un chorro de luz hacia las profundidades. Durante unos segundos me pareció percibir una multitud de cosas que se movían. Eran de forma ovalada y se veían blancas entre las matas de vegetación, pero no pude distinguirlas con claridad porque desaparecieron con el resplandor de la linterna y quedaron solamente las masas oscuras y pardas de aquella vegetación inmóvil.

»Sin embargo, dejaron una impresión profunda en mi imaginación, una impresión debida tal vez a la morbidez engendrada por la implacable soledad. Durante un momento me habían parecido los rostros blancos de una multitud de muertos, rostros que me miraban atrapados en las redes de la vegetación.

»Permanecí así un rato, mirando fijamente el círculo de algas iluminado por la linterna. He de decir que mi cabeza era un torbellino de dudas y suposiciones nacidas del miedo, de tal modo mis ojos físicos quedaban rezagados respecto al ojo interior. En aquel caos que era mi mente se despertaban recuerdos sobrenaturales y terribles: los vampiros, los muertos vivientes. En ese momento no me parecía descabellado asociar esos términos con los terrores que me asediaban. Creo que ningún hombre puede atreverse a determinar cuáles son los terrores que oculta este mundo hasta que no se ha perdido en medio de la desolación absurda e inexplicable de las planicies de fangosa vegetación que pueblan el Mar de los Sargazos.

»Fue en ese momento, mientras estaba allí expuesto de forma tan imprudente a los peligros que sabía que existían realmente, cuando mis ojos captaron, alertando a la vez al subconsciente, la extraña y sutil ondulación que sucede siempre a la aproximación de un pulpo gigante. Salté hacia atrás de forma instintiva, dejando caer la tapa de lona embreada sobre la abertura. Quedé atrapado y solo en la noche, mirando atemorizado a mi alrededor con ayuda de la linterna, que proyectaba manchas oscilantes de luz sobre la cubierta. Permanecí a la espera durante mucho tiempo… escuchando y vigilando, pues estaba seguro de que algún terror acechaba en la noche y que atacaría de modo imprevisible en cualquier momento.

»Después, rompiendo el silencio, me llegó un susurro que me hizo girar con rapidez hacia la escalera de los camarotes. Allí estaba mi esposa con los brazos tendidos hacia mí, rogándome que bajara a lugar seguro. Al enfocarla con la luz de la linterna, vi que tenía un revólver en la mano derecha y le pregunté para qué. Me respondió que había estado vigilando todo el tiempo que yo había estado en cubierta, salvo el momento que precisó para buscar y cargar el arma.

»Lógicamente, me adelanté hacia ella y la abracé, colmándola de besos por el amor que manifestaban sus acciones. Hablamos brevemente en voz baja; me pidió que bajara y atrancara la puerta de la escalera, pero yo objeté que me sentía demasiado alterado para dormir y que prefería seguir vigilando un poco más.

»Mientras discutíamos, le hice señas para que se callara. En el silencio que siguió, ella oyó con la misma claridad que yo un lento “¡tap, tap, tap!” que avanzaba sin pausa por la oscura cubierta. Sentí un miedo angustioso y veloz, y, a pesar de los

temblores, el apretón de mi esposa se hizo muy tenso. Liberé el brazo e hice ademán de dirigirme al extremo de popa, pero ella se puso enseguida detrás de mí y me rogó que si no tenía intención de bajar que me quedara donde estaba.

»Entonces le ordené severamente que me soltara y bajara a la cabina. Estas muestras de preocupación hicieron que la amara más que nunca. Sin embargo hizo caso omiso de mis órdenes y declaró con decisión, aunque en un susurro, que si yo me exponía al peligro, ella me acompañaría y lo compartiría conmigo. No dudé ante estas razones, pero decidí que no iríamos más allá del comienzo de la cubierta de popa ni nos aventuraríamos a andar por la cubierta principal.

»Así pues, nos acercamos en completo silencio. Desde la barandilla lancé la luz de la linterna hacia las algas, pero no pude ver ni oír nada porque el martilleo había cesado. Recomenzó poco después a babor, cerca del muñón del palo de mesana. Proyecté hacia allí la linterna y por un instante me pareció ver algo pálido que se escabullía del resplandor de la luz. Alcé la pistola y disparé, y lo mismo hizo mi esposa, sin que yo le dijera nada. El estampido de las explosiones sonó hueco sobre la cubierta. Los ecos se apagaron y entonces pudimos escuchar cómo el martilleo se dirigía una vez más hacia la proa.

»Permanecimos un rato escuchando y vigilando, pero todo estaba en calma. Después bajé y atranqué la puerta de la escalera, como quería mi esposa, porque, ciertamente, sus argumentos sobre la inutilidad de que me quedara en cubierta eran muy razonables.

»La noche transcurrió en completa calma. A la mañana siguiente llevé a cabo una inspección exhaustiva, examinando las cubiertas y la vegetación que rodeaba la nave. Acto seguido abrí las escotillas y bajé a las bodegas, pero no encontré nada anormal.

»Aquella noche, cuando estábamos acabando la cena, oímos tres golpes violentos en el costado de estribor, lo que me hizo saltar como un resorte. Cogí la linterna, la encendí y corrí furtivamente hacia cubierta. Llevaba la pistola en el bolsillo y gracias a mis chinelas de suela blanda no me fue preciso detenerme para quitarme el calzado. El hacha estaba en la escalera; la cogí y subí los escalones.

»Una vez en cubierta, me acerqué al costado y quité la protección de lona. Asomé un poco la cabeza y abrí la corredera de la linterna de modo que la luz bañara la vegetación en la zona donde parecían tener origen los fuertes golpes que habíamos escuchado, pero no percibí nada que se saliera de lo corriente y las matas de algas oscilaban a su ritmo inquebrantable. Al cabo de un rato de observación decidí retirarme y volví a poner la protección de lona en su sitio, pues era una locura permanecer expuesto a los tentáculos de cualquier pulpo gigante que merodeara por las cercanías bajo el telón de algas.

»Me quedé en popa hasta la medianoche, hablándole con voz serena a mi esposa, que había subido conmigo la escalera. A veces oíamos los golpes a un lado y otro de la embarcación. Y siempre, acompañando a los más intensos, aquellos rítmicos “tap-tap-tap” que escuché la primera vez.

»Hacia la medianoche me di cuenta de que no había nada que hacer allí, que las cosas invisibles que nos rodeaban no parecían representar un gran peligro para nosotros, y me dirigí a descansar acompañado de mi esposa, sin olvidarme de atrancar bien las puertas de la escalera.

»Calculo que serían las dos de la madrugada cuando el grito agónico de nuestro verraco, que estaba bastante lejos, a proa, me despertó de un sueño agitado. Me incorporé y escuché; después salté de la litera al suelo. A juzgar por la respiración, mi esposa dormía tranquila, así que me fue posible ponerme algunas prendas sin despertarla.

»Después, una vez encendida la linterna, cogí el hacha y corrí hacia la puerta de la cubierta. La había cerrado con llave antes de acostarme y ahora, sin hacer el menor ruido, le di dos vueltas a la llave, accioné el picaporte y la abrí con sumo cuidado. Examiné la superficie borrosa de la cubierta principal, pero no pude ver nada. Entonces abrí la corredera de la linterna y dejé que la luz barriera la cubierta, pero aun así, no vi nada anormal.

»Dirigí la luz hacia la proa; al chillido del cerdo le siguió un silencio absoluto, y ahora, a excepción del monótono tap-tap-tap, no se producía sonido alguno. Reuní valor y caminé lentamente hacia la proa, proyectando la luz a derecha e izquierda.

»De repente, en la proa surgió una cascada de golpecitos, raspones y frotamientos tan nítidos que grité para mis adentros, si se me permite la expresión. Durante un minuto o más me quedé parado dudando y moviendo la luz a mi alrededor, sin darme cuenta de que algo abominable podía saltar sobre mí en cualquier momento desde las sombras.

»Entonces recordé que había dejado abierta la puerta de los camarotes, de modo que si había algo maligno en la cubierta podía atacar a mi esposa y a mi hija mientras dormían. Este pensamiento me horrorizó y corrí otra vez a popa. Me aseguré de que todo estaba en orden y regresé a cubierta. Esta vez cerré la puerta con llave.

»Me encontraba de nuevo entre las sombras de la cubierta, solo y con la retirada cortada, de modo que necesité todo mi valor para ir a proa y averiguar cuál había sido la causa del grito del cerdo y qué significaba aquel martilleo múltiple. Conseguí vencer el miedo, y tengo derecho a sentirme orgulloso de mis acciones, pues lo siniestro de aquel lugar, la soledad y el frío terror del Mundo de Algas le despojan a uno del ánimo de manera implacable.

»Cuando llegué a las proximidades del castillo de proa, me moví con la mayor cautela, proyectando la luz a ambos lados y manteniendo el hacha en alto, con el corazón dándome tumbos del miedo que sentía. Llegué por fin a la jaula de los cerdos y me encontré con un espectáculo alucinante. El cerdo, un verraco enorme de ochenta kilos, había sido arrastrado por la cubierta y yacía con el vientre desgarrado, tan muerto como una piedra. Los barrotes de acero de la jaula, unos barrotes de un grosor considerable, habían sido arrancados y deformados como pajas. Por lo demás, había gran cantidad de sangre en la pocilga y en la cubierta.

»No me quedé a contemplar el espectáculo por más tiempo. Inmediatamente tomé conciencia de que aquello era obra de algo monstruoso, que en ese mismo instante podía estar acercándose a mí en silencio. Esa sola idea destrozó todo mi valor y me vi asaltado por un terror ciego, abrumador, de manera que me di media vuelta y salí corriendo al refugio del camarote y no me detuve hasta que la sólida puerta estuvo cerrada con llave, separándome de lo que había atacado y destruido al verraco. Mientras permanecía allí, temblando de horror, trataba de imaginarme la manera en que aquel ser de naturaleza cruel y bestial podía haber destrozado los barrotes de acero y arrancado tan salvajemente la vida al enorme verraco, como si fuera apenas un cachorro. Y además, había que hacerse algunas preguntas trascendentales: ¿cómo había subido a bordo?, ¿dónde se había ocultado? Y, en cualquier caso, ¿*qué era*? Y así sucesivamente, durante un buen rato, hasta que logré calmarme.

»Pero no pude volver a conciliar el sueño aquella noche.

»A la mañana siguiente, nada más despertarse, le conté a mi esposa los sucesos acaecidos durante la noche. Se puso muy pálida y se enfadó por haber salido a cubierta exponiéndome sin necesidad al peligro y dejándola sola sin saber lo que podía ocurrir. Después se echó a llorar y tuve que esforzarme para consolarla. Sin embargo, cuando recobró la serenidad, insistió en acompañarme a cubierta para ver a la luz del día lo que había acontecido durante la noche. Yo, desde luego, quería prohibirle que saliera del camarote hasta haber realizado un examen preciso de las cubiertas, pero no pude quitarle la idea de la cabeza aunque le aseguré que le había contado todo. Así pues, en contra de mi voluntad, me vi obligado a permitir que me acompañara.

»Nos dirigimos a cubierta por la puerta que está situada justo debajo de la popa. Mi esposa agarraba torpemente el revólver con las dos manos, mientras yo sostenía el mío con la izquierda y el hacha con la derecha, dispuestos para entrar en acción.

»Como la niña estaba dormida, antes de salir a cubierta cerramos la puerta con llave. Después caminamos lentamente hacia proa, mirando a nuestro alrededor con cierta aprensión. Cuando llegamos a la pocilga, mi esposa dejó escapar un grito de terror al contemplar el espectáculo del cerdo mutilado.

»Yo no hice ningún comentario, pero miré a nuestro alrededor con miedo, sintiendo que me atacaba un nuevo acceso de pánico, pues me parecía evidente que el verraco había sido destrozado por algo de naturaleza indescriptible: la cabeza había sido separada del tronco con una violencia salvaje, y además descubrí nuevas y feroces heridas, una de las cuales mostraba que el cuerpo del desgraciado animal había estado a punto de ser partido en dos. Todo esto constituía una evidencia contundente del carácter formidable del monstruo, o *monstruosidad*, que había atacado al cerdo.

»No me quedé allí más tiempo, ni traté de tocar al cerdo. Le hice señas a mi esposa para que subiera conmigo a la parte superior del castillo de proa. Una vez allí quité la cubierta de lona del pequeño tragaluz que ilumina el interior. Luego levanté

la pesada tapa superior y dejé que la luz penetrara en la penumbra. No descubrí ninguna señal de peligro, así que regresé a cubierta y entré al castillo de proa por la puerta de estribor. Emprendí un registro más minucioso, pero no descubrí nada aparte de los tristes baúles que habían pertenecido a los tripulantes muertos.

»Terminada la búsqueda, me apresuré a salir de aquel siniestro lugar, cerré la puerta y comprobé que la que daba a babor también quedara cerrada. Una vez más subí al castillo de proa y coloqué en su sitio la parte superior del tragaluz y la cubierta de lona, asegurando todo con listones de madera.

»De este modo, con una increíble precaución, fui revisando toda la nave, comprobando que todas las puertas quedaran bien cerradas para estar seguro de que ninguna *cosa* se dedicara a jugar a una especie de espantoso escondite conmigo.

»A pesar de todo, no descubrí nada, y de no haber sido por la tenebrosa evidencia del verraco mutilado, habría estado dispuesto a creer que lo que había vagado por las cubiertas la noche anterior no era más que el fruto de una imaginación demasiado excitada.

»Las razones de mi confusión podrán comprenderse mejor si explico que había revisado toda la pantalla de lona embreada que yo mismo había construido alrededor de la nave como protección contra los rápidos tentáculos de los pulpos gigantes que merodeaban en el exterior, y que no había encontrado ninguna zona desgarrada, un mínimo rastro que debería haber dejado cualquier monstruo concebible que hubiera trepado a bordo desde las algas. Creo que también hay que considerar que el barco sobresale unos metros sobre la superficie de algas, presentando sólo los pulidos flancos de metal a cualquier cosa que desee trepar a bordo.

»¡Y sin embargo allí estaba el cerdo muerto, destrozado salvajemente ante la pocilga vacía! Esto era una prueba innegable de que salir a cubierta después del atardecer era correr el riesgo de encontrar una muerte horrible y desconocida.

»Durante el resto de aquel día nefasto medité sobre este nuevo terror que nos amenazaba, especialmente sobre la energía monstruosa y sobrenatural que había arrancado y separado los sólidos barrotes de acero de la pocilga y que había rematado su faena ensañándose con tal ferocidad con la cabeza del verraco. Como resultado de estas meditaciones, aquella misma tarde trasladé nuestras cosas de dormir a la cámara del puente, que era una pequeña pieza de cuatro literas situada a proa del muñón del palo mayor, reforzada totalmente con hierro, incluida la única puerta.

»Además de las cosas de dormir trasladé allí una lámpara de aceite, la linterna, un par de hachas, dos rifles y todos los revólveres, así como un buen suministro de municiones. Después le pedí a mi esposa que fuera a buscar provisiones suficientes para una semana. Mientras ella se ocupaba en esta tarea llené la bota de agua del puente.

»A las seis y media le dije a mi esposa que se trasladara a la pequeña cámara de hierro con la niña. Luego cerré con llave todas las puertas de la cámara a la cabina, y por último cerré la pesada puerta de teca que está situada al comienzo de la popa.

»Después me reuní con mi esposa y mi hija y cerré la puerta del puente para pasar la noche. Una vez hecho esto, me aseguré de que las trampillas de las ocho troneras de la cabina se encontraran en buen estado. Después nos sentamos a esperar la noche.

»A eso de las ocho empezó a caer la tarde, y antes de las ocho y media la noche sumió en sombras la cubierta. Entonces cerré todas las trampillas, las aseguré con tornillos y encendí la lámpara.

»Pasamos un buen rato a la espera, durante el cual me dediqué a tranquilizar a mi esposa, que miraba alrededor con ojos asustados y la tez muy pálida, al lado de la niña dormida. Sobre nosotros palpitaba una atmósfera de terror helado que paralizaba el espíritu, dejándonos sin ánimo.

»Poco después un súbito golpe contra el costado de la nave rompió el imponente silencio de la noche. Le sucedieron una serie de golpes pesados, que parecían incidir en ambos costados. Después se hizo el silencio durante un cuarto de hora.

»Entonces oí a proa un “tap, tap, tap”, y luego un ruido semejante al de unos cascabeles, pero un tanto apagado, seguido de un violento crujido. Enseguida escuché otros ruidos extraños, pero siempre aquel maldito “tap, tap, tap” repetido hasta la saciedad, como si un ejército de hombres con pata de palo se moviera por la cubierta de la goleta.

»En estas circunstancias me llegó con nitidez el sonido de algo que bajaba por la cubierta: “tap, tap, tap”. Se acercó a la cabina y se detuvo durante un minuto. Después prosiguió en dirección a popa, hacia las cabinas: “tap, tap, tap”. Me estremecí de miedo, y agradecí a Dios por haberme concedido la sabiduría suficiente para tomar la decisión de llevar a mi esposa y mi hija a la seguridad de la cabina de hierro del puente.

»Un minuto después escuché el sonido de un golpe pesado en algún punto a popa. Después se produjo un segundo golpe, y a continuación un tercero. Al parecer sonaban contra el hierro, el hierro de la mampara de la cubierta de popa. Se produjo un cuarto golpe, entremezclado con un estallido de madera rota. Esto me provocó un intenso escalofrío, pues pensé que mi esposa y mi hija podían haber estado durmiendo allí en ese mismo instante, de no ser por la idea providencial del traslado.

»A la vez que el crujido de la madera rota se produjo en proa, un gran tumulto, seguido de ese extraño sonido semejante a una multitud de hombres con patas de palo que bajaran por la cubierta. “Tap, tap, tap”. Los ruidos se arrastraban junto a la cabina, donde permanecíamos agachados, reteniendo el aliento para no llamar la atención de lo que había allá afuera. Los sonidos pasaron a nuestro lado y se alejaron hacia popa. Dejé escapar un suspiro de alivio. Entonces se me ocurrió algo que provocó un escalofrío. Me puse en pie y apagué la luz de la lámpara, pues temía que el resplandor pudiera verse por debajo de la puerta. Durante una hora larga permanecimos sentados sin decir palabra, escuchando los escabrosos sonidos que llegaban desde la popa, los sordos y pesados golpes, el estallar de la madera rota, y otra vez el “tap, tap, tap” que se dirigía de nuevo hacia nosotros.

»Los sonidos se detuvieron frente al costado de estribor de la cabina, y durante un minuto entero no se produjo ruido alguno. Después, de repente, “¡boom!”, un golpe tremendo sacudió el costado de la cabina. Mi esposa lanzó un grito, jadeando. Entonces sobrevino un segundo golpe. La niña se despertó y empezó a llorar; inmediatamente mi esposa se puso a tranquilizarla para restablecer el silencio.

»Un tercer golpe estremeció la cabina, y al instante escuché el “tap, tap, tap”, que daba la vuelta y se dirigía hacia el extremo de popa de la cabina. Después de una breve pausa sonó un tremendo golpe contra la puerta. Cogí el rifle que había dejado apoyado en la silla y me puse de pie, pues sabía que aquello podía atacarnos en cualquier momento, a juzgar por la fuerza prodigiosa de los golpes. Golpeó la puerta por segunda vez; después se dio la vuelta, “tap, tap, tap”, y se dirigió hacia el costado de babor de la cabina y golpeó allí, pero ahora me sentía algo más aliviado, pues lo que me había alarmado fue el ataque directo contra la puerta.

»Después de este ataque reinó un largo silencio, como si la cosa de afuera estuviera escuchando. Gracias a Dios mi esposa había conseguido calmar a la niña, de modo que no hicimos ningún ruido que pudiera revelar nuestra presencia.

»Al cabo de un rato se renovaron los sonidos, “tap, tap, tap”, a medida que aquella cosa sin voz se movía hacia la proa. Después cesaron los ruidos de popa, para acercarse de nuevo por la cubierta. Pasaron junto a la cabina sin detenerse y se apagaron hacia proa.

»Durante más de una hora se produjo un silencio absoluto, y llegué a pensar que ya no corríamos peligro. Pasó otra hora y le susurré algo a mi esposa, pero al no obtener respuesta, supe que se había dormido. De modo que seguí sentado, escuchando y vigilando en tensión, sin hacer ningún ruido que pudiera llamar la atención.

»Al cabo de un rato advertí por la delgada línea de luz que pasaba bajo la puerta que estaba rompiendo el alba. Me levanté con dificultad y me puse a desatornillar las trampillas metálicas de las troneras. Desatornillé en primer lugar la que daba a proa y contemplé el amanecer. No vi nada anormal en la zona de cubierta que podía alcanzar desde allí.

»Fui abriendo las troneras una tras otra, y fue precisamente al levantar la que daba a babor de la cubierta de popa cuando descubrí algo extraordinario. Vi, al principio de forma borrosa pero con mayor claridad a medida que avanzaba el día, que la puerta de la cubierta de popa que conducía a las cabinas había sido reducida a astillas, algunas desparramadas sobre la cubierta y otras colgando aún de los goznes retorcidos. Sin duda, más allá de mi campo de visión habría muchas más diseminadas por el pasillo.

»Me aparté de la tronera y miré a mi esposa. Descansaba con la mitad del cuerpo fuera de la litera de la niña, compartiendo ambas la misma almohada. Una gran ola de agradecimiento me invadió ante esta imagen. Habíamos conseguido salir sanos y salvos de los horribles peligros que nos acecharon durante la noche. Este sentimiento

me impulsó a acercarme a ellas y besarlas con ternura, pletórico de amor, aunque con cuidado para no despertarlas. Después me tumbé en una de las literas y dormí hasta que el sol se elevó en el cielo.

»Cuando desperté, mi esposa estaba de pie y había atendido a la niña y preparado el desayuno. Así pues, me levanté y desayuné con un apetito voraz debido seguramente a las tensiones de la pasada noche. Mientras comíamos hablamos sobre el peligro que nos había acechado, pero sin sospechar la solución del fantástico misterio que encerraba aquel *terror*.

»Al terminar el desayuno efectuamos un registro prolongado y definitivo por las diversas troneras y después nos preparamos para salir. Lo hicimos en silencio y con cautela, que ya era algo instintivo en nosotros, ambos armados como el día anterior. Cerramos con llave la puerta de la cámara del puente para asegurarnos de que la niña no quedara expuesta a ningún peligro mientras deambulábamos por otras zonas de la embarcación.

»Después de un rápido vistazo a nuestro alrededor, nos dirigimos hacia la puerta destrozada que se abre bajo la cubierta de popa. Nos detuvimos al llegar al umbral, no tanto con intención de examinar los desperfectos de la puerta, como a causa de una duda instintiva y natural a adentrarnos en la cámara, que apenas unas horas antes había sido visitada por algún monstruo, tal vez varios. Decidimos subir a popa y mirar por la claraboya. Levantamos con este propósito los costados de la cúpula, pero, aunque miramos con atención, no pudimos advertir señales de ningún ser oculto. Había gran cantidad de objetos de madera destrozados, a juzgar por los trozos desparramados.

»Después giré la llave de la escalera de entrada y empujé hacia atrás la hoja grande y abovedada. Bajamos los escalones en silencio y entramos al salón. Ante nosotros apareció una escena extraordinaria; el lugar estaba destrozado de un extremo a otro; las seis cabinas que se alineaban a cada lado tenían las mamparas reducidas a fragmentos. Aquí, una puerta se levantaba incólume, mientras que la mampara que había a su lado no era más que una masa de astillas… Más allá, una puerta arrancada de cuajo, pero la madera del marco sin tocar. Y así dondequiera que mirásemos.

»Mi esposa hizo ademán de dirigirse a nuestra cabina, pero se lo impedí adelantándome yo mismo. Allí la desolación era casi igual. Las tablas de la litera de mi esposa habían sido arrancadas, mientras que el soporte reforzado con listones de la mía había sido retorcido y tirado hacia afuera, de tal modo que toda la madera había caído al suelo en cascada.

»Pero lo que nos dejó realmente perturbados fue el hecho de que la camita balanceante de la niña había sido arrancada de los soportes y arrojada en un amasijo de hierros retorcidos y pintados de blanco al otro lado de la cabina. Al ver esto, mi esposa y yo nos miramos con el rostro completamente demudado. Ella cayó de rodillas al suelo y empezó a llorar agradeciéndole a Dios por haber salvado a la pequeña. Entonces me arrodillé junto a ella con el corazón lleno de reconocimiento.

»Una vez repuestos de la impresión, abandonamos la cabina y terminamos nuestra inspección. Vimos que la despensa estaba intacta, cosa que por algún motivo no resultaba demasiado sorprendente para mí, pues siempre tuve la sensación de que lo que se había colado en nuestra cabina nos buscaba a nosotros precisamente.

»Poco después dejamos las cabinas destrozadas y nos encaminamos hacia la pocilga, pues yo estaba ansioso por ver si el cadáver del cerdo había sido tocado. Cuando sobrepasamos la esquina de la pocilga, dejé escapar un grito agudo, pues allí, de espaldas sobre la cubierta, yacía un gigantesco cangrejo de mar, de tamaño tan enorme que yo jamás habría concebido que existiera un monstruo semejante ni en la más grotesca de mis pesadillas. Era de color marrón, salvo el vientre, que era de un color amarillo pálido.

»Una de las pinzas había sido arrancada en la lucha, en la que probablemente había muerto (pues yacía destripado). Esta pinza pesaba tanto que tuve que levantarla de la cubierta con verdaderos esfuerzos, lo cual les dará una idea del tamaño y carácter de la terrible criatura.

»Alrededor del cangrejo monstruoso había media docena de ejemplares de menor tamaño, de unos dieciocho, veinte e incluso cincuenta centímetros de ancho, todos de color blanco, salvo algunas manchas dispersas de color marrón. Parecían haber muerto de una sola dentellada de una mandíbula enorme, que los había partido casi por la mitad en todos los casos. Del cadáver del verraco no quedaba ni un miserable trozo.

»De esta forma quedó resuelto el misterio, y la solución disipó el terror supersticioso que me había angustiado durante aquellas tres noches. Habíamos sido atacados por un banco de cangrejos gigantes, que seguramente merodean por las extensiones de algas, devorando todo lo que se cruce en su camino.

»Es posible que hubieran abordado antes una nave en nuestras mismas circunstancias, de modo que podrían haber desarrollado un deseo monstruoso por la carne humana. También es posible que la mera curiosidad les hubiera impulsado al ataque… no lo sé. O, sencillamente, que confundieran el casco de la embarcación con el cadáver de otro monstruo marino gigante, de manera que los golpes en los costados serían la demostración de sus esfuerzos por atravesar un caparazón anormalmente duro.

»Podría ser también que estuvieran dotados de un poder olfativo extraordinario, y que fueran capaces de detectar nuestra presencia a bordo, pero como no efectuaron ningún ataque general en el puente, no me parecía probable tal cosa. Y sin embargo… ahora lo dudo. ¿Por qué el ataque a la cámara y a nuestra cabina de descanso? Como he dicho, no puedo explicarlo, y será mejor dejarlo así.

»Una vez enterado del tipo de bestia que nos había atacado, ese mismo día realicé un examen minucioso por los costados de la nave, pero sólo cuando llegué al extremo de la proa descubrí cómo se las habían arreglado para subir a bordo. Una parte de los aparejos del bauprés y el juanete rotos había quedado colgando hasta las algas. Como

yo no había extendido la protección de lona hasta la parte inferior del bauprés, los monstruos habían podido trepar por los aparejos y de allí a bordo sin el menor inconveniente.

»Enseguida me puse a arreglar esa fisura en nuestro sistema de protección. Con unos golpes de hacha corté los aparejos, dejé que cayeran entre la hierba y construí un parapeto provisional de madera entre los dos extremos de la pantalla de lona. Más tarde lo hice más duradero.

»Desde entonces no hemos sido perturbados por los cangrejos gigantes, aunque en noches posteriores les oímos golpear por los costados de la embarcación. Tal vez les atraigan los desperdicios que lanzamos por la borda. Esto explicaría los primeros golpes en la popa, frente al pañol, pues desde las aberturas de la protección de lona de esa zona solemos arrojar las basuras.

»Han pasado varias semanas desde que los escuchamos por última vez, así que tengo razones para creer que se han trasladado a otro lugar, tal vez para atacar a otros seres humanos solitarios que viven el corto lapso de vida que el destino les ha deparado a bordo de alguna nave abandonada, perdida para la memoria de los hombres en las profundidades de este vasto mar de algas y monstruos despiadados.

»Enviaré este mensaje bien embreado en el interior de una barrica unida a un pequeño globo de aire caliente, como he hecho con los cuatro anteriores. Meteré también el caparazón de la pinza arrancada al cangrejo monstruoso para que sirva como evidencia incuestionable de los terrores que nos asedian en este lugar espantoso[30]. En caso de que el mensaje y la pinza caigan alguna vez en manos humanas, les ruego que traten de imaginar el tamaño del otro cangrejo, o cangrejos, que fueron capaces de despedazar a una criatura tan formidable como aquélla a la que perteneció la pinza que tendrán en sus manos.

»¿Qué otros terrores nos reserva este mundo abominable?

»Se me había ocurrido añadir, junto con la pinza, el caparazón de uno de los cangrejos blancos más pequeños. Seguramente, al moverse entre las algas algunos de ellos aquella primera noche, mi desordenada fantasía se puso en acción e imaginé vampiros y muertos vivientes. Sin embargo, lo he pensado mejor y no lo enviaré, pues sería una demostración de algo que no necesita ser demostrado y que añadiría un peso innecesario al globo.



Desde el mar sin mareas. Ilustración de Philippe Druillet

»Estoy cansado de escribir. Se acerca la noche y apenas tengo nada más que contar. Escribo en el camarote de popa y, aunque he arreglado los desperfectos con maderas del mejor modo posible, nada de lo que pueda hacer en el futuro ocultará las huellas de aquella noche maldita en que los cangrejos gigantes invadieron estas cabinas buscando… ¿*qué*?

»No me resta nada más por decir. Gozo de buena salud, así como mi esposa y la pequeña, pero…

»Debo controlarme e intentar ser paciente. Nos encontramos más allá de toda ayuda humana y debemos soportar lo que nos espera con todo el valor que tengamos. Y con esto termino, pues mis últimas palabras no serán de queja.

ARTHUR SAMUEL PHILIPS
Vísperas de Navidad, 1879»

EL MISTERIO DEL BUQUE ABANDONADO

Durante toda la noche el *Tarawak*, navío de cuatro palos, había permanecido inmóvil en el seno de la Corriente del Golfo; se hallaba inmerso en una «calma chicha», una espantosa calma que ya duraba dos días y dos noches enteros.

A cada lado del barco podían verse, cuando había luz suficiente, densas masas de algas flotantes del golfo, esparciéndose por el mar hasta el lejano horizonte. En determinados lugares, las masas de algas formaban largos bajíos y bancales que, a la luz del día, podían ser confundidos con tierras bajas y llanas.

Duthie, uno de los grumetes, se hallaba en la popa, por el lado de sotavento, con los hombros inclinados sobre la baranda, mirando el invisible océano, mientras por el horizonte oriental comenzaban a resplandecer los primeros rayos amarillos y rosados de la aurora, una línea pálida y delicada de límpidos colores.

Un poco después, la superficie del mar por el lado de sotavento comenzó a iluminarse, mostrando una extensión enorme y gris, tachonada de aislados y ondulantes destellos plateados. Y, por todas partes, surgían negros manchones e islas de algas.

En esos momentos se irguió la roja bóveda solar sobre el impreciso borde del horizonte y, de pronto, Duthie, que estaba de guardia, vio algo: un bulto grande y sin forma que flotaba a unos cuantos kilómetros de distancia por la parte de estribor, y que se recortaba sobre la incandescente masa rojiza del sol.

—Algo a la vista por estribor, señor —informó al primer oficial, que estaba fumando, inclinado sobre la barandilla que separa el puente de popa de la cubierta principal—. No sé exactamente qué es.

El primero se incorporó, estirándose y bostezando mientras se acercaba al grumete.

—¿Qué ocurre, Toby? —preguntó aburrido y volviendo a bostezar.

—Allí, señor —dijo Duthie, al que todos llamaban Toby—, siguiendo el reflejo del sol, justo en medio del resplandor. Parece una especie de enorme barco amurallado, o un pajar.

El primero atisbo en la dirección indicada y vio el objeto que había llamado la atención del chico; de inmediato desapareció el cansancio que cubría su rostro y sus ojos.

—Pásame los gemelos de sol, Toby —ordenó, y el joven obedeció al instante.

Después de que el primero hubo examinado aquel objeto con sus binoculares durante aproximadamente un minuto, se los entregó a Toby, diciéndole que le echase un «vistazo» y que le comunicase qué era lo que veía.

—Parece un viejo cascarón, señor —exclamó el chico tras breves momentos; descripción con la que el primero estuvo de acuerdo.

Un poco más tarde, cuando el sol se hubo elevado en el horizonte, pudieron estudiar con mayor detalle el buque abandonado. Parecía tratarse de un navío

sumamente antiguo, desarbolado, sobre cuyo casco se había construido una superestructura techada, cuya utilidad les pasaba inadvertida. Permanecía varado justo en el extremo de uno de los bancos de algas y sus costados se hallaban cubiertos de unas excrecencias verdosas.

Fue su posición, dentro de los límites de aquellos hierbajos fungosos, lo que hizo pensar al asombrado primer oficial cuán extraña y poco marinera parecía aquella embarcación, y lo lejos que había llegado, sin embargo, atravesando la inmensidad del océano. De pronto llegó a la conclusión de que aquel navío no era más que otro derrelicto abandonado en el vasto Mar de los Sargazos, un buque perdido para el mundo desde tiempos inmemoriales, posiblemente desde hacía cientos de años. Aquella suposición hizo que los pensamientos del primero adoptaran un tono solemne y se puso a examinar el decrépito navío con un interés creciente, meditando sobre la enorme soledad y los terribles años que debían de haber pasado sobre aquel viejo cascarón mientras reposaba, solitario y olvidado, en aquel melancólico cementerio marino.

Durante toda la jornada, el buque abandonado fue objeto de las miradas y la atención de aquellos que se hallaban a bordo del *Tarawak*; cualquier prismático disponible en el barco fue utilizado para examinarlo. Pero, aunque no estaba más que a ocho o nueve kilómetros de distancia, el capitán se negó a escuchar las sugerencias del primero, que deseaba lanzar un bote al agua y echar un vistazo a aquel extraño cascarón; era un hombre precavido y el barómetro le advertía que era posible que sobreviniese un cambio repentino en el estado del tiempo, así que no estaba dispuesto a permitir que nadie abandonara el buque por un motivo innecesario. Pero, a pesar de toda su cautela, la curiosidad también hizo mella en él y con frecuencia, a lo largo de todo el día, enfocaba su telescopio sobre aquella vetusta embarcación.

Más tarde, aproximadamente al dar las seis campanadas de la segunda guardia de cuartillo[31], se avistó un navío por la popa, acercándose regularmente aunque muy despacio. Sobre las ocho campanadas ya estaban seguros de que un pequeño bricbarca[32] navegaba hacia ellos empujado por el viento; tenía los palos envergados y todas las velas al aire. Pero la noche había llegado deprisa y no fue hasta las once en punto cuando las primeras ráfagas comenzaron a acariciar a los que se encontraban en la cubierta del *Tarawak*. Con la llegada del viento hubo un leve susurro y agitación de velas, y los aparejos crujieron aquí y allá en medio de la oscuridad reinante, como si cada elemento de los enhiestos cordajes se ajustara a la nueva tensión.

Bajo la proa, y alrededor de los costados, surgieron suaves murmullos mientras el navío volvía a ponerse en movimiento; y así continuó durante la mayor parte de los siguientes sesenta minutos, deslizándose sobre el agua a poco menos de un par de nudos por hora.

Hacia estribor podían ver la luz roja del pequeño bricbarca que había traído el viento consigo y que, poco a poco, iba tomándoles la delantera, pues, evidentemente, era mucho más ligero que el grande y pesado *Tarawak* y podía aprovechar mejor la

insignificante brisa.

En el último cuarto para las doce, justo después de que la guardia entrante se hubiese levantado, fue posible observar unas luces que se movían de un lado a otro de la pequeña embarcación, y hacia la medianoche se hizo palpable que, por una causa u otra, el barco estaba hundiéndose hacia la popa.

Cuando el primer oficial subió al puente para relevar al segundo, este último le informó de la posibilidad de que algo extraño estuviese sucediendo a bordo del bricbarca, haciéndole saber que unas luces se movían por las cubiertas[33] y que, durante el último cuarto de hora, había comenzado a hundirse por la popa.

Al escuchar lo que decía el segundo oficial, el primero ordenó a uno de los aprendices que le trajera sus prismáticos nocturnos, hecho lo cual se puso a estudiar con gran detenimiento la embarcación, aunque sólo pudo descubrir en medio de aquella oscuridad, y a pesar de los cristales para la noche, un bulto impreciso coronado por los tres sombríos baluartes formados por los mástiles y las velas.

De repente, el primero emitió una brusca exclamación, pues más allá del bricbarca, confundiéndose con el horizonte, había algo más. Estudió con enorme atención aquella cosa, ignorando las preguntas que le hacía el segundo con respecto al motivo de su anterior exclamación.

Por fin, con una leve excitación en sus palabras, dijo:

—¡El buque abandonado! ¡El bricbarca se dirige entre las algas hacia aquel vetusto cascarón!

El segundo oficial murmuró algo entre dientes, asintiendo sorprendido, y dio una palmada sobre la barandilla.

—¡Eso es! —dijo—. Por ese motivo los estamos alcanzando. Y eso explica las luces. ¡Si no salen pronto de las algas, se precipitarán con toda seguridad sobre el maldito derrelicto!

—Una cosa más —dijo el primer oficial, bajando los prismáticos y revolviéndose los bolsillos en busca de su pipa—, esa pequeña embarcación no tiene la suficiente envergadura como para aguantar un fuerte encontronazo.

El segundo oficial, que continuaba atisbando por sus prismáticos, murmuró unas distraídas palabras de asentimiento y siguió observando. El primero, mientras tanto, consiguió llenar y encender su pipa, comentando a un ausente segundo oficial que la débil brisa estaba desapareciendo.

Bruscamente, el segundo llamó la atención de su superior y, en ese mismo instante, el debilitado viento dejó de soplar por completo, haciendo que el velamen se aflojase con un ruido susurrante y un imperceptible aleteo.

—¿Qué pasa? —preguntó el primero, levantando los prismáticos.

—Algo extraño está pasando allá lejos —dijo el segundo—. Mire las luces que se mueven de un lado a otro y… ¿Ha visto *eso*?

Pronunció con rapidez la parte final de su comentario, recalcando en un tono agudo la última palabra.

—¿Qué? —preguntó el primero, esforzándose por ver algo.

—¡Están disparando! —contestó el segundo—. ¡Mire! ¡Otra vez!

—¡Tonterías! —dijo el primero, con una mezcla de duda y escepticismo en su voz.

Al desaparecer la brisa, un silencio enorme se había apoderado del mar. Y entonces, bruscamente, a través de las aguas, resonó (a lo lejos) el sordo estampido de un rifle, seguido casi de inmediato por varios disparos más, débiles pero claramente definidos, como el restallar de un látigo en la oscuridad.

—¡Por Dios! —gritó el primer oficial—. Creo que está en lo cierto —hizo una pausa y continuó mirando—. ¡Allí! —dijo—. Veo los fogonazos. Están disparando desde la popa, creo… Debo avisar al Viejo.

Dio media vuelta y corrió a toda prisa hacia el camarote, golpeó la puerta de la cabina del capitán y entró. Abrió la espita del gas de la lámpara y sacudiendo a su superior para despertarlo, comenzó a explicarle lo que pensaba que estaba sucediendo a bordo del bricbarca:

—Es un motín, señor; están disparando desde la popa. Deberíamos hacer algo…

El primer oficial dijo muchas más cosas, apenas sin aliento, pues era un hombre joven, pero el capitán le hizo callar levantando con calma una mano.

—Estaré arriba en un minuto, señor Johnson —dijo, y el primer oficial encajó la indirecta y volvió al puente.

Antes de que hubiera pasado el minuto, el patrón estaba en la popa, mirando a través de los prismáticos nocturnos el bricbarca y el buque abandonado. Pero ya no había luces brillando a bordo de la pequeña embarcación, ni tampoco los fogonazos y las descargas de las pistolas; sólo era visible el apagado y constante resplandor rojizo de la lámpara lateral de babor, y un poco más allá, apenas visible a través de los prismáticos, la oscura silueta del buque abandonado.

El capitán interrogó a los dos oficiales, conminándoles a que le explicasen con todo detalle lo sucedido.

—Ha parado cuando el primer oficial fue a llamarle, señor —exclamó el segundo —. Pudimos oír con total claridad unos disparos.

—Parecían estar empleando un rifle, así como varias pistolas —interrumpió el primero, sin dejar de mirar la oscuridad reinante.

Los tres continuaron discutiendo sobre lo sucedido durante un rato, mientras un poco más abajo, en la cubierta principal, las dos guardias se apiñaban a lo largo de la barandilla de estribor y un apagado murmullo se elevó de la proa a la popa.

En aquellos momentos, el capitán y los dos oficiales habían llegado a una conclusión. Si en verdad se había tratado de un motín, éste había llegado a su resolución, cualquiera que fuese, y, llegados a este punto, ninguna intervención de los que se hallaban a bordo del *Tarawak* podía ser de gran ayuda. Estaban sumidos en una profunda oscuridad —literalmente en más de un aspecto— y, por lo que ellos sabían, no tenía por qué haberse tratado de un motín. Si, efectivamente, había habido

un motín y eran los amotinados los que habían vencido, entonces ya no había nada que hacer; si, en cambio, eran los oficiales los triunfadores, pues mejor que mejor. Habían sido capaces de hacerlo sin ayuda.

Además, si el *Tarawak* fuese un navío de guerra con una tripulación numerosa, capaz de resolver cualquier contratiempo, entonces habría sido muy sencillo enviar un bote poderosamente armado para investigar lo que sucedía; sin embargo, teniendo en cuenta que se trataba de un simple buque mercante, con escasa tripulación, como era lo normal en aquellos tiempos, debían andar con pies de plomo. De momento tenían que esperar y hacerse ver. Al cabo de un par de horas habría luz suficiente. Entonces, guiados por las circunstancias, sabrían lo que deberían hacer.

El primer oficial se acercó a la barandilla que miraba a la cubierta principal y se dirigió a la tripulación:

—Ahora, muchachos, lo mejor que pueden hacer los de la guardia saliente es echarse un sueñecito; estaremos esperándoles cuando den cinco campanadas.

Hubo un coro apagado de «sí, sí, señor» y algunos de los hombres se dirigieron hacia el castillo de proa, pero otros de la guardia saliente aún se demoraron en cubierta: la curiosidad vencía su deseo de dormir.

En la popa, los tres oficiales se inclinaban sobre la barandilla de estribor, charlando de cuando en cuando mientras esperaban la salida del sol. Un poco más allá estaba Duthie que, como aprendiz con mayor antigüedad, tenía permiso para actuar de tercer oficial.

Pronto, el horizonte por estribor comenzó a iluminarse con el resplandor solemne de la aurora. La luz aumentó y se hizo más clara, y los ojos de todos los que se hallaban a bordo del *Tarawak* atisbaron con creciente interés aquella zona del horizonte que aún permanecía iluminada por la rojiza y menguante luz del farol lateral del bricbarca.

Y justo en esos momentos en los que el nuevo día cubre el mundo con un manto de silencio, un sonido atravesó las pacíficas aguas desde el este, una especie de chillido apagado y duradero, aflautado. Podía haberse tratado del lamento de una suave brisa vagabundeando sobre las aguas en la aurora, un silbido agudo y fantasmal, elusivo y quejumbroso; pero había una nota salvaje y amenazadora que hizo que los tres hombres que estaban en la popa supiesen con absoluta certeza que aquel sonido espantoso e inhumano no podía ser producido por viento alguno.

El lamento cesó, poco a poco, terminando en un agudo, indefinido y perceptible chillido. Y de esta forma reinó el silencio de nuevo.

—Esta noche oí el mismo sonido cuando estaban disparando —dijo el segundo oficial muy despacio, mirando al patrón y luego al primer oficial—. Usted estaba abajo, llamando al capitán —añadió.

—¡Ssh! —dijo el primero, alzando la mano, pero aunque escucharon atentamente, ningún sonido más llegó hasta ellos; y de esta forma comenzaron a intercambiarse preguntas inconexas, buscando, como cualquier hombre confuso, las respuestas

adecuadas. Examinaron el bricbarca con sus prismáticos una y otra vez, sin buenos resultados, pero cuando la luz se fue haciendo más intensa pudieron observar que el botalón de foque[34] había atravesado la superestructura del buque abandonado, abriendo un agujero de considerables dimensiones.

Entonces, cuando el sol se hallaba lo suficientemente alto en el cielo, el primer oficial ordenó al tercero que tomase un par de aprendices y fuese en busca de las banderas de señalización y el libro de códigos. Hecho lo cual, se enarbolaron las enseñas, aunque no obtuvieron la más mínima respuesta por parte de los que estaban en el bricbarca, así que el capitán ordenó empaquetarlas de nuevo y llevarlas de vuelta al almacén.

Después de aquello, bajó a echarle una mirada al barómetro y, cuando estuvo de vuelta, se puso a discutir brevemente con los oficiales; al rato se ordenó arriar el bote salvavidas del costado de estribor. Y así se hizo, trabajando en ello durante la siguiente media hora; después, se ordenó que subieran a bordo seis hombres de la tripulación y dos aprendices.

Se distribuyeron entre todos media docena de rifles, con munición suficiente, y el mismo número de alfanjes. Las armas sólo fueron confiadas a los hombres de la tripulación, para disgusto de los dos aprendices, que se sintieron bastante ofendidos de semejante distinción; pero sus sentimientos cambiaron por completo cuando el primer oficial descendió al bote y les tendió sendos revólveres cargados, no sin advertirles antes que «las armas las carga el diablo».

Justo cuando el bote empezaba a moverse, Duthie, el aprendiz más antiguo, bajó corriendo por la escalerilla lateral y saltó a la bancada posterior. Aterrizó de golpe y se hizo un sitio, dejando sobre la popa el rifle que había traído; y, después de aquello, el bote puso proa a la pequeña embarcación.

En total eran once a bordo del bote, todos bien armados, de tal forma que el primer oficial tenía la sensación de que podrían salir airosos de cualquier contratiempo que se les presentase.

Después de remar con fuerza durante una hora aproximadamente, el pesado bote se había acercado a unos ciento ochenta metros de la nave, y el primer oficial voceó a los hombres que dejaran los remos durante un rato. Luego se puso en pie y gritó a los tripulantes del bricbarca, pero, aunque repitió varias veces su llamada de: «¡Ah del barco!», no obtuvo ninguna clase de respuesta.

Se volvió a sentar, indicando a los hombres que continuasen remando, hasta que el bote estuvo a sólo noventa metros del bricbarca. Entonces paró de nuevo y volvió a llamar, aunque siguió sin recibir respuesta alguna. De modo que cogió los prismáticos y se puso a observar con detenimiento los dos navíos: el vetusto derrelicto y la moderna embarcación de vela.

Esta última se había metido dentro del banco de hierbajos, quedando la popa unos dos metros dentro de las algas. Su botalón de foque, como ya he mencionado, perforaba la superestructura cubierta de excrecencias verdosas del buque

abandonado, de tal forma que el ángulo de la proa se hallaba muy próximo al costado fungoso del viejo cascarón.

No era sencillo distinguir si aquel buque abandonado era efectivamente antiguo o no lo era, pues a aquella distancia el primer oficial no podía diferenciar el casco y la superestructura. Su popa se erguía a una considerable altura de la proa, y estaba adornada con galerías que se abrían a su alrededor. Aún había trozos de cristales en los marcos de algunas ventanas, pero otras estaban cerradas a cal y canto, y en varias no quedaba nada, abriéndose en su lugar unos agujeros negros que se prolongaban por la popa. Y por todas partes crecía aquella excrecencia verdosa y húmeda, cuya mera contemplación producía una singular sensación de repugnancia. En verdad existía, alrededor de toda aquella vetusta embarcación, algo repugnante y extraño, elusivo y ajeno a lo humano, que era vagamente execrable.

El primer oficial bajó los prismáticos y sacó el revólver, ante lo cual cada uno de los que estaban en el bote dirigió una mirada instintiva a su propia arma. Entonces ordenó a los hombres que continuasen remando en dirección al banco de algas. Pronto el bote hendió los hierbajos con un sonido esponjoso, tras lo cual avanzaron lentamente, palada a palada, con gran esfuerzo.

Así alcanzaron la parte trasera del bricbarca y el primer oficial echó mano de uno de los remos. Lo puso sobre el costado del barco y empezó a trepar con rapidez. Asió la barandilla y se impulsó a bordo; acto seguido, tras echar un rápido vistazo de proa a popa, cogió la punta del remo para que no se moviese, y ordenó al resto de los hombres que subiesen lo más rápidamente posible, hecho lo cual ataron fuertemente la amarra del bote a una abrazadera que había traído el último de los hombres.

Entonces iniciaron una rápida búsqueda por toda la embarcación. Encontraron los restos de varias lámparas rotas diseminados por la cubierta principal; un rifle, tres revólveres y varias palancas de cabrestante yacían desperdigados por el puente de popa. Pero, aunque investigaron cada rincón, abriendo las escotillas y examinando la enfermería, no encontraron el más leve indicio de rastro humano; el navío estaba completamente desierto.

Tras una primera y rápida búsqueda, el oficial reunió a sus hombres; había una desagradable sensación de peligro en el aire y tenía el presentimiento de que era mejor no dispersarse. Luego se dirigió hacia la parte delantera del bricbarca y subió al juanete sobre el castillo de proa[35]. Aún seguía ardiendo allí el farol lateral de posición, y el primero, con un gesto mecánico, cogió la lámpara, la abrió y sopló la mecha encendida, volviendo a colgarla después en su gancho.

Acto seguido trepó por la punta de proa y avanzó por el botalón de foque, ordenando a los demás que lo siguieran. Lo hicieron sin decir una palabra y con las armas a mano, pues todos sentían la opresión de lo Inconcebible cayendo sobre ellos.

El primer oficial llegó al agujero que se abría en la enorme superestructura y se metió dentro, seguido por los demás miembros de la tripulación. Pronto se encontraron en el interior de una especie de enorme y oscuro caserón, cuyo suelo era

la cubierta de la antigua embarcación. La superestructura, vista desde dentro, era un asombroso trabajo de artesanía, con las uniones y las junturas maravillosamente dispuestas; de tal forma que, en tiempos pasados, tenía que haber sido extraordinariamente robusta, aunque ahora se hallaba decrépita y mostraba agujeros y rasgaduras por muchas partes. En un lugar cerca del centro del navío se levantaba una especie de plataforma que el primero supuso que había servido de «observatorio», aunque era incapaz de adivinar las razones por las que se había construido aquella prodigiosa superestructura.

Una vez registradas las cubiertas del buque, el primero se disponía a bajar a las bodegas cuando, de repente, Duthie le cogió por la manga y murmuró nervioso que escuchase. Así lo hizo, hasta que pudo oír el sonido que había atraído la atención del muchacho… era un quejido regular, agudo y bajo, que subía de la oscuridad de las bodegas que se abrían a sus pies, y, bruscamente, el primer oficial sintió un intenso y desagradable olor animal flotando en el aire. Lo había notado antes de una manera instintiva, cuando penetraron por la brecha abierta en la superestructura; pero en ese instante, de pronto, era *consciente* de él.

Entonces, mientras permanecía parado y dubitativo, el lamento fue cogiendo fuerza hasta convertirse en un chillido agudo y penetrante que colmó el espacio en el que se hallaban cercados, resonando como un clamor inhumano, pavoroso y amenazador. El primer oficial se dio la vuelta y gritó con todas sus fuerzas al resto de los hombres que se retirasen hacia el bricbarca, y él mismo, después de mirar breve y nerviosamente alrededor, se precipitó hacia el lugar en el que la punta del botalón de foque del bricbarca sobresalía a través de las cubiertas.

Nada más llegar esperó, con tensa impaciencia y mirando constantemente hacia atrás, a que todos estuvieran fuera del buque abandonado, y acto seguido saltó con prontitud sobre la verga que servía de puente con el otro navío. Mientras lo hacía el quejido se desvaneció, quedando tan sólo un débil aunque agudo sonido punzante que le hizo volver la vista atrás; al igual que el espantoso chillido, la repentina calma tenía el mismo tono inquietante. Lo que vio en esos momentos se le antojaba tan increíble y monstruoso que fue totalmente incapaz de lanzar un grito. Acto seguido aulló a los hombres, advirtiéndoles del peligro mientras todo su cuerpo era sacudido por un frenesí nervioso; se precipitó de vuelta al bricbarca, gritando a la tripulación que saltase al interior del bote. Pues en aquella última mirada, cubriendo por completo la cubierta del derrelicto, había visto una masa ondulante que se movía bullendo de cosas vivas, gigantescas ratas, miles, cientos de miles de ratas; y de esta forma, con un destello de entendimiento, descubrió el motivo por el que había desaparecido por completo la tripulación del bricbarca.

Consiguió llegar al extremo del castillo de proa y continuó corriendo hacia la escalerilla, mientras a su espalda, oscureciendo la superficie del inclinado botalón de foque, las ratas se precipitaban detrás de él. Saltó a la cubierta principal y siguió corriendo. Atrás sonaba un tamborileo misterioso y multitudinario de pequeñas

zarpas que se aproximaban con rapidez. Llegó a la escalerilla de popa, y justo cuando saltaba sobre ella sintió un salvaje mordisco en la pantorrilla izquierda. Consiguió subir al castillo de popa y continuó corriendo a duras penas. Unas cuantas ratas enormes saltaron sobre él y varias quedaron firmemente enganchadas a su espalda; la que había mordido su pantorrilla aún se agitaba furiosamente de un lado a otro mientras continuaba corriendo. Llegó a la barandilla, la asió, saltó limpiamente por encima y cayó sobre las algas.

Los demás ya estaban en el bote y unas fuertes manos lo cogieron por las axilas arrastrándolo al interior, mientras el resto de la tripulación se esforzaba en alejar la pequeña embarcación de las inmediaciones del navío. Las ratas aún permanecían enganchadas sobre el primer oficial, pero unos cuantos golpes con los chafarotes aliviaron su sanguinaria carga. Por encima de ellos, haciendo que las barandillas y el castillo de popa se agitasen como un ser vivo y renegrido, reptaban cientos de miles de ratas.

El bote se encontraba ahora a una palada de distancia del bricbarca y, de pronto, Duthie gritó que *estaban* viniendo. En ese mismo momento, un centenar de las ratas más grandes se lanzaron sobre el bote. La mayoría cayó fuera, sobre las algas, pero algunas aterrizaron en el interior, saltando con furia sobre los hombres, y durante un minuto hubo una feroz lucha a cuchilladas y mordiscos hasta que las bestias pudieron ser destruidas.

Una vez más los hombres volvieron a la tarea urgente de abrirse camino cuanto antes al otro lado de las algas y, tras un minuto o dos de remar desesperadamente, consiguieron llegar a sólo unas brazas de distancia del borde. Pero entonces descubrieron un nuevo motivo de horror. Las ratas que habían errado el salto se encontraban ahora alrededor del bote, reptando entre las algas, y subían al interior corriendo por los remos, atacándoles por todas partes, de tal forma que pronto se hallaron cubiertos de mordiscos y sangre.

Sucedió una breve pero desesperada lucha, y después, cuando la última de las bestias había sido acuchillada, los hombres retornaron una vez más a la ardua tarea de sacar el bote de la maraña de algas.

Pasado un minuto más, cuando estaban a punto de llegar al borde, Duthie gritó que miraran hacia atrás; todos volvieron la vista al bricbarca y descubrieron el motivo que había hecho gritar al aprendiz: las ratas saltaban sobre la maleza en hordas negruzcas, haciendo que la enorme masa de algas se agitase mientras se abalanzaban en pos del bote. En un espacio increíblemente corto de tiempo, toda la maleza que había entre el bricbarca y el bote se pobló de vida mientras los pequeños monstruos corrían como alma que lleva el diablo.

El primer oficial lanzó un grito y, cogiendo el remo de uno de los hombres, comenzó a golpear la superficie cubierta de algas mientras el resto de la tripulación se afanaba desesperadamente por llevar el bote a mar abierto. Pero, a pesar de sus tremendos esfuerzos y de los terroríficos golpes que daba el oficial con el enorme

remo, la masa negra y viviente consiguió rodear el bote, saltando a bordo de la embarcación en oleadas antes de que consiguieran sacarla de las algas. Cuando el bote salió a mar abierto, el primer oficial lanzó una tremenda maldición y, echando el remo a un lado, comenzó a quitarse las bestias que cubrían su cuerpo con las manos desnudas, arrojándolas al mar. Pero antes de poder liberarse del todo, otras muchas saltaban sobre él, de tal forma que no había manera de escapar, pues el bote bullía como una masa viviente y apestosa; algunos hombres echaron mano de sus cuchillos cortando literalmente en pedazos a las bestias; había tantas que, muchas veces, de un solo tajo mataban a más de una. Y de esta forma, el bote estuvo libre de nuevo, aunque gobernado por un puñado de hombres heridos y asustados.

El propio primer oficial cogió uno de los remos, y así lo hicieron los hombres que aún podían. Y de esta forma comenzaron a remar con lentitud y esfuerzo, alejándose de aquel espantoso buque abandonado, cuya monstruosa tripulación aún agitaba la masa de algas con una terrorífica sensación de vida.

Desde el *Tarawak* les hicieron señales urgentes para que se diesen prisa en regresar, y el primer oficial supo que la tormenta que tanto temía el capitán estaba a punto de caer sobre el barco, así que animó a los demás para que hicieran un último esfuerzo, hasta que, por fin, se encontraron bajo la sombra de su propio navío, con los corazones llenos de agradecimiento y los cuerpos cansados, sangrantes y débiles.

Lenta, dolorosamente, la tripulación del bote subió por la escalerilla hasta la cubierta, izando después la pequeña embarcación, pero no tenían tiempo de narrar lo que les había sucedido, pues la tormenta estaba encima de ellos.

Media hora después descargó con toda su furia, arrastrándose como una nube blanca desde el oriente y borrando todo vestigio del misterioso buque abandonado y del pequeño navío que había sido su víctima. Después de aquello, y durante todo un día y toda una noche de espanto, lucharon contra la tormenta. Cuando se alejó, no quedaba nada, ni rastro de los dos navíos ni de las algas que habían cubierto las aguas antes de la borrasca; habían sido arrojados a cientos de kilómetros al oeste del lugar donde se encontraban, de tal forma que no había manera, ni —supongo— intención de investigar con mayor profundidad los misterios de aquel extraño y vetusto derrelicto de tiempos remotos, ni de su tripulación de ratas.

Desde entonces, muchas veces y en muchas cubiertas, se ha contado esta historia, y muchas conjeturas se han hecho sobre cómo llegó aquel viejo cascarón a esa parte del océano. Algunos han sugerido —como yo mismo he aventurado— que había sido impulsado por la corriente más allá del solitario Mar de los Sargazos. Y, en verdad, pienso que ésta es la suposición más razonable. Pero no puedo ofrecer ninguna explicación plausible acerca de las ratas que, evidentemente, moraban en él. Soy incapaz de decir si eran auténticas ratas de barco o una especie aparte que sólo vive en las fantasmagóricas isletas y llanuras de algas del Mar de los Sargazos. Posiblemente eran descendientes de ratas que habían morado en viejos buques perdidos en el Mar de los Sargazos desde hace siglos, y que habían aprendido a vivir

entre las algas, desarrollando nuevas características y otros instintos y poderes. Pero no estoy seguro, pues hablo sin conocimiento de causa, y tan sólo me limito a contar esta historia tal y como se relata en muchos castillos de proa de los viejos buques de vela, ese lugar oscuro y cubierto de salitre donde los jóvenes aprenden algunos misterios de los mares insondables.



Ilustración de Gunther T. Schulz

LA COSA EN LAS ALGAS

I

Ésta es una historia extraordinaria. Navegábamos en dirección norte desde el Cabo y, gracias a los vientos alisios que soplaban con fuerza inusual, habíamos llegado a una zona que se encontraba más hacia el oeste de lo que nunca había estado.

Recuerdo perfectamente la noche en la que todo sucedió. Supongo que quedó sólidamente impresa en mi cerebro, junto con miles de detalles que, en otra situación más corriente, habría olvidado por completo en menos de una hora. Y además, entre nosotros hablamos tantas veces del suceso que, sin duda, tales charlas también contribuyeron a que todo quedara grabado en mi mente.

Recuerdo que había estado paseando con el primer oficial de un lado a otro de la popa, por el costado de barlovento, mientras charlábamos acerca de algunas de las supersticiones de los viejos lobos de mar. Yo era el tercer oficial y nos encontrábamos en el lapso de tiempo que va desde las cuatro a las cinco campanadas, en la primera guardia; es decir, entre las diez y las diez y media de la noche. De repente, el primero se detuvo, estiró el cuello y olfateó el aire varias veces.

—Juraría, señor —dijo—, que capto una especie de tufo en los alrededores. ¿No lo huele usted?

Olisqueé un par de veces el aire suave que ascendía por la borda; luego me dirigí al pasamanos y, tras inclinarme un poco, volví al olfatear la apacible brisa. Y entonces, bruscamente, capté una fétida vaharada, manifiesta y hedionda, que, sin embargo, sugería vagamente algo que ya había olido antes.

—Capto cierto olor, señor Lammart —contesté—, al que casi puedo dar nombre; y, sin embargo, no soy capaz de definirlo aún.

Miré hacia la oscuridad, por el lado de barlovento.

—¿Qué cree haber olido usted? —inquirí.

—Ahora no huelo nada —contestó, acercándose hasta donde estaba y poniéndose a mi lado—. Se ha esfumado. ¡No! ¡Por Júpiter! Ahí está de nuevo. ¡Válgame Dios! ¡Apesta!

El tufo se desparramaba a nuestro alrededor, colmando el aire nocturno. Aún contenía esa indefinible familiaridad y, sin embargo, seguía siendo curiosamente ajeno, un hedor que simple y llanamente resultaba bestial.

La pestilencia fue aumentando en intensidad y el primer oficial me pidió que me acercara a la proa y averiguara si el vigía había notado algo extraño. Cuando llegué a la base del castillo de proa llamé al centinela y le pregunté si había olido algo especial.

—¿Oler algo, señor? —saltó—. ¡Maldición! Seguro que sí. Estoy asqueado.

Subí corriendo la escalerilla y me puse a su lado. El tufo se percibía claramente ahí arriba, y después de olfatearlo durante un rato le pregunté si pensaba que podría estar causado por una ballena muerta. Sin embargo él se mostró completamente seguro de que el motivo no era ése, ya que, tal y como me dijo, había estado trabajando durante casi quince años en un barco ballenero y reconocía el tufo de una ballena muerta «con la misma seguridad con la que usted reconocería el aroma del *whisky*, señor».

—No hay ninguna ballena ahí fuera —remarcó—. Sólo Dios sabe qué puede ser. Estoy empezando a pensar que se trata de Davy Jones[36], que ha subido para tomar el aire.

Me quedé con él unos minutos, mirando la oscuridad reinante, incapaz de ver nada; y, aunque hubiera habido algo cerca de donde nos encontrábamos, dudo mucho que hubiéramos sido capaces de localizarlo, pues la noche era muy oscura y no había estrellas, y a nuestro alrededor se originaba una especie de tenue neblina que difuminaba los aparejos del navío.

Volví con el primer oficial y le conté lo que había dicho el vigía acerca del olor, así como que ninguno de los dos habíamos conseguido localizar su fuente en medio de aquella oscuridad.

En esos momentos el tufo parecía haberse esparcido por todas partes y el capitán me ordenó que fuera abajo y cerrara las portillas para que aquella pestilencia bestial no se adueñara de los camarotes y del comedor.

Cuando regresó me sugirió que cerráramos las puertas del castillo y, una vez hecho, empezamos a pasear de nuevo por la popa, discutiendo sobre las causas de aquella peste insoportable, y deteniéndonos de cuando en cuando para atravesar la noche con los prismáticos nocturnos y mirar los alrededores del buque.

—Le voy a decir a qué huele, señor —saltó de repente el primero—. Es como en un vetusto y enorme barco abandonado que abordé hace tiempo en el Atlántico Norte. Se trataba de un navío de los viejos tiempos y a todos nos puso la carne de gallina. Era esta misma mezcla húmeda, extraña y pestilente de agua putrefacta, hombres muertos y algas. No puedo dejar de pensar que nos encontramos cerca de un viejo y solitario cascarón, a no mucha distancia de nuestro rumbo actual.

—¿Se ha dado cuenta de la tremenda quietud que se ha adueñado de todo durante, más o menos, la última media hora? —inquirí un poco después—. Debe ser por la niebla que parece estar haciéndose más densa.

Algo golpeó la gorra que llevaba sobre su cabeza, haciendo que cayera con un ruido seco a mis pies. Y de repente tuve esa extraña sensación de que algo horrible iba a suceder.

—¡Aléjese de la barandilla, señor! —grité con voz aguda, y di un salto, le cogí por los hombros y tiré de él hacia atrás—. ¡Retírese del costado del barco!

—¿Qué le ocurre, señor? —gruñó mientras liberaba sus hombros de mis manos

—. ¿Cuál es su problema? ¿Por qué me ha quitado la gorra de un golpe? —se agachó para recogerla y, mientras lo hacía, escuché algo que repiqueteaba en la zona de la barandilla que el primero acababa de dejar.

—¡Por Dios, señor! —dije—. Hay algo ahí. ¡Escuche!

El primer oficial se puso rígido, prestando atención; enseguida lo oyó. Era como si algo estuviera tanteando y reconociendo la barandilla en la oscuridad, a unos pocos metros de donde nos encontrábamos.

—¿Quién anda ahí? —espetó el primero.

Acto seguido, y como no hubo respuesta, preguntó:

—¿Qué broma infernal es ésta? ¿Quién está haciendo el ganso ahí fuera?

Dio un paso hacia la oscuridad que rodeaba la barandilla, pero yo le así por el codo.

—¡No vaya, señor! —susurré apenas—. No es ninguno de los hombres. Deje que traiga una luz.

—¡Está bien, pero vaya aprisa! —dijo.

Me volví y fui corriendo hasta la bitácora, de donde cogí la linterna que ya estaba encendida. Mientras hacía todo esto oí que el primero gritaba algo hacia la oscuridad en un tono extraño. Luego se produjo una especie de tamborileo profundo y sordo seguido de un estrépito e, inmediatamente después, el oficial se puso a gritar para que me apresurara con la linterna. El tono de su voz fue cambiando mientras bramaba, hasta finalizar en un chillido. Luego hubo dos golpetazos apagados y enérgicos y una especie de jadeo extraordinario; y después, mientras corría a lo largo de la popa, escuché un estruendo de cristales rotos seguido al instante por un silencio absoluto.

—¡Señor Lammart! —grité—. ¡Señor Lammart!

Llegué al lugar en el que había dejado al primer oficial, cuarenta segundos antes, pero él ya no estaba allí.

—¡Señor Lammart! —volví a gritar, mientras levantaba la linterna por encima de mi cabeza y me daba la vuelta para mirar hacia atrás.

Mientras lo hacía mis pies patinaron en alguna sustancia resbaladiza y caí de bruces sobre la cubierta, dándome un tremendo batacazo que hizo que la linterna se rompiera y su luz se apagara.

Al instante volví a ponerme en pie. Busqué la linterna a tientas durante un rato, y mientras lo hacía oí a los hombres que gritaban en la cubierta principal y el repiqueteo de sus pasos mientras corrían hacia popa. Encontré la linterna rota y vi que ya no era de ninguna utilidad; luego di un salto hacia la escalerilla y en menos de un minuto regresé al puente con la enorme lámpara del comedor destellando entre mis manos.

Corrí de nuevo hacia proa, protegiendo del aire la parte superior del cristal de la linterna, y el resplandor de la gran lámpara iluminaba como si fuera de día el costado de barlovento de la popa, a pesar de la neblina, que daba un tinte irreal a todos los objetos.

En el lugar en el que había dejado al primero quedaba ahora un rastro de sangre sobre la cubierta, pero no había ninguna huella de su persona. Corrí hasta la barandilla que miraba a barlovento y alumbré la zona con la linterna. Había algo de sangre y la misma barandilla parecía haber sido desgarrada por una fuerza tremenda. La cogí con las manos y descubrí que podía sacudirla con facilidad. Luego me incliné sobre la borda y estiré todo lo que pude el brazo que sostenía la linterna mientras miraba hacia abajo por el costado del buque.

—¡Señor Lammart! —grité hacia la noche y la densa bruma—. ¡Señor Lammart! ¡Señor Lammart!

Pero mi voz pareció apagarse lentamente, como un susurro que se desvanecía en la oscuridad impenetrable.

Oí a los hombres que resoplaban, intentando recuperar la respiración, mientras permanecía a sotavento de la popa. Me giré hacia ellos con la linterna en lo alto.

—Hemos oído gritos, señor —dijo Tarpley, el marinero de mayor grado de nuestra guardia—. ¿Ocurre algo malo, señor?

—El primer oficial ha desaparecido —dije confuso—. Escuchamos un ruido y yo fui a por la lámpara de la bitácora. Entonces se puso a gritar y oí un estruendo de cosas que golpeteaban, y cuando regresé él ya no estaba.

Me volví y de nuevo saqué la linterna sobre la borda, tratando de iluminar las aguas invisibles mientras los hombres se arremolinaban alrededor de la barandilla y miraban desconcertados.

—Sangre, señor —apuntó Tarpley—. Hay algo tremendamente extraño ahí fuera.

Extendió una mano poderosa hacia la oscuridad.

—Es ese hedor…

Nunca acabó la frase; pues, de repente, uno de los marineros gritó con voz aterrorizada:

—¡Mire, señor! ¡Mire!

Como en un relámpago, vi algo que se acercaba con un movimiento oscilante y diabólico; y luego, antes de que me pudiera hacer una idea de lo que acababa de ver, la linterna me fue arrebatada de un latigazo, haciéndose añicos sobre la cubierta de popa. En ese mismo momento mi percepción se agudizó, y me di cuenta de lo increíblemente estúpidos que estábamos siendo, ya que permanecíamos allí parados, en medio de la oscuridad y la noche, mientras que ahí fuera, acechando en las tinieblas, se escondía con toda seguridad Algo monstruoso; y nosotros estábamos a su merced. Lo sentía aleteando en el aire, aleteando sobre nuestras cabezas, y experimenté un nauseabundo escalofrío que me puso la carne de gallina.

—¡Alejaos de la barandilla! —aullé—. ¡Alejaos de la barandilla!

Hubo un sonido de pasos precipitados mientras los hombres obedecían, con súbito conocimiento del peligro al que estábamos expuestos. Yo me uní a ellos, pero mientras retrocedía sentí algo invisible que me rozaba el hombro y me invadió la pestilencia indescriptible de una cosa que se movía detrás de mí en medio de la

oscuridad.

—¡Qué todo el mundo vaya al comedor! —grité—. ¡Todos abajo! ¡No perdáis un momento!

Los hombres corrieron en la oscuridad que reinaba sobre el costado de sotavento del puente y bajaron atropelladamente por la escalerilla que daba al comedor, maldiciendo y cayendo los unos sobre los otros en medio de las tinieblas. Grité al hombre que estaba al timón que nos siguiera y, por último, fui tras ellos.

Alcancé a los hombres que se concentraban al pie de la escalerilla y taponaban la entrada, apelotonándose los unos sobre los otros en la oscuridad. La voz del capitán resonaba en el comedor, exigiendo con violentos adjetivos que le explicáramos el motivo de semejante alboroto. Desde el camarote del ordenanza también nos llegó el sonido de una voz y el chisporroteo de un fósforo al ser encendido, y luego la estancia se iluminó con el resplandor de una linterna.

Me abrí camino entre los hombres hasta encontrar al capitán, que aún se hallaba embutido en sus ropas de dormir y mostraba un aspecto somnoliento y enfadado a un mismo tiempo, aunque tal vez fuera la sorpresa el sentimiento que prevalecía sobre todos los demás. En una mano portaba el farol de su camarote, e iluminó con su luz a los apelotonados marineros.

Me puse a contarle precipitadamente todo lo que había sucedido, y le describí la increíble desaparición del primer oficial y que estaba completamente seguro de que una criatura extraordinaria acechaba en las cercanías del barco, escondida en medio de la bruma y las tinieblas. Le hablé de la curiosa pestilencia y de cómo el primer oficial había sugerido que posiblemente nos halláramos cerca de un vetusto y podrido cascarón abandonado. Y mientras ponía en palabras todos aquellos pensamientos, mi imaginación empezó a evocar imágenes horripilantes, y un centenar de espantos marinos llegaron a convertirse de repente en algo perfectamente posible.

El capitán (que se llamaba Jeldy) ni siquiera se detuvo para vestirse, sino que fue corriendo a su camarote y regresó al poco con un par de revólveres y un puñado de cartuchos. El segundo oficial había llegado corriendo desde su cabina tras oír el alboroto, y estuvo escuchando con atención todo lo que yo había dicho; acto seguido se precipitó hacia su camarote y volvió con su propio farol y una enorme «Smith and Wesson» que, evidentemente, acababa de recargar.

El capitán Jeldy puso en mis manos uno de los revólveres, junto con algunos cartuchos, y empezamos a cargar las armas con rapidez. Luego el patrón levantó la linterna y se encaminó hacia las escalerillas, ordenando a los hombres que se apartaran de su camino.

—¿Quiere que vengan con nosotros, señor? —pregunté.

—No —dijo—. No es necesario que corran riesgos inútiles.

Volvió la cabeza y voceó por encima de su hombro:

—¡Permanezcan aquí, marineros! ¡Si les necesito daré un grito; entonces, vengan a toda prisa!

—¡A la orden, señor! —clamaron los hombres a un tiempo. Acto seguido me hallaba subiendo las escaleras detrás del patrón, con el segundo oficial pegado a mis talones.

Atravesamos la portilla y nos topamos con el silencio de la solitaria cubierta. La bruma se había hecho más espesa, a pesar del corto periodo de tiempo que habíamos pasado en el interior del buque, y no corría ni una brizna de viento. La niebla era tan densa que parecía golpearnos, y la luz de los faroles dibujaba un halo circular alrededor del espeso velo que parecía absorber toda luminosidad de una manera harto extraña.

—¿Dónde estaba? —me preguntó el capitán, casi en un susurro.

—En el costado de barlovento, señor —contesté—, un poco por delante de la cabina de navegación, a casi cuatro metros de la barandilla. Le enseñaré el lugar exacto.

Fuimos hacia la proa, pegados al costado de barlovento, moviéndonos con sumo cuidado y atención, aunque, en realidad, poco podíamos ver a causa de la niebla. En un momento determinado, cuando encabezaba la marcha, creí haber oído un vago sonido en algún lugar de la bruma que nos cercaba, pero no estaba seguro a causa de los tenues crujidos que se producían en los palos y engranajes del navío mientras éste se deslizaba suavemente sobre las aguas extrañas y oleosas. Aparte de estos sonidos vagos, y del roce lejano y sutil de las velas sobre los mástiles, no se escuchaba absolutamente nada en las inmediaciones del navío. Les aseguro que el silencio me parecía más que amenazador, teniendo en cuenta el estado de nervios en el que me hallaba.

—Por aquí me separé del primer oficial —susurré al capitán al cabo de unos segundos—. Baje la lámpara, señor. Hay sangre sobre la cubierta.

El capitán Jeldy bajó la luz y emitió un ligero sonido con la boca ante lo que se ofrecía a sus ojos. Después, haciendo caso omiso a mis advertencias, caminó pegado a la barandilla con la linterna en alto. Fui tras él, pues no podía dejarle solo; el segundo oficial vino también, sujetando su propia lámpara. Se inclinaron sobre la barandilla de babor y sacaron los faroles por el costado del barco, hacia la bruma y la oscuridad impenetrable que se extendía más allá. Recuerdo cómo las luces de las linternas dibujaron dos pequeños círculos amarillentos en medio de la bruma, totalmente ineficaces, pero que, aun así, sirvieron para amplificar extraordinariamente la vastedad de la noche y las *posibilidades de la oscuridad*. Tal vez resulte una manera muy tétrica de hacer un relato pormenorizado de los hechos, pero cuadra perfectamente con la atmósfera y las emociones de aquellos momentos. Y durante todo ese tiempo, como pueden imaginar, tenía un sentimiento brutal y espeluznante, como si algo fuera a llegar hasta nosotros desde aquella oscuridad imperecedera y preñada de una densa niebla que cubría el mar y la noche, y lanzarse sobre las tres diminutas figuras envueltas en la bruma que miraban nerviosas a su alrededor.

La niebla era ahora tan densa que ni tan siquiera podíamos distinguir la superficie del mar bajo nosotros, y hacia proa y popa la barandilla desaparecía entre la bruma y la oscuridad. Y entonces, mientras seguíamos allí observando, oí que algo se deslizaba por la cubierta principal. Agarré al capitán Jeldy por el hombro.

—Apártese de la barandilla, señor —dije, en apenas un susurro; y él, sintiendo el peligro, dio un paso atrás y dejó que le empujara hacia el centro de la cubierta.

El segundo oficial se unió a nosotros, y los tres permanecimos juntos en medio de la niebla, mirando a nuestro alrededor, con los revólveres listos, mientras la bruma se demoraba perezosamente sobre la luz de las linternas, desgarrándose en volutas y espirales imprecisas.

—¿Qué ha escuchado, señor? —preguntó el capitán un poco después.

—¡Sssh! —musité—. Ahí está de nuevo. ¡Hay algo deslizándose por la cubierta principal!

El capitán Jeldy prestó atención y los tres nos quedamos escuchando con suma atención. Sin embargo, resultaba harto difícil determinar el origen de los sonidos. Y entonces, súbitamente, se produjo una especie de tamborileo sobre la cubierta, que volvió a repetirse al rato, como si alguien o algo estuviera hurgando a ciegas o jugueteando con uno de los pernos.

—¡Ahí abajo, en la cubierta principal! —gritó el capitán abruptamente, y su voz sonó ronca, pegada a mi oído, aunque de inmediato fue engullida por la niebla—. ¡Abajo, en la cubierta! ¿Quién anda ahí?

Pero no hubo ninguna respuesta. Y los tres nos quedamos inmóviles, mirando a un lado y a otro con nerviosismo, escuchando…

De pronto, el segundo oficial musitó algo:

—¡El vigía, señor! ¡El vigía!

El capitán Jeldy se dio cuenta de la situación al instante.

—¡Ah del centinela! —vociferó.

Acto seguido llegó hasta nosotros el grito apagado del centinela mientras contestaba desde el extremo del castillo de proa.

—¿Se-señorr? —su voz era apenas un susurro amortiguado por inconcebibles bancos de niebla.

—¡Baje al castillo de proa y cierre ambas puertas, y no vuelva a salir hasta que se le ordene! —exclamó el capitán Jeldy, y su voz se esfumó rápidamente en la bruma.

—¡A la orden, señor! —nos llegó la respuesta del vigía en un tono bajo y lastimero.

Acto seguido oímos el sonido metálico, profundo y remoto de una puerta de hierro al cerrarse, que fue inmediatamente secundado por otro de similares características.

—Parece que, de momento, ya se encuentra a salvo —dijo el segundo oficial.

Pero, incluso mientras hablaba, se produjo de nuevo ese sonido impreciso, como de algo que tanteaba a ciegas por la cubierta principal, deslizándose con un sigilo

inverosímil y antinatural.

—¡Ah de la cubierta principal! —aulló el capitán Jeldy—. ¡Si hay alguien ahí, que lo diga, o haré fuego!

La respuesta fue sorprendente y terrible a un mismo tiempo, pues de repente hubo un tremendo latigazo que restalló sobre el puente, acompañado de un sonido bamboleante y sordo, como si algo con un peso enorme estuviera arrastrándose sobre los tablones de la cubierta principal. Y luego todo se cubrió de un silencio abominable.

—¡Dios mío! —dijo el capitán Jeldy en voz baja—. ¿Qué ha sido *eso*?

Levantó su revólver, pero yo le sujeté la muñeca.

—¡No dispare, señor! —susurré—. No serviría de nada. Eso… eso… lo que quiera que sea eso… es algo… algo enorme, señor. Yo… yo no dispararía…

Me resultó imposible poner en palabras la vaguedad de lo que pensaba; pero sentía que nos había abordado algo sumamente poderoso, que estaba ahí abajo, en la cubierta principal, y que sería infructuoso atacarlo con las insignificantes balas de un pequeño revólver.

Y entonces, mientras sujetaba la muñeca del capitán Jeldy, y él dudaba, se escuchó un repentino balar de oveja y una especie de latigazo, seguido al instante por el restallar de la madera al romperse; y después un golpe espantoso que se repitió varias veces, y el berrido lastimero de una oveja.

—¡Dios mío! —exclamó el segundo oficial—. Algo está haciendo añicos la jaula de la oveja sobre la cubierta. ¡Por Dios! ¿Qué clase de criatura puede hacer algo así?

Los tremebundos golpeteos cesaron de repente, y se produjo un chapuzón en uno de los costados del buque; y luego, el silencio se hizo tan profundo que parecía como si toda la atmósfera nocturna estuviera llena de una quietud tensa e insoportable. Y entonces sonó un chasquido húmedo en una de las velas, sobre las alturas cubiertas de noche, un sonido que me hizo dar un respingo, un desamparado sonido que se abrió paso repentinamente en medio de aquel silencio infernal que me ponía los nervios de punta.

—¡Vayan los dos abajo! ¡Deprisa! —masculló el capitán Jeldy—. Algo nos ha abordado o ronda por los costados del buque, y no podemos hacer nada hasta que salga el sol.

Fuimos abajo y atrancamos la puerta de la escalerilla que iba hasta la cabina, y allí permanecimos perdidos en la inmensidad del Océano Atlántico, sin timonel, ni centinela, ni oficial de guardia, mientras una cosa increíble campaba a sus anchas sobre la cubierta principal.

II

Estuvimos varias horas sentados en la cabina del capitán, hablando del asunto, mientras los miembros de la guardia dormían, tendidos de mil posturas diferentes, sobre la tarima del comedor. El capitán Jeldy y el segundo oficial aún seguían embutidos en sus respectivos pijamas, y los revólveres cargados descansaban sobre la mesa del camarote, al alcance de nuestras manos. Y de esta guisa aguardamos nerviosamente durante horas hasta la llegada del amanecer.

Cuando la luz fue creciendo en intensidad nos asomamos a las portas para ver si podíamos distinguir las aguas que nos rodeaban, pero la niebla era tan espesa que daba la sensación de que estuviésemos mirando una nada grisácea que poco a poco iba haciéndose de un blanco lechoso mientras llegaba el nuevo día.

—Ahora —dijo el capitán Jeldy— vamos a ver qué es todo esto.

Atravesó el comedor en dirección a las escalerillas. Una vez arriba abrió de par en par la puerta de dos hojas y una niebla blancuzca e impenetrable se desparramó sobre nosotros. Los tres nos quedamos parados unos instantes, alertas y en absoluto silencio, con los revólveres preparados; pero ningún sonido llegó hasta nosotros, a excepción de los extraños y tenues chasquidos de la vela, o del suave chirrido de los aparejos mientras el navío se deslizaba lentamente sobre la mansa e invisible marejada.

El capitán dio un paso cauteloso sobre la cubierta; llevaba puestas las pantuflas y no hizo ni el más mínimo sonido. Yo calzaba mis botas de agua y fui tras él en silencio, mientras que el segundo oficial caminaba a mi espalda con los pies desnudos. El capitán Jeldy dio unos cuantos pasos por la cubierta y la niebla le engulló completamente.

—¡Uf! —le oí gruñir—. ¡Huele peor que nunca!

Su voz me llegó en un tono extraño y débil después de atravesar el espeso manto de bruma.

—El sol se tragará enseguida toda esta niebla —dijo el segundo oficial a mi espalda, aunque su voz era apenas un susurro.

Nos encaminamos hacia donde estaba el capitán, y le encontramos unas cuantas zancadas más adelante; permanecía rígido y envuelto en la bruma, en una actitud de tensa escucha.

—¡No puedo oír nada! —murmuró—. Vayamos hacia proa, hasta el extremo del puente, con el mayor sigilo posible. No hagan ningún ruido.

Nos dirigimos a proa, como tres sombras, y de pronto el capitán Jeldy se golpeó la espinilla contra algo y cayó justo encima, haciendo un ruido tremendo. Se incorporó rápidamente, lanzando juramentos, y los tres permanecimos quietos en el silencio más absoluto, esperando que alguna criatura infernal se abalanzara sobre nosotros desde aquella blancura indiscernible. En un momento dado, estuve casi seguro de que algo se acercaba a mi posición; levanté el revólver, pero enseguida descubrí que no había nada. Poco a poco fue desapareciendo la tensión nerviosa que nos atenazaba ante el sentimiento de que algo malo estaba a punto de suceder, y el

capitán Jeldy se inclinó sobre el objeto que había en cubierta.

—¡Han destrozado el gallinero del puente! —musitó—. ¡Está hecho añicos!

—Eso es lo que oí por la noche, cuando el primer oficial se alejó —susurré—. Se produjo un estruendo de maderas rotas un poco antes de que me gritara que me diera prisa con la linterna.

El capitán Jeldy se alejó del maltratado gallinero, y los tres recorrimos sigilosamente el extremo del puente, pegados a la barandilla. Nos apoyamos en la balaustrada y tratamos de distinguir algo entre la blancura de aquella bruma que lo envolvía todo.

—No puedo ver nada —masculló el segundo oficial.

Pero incluso mientras hablaba, creí escuchar un sonido suave, indefinido y líquido un poco por debajo de donde nos encontrábamos, y agarré a mis dos compañeros por el brazo, con la intención de hacerles retroceder.

—Hay algo ahí abajo —musité—. ¡Por todos los santos! ¡Aléjense de la barandilla!

Retrocedimos uno o dos pasos y nos paramos a escuchar; mientras lo hacíamos sentimos una débil ráfaga de aire que se abría paso entre la niebla.

—Ya llega la brisa —exclamó el segundo oficial—. Miren, la bruma se está disipando.

No se equivocaba. Aquella blancura impenetrable estaba empezando a desaparecer, y, de repente, fuimos capaces de distinguir el borde de la escotilla de popa entre la bruma menguante. Al minuto ya podíamos ver el palo mayor, y enseguida los velos de niebla desaparecieron, dejando el buque a descubierto, como un muro enorme de blancura que se disipaba mientras avanzábamos.

—¡*Miren*! —exclamamos los tres al mismo tiempo.

Ahora podíamos distinguir toda la estructura del navío; pero no era esto lo que mirábamos, ya que, tras un rápido vistazo a la desolada cubierta principal, nuestros ojos se detuvieron en algo que se extendía por los costados del barco. Nos encontrábamos rodeados por una masa de algas medio sumergidas que se desperdigaban durante casi un kilómetro a ambos costados del buque.

—¡Algas! —exclamó el capitán Jeldy, en un tono de comprensión—. ¡Algas! ¡Por Júpiter, creo que ya sé lo que le ha sucedido al primer oficial!

Se volvió, fue corriendo hasta la barandilla y miró hacia abajo. Y, de pronto, se puso rígido y, haciendo una seña para que no hiciésemos ruido, nos pidió que nos acercáramos a mirar. Obedecimos y, uno a cada lado del capitán, miramos hacia abajo.

—¡Miren! —susurró el capitán señalando algo—. ¡Miren esa bestia enorme! ¿La ven? ¡Allí! ¡Miren!

Al principio no fui capaz de distinguir absolutamente nada, excepto la masa de algas medio sumergida en la que, evidentemente, nos habíamos metido durante la noche. Luego, al mirar más detenidamente, mis ojos empezaron a diferenciar algo

que tenía un aspecto correoso y que resultaba un poco más oscuro que las algas circundantes.

—¡Dios mío! —exclamó el capitán Jeldy—. ¡Qué monstruosidad! ¡Qué monstruosidad! ¡Miren esa bestia! ¡Miren qué ojos tiene! Eso es lo que atrapó al primer oficial. ¡Es una criatura salida del mismísimo Infierno!

Entonces pude verla claramente; tres tentáculos inmensos se enroscaban por encima de la masa de algas, y entonces, bruscamente, me di cuenta de que los dos extraordinarios discos, insondables e inertes, que nos observaban justo por debajo del nivel de las aguas, eran los ojos de la criatura. Parecían estar acechándonos, inexpresivos, sobre el costado de acero del buque. Fui dibujando en mi mente la monstruosa silueta de lo que debía ser su cabeza.

—¡Dios mío! —musité—. ¡Se trata de alguna especie de calamar gigante! ¡Qué bestia más espantosa! ¡Qué…!

En ese momento oí la detonación de un revólver. El capitán había disparado a la criatura, y al instante se produjo una tremenda conmoción por todo el costado del buque. Toneladas de algas fueron lanzadas hacia arriba. Una cantidad enorme cayó sobre la cubierta impulsada por los gigantescos tentáculos del monstruo. El mar parecía hervir alrededor de la bestia, como si fuera un caldero enorme repleto de agua y algas, y el costado de acero del buque retumbó a causa de los golpes sordos y tremebundos producidos por los estremecimientos de la criatura. Y los tres vaciamos nuestros revólveres una y otra vez en medio de aquel alboroto espumeante de tentáculos y algas. Recuerdo el sentimiento de furiosa satisfacción que me invadió mientras vengaba la muerte del primer oficial.

De repente, el capitán nos gritó que saltáramos rápidamente hacia atrás, y nosotros le obedecimos al instante. En ese mismo momento una masa enorme de algas se alzó más de seis metros en el aire, y casi una tonelada fue a caer sobre la cubierta. Acto seguido, tres de los monstruosos tentáculos se aferraron al costado del buque, y el barco se inclinó lentamente hacia babor ante el empuje de la criatura, que, literalmente, se había aupado por encima de las aguas hacia el costado de babor, dejando ver una figura monstruosa y áspera, cubierta de racimos de algas y salpicada de sangre y de un curioso líquido negruzco.

Los tentáculos restallaron de un lado a otro a bordo del navío, y de repente uno de ellos se enroscó de la manera más ominosa en torno a la base del palo mayor. Esto pareció atraer a la criatura, ya que, de inmediato, los otros dos tentáculos se enrollaron también alrededor del mismo palo, tirando de él con tan terrible violencia que todas las vergas y aparejos, a pesar de erguirse hasta casi cuarenta metros de altura, se agitaron visiblemente y el navío mismo vibró bajo los increíbles tirones de la bestia.

—¡Va a romper el palo mayor! —dijo jadeando el segundo oficial—. ¡Dios mío! ¡No soportará esa terrible presión! ¡Dios…!

—¡Los cartuchos de dinamita! —le grité al capitán Jeldy, acordándome

súbitamente—. ¡Harán añicos al monstruo!

—¡Traiga uno! ¡Rápido! —exclamó el capitán, señalando la escalerilla con el dedo—. Usted sabe dónde se encuentran.

En menos de treinta segundo estaba de vuelta con el cartucho. El capitán Jeldy cogió su cuchillo y seccionó un trozo de mecha, de manera que ésta quedó mortalmente corta; acto seguido, con pulso firme, prendió la mecha y sujetó el cartucho con toda tranquilidad, hasta que yo me eché hacia atrás, gritándole que lo arrojara, pues sabía que iba a explotar al cabo de un par de segundos.

El capitán lo lanzó como si fuera una simple herradura, y fue a caer sobre el mar, justo al lado de la mole gigantesca del monstruo. Nada más tocar el agua, y una vez prendió toda la mecha, el cartucho detonó con una explosión colosal. El efecto que tuvo sobre el pulpo fue asombroso. Pareció colapsarse al instante. Los gigantescos tentáculos se desenroscaron del mástil y empezaron a agitarse desamparados por la cubierta principal al tiempo que la enorme masa se hundía cerca del costado del buque, desapareciendo entre las algas. El navío se inclinó nuevamente, hacia estribor en este caso, y luego quedó nivelado una vez más.

—¡Gracias a Dios! —musité, y dirigí la mirada a los otros dos. Ambos estaban pálidos y sudorosos, y seguramente yo tenía la misma apariencia.

—Ya vuelve la brisa —dijo el segundo oficial, un minuto después—. Nos movemos.

Se giró, sin decir nada más, y corrió a popa, hacia la rueda del timón, mientras el navío se deslizaba entre la masa de algas.

—¡Mire dónde se encuentra la jaula de las ovejas que ha destrozado esa bestia! —exclamó Jeldy, haciendo una seña—. ¡Ahí está la claraboya del compartimiento de velas hecha añicos!

Dio unos cuantos pasos y miró hacia abajo. Y de repente lanzó un tremendo grito de asombro.

—¡El primer oficial está ahí abajo! —exclamó—. ¡No ha caído del barco, después de todo! ¡Está *aquí*!

Se deslizó a través de la claraboya hasta el recinto de las velas, y yo fui tras él. Efectivamente, allí estaba el primer oficial, inconsciente y hecho un ovillo sobre un revoltijo de velas. En la mano derecha sujetaba la funda vacía de un cuchillo de marinero que siempre solía llevar junto a él, mientras que la izquierda estaba cubierta de una costra de sangre seca alrededor de un corte de mal aspecto. Más adelante, llegamos a la conclusión de que él mismo se había hecho la herida al cortar uno de los tentáculos del pulpo, que le había asido por la muñeca izquierda, ya que aún tenía el extremo del tentáculo fuertemente enroscado alrededor del brazo, como cuando fue seccionado. En cuanto a lo demás, no parecía tener otras heridas serias; obviamente, la bestia lo había lanzado con violencia a través del marco de la claraboya, y el primer oficial había quedado inconsciente sobre el amasijo de velas.

Le llevamos al puente y luego le acostamos en su litera; el ordenanza se quedó

para cuidarle. Cuando volvimos al puente el barco se había deslizado fuera de la masa de algas, y, junto con el capitán, fui hasta el coronamiento del castillo de popa y ambos miramos hacia atrás.

Mientras observábamos, algo se agitó en el corazón de las algas, una cosa larga, estrecha y ondulante, que se enrollaba y sacudía contra las luces del amanecer, y que al poco se sumergió en el interior de la masa de algas… una auténtica araña de los mares, acechando en la inmensa red que la Madre Naturaleza había diseñado para ella en mitad de un torbellino de mareas y corrientes oceánicas.

Navegamos rumbo norte, empujados por una brisa fresca y constante, y pronto dejamos atrás aquel lugar monstruoso y perdido en la inmensidad del mar.



El descubrimiento del *Graiken*. Ilustración de Stephen Fabian

EL DESCUBRIMIENTO DEL *GRAIKEN*

I

Después de un año entero sin noticias del buque de vela *Graiken,* incluso los más optimistas de mis viejos colegas habían perdido toda esperanza de que aún pudiese estar navegando por algún lejano paraje, erguido sobre las aguas.

Pero yo sabía que Ned Barlow, en sus pensamientos más íntimos, aún se aferraba a la posibilidad de que el navío pudiera volver a puerto. Pobre, querido viejo amigo, ¡cuántas veces he intentado consolarle con todo mi corazón!

Y es que su prometida había embarcado en el *Graiken* un plomizo día de enero hace ya casi un año.

El motivo de aquel viaje tenía que ver con su delicado estado de salud, pero desde que partieron —excepto un breve mensaje enviado durante su paso por las Azores— no habíamos recibido la más mínima señal procedente de aquel misterioso océano. El buque, y todos los que navegaban con él, se había desvanecido para siempre.

Y, aun así, Barlow conservaba la esperanza. Nunca decía nada, pero a veces sus pensamientos más profundos parecían escapar de su persona, y el mar cobraba una importancia especial en sus conversaciones habituales, de tal manera que yo sabía, de una forma indirecta, qué sentimientos llenaban su corazón.

El tiempo transcurrido no había sido capaz de curarle.

Poco después heredé una inmensa fortuna. Mi tío murió, y yo —que siempre había sido bastante pobre— me convertí de repente en un hombre rico. En un suspiro, sin más, era el dueño de casas, tierras y dinero; también —y en aquellos momentos era lo que más me importaba— de un precioso velero completamente aparejado de proa a popa, y de unas doscientas toneladas de desplazamiento.

Apenas podía creer que la nave fuese mía, y tenía que contener un impulso irresistible de marchar precipitadamente a Falmouth y hacerme a la mar.

En los viejos tiempos, cuando a mi tío le sobrevenía uno de sus poco habituales arranques de cortesía, me había invitado a acompañarle en algún que otro viaje navegando alrededor de la costa mientras se lo permitía su estado de salud, pero nunca, ni en mis fantasías más descabelladas, había imaginado que aquel balandro pudiera ser mío alguna vez.

De tal forma que, en aquellos momentos, estaba preparando el barco para una larga travesía de placer, pues el mar es para mí, siempre lo ha sido, un camarada.

Pero a pesar de las maravillosas expectativas que se abrían ante mí, aún no estaba completamente satisfecho, pues quería que Ned Barlow viniese conmigo y no me atrevía a preguntárselo.

Tenía la sensación de que, después de su abrumadora pérdida, odiaría el mar con toda su alma, pero no me hacía feliz la posibilidad de marchar y dejarle solo.

Últimamente no se encontraba muy bien, y una travesía por mar, suponiendo que no le trajese a la mente recuerdos dolorosos, podría beneficiarle mucho.

Decidí comentárselo, y así lo hice un par de días antes de la fecha que había fijado para embarcar.

—Ned —le dije—, necesitas un cambio.

—Sí —asintió con tristeza.

—Vente conmigo, viejo camarada —la confianza crecía en mi interior—. Voy a hacer un viaje en mi velero. Sería estupendo tener…

Consternado, vi cómo saltaba de su asiento y se plantaba delante de mí muy nervioso.

He herido sus sentimientos, pensé entonces. ¡Soy un estúpido!

—¡Ir al mar! —dijo—. ¡Dios mío! Daría…

Se separó y permaneció frente a mí mientras en su cara aparecía un estremecimiento de emoción contenida. Se mantuvo en silencio unos segundos, intentando contener su nerviosismo; después, ya más tranquilo, dijo:

—¿Adónde?

—A donde sea —contesté, observándole con intensidad, pues estaba bastante sorprendido de su reacción—. Aún no lo tengo muy claro. A algún lugar hacia el sur… Había pensado en las Indias Occidentales. Todo es tan precipitado, ya sabes. Todavía me cuesta aceptar que podamos ir a donde más nos plazca. Apenas me he hecho a la idea.

Dejé de hablar, pues se había dado la vuelta y miraba el exterior a través de la ventana.

—¿Vas a venir, Ned? —casi grité, temiendo que fuese a rechazar mi invitación.

Dio un paso más y luego se volvió hacia mí.

—Iré —dijo, y sus ojos se iluminaron con una mirada de rara excitación que hizo que se apoderara de mí un vago y extraño presentimiento, pero nada dije, tan sólo cuánto me complacía su decisión.

II

Habíamos estado navegando un par de semanas y nos hallábamos totalmente solos en mitad del Atlántico, o, por lo menos, durante la mayor parte de la travesía, nada se había cruzado en nuestro camino.

Estaba inclinado sobre el pasamanos de la borda, contemplando la espuma que bullía en la estela del navío; no me daba cuenta de nada, pues me encontraba

totalmente ensimismado en un pensamiento que me resultaba bastante desagradable. Se trataba de Ned Barlow.

Desde que salimos del puerto se comportaba de un modo extraño, realmente extraño. Su actitud mental había sido la de un hombre que estuviese en un perpetuo estado de excitación. Había dicho que necesitaba un cambio, y confiaba en que el tónico espléndido de la brisa marina actuase sobre él y le hiciese recuperar su buen estado de salud, tanto mental como físico; sin embargo, he aquí que mi pobre y querido amigo se estaba comportando de una manera premeditada y asombrosa que me hacía temer por su cordura.

Apenas había intercambiado una palabra conmigo desde que dejamos atrás el Canal. Cuando me aventuraba a preguntarle alguna cosa, casi nunca me contestaba o, algunas veces, respondía con un breve monosílabo; pero hablar, lo que se dice hablar… nunca.

Por el contrario, pasaba la mayor parte del tiempo sobre cubierta junto a la tripulación, y parecía conversar larga y seriamente con alguno de los hombres; pero a mí, a su camarada, a su verdadero amigo, ni una sola palabra.

Otra cosa que me sorprendió profundamente era el gran interés que Barlow tenía en todo momento por la posición del navío y por el cálculo del rumbo y las coordenadas, interés que no me dejó ninguna duda acerca de sus conocimientos sobre navegación, que parecían bastante considerables.

Un día me atreví a comentar mi sorpresa ante semejantes conocimientos, y le hice una o dos preguntas acerca de cómo había conseguido tal dominio en la materia, pero por toda respuesta me había topado con un silencio tan pétreo y absurdo que desde entonces decidí no volver a hablarle.

Con todo lo que acabo de decir es fácil comprender que mis pensamientos, mientras contemplaba la estela del navío, eran bastante desagradables.

De repente oí una voz a mi lado:

—Me gustaría cambiar unas palabras con usted, señor.

Me volví bruscamente. Era mi patrón, y algo en su rostro me dijo que las cosas no estaban funcionando como deberían.

—Muy bien, Jenkins, dispara.

Miró a su alrededor, como si temiera que alguien pudiese estar escuchándonos, y luego se acercó un poco más a mi lado.

—Alguien ha estado manipulando las brújulas, señor —dijo en voz baja.

—¿Qué? —pregunté muy serio.

—Están estropeadas, señor. Alguien ha cambiado los imanes, alguien que sabe perfectamente lo que está haciendo.

—¿Qué diablos quieres decir? —pregunté—. ¿Por qué va a querer alguien modificar los imanes? ¿Qué provecho va a sacar de ello? Debes de estar equivocado.

—No, señor, no lo estoy. Alguien los ha estado manipulando en algún momento durante estas últimas cuarenta y ocho horas, alguien que sabe lo que hace.

Permanecí frente a él. Parecía muy seguro de lo que estaba diciendo. Me sentí desconcertado.

—¿Y por qué iba a hacer una cosa así?

—Eso es algo que desconozco, señor; pero el asunto es serio y me gustaría saber qué es lo que tengo que hacer. Me parece como si alguien tratase de hacernos una gracia. Pero daría mi paga de un mes por saber la maldita gracia que tiene todo esto.

—Bien —dije—, si realmente han sido manipuladas, tiene que haber sido obra de uno de los oficiales. Dices que el sujeto que lo ha hecho sabe lo que se trae entre manos.

Sacudió la cabeza.

—No, señor… —comenzó a hablar, aunque se paró de repente. Sus ojos se encontraron con los míos. Creo que un pensamiento idéntico cruzó nuestras mentes justo en ese momento. Asombrado, di un pequeño respingo.

Asintió con la cabeza.

—He tenido una sospecha, señor —prosiguió—; pero considerando que él es… que es…

Y se quedó completamente mudo, como temiendo decir lo que pensaba.

Dejé de apoyarme en la baranda y me erguí delante de él.

—¿De quién estás hablando? —inquirí secamente.

—Pues, señor, de él… del señor Ned…

Habría seguido hablando, pero le interrumpí bruscamente.

—¡Así que es eso, Jenkins! —grité—. El señor Ned Barlow es mi amigo. Estás yendo demasiado lejos con tus suposiciones. ¡La próxima vez me acusarás a mí mismo de haber roto las brújulas!

Me di la vuelta, dejando al pequeño capitán Jenkins con la palabra en la boca. Había pronunciado la última frase en un tono demasiado exagerado y vehemente, un tono que pretendía ocultar mis propias sospechas.

De cualquier forma, estaba lo suficientemente asombrado como para no saber qué pensar, hacer o decir, así que de momento decidí dejar las cosas tal y como estaban.

III

Sucedió una mañana temprano, más o menos una semana después. Abrí los ojos bruscamente. Estaba echado de espaldas sobre mi litera mientras la luz de un nuevo día empezaba a Filtrarse por las rendijas de las troneras.

Tenía la vaga sensación de que algo no andaba del todo bien. Intenté agarrar el borde de la litera para poder incorporarme, pero no pude; mis muñecas estaban firmemente encadenadas a un par de sólidas esposas de acero.

Totalmente confundido, dejé que mi cabeza reposara de nuevo sobre la almohada; un poco más tarde, en medio del asombro más absoluto, resonó el grave estampido de una pistola que alguien había disparado sobre la cubierta, justo encima de donde yo me hallaba. Hubo un segundo disparo, sonidos de voces y carreras, y después un profundo silencio.

En mi mente se abría paso una simple palabra: ¡motín! Las venas que cruzan mis sienes comenzaron a palpitar levemente, pero intenté conservar la calma y pensar. Desorientado, me puse a buscar un motivo, alguna explicación. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Y por qué?

Quizá pasó una hora, durante la cual me hice un millar de preguntas que no tenían respuesta. Hasta que por fin oí el sonido de una llave al ser introducida en la puerta. ¡Me habían encerrado en el camarote! La llave giró y el ordenanza entró en la cabina. Ni tan siquiera me miró, sino que se dirigió al armario donde se guardaban las armas y comenzó a rebuscar entre ellas.

—¿Qué diablos significa todo esto, Jones? —rugí, dando un golpe con uno de mis codos—. ¿Qué ha sucedido?

Pero el muy imbécil no dijo nada; siguió trasladando las armas desde mi camarote a la sala contigua, hasta que al final opté por no preguntar más y permanecí tumbado en silencio, jurándome a mí mismo cumplida venganza.

Cuando hubo terminado de transportar las armas, el ordenanza se dedicó a revisar los cajones de mi mesa, vaciándolos, o al menos eso me pareció a mí, de todo objeto que pudiera ser utilizado como arma o herramienta.

Desapareció, una vez finalizada su tarea, cerrando la puerta tras de sí.

Siguió pasando el tiempo y, por fin, cuando dieron las siete campanadas, apareció de nuevo, esta vez portando una bandeja con mi desayuno. La puso sobre la mesa, se acercó a mí y abrió las esposas que me aprisionaban las muñecas. Por primera vez dijo algo.

—El señor Barlow quiere que le diga, señor, que tiene permiso para permanecer en el interior de su camarote, siempre y cuando esté dispuesto a no causar ningún tipo de problema. Si desea alguna cosa, yo estoy a su servicio para lo que ordene.

Se dirigió precipitadamente hacia la puerta.

—¡Un momento, Jones! —aullé en el mismo instante en que se disponía a abandonar la cabina—. ¿Quieres hacer el favor de explicarme qué pretendes? Has dicho el señor Barlow. ¿Es a él a quien le tengo que agradecer todo lo que está sucediendo? —y señalé con la mano las esposas de hierro que aún portaba el marinero.

—Ha sido él mismo quien lo ha ordenado —replicó, volviéndose una vez más hacia la puerta.

—¡No lo entiendo! —dije atónito—. El señor Barlow es mi amigo, ¡y éste es mi barco! ¿Por qué tienes que obedecer sus órdenes? ¡Déjame salir!

Mientras gritaba estas últimas palabras, salí de mi litera y me precipité hacia la

puerta, pero el ordenanza, lejos de impedirme el paso, la abrió un poco más y se quedó tranquilamente a un lado, permitiendo así que yo pudiera descubrir a un par de marineros que permanecían de guardia en el corredor.

—¡Volved al puente! —dije airadamente—. ¿Qué estáis haciendo aquí abajo?

—Lo siento, señor —dijo uno de los hombres—. Todo irá bien si no nos crea problemas. En cualquier caso, no podemos dejarle salir. Por favor, no haga ninguna tontería.

Dudé unos instantes; después me dirigí a la mesa y tomé asiento. Por lo menos haría todo lo posible por conservar mi dignidad.

El ordenanza volvió a preguntarme si necesitaba alguna cosa más, y después se marchó, dejándome solo con el desayuno y mis pensamientos. Como puede imaginarse, estos últimos no eran nada placenteros.

Heme aquí prisionero en mi propio barco, y por obra y gracia de un hombre al que yo estimaba y consideraba mi mejor amigo desde hace años. ¡Oh, la situación era increíble y disparatada!

Durante un tiempo dejé la mesa y estuve paseando por el entarimado de mi camarote; luego, ya más tranquilo, volví a sentarme e intenté tomar algo de comida.

El principal pensamiento que bullía en mi mente mientras desayunaba era el de *por qué* mi antiguo camarada me estaba tratando de aquella manera; y el segundo, *cómo* diablos se las había apañado para hacerse con el control del barco por sí solo.

Empecé a repasar todo lo que había sucedido hasta entonces, su familiaridad con la tripulación, cómo se había portado conmigo —hecho que atribuí a un momentáneo estado de ánimo—, la manipulación de las brújulas; ahora estaba completamente seguro de que él había sido el causante de la misma. Pero ¿*por qué*? Ésta era la cuestión fundamental.

Mientras le daba vueltas en mi cabeza a todos estos interrogantes, recordé un incidente que había tenido lugar seis días atrás. Sucedió el mismo día en el que el capitán me comunicó que los compases habían sido manipulados.

Por primera vez Barlow había abandonado su receloso silencio y se había dignado hablar conmigo, pero de una forma tan extraña y tensa que me hizo temer seriamente por su estado mental, pues me contó no sé qué historia inverosímil acerca de algo que le rondaba por la cabeza.

Y luego, con ademanes imperiosos, demandó que el gobierno del barco debía ser puesto en sus manos.

Las cosas que había dicho eran incoherentes y desde luego se encontraba en un estado de gran excitación mental. Dijo algo acerca de un navío abandonado, y luego empezó a divagar fascinado sobre un vasto mundo de algas marinas.

Una o dos veces, en mitad de aquella charla entrecortada y asombrosa, pronunció el nombre de su prometida, y fue el recuerdo de aquel nombre lo que ahora me dio la primera pista de lo que posiblemente fuese la resolución de todo aquel rompecabezas.

Ahora desearía haber prestado más atención a su incoherente sarta de palabras, en

vez de haber cortado su charla, pero tuve que hacerlo así porque no podía resistir que siguiese hablando de aquella manera.

Con lo poco que recordaba comencé a elaborar una teoría. Era como si estuviese llevando a cabo algún plan premeditado —quién sabe cuándo o cómo se le había ocurrido—, como si creyese que su prometida aún estaba viva, a bordo de un navío abandonado en mitad de un «mundo» inmenso y cubierto de algas marinas; creo que eso fue lo que dijo.

Seguramente habría sido más explícito si yo no le hubiera cortado, perdiéndome así el resto de su historia.

Sin embargo, haciendo memoria, creía estar completamente convencido que se refería al enorme Mar de los Sargazos, aquella grandísima porción de océano, mayor aún que la Europa continental, cubierta de algas, y que suele ser el destino final donde van a descansar todos los navíos naufragados en el Atlántico.

Con toda probabilidad, y suponiendo que pensase llevar a cabo semejante búsqueda, estaría sin ninguna duda temporalmente fuera de sus cabales. Y yo no podía hacer nada. Estaba prisionero y completamente solo.

IV

Transcurrieron ocho días en los que el viento sopló fuerte, pero de dirección variable, y yo aún permanecía preso en mi camarote. Por las troneras que se abrían hacia la popa y a ambos lados de la borda —pues mi camarote cruzaba de un lado a otro el puente de popa—, tenía una vista espléndida de los mares que nos rodeaban, que ahora habían comenzado a cubrirse de grandes pegotes flotantes de algas del Golfo, muchos de los cuales tenían una longitud de cientos y cientos de metros.

Y aun así, seguíamos avanzando, aparentemente en dirección al mismísimo núcleo del Mar de los Sargazos. Había podido comprobar el rumbo gracias a una carta que encontré en uno de los cajones y a la brújula que se guardaba cerrada con llave en una vitrina dentro del camarote, y con la que había podido hacer los cálculos correspondientes.

Y así pasaron los días, uno tras otro, y ahora navegábamos sobre algas tan espesas que a veces el buque encontraba gran resistencia para continuar abriéndose camino. La superficie del agua había adquirido una curiosa apariencia aceitosa, aunque el viento continuaba soplando firme y con fuerza.

Al final del día nos topamos con un banco de algas tan abundante que tuvimos que echar mano del timón y rodearlo; a partir de entonces nos vimos obligados a hacer la misma maniobra repetidas veces. De aquella manera cayó la noche sobre nosotros.

La mañana siguiente me pilló asomado a las troneras, mirando detenidamente la superficie de las aguas. A través de la que se encontraba en el lado de estribor pude distinguir en la lejanía un inmenso banco de algas que parecía no tener fin y que corría paralelo a nuestro costado. Parecía como si en algunos lugares se elevase unos cuantos metros sobre el nivel de los mares circundantes.

Estuve mirando durante bastante tiempo; luego me asomé al ventanuco que se abría al otro lado. Allí descubrí un banco similar que se prolongaba acercándose a nuestro costado de babor. Era como si estuviéramos navegando a través de un río gigantesco, cuyas riberas estaban formadas de algas marinas en vez de tierra.

Y así transcurrió aquel día, hora tras hora, y las orillas fungosas cada vez eran más espesas y parecían estar más cerca. Al atardecer algo empezó a tomar forma, algo lejano, un bulto impreciso, desarbolado, con todo el casco cubierto de excrecencias, de un verde enfermizo, salpicado de pegotes marrones bajo la agonizante luz del sol.

Pude ver aquella desolada embarcación desde una de las troneras que se abrían por el lado de estribor; su mera contemplación hacía que un sinfín de preguntas y sensaciones asaltasen mi cabeza.

Con seguridad nos habíamos internado en la parte central del enorme Mar de los Sargazos, el Gran Remolino del Atlántico, y aquella cosa era un solitario navío abandonado en épocas remotas, quizá olvidado de todo y de todos.

Justo por donde se estaba poniendo el sol pude distinguir otro; estaba más cerca y aún conservaba dos mástiles que se alzaban desnudos y solitarios sobre las tinieblas que cubrían los cielos. Debía de encontrarse a sólo unos cientos de metros del borde de las algas. Mientras pasábamos a su lado, saqué la cabeza a través del ventanuco para poder contemplarlo mejor. Pero las tinieblas se iban adueñando de aquellas regiones y pronto desapareció de mi vista, perdiéndose en la soledad circundante.

Durante toda aquella noche permanecí sentado al lado de la tronera, observando, escuchando, intentando descubrir algo más; el misterio sobrecogedor de aquel mundo inhumano, cubierto de algas, se había apoderado de mí.

En aquella atmósfera no se producía el más mínimo ruido; incluso el viento apenas era un leve murmullo suspirando entre los aparejos y las velas, y un poco más abajo de donde yo me encontraba las aguas aceitosas no respondían al roce del casco. Todo era silencio, un silencio inmenso y sobrenatural.

La luna se elevó en el cielo hacia la medianoche, brillando por nuestro costado de estribor, y desde entonces hasta la aurora contemplé aquel mundo fantasmal y sereno cubierto de algas, increíble, fantástico y silencioso bajo el resplandor de la luna.

En cuatro ocasiones diferentes pude distinguir oscuros cascarones que se erguían sobre las algas circundantes: restos de navíos hace tiempo perdidos. Y una vez, cuando la extraña luz del amanecer comenzaba a iluminar los cielos, escuché un tenue y prolongado lamento que parecía llegar hasta mí flotando sobre los detritus de aquella inconmensurable extensión de algas.

Mis nervios estaban a punto de estallar, pero me dije a mí mismo que aquel sonido sólo podía ser el lamento de algún solitario pájaro de mar. Y sin embargo, mis fantasías cabalgaban por otros derroteros y la explicación se me antojaba mucho más extraña.

Los cielos orientales comenzaron a ruborizarse con la aurora, y la luz de la mañana se abrió paso con delicadeza entre la enorme extensión de aquel océano de algas, que ahora, bajo los rayos del sol, parecía dilatarse indefinida y continuamente hasta perderse en el horizonte gris. Sólo a popa del barco, como un amplio sendero aceitoso, se abría aquella extraña especie de río que señalaba la ruta que habíamos seguido.

Me di cuenta entonces de que los bancos de algas se encontraban más cerca, mucho más cerca, y un desagradable pensamiento cruzó mi mente. La enorme grieta que nos había permitido llegar hasta el mismísimo núcleo del Mar de los Sargazos, ¡podría cerrarse en cualquier momento!

Inevitablemente, eso significaría que nuestro barco sería uno más entre todos aquellos restos perdidos, otro misterio sin solución del insondable océano. Intenté alejar aquel pensamiento y me concentré en el presente.

Con seguridad, el viento aún soplaba a ráfagas, pues nos movíamos lentamente, como pude descubrir al contemplar los bancos de algas que nos rodeaban. Las horas pasaron, y cuando el ordenanza trajo mi desayuno, me acomodé al lado de una de las ventanas y me lo tomé allí mismo, pues no quería perderme nada de aquella extraña región en la que tan resueltamente nos estábamos sumergiendo.

Y así transcurrió la mañana.

V

Más o menos una hora después de la cena observé que el canal que se abría entre los bancos de hierbajos comenzaba a estrecharse a una velocidad inquietante a cada minuto que pasaba. Pero yo no podía hacer nada excepto esperar y hacer conjeturas.

Cada vez estaba más convencido de que las grandes formaciones de algas se acercaban a nosotros, pero intentaba desechar estos pensamientos inquietantes y prefería creer que nos estábamos aproximando a alguna especie de desembocadura que nos llevaría lejos de aquella inmensa región de algas marinas.

Mediada la tarde, los bancos de algas estaban tan próximos que ocasionalmente espesas masas de desperdicios rozaban los costados del navío mientras se desplazaba. Y fue entonces, contemplando aquella sustancia que había ahí abajo, a sólo unos pocos metros de mis ojos, cuando descubrí la inmensa cantidad de vida que bullía entre los desechos fungosos.

Un número sin fin de cangrejos se arrastraba a lo largo de los hierbajos, y a veces, entre los recovecos de una larga y aislada masa de algas, apenas visible, se podía distinguir algo que se agitaba. No podría decir con exactitud lo que era, aunque más tarde sí llegué a hacerme una idea; lo único que veía entonces era algo oscuro y con reflejos. Pasamos de largo antes de que pudiera observarlo con mayor detenimiento.

El ordenanza estaba sirviéndome el té cuando, por encima de nosotros, se escuchó un grito seguido casi inmediatamente de una leve sacudida. El hombre dejó a un lado la bandeja que portaba y me miró con expresión de asombro.

—¿Qué ha sido eso, Jones? —pregunté.

—No lo sé, señor. Supongo que habrán sido las algas —contestó.

Corrí hasta la ventana, saqué la cabeza y miré a mi alrededor. La parte delantera del casco parecía haberse empotrado en una masa de algas que se desplazaba rápidamente hacia la popa.

Durante los cinco minutos siguientes fuimos empujados a una extensión circular de océano que estaba libre de algas. Mientras la atravesábamos parecíamos ir a la deriva en vez de seguir un rumbo, tan lenta era nuestra navegación.

Nos desplazamos hasta el lado opuesto y el buque se puso de costado sobre la orilla cubierta de algas, arrojando al mar un par de anclotes[37] desde proa y desde popa para asegurar nuestra posición, aunque de esto no me di cuenta entonces. Mientras nos balanceábamos pude por fin mirar hacia delante, y lo que vi fue algo asombroso.

Allí, a menos de cien metros de distancia, había un buque encallado en mitad de la ondulante masa de algas. Se trataba de un navío de tres palos, aunque sólo el de mesana[38] permanecía erguido. Durante casi un minuto entero me quedé mirándolo con el más vivo interés, sin respirar apenas.

A todo su alrededor, desde los macarrones hasta unos tres metros de altura, corría una especie de cercado o barrera construida a base de lo que parecían restos de velas, cuerdas y vergas. Mientras me preguntaba para qué demonios serviría aquella obra, escuché la voz de mi amigo gritando desde arriba. Estaba dirigiéndose al buque:

—¡Ah del *Graiken*! —aullaba—. ¡Ah del *Graiken*!

Di un salto de sorpresa. ¡El *Graiken*! ¿Qué estaba diciendo? Miré a través del ventanuco. El resplandor del sol poniente lanzaba reflejos rojizos sobre su popa, iluminando unas letras con un nombre y un puerto de origen, pero la distancia era demasiado grande como para poder leerlas con claridad.

Corrí hacia mi mesa y rebusqué en los cajones intentando encontrar unos binoculares. Había unos en el primer cajón que abrí; corrí de vuelta al ventanuco con ellos en la mano. Me asomé y me los llevé a los ojos. Sí, allí estaban, claramente visibles; nombre: *Graiken*, puerto: *Londres*.

Fui moviendo los prismáticos desde el nombre hacia la extraña barrera que rodeaba el navío. Había cierto movimiento en la parte de popa. Mientras observaba, una parte del casco se deslizó hacia un lado y aparecieron la cabeza y los hombros de

una persona.

Estuve a punto de dar un alarido al ver semejante aparición. Apenas podía creer lo que estaba contemplando. El hombre levantó un brazo cansinamente, saludándonos desde el otro lado de las algas; después desapareció. Un poco más tarde, unas cuantas personas se arremolinaban en la abertura, y entre todas ellas pude distinguir claramente el rostro y la figura de una joven.

—¡Estaba en lo cierto, después de todo! —oí mis propias palabras pronunciadas en voz alta y con un tono de asombro absoluto.

Enseguida fui a la puerta y me puse a golpearla con los puños.

—¡Déjame salir, Ned! ¡Déjame salir! —aullé.

Estaba seguro de que ahora podría perdonarle todas las ofensas que había recibido. Y más aún, tenía la extraña sensación de que era yo el que necesitaba pedirle perdón a *él*. Toda mi amargura se había esfumado y lo único que quería era salir afuera y echarles una mano en el rescate.

Pero, aunque grité, no vino nadie, así que opté por volver rápidamente a la ventana y ver qué nuevas acciones se estaban llevando a cabo.

Distinguí a un hombre, al otro lado del campo de algas, que tenía las manos sobre la boca y estaba gritando algo. Tan sólo podía escuchar un aullido ronco y apenas audible; estábamos demasiado lejos como para que nadie en el interior del velero pudiera oír lo que decía.

De pronto dirigí mi atención a uno de los costados del buque naufragado. Alguien había arrojado un tablón sobre las algas y vi cómo enseguida mi viejo amigo se columpiaba en uno de sus lados hasta que conseguía subirse encima de un salto.

Yo había abierto la boca para decirle que le perdonaba todo lo que había sucedido, pero que me dejara libre para poder echarles una mano en aquel increíble rescate.

Pero las palabras murieron en mis labios antes de ser pronunciadas pues, aunque la masa de hierbajos parecía muy espesa, era evidentemente incapaz de soportar semejante peso, y el tablón, con Barlow encima de él, se hundió entre las algas hasta su cintura.

Se dio la vuelta y agarró la cuerda que colgaba del buque con ambas manos, y en ese mismo instante lanzó un fuerte grito de absoluto terror y comenzó a trepar rápidamente por el costado del balandro.

Justo cuando sus pies salían de las algas di un respingo. Algo se retorcía alrededor de su tobillo izquierdo; algo aceitoso, flexible y puntiagudo. Mientras observaba la escena, otro apéndice más surgió de entre la maleza agitándose en el aire, tratando de asir sus piernas, ondulando de un lado a otro ciegamente. Enseguida aparecieron más mientras luchaba por subir.

Entonces vi unas manos que surgían por encima de Barlow y le cogían por las axilas. Le subieron tirando con fuerza, junto con una masa de algas en la que estaba envuelta una cosa gelatinosa en donde se retorcían un número indeterminado de

apéndices.

Alguien comenzó a dar tajos con un afilado cuchillo y enseguida aquella cosa horrible se precipitó de vuelta a las algas.

Permanecí unos segundos más con la cabeza vuelta hacia arriba, y entonces volvieron a aparecer los rostros de los marineros sobre la baranda del barco; vi que extendían los brazos y señalaban algo con los dedos. Debajo de mí surgió un clamor ronco, terrorífico y fantasmal. Me volví con rapidez para observar aquel traicionero y fascinante mundo de algas.

La hasta entonces silenciosa superficie se estremecía ahora, presa de increíbles movimientos y ondulaciones, como si la vida hubiese explotado en todos los rincones de aquella desolación.

Durante un rato toda la superficie continuó agitándose y, de repente, en un centenar de sitios, se formaron unos bultos que sobresalían por encima de las algas marinas. De su interior se alzaban poderosos apéndices, y en un momento el aire vespertino se cubrió de cientos y cientos de aquellas extremidades que se precipitaban en busca del navío.

—¡Peces diabólicos! —gritó un hombre desde la cubierta—. ¡Pulpos! ¡Dios mío!

Entonces oí la voz de mi viejo amigo.

—¡Cortad las amarras! —aulló.

Aquella orden fue obedecida al instante, pues de inmediato se abrió, entre nosotros y la fungosa orilla, una brecha de agua verdosa que se iba ensanchando poco a poco.

—¡Halad, muchachos! —oía gritar a Barlow; y en ese mismo momento noté un latigazo, el latigazo que algo producía sobre el agua por nuestro lado de babor. Atravesé la habitación y me asomé. Descubrí que habían llevado una de las cuerdas a la parte opuesta del mar de algas y que los hombres maniobraban para alejarnos lo más rápidamente posible de aquellos terribles invasores.

Corrí hacia el lado de estribor y entonces sólo pude contemplar, como por arte de magia, una extensión de maleza solemne y de nuevo silenciosa separada del barco por apenas veinte metros de agua. Parecía imposible que sólo hacía unos momentos estuviera repleta de semejantes horrores.

De inmediato la noche se precipitó sobre el barco, ocultándonos todo lo demás, y arriba, en la cubierta, comenzó a repiquetear un martillo, y el sonido continuó durante toda la noche… Mucho después, cansado por la vigilia de la noche anterior, caí en un sueño irregular, a menudo roto por el incesante golpear del martillo.

VI

—Su desayuno, señor —oí la respetuosa voz del ordenanza, haciendo que me despertara de golpe.

Sobre mi cabeza aún resonaba aquel insistente martilleo y me volví hacia el ordenanza pidiéndole noticias de lo que pasaba.

—No lo sé con seguridad, señor —contestó—. Se trata de algo que está haciendo el carpintero con uno de los botes salvavidas.

Dicho esto volvió a dejarme solo.

Tomé el desayuno asomado al ventanuco mientras contemplaba en la distancia al *Graiken*. Las algas se hallaban en una quietud perfecta y nosotros permanecíamos anclados en el centro de aquella especie de laguna.

Mientras contemplaba el barco naufragado creí distinguir algún movimiento en uno de sus costados y eché mano de los prismáticos. Ajusté la distancia focal y vi varias de aquellas jibias pegadas a diferentes lugares del buque, con sus apéndices extendidos en forma de estrella sobre la parte baja del casco.

A veces veía separarse alguno de aquellos tentáculos y, acto seguido, comenzar a agitarse ciegamente en el aire. Eso llamó poderosamente mi atención. La contemplación de aquellas criaturas, junto con los extraordinarios sucesos que habían tenido lugar la pasada tarde, me habían permitido deducir el uso destinado a aquella enorme barrera que se extendía alrededor del *Graiken*. Obviamente había sido levantada como escudo y protección contra los malignos habitantes de aquel extraño mundo de algas.

Luego mis pensamientos cambiaron de rumbo y me pregunté cómo podríamos llegar hasta el barco y rescatar a todos los supervivientes del naufragio. No era capaz de imaginarme cómo llevaríamos a cabo semejante tarea.

Poco después de comer, mientras pensaba en todo esto, escuché las voces de unos hombres que parecían estar discutiendo en el puente. La trifulca se prolongó un rato, después oí la voz de Barlow dando órdenes, seguida casi de inmediato por el sonido de algo al caer sobre el agua por el lado de estribor.

Asomé la cabeza a través de la ventana y me puse a mirar. Habían arrojado uno de los botes salvavidas al agua. Sobre el contorno del bote habían levantado una superestructura rematada con un tejado, de tal forma que tenía la apariencia de una gigantesca caseta para perros.

A los afilados extremos del mismo habían adosado unos tablazones de madera terminados en un ángulo de treinta grados. Parecían firmemente unidos al bote y a la superestructura que lo rodeaba. Suponía que su tarea sería la de permitir al bote atravesar aquel mar de algas, y no hacer un surco para poder ir más rápido.

En la parte de popa del bote habían incrustado un resistente cáncamo del que pendía un rollo de cuerda de Manila de casi tres centímetros de grosor. Sobre los costados del bote, y encima de la armazón, se habían abierto varios agujeros para el emplazamiento de los remos. En un lado del techado se encontraba una trampilla. La idea me parecía extraordinariamente ingeniosa y seguramente sería la solución

adecuada para poder rescatar a la tripulación del *Graiken* de todos aquellos peligros.

Unos minutos después, uno de los hombres arrojó una escala de cuerda, asegurándola al techado de la embarcación. Abrió la trampilla y se sumergió en el interior. Me di cuenta de que portaba uno de los alfanjes del buque, así como un revólver.

Se hacía evidente que mi amigo tenía muy presentes las posibles dificultades en las que podría verse envuelto. El primer hombre fue seguido casi de inmediato por otros cuatro marineros, igualmente armados, y, finalmente, por Barlow.

Al verle, estiré la cabeza todo lo posible e intenté llamar su atención.

—¡Ned! ¡Ned, viejo amigo! —aullé—. ¡Déjame ir contigo!

Hizo oídos sordos a mi súplica. Vi su cara justo en el momento en el que cerraba la trampilla tras él. Tenía una expresión resuelta, peculiar, y la desagradable apariencia, el distanciamiento, de un hombre que camina en sueños.

—¡Maldito seas! —musité, tras lo cual no dije nada más. Sentía mi dignidad herida al tener que suplicar delante de los hombres.

Oí la voz amortiguada de Barlow que surgía del interior del bote. Inmediatamente aparecieron cuatro remos a través de los agujeros que se abrían en los costados, mientras que por unas ranuras situadas en la parte frontal y trasera de la superestructura se sacaron un par de remos más con calzos de madera claveteados a las palas.

Supuse que aquéllos tenían la función de ayudar en el gobierno del bote, y que el situado en la proa serviría principalmente para agitar las algas delante de la embarcación y poder atravesarlas así con mayor facilidad.

Otra orden apagada llegó desde el interior de aquella singular estructura y acto seguido los cuatro remos comenzaron a paletear, lanzando al bote en pos de las algas; la cuerda se tensó en dirección a la popa mientras era largada desde la cubierta que estaba encima de mí.

El tablón añadido a la proa del bote salvavidas se hundió en las algas con una especie de sonido hirviente y húmedo, se elevó un poco, y acto seguido la totalidad de la estructura saltó hacia delante sobre el agua y se sumergió en el interior de aquella ondulante maraña.

Entonces me di cuenta de por qué habían colocado a tanta altura los agujeros de los remos. Apenas se distinguía nada del bote en cuestión, sólo era visible la parte superior de aquella superestructura desplazándose entre las algas. Si los agujeros hubiesen estado más abajo nadie habría sido capaz de manejar los remos.

Me acomodé para contemplar la escena lo más cómodamente posible. Con toda probabilidad sucedería algo asombroso, y como no podía ser de ninguna ayuda, al menos mantendría ocupados mis ojos.

Pasaron cinco minutos durante los cuales nada sucedió. El bote continuaba avanzando lentamente en dirección al buque naufragado. Apenas había recorrido veinte o treinta metros cuando de repente, desde el *Graiken*, llegó hasta mis oídos un

ronco alarido.

Dejé de mirar al bote y dirigí mi atención al derrelicto. Vi que la gente que estaba a bordo había descorrido una de las piezas de la barrera y movían desesperadamente los brazos intentando llamar la atención de los que iban en el bote.

Entre todos ellos pude distinguir de nuevo la figura femenina que había llamado mi atención la pasada tarde. Me quedé contemplándola un rato, luego dirigí mi vista de vuelta al bote salvavidas. Todo estaba tranquilo.

Y entonces, mientras miraba con ansiedad, desde un punto entre las algas situado un poco por delante de la embarcación, se produjo una temblorosa ondulación que recorrió con una especie de escalofrío trémulo toda aquella maleza. Inmediatamente, como la descarga de una escopeta, una masa enorme surgió de entre la maraña de algas, agitándose en todas direcciones y haciendo que el bote estuviese a punto de zozobrar.

La criatura mantenía erguido su apéndice trasero. Pronto lo dejó caer al agua con un fuerte chapoteo y, en ese mismo momento, sus monstruosos tentáculos salieron disparados sobre el bote y lo atraparon, mientras sus extremidades se retorcían sobre él en un horripilante abrazo. Aparentemente, estaba intentando hundir la embarcación.

Desde el bote llegaba el sonido de un revólver al ser descargado repetidas veces. Pero, aunque la bestia se retorcía, no soltaba su presa. Los disparos cesaron y pude distinguir el apagado brillo de los alfanjes. Los hombres intentaban acuchillar a la cosa a través de los agujeros de los remos, pero era evidente que apenas conseguían herirla.

Con renovados bríos, la enorme criatura parecía poner más empeño en su intento de volcar el bote. Vi que la embarcación medio sumergida se escoraba hacia un lado, y pensé que ya no había nada que hacer, pero ante aquel espectáculo creció en mi interior un loco deseo de intentar ayudar de alguna manera.

Aparté la cabeza del ventanuco y me puse a mirar por toda la habitación. Quería echar abajo la puerta, pero no encontraba nada con qué hacerlo.

Entonces mis ojos se posaron en el tablero de mi cama que estaba insertado en una ranura corrediza. Estaba hecho de madera de teca y era pesado y muy recio. Lo saqué de su posición y cargué contra la puerta con uno de sus extremos.

Los paneles de madera se rajaron de arriba abajo, pues no en vano era yo un hombre fuerte. Volví a cargar y la puerta se partió en dos. Aparté ambas mitades, dejé el tablero en la cama y salí de la cabina.

No había nadie vigilando; evidentemente, todo el mundo había ido a cubierta para contemplar el rescate. La puerta de la armería se encontraba a mi derecha y yo tenía la llave en el bolsillo.

En un momento la había abierto, cogiendo de los estantes una pesada escopeta para cazar elefantes. Tomé una caja de cartuchos, quité la tapa y vacié su contenido en mis bolsillos; acto seguido subí a la cubierta.

El ordenanza estaba muy cerca. Se volvió al oír mis pisadas; su cara se tornó blanca y retrocedió un par de pasos, asombrado ante mi presencia.

—Están… están… —comenzó a decir. Pero no le dejé acabar.

—¡Fuera de mi camino! —aullé mientras le apartaba a un lado. Corrí hacia delante.

—¡Tirad de esa cuerda! —grité—. ¡Tirad con fuerza! ¿Es que vais a quedaros ahí como unos pasmarotes mientras vuestros compañeros se ahogan?

Los hombres tan sólo necesitaban a alguien que les dijese lo que tenían que hacer y, sin muestra alguna de insubordinación, se pusieron a tirar de la cuerda que estaba enganchada a la popa del bote y lo arrastraron de vuelta entre las algas, y con él a la jibia que aún se aferraba a su estructura.

La cuerda se tensó por el esfuerzo y el bote saltó hacia delante sobre la quilla y pronto volvió a flotar sobre aguas despejadas sin daño alguno, pero aquella cosa espantosa seguía enrollada a su alrededor.

—¡Tirad fuerte! —aullé—. Que alguien vaya en busca de los cuchillos del carnicero. ¡Que traiga algo que corte de verdad!

—¡Algo como esto, señor! —gritó el contramaestre, mostrándome un formidable arpón de dos filos para cazar ballenas que había encontrado no sé dónde.

El bote, todavía bajo el impulso del tirón, golpeó el costado del velero justo debajo de donde yo me encontraba con la escopeta preparada. Por su lado de popa asomaba el cuerpo del monstruo; sus dos ojos —las órbitas abismales de lo Profundo — miraban con vileza a través de sus extremidades.

Apoyé los codos en la barandilla y apunté el arma con mi ojo derecho. Mientras apretaba el gatillo, uno de los enormes apéndices se despegó del bote, agitándose en mi busca. Sonó un tremendo estallido mientras la fuerte descarga se abría paso a través de uno de aquellos grandes ojos, y justo en ese momento algo pasó por encima de mi cabeza.

Alguien gritó detrás de mí:

—¡Cuidado, señor!

Vi delante de mis ojos como una llama de acero y luego algo roto que caía sobre mis hombros y resbalaba por la cubierta.

Debajo, el agua bullía en un remolino de espuma y tres apéndices más surgieron de repente en el aire para caer después sobre nosotros.

Uno de ellos agarró al contramaestre, levantándolo como si fuera un niño. Vi el destello de unos cuchillos y el hombre volvió a caer sobre la cubierta desde una altura de cuatro metros, junto con un áspero trozo del apéndice.

Había vuelto a cargar la escopeta mientras corría a lo largo del puente intentando esquivar los ondulantes tentáculos que se agitaban en las barandillas y la cubierta.

Disparé de nuevo sobre la mole de aquella bestia, y luego otra vez más. Tras el segundo disparo, cesó el terrorífico estruendo con el que se agitaba aquella criatura, y, con un último e inofensivo aleteo de sus restantes tentáculos, se hundió en las

profundidades del mar.

Un minuto después habíamos abierto la trampilla que coronaba el techado de la superestructura. Salieron los hombres, mi amigo en último lugar. Habían sido sacudidos terriblemente pero, por lo demás, se encontraban bien.

Cuando Barlow llegó al final de la escalerilla, me planté delante de él y le cogí por los hombros. Tenía una extraña mezcla de sensaciones. Sentía que no estaba del todo seguro en mi propio barco. Aun así, todo lo que dije fue:

—¡Gracias a Dios que estás a salvo, viejo!

Y lo sentía de corazón.

Me miró asombrado y dudoso, totalmente confundido, y se pasó las manos por la frente.

—Sí —contestó, pero su voz sonó extrañamente átona, aunque un leve matiz de duda parecía querer abrirse paso a través de sus labios. Durante un rato permaneció mirándome sin verme, con aquella actitud inmóvil y tensa en sus facciones que tanto me sorprendía.

Casi de inmediato se dio la vuelta y, sin mostrar ningún sentimiento de amistad o enemistad, comenzó a bajar por la escalerilla hacia el bote.

—¡Vuelve, Ned! —grité—. No es buena idea. Así no vas a conseguir nada —y le tendí mi brazo.

En vez de hacerme caso, volvió a pasarse las manos por la frente, con el mismo gesto de confusión y duda. Luego, para alivio mío, cogió la escalerilla de cuerdas y comenzó a subir lentamente por el costado del buque.

Una vez en cubierta, permaneció cerca de un minuto sin decir una palabra, de espaldas al barco naufragado. Acto seguido, todavía silencioso, caminó lentamente hasta el costado opuesto, y apoyando los codos sobre la barandilla, miró el camino por el que se había abierto paso nuestro velero.

Por mi parte, tampoco dije nada. Repartía mi atención entre él y los hombres, y de vez en cuando le echaba una mirada al ondulante mar de algas y al *Graiken*, por ahora sitiado y sin esperanzas de rescate.

Los miembros de la tripulación estaban tranquilos, aunque a veces se volvían hacia Barlow, como esperando alguna orden por su parte. Apenas se daban cuenta de mi presencia. Así permanecimos cerca de un cuarto de hora; entonces, Barlow se irguió, empezó a mover los brazos y se puso a gritar:

—¡Viene! ¡Viene!

Se volvió hacia nosotros, su cara parecía transfigurada y sus ojos se iluminaron con un fulgor maníaco.

Corrí por la cubierta hasta llegar a su lado y miré hacia babor, y entonces descubrí cuál era el motivo de su excitación. La barrera de algas por la que nos habíamos abierto paso en nuestro viaje se hallaba dividida; una especie de río se iba abriendo delante de nosotros lentamente, dejando al descubierto un agua aceitosa.

El curso continuó ensanchándose mientras estábamos allí observando, y las masas

de hierbajos se movían hacia los lados por obra y gracia de algo invisible.

Asombrado, seguía contemplando aquella escena cuando, de pronto, uno de los hombres que estaba a estribor lanzó un grito. Me volví con rapidez y pude descubrir que lo mismo sucedía con la masa de algas que se extendía entre nosotros y el *Graiken*.

Poco a poco las algas se iban separando, como si una cuña invisible las estuviese partiendo en dos. El surco de agua limpia y sin detritus llegó hasta el derrelicto y continuó más allá. Ahora ya no existía ningún impedimento para poder rescatar a la tripulación del barco naufragado.

VII

Oí la voz de Barlow ordenando soltar amarras, y luego, cuando un viento fresco estuvo sobre nosotros, el velero puso proa hacia el derrelicto, remolcado por un bote que iba delante, mientras una docena de hombres se situaban encima del castillo de proa con sus rifles a punto.

Mientras nos acercábamos pude empezar a distinguir las facciones de los tripulantes; los hombres tenían canas y una apariencia envejecida. Y entre todos ellos, con el rostro pálido por la emoción, reconocí a la desaparecida enamorada de mi amigo. Nunca pensé que iba a vivir un momento tan extraordinario.

Miré a Barlow; estaba contemplando el lívido rostro de la muchacha con tal fijeza que difícilmente podría pensarse que era un hombre cuerdo.

Durante los siguientes minutos nos acercamos lentamente, aplastando entre ambos cascos un pulpo, uno de esos monstruos de lo profundo, que había continuado reptando con tenacidad por el costado del *Graiken*.

Aparte de ese pequeño incidente, apenas me enteré de más, pues me había vuelto de nuevo para mirar a Barlow. Se balanceaba lentamente de un lado a otro, y justo cuando los dos navíos se tocaron, puso las manos sobre su cabeza y cayó al suelo como un tronco.

Trajeron *brandy* y después llevaron a Barlow a su camarote; aun así, nos encontrábamos ya muy lejos de aquel mundo de algas cuando volvió a recuperar la consciencia.

Durante la convalecencia, su prometida me contó cómo, durante una horrible noche hacía ya un año, el *Graiken* fue sorprendido por una tremenda tempestad, quedó desarbolado, y cómo, sin ayuda y en manos de la galerna, se encontraron por fin rodeados de un enorme banco de algas flotantes, y finalmente quedaron atrapados en las garras despiadadas del espantoso Mar de los Sargazos.

Me habló de sus intentos de liberar el navío de las algas y de las acometidas de las

sepias gigantes. También me contó más tarde muchas otras cosas, cosas que no tienen nada que ver con esta historia.

Yo también le hablé a ella de las vicisitudes de nuestro viaje y del extraño comportamiento de su prometido. De cómo quería hacerse con el gobierno del velero y de lo que me había contado acerca de un gran mundo de algas. Y cómo, creyendo que había perdido la razón, me negué a escucharle.

Le dije que al final había conseguido hacerse con el control del velero, y que si no hubiese sido así, casi con toda seguridad ella habría acabado sus días rodeada de una ondulante extensión de algas poblada por las grandes bestias de las aguas profundas.

Ella me escuchaba con creciente gravedad, así que tuve que asegurarle, una y otra vez, que no pensaba que mi viejo amigo estuviese enfermo, sino más bien que era yo el que estaba equivocado. Ante estas palabras ella negaba con la cabeza, pero al mismo tiempo parecía quedarse más tranquila.

Mientras Barlow se recuperaba, descubrí sorprendido que no recordaba absolutamente nada de mi encarcelamiento.

Ahora estaba convencido de que, durante todos aquellos días y semanas, mi amigo había vivido en un estado de catarsis, en una especie de sueño que —apenas soy capaz de imaginar— le hacía mucho más sensible a ciertos misterios ocultos, que el cuerpo y la mente humana difícilmente pueden soportar durante mucho tiempo.

Aún queda algo más por decir. Encontré al capitán y a los dos oficiales confinados en sus camarotes por orden de Barlow. El capitán estaba herido en un brazo por un disparo de pistola, ya que había intentado resistirse a la toma del mando por parte de Barlow.

Cuando pude liberarle juró venganza. Pero siendo Ned Barlow un viejo amigo, encontré sobrados motivos para acallar la sed de venganza del capitán y de los dos oficiales. Pero… bueno, todo esto es tema para otra historia.

LA LLAMADA AL AMANECER

A todos aquellos que han puesto en duda la realidad del gran Mar de los Sargazos, aseverando que todo el romanticismo que se le achaca a este sorprendente mar de algas ha sido enormemente exagerado, yo les diría que esa masa de algas que medra en la franja central del Océano Atlántico es una aglomeración fluctuante que no está limitada a un área en concreto, sino que se desplaza cientos de kilómetros a causa de las tormentas y los vientos dominantes, aunque ateniéndose siempre a unas fronteras determinadas.

De esta manera, podría suceder que aquellos que han ido en su busca, y no lo han encontrado en el lugar esperado, hayan afirmado luego que no se trata más que de un mito elaborado en base al descubrimiento de pequeñas manchas y aglomeraciones de algas con las que se han topado por mera casualidad. Y sin embargo, durante todo ese tiempo, en algún lugar al este, oeste, norte o sur, el inmenso conglomerado de algas ha seguido firme en su posición, desolado e impertérrito… un cementerio de barcos perdidos, restos de naufragios y cosas olvidadas. Y así lo probará mi historia a todo aquel que la lea.

Por aquel entonces, yo era un simple pasajero en un navío grande de ochocientas noventa toneladas, con rumbo a las Barbados. Habíamos tenido un tiempo estupendo durante los veinte primeros días de travesía, con vientos variables que dieron mucho trabajo a los marineros con las vergas.

Sin embargo, al vigésimo primer día nos encontramos con un tiempo borrascoso y, a la caída de la noche, el capitán Johnson acortó todas las velas por debajo de la gavia mayor y se puso al pairo[39].

Le pregunté los motivos del porqué había hecho una cosa así, teniendo en cuenta que el viento aún no era extraordinariamente fuerte. Me llevó al comedor, bajo el puente, y con la ayuda de mapas y diagramas, me demostró que nos encontrábamos cerca del extremo oriental de un enorme ciclón que se desplazaba en dirección norte desde el ecuador, aunque en su avance tendía a desviarse continuamente hacia poniente. Al poner el buque al pairo, conseguiría que el ciclón siguiera su rumbo hacia el oeste sin llegar a afectarnos en demasía. Si, por el contrario, hubiera dejado que el barco siguiera su curso, habríamos acabado finalmente en el mismo corazón de la tempestad, en cuyo caso la nave habría sido desarbolada con suma facilidad e, incluso, podría haber llegado a hundirse; la furia de aquellas tormentas resultaba letal si alguien se ponía a su alcance.

El capitán me expuso su razonamiento en el supuesto de que esta tormenta, de la cual apenas habíamos sentido un leve roce, fuera un ciclón de una violencia y amplitud fuera de lo corriente. Me aseguró también que a la mañana siguiente tendríamos, casi con toda seguridad, una prueba más clara de sus aseveraciones en las grandes masas de algas y restos flotantes que íbamos a encontrar en cuanto

pusiéramos el navío rumbo sur. Estas aglomeraciones de algas, me explicó, se desgajaban del interior de la zona recorrida por la Corriente del Golfo, donde se acumulaban en cantidades ingentes, extendiéndose —en trozos desperdigados o masas uniformes— cientos y cientos de kilómetros a lo largo y ancho del océano. Un lugar que todo navegante precavido debería evitar.

La mar tempestuosa, tal y como había dicho el capitán, fue calmándose. La tormenta perdió fuerza hora tras hora, y durante toda la noche, mientras el ciclón seguía su curso hacia poniente; y así, cuando llegó la aurora, nos deslizábamos sobre una tenue marejada provocada por la lejana tormenta, aunque apenas soplaba una ligera brisa.

A medianoche fui abajo a descansar un poco, pero volví al puente al cabo de unas horas, ya que me sentía inquieto. Encontré al capitán Johnson de guardia con el primer oficial, y, tras felicitarle, me dirigí al costado de sotavento para contemplar la llegada de la aurora, cuya luminosidad ya empezaba a vislumbrarse en el cielo oriental. El amanecer llegó con relativa velocidad, ya que aún no habíamos llegado a los trópicos, y yo me quedé embelesado contemplándolo, ya que la aparición de las primeras luces del día siempre me había provocado una extraña atracción.

Primero se hizo visible un pálido destello de luz por el horizonte oriental, muy solemne, desparramándose con tanta quietud sobre los cielos que semejaba una fosforescencia fantasmal acechando en secreto el mundo adormecido. Y enseguida, mientras percibía todo esto, se produjo una explosión de suaves tonos rosas en dirección norte, y por encima, a media altura, una luminosidad pálida y anaranjada. Luego apareció un extraordinario resplandor verdoso subiendo a lo más alto de los cielos, y, entre todo ese verde y etéreo fulgor de absoluta quietud, se esparcieron cortinas de un amarillo limón que engatusaban al espectador haciendo que sus ojos intentaran traspasar los misterios que se perdían en la distancia, de manera que, en aquellos momentos, mis pensamientos se hallaban muy lejos de este mundo.

Y la luz crecía en fuerza y extensión, con un latido poderoso, y la fascinación de aquellas primeras luces se adueñaba de la retina del espectador con un brillo sin límites, hasta que el cielo oriental se llenaba de un tono limón pálido y translúcido, escoltado por nubes de gris transparente y suave plata. Y por fin, un tenue destello se reflejaba sobre el mar, muy solemne y opaco, haciendo que la inmensidad de las aguas se tiñeran del más grande de los misterios.

Y mientras miraba a la lejanía por encima del mar, se empezaba a vislumbrar algo que rompía la clara luminosidad reflejada en las aguas, aunque al principio no se vislumbraba qué era. Un diminuto resplandor dorado emergía sobre las brumas de perdidos horizontes, y entonces sabía que el sol estaba a punto de salir de las tinieblas. Y la luz dorada dibujaba una especie de halo sobre aquella parte del mundo, dejando escapar un primer rayo que atravesaba el misterio de las aguas oscuras. Entonces vi con toda claridad algo más que se interponía entre mi posición y los destellos lejanos del amanecer. Se trataba de una especie de isla grande y achaparrada

que emergía en medio de la soledad marina. Sin embargo, como bien sabía por las cartas de navegación, no existía ninguna isla en estas latitudes, y más adelante resolví que debía tratarse de una de esas aglomeraciones de algas de las que el capitán había hablado el día anterior.

—Capitán Johnson —le llamé en voz baja, ya que la atmósfera resultaba de una tremenda quietud—. Capitán Johnson, traiga los prismáticos.

Y enseguida ambos observábamos a través de la menguante oscuridad aquella especie de tierra flotante arrojada por la tormenta. Y mientras fijábamos toda nuestra atención en la gris soledad del mar que rodeaba aquel islote nebuloso, me vi doblemente atrapado por el misterio y el profundo silencio que acompañaba a la aurora, y por las luces y los destellos que todas las mañanas se desperdigan en silencio por el mundo con cada amanecer. Me daba la sensación de poder escuchar con total claridad el más leve sonido que se produjera a mi alrededor; de manera que cualquier crujido en los mástiles y aparejos era como un violento grito recitado en mis oídos, y el mar producía un ruido estridente y húmedo al chocar sobre los costados del navío, y el sonido de pasos de alguien que caminara por el castillo de proa hacía que todo el barco se llenara de un sordo repiquetear.

Pero cuando dirigía mi atención hacia el lejano horizonte del mar, incluso mientras miraba con solemnidad aquella isla fantasmal medio escondida entre las luces del amanecer, parecía que ningún sonido hubiera salido jamás de toda esa desolación, excepto, quizás, el húmedo aullido de alguna brisa perdida que vagabundeara tristemente por el solitario océano.

Gracias a todo esto que les he relatado pueden hacerse una idea del estado de ánimo que me embargaba en aquellos momentos; y, en realidad, creo que no sólo era yo el que se sentía así, ya que también el capitán estaba muy quieto y apenas decía nada, y se dedicaba a observar constantemente la grisácea penumbra que envolvía aquella isla del amanecer.

Y entonces, mientras el sol lanzaba el primer rayo de luz que consiguió taladrar las brumas del nebuloso horizonte, llegó hasta nosotros un tenue sonido desde la aurora del mundo. Era como una voz diminuta que llegara desde una distancia infinita:

—¡Hijo del Hombre!

—¡Hijo del Hombre!

—¡Hijo del Hombre!

A pesar de la lejanía, lo escuché con suma claridad, dispersándose entre los misterios del mar oriental. Hacia el este sólo había desolación y brumas, y el resplandor de la cercana aurora, cuyos rayos tempraneros llenaban el mar de reflejos grises y plateados. Nada más que esto, y la chata extensión de algas que se esparcía a menos de un kilómetro de distancia por el este; una sombra desolada e inmóvil sobre el agua.

Me puse una mano en la oreja y presté atención, mirando al capitán; él también

escuchaba, aunque antes había recorrido con sus prismáticos toda la zona. Pero ahora estaba mirándome, con una expresión inquisitiva en sus ojos.

El sol surgió por encima del resplandor grisáceo del océano, como una senda de fuego traspasada en su parte central por la mate extensión de la isla de algas. Y en ese mismo momento volvió a sonar la voz:

—¡Hijo del Hombre!

—¡Hijo del Hombre!

—¡Hijo del Hombre!

Las palabras parecían surgir de entre las luces tempraneras que llenaban de reflejos el mar oriental. La voz sonaba lejana, desolada y clara, tan débil y etérea que podría haber sido producida por un espectro que gimiera entre las brumas deshilachadas; era como la sombra de una voz que se deslizase entre sombras fugaces.

Escudriñé las aguas que se extendían ante nosotros, y por todas partes surgían aquellos islotes de algas que se distinguían claramente entre los reflejos plateados de las aguas y más allá del desolado horizonte. Mientras miraba con algo más que asombro, volví a escuchar un sonido tenue, como una especie de silbido apagado que llegara del este, una cantinela irreal y lejana que sonaba por encima del arrullo de las olas. Era un sonido agudo, aunque incierto, y al rato no volví a escucharlo.

El capitán y yo nos miramos con frecuencia mientras sucedía todo esto, y de nuevo volvimos a rastrear toda la extensión del mar que se abría por oriente, así como la desolación de aquella isla chata y larga cubierta de algas; pero no descubrimos nada que pudiera ayudarnos a desentrañar el misterio que nos desconcertaba.

El primer oficial también había permanecido a nuestro lado, escuchando, y había oído la débil y extraña voz, así como el silbido lejano; pero tampoco él tenía ni la más mínima idea de qué podría tratarse.

Mientras tomábamos el café de la mañana, el capitán Johnson y yo hablamos acerca de aquel misterioso suceso, aunque no llegamos a ninguna conclusión aceptable, tan sólo que podría tratarse de algún pecio solitario encallado en la aglomeración de algas que se extendía por el este. Aquélla podría ser, en realidad, una explicación más que apropiada, pero nos faltaban las pruebas; y para conseguirlas, el capitán ordenó arriar uno de los botes e hizo que lo tripularan una buena cantidad de hombres, todos ellos armados con mosquetes y alfanjes. Además, también echó al bote dos hachas y tres arpones de doble filo, que tenían sus buenos dos metros de hoja muy afilada y tan ancha como la palma de mi mano.

A mí me dejó un par de pistolas, y él mismo cogió otro par; a su vez, ambos llevábamos nuestros propios cuchillos. Tantos preparativos, como bien pueden suponer, se debían a que él ya había tenido alguna que otra aventura anterior con las algas, y sabía de los peligros que acechaban en aquellos lugares.

Nos deslizamos hacia aquella enorme isla de algas que se extendía por oriente bajo la clara luz de la mañana. Y esta isla medía, quizás, sus buenos tres kilómetros y

medio de largo, y, como luego pudimos descubrir, casi otro kilómetro más de ancho, o, al decir de las gentes de mar, «de manga». Llegamos allí con bastante rapidez, y el capitán Johnson ordenó a los hombres que frenaran el bote cuando nos encontrábamos a unas veinte brazas de la parte central de las algas. Nos quedamos inmóviles en esa posición durante un rato, observando la masa de algas a través de los prismáticos y recorriéndola en toda su longitud, pero no vimos ningún resto que pudiera pertenecer a algún buque náufrago, ni volvimos a escuchar aquella voz con tintes humanos.

Sin embargo, la vida animal se agitaba por todas partes; la extensión de algas bullía de movimiento, aunque al principio fuimos incapaces de ver nada, ya que las diferentes criaturas que la habitaban se camuflaban en los colores amarillo-verdosos de las algas, que resultaban más ambarinos bajo la luz que se reflejaba en las aguas. En el interior de aquella masa de detritus descubrí una zona sombreada, más oscura y verdosa, y pensé que ése era el color original de los enormes pedúnculos de algas que conformaban el cuerpo principal de la isla; también divisé gran cantidad de lianas y tallos serpentinos de un amarillo-verdoso, muy húmedos y lúgubres, que ondulaban y se retorcían sobre sí mismos en un laberinto vasto y deprimente.

Después de explorar detenidamente toda la zona viramos hacia el norte, y el capitán Johnson ordenó a los hombres que no dieran demasiado impulso a los remos mientras nos deslizábamos cerca de la orilla de aquella inmensa isla de algas. De esta manera navegamos algo más de un kilómetro hasta llegar al extremo de la masa, y después pusimos proa al este para bordear el margen opuesto. Y durante todo ese tiempo, tanto el capitán como yo vigilamos constantemente la isla y las aguas circundantes, ayudándonos de nuestros prismáticos.

Y así, observé cientos de cosas que atraían mi interés y me llenaban de asombro, ya que los detritus que bordeaban aquel islote inmenso estaban repletos de criaturas vivientes que deambulaban entre las algas y el mar bullía continuamente con los reflejos de extraños peces, muy abundantes y variados.

Entonces me dediqué a observar con mayor atención las diversas criaturas que moraban entre los sargazos, ya que siempre me había sentido atraído por aquel mundo acuático repleto de algas del que tantas leyendas había escuchado, tanto de labios del capitán Johnson como de otros hombres de mar con los que había servido durante mis travesías. Y seguramente todos estos islotes y aglomeraciones se habían desprendido del gran mar de algas original al que el capitán Johnson siempre llamaba el «Gran Eddy[40]». Como ya he dicho, tomé buena nota de las criaturas que medraban entre las algas, y en ese sentido, enseguida me di cuenta de que los cangrejos predominaban entre todos los demás moradores, al menos eso es lo que pude discernir a través de mis prismáticos, ya que veía crustáceos por todos sitios, a pesar de que sus cabezas eran del mismo color amarillento de las algas. Algunos tenían el tamaño de mi dedo gordo y supongo que los habría incluso más pequeños, hecho que podría haber verificado de hallarme más cerca; pero también había otros

de tamaño considerable, cuyas pinzas sobresalían por encima de la masa de algas, y todo su cuerpo era del mismo color amarillo, de manera que, a no ser que se movieran, permanecían ocultos entre los detritus que los cobijaban.

Habíamos recorrido el extremo norte de la masa de algas y vimos, como ya he dicho antes, que tendría cerca de un kilómetro de ancho, quizás un poco menos, aunque no podíamos estar seguros del todo. En este punto, dejad que dé mi opinión de la altura que alcanzaba la isla sobre el nivel de las aguas, el cual calculamos, estando ahora a bordo del bote y, por tanto, en una posición muy baja que nos obligaba a levantar la vista para mirar sobre las algas, que debía rondar los siete u ocho metros por encima del mar, correspondiendo la zona más elevada a la parte central del islote, donde se podía ver una especie de bosquecillo muy denso con grandes árboles en el medio, todo ello rodeado por un enjambre de extrañas plantas trepadoras. Y ésta es la descripción más adecuada que puedo dar de aquella isla a todos los que viven tierra adentro.

Tras bordear el extremo norte de la isla viramos rumbo sur y nos deslizamos pegados a la costa occidental de las algas, con la intención de recorrerla en su totalidad e intentar descubrir el lugar de procedencia y la causa de aquella extraña voz al amanecer. Y en verdad, resultaba un lugar pavoroso de recorrer, pues continuamente nos topábamos con zonas cavernosas y oscuras que se abrían entre las algas, penetrando en su corazón cubierto de raíces y tallos, y con frecuencia parecía que hubiera cosas moviéndose de un lado a otro, aunque la quietud siempre solía reinar en aquella desolada extensión, menos cuando soplaba alguna brisa extraña, haciendo que la espesura amarillenta se agitara suavemente y produjera una especie de sonido lastimero, como si unas criaturas plañideras acecharan en el interior de aquella masa desolada y tenebrosa. Y cuando la brisa murió entre las aguas, el silencio se hizo aún mayor, de manera que me sentí muy satisfecho de que el bote estuviera bastante alejado de las algas.

Y así, cada vez con mayor silencio y precaución a causa del espanto que nos provocaba aquella isla desolada y chorreante, y que ya había empezado a afectar a nuestros espíritus, seguimos deslizándonos hacia el sur a lo largo del extremo occidental del islote, y cuanto más avanzábamos mayor era nuestra cautela y discreción, de manera que los hombres apenas hacían ruido al manejar los remos, sino que paleteaban con delicadeza, contemplando con gran intensidad y nerviosismo las sombras que se perfilaban en aquella enorme masa de algas.

Y entonces, súbitamente, uno de los hombres dejó de remar y se puso a observar con gran ansiedad y miedo algo que había vislumbrado entre la oscuridad de aquella monstruosa aglomeración de algas. Siguiendo su ejemplo, el resto de los hombres abandonó su tarea con los remos y se pusieron a mirar aterrorizados los lugares más tenebrosos de las algas, completamente seguros de que su compañero había descubierto algo espantoso.

El capitán en ningún momento censuró a los hombres, sino que él mismo, al igual

que yo, les imitó, intentando localizar qué es lo que había visto el marinero. Y al poco, uno tras otro, conseguimos descubrir a la Cosa; aunque en un primer momento era como si contempláramos una fea y monstruosa aglomeración de zarcillos y algas que se acumulaban en el interior de la masa vegetal, a bastante distancia de la costa; pero enseguida la cosa se hizo totalmente visible a nuestros ojos, y descubrimos que se trataba de una especie de diabólica criatura acuática o pulpo que yacía inmóvil entre las algas, apenas perceptible a causa de su color y brillo, que resultaba similar al de la vegetación que conformaba su morada. La criatura, me lo decían mis ojos, era formidable, y parecía expandirse por todas partes entre los sargazos.

El capitán Johnson se encaramó a la proa del bote y ordenó a los hombres que remaran con delicadeza para volver a poner la embarcación en movimiento; y así lo hicieron, mientras el capitán lo apartaba de la costa, y nuestros corazones se llenaron de alegría al ver que nos alejábamos de aquella bestia tan espantosa y horrible.

De esta forma, remamos más de un kilómetro en dirección sur, manteniéndonos a una distancia segura de la isla, y pronto descubrimos que las algas se prolongaban hacia el exterior, formando una especie de cabo o saliente que descollaba del cuerpo principal. Lo bordeamos con precaución, y descubrimos que la costa del islote se adentraba en la masa de algas formando una profunda bahía, y entre la vegetación, en una especie de ensenada, vimos algo que nos hizo pensar que habíamos descubierto el origen del lamento sobrenatural que oímos al amanecer; pues en aquel lugar, encallado entre la masa de algas, se erguía el casco de un antiguo pecio al que le faltaban todos los palos, y aunque estaba muy cerca de la costa, apenas si era visible, ya que se encontraba casi oculto y ahogado por los sargazos.

Todos estábamos muy excitados a causa de aquel descubrimiento, y el capitán ordenó ahora a los hombres que remaran con brío, ya que, de repente, nuestro temor a posibles criaturas ocultas, que antes nos había hecho avanzar con tanto silencio y cautela, se había esfumado por completo. Y como los hombres pusieron todo su empeño en los remos, enseguida llegamos a la ensenada de la bahía donde estaba encallado el pecio y descubrimos que su casco se encontraba a menos de una docena de yardas en el interior de los sargazos que, en aquella zona, resultaban bastante menos densos y gruesos, aunque más allá del navío volvían a acumularse, lúgubres y sombríos, hasta una altura de seis metros o más, y crecían desmesuradamente por todas partes.

Nos detuvimos, preguntándonos cuál sería la mejor manera de abordar el barco, y durante todo el tiempo que el capitán estuvo cavilando, yo estudié el pecio a través de mis prismáticos, sin apenas esperanzas de encontrar alguien a bordo, ya que me di perfecta cuenta de lo antiguo que era y de lo deteriorado que estaba a causa del tiempo y la climatología; además, las algas sobresalían por todas partes, incluso parecía que creciesen entre la madera de sus costados, siendo aquello una circunstancia harto increíble, aunque así nos pareció cuando estuvimos más cerca. Después observé las algas que se extendían a su alrededor para asegurarme de que no

hubiera ninguna monstruosidad marina acechando en las proximidades; el capitán Johnson hizo lo mismo, aunque ninguno de los dos descubrimos nada reseñable. Y entonces el patrón ordenó que nos internáramos en las algas dispersas, y nos abrimos paso entre ellas hasta el costado del navío.

Entonces, mientras nos deslizábamos a través de los sargazos, quedamos perplejos ante la enorme cantidad de materia viviente que se escondía en su espesura, ya que todo aquel conglomerado bullía ahora de pequeños crustáceos que rodeaban el bote y correteaban de un lado a otro entre la fronda y los zarcillos más finos, mientras que las aguas que se abrían alrededor de las brozas de vegetación burbujeaban de criaturas vivas, gambas gigantescas que parecían aún más grandes que las langostas y que se impulsaban en todas direcciones, y peces de colores que atravesaban el agua a toda velocidad. Innumerables insectos de formas extrañas brincaban entre los sargazos como las pulgas, aunque las superaban un centenar de veces en tamaño. Y en más de un par de ocasiones, mientras la embarcación se deslizaba sobre las algas, sorprendimos a varios cangrejos enormes que reposaban huraños entre la vegetación o simplemente acechaban a su presa; uno de ellos, de caparazón tan grande como la tapa de una bandeja, agarró con sus pinzas el remo de uno de los hombres y atravesó limpiamente la fina madera de la pala. Acto seguido se retiró impetuoso, sacudiendo violentamente las algas a su paso, hecho que les ayudará a hacerse una idea del vigor y la fortaleza que anidaba en el interior de aquella criatura.

En pocos minutos, y gracias al empleo de hachas, cuchillos y remos, nos abrimos paso hasta el navío; sin embargo, el capitán no quiso utilizar los alfanjes entre las algas, ya que se trataba de nuestras armas y como tal debían ser manejados.

Cuando llegamos a las proximidades del navío, observamos que los sargazos crecían por sus costados, como si hubiesen echado raíces en la madera; esto nos sorprendió muchísimo, al igual que otras muchas cosas que fuimos descubriendo, ya que, cuando nos encaramamos al casco, nos dimos cuenta de que la madera se había convertido en una materia podrida y esponjosa en la cual se hundía la punta de nuestros pies si golpeábamos con fuerza, de manera que pudimos escalar el costado fácilmente, como si ascendiéramos por una especie de escala fabricada por nosotros mismos.

Cuando nos asomamos por la borda del barco y miramos al interior, no vislumbramos nada destacable de su estructura, excepto la silueta de los flancos, popa y proa, ya que las cubiertas habían desaparecido, y las vigas que las sustentaban se habían esfumado casi en su totalidad, y de las pocas que quedaban casi ninguna se mantenía completa. La base del barco también estaba podrida, de manera que los sargazos se colaban entre los resquicios y crecían por su interior, incluso podíamos ver el agua abajo, muy negra y sombría. Y las algas se diseminaban por los costados del navío y sobre los pasamanos, como si las maderas fueran totalmente adecuadas al crecimiento de aquel extraño vegetal, si puedo llamarlo así.

Resultaba muy deprimente mirar hacia abajo, a la hueca cavidad del casco que

aún se mantenía a flote gracias a la acción de los sargazos que se habían ido enroscando en su estructura durante cien, o quizás doscientos, años. Cuando pregunté al capitán acerca de su antigüedad, me dijo que él pensaba que debía tener más de cuatrocientos años. Con gran autoridad, me explicó que el diseño de la proa y popa del carcomido navío, así como el detalle y la colocación del armazón de madera, parecían indicar tal edad; y así me di perfecta cuenta de que tenía un considerable conocimiento en tales asuntos.

Acto seguido, al no poder avanzar más en aquella dirección, optamos por bajar de nuevo al bote, y para ello volvimos a introducir la punta de nuestros zapatos en el esponjoso casco del vetusto navío. Pero antes de que lo abandonásemos definitivamente conseguí arrancar un pedazo de una de las tablas más pequeñas para llevármelo como recuerdo de la aventura.

Luego retrocedimos de nuevo a través de las algas, contentos de alejarnos al fin de aquel lugar, ahora que nuestras ansias de aventura habían desaparecido casi por completo y el recuerdo de lo que allí acechaba aún seguía fresco en nuestros corazones. Finalmente recorrimos todo el perímetro de la isla, que debía tener sus buenos doce kilómetros de circunvalación. Acto seguido remamos de vuelta a nuestro barco, con gran ansia por tomar el desayuno, como pueden imaginarse.

El resto de la jornada estuvo tranquila, y con frecuencia enfocaba mis prismáticos hacia los diversos islotes de algas que aparecían repentinamente en otras partes del océano, pero ninguno era excesivamente grande ni prominente, aunque también me dije a mí mismo que, vistos desde el bote, al nivel del mar, parecían bastante más altos. Y en verdad era así, como bien pudimos constatar aquella misma tarde al recorrerlos con el bote; pero, aunque vimos multitud de cangrejos, peces y diminutos organismos, no descubrimos ningún signo de posibles naufragios ni vida humana. Regresamos al barco al anochecer, y hablamos largo y tendido sobre aquella extraña voz que había llegado hasta nosotros durante el amanecer; pero fuimos incapaces de encontrar una explicación razonablemente lógica. Luego me fui a la cama, ya que me sentía muy cansado debido a la falta de reposo de la noche anterior.

Fui despertado por las bruscas sacudidas del capitán un poco antes del amanecer, y cuando volví a ser dueño de todos mis sentidos me instó a que subiera lo más rápidamente posible al puente, que aún estaba muy solitario, ya que acababan de escuchar de nuevo la extraña voz en la aurora que estaba a punto de florecer.

Al oír aquello me apresuré tras el capitán Johnson, y una vez en la cubierta de popa me encontré con el segundo oficial que, ayudado de sus prismáticos, observaba el horizonte oriental que asomaba sobre el mar, y el chato islote de algas, apenas visible, que surgía por encima de las aguas.

El segundo oficial levantó su mano en un gesto de advertencia y susurró:

—¡Silencio!

Enseguida nos quedamos callados, escuchando; pero ningún sonido llegó al barco y, mientras tanto, permanecí ensimismado ante la solemne belleza del amanecer, ya

que los cielos orientales parecían estar suspendidos en un sosegado mar esmeralda, que iba desde un extraño verde oscuro hasta otro más translúcido y brillante que parecía rodear los límites de lo Eterno; pálidos reflejos que transportaban la consciencia a través de las profundidades etéreas del espacio y hacían que el alma se perdiera entre los rayos de la aurora, dando la bienvenida a unos espíritus desconocidos. Y esto no es más que una burda imagen de la fascinación con que aquellas luces vagas y aquel ambiente maravilloso colmaban mi alma de una silenciosa felicidad. Y entonces, mientras me encontraba en este estado mental, sobre las aguas orientales y toda esa quietud propia del amanecer, sonó de nuevo aquella voz lejana y amortiguada:

—¡Hijo del Hombre!

—¡Hijo del Hombre!

—¡Hijo del Hombre!

Las palabras llegaron nítidas y apagadas, como si procedieran de más allá de la profunda quietud, maravilla y silencioso encanto del horizonte oriental. Los reflejos verdosos que lucían en la parte inferior del cielo se fueron difuminando mientras escuchábamos, y más arriba la atmósfera fue tiñéndose de brillos púrpura que estallaban sobre nubes de fuego suspendidas en los cielos bajos e intermedios, y luego la luz se hizo más cálida y la atmósfera se iluminó con el verde pálido de la mañana. Y nosotros seguíamos esperando.

Entonces, por el este, apareció un resplandor dorado que emergía entre la placidez nacarada de la línea del horizonte, y el extremo superior del astro sol surgió sereno, y dispersó las brumas, arrojando un haz de luz sobre las aguas. Y en ese mismo instante, aquella voz extraviada sonó de nuevo:

—¡Hijo del Hombre!

—¡Hijo del Hombre!

—¡Hijo del Hombre!

Y el eco se deslizó hacia nosotros misteriosamente, flotando sobre las aguas tranquilas, como si procediera de un lugar infinitamente lejano… una voz débil y solitaria, la misma que pudiéramos imaginar en un espectro que se lamentara al amanecer. Mientras nos mirábamos los unos a los otros, preguntándonos en silencio multitud de interrogantes, resonó una especie de gemido aflautado que parecía provenir de una distancia increíble, y que volvió a desaparecer en la serenidad del océano. Y todos nos preguntamos qué nuevo portento iba a producirse.

Tras el desayuno, el capitán Johnson ordenó arriar el bote y reclutó una tripulación numerosa, tan bien armada como en la anterior ocasión. Acto seguido pusimos rumbo al islote de algas; pero antes de abandonar el barco, el capitán desmontó la campana más pequeña, que estaba a popa, y se la llevó consigo, así como la bocina del navío.

Pasamos toda la mañana circunnavegando el gran islote de algas, y cada cien brazas yo hacía sonar la campana y el capitán hablaba a través de la bocina y en

dirección a los sargazos, preguntando si había algún pecio habitado perdido en el corazón de aquel enjambre de algas. Sin embargo, no sabíamos a ciencia cierta si su voz llegaba al interior de la isleta o si se perdía entre los sargazos; de lo que no nos cabía ninguna duda era de que jamás recibimos respuesta alguna, ni al tañido de la campana ni a las voces, en medio de toda aquella desolación.

Y así, rodeamos el islote en su totalidad, y no descubrimos nada extraño, excepto en una ocasión en la que estábamos muy cerca de la costa; entonces vi un cangrejo realmente monstruoso, el doble de grande de lo que jamás había visto en toda mi vida, que retozaba medio escondido entre la aglomeración de algas, y tenía un tono oscuro que le servía de camuflaje en el interior más sombrío del islote, y así deduje que moraba en las zonas más profundas y tenebrosas de aquellos extraños sargazos. Mas ¿qué podríamos hacer nosotros si encontrásemos finalmente un pecio varado en el interior de aquella masa de algas? ¿De qué manera podría un hombre hacer frente a una criatura tan monstruosa? Y además, no me cabía ninguna duda de que habría cientos de bestias semejantes en las zonas centrales del islote, por no hablar de los peces diabólicos que moraban entre los sargazos de aquella desolada y solitaria isla.

Por fin, tras deslizamos cerca de aquel lúgubre pecio varado en la orilla de la masa de algas, regresamos a nuestro propio navío, y evoqué lo que había pensado el día anterior acerca de las largas centurias transcurridas desde la pérdida de aquel vetusto cascarón.

Cuando llegamos al barco, el capitán Johnson subió al palo mayor, y yo le acompañé; desde la cruceta volvimos a examinar detenidamente, a través de los prismáticos, las zonas más recónditas del gran islote, pero allí los sargazos formaban aglomeraciones de un tono feo y amarillento que se convertía en verde lúgubre en los lugares a los que no llegaba la luz del sol. Y entonces desistimos en nuestra búsqueda, ya que la exuberancia y frondosidad de aquellas algas monstruosas ocultaría fácilmente una flota entera de barcos a la que le faltaran sus mástiles.

¿Quién podría afirmar que hubiera una embarcación oculta en medio de toda aquella aglomeración de algas? Y si algún barco en verdad estuviera encallado en el interior del islote, cubierto completamente por los sargazos, ¿no sería harto difícil que aún existiera algún ser humano a bordo? Hay que tener presente las necesidades fisiológicas de cualquiera que estuviese en esa situación, y además, no podemos olvidar la presencia de aquellas bestias monstruosas que deambulaban entre la gigantesca aglomeración de algas… Y aún más, aunque hubiera un pecio varado en el interior de los sargazos con un ser humano a bordo, ¿por qué iba a emitir aquel extraño lamento al amanecer y en medio del mar, sin contestar a nuestros llamados? Una y mil veces me hice las mismas preguntas, pero fui incapaz de hallar una respuesta plausible, excepto la suposición de que podría tratarse de algún alma desgraciada y enloquecida que se aferraba a la vida tras largos años de abandono y desolación a bordo de un barco perdido y oculto entre las algas. Ésta era la única explicación que se acercaba un poco a mi modo de ver las cosas. Y, en verdad, sería

bastante raro que cualquier sujeto en semejante situación no estuviera completamente loco y, en su soledad, se dedicara todas las auroras a lamentarse y vociferar palabras sin sentido que sólo podían tener significado para una mente desgraciada y enloquecida.

Fuera lo que fuese, ya resultaran ciertas mis especulaciones o hubiera alguna otra explicación que se escapaba a mi entendimiento, el hecho era que no sabía a qué atenerme. Lo único que puedo decirles es que durante la aurora del tercer día de calma chicha, volvimos a oír de nuevo aquel lamento extraño y distante que llegaba a nosotros a través de la bruma y el silencio en el que se sumía el horizonte oriental, justo donde se encontraba el islote de algas:

—¡Hijo del Hombre!

—¡Hijo del Hombre!

—¡Hijo del Hombre!

Y el sonido llegaba hasta nosotros muy difuminado, como si procediera de un lugar inmensamente lejano. Era un amanecer rojizo, que mostraba claros indicios de futuros vientos; y sin embargo, antes de que la brisa nos sorprendiera, el sol surgió por encima del brumoso horizonte, muy sombrío y envuelto en calima. El color del mar se tornó plomizo, y el sol arrojó sobre nosotros sus primeros rayos de un violeta profundo y espléndido, aunque también resultaba, en cierta manera, un poco lóbrego; y en ese momento volvimos a escuchar por última vez aquella voz clara y distante:

—¡Hijo del Hombre!

—¡Hijo del Hombre!

—¡Hijo del Hombre!

Y justo después, ese otro sonido aflautado y tenue, tan débil y lejano que apenas estuvimos seguros de haberlo escuchado, ya que la llegada del viento había levantado un murmullo casi imperceptible sobre las aguas. Y entonces, la brisa oscureció el mar por su parte septentrional, y nuestras velas se hincharon mientras los marineros izaban las vergas. Y nos alejamos de la desolación de aquel inmenso islote de algas, y seguimos nuestro viaje, dejando el misterio de aquella voz a la soledad del mar y a la fascinación de sus enigmas impenetrables.



Ilustración de Gunther T. Schulz

LA BALSA[41]

—¡Empujad! —dijo el oficial con voz ronca.

La balsa se deslizó en las tinieblas hasta quedar detenida a pocos metros del bergantín condenado. Sobre el coronamiento del navío colgaba una lámpara, inmóvil y resplandeciente. En lo alto, las velas, del color de las perlas bajo la tenue luz, tenían un aspecto fantasmagórico e irreal.

En el silencio reinante, los cuatro ocupantes de la balsa miraban fascinados y atentos el buque que acababan de abandonar. De pronto, un terrible parloteo atravesó el sombrío silencio, haciendo que el muchacho que estaba encogido se pusiera en pie con tanta brusquedad que la balsa comenzó a bambolearse peligrosamente.

—¡Jack! ¡Jack! —gritó.

Y como en respuesta a su llamada, el clamor que surgía del bergantín subió de tono.

—Saquémosle de ahí —rogó con lágrimas en los ojos el chico al oficial, que miraba malhumorado sobre la cristalina superficie del mar en dirección al navío—. Aún queda mucho tiempo. No creo que se vaya a hundir hasta…

—¡Maldita sea, muchacho! —respondió el otro con ferocidad—. Estate quieto o…

El parloteo cesó con un chillido cuando el bergantín dio un repentino y espantoso bandazo a estribor, movimiento que fue seguido por el sordo tronar de la carga al desplazarse. Comenzó a hundirse de nuevo. Por un breve momento su popa quedó ridículamente colgada en el aire; acto seguido se fue a pique con un curioso movimiento serpenteante bajo la tersa superficie del mar. Un par de sordas explosiones, cuando el agua entrante expulsó el aire que quedaba dentro del casco, encrespó el suave oleaje y en un instante la balsa, con sus aterrorizados ocupantes, se hallaba completamente sola en medio del océano.

Con el rostro oculto entre las manos el muchacho se sentó, lloriqueando por la pérdida de su loro. Karl Bronson, cocinero del desaparecido *Cissie Williams*, apoyado con su enorme manaza en el muñón del mástil, mascaba con sus poderosas mandíbulas un poco de tabaco, pensativo y sin ningún tipo de emoción. Tasker, un hombre de aspecto tuberculoso, carpintero del bergantín, se sentaba en un extremo del arcón, tamborileando distraídamente con los dedos sobre una madeja de cordel.

Con los ojos hundidos, el oficial se volvió hacia sus compañeros.

—Ahí va un buen montón de libras, por no mencionar el mejor pedazo de madera a este lado del Cabo de Hornos.

Si esperaba alguna respuesta no recibió ninguna; todos sus compañeros estaban sumidos en sus propios pensamientos. El cocinero escupió violentamente el tabaco de mascar y se puso a recortar otro trozo con bovina placidez. El muchacho, secándose las húmedas mejillas con sus mugrientas manos, miraba resentido el lugar por donde el bergantín había desaparecido; mientras que Tasker, absorto en su pedazo de cabo,

ni se dignó a levantar sus vacuos ojos de lo que estaba haciendo.

La noche cayó con la típica rapidez de los trópicos y el oficial, tras pasar unos minutos decidiendo qué podía hacerse, se tumbó todo a lo largo encima de los ásperos troncos de la balsa, cruzó los brazos sobre el pecho y se dispuso a descansar entre los supervivientes del bergantín. Siete hombres y el capitán habían perecido en la terrible tempestad que había desviado el pequeño barco varios cientos de millas de su rumbo original, abriendo algunas vías de agua en el casco que, después de tres días de infructuoso achique, obligaron a los cuatro ocupantes de la balsa a desistir de sus fatigosos esfuerzos.

Cuando rompió la mañana, el adormecido oficial, que fue el primero en despertar, pudo contemplar un extraño espectáculo. Observó a sus compañeros de desgracias, que todavía dormían exhaustos, y los despiadados rayos de sol que daban de lleno en sus rostros deformados y sudorosos. Un ronquido uniforme, que salía de la boca abierta del «Holandés», era el único sonido capaz de romper el silencio opresivo que los rodeaba mientras el oficial se levantaba cansinamente con la intención de examinar el contenido del arcón de las provisiones, que había sido amarrado firmemente en el centro de la sólida aunque poco manejable balsa. Mientras miraba haciendo visera con la mano lanzó un grito, un grito que hizo que sus compañeros se despertaran de inmediato, medio dormidos y bostezantes.

—¡Dios mío, los Sargazos!

Por todas partes, excepto en el estrecho canal por el que la balsa se deslizaba, la superficie del mar estaba cubierta de unas algas marrones que, en algunos sitios, se espesaban tanto que parecían formar pequeñas islas sólidas bajo la atónita mirada del oficial. A menos de una milla de la balsa se erguía el desmantelado casco de un gran buque de madera de formas arqueadas, con la típica popa elevada y baja cubierta central de los antiguos navíos españoles de tiempos lejanos. Una especie de percebes enormes, o eso le pareció al oficial, cubrían el casco de grotescas protuberancias, mientras que las algas colgaban en lujuriantes festones desde las amuradas y manaban desafiantes del enorme farol que se mecía a popa.

En todas direcciones, hasta donde llegaba la vista, podían verse lúgubres pecios de similar naturaleza, desde galeones de cientos de años de antigüedad a pequeños bergantines, algunos de los cuales seguían totalmente aparejados, y modernos buques de vapor; embarcaciones que salpicaban el paisaje marino, varadas para toda la eternidad bajo el abrazo de las algas del Golfo.

Había algo abominable y espantoso en aquella excrecencia densa y marrón que se ondulaba casi imperceptiblemente con un movimiento suave y constante, y el oficial, con un gesto de repugnancia, arrió la tosca vela que estaba empujando a la balsa al interior de aquel desolado mar de algas. El resto de los náufragos escrutó el horizonte con ojos cansados.

—¡Esto es obra del Diablo! —exclamó Tasker, y enseguida se puso a toser violentamente, ahogando cualquier otro comentario.

El muchacho se levantó muy serio y abrió el arcón, que estaba repleto de provisiones: carne enlatada, agua, galletas de barco… De forma mecánica y en el más absoluto silencio llenó de agua cuatro tacitas de estaño, abrió una lata de carne de vaca y cortó varias rebanadas con su navaja. Tasker y el cocinero lo miraron con escaso interés. La desidia parecía haberse adueñado de la balsa, y sus ocupantes se mantenían tan alejados unos de otros como lo permitía el reducido espacio. Bronson fue el primero en sacudirse la extraña apatía. Tomó su ración, se retiró a uno de los extremos de la balsa y empezó a dar cuenta de la comida con el entusiasmo y la avidez de una bestia salvaje.

Desayunaron en silencio. Al rato, el carpintero dejó caer su plato con un ruido metálico y empezó a fabricarse un refugio con la vela arriada para protegerse de los rayos de sol, que ahora eran desagradablemente cálidos. Tosía con violencia cada poco tiempo.

—¿Sabe dónde nos encontramos? —le preguntó al oficial, que también se había resguardado bajo la vela.

—Sí —fue su contestación—. Creo que estamos en el último lugar del mundo al que jamás hubiera creído llegar. Esto es el Mar de los Sargazos —con un movimiento vago abarcó todo lo que les rodeaba—, y la tormenta de la semana pasada nos ha desviado casi quinientas millas de nuestro rumbo. Tenemos que ponernos a trabajar duro para arrastrar la balsa de vuelta. Y cuanto antes salgamos de este estercolero mucho mejor para todos. En cuanto a las posibilidades que tenemos de sobrevivir después… —encogió los hombros y se sentó pensativo, con la mirada fija en la estrecha franja de agua clara en la que la balsa permanecía inmóvil.

Con una pértiga y un anclote los cuatro supervivientes trabajaron hasta el atardecer, haciendo grandes esfuerzos por salir a mar abierto.

La tarea de abrirse camino por el estrecho canal resultaba interminable y, en apariencia, poco fructífera, ya que apenas se notaba progreso alguno. El plan del oficial, en realidad el único plan posible en aquel estrecho, consistía en lanzar el anclote lo más lejos posible y engancharlo entre los sargazos. Acto seguido, todos jalaban del cabo, y de esta manera la poco manejable embarcación avanzaba lentamente entre las algas hacia aguas despejadas. No tenían ningún remo, ya que se habían perdido con todos los botes durante la tempestad.

Casi al anochecer la desgracia cayó sobre ellos con espantosa celeridad. El anclote se partió cuando la balsa aún se encontraba a varios cientos de metros del mar abierto. Quizás el verdadero significado de aquel desastre sacudió al oficial con mayor fuerza. El carpintero se dio cuenta en menor medida de la calamidad que les rondaba, pero ni Bronson ni el muchacho parecían demasiado afectados por lo que había sucedido. ¡La balsa estaba repleta de abundantes provisiones y agua!

Completamente exhaustos, los cuatro hombres se tumbaron a dormir al abrigo de un cielo repleto de estrellas. Pero un súbito movimiento de la balsa despertó al oficial, cuyo sueño se había visto alterado por los terribles esfuerzos de la jornada. Se

despabiló por completo al instante, apoyándose en uno de sus hombros para observar las tinieblas azuladas. Lo que vio hizo que la sangre se le congelara en las venas y el cerebro se le nublara.

Por uno de sus extremos la balsa se había quedado varada en las algas. En el otro, una cosa parecida a un gigantesco tentáculo, repleto de una especie de excrecencias anilladas y cuyo grosor iba disminuyendo desde el diámetro de la pierna de un hombre hasta el de un simple dedo, se erguía por encima de las oscuras profundidades oceánicas y rastreaba la balsa en busca de algo con una determinación ciega aunque diabólica.

Aterrorizado por un miedo indecible, el oficial cerró los ojos y retrocedió, y, justo en ese momento, un estridente grito de agonía hendió la noche. Como aplastada por una mano gigantesca, uno de los extremos de la balsa se hundió casi hasta el nivel del agua; el oficial abrió los ojos y pudo ver apenas el destello de algo que era arrastrado hacia el mar mientras emitía un grito entrecortado y burbujeante… Y luego, el silencio volvió a reinar sobre todas las cosas.

Tasker, aterrorizado, avanzó de rodillas hasta donde estaba el oficial, gritando incoherencias.

—¡Cristo! ¿Qué era eso? —jadeó, mientras intentaba sin éxito reprimir un ataque de tos.

—¡No lo sé, no lo sé! Quédate quieto… Puede que vuelva —exclamó el oficial con un ronco susurro.

Arrastrándose en silencio, Bronson se acercó a sus compañeros y, al poco rato, a juzgar por sus ronquidos, volvió a quedarse dormido. Sus dos compañeros, atemorizados por el suceso, permanecieron alertas al otro extremo de la balsa, esperando que el espantoso apéndice volviera a aparecer en cualquier momento; al rato, después de una eternidad al acecho, el sol se elevó sobre el horizonte.

Fue la señal para el inicio de un nuevo día de trabajo sin esperanzas. Tras la pérdida del anclote, ya sólo les quedaba la pértiga, lo cual hizo que sus esfuerzos resultaran mil veces más duros que los del día anterior, y los progresos conseguidos a base de empujar la pértiga sobre las algas eran descorazonadores. Y sin embargo, cuando el oficial encendió una antorcha al anochecer para ver la distancia que les separaba de mar abierto, descubrió que algo sí habían avanzado.

Los tres hombres se refrescaron por turnos, sin apenas dirigirse la palabra. Bronson parecía estar en otro mundo, como cuando desapareció el muchacho, y mostraba una apática indiferencia, realizando su parte del trabajo con la indiscutible sumisión de un caballo. Apenas sabía algo de inglés, hecho que tampoco importaba mucho ni a él ni a sus compañeros.

Y de esta manera siguieron trabajando, protegiéndose de vez en cuando del ardiente sol bajo el toldo… Y de nuevo la noche cayó sobre la balsa, y para dos de sus ocupantes los moribundos rayos traían promesas de un horror indecible.

El oficial se tendió a descansar con una pequeña hacha cerca de su mano,

mientras que Tasker, consumido por la tos y el trabajo, se dejó vencer por la diosa del sueño con una navaja abierta entre los dedos. Mucho antes de que ambos cerraran los ojos, los sordos ronquidos del «Holandés» retumbaban en el pestilente aire nocturno.

El oficial se había quedado medio dormido cuando un suave roce hizo que sus dedos se cerraran ferozmente sobre el mango su arma.

—¡Mire! —le siseó Tasker al oído completamente despierto, y el oficial siguió la dirección que marcaba su dedo extendido y tembloroso, reprimiendo a duras penas un grito.

Con un movimiento que recordaba vagamente al vuelo de una mariposa nocturna, el oficial contempló un terrible tentáculo, flexible y del aspecto del cuero pulido, que asomaba de entre las tinieblas que rodeaban la balsa y ondulaba velozmente de un lado a otro sobre los troncos de la embarcación, en el extremo opuesto a donde se encontraban él y el carpintero. Acto seguido, mientras Tasker se agazapaba a su lado, chorreando sudor por la frente, intentando reprimir sin éxito un incontenible ataque de tos, el apéndice se posó en el tobillo del adormecido Bronson. Inmediatamente se enroscó alrededor de su pantorrilla mientras el cocinero se despertaba con un chillido ronco y bestial, y, aún agarrotado, se daba media vuelta, poniéndose de cara a los troncos, e intentaba por todos los medios sujetarse con los dedos a los intersticios de la cubierta.

Ante aquella visión algo restalló en el cerebro del oficial. Con un aullido salvaje se quitó de encima a su paralizado compañero y lleno de rabia asesina se lanzó sobre la Cosa, esgrimiendo el hacha. Pero entonces, como si fuera un simple muñeco, Bronson fue alzado en el aire por encima de la balsa, indefenso y paralizado, con el tobillo izquierdo y el muslo derecho atrapados en el terrible abrazo de la diabólica criatura marina.

El oficial lanzó un terrible tajo a los bestiales tentáculos al mismo tiempo que agarraba al desgraciado del cuello de la desabrochada camisa. Al instante el agua bullía de espuma ante el aleteo de media docena más de aquellos terribles apéndices que habían surgido a toda velocidad de las profundidades, moviéndose ávidamente con silenciosa ferocidad sobre el cuerpo del hombre condenado, arrebatándole de la mano del oficial con una fuerza irresistible. Uno de los tentáculos se deslizó alrededor de la pierna del oficial. Le lanzó un tajo frenético y se quedó mirando estúpidamente durante un rato el trozo recubierto de esa especie de cuero pulido que había quedado a sus pies. Luego, mientras el cuerpo del cocinero desaparecía en el mar con un último burbujeo, se dejó caer hacia delante totalmente desfallecido.

El sol estaba alto en el horizonte cuando volvió a abrir los ojos. Enseguida descubrió que su compañero de desgracias saltaba de un lado a otro como enloquecido, haciendo señas con la camisa que se había quitado a algo que asomaba en la lejanía.

No había ningún rastro del espantoso pulpo, excepto por el hecho de que los troncos del extremo de la balsa estaban cubiertos de un limo pegajoso. Al oficial le

dolía la cabeza enormemente y, al llevarse la mano a la frente, descubrió una terrible magulladura, lo cual le hizo recordar al instante los acontecimientos que habían tenido lugar la pasada noche.

—¡Un barco! —gritó Tasker alborozado—. Está virando… Creo que nos han visto —y siguió agitando la camisa como un loco.

Tremendamente dolorido, el oficial consiguió ponerse en pie y pudo ver, a unas dos millas de distancia, una pequeña embarcación que apenas se movía.

Con gran ansiedad, ambos observaron cómo el pequeño navío iba haciéndose cada vez más grande, mientras el sol abrasador alcanzaba su cenit y luego empezaba a descender en el horizonte. A ratos el barco parecía completamente inmóvil. En otros momentos, los náufragos creían ver que viraba en redondo y los dejaba abandonados a su suerte. Las desesperadas señas que les hacían no parecían surtir ningún efecto sobre los hombres que se deslizaban hacia el mundo de algas en el que estaban apresados.

Y así transcurrió la tarde, y la noche estaba cayendo rápidamente sobre la escena cuando un bote fue arriado desde la pequeña embarcación, cuyas velas gualdrapeaban perezosamente en la inconstante brisa que apenas perturbaba la horrible calma. El bote de salvamento se topó con las primeras algas a casi media milla de donde se encontraba la balsa.

Los dos hombres, que habían estado vigilando todos sus movimientos con frenética atención, se dieron cuenta de que el bote se había parado y empezaron a agitar los brazos desesperadamente en su dirección.

Los cuatro marineros volvieron a inclinarse sobre los remos y avanzaron rápidamente sobre el agua hacia la entrada del angosto canal. De nuevo hicieron un alto, inseguros, y un momento después, los dos náufragos ya no pudieron distinguir lo que estaba sucediendo a causa de la creciente oscuridad. De repente sonó una voz fuerte y profunda:

—¡Tranquilos, compañeros! ¡Os recogeremos al amanecer!

El carpintero y el oficial estallaron en una salva de gritos incoherentes y desesperados, pero cuando, exhaustos y abatidos, volvieron a quedar en silencio, el sordo crujido de los remos sobre los escálamos les hizo darse cuenta de que el bote iba de regreso hacia el barco. Mientras miraban las tinieblas una luz fue encendida en la lejana embarcación, y aquel estable resplandor pesaba como una losa en el corazón de los hombres que permanecían en la balsa.

El oficial fue el primero en entrar en acción. Levantó la tapa del arcón y empezó a sacar las provisiones y los barriletes de agua, arrojándolo todo sobre los bastos troncos. El carpintero le observaba con una mirada seria y curiosa.

Mentalmente, los dos hombres cuantificaron la capacidad del arcón. Luego sus ojos se encontraron.

—Sólo hay espacio para uno —apuntó el oficial en voz baja—. Y la bestia marina se queda con el otro.

El carpintero asintió y se puso a toser.

A lo lejos, más allá de aquel yermo impenetrable, una luz brillante hizo un guiño de esperanza… ¡para un solo hombre!

CUENTOS DEL CAPITÁN JAT



Ilustración de Gunther T. Schulz

LA ISLA DEL UD

Pibby Tawles, muchacho de cabina y marinero de cubierta, estaba a sotavento hacia la mitad de la toldilla, y miraba en silencio la isla, una isla increíblemente solitaria que se dibujaba casi translúcida bajo la luz de la aurora; se trataba de un lugar lleno de soledad y misterio, con extraños pájaros marinos que revoloteaban y graznaban a su alrededor, haciendo que el silencio fuera aún más grande.

Hacia barlovento, el capitán Jat, su patrón, permanecía en pie muy rígido bajo la luz creciente, con sus buenos dos metros de correosa consistencia concentrados en observar la negra sombra que se dibujaba sobre el mar por la proa.

Transcurrieron diez minutos con suma lentitud, y la aurora parecía soñar, y lo único que tenía algo de real era el melancólico graznido de las aves marinas. El pequeño velero de tres palos avanzaba con lentitud, tomando los suaves vientos del amanecer, mientras la luz fue haciéndose cada vez más clara y poderosa, de manera que la isla se oscureció un rato por el contraste y luego sus colores se fueron haciendo más reales. Y durante todo el tiempo, sobre el cielo, las aves marinas trazaban círculos en silencio, recortándose contra la luz dorada que iba llenando la parte baja del horizonte.

En ese momento se escuchó la voz ronca del vigía, que debía de haberse despertado súbitamente:

—¡Tierra por la amura de barlovento, señor!

Pero la figura delgada y ceñuda que se erguía por el lado del viento no se dignó a responder y tan sólo emitió un gruñido de desdén.

Y durante todo ese tiempo, Pibby Tawles, el chico de cabina, miraba a la isla, apabullado con extrañas imágenes de tesoros, monstruos, mujeres adorables, peligros inconcebibles y terrores que su imaginación desbocada era incapaz de retener. Había escuchado algunas historias extraordinarias de boca del capitán Jat cuando estaba borracho, ya que con frecuencia le hacía sentar a la mesa con él mientras vaciaba su taza de licor una y otra vez.

Y entonces, cuando el capitán Jat tenía su buena ración de licor encima y la taza de estaño estaba vacía, solía empezar a hablar; pasaba de una historia a otra sin orden ni concierto; y al final, como no podía ser de otra forma, las mezclaba todas en un popurrí indescifrable. Y mientras hablaba, aquel hombre larguirucho y magro solía erguir la cabeza y mirar a su espalda con suspicacia un minuto sí y otro también, y, quizás, mandar al chico arriba, a la pequeña toldilla, para que viese lo que estaba haciendo el oficial de guardia, y luego al camarote del otro oficial y así estar completamente seguro de que ninguno de sus oficiales estaban espiando lo que decía.

—¡Nunca se lo menciones a los oficiales, chico! —le decía a Pibby Tawles—. ¡O como hay Dios que te daré una buena tunda! Ellos sólo buscan sacar tajada.

Y éste era, en esencia, el trasfondo de sus chácharas: tesoros, tesoros y más tesoros. Y para ser un poco más precisos, tesoros y mujeres.

—Ni una palabra, chico. Confío en ti, ¡pero en nadie más a bordo de este cascarón!

Y ciertamente, el capitán Jat parecía confiar en el muchacho; cuando le daba a la botella, solía contarle todo lo que le venía a su beoda cabeza, y el chico siempre le atendía con gran interés, haciéndole preguntas de vez en cuando para conseguir que siguiese dándole a la lengua. Y al muchacho le venía estupendamente, ya que, aunque nunca sabía cuánto había de verdad en lo que contaba el capitán, le complacía mucho estar tranquilamente sentado en el camarote bebiendo su ración diaria de ponche, en lugar de tener que ir a la cubierta a realizar su trabajo habitual.

También es cierto que al capitán realmente le gustaba el chico, a su peculiar manera, y que confiaba en él; sin embargo, tampoco había tenido ningún reparo al mostrarle, con toda tranquilidad y sin ningún tipo de remordimientos, el cuchillo con el que podría cortarle la garganta si se le escapaba cualquier cosa de lo que le contaba el patrón durante sus ratos de borrachera.

La forma en la que el capitán Jat trataba al muchacho resultaba peculiar en muchos sentidos. Le había procurado una pequeña cabina, en la parte de atrás de su propio camarote, en la que podía verle dormir en su camastro si estaba la puerta abierta. Cuando se le acababa el alcohol, solía arrojar su taza de estaño a la cabeza del chico mientras éste dormía, y gritar para que fuera a buscarle otra botella; pero esto no era mayor problema para el muchacho, ya que se había agenciado la cabeza de madera de un maniquí y la ponía a un costado de su camastro, de manera que fuese bien visible a través de la puerta abierta, mientras que él dormía del otro lado.

Y así, con lo poco que os he contado, podéis haceros una idea de cómo transcurría la vida en el camarote de popa del pequeño velero de tres palos *Gallant*, cuyas cubiertas, palos y velas pertenecían por entero al capitán Jat, y también podéis adivinar ahora que a bordo del buque corrían ciertos rumores y sucesos de lo más peculiares.

De vez en cuando, al capitán Jat le daba por practicar el tiro con pistola, y podía pasarse una guardia entera disputando un extraordinario duelo de puntería con Pibby; y ciertamente el chico era un tirador de primera, tanto por su puntería como por el entrenamiento que le proporcionaban estos duelos. Al final, el muchacho llegó a ser mejor que el mismo capitán Jat, que ya era un magnífico tirador, aunque un poco irregular. Y sin embargo, aunque Pibby, pasado el tiempo, casi siempre le ganaba, este hombre singular no parecía darle importancia, y proseguía con sus duelos sin inmutarse, como si su verdadera intención fuera conseguir que el chico llegara a ser un experto en el manejo de la pistola; y para ser sincero, no tengo muchas dudas de que éste fuera su principal deseo.

Ahora, aunque Pibby Tawles estaba tremendamente confundido y no sabía exactamente qué extraño misterio rodeaba a la isla, sabía con plena convicción que no era la casualidad lo que les había traído hasta ella; ya que todas las charlas que había mantenido con el capitán Jat en sus momentos de borrachera le habían

demostrado que la *verdadera* causa de aquel viaje era aproximarse a la isla por algún propósito que el muchacho sólo podía suponer de una manera confusa, debido a la extraña mezcolanza de todo lo que le había contado el capitán Jat; tesoros, mujeres, monstruos, y algo que musitaba continuamente para sus adentros, algo sobre una pequeña sacerdotisa… ¡su pequeña sacerdotisa! Y una vez estalló en un torrente de confusas palabras acerca de los Ud, y empezó a girar los ojos ante la sorprendida mirada del chico de una manera grotesca, y se puso a hacer gestos con su taza de estaño en la mano tan alocadamente que consiguió derramar su contenido sin ningún recato sobre Pibby, la mesa y el suelo.

Sin embargo, mientras pasaban cerca de la isla, el muchacho la había observado con gran atención y había podido darse cuenta de que era muy boscosa y estaba cubierta de árboles por todos sitios, incluso cerca de la costa, y de que disponía de un largo y sombrío arrecife de roca que se asentaba por toda la parte sur de la isla, de manera que un bote podría tomar tierra de una manera segura y cómoda a resguardo del viento. La isla, como ya había notado Pibby, se elevaba hacia el centro en una colina baja cuya cima parecía plana, y sus laderas estaban cubiertas de bosques espesos formados por grandes árboles.

Durante toda la mañana, el *Gallant* se deslizó hacia el sur, hasta que la isla se hundió bajo la línea del horizonte. Luego quitaron todo el trapo y dejaron que el barco fuera a la deriva hasta el atardecer, momento en el que volvieron a izar velas y pusieron rumbo al norte. Por la noche, a las cuatro campanadas, volvieron a avistar la isla; una sombra melancólica que resaltaba sobre la oscuridad al noreste.

Finalmente, el barco atravesó la barra y se dieron órdenes para bajar la chalupa. Cuando estuvo en el agua, el capitán Jat le dio un tirón de orejas a Pibby y le gruñó que bajara al bote. El chico descendió seguido por el capitán Jat, no sin antes haberle ordenado al segundo oficial, que estaba de turno de guardia, que se hiciera de nuevo a la mar y que no regresara hasta la medianoche.

El capitán se hizo cargo del remo de atrás y se puso a bogar de pie, de cara a proa, mientras que Pibby, el muchacho, tomó el de adelante y empezó a remar sentado.

—¡Ten cuidado con ese remo, chico! —exclamó el capitán Jat, tras haber navegado un rato—. Envuélvelo con tu camiseta.

Y así lo tuvo que hacer Pibby, remar desnudo de cintura para arriba para que su camiseta amortiguara el sonido del remo en el tolete. Pero, de cualquier manera, la noche era bastante cálida.

Mientras tanto, el capitán se había quitado su chaqueta y desgarrado una de las mangas, con la cual envolvió su propio remo, haciendo que éste fuera tan silencioso como el del muchacho. Y así se deslizaron, tan silenciosos como la sombra de un bote en la oscuridad; y pronto llegaron al abrigo de la enorme barrera de arrecifes, y un poco después se encontraron en medio del ingrato silencio que reinaba en la costa, bajo los negros árboles que se erguían tan cerca del mar.

Entonces, justo antes de tomar tierra, el capitán Jat le pidió al muchacho que

dejara el remo mientras él escuchaba. Pero no oyeron absolutamente nada, excepto el sordo golpear de las olas contra la expuesta playa que se abría más allá del gran arrecife; era un rumor lejano y solemne que les llegaba muy atenuado debido a la distancia y se mezclaba con los monótonos susurros de los bosques cercanos, cuando la brisa nocturna vagabundeaba entre sus oscuridades.

—Quédate en el bote hasta que regrese, chico —dijo el capitán Jat mientras tomaba tierra. Dio unos cuantos pasos por la playa equipado con una bandolera de la que colgaban un par de pistolas de doble tambor. Entonces se volvió con brusquedad y regresó al bote.

—Ni el más mínimo ruido, chico, o como hay Dios que no vivirás para contarlo —le dijo en voz baja y muy seria—. ¡Ni un ruido, oigas lo que oigas! Quédate bajo las sombras del arrecife. Cuando vuelva me oirás graznar como a un halcón marino al que acaban de pescar. ¡Ten los ojos bien abiertos, chico!

Y con estas palabras, se dio media vuelta y empezó a andar a paso vivo sobre la arena, hasta que desapareció en las tinieblas que se agazapaban bajo los negros árboles.

Pibby Tawles se quedó a proa del bote, mirando cómo se alejaba y escuchando los tenues sonidos de sus pasos mientras desaparecía en las tinieblas boscosas llenas de sonidos extraños y del chasquido de las ramas secas al romperse bajo su peso. Al rato, cuando el capitán se encontraba lejos, el silencio de la isla volvió a caer sobre Pibby, excepto por el suave murmullo de las ramas que se mecían en la brisa marina y el constante, solemne rugido de las aguas al romper sobre la distante playa que se abría en el arco exterior del gran arrecife.

Y de esta manera, allí solo, atento a todo y lleno de miedo y aprensión por las confusas historias que el capitán Jat le había contado sin orden ni concierto en sus momentos de borrachera, no es extraño imaginar que el muchacho, Pibby, comenzara a sentir un terror intenso por el silencio y la soledad de aquel sitio, y se empezara a imaginar unos rostros ovalados y pálidos que le vigilaban entre los negros troncos de los árboles.

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y acarició una pequeña pistola de doble tambor que guardaba en un fondillo que él mismo había cosido con bramante y aguja. El tacto de la pequeña arma le dio cierta seguridad, y de repente recordó que el capitán Jat le había dicho que mantuviera el bote a la sombra del arrecife. Saltó por la proa, sujetando la pistola con su mano derecha, y se dio cuenta consternado de que el bote se hallaba sobre un banco de arena. Arrimó su hombro desnudo a la amura y se puso a empujar locamente, sudando por todos los poros de la piel, ya que sentía que el capitán Jat bien podría cortarle el cuello si a su regreso se encontraba el bote varado en tierra. Volvió a intentarlo una vez más, con determinación, protegiéndose al mismo tiempo con la pistola, y al final, tras un esfuerzo prodigioso, consiguió poner la chalupa de nuevo a flote.

Saltó al interior por encima de la proa, corrió a la parte de atrás del bote y puso la

pistola en el banco de popa; acto seguido, y ayudándose de los remos, consiguió colocar la embarcación a la sombra de los arrecifes que se erguían al lado en un caos de rocas superpuestas en cuya base se aglutinaban multitud de algas. Introdujo el garfio del bote en una masa de sargazos y éste quedó varado temporalmente.

Luego, con un escalofrío repentino, se acordó de su camiseta y, tras desenredarla, se cubrió la húmeda espalda.

Pibby Tawles llevaba sentado en el bote cerca de media hora, cuando escuchó un sonido que le hizo inclinarse hacia delante sobre el banco y prestar atención. Algo se movía entre las enormes rocas y peñascos que se levantaban en donde el arrecife se unía a la playa; era un ruido de lo más extraño, como si algo culebreara o estuviera avanzando a rastras. Un deslizar y, acto seguido, una especie de succión y luego un fuerte chapoteo, como si una cosa enorme que se deslizara sobre las rocas hubiera resbalado y caído en uno de los charcos dejados por la marea baja.

Se produjo un breve intervalo de silencio y, acto seguido, volvió a reproducirse aquel sonido resbaloso seguido por el audible culebrear de algo sobre las rocas. Aquellos ruidos aterrorizaron al muchacho, de manera que, con gran sigilo, liberó el gancho del bote de la masa de algas y empezó a alejarse muy nervioso de la base del arrecife, aún teniendo gran cuidado de seguir bajo la sombra de las rocas.

Cuando se hubo distanciado más de treinta metros, volvió a parar el bote y se quedó a la escucha. Aún podía oír aquellos sonidos extraños que, de cuando en cuando, cesaban de manera ominosa, quedando envuelto todo por un profundo silencio; y al rato, otra vez, volvían a reproducirse los culebreos y chasquidos. De pronto, escuchó un fuerte golpetazo, como si algo hubiera empujado uno de los peñascos, haciéndolo rodar desde el arrecife a la playa. Debía tratarse de una roca enorme, ya que Pibby podía verla vagamente entre la oscuridad en el sitio donde había quedado depositada sobre la arena blanda. Se acordó vivamente y lleno de horror de las embarulladas historias acerca de criaturas espeluznantes que el capitán Jat le había contado, y de nuevo empezó a alejar más el bote.

Mientras liberaba el gancho del bote de la masa de sargazos, le llegó una tremenda algarabía de ruidos que provenían de los peñascos cercanos a la orilla, y algo se movió en silencio sobre la blanca arena de la distante playa. Atravesó la oscuridad entre los guijarros y el joven pudo escuchar el chirriar que producían los cantos rodados al rozar entre ellos, como si una criatura enorme se deslizara por encima. La pistola parecía un simple juguete en su mano, de manera que se tumbó a lo largo en el fondo del bote.

Transcurrió un largo periodo de tiempo, durante el cual siguió escuchando a la cosa mientras se deslizaba sobre la playa. Se quedó muy quieto, y al rato tan sólo pudo percibir el silencio y la profunda quietud de la isla y del mar que le rodeaba, acompañado del lejano murmullo de las olas que rompían en la desprotegida costa que se abría más allá del arrecife, y de los tenues y extraños susurros de los árboles que llegaban hasta él después de atravesar la serena franja de agua que separaba el

bote de la arena.

Se sentó con suma cautela y se dio cuenta de que el bote se mecía suavemente al compás de pequeñas olas que subían y bajaban en la base del arrecife. Volvió a coger el gancho y aseguró el bote, y en todo momento sus ojos vigilaban la imprecisa orilla; pero no vio ni escuchó nada y poco a poco empezó a relajarse.

Pasó bastante rato allí sentado, pistola en mano, escuchando y observando. Todo estaba tranquilo y pronto empezó a dar cabezadas, adormilándose y despertándose a intervalos, de manera que no estaba seguro de si dormía o estaba despierto. Y entonces, bruscamente, se despejó de golpe, ya que un sonido había roto la profunda quietud que le rodeaba. Se incorporó de nuevo, cogió la pistola y se puso a mirar muy nervioso; mientras hacía todo esto, el sonido volvió a reproducirse, y era como una especie de lamento distante, claramente inhumano, que venía de los bosques tenebrosos que se erguían al norte de donde él se encontraba. Se puso en pie sobre el fondo del bote, y entonces, inesperadamente, escuchó un pistoletazo lejano que llegaba desde gran distancia, y de nuevo aquel extraño lamento, aunque esta vez mezclado con un insólito alarido. Hubo otra detonación, seguida de un único grito lejano que llegó hasta él muy atenuado en medio del aire nocturno; y luego, durante casi una hora, reinó el silencio más absoluto.

De repente, a bastante distancia entre los árboles, Pibby contempló el débil resplandor de una lámpara que se movía de un lado a otro e iba creciendo en intensidad según pasaban los minutos. Pronto descubrió que eran cuatro los focos de luz, y luego seis, y que todos se movían y bailoteaban de extraña manera; pero no pudo escuchar ningún sonido, al menos durante un tiempo.

Acto seguido oyó el chasquido de una rama seca que parecía venir de muy lejos, en el interior del bosque, y su eco reverberó de manera siniestra en la quietud de la noche. Y luego, de una forma muy abrupta y terrorífica, volvió a reproducirse aquel aullido inhumano mezclado con un grito salvaje que llegaba de tan sólo unos pocos pasos por el interior del bosque. Para el muchacho, aquel sonido parecía producido por una criatura mitad mujer y mitad otra cosa, que aullaba y chillaba entre los árboles; y un terror visceral se apoderó de él.

Las seis luces danzaban, se entremezclaban y volvían a separarse, y todo el tiempo los abominables gritos y lamentos siguieron resonando en los bosques tenebrosos. Y entonces la pistola de doble tambor del capitán Jat retumbó aguda, súbitamente: ¡bang, bang! Y casi enseguida, llegó hasta él la voz del capitán Jat que le gritaba a cierta distancia que trajera el bote, que trajera el bote rápidamente.

El joven liberó el gancho y empezó a enfilar la chalupa hacia la costa, y mientras lo hacía pudo escuchar las sonoras pisadas del capitán Jat abriéndose paso entre los arbustos y ramas caídas; pronto se percató de que el capitán había empezado a correr sin disimulos hacia el bote.

Mientras Pibby empujaba la chalupa en dirección a la orilla, se dio cuenta de un par de cosas: Que alguien seguía al capitán, y que las luces y los extraños aullidos

tenían mucho que ver con ese alguien o algo que le seguía. Pronto escuchó el roce de la quilla del bote sobre tierra, y Pibby cogió la pistola, corrió a proa y tomó posiciones en el bancal delantero.

Las extrañas luces fueron acercándose, moviéndose con rapidez entre los árboles; y de repente el chico vio algo que era sencillamente monstruoso. Desde donde se encontraba tenía una buena vista de los oscuros árboles, que las luces hacían visibles, y descubrió la figura de un hombre, negra e inmensamente alta, que se recortaba contra las luces, y que corría y se bamboleaba en pos de la playa. Sin duda se trataba del capitán Jat. Las luces que bailoteaban más allá entraron en su campo de visión, danzando y brillando en el bosque, y súbitamente el muchacho pudo distinguir con claridad las cosas que las llevaban. En realidad las lámparas eran grandes antorchas portadas por varias mujeres de aspecto salvaje, medio desnudas y cubiertas de una espesa melena que caía por todo su cuerpo.

Pero lo realmente monstruoso y terrorífico, lo que atrapó la atención del chico, era algo que vio mientras las mujeres se aproximaban corriendo. Sus rostros eran tan aplanados que apenas tenían relieve. Al principio pensó que llevaban alguna especie de máscara, pero mientras se iban acercando, una de ellas, la más próxima, abrió la boca y se puso a aullar de la misma manera que Pibby ya había escuchado aquella noche. Mientras lo hacía, alzó ambas manos por encima de la cabeza, tanto la que sujetaba la antorcha como la otra. Pero no tenía manos, sus brazos terminaban en unas zarpas enormes, como las pinzas de un gigantesco cangrejo. Las demás mujeres se pusieron también a aullar y a mover de un lado a otro las antorchas y brazos mientras corrían, y Pibby observó que algunas de ellas eran iguales a la mujer que estaba más cerca. Se quedó allí mirando, con la asombrada aceptación de los jóvenes hacia las cosas horribles y monstruosas.

El capitán Jat salió a trompicones del bosque. Se tropezó con algo y cayó de bruces al suelo mientras aquellas cosas extraordinarias y bestiales se acercaban a su espalda. Pibby se percató de repente de que tres de las hembras portaban cuchillos, unos cuchillos enormes, y la visión de aquellas armas le hizo sentir un poco mejor; se trataba de algo más humano. En ese mismo momento apretó el gatillo derecho y luego el izquierdo, y a cada disparo una mujer cayó al suelo, gritando, mientras sus antorchas volaban hacia la arena lanzando chispas al aire. El capitán Jat se incorporó tambaleante y llegó corriendo hasta el bote. Se arrimó al exterior de la proa y empujó con todas sus fuerzas.

—¡Adelante, chico! —jadeó—. ¡Adelante!

Y mientras hablaba, el bote se liberó de la arena gracias al empujón que le había dado al embarcar. Se puso en pie, vacilante, tomó el remo y empezó a bogar con fuerza, de manera que el agua parecía bullir hacia popa. Un momento después ambos habían conseguido colocar los remos en sus respectivos escálamos, y bogaban locamente hacia la oscuridad mar adentro; de manera que, en pocos minutos, se hallaban a una buena distancia de la costa, y el sosiego y la tranquilidad de las aguas

les rodeaba por todas partes.

Pero allá lejos, en la playa, a la orilla del mar, aún brincaban aquellos rostros monstruosos de unas monstruosas hembras que seguían aullándoles por encima del agua, y en verdad era algo terrorífico de escuchar. Agitaban sus grandes antorchas y se sacudían locamente, produciendo un rojo resplandor sobre las olas; y no paraban de brincar, haciendo que sus negras melenas danzaran de un lado a otro, y aullaban siempre.

—¡Rema, chico! —exclamó el capitán Jat aún sin aliento—. ¡Rema!

Pero, en realidad, el muchacho tiraba del remo con la suficiente fuerza como para romperse el espinazo. Transcurrió un intervalo de tiempo en el que sólo se oían los jadeos de ambos, y pronto se hallaron en mar abierto, donde el oleaje era mayor y se movía libremente en la oscuridad, y el arrecife hacía de pantalla entre ellos y la costa. Pero aún podían contemplar la loca danza de las antorchas en la orilla del mar.

Un poco después, el capitán Jat aflojó la marcha y dejaron el bote al pairo, tras lo cual se inclinó sobre su remo, y también el muchacho, ya que apenas podía respirar. Las luces habían desaparecido de la playa y no se escuchaba ningún sonido, excepto el cavernoso murmullo de las olas al romper sobre las playas más desprotegidas de la isla, por su parte oriental.

Y sin embargo, de la boca del capitán no salió ni una sola palabra de agradecimiento por haberle salvado con su pistola, simplemente puso el remo sobre la chalupa, se encendió una pipa y le ofreció de su saquito de tabaco al chico. Ésa era su forma de ser.

—Chico —profirió, después de dar unas caladas—, me pregunto si sabían que las estaba silbando a ellas.

—¿Quién, señor? —preguntó Pibby.

Pero el capitán no le respondió al instante. Después de seguir fumando durante un buen rato, dijo de repente:

—A ellas, a las mujeres Ud, chico… las mujeres demonio… las sacerdotisas de Ud, que lanzan maldades por la boca. Hace cuatro años vine aquí en busca de agua, y entonces descubrí algo acerca de ellas y de la pesca de perlas, y de su culto maligno y de cómo se han ocultado del resto del mundo. En una ocasión me encontré a solas con una de las sacerdotisas, una mujer menuda y bonita, ¡no como las *otras*! —estiró el pulgar en dirección a la costa—. Me pasé una semana aquí, y podría no haberme dado cuenta de que la isla estaba habitada, tan bien se ocultan ellas, chico; pero me encontré a la pequeña sacerdotisa cerca del manantial. Conocía un poco su jerga y empezamos a hablar. La vi durante toda la semana, por las noches y en secreto. Yo le gustaba y ella me gustaba a mí. La llevé una vez a bordo y ella me contó un montón de cosas. Cuando la volví a desembarcar, hice que el primer oficial, Jeremiah Stimple, ése era su nombre, se viniera conmigo, y ambos nos pusimos a buscar las perlas de las que tanto me había hablado; pero ella nunca fue demasiado explícita acerca de Ud y de las mujeres Ud. Nunca decía demasiado de ellas. Y por eso nos

encontramos en grave peligro. Casi habíamos llegado a la cima de la colina y entonces llegaron algunas de esas mujeres demonio. Yo acabé con heridas por todo el cuerpo y supongo que sacrificaron al primer oficial. Jamás volví a verle.

»Debía de haber cientos de mujeres demonio entre los bosques. Pero siempre he querido volver, chico. He visto las perlas esta misma noche. Se hallan en el fondo del cráter que se abre en lo alto de esa colina, justo en mitad de la isla, encordadas alrededor de un poste enorme y lleno de grabados; y yo voy a cogerlas, chico. Seguro que has visto las perlas con las que estaba engalanada esa vieja bruja. No debes tener miedo de sus garras, chico. Simplemente se trata de conchas vacías, o algo así. La pequeña sacerdotisa dijo que algunas de ellas sí que eran de *verdad*, que habían crecido de esa manera; pero yo no puedo creérmelo. Aunque nunca se sabe lo que uno puede encontrar en un sitio así. Tampoco sé qué aspecto tiene su diablo favorito…

—Señor, yo vi algo, justo después de que usted se fuera —le interrumpió Pibby —. Era una cosa horrible…

—Esta noche he visto a la pequeña sacerdotisa en el fondo del cráter —siguió el capitán, sin prestarle la más mínima atención a lo que le decía el chico—. Yo me encontraba arriba; no hay más que unos treinta y cinco metros de altura. Me puse a silbarla quedamente. Ella me vio y estuvo a punto de desmayarse, chico, o al menos así parecía por su semblante, y enseguida me hizo señas para que me marchara. Por el aspecto de las cosas de allí abajo, se estaban preparando para uno de sus demoníacos ceremoniales. Portaban enormes antorchas… ya pudiste verlas antes —el capitán Jat meneó la cabeza en dirección a la isla.

Pibby miró a su espalda a través de la oscuridad, divisando con claridad una especie de resplandor que se elevaba sobre la isla en medio de la noche.

—Estoy seguro de que la ceremonia será muy pronto, chico, cuando se oculte la luna, y que vendrán los caudillos de todas las islas que hay alrededor en un radio de miles de kilómetros, y un buen puñado de blancos podridos, supongo, y que habrá un montón de ritos malignos. Espero que esas sacerdotisas diabólicas no hayan visto a la mujer menuda mientras me hacía señas; si no, se encontrará en un buen aprieto. Me descubrieron y se abalanzaron sobre mí justo después de que ella me urgiera a irme, y a punto estuvieron de pillarme antes de darme la vuelta y escapar. Llevaban cuchillos de carnicero, algunos tan largos como tu pierna, chico, y uno estuvo a punto de rebanarme bien.

Se abrió el gabán de marino y el muchacho pudo entrever en la oscuridad que su camisa tenía un manchón negro y húmedo.

—Yo liquidé a cuatro de esas bestias —prosiguió el capitán Jat—, y tú a dos más. Las seis se fueron al infierno, que es de donde proceden…

Se calló y empezó a chupar la pipa durante un rato, meditabundo, mientras seguía inclinado sobre el remo atravesado en las regalas de la embarcación. Pibby jamás le había oído hablar tanto estando sobrio.

—El nombre que los nativos le dan a la isla significa «Isla del Diablo», chico —volvió a hablar el capitán Jat—. Se lo oí decir hace muchos años a más de uno; pero ninguno me habló mucho de ella, ni nadie me advirtió que era un lugar condenadamente malsano para un hombre blanco… y también para los nativos, ¡qué diablos!, excepto quizás, cuando se celebra una de esas grandes, secretas y malignas fiestas de Ud…

Volvió a callar durante un rato mientras guardaba la pipa en el bolsillo.

—Vamos, chico, rema, y rómpete la maldita espalda si es necesario. ¡Allí está el barco! —exclamó.

Diez minutos después ambos estaban sanos y salvos a bordo.

Durante todo el día siguiente, el capitán Jat mantuvo la nave al sur de la isla, pero envió a Pibby arriba de tiempo en tiempo con su telescopio personal; y cuando por fin el muchacho bajó al atardecer para informarle de que había un gran número de pequeñas embarcaciones a la vista por norte, el capitán asintió con la cabeza, como si aquello fuera lo que él había estado esperando.

—Embarcaciones nativas, chico —apuntó—. Mantén la boca cerrada y no le digas nada a nadie. Celebrarán la ceremonia esta noche y tendrán todas sus perlas allí engarzadas, y nosotros estaremos allí. Limpia bien esas pistolas de doble tambor y cárgalas a tope y con prudencia, como yo te he enseñado. ¡Vamos, muévete!

Aquella noche, con todas las luces apagadas, el velero seguía anclado al norte de la isla mientras el capitán Jat y el muchacho bajaban a la chalupa para dirigirse a tierra. El capitán Jat llevaba cuatro pistolas enormes en el cinturón, y se había pasado las guardias de cuartillo montando una vieja escopeta para cazar patos en el pivote giratorio que había a proa del bote. Pibby también llevaba dos grandes y pesadas pistolas remetidas en el cinturón, por no mencionar la otra más pequeña, su arma personal, que descansaba cómodamente en el bolsillo secreto de su pantalón. Ambos estaban muy bien armados. Además, esta vez habían envuelto los remos convenientemente para que no hicieran ruido.

Por otra parte, el capitán Jat se había tomado muchas molestias para llevar en el bote una cadena de considerable longitud con un candado en cada extremo.

El capitán Jat dirigió el bote hacia el norte de la isla y, después de remar con suma cautela durante una hora, le ordenó al muchacho que aflojara un poco, se recostara en el remo y mantuviera los ojos bien abiertos. Por su parte, el capitán se tumbó boca abajo sobre el banco y empezó a inspeccionar la serena superficie del mar con sus prismáticos nocturnos. De repente se estiró y le dio a Pibby un pequeño golpecito con los prismáticos.

—¡Échate al fondo, chico, o te descubrirán! —musitó, y Pibby se tiró debajo del remo y atisbo cuidadosamente y sin respirar hacia la oscuridad que se espesaba por el norte.

Ahora que tenía los ojos muy cerca de la superficie del mar, pudo contemplar lo que el capitán Jat había descubierto con los prismáticos de visión nocturna. A más de

trescientos metros de distancia se divisaba una prodigiosa multitud de embarcaciones nativas que se dirigían hacia la isla remando en la oscuridad. Pibby contó ochenta, aunque seguramente se le escapó alguna en medio de la noche.

El capitán Jat esperó hasta que las embarcaciones se alejaron mucho hacia la costa; luego, tras coger su pala, se puso a bogar con el remo en el interior de una especie de ojal que había situado a popa del bote, avanzando a velocidad constante en pos de los nativos, aunque tuvo mucho cuidado de que sólo se pudieran ver su mano y antebrazo por encima de la regala del bote. Mientras la chalupa se deslizaba hacia la estela de las silenciosas embarcaciones que iban delante, el muchacho se dio cuenta repentinamente de que otra vez podía verse por encima de la isla el extraño resplandor luminoso que había contemplado la noche anterior.

Al rato, el cabeceo del mar sobre el bote cesó casi por completo, y se hizo evidente que se encontraban a sotavento de algún arrecife o extensión de rocas. La última embarcación que iba delante de ellos se desvaneció entre las sombras que proyectaba la isla, pero el capitán Jat había tomado nota del lugar y no perdió el rumbo. Un minuto después descubrieron la costa justo enfrente, a unos cuantos metros de donde se encontraban, pero no había ninguna playa, sólo las negras ramas de los árboles que caían hasta el borde del agua. El bote ya no cabeceaba nada por el influjo de las olas, de manera que habían sido guiados a una ensenada perfectamente protegida.

El capitán Jat mantuvo la dirección de la chalupa. No hizo ningún intento por disminuir su velocidad, a pesar de que parecía que se deslizaban directamente hacia un espeso bosque bajo. La proa del bote llegó hasta la malsana vegetación que colgaba por encima del agua, y el capitán Jat tomó el remo con ambas manos y forzó a la embarcación para que avanzara entre las ramas.

Durante unos momentos, la vegetación exuberante, húmeda y legamosa pareció reducir la velocidad del bote. Acto seguido pudo atravesarla con limpieza, saliendo de nuevo a aguas abiertas. Pibby, desde la parte delantera, miraba al frente intentando atravesar la oscuridad reinante, pero no podía ver nada. Dirigió los ojos hacia arriba y distinguió una delgada y ondulante franja de cielo nocturno muy por encima de sus cabezas, lo cual le hizo entender que el capitán Jat había descubierto un camino a través de un pasadizo, cuya entrada estaba siempre oculta por un espeso sotobosque acuático y por las ramas colgantes de los árboles. Se trataba, indiscutiblemente, de una grieta enorme que se abría en el costado del cráter y que el mar había transformado en una especie de canal.

El capitán Jat impulsó el bote con suma cautela. Era como deslizarse en un negro pozo nocturno, tan negro que los cielos de arriba parecían brillar en comparación. Mientras avanzaban podían escuchar los suaves y sordos lamentos que el agua producía en las grietas de rocas invisibles, y que llegaban hasta ellos con un sonido húmedo y, en cierta manera, melancólico. Pero el capitán Jat manejaba el remo con tanta suavidad que ni una sola vez se escapó de éste el más mínimo sonido al girar en

su protegida argolla. Y así transcurrió media hora, aunque pareciera mucho más, los dos remando con gran lentitud, cautela y silencio bajo aquella tenebrosa oscuridad, vigilando ambos la franja ondulante de cielo nocturno que se abría sobre sus cabezas, y fiando al instinto del capitán Jat la dirección que debían tomar y cuando tenían que apartarse de una orilla u otra al haberse acercado demasiado en la oscuridad.

Una vez, mientras avanzaban con cautela y en silencio, llegó hasta ellos en medio de la noche un lejano y difuso aullido, que luego volvió a repetirse de tanto en tanto; y luego, un poco más tarde, un grito atenuado y espantosamente agudo, que fue muriendo poco a poco y dejó al muchacho tan aterrorizado que no pudo evitar echar mano al mango de su pistola. Pero el capitán Jat siguió remando sin variar el rumbo.

Bruscamente, el capitán dejó de remar y se quedó en silencio. El muchacho se dio cuenta de que estaba escuchando o mirando con gran atención, de manera que él también se puso a mirar por todas partes, tremendamente nervioso. Entonces descubrió una especie de resplandor que brillaba un poco más adelante, tras una curva en el estrecho canal. La fluorescencia creció rápidamente hasta convertirse en una luz brillante que danzaba y parpadeaba, y, a los dos minutos, tras doblar el recodo del canal por el costado izquierdo, aparecieron dos de esas cosas bestiales que la noche anterior habían seguido al capitán Jat. Iban corriendo entre los asfixiantes árboles y arbustos que crecían paralelos al curso del canal, pero a unos seis metros por encima del nivel del agua, serpenteando entre la vegetación y las ramas que cubrían las inclinadas orillas del pasaje. Su agilidad era increíble, saltaban de roca en roca como cabras, y mientras corrían las antorchas que portaban echaban chispas y llamaradas una detrás de la otra.

El capitán se quedó completamente quieto a popa del bote, con una mano en el remo y la otra en una de las pistolas. Observó cómo pasaban corriendo aquellas dos criaturas bestiales, mientras el muchacho, que le miraba ansioso y asustado, vio que su rostro permanecía totalmente inmutable; pero las luces de las antorchas parecían reflejarse en sus ojos, de manera que éstos brillaban como los de una fiera salvaje.

La mirada del chico se dirigió luego hacia las dos bestias que corrían. No podía distinguir sus espantosas caras aplanadas, ya que estaban ocultas tras las espesas melenas que colgaban de sus cráneos y que parecían chorrear agua, negras y brillantes, como si acabaran de salir del mar; y en verdad de los cabellos les colgaban algas húmedas y tupidas, ya que vio cómo brillaban a la luz de las antorchas. Sin embargo, aunque no podía distinguir sus rostros, se veía los brazos que sobresalían de sus desnudos hombros. Los brazos de la mujer que iba delante finalizaban en dos zarpas enormes, pero el muchacho distinguió perfectamente que no eran más que una especie de prótesis hechas a base de conchas o caparazones de algún enorme reptil marino. Observó el sitio en donde terminaban, rematados de una manera basta, justo debajo del codo, y que la mano derecha aparecía a través de un agujero practicado en un extremo de la zarpa, y con la cual sostenía la antorcha.

Pero la segunda mujer le transmitió una sensación espantosa, era incapaz de

determinar dónde acababan los brazos y dónde empezaban las garras. Recordó lo que la pequeña sacerdotisa le había dicho al capitán Jat. Pero mientras miraba, perplejo y aterrorizado, las dos criaturas pasaron de largo. Entonces vio que la bestia que iba delante portaba un cuchillo desagradablemente largo que estaba entremetido en la parte de atrás de una especie de ancho cinturón, y que éste, a su vez, lucía lo que, a primera vista, parecían grandes abalorios brillantes. Entonces pensó que a lo mejor no eran abalorios sino perlas, tal y como el capitán le había dicho. Sin embargo, lo que más preocupaba al joven Pibby Tawles en aquellos momentos no era la posibilidad de un inmenso tesoro en perlas, sino el hecho de que no podía determinar dónde acababan los brazos de la segunda mujer y dónde empezaban las garras.

Pronto aquellas criaturas bestiales y escurridizas se alejaron corriendo canal abajo, y un minuto después habían desaparecido tras las rocosas revueltas, y el bote volvió a estar envuelto en una oscuridad total y absoluta.

La chalupa empezó a moverse de nuevo en medio de las tinieblas, ya que el capitán Jat había cogido el remo y retomado su tarea. Transcurrieron diez minutos más en un silencio absoluto, aunque el agua que discurría por el canal producía extraños gorgoteos y ecos entre las grietas y agujeros de las rocas, y entonces Pibby se dio cuenta de que las paredes rocosas del canal habían ido ganando altura por encima de sus cabezas, y que ahora avanzaban en medio de la impenetrable oscuridad de una caverna invisible.

Acto seguido, mientras el chico se percataba de su nueva situación, pudieron vislumbrar una luz lejana y brillante que resplandecía al frente. El bote empezó a bambolearse y se produjo un suave murmullo a proa cuando el capitán Jat incrementó la velocidad, pero enseguida volvió a disminuirla, ya que el sonido del agua bajo la quilla resultaba extrañamente profundo y agudo en aquel silencio. Sin embargo, continuaron deslizándose hacia delante de manera constante y el resplandor fue creciendo, hasta que se dieron cuenta de que provenía de una entrada abierta en el interior de la caverna, y que más allá brillaba una luz resplandeciente.

El bote se fue acercando, invisible en la oscuridad de la cueva, hasta encontrarse a unos veinte metros de la entrada recién descubierta, y durante todo este tiempo, Pibby se había dedicado a estudiarlo todo con gran interés y asombro. El arco de la boca de la caverna debía medir unos nueve metros de alto, y su anchura parecía un poco menor. A través de aquella enorme abertura, Pibby vio un amplio espacio circular, de casi cien metros de diámetro, cuyas paredes se perdían en las tinieblas de arriba.

Pero lo que más llamó la atención del muchacho y del propio capitán Jat fue la parte central de aquel extraordinario anfiteatro natural, ya que en ese punto había un pequeño lago de agua marina, de unos veinte metros de anchura, y en el centro del lago se erguía un montículo cubierto de algas, y en medio del rocoso montículo había un gran poste, de casi cinco metros de altura, completamente negro y tan pulimentado que en su superficie se reflejaba la brillante luz de seis enormes antorchas que ardían en la punta de seis grandes cúmulos que sobresalían entre las rocas alrededor del lago

o estanque central. Y ese poste, desde la grotesca cara achatada esculpida en su extremo superior hasta su base, que había sido tallada con las formas de un sinnúmero de garras descomunales, estaba envuelto en toda su extensión por ristras de incontables piedras resplandecientes que brillaban espectacularmente bajo las llamas de las antorchas. *Y cada piedra era en realidad una perla*.

El agua de la caverna en la que flotaba el bote, corría directamente hacia el estanque o lago central, y la superficie algosa del antiguo cráter se elevaba unos treinta centímetros a cada lado, extendiéndose luego al mismo nivel, cubierta de pardos sargazos, hasta terminar en los grandes farallones del interior de la montaña.

El resplandor de las antorchas mostraba que la base de los muros de la montaña estaba recubierta de algas que ascendían a una altura de casi dos metros desde el fondo del cráter, de manera que se hacía evidente que el mar, después de penetrar por el canal y la caverna, se elevaba hasta esa altura cuando la marea estaba alta, y en tales ocasiones sólo serían visibles las antorchas y el pulimentado poste central, con su profusión de perlas enristradas. Debía resultar un extraño espectáculo, más extraño aún que cuando el capitán Jat y Pibby miraron al interior de la caverna.

Entonces Pibby vio, aunque no muy claramente en aquella luz, adonde había ido la columna de botes; pues allá a lo lejos, todo alrededor de la base del enorme anfiteatro natural, se hallaban varadas las embarcaciones, y apenas se las podía ver por encima de los sargazos, ya que tan sólo sobresalían sus altivas proas y los entibados de popa, aunque habían sido cubiertas con más algas, como para disimularlas entre la vegetación que las rodeaba.

A los costados de aquellas embarcaciones, y había muchísimas más que en la flotilla que habían seguido (ya que estaban varadas una contra la otra y en tres o cuatro filas de profundidad), el capitán Jat y el chico distinguieron las cabezas de cientos y cientos de nativos, aunque de una manera vaga y difusa, a causa de la luz incierta que proyectaban las grandes antorchas y también porque todos y cada uno de los nativos se habían cubierto la cabeza con una masa de algas. En realidad, hubiera sido bastante fácil penetrar en el cráter con la sensación de que en su interior no había más vida que las llamaradas de las gigantescas antorchas.

Mientras Pibby entornaba los ojos para distinguir los botes con mayor claridad, admirándose del tremendo esfuerzo que suponía sacar las embarcaciones del canal y arrastrarlas sobre las algas, sintió que la chalupa empezaba a deslizarse quedamente hacia atrás, al interior de la caverna; dándose la vuelta, vio que el capitán Jat manejaba su remo en completo silencio, como los indios, dirigiendo mansamente el bote hacia atrás.

Progresaron de esta manera unos cien metros, y entonces el capitán Jat puso la embarcación de costado y empezó a tantear la orilla. Acto seguido emitió un gruñido de satisfacción y empujó el bote hacia la otra orilla; pero esta vez se hizo evidente que no podía encontrar lo que estaba buscando, ya que siguió impulsando la embarcación hacia atrás con sus manos, hasta que la entrada de la caverna se hizo

visible al reflejo de la luz. Volvió a gruñir y, al instante, empujó el bote de nuevo hacia la otra orilla. Un minuto después lanzó otra exclamación de alegría, y, de repente, Pibby escuchó su voz que le decía en susurros que le alcanzara un extremo de la cadena y uno de los candados.

Sintió cómo el capitán tanteaba la orilla durante un rato, y oyó el curioso y suave tintineo de la cadena; acto seguido el bote fue de nuevo empujado, y el capitán Jat le pidió que fuera soltando la cadena delicadamente, sin hacer ningún ruido, mientras él paleaba hacia la otra orilla. Enseguida llegaron y Pibby captó el plan de su cabecilla, el cual consistía en atravesar adecuadamente la cadena en el canal, de manera que, en caso de retirada, ellos pudieran pasar y luego tensar la cadena y fijarla con un candado, pudiendo escapar fácilmente mientras las embarcaciones de los perseguidores quedaban bloqueadas en la cadena.

El muchacho recorrió los eslabones con sus manos en la zona donde el capitán maniobraba, y se dio cuenta de que la estaba amarrando alrededor de un peñasco bastante grande. Pibby no tenía ninguna duda de que el otro extremo estaba asegurado con la misma firmeza, y empezó de nuevo a sentirse más tranquilo; la retirada estaba muy bien concebida. Luego, mientras permanecía sentado en la oscuridad, empezó a preguntarse a qué diablos estaban esperando aquellos nativos, todos ocultos entre los sargazos… y las enormes antorchas… y ese poste gigantesco, pulido y repleto de grabados, con un tesoro increíble en perlas colgando a su alrededor.

Y entonces, mientras le daba vueltas a aquella idea con nerviosismo, un escalofrío recorrió su cuerpo, ya que el capitán Jat de nuevo gobernaba el bote hacia delante, paleando en dirección a la brillante y luminosa bóveda de la caverna y las arenas de la orilla.

Bruscamente, mientras el bote avanzaba, surgió de las negras profundidades del agua un extraño remolino, un poco por detrás de la chalupa, que causó pequeñas ondulaciones y olas que chocaron con las orillas de la tenebrosa caverna, rompiendo en la oscuridad con una multitud de sonidos viscosos y líquidos. Algo gigantesco pasó por debajo del bote y se dirigió hacia la entrada a gran velocidad. Sintieron como aquella cosa enorme se deslizaba por debajo de ellos, a mucha profundidad, aunque era capaz de levantar una ola que impulsó al bote hacia arriba, primero por la popa y luego por la proa.

—¡Dios bendito! —dijo el capitán Jat con voz ronca y fuerte—. ¡El Ud! —Su exclamación rebotó en un millar de lugares escondidos en la oscuridad, de manera espantosa y jadeante—. ¡Dios bendito!… ¡El Ud! ¡Dios bendito!… ¡El Ud!

Y en ese mismo momento, Pibby sintió que el bote empezaba a bambolearse con violencia, y escuchó la voz sofocada del capitán mientras paleaba con una especie de violenta locura:

—¡La pequeña sacerdotisa! ¡La pequeña sacerdotisa! ¡Dios mío! ¡La vieron haciéndome señas! Mi…

Pibby no pudo escuchar más, ya que habían llegado lo suficientemente cerca de la bóveda como para poder ver el cráter con cierta claridad. Pibby se quedó completamente anonadado, ya que, aunque el gigantesco anfiteatro seguía tan silencioso como cuando lo habían abandonado, ahora había una pequeña mujer morena y completamente desnuda, atada por el cuello, la cintura y los tobillos al enorme poste central cubierto de perlas que sobresalía del amontonamiento de rocas sobre la laguna. La habían llevado hasta allí inadvertidamente, mientras ellos se ocupaban de asegurar la cadena. Esto era lo que las embarcaciones cubiertas de algas estaban esperando… Ella era el sacrificio… ¡Y la cosa que había pasado por debajo del bote…! La habían visto hacer señas al capitán… Ella…

El caos de sus pensamientos se transformó abruptamente en una concentración aterrada. Se inclinó hacia delante y observó la escena totalmente petrificado. Algo salía del agua y empezaba a escalar el amontonamiento de rocas… Unas patas enormes surgían de la laguna, gateando por las peñas, resbalando una y otra vez, despedazando grandes amontonamientos de sargazos y, finalmente, consiguiendo un agarre. Un instante después, una criatura inmensa, marrón, cubierta de una concha en forma de disco, tan grande como una de esas antiguas mesas ovales de caoba, empezó a emerger del interior de la laguna.

El muchacho meneaba la cabeza de un lado a otro mientras miraba; no sabía que una cosa semejante pudiera existir… ¡Un cangrejo…! No había palabras que lo describieran. Era un monstruo capaz de descuartizar a un elefante… Se acordó de la enorme criatura que se había deslizado reptando entre las grandes rocas de la parte del arrecife que daba a tierra. La cosa se iba elevando cada vez más. ¡Nada, nada en este mundo podía salvar a la mujer! Lo mejor era huir enseguida, antes de que les descubrieran. La criatura ya tenía tres de sus grandes patas, cuyos extremos estaban rematados por unas pinzas tremendas, dirigidas hacia la mujer morena, que ahora empezó a chillar de una manera extraña y jadeante. Entonces agarraron a Pibby por el hombro súbitamente desde atrás, y el capitán Jat lo empujó sin contemplaciones hacia el bancal de popa del bote, quitándolo de en medio. Mientras caía, vio al capitán Jat recortándose contra la luz; tenía en las manos la enorme escopeta de cazar patos. Pibby recordó que estaba cargada con el afilado extremo de un pasador metálico roto. Hubo un fogonazo llameante que coincidió con el destello de una luz en su cabeza cuando ésta colisionó con la bancada de popa; también se escuchó una especie de batacazo altisonante que hizo aún más confusa su caída, y, acto seguido, el capitán Jat fue impulsado hacia atrás de golpe y cayó sobre él, empujado literalmente por el retroceso de la enorme arma. El muchacho lanzó un grito y todo se hizo nebuloso a su alrededor durante un rato; entonces el capitán Jat se incorporó y, en ese mismo momento, se produjo una gran ondulación en el agua y el bote fue lanzado hacia arriba casi un metro debido a una prodigiosa ola que bajaba por la caverna desde el cráter. La chalupa zozobró peligrosamente, cabeceó con violencia y se llenó de varios galones de agua; luego volvió a estabilizarse.

Pibby se tambaleó poniéndose en pie, convulso y enfermo. Miró hacia la laguna; el agua parecía hervir alrededor del amontonamiento de rocas, pero no había ni rastro de la criatura que acababa de salir del agua. Pronto empezó a disminuir el burbujeo, y Pibby descubrió que la pequeña mujer morena estaba doblada sobre sus ligaduras en el tallado poste negro; pero no parecía tener ninguna marca en su cuerpo que delatara haber sido herida, tan sólo estaba inconsciente.

Lo siguiente que descubrió es que tenía un remo en las manos, y el capitán Jat otro, y que estaban saliendo de la enorme cueva y remando locamente por el canal que fluía entre la superficie del cráter en dirección a la laguna. Se dio cuenta, de una manera bastante incongruente, de que ahora podía ver unos árboles lejanos en lo alto de las paredes del cráter que oscilaban suavemente al impulso de la brisa nocturna y se recortaban contra las estrellas.

El bote chocó contra la masa de algas que se extendía en la base de las rocas, y el capitán Jat dio un tremendo salto, apoyándose en el remo para tomar impulso, con el cual llegó hasta las rocas. Su maniobra hizo que el bote se alejara un poco, pero Pibby tomó el garfio, lo clavó en la masa de algas y tiró de él hasta acercar de nuevo la embarcación. Vio al capitán Jat cortando las ligaduras con ferocidad, y se percató por vez primera de que el cráter estaba henchido de un griterío salvaje. Vio cómo liberaba a la pequeña mujer morena y, acto seguido, cómo era depositada sin contemplaciones dentro del bote. No la miró a ella, sino al capitán Jat… el capitán Jat que había vuelto al poste y sacudía violentamente las ristras cubiertas de perlas que estaban más abajo. Uno de los cordones se rompió y las perlas que sostenía cayeron de golpe, rebotando por todas partes en el cúmulo de rocas y cayendo al agua; pero el capitán Jat había logrado hacerse con un buen montón.

Una lanza golpeó el alisado poste, astillándolo, y se desvió hacia un lado, atravesando una de las mangas de la chaqueta del capitán. El muchacho se volvió de nuevo para mirar las orillas y descubrió que había literalmente cientos y cientos de nativos que gateaban, corrían y trastabillaban sobre la superficie cubierta de algas en su dirección. También vio otra cosa; dos de las espantosas mujeres con garras estaban despedazando a uno de los nativos con sus enormes cuchillos; debía tratarse del hombre que había arrojado la lanza y astillado el poste… El poste era, sin duda, un objeto extraordinariamente sagrado.

Escuchó su propia voz que le gritaba al capitán, urgiéndole a que se diera prisa; pero aquel hombre indomable había trepado casi un metro por el poste pulido y estaba cortando otra ristra de perlas. Otro montón cayó deslizándose entre las piedras, las algas y el agua; pero el capitán Jat, una vez más, había conseguido hacerse con un buen montón. Dio un brinco hasta las rocas y otro al interior del bote; luego, con la popa por delante, remaron trabajosamente hacia la entrada de la caverna.

Uno de los salvajes, un hombre gordo y enorme, se había distanciado de los demás, a pesar de su gordura. O quizás ésta le había ayudado, ya que había avanzado a gatas por las resbaladizas algas y no había perdido el tiempo con las posibles

caídas. Se irguió por fin en una de las orillas del canal; pero, cuando intentó saltar al bote, resbaló y cayó chapoteando de espaldas; el capitán Jat le descerrajó un pistoletazo con toda tranquilidad mientras estaba allí postrado.

Sin embargo, el peligro era sobrecogedor, ya que una gran cantidad de nativos habían conseguido aproximarse, y una lluvia de lanzas cayó sobre el bote, quedando cuatro de ellas clavadas en el costado de estribor y haciendo que la embarcación tuviera el aspecto de un enorme puercoespín; pero nadie resultó herido, aunque las ropas del capitán tenían dos buenas rajaduras. Ellos respondieron con sus pesadas pistolas, exterminando a una docena de salvajes y consiguiendo dirigir la embarcación por popa hacia el interior de la caverna.

El capitán Jat hizo virar al bote en cuanto estuvieron fuera de vista, y los dos se acomodaron en los remos. Sin embargo, cuando apenas habían avanzado cien metros, sintieron un chapoteo y descubrieron que una de las embarcaciones más pequeñas de los nativos había sido acarreada por encima de las algas y se encontraba en las aguas canal. Sabían que en pocos minutos un enjambre de botes irían en su persecución.

Un poco después, el remo de Pibby tropezó con la cadena, aún floja, que habían colocado anteriormente, y ambos palearon hacia uno de los costados de la caverna, situándose en la zona abierta al mar, por detrás de la barrera. El capitán Jat se puso a trabajar con desesperación mientras Pibby iluminaba la cadena, de manera que pudiera tensarla lo mejor posible; pero la tarea requería su tiempo, ya que la oscuridad era profunda y la cadena tenía que quedar lo suficientemente tensa para actuar de barrera, ya que, de no ser así, los nativos podían arreglárselas para deslizar sus embarcaciones por encima o por debajo de ella.

Y durante todo el tiempo que estuvieron empeñados en la tarea, los botes seguían entrando por la boca de la cueva, con las antorchas iluminando desde la proa para mostrarles el camino; mientras tanto, las embarcaciones que habían llegado al agua en primer lugar se encontraban ahora a escasos cincuenta metros de donde se encontraban; y todavía el capitán Jat le gruñía a Pibby: «¡Ilumina la cadena! ¡Ilumina la cadena!».

La embarcación pequeña se fue acercando inadvertidamente y ahora estaba a menos de veinticinco metros, y, de pronto, un clamoroso griterío advirtió al capitán Jat y al muchacho de que la luz de las lejanas antorchas había delatado su presencia en la oscuridad reinante. Acto seguido, todo a su alrededor en el agua, se escucharon los débiles chapoteos de las flechas que caían tras ser disparadas por los nativos. También se oyó un único y agudo chasquido al golpear una de las flechas en el costado de una roca cercana. Rebotó y pasó rozando el rostro del capitán Jat, llevándose consigo un pedazo de su oreja. El capitán lanzó una maldición y tiró con fuerza de la cadena una vez más; acto seguido, aseguró los grandes candados y los cerró con firmeza.

Inmediatamente después, sacó la pistola de repuesto del bolsillo y disparó contra el bote que se acercaba, con tan buena puntería que una de sus balas abatió a dos de

los tripulantes que, aparentemente, se encontraban en línea. Luego, tras arrojar la pistola al fondo del bote, tomó el remo y, un minuto después, ambos habían virado el recodo del canal y avanzaban chocando contra las paredes rocosas de la caverna, mientras escuchaban un grito salvaje que rebotó por todas partes cuando los perseguidores se encontraron la barrera que imposibilitaba su avance.

—¡Buen trabajo, chico! —dijo el capitán Jat—. ¡Ahora rema con suavidad! No queremos que el bote se parta. Palea a mi señal —y ambos se sentaron a los remos con más tranquilidad.

Aproximadamente cuarenta minutos después, atravesaron la cortina de árboles y maleza colgante que señalaba la entrada a la boca del canal, y se encontraron felizmente en el precioso mar abierto, con la isla recortándose como una sombra oscura hacia popa. Sin embargo, cuando se volvieron a mirar a la pequeña sacerdotisa morena, ésta había desaparecido. Era evidente que se había despertado y escurrido silenciosamente hacia el agua, prefiriendo afrontar cualquier peligro que la isla pudiera depararle a enfrentarse a lo desconocido.

—¡Vamos, chico de barco! ¡Rema! —exclamó el capitán Jat un poco después. Y, en verdad, se encontraban muy cerca del barco; y pronto estuvieron a bordo sanos y salvos, navegando rumbo norte y alejándose de una vez por todas de la isla.

Abajo en su camarote, con la puerta bien cerrada, aunque echando más de una mirada de recelo por encima del hombro, el capitán Jat inspeccionaba y mostraba su botín a Pibby. Sobre la mesa había una pichel de un licor muy especial y el capitán Jat lo estaba analizando con la ayuda de su escudilla de peltre. Pibby, también hay que decirlo, se había hecho con un tazón de respetable tamaño con el mismo propósito, ya que el capitán Jat le permitía llenarse el recipiente una sola vez.

Podría ser que la pureza poco usual de aquel licor desarrollara cierta generosidad en el chupado capitán, ya que, después de manosear, estudiar y contrapesar durante gran cantidad de tiempo una de las perlas más pequeñas, que además estaba bastante desportillada, se la tendió a Pibby a modo de recompensa.

Pibby Tawles, chico-de-camarote-y-cubierta, podéis llamarle como queráis, tomó la diminuta y descascarillada perla con las suficientes muestras de agradecimiento. Era capaz de hacerlo, ya que en el interior de su camisa tenía guardadas unas cuantas perlas más tan valiosas y finas como cualquiera de las que el capitán Jat se había traído consigo. El muchacho las había recogido del fondo del bote, lugar al que habían caído cuando su patrón cortó las ristras de perlas que colgaban del Poste Sagrado.

En resumidas cuentas, creo que podemos finalizar este relato reconociendo que Pibby Tawles, sea lo que sea, tiene un ojo especial para las cosas realmente importantes; reconocimiento este que la siguiente aventura del capitán tan sólo vino a confirmarme.



Ilustración de Gunther T. Schulz

LA AVENTURA DE LA PUNTA DE TIERRA

—¡Más ron, chico, y pásame el catalejo! —dijo el capitán Jat sin volver la cabeza.

—¡A la orden, señor! —exclamó Pibby Tawles.

Ya mientras contestaba, Pibby Tawles había recorrido a trote ligero la mitad del trayecto hacia la escotilla del camarote; ya que, en sus dos años de viajes con el capitán Jat, sabía más que de sobra de la necesidad de darse prisa cuando éste lo demandaba… ese sujeto imperturbable y chupado, con el corazón avaricioso de un pirata y dominado por los más excéntricos caprichos.

Pibby Tawles estuvo de vuelta en algo menos de sesenta segundos, después de una buena carrera a mayor velocidad que la del barco, como él mismo lo hubiera expresado. Tendió el catalejo a su patrón, que estaba recostado sobre la baranda, mirando con gran intensidad la tierra brumosa que asomaba por sotavento, muy tranquila y misteriosa bajo la luz verdosa de la aurora. El capitán Jat tomó el catalejo sin decir ni una sola palabra, y Pibby Tawles dejó el pote de estaño, rebosante de ron, a su lado, sobre la barandilla del barco. Es posible que lo pusiera demasiado cerca de su patrón, ya que, cuando el capitán Jat estaba ajustando el catalejo mientras lo enfocaba a tierra, su codo rozó la escudilla haciendo que cayera sobre cubierta y se desparramara todo el ron que había dentro.

El capitán Jat se volvió lentamente y miró a Pibby Tawles; acto seguido, apuntó con el catalejo a la braza de juanete mayor. Pibby sabía de sobra lo que eso significaba, y también sabía que no serviría de nada quejarse; así que se fue y agarró el extremo de la braza sin rechistar. El capitán Jat cogió el cabo y le atizó al chico tres o cuatro latigazos en los hombros; acto seguido, se lo retornó para que volviera a colocarlo en su sitio. Tocó la derribada escudilla con un pie y el muchacho exclamó:

—¡A la orden, señor! —y salió pitando hacia abajo para volver a llenarla.

Volvió a la carrera y dejó el pote al alcance de su patrón por segunda vez; sin embargo, como os podéis imaginar, no demasiado cerca del protuberante codo del capitán. Luego volvió a enrollar la braza de juanete y fue a sotavento, donde se restregó cuidadosamente los hombros contra un puntal de teca cubierto de velamen, ya que el capitán Jat le había dado bien fuerte.

—¡Más ron, chico! —volvió a decir el capitán.

Y cuando Pibby regresó con el pote lleno, el capitán Jat se dio la vuelta y se lo arrebató de las manos mientras dejaba el catalejo en su lugar; acto seguido señaló la tierra con uno de sus temblorosos dedos, lo cual quería decir, como Pibby bien sabía, que tenía permiso para echar una miradita. Ésos eran los modales del capitán Jat.

Pibby Tawles atisbo con gran atención por el catalejo la nebulosa línea de costa de una extensa punta de tierra que estaban pasando en esos momentos, ya que sabía, gracias a la charla beoda del capitán cuando le daba al pote de estaño, algunos de los pensamientos que rondaban su mente.

—No veo nada parecido a esas dos rocas, capitán —dijo Pibby, después de mirar

un rato.

—¡Pues están allí, chico! —dijo el capitán Jat con hosca convicción—. Y no se te ocurra dudarlo, o te rompo la cabeza. Ese mulato portugués que me contó la historia lo juró por la cruz que llevaba colgada… No creo que le apeteciera mucho mentir, teniendo en cuenta que estaba medio muerto y a las puertas del infierno, como quien dice.

A Pibby ni se le ocurrió llevarle la contraria, ya que, evidentemente, el capitán se encontraba en uno de esos extraños estados de ánimo durante los cuales podía ser capaz de mostrar una peculiar, aunque aparentemente fortuita, brutalidad; sobre todo si alguien no opinaba lo mismo que él; aunque, en el fondo, la causa tampoco importaba mucho.

La punta de tierra seguía viéndose muy difusa bajo la luz imprecisa de la aurora, y el muchacho rastreó concienzudamente la cresta del acantilado en busca de algún vestigio del pueblo *Dago*[42], cuya existencia el capitán Jat había deducido gracias a los comentarios del portugués. El capitán le había explicado muchas veces, en medio de sus borracheras, cómo este pueblo sería la prueba principal que lo llevaría a discernir cuánto había de verdad en todo lo que le había dicho libremente el portugués. Pibby dudaba bastante de ése «libremente». Conocía demasiado bien el carácter implacable y despiadado de su capitán.

El muchacho siguió con la vista al frente, observando la espuma de las olas que rompían sobre las playas de la punta de tierra, sintiéndose vagamente inquieto del rumor que provocaban y que parecía hablar de la soledad y el salvaje misterio de la tierra que discurría a sotavento del barco. Entonces, con el rabillo del ojo, vio que el capitán Jat había levantado la escudilla y se disponía a golpearle los nudillos, lo cual significaba que se había bebido el ron y que quería que le devolviera el catalejo. Lo puso enseguida en las manos de su patrón y tomó la escudilla, tras lo cual se fue abajo a preparar el desayuno.

Durante todo el tiempo que el capitán Jat estuvo desayunando, Pibby, que comía con él, se dedicó a cavilar sobre la aventura que tenía en puertas. El primer oficial estaba en cubierta y al contramaestre, que hacía las veces de segundo oficial, le tocaba el turno de descanso; pues el capitán Jat jamás comía con sus oficiales; por alguna extraña costumbre, resentimiento o desconfianza, prefería la compañía de Pibby. Como ya sabéis, jamás le decía nada a sus dos oficiales y, en cambio, al muchacho le contaba casi todo; así que, como ya he dicho, Pibby estaba más o menos al tanto (aunque de una manera algo confusa) de lo que rondaba la mente de su patrón. Sin embargo, en el momento presente, la charla del capitán se limitaba a cosas tales como:

—¡Más alubias, chico! —a lo cual Pibby le servía otro cucharón de su plato favorito, que consistía en alubias con carne salada de cerdo y pimientos rojos.

—¡Más ron, chico! —y Pibby le volvía a llenar el pote de estaño; pero si hacía el más mínimo movimiento para llenar su escudilla del fuerte licor que le correspondía,

el capitán Jat emitía un profundo gruñido advirtiéndole de que estaba siendo vigilado; de manera que el pobre muchacho volvía de nuevo su atención a las alubias y a los pimientos rojos, ya que el cerdo en salazón era un bocado exquisito reservado al plato de su patrón.

—¡Esos *dagos* tienen que estar allí! —exclamó el capitán Jat—. Ese portugués muerto dio a entender que siempre estaban como buscando algo, siempre desde que se divulgó que el tesoro había llegado a tierra en perfectas condiciones desde el *Lady Meria*. Ese diablo, bien muerto esté, dijo que todos están obsesionados con la historia, y que no les gusta nada que los forasteros tomen tierra. Estoy seguro de que han ido en busca del oro, o lo que sea. Si nos atrapan, chico, ten por seguro que nos rebanarán el gaznate con la mayor alegría.

—¿Cómo sabía el portugués cuál era el emplazamiento adecuado, capitán? —preguntó Pibby.

Pero el patrón siguió comiendo, como si el muchacho no hubiera dicho ni pío.

—Navegaremos en paralelo a la costa durante un tiempo, chico —observó el capitán Jat, tras unos minutos de darle a las alubias y el ron—. Al oscurecer volveré a esta posición, de manera que podremos tomar tierra sin problemas. ¡Y no se darán ni cuenta, ya que no podrán vernos! Limpia las pistolas y cárgalas después del desayuno. Y que no se te olvide coger dos palas y los picos que usamos en las islas.

—¡A la orden, capitán! —exclamó Pibby, muy complacido ante la perspectiva de una nueva aventura. Y en su excitación volvió a llenar de licor el pote del patrón, anticipándose por una vez a su monótono: «¡Más ron, chico!».

Para su desgracia, el capitán Jat le dio una buena colleja, con la palma de la mano abierta, que le hizo caer al suelo del camarote.

—¿Es que acaso te crees que soy un marinero borracho? —rugió enfadado el capitán Jat; y acto seguido se bebió el contenido del pote de estaño de un solo trago, mientras Pibby se ponía en pie y empezaba a limpiar la mesa.

—¿Tiene algún mapa que señale el emplazamiento, capitán? —preguntó mientras iba de un lado para otro. Pero el capitán Jat, que acababa de encender su pipa, dio unas cuantas caladas en silencio sin hacer ningún caso al muchacho.

Aquella noche, el pequeño *Gallat* retrocedió amparado en la oscuridad con todas las luces apagadas o encubiertas; y, un poco después de medianoche, arrió su bote de remos a sotavento de la extensa punta de tierra.

En la chalupa tan sólo embarcaron el capitán Jat y Pibby Tawles, el muchacho. Los dos se habían abrochado unos anchos cinturones que el maestro velero les había confeccionado con retales de velas, y en ellos llevaban media docena de pistolones de dos cañones. Además, no se habían olvidado de sus respectivos cuchillos; de manera que iban bien armados.

En el fondo del bote descansaban dos picos y un par de palas, y también un saco grande, cerrado con una cuerda de estraza.

El capitán Jat se hizo cargo del remo de popa y bogaba mirando a proa. De esta

manera (los remos habían sido silenciados previamente al ser envueltos en sobrantes de velas y trapos), tocaron tierra a sotavento del acantilado, donde las aguas se remansaban bajo su protección. Y en ese lugar, bajo una oscuridad absoluta, desembarcaron, y arrastraron el bote unos cuantos metros en el interior de la playa, atando rápidamente el cabo de proa a una roca.

La tierra que tenían a su alrededor resultaba monótona y muy silenciosa; pero más allá, en medio de las tinieblas, se escuchaba el incansable y solitario rugir de las olas que rompían contra las rocas desprotegidas, a sotavento de la punta de tierra, y los dos se quedaron muy quietos durante un rato, mirando con cautela a su alrededor, atentos a cualquier ruido que surgiera de la oscuridad reinante. El capitán Jat le dio un par de cachetes al chico para tranquilizarse a sí mismo, maldiciéndole luego porque los pescozones habían sonado demasiado fuertes y claros en aquella soledad; acto seguido le hizo cargar al hombro los dos picos, mientras que el capitán Jat tomaba las palas y el saco.

Comenzaron a caminar por la orilla, en dirección a una ladera que se elevaba hacia el interior de la punta de tierra, medio oculta por la oscuridad y los espesos bosques que la cubrían. Sin embargo, el capitán Jat no parecía tener dudas acerca de la dirección que debían tomar, como si un extraño instinto le hiciera avanzar hacia delante, ya que se introdujo en una estrecha y trillada senda que iba dando tumbos de un lado para otro, zigzagueando entre los árboles.

Siguieron avanzando por el camino con paso firme durante una media hora, y habían subido tanto y se habían internado tan profundamente en el bosque que ya no podían escuchar el sonido de las olas, y se hallaban rodeados del pesado, casi insoportable silencio de los grandes bosques.

A veces, mientras caminaban, oían algún susurro muy suave y desagradable, como si alguna criatura oculta se escurriera fuera de la senda; y en un momento dado, Pibby Tawles estuvo convencido de que algo les seguía amparado en la oscuridad, un poco a la derecha de donde ellos se encontraban. Pero al rato el sonido cesó y ya no estuvo seguro de haber oído nada. Otras veces, mientras seguían por el sendero, les asaltaba un extraño hedor parecido al del ajo, como si en la oscuridad hubieran aplastado con sus pies alguna especie de planta insólita y bizarra. Y de esta manera siguieron su camino.

Tres veces durante aquella primera media hora, Pibby, el muchacho, tropezó malamente con los zarcillos de unas plantas trepadoras, y a la tercera se fue de cabeza al suelo. Los picos que portaba cayeron estrepitosamente al suelo, produciendo un sonido extraño y un poco terrorífico entre la invisible y negra espesura que se aposentaba más allá de los árboles que crecían a ambos lados del sendero. El capitán Jat no dijo nada, pero se dio la vuelta y le estampó un par de bofetadas a Pibby mientras se volvía a levantar; después, ambos siguieron caminando sin pronunciar una sola palabra.

Un rato después, llegaron a la extensa cima de la punta de tierra; el capitán Jat

hizo una pausa y se arrodilló entre las raíces de un árbol enorme. Sacó un objeto del bolsillo rebuscando en la oscuridad; entonces Pibby escuchó el chasquido del pedernal contra el acero, y una lluvia de chispas iluminó la parte delantera de una pequeña brújula que reposaba en la tierra, entre las rodillas del capitán. El patrón dejó de rascar el pedernal y se puso en pie de nuevo, guardándose la brújula en el bolsillo; después se encaminó hacia el sur y el este mientras Pibby Tawles le seguía un poco por detrás.

El capitán Jat realizó la misma tarea cuatro veces más, alterando un poco el rumbo de sus pasos en cada una de ellas, y, finalmente, salieron de entre los árboles hasta llegar a una especie de meseta rocosa, cubierta de arbustos y masas boscosas, en cuyo extremo occidental brillaban y danzaban las llamas de varias fogatas; al mismo tiempo, en otros dos lugares, se apreciaba el movimiento de unas antorchas.

—Ése debe ser el pueblo *Dago*, chico —murmuró el capitán Jat, protegiéndose los ojos sin ninguna necesidad y mirando en aquella dirección—. Avanza con cuidado hacia estribor y ándate con ojo. ¡Cómo vuelvas a hacer ruido con esos picos ya nos podemos despedir de nuestras cabezas! ¡Así que cuidadito o te corto las orejas!

Se encaminaron hacia su derecha, andando con gran sigilo en medio de la oscuridad, y penetraron en una espesa franja de bosque. De pronto, el capitán Jat se volvió hacia Pibby y le arrastró hacia los árboles, a la izquierda del vago sendero que atravesaba la zona boscosa. Mientras empujaba al muchacho, el capitán puso momentáneamente su enorme manaza sobre la boca de Pibby para asegurarse de que no se iba a poner a gritar o preguntarle el porqué de aquella inesperada reacción. Luego le soltó y atisbo entre los árboles que crecían al borde del camino.

Un rato después, Pibby descubrió el motivo por el cual su patrón había actuado de aquella manera: distinguió unas luces fluctuantes que brillaban entre los árboles y se encaminaban hacia la dirección que ellos habían tomado.

Las luces se acercaron rápidamente, con un extraño movimiento de bailoteo, y el capitán Jat retrocedió un poco más, ocultándose entre la espesura del borde del sendero y musitando continuos y monótonos juramentos. Quizás transcurrieron un par de minutos y a Pibby le pareció escuchar el crujido de unas ramas cerca de donde se encontraban; y, de pronto, se percató de otro sonido mucho más insólito, como una especie de extraño gemido o suspiro, muy débil al principio, pero que se acercaba constantemente e iba creciendo en intensidad y fuerza según se aproximaba al sitio en el que se ocultaban.

Pibby Tawles arrimó la mano a una de sus pistolas y la acarició con una sensación de alivio; también resultaba reconfortante que aquel sujeto pecador, de mal temperamento y contrastada violencia, conocido como el capitán Jat, estuviera tan cerca de él en aquellos momentos; pero, por mucho que aquel par de hechos aplacasen su malestar un tanto, el extraño sonido le seguía comunicando una desazón creciente y un miedo indeterminado que le provocaba insólitos pensamientos.

Y entonces, de repente, el sonido se convirtió en un zumbido verdaderamente

grosero, y delante de ellos pasaron corriendo dos nativos sudorosos y jadeantes, morenos y relucientes bajo la luz de las enormes antorchas que portaban. Marchaban a toda velocidad por el sendero, dirigiéndose, quizás, a la aldea; entonces Pibby Tawles descubrió el motivo de aquel profundo, insistente, amenazador zumbido que sonaba tan extraño; pues encima de la cabeza de cada uno de los hombres revoloteaba una espesa y cambiante nube de insectos que se arremolinaba a su alrededor… como una neblina voluble, fluctuante y ruidosa compuesta de mosquitos, moscas, escarabajos voladores y demás insectos de la noche tropical, atraídos por la luz de las antorchas que portaban los hombres.

Los dos nativos pasaron a toda velocidad, empapados en sudor, mirando a todas partes mientras corrían con una expresión de auténtico terror, como si esperasen que en cualquier momento pudiera aparecer una criatura espantosa. Y de esta forma, en menos de un minuto, desaparecieron sendero arriba, y los sonidos de su avance se esfumaron en la distancia, junto con el extraordinario zumbido procedente de las espesas nubes de insectos que les acompañaban en su marcha.

—Seguro que éste es un bosque Ud —musitó el capitán Jat—. Un bosque diabólico, chico; seguro que sí, de otra manera esos negros no llevarían las antorchas encendidas, atrayendo a todo bicho viviente en dos kilómetros a la redonda y dejando que les hinquen el diente en sus gruesos pellejos.

El capitán Jat salió de su escondrijo y Pibby Tawles lo imitó, y pronto ambos retomaron el sendero, con el capitán avanzando en primer lugar.

—¡Ten los ojos bien abiertos, chico! —dijo el capitán—. Es posible que esos negros tan sólo sean supersticiosos, pero también es posible que en estos bosques haya algo realmente peligroso. Nunca puedes estar seguro con esos estúpidos diablos. Se pelearían por una linda piedra coloreada, pensando que es un objeto mágico, y al mismo tiempo serían capaces de rebanarte el bendito pescuezo sin pestañear. Jamás confíes en ellos… Y sin embargo, es posible que *haya* algo extraño rondando por los alrededores…

Se interrumpió de pronto, parándose a escuchar y sacando uno de sus pistolones. Pibby Tawles se dio cuenta de su actitud y optó por imitarle; de manera que ambos permanecieron vigilantes y en silencio durante más de dos minutos, ocultos en la oscuridad que los árboles proporcionaban.

—¡Ssh! —musitó de repente el capitán—. ¡Escucha eso!

Pibby también lo oía, una especie de sonido profundo, lejano, formidable que, en cierta manera, le resultaba familiar, sobre todo si no hubiera sido tan potente. Aunque, quizás, ésta sea una forma un tanto peculiar de definirlo; pero sí describía la extraña manera con que el origen de aquel estruendo parecía eludirlos.

—Es el mar, capitán —aventuró Pibby, tras tomarse un poco más de tiempo para escuchar, momento durante el cual reinaba un silencio absoluto, excepto por los extraños, imprecisos murmullos que las ramas de los árboles emitían en la oscuridad al ser agitados por la brisa nocturna que corría entre la espesura.

—¡Qué mar ni qué puñetas! —exclamó el capitán Jat, mientras lanzaba juramentos muy enfadado—. ¡Límpiate las orejas y cierra el pico! Seguro que se trata de algún diabólico ritual nativo cuyo fin es mantener alejados a los extraños; o, quizás, es algo que ni tú ni yo podemos entender… ¡Mantén los ojos abiertos y los pies listos, chico!

Volvieron a marchar por el sendero apenas visible, y pronto, en algo menos de una hora, salieron al otro lado del bosque, para alivio de Pibby, al que no le había gustado nada aquel extraño sonido nocturno que viajaba entre los árboles.

Más allá del bosque, la senda torcía alrededor de la base de un extenso montículo que el capitán Jat escaló con la intención de determinar su rumbo desde arriba, cosa de la que Pibby se dio cuenta al ver los chispazos del pedernal. Acto seguido, el capitán bajó del montículo y encabezó la marcha, desviándose un poco a la izquierda y progresando con suma lentitud y cautela.

Avanzaron durante un corto periodo de tiempo sobre una extensión rocosa en la que crecían dispersas matas de arbustos coronadas por unos árboles retorcidos. Mientras marchaban por este territorio, el capitán Jat se paró a determinar el rumbo con la brújula dos veces más. Y entonces, Pibby Tawles se dio cuenta de que el capitán prestaba mucha atención, como si esperase escuchar algún tipo de sonido, ya que cada vez iba más despacio y, al final, paraba cada cierto tiempo para escuchar.

Bruscamente, con Pibby pisándole los talones, el capitán giró hacia la derecha en dirección a una masa dispersa de árboles y arbustos. Entonces Pibby escuchó el sonido, un sonido de agua que caía, y se dio cuenta de que eso era lo que el capitán estaba buscando. Atravesaron por entre la vegetación, dibujando una senda que se dirigía directamente hacia el sonido. En pocos minutos, durante los cuales fue creciendo sin cesar el rugido del agua al caer, desembocaron en un terreno amplio y despejado, cubierto de rocas que ascendían en la oscuridad; y el sonido del agua resultaba muy claro ahora, procedente de algún lugar a su izquierda.

Siguieron aquel sonido y pronto llegaron a una extensión de agua burbujeante sobre la que descendía una poderosa cascada tras desplomarse desde las alturas de un pequeño acantilado; o eso es lo que pudieron deducir, en parte gracias a la difusa luz nocturna y en parte por el ruido del agua al caer.

—Ahí están las dos rocas afiladas de las que me habló el portugués, chico —exclamó el capitán con gran satisfacción—, justo como dijo que las vería.

Señaló en la oscuridad hacia el lugar en el que, a unos treinta y cinco metros de donde se encontraban con respecto a la cascada, el borde del pequeño acantilado crecía formando dos altos picachos de roca que se recortaban negros contra el cielo nocturno.

—Creo que al fin lo hemos encontrado, chico —dijo el capitán Jat, dejando en el suelo las dos palas y el saco, y sacando una pequeña linterna de su bolsillo.

Se esforzó con el pedernal y pronto consiguió prender la pequeña linterna. La puso en el suelo y desanudó el saco de lona, sacando dos largos rollos de meollar[43].

Los rollos eran de distinto tamaño y le tendió el más largo a Pibby, diciéndole que ascendiera el pequeño acantilado y escalara el pináculo rocoso de la derecha; hecho lo cual debía anudar el meollar a la punta de la roca y dejar caer el resto de la bovina.

Pibby dejó en el suelo los dos picos, se quitó los zapatos y se echó el rollo a la espalda. Acto seguido escaló el pequeño acantilado, ascendió a lo alto del pináculo derecho y anudó el cordel al extremo puntiagudo. Bajó hasta el borde superior del acantilado y llamó suavemente al capitán para que mirara desde abajo; luego lanzó el resto del rollo a su patrón, que aguardaba en medio de la oscuridad.

—¡Bien hecho, chico! —musitó el capitán Jat—. ¡Lo tengo! Haz lo mismo con el otro —y le lanzó el segundo rollo de cuerda.

Pibby consiguió atraparlo, más bien gracias al instinto que a la vista, y pronto lo tuvo asegurado a la punta del pináculo izquierdo, lanzando rápidamente a su patrón el cordel restante. Luego bajó del acantilado para ayudarle.

El capitán Jat se dirigió entonces hacia el este, desenrollando las bovinas de cuerda mientras caminaba. Pibby fue tras él con la linterna y los dos picos. En un momento dado, cuando el rollo más corto se terminó, el capitán Jat viró a la izquierda y siguió caminando hasta que también se acabó el rollo más largo. Entonces tiró de ambos cordeles, tensándolos, y en el lugar en el que se encontraron los dos extremos puso el tacón de su bota y tomó la linterna. Dirigió la luz hacia el suelo y Pibby vio que el capitán se encontraba encima de un trozo de roca cubierta de arena y tierra suelta. Los vientos y las inclemencias del tiempo habían dejado al descubierto los bordes de la piedra y Pibby descubrió que el trozo de roca era fino, aunque bien podía medir casi dos metros en todas direcciones.

—Toma las palas, chico —dijo el capitán, dándole un codazo en las costillas—. ¡Date prisa!

Pibby fue corriendo a por el saco y las palas. Cuando regresó el patrón le ordenó que mantuviera la luz de la linterna sobre la roca, y mientras Pibby le obedecía, el capitán Jat quitó la tierra y la arena con una de las palas hasta dejar la roca completamente limpia.

Se trataba de una losa grande y áspera, y si el capitán Jat no hubiese sido un hombre de considerable fuerza, habrían tenido bastantes problemas con ella. Primero tuvo que partirla con uno de los picos, mientras los ecos de los golpes resonaban con fuerza en medio de la noche; después introdujo el borde de la pala por debajo de los extremos de cada uno de los trozos de roca hasta conseguir levantarlos, mientras Pibby empujaba algunas piedras y las ponía debajo. Entonces ambos se dedicaron a la tarea y, con gran esfuerzo, consiguieron apartar los dos trozos de roca, dejando al descubierto una pequeña cavidad.

El capitán Jat arrebató la linterna al muchacho y la acercó al agujero, pero no había nada en su interior, a excepción de un viejo cilindro de cobre, cubierto de verdín, que estaba medio enterrado entre la arena que se había colado en el hoyo.

—¡Ajá! ¡Chico! —exclamó el capitán Jat mientras arrojaba la pala a un lado—.

Esto es lo que escupió el moribundo portugués antes de palmar.

Aplastó el cilindro con el tacón de la bota ya que estaba demasiado cubierto de verdín para poder abrirlo con facilidad. Cuando reventó extrajo un sucio fragmento de piel de cordero y lo desplegó ante sí al instante. Entonces empezó a lanzar juramentos y, para desahogarse, se puso a dar golpes a Pibby, el muchacho, y a lanzarle patadas a troche y moche hasta que el chico pudo escabullirse.

Acto seguido arrojó la piel de cordero, toda arrugada, a la cara de Pibby y se puso a caminar alrededor de la roca blasfemando sin parar. Le dio unas patadas a las palas que, con tremendo estrépito, cayeron en el agujero y luego tomó el saco y lo lanzó detrás; enseguida se dirigió hacia el muchacho con la intención de darle unas cuantas bofetadas más, pero Pibby Tawles había sacado una de las pistolas, así que el capitán se lo pensó mejor y empezó a reírse por lo bajo mientras hurgaba en los bolsillos de su enorme chaquetón. Sacó una petaca llena de ron, quitó el corcho con los dientes, se sentó en el suelo, encendió la pipa y se puso a beber y a fumar de espaldas al muchacho… murmurando para sus adentros todo el rato, sin importarle el alboroto que había provocado y las posibles consecuencias que podrían reportarles.

En cuanto a Pibby Tawles, tras escuchar y mirar un rato las tinieblas que les rodeaban, se dispuso a aprovechar el ahora tranquilo talante de su patrón, que ya conocía de otras veces y que siempre sucedía a sus arrebatos de mal humor. Tomó con suma cautela el arrugado fragmento de piel de cordero y se encaminó hacia la luz de la linterna, aunque tampoco era necesario proceder con tanto sigilo, ya que el apagado talante de su patrón, por el momento, era tal que no habría prestado atención ni escuchado absolutamente a nada, quedándose tranquilamente a fumar y beber sin importarle otra cosa.

Cuando Pibby Tawles se acercó lo suficiente a la linterna, que estaba sobre la roca, un poco por detrás de su patrón, extendió suavemente la piel de cordero mientras miraba de cuando en cuando al capitán para cerciorarse de que no le veía. Entonces, a la luz de la linterna, el muchacho se dio cuenta del porqué del enfado del capitán, ya que sobre la vieja piel de cordero había unas palabras escritas que Pibby pronunció lentamente:

AL QUE MADRUGA
DIOS AYUDA.
TONTO

Y entonces, mientras miraba la piel con una mezcla de sarcasmo y tristeza, ya que esperaba haber conseguido algún botín de su descubrimiento, dio la vuelta al fragmento de piel de cordero y descubrió dos garabatos desmañados en la parte trasera que, en principio, no tenían ningún significado para él.

Sin embargo, mientras los observaba, tuvo una idea y extendió el pellejo al trasluz de la linterna, con la parte que estaba escrita al frente. Pibby Tawles estuvo a punto

de echarse a gritar cuando descubrió lo que ponía, ya que los torpes signos que estaban garrapateados en la parte de atrás se convirtieron en dos palabras: «NO» y «ABAJO», que, evidentemente, habían sido escritas de tal manera en el envés del pellejo para que pudieran leerse al trasluz por la parte delantera, otorgando al texto completo un significado enteramente distinto:

AL QUE MADRUGA
DIOS *NO* AYUDA.
ABAJO TONTO

Pibby Tawles miró la espalda ancha y musculosa de su patrón, pero el capitán seguía fumando y murmurando para sí entre el humo de la pipa, demostrando el particular carácter avinagrado que bullía por las arterias de su cerebro. De vez en cuando se echaba un largo trago de la petaca llena de ron y, al instante, volvía a chupar la pipa, encorvando los hombros de una manera grotesca y lanzando maldiciones a cada rato.

El muchacho se quedó mirándolo el tiempo suficiente para asegurarse de que no estaba fingiendo ignorar lo que sucedía a su espalda, ya que Pibby había estado varios años al lado del capitán Jat, los suficientes para saber que algunas de sus reacciones eran completamente impredecibles, como si a veces, en extraños momentos, una especie de instinto primigenio, visceral, despertara en su interior, amplificando todos sus actos.

Y aquél era, evidentemente, uno de esos momentos de ceguera que poseían al capitán, así que Pibby enrolló el pellejo y lo deslizó con cuidado al interior de la pechera de su camisa, retrocediendo lentamente hacia el agujero que habían dejado al descubierto. Al llegar se inclinó y removió vigorosamente con sus sucias manos la fina arena que cubría el fondo del hoyo. Siguió escarbando con presteza y ferocidad, sin dejar de vigilar la espalda de su patrón.

De repente, el muchacho emitió un jadeo excitado lleno de asombro e incredulidad, ya que sus manos tocaban una masa dura que cambiaba de volumen ante la presión de sus dedos, determinando al fin que se trataba de incontables monedas. Se puso a palparlas y cogerlas enfebrecido, y luego sacó un montón del hoyo con las manos, quedando al descubierto, entre la arena que resbalaba, una buena cantidad de monedas doradas que brillaban extrañamente a la débil luz de la linterna.

—¡Oh! —susurró—. ¡Oh, Dios mío!

Miró la espalda del capitán, pero éste aún no se había dado cuenta de nada.

Pibby se quitó el pañuelo que llevaba anudado al cuello y depositó en él las monedas y la arena que tenía en las manos; acto seguido, volvió a meter una de ellas en el agujero y se puso a remover con vigor. Consiguió sacar tres buenos montones de monedas de oro y arena, y las depositó suavemente, de manera que no tintinearan, en el pañuelo, vigilando en todo momento la espalda del capitán.

De repente el capitán Jat alzó una mano y se puso a escuchar con suma atención, aunque aún seguía de espaldas al muchacho. Pibby dejó de escarbar al instante y recogió el pañuelo cuidadosamente, sin hacer ruido, ya que la arena que estaba entre las monedas impedía que tintinearan. Hizo una bola con el pañuelo y lo anudó fuertemente, guardándoselo en la pechera de la camisa, junto a la piel de cordero. Luego, con suaves movimientos, echó la arena sobrante al interior del hoyo, alisándola un poco. Y mientras realizaba todo esto no apartó los ojos de su patrón ni un solo instante.

El capitán seguía escuchando con gran atención, y Pibby Tawles le imitó, ya que ahora estaba seguro de que el capitán Jat no se había dado cuenta de sus manejos, sino que estaba a la espera de volver a escuchar alguna especie de sonido que seguramente habría imaginado oír en medio de la noche.

—¡Silencio, chico! —dijo el capitán con acritud, irguiéndose de golpe—. Es la segunda vez que lo oigo en menos de un minuto. ¡Silencio!

Se agacharon y siguieron a la escucha, mientras la luz de la linterna delineaba sus grotescas sombras sobre las rocas y el sonido de la cascada parecía llegarles a través de la noche con una claridad casi sobrenatural. En un momento dado, cuando Pibby se movió un poco, creyó haber oído el claro tintineo de una moneda en el interior de su camisa, pero seguramente se trataba de su imaginación, ya que los agudos oídos del capitán Jat no parecieron haber detectado nada.

Y entonces, desde muy lejos pero con una claridad espantosa, Pibby escuchó el mismo sonido que ya había oído antes, cuando caminaban entre los bosques.

Volvió a oírlo de nuevo… un sonido extraño, fuerte, clamoroso, que viajaba en las tinieblas nocturnas, y, de nuevo, le invadió esa sensación vaga, aunque aterradora, de familiaridad, algo que removía los recuerdos del muchacho de una manera espantosa.

Miró a su alrededor y, sin darse cuenta, se encontró con ambas pistolas en las manos. El terror indefinible y repentino que se había adueñado de él le hizo dejar de lado todo lo concerniente al oro, llegando a olvidar incluso que portaba un buen montón de monedas, ya que sentía que un peligro muy real se cernía sobre ellos en la ambigüedad de la noche.

Observó por encima del hombro la silueta inmutable, tensa, quieta y encorvada de su patrón.

—¿Qué es eso, capitán? —preguntó en voz baja, con la sensación de que el capitán Jat ya lo sabía. Y entonces, cuando apenas había terminado de hablar, ese clamor abominable y extrañamente familiar volvió a rasgar la noche inconfundiblemente cerca.

De pronto el capitán Jat pareció entenderlo y emitió un gruñido salvaje y repentino.

—¡Bestias! —exclamó en voz alta y extraña—. ¡Bestias! ¡Perros sagrados, chico! Los alimentan de carne humana en sacrificios en su honor hasta que ya no quieren

comer otra cosa. Oí hablar de ellos una vez, en estas mismas costas. En ocasiones, el sacerdote de turno los deja libres al anochecer. Por eso aquellos negros llevaban antorchas, para asustarlos. Aborrecen la luz, igual que las bestias salvajes…

Se interrumpió y arrebató la linterna a Pibby. Acto seguido echó a correr medio encorvado en dirección al agua, manteniendo la linterna muy abajo.

—Supongo que es por esto por lo que el maldito portugués estaba tan seguro de que no iba a conseguir el oro cuando me dio el mapa —le oyó murmurar para sus adentros Pibby mientras le seguía a la carrera—. ¡Me sonrió como un beodo, que el diablo se lo lleve!

El extraño, espantoso griterío les llegó ahora desde los bosques que crecían a sus espaldas, y el clamor parecía estar muy cerca. El capitán Jat lanzó un juramento y arrojó la linterna al agua, de manera que se quedaron en la más completa oscuridad.

—¡Malditos sean! —murmuró con una ferocidad increíble—. ¡Ya casi están aquí! Al agua, chico. ¡Rápido! ¡Por el ruido que hacen deben ser una multitud! ¡Y son tan grandes como mulas debido a su alimentación!

Agarró a Pibby por los hombros y lo lanzó a través de la oscuridad hacia la corriente del riachuelo; acto seguido, como si fuera un enorme gato descarnado, saltó a su lado, levantando rociones de agua a su alrededor.

Por encima de ellos, en dirección al bosque, el infernal griterío volvió a estallar muy cerca de donde se encontraban, y el capitán Jat lanzó otro juramento y se abrió camino en medio de la oscuridad, siguiendo el curso del poco profundo arroyo. Pibby le seguía muy cerca, dando traspiés, chapoteando y respirando con dificultad, ya que, debido a su corta estatura, el agua le resultaba un obstáculo mucho más grande que a las inusualmente largas y delgadas piernas de su patrón, a las que apenas llegaba el agua por las rodillas.

En un momento dado, el capitán Jat lanzó un mandoble a Pibby, enfurecido.

—¡No hagas tanto ruido, chico! —gruñó mientras se detenía y agachaba la cabeza hasta la altura de la cara del muchacho—. ¡Cómo esas bestias nos pillen te machaco, estúpido!

Acto seguido volvió a encabezar la marcha.

Corriente arriba, volvieron a escuchar la algarabía producida por los enormes perros, que ahora parecía portar una nota de amenaza. Se hacía evidente, por los sonidos, que habían salido del bosque y que estaban rastreando el «aroma» del hombre y del muchacho por la llanura rocosa que acababan de dejar atrás.

Mientras tanto, el capitán y Pibby progresaban corriente abajo en medio de la oscuridad, y el muchacho luchaba desesperadamente por no perder la estela de su capitán, que avanzaba a grandes zancadas. En un momento dado, Pibby resbaló en una piedra mojada y cayó de cabeza sobre la espalda del capitán, haciendo que el cuerpo enormemente largo y descarnado de su patrón quedara debajo de él y ganándose unos buenos cardenales, y, aún peor, estando a punto de ahogarse cuando aquel hombre tan alto se puso a horcajadas sobre el desafortunado y medio sumergido

muchacho y empezó a lanzar juramentos a la noche en voz alta. Y, en cuanto Pibby pudo liberarse y ponerse en pie, buscando aire desesperadamente, el capitán le dio un puñetazo haciéndole caer de nuevo y, acto seguido, como si hubiese descargado su rabia, volvió a ponerse a andar corriente abajo.

Resultaba imposible determinar si los perros habían detectado al fin su rastro en el aire nocturno, o si los insultos del capitán habían sido demasiado estruendosos para su propia seguridad. Lo cierto es que de pronto les llegó una nueva nota entre el griterío de los perros y, acto seguido, se hizo un silencio absoluto; y entonces, cuando ambos se pararon instintivamente para escuchar, oyeron en la distancia el claro, inconfundible y apresurado trotar de unas bestias que corrían por la orilla del riachuelo en pos de ellos.

—¡Vienen a por nosotros, chico! ¡Te dije que te iba a dar una buena tunda si nos pillaban! —exclamó el capitán Jat mientras le lanzaba a Pibby un bofetón con la mano abierta; pero el muchacho pudo esquivarlo y dio una feroz patada a su patrón en la rodilla, haciendo que el capitán gritara una maldición y se pusiera a saltar a la pata coja por el centro del riachuelo. Resbaló y cayó al agua con un tremendo chapuzón, e inmediatamente se puso a aullar entre risotadas, con voz tan poderosa que podía oírse sin dificultad a más de un kilómetro de distancia en medio del amenazante y repentino silencio que ahora reinaba, ya que lo único que se oía era el espantoso sonido de los perros acercándose a todo correr.

—No volveremos a ver la luz del sol, chico —dijo el capitán en un tono de voz casi jovial. Y, sin intentar levantarse del curso de agua en el que estaba sentado, sacó una de las pistolas y apuntó a algo que se deslizaba por la orilla—. ¡Ya están aquí, chico! ¡Dispara a todos los que puedas antes de que nos cojan! —gritó, mientras apretaba el gatillo.

Pero no se produjo ninguna detonación, ya que el cebo estaba húmedo. Volvió a maldecir a Pibby, y también al riachuelo, las pistolas, la pólvora, los perros y el Creador.

Mientras tanto, Pibby había intentado usar sus pistolas, pero también estaban inutilizadas por el momento.

Al instante, la oscura orilla parecía bullir de unas criaturas susurrantes e inquietas que se recortaban sobre la negrura de los bosques que crecían en la distancia. Entonces surgió un aullido ensordecedor, gutural y terrorífico, un griterío gigantesco y espantoso; y en ese mismo momento les invadió el hedor de la carne putrefacta que servía de alimento a aquellas bestias formidables. Se produjo un chapoteo repentino, y Pibby vio una sombra en el agua con la forma de un enorme perro. Entonces el capitán Jat se lanzó sobre ella cuchillo en mano, aunque Pibby apenas podía distinguirlo en la oscuridad.

Pibby vio que el capitán dejaba al perro en el agua y corría directamente hacia la alta ribera. Los perros que estaban arriba empezaron a aullar con bestial expectación. Y entonces, con gran estupor, Pibby vio una lluvia de chispas, y pensó que su patrón

estaba rascando el pedernal sobre las densas matas de hierba seca. Pero no pudo darse cuenta de que el capitán Jat había vaciado la mitad de su saquito de pólvora entre los hierbajos.

Los perros habían retrocedido un poco entre la lluvia de chispas, como si temieran cualquier signo de fuego. Pero enseguida volvieron a la carga. Y mientras se acercaban, las chispas prendieron en la pólvora, ya que se produjo un fiero resplandor que hizo que el capitán Jat retrocediera a toda prisa con la barba llameante.

Pero no era al capitán Jat a lo que Pibby prestaba atención en esos momentos. Al brillante resplandor del fuego había conseguido distinguir un buen número de perros de un tamaño tan enorme que sus cuerpos parecían ser tan grandes como los de los borricos jóvenes. Tenían un color sucio, de un blanco enfermizo, y estaban cubiertos de unas grandes llagas de aspecto espantoso, mientras que los ojos inmóviles brillaban bestiales y acuosos a la luz.

La manada de sabuesos había retrocedido instantáneamente en cuanto se produjo el fogonazo, y como el fuego siguió prendiendo en la hierba seca, lanzando llamaradas al aire, siguieron reculando poco a poco, como desvalidos, gimoteando curiosamente. Pibby Tawles se dio cuenta entonces de que las llamas se extendían entre la hierba seca, dispersándose en todas direcciones por aquella ribera del arroyo; y los perros empezaron a correr hacia los bosques lejanos, lloriqueando mientras se retiraban.

De repente, el muchacho vio algo extraordinario; entre la manada de perros había otras criaturas que también corrían a cuatro patas entre ellos, unas criaturas que gimoteaban y gruñían igual pero que, desde luego, no eran perros.

El muchacho había salido del agua y subido a la orilla opuesta, y tenía una vista más clara; y de repente se dio cuenta de que las criaturas que corrían con los sabuesos eran en realidad hombres, hombres que se desplazaban con increíble velocidad a cuatro patas… no apoyándose en manos y rodillas sino en manos y pies. Estaban cubiertos de arriba abajo con lo que parecía ser un gran pellejo de perro.

—¡Sacerdotes, chico! —oyó que decía el capitán Jat repentinamente por encima de su hombro, ya que había subido a la orilla tras él—. Son incluso peores que las mismas bestias si lo que he oído es cierto. A veces cazan con ellas por la noche… como hoy; eso me dijeron costa abajo, y ahora veo que es verdad. Tienen el mismo miedo mortal a la luz que los perros. Y he oído también que desprecian cualquier tipo de carne que no sea la carne humana. Y bien, ¡ahora sí me lo creo!

Encolerizado, el capitán Jat levantó una de las pistolas y apretó el gatillo apuntando hacia donde corrían los perros y los hombres bestias. Había cambiado el cebo mientras hablaba y la detonación sonó muy lánguida por encima del rugido del fuego que se extendía en la orilla opuesta; pero Pibby Tawles no pudo estar seguro de si había hecho blanco o no, aunque creyó escuchar un aullido distante y medio humano.

—Cambia el cebo, chico —dijo el capitán, mientras se ocupaba de recargar la

pistola recién disparada y sustituir los cebos de las otras.

Nada más terminar, el capitán Jat se dirigió arroyo abajo a grandes zancadas, con una pistola en cada mano y los ojos atentos a cualquier concentración de matorrales o amontonamiento de altas y plateadas hierbas por las que pasaran cerca, ya que pronto dejaron atrás el reluciente resplandor que producía el fuego, el cual no se había extendido mucho debido a la naturaleza rocosa del terreno, que hacía que las matas de arbustos y los mechones de altas hierbas crecieran en grupos dispersos, evitando que el fuego se propagase a los bosques cercanos.

Aproximadamente una hora después, el capitán y Pibby se habían alejado del fuego lo suficiente como para que éste apenas fuese discernible por un lánguido resplandor rojizo que brillaba a sus espaldas en el cielo nocturno; y a su alrededor volvió a reinar el profundo y tedioso silencio de las vastas y boscosas laderas de la gran punta de tierra.

—¡Silencio, chico! —gruñó de pronto el capitán cuando Pibby tropezó con una raíz semienterrada.

Unos minutos después interrumpió su caminar rápido y uniforme y echó el brazo hacia atrás, poniendo la mano sobre el pecho de Pibby.

—¡Ssst! —dijo—. Nos están siguiendo. Siguen nuestro rastro. ¡Escucha!

Ambos estuvieron quietos y en silencio durante un buen rato; entonces, bruscamente, desde los lejanos bosques que crecían a sus espaldas, les llegó de nuevo aquel extraño aullido casi familiar, pero que incorporaba una nota de espanto y resultaba, de alguna extraña manera, completamente antinatural.

—¡Son esos malditos sacerdotes! —dijo el capitán Jat sombríamente—. Son ellos los que emiten ese extraño sonido semejante al aullido de los perros. Se nos viene encima el averno, chico. Corre por tu vida. Corre o no volverás a ver amanecer sobre este mundo. ¡Y no hagas ningún ruido si no quieres que te dé una buena tunda!

El capitán Jat se dio la vuelta y avanzó entre los árboles a buen paso. Habían abandonado la ribera del arroyuelo un poco antes y ahora marchaban cuesta abajo casi a ciegas, aunque con la certeza de que si seguían en aquella dirección tarde o temprano llegarían a la costa. De vez en cuando, mientras corrían, podían escuchar aquel espantoso clamor que procedía de la oscuridad de los bosques que quedaban a sus espaldas, y los árboles que los rodeaban atrapaban el sonido y volvían a lanzarlo sobre ellos de una manera muy desagradable y desde media docena de direcciones distintas. Y durante todo el tiempo, aquel aullido hambriento y bestial se iba acercando a ellos sin parar.

De pronto, mientras bajaban corriendo a toda velocidad, Pibby perdió pie y cayó de cabeza, haciendo que la pistola que llevaba en la mano se disparara con una gran detonación que resonó en el profundo silencio del bosque. La bala pasó entre las piernas del capitán Jat, despellejando una de sus rodillas, y aquella figura alta y encolerizada se dio la vuelta maldiciendo a pleno pulmón y empezó a abofetear a Pibby repetidamente mientras se levantaba.

—¡Maldito cabeza de alcornoque! —rugió—. ¡Quédate ahí para que te devoren esos diablos que vienen detrás!

Acto seguido, se dio la vuelta y echó a andar a grandes zancadas en medio de las tinieblas, sorteando los árboles como si tuviera el poder de verlos en la oscuridad.

Pibby se puso en pie y marchó tras los pasos del capitán, aunque tenía la cabeza un poco ida debido a la tunda que le había propinado su patrón y a la violencia de la caída. Sin embargo, se puso a correr con desesperación, intentando discernir los ruidos que producían las botas del capitán, hasta que fue alcanzándolo poco a poco; quedarse atrás habría supuesto ser devorado por aquellas bestias sobrenaturales.

Continuaron avanzando de esta manera y, en las lindes del bosque, el muchacho consiguió alcanzar a su patrón, aunque estaba tan cansado, y maltrecho por los golpes que se había dado contra los árboles al avanzar en la oscuridad, que corría jadeante, intentando recuperar el aliento, y con las piernas tan entumecidas e insensibles que apenas podían sostenerle. Y fue entonces cuando el capitán Jat hizo algo sorprendentemente digno, ya que en esos momentos estalló un tremendo clamor producido por los perros y las bestias humanas que los seguían a menos de doscientos metros, en el interior del bosque, y ante aquel espantoso sonido el capitán Jat lanzó un brutal juramento y musitó: «¡A transportar al cachorro!», y se echó encima al exhausto muchacho, como si fuera un simple gatito, y comenzó a correr a una velocidad increíble hacia la playa, con sus largas piernas que parecían avanzar casi dos metros a cada zancada.

A sus espaldas el clamor subió de tono, fiero y amenazador, y tan cercano que se hacía evidente que los perros habían salido del bosque y se aproximaban a gran velocidad por el terreno abierto. De manera que el capitán Jat puso al muchacho más alto sobre sus hombros y le dijo:

—¡Sobre mis hombros, chico! ¡Dispara sobre mis hombros! ¡Hazlos retroceder, si puedes, o ésta no la contamos!

Pibby Tawles escudriñó las negras arenas y de nuevo estalló aquel clamor, muy cercano y perfectamente audible entre el rugido constante y omnipresente del mar que asomaba por su derecha. Entonces el muchacho vio algo, gran cantidad de bultos oscuros y vagos que se movían con rapidez tras ellos. Como ya saben, Pibby era un tirador extraordinario y empezó a disparar por encima del hombro del capitán, dejándole momentáneamente sordo; un terrible aullido procedente de las tinieblas le hizo saber que su disparo había hecho blanco. Siguió disparando sin descanso, y tres de aquellos disparos tuvieron por respuesta quejumbrosos lamentos que se dispersaron en la oscuridad de la playa. Entonces bajó la mano hasta el cinturón del capitán Jat y sacó una de sus pistolas, ya que había vaciado todas las suyas. Volvió a disparar y pudo escuchar un grito medio humano y terrorífico, y enseguida el muchacho fue consciente de que la persecución había cesado.

A sus espaldas se elevó ahora un gruñido feroz y bestial, mientras no dejaban de escucharse unos gritos terroríficos que fueron desvaneciéndose hasta morir en un

silencio atroz.

—¡Has acertado a uno de los sacerdotes! —masculló el capitán Jat sin aliento—. Y supongo que los sabuesos se han dado la vuelta para devorar al maldito, lo cual no deja de resultar bastante justo.

Desde atrás les llegó un renovado aullido que procedía de sus espantosos perseguidores, haciéndoles saber que las bestias habían dado por finalizada su repugnante comida y volvían a correr en pos de ellos a través de la oscuridad.

—¡Déjeme en el suelo, capitán! —dijo Pibby—. ¡Ya puedo correr sin ayuda!

El capitán Jat no dijo nada, pero abrió los brazos y soltó al muchacho como si hasta entonces hubiera llevado encima un simple fardo. Pibby aterrizó en el suelo dándose un buen golpe, pero enseguida se puso en pie y empezó a correr detrás de su patrón, mientras que a poco más de un centenar de metros se oía el constante, increíble griterío de los perros y los hombres bestias que los perseguían.

—¡El bote! —dijo el capitán un rato después, y se lanzó hacia delante.

Pero debió de pisar una de las grandes y redondeadas piedras que sobresalían aquí y allá entre la arena, ya que resbaló y cayó hacia delante, dándose un golpe tremendo en el rostro. Y allí se quedó, tan quieto y callado como si estuviera muerto.

—¡Arriba, capitán! —exclamó Pibby.

Pero el capitán Jat permaneció inerte sobre la arena, ya que había perdido el conocimiento a causa del golpetazo.

A sus espaldas, el ruido que producían las bestias fue acercándose espantosamente en medio de la noche, y Pibby podía oír el trote de muchas zarpas y el chasquido de los cantos que eran lanzados al aire bajo el galope de los enormes sabuesos. Cogió al capitán del hombro y el brazo y se lo puso a la espalda, de manera que tuviera a mano las pistolas que aún no estaban descargadas. Entonces, con rapidez y gran precisión, el muchacho empezó a disparar un cilindro tras otro a través de la arena, manteniendo las pesadas pistolas a unos pocos centímetros de altura.

Y con cada estampido de los cañones llegaba hasta él un feroz aullido de dolor; y entonces, por dos veces consecutivas, un lamento salvaje y casi humano respondió a sus disparos, y el griterío de los perros volvió a convertirse súbitamente en un terrible gruñido, por encima del cual resonaban unos gritos espantosos, lo cual le hizo comprender lo que de nuevo estaba sucediendo.

Pibby Tawles se volvió hacia el capitán y abofeteó salvajemente el rostro del hombretón con las manos abiertas. Y siguió haciéndolo más de una docena de veces, hasta que, de repente, el capitán Jat empezó a lanzar juramentos con voz pastosa y luego se volvió y se sentó, blasfemando locamente.

—¡Arriba, capitán! ¡Arriba! —exclamó Pibby—. ¡Volverán a por nosotros en un instante!

Ayudó al hombretón a ponerse en pie y le empujó hacia donde estaba varado el bote, a menos de una docena de pasos de distancia. Embarcaron, desataron la boza y empujaron con todas sus fuerzas, consiguiendo poner la embarcación a flote con

suma rapidez. En cuanto el bote tocó el agua, volvió a elevarse el rugido de los perros que se acercaban de nuevo; apenas habían embarcado, y cuando ambos estaban empujando con los remos para apartarse de la costa, se encontraron rodeados por las enormes bestias que chapoteaban en el agua poco profunda.

El capitán Jat empuñó su remo por un extremo y se puso a dar golpes entre la jauría de perros, y mientras lo hacía Pibby se agachó, esquivando las embestidas del poderoso remo de madera de fresno, y se puso a empujar con el suyo hasta que, al poco, el bote empezó a deslizarse en aguas profundas.

Sin embargo, en ese corto periodo de tiempo, uno de los perros más grandes había conseguido saltar y engancharse con sus cuartos delanteros a la regala de la embarcación, y hacía tremendos esfuerzos por subir al interior; pero el capitán Jat le golpeó la cabeza con la punta del remo y la gigantesca, apestosa bestia cayó al agua.

Un rato después tenían el bote fuera de peligro, rumbo a mar abierto, al socaire de la punta de tierra; pero a sus espaldas aún se elevaba el incesante, espantoso clamor de los grandes perros, y entremezclado en aquella algarabía un sonido que era infinitamente más atroz: el aullido repugnante, bestial y vagamente humano de los hombres bestias que cazaban con ellos.

Una hora más tarde, los dos estaban a salvo en la cubierta del barco, y Pibby escondía en su cofre de marinero, con infinita satisfacción, unas buenas ciento cincuenta piezas de oro que iba sacando del pañuelo oculto en el interior de su camisa. Y entonces, de una manera repentina y extraña, empezó a tener remordimientos de conciencia, y se puso a recordar cómo el capitán Jat le había llevado a sus espaldas. Estuvo pensando un rato y luego metió la mano en el montón de monedas de oro. Después se encaminó al camarote del capitán y le dijo que en realidad él sí creía que habían encontrado el escondite del tesoro.

Para apoyar su afirmación echó una moneda de oro sobre la mesa del camarote y le explicó cómo la había descubierto mientras escarbaba en la arena del hoyo.

—Chico —dijo el capitán con solemnidad, mirando por encima de su cuarto pote de ron—, regresaremos allí en nuestro próximo viaje para buscar el tesoro, aunque haya diez mil perros sarnosos. Pero ahora resultaría imposible volver, ya que todo el lugar será un caos durante uno o dos meses.

—A sus órdenes, capitán —asintió Pibby, y se arriesgó a llenar su pote de ron por segunda vez, ya que el capitán Jat le había invitado a que trajera su taza y se uniera a él mientras le contaba su historia. Pero, para su desgracia, el capitán Jat le agarró por el cogote y vertió el maravilloso licor sobre su espalda, por dentro de la camisa.

Lo cual, después de todo, resultó ser una estupenda curación a los problemas de conciencia de Pibby Tawles, ya que se volvió tan contento a su camarote y, sin preocuparse por el cambio de ropa, se metió en la litera y durmió profundamente con plácida satisfacción. Seguro que ustedes no habrán pasado por alto que había evitado hacer cualquier referencia a las restantes ciento cuarenta y nueve piezas de oro que reposaban cómodamente en el fondo de su cofre de marinero.

Y es que, como ya he apuntado antes, Pibby Tawles tenía muy buen ojo para aprovechar las grandes oportunidades.

CUENTOS DE TERROR EN EL MAR



Un horror tropical. Ilustración de Stephen Fabian

UN HORROR TROPICAL

Nos encontramos a ciento treinta y un días por mar de Melbourne, y desde hace tres semanas permanecemos inmóviles en una calma chicha y con un calor sofocante.

Es medianoche y nuestro turno de guardia en cubierta no acabará hasta las cuatro de la madrugada. Salgo y me siento en la escotilla. Un minuto después, Jocky, nuestro grumete más joven, se reúne conmigo para charlar un poco. Pasamos muchas horas sentados así, hablando mientras transcurre la guardia nocturna; aunque sea siempre Jocky el único que hable. Me siento feliz fumando y escuchándole, emitiendo de cuando en cuando algún gruñido de aprobación para demostrar que permanezco atento a sus palabras.

Jocky ha estado en silencio un rato, con la cabeza inclinada, como meditando. De pronto alza la mirada con la evidente intención de hacer algún comentario. Al mismo tiempo veo que su rostro se crispa en un gesto de horror indecible. Se acurruca con los ojos fijos en alguna parte detrás de mí, como presa de un miedo oculto. Su boca se abre. Articula un grito estrangulado y se desploma sobre la escotilla, golpeándose la cabeza contra la cubierta. Sin saber la causa de su espanto, me vuelvo a mirar al horizonte.

¡Dios del Cielo! Elevándose sobre los macarrones[44] del barco, iluminada por la brillante luz de la luna y a una braza de distancia, se abre una boca enorme y cubierta de baba. Grandes tentáculos cuelgan de los inmensos labios chorreantes. Mientras miro, la Cosa se acerca a la borda. Crece y crece de tamaño, y se hace cada vez más grande. No se distinguen ojos; sólo esa espantosa boca llena de baba sobresaliendo de un cuello ancho y desmesurado; mientras estoy allí, inmóvil, se iza a bordo, ondulando con la rápida agilidad de una monstruosa anguila. Se retuerce sobre sí misma, formando vastos y pesados pliegues. ¿Es que no va a terminar de subir nunca? El barco se escora a estribor bajo su peso, lenta y malhumoradamente. Y entonces la cola, una masa grande y fofa, traspasa la barandilla de madera de teca y se desparrama sobre la cubierta con un sordo chapoteo.

Durante unos pocos segundos la odiosa criatura permanece quieta, enrollada sobre sí misma en fangosas espirales. Luego, con una serie de movimientos bruscos y rápidos, la monstruosa cabeza se desplaza a lo largo del puente. Muy cerca del palo mayor se encuentran los barriles de aprovisionamiento y un poco más allá hay una barrica de carne en salazón que ha sido abierta recientemente y cuya tapa no está bien ajustada. El olor de la carne parece atraer al monstruo y lo puedo oír olfateando ruidosamente. Entonces aquellos labios se abren, dejando al descubierto cuatro enormes colmillos; tuerce la cabeza con un rápido movimiento, hay un crujir repentino seguido de un ruido estruendoso, y la barrica y la carne desaparecen. El tumulto hace que un hombre de la tripulación salga del castillo de proa. Debido a la oscuridad de la noche no puede ver nada durante unos momentos. Un poco después,

según avanza hacia la popa, ve, y huye lanzando gritos de terror. ¡Demasiado tarde! De la boca de la Cosa sale disparada una ancha y puntiaguda lengua de un blanco luminoso y cubierta de afilados dientes. Aparto los ojos, pero no puedo evitar escuchar el odioso «¡glu, glu!» que sigue.

Un segundo marinero que se halla en el umbral de la camareta, atraído por el alboroto, ha sido testigo de la tragedia y se precipita al interior del castillo de proa, cerrando la pesada puerta de hierro tras él.

El carpintero y el velero del buque salen corriendo en calzoncillos del puente de la cubierta central. Al descubrir a la terrible Cosa, huyen hacia la cabina de popa lanzando gritos de espanto. El segundo oficial, después de echar un vistazo sobre la baranda de popa, desciende la escalerilla de los camarotes seguido de cerca por el timonel. Puedo oírles asegurando la escotilla, y bruscamente me doy cuenta de que estoy solo en la cubierta principal.

Me había olvidado por completo del peligro que yo mismo corría. Los minutos que acaban de pasar parecen salidos de una horrible pesadilla. Sin embargo, ahora me doy cuenta de mi situación y, sacudiéndome el terror que me tiene paralizado, me vuelvo en busca de algún sitio seguro. Mientras lo hago, mis ojos se posan en Jocky, que yace acurrucado e inconsciente por el terror en el mismo lugar en el que se ha desmayado. No puedo dejarle allí. Muy cerca está el puente central, ahora desierto, donde se alza una pequeña caseta de acero con puertas de hierro. La de sotavento está abierta. Una vez dentro estaré a salvo.

Por el momento la Cosa no parece haberse dado cuenta de mi presencia. Sin embargo, ahora su cabeza, gruesa como un tonel, oscila en mi dirección; de repente se oye un sordo mugido y la larga lengua comienza a agitarse de un lado para otro mientras la bestia se vuelve, girándose confusamente en mi busca, hacia la popa. Sé que no hay un momento que perder; así que, tras recoger el cuerpo inanimado del grumete, comienzo a correr hacia la puerta abierta. Se encuentra a unos pocos metros de distancia, pero aquella espantosa criatura se desliza retorciéndose y ondulando por el puente detrás de mí. Consigo llegar a la caseta y me desplomo en el suelo aún cargado con mi fardo. Inmediatamente salgo de nuevo al puente para desatrancar y cerrar la puerta. Mientras hago todo esto puedo ver unos tentáculos blancos que empiezan a rodear el extremo de la caseta. De un salto estoy dentro con la puerta clausurada y el cerrojo echado. A través de los gruesos cristales de las troneras veo a la Cosa deslizándose alrededor de la caseta en una búsqueda infructuosa.

Jocky no se ha movido todavía; así que me arrodillo, le desabrocho el cuello de la camisa, cojo el cazón del agua y le echo un poco sobre la cara. Mientras estoy allí inclinado oigo gritar a Morgan con angustia; poco después se escucha un espantoso aullido de terror seguido de nuevo por el repugnante «¡glu, glu!».

Jocky comienza a desperezarse poco a poco, se frota los ojos y se sienta de golpe.

—¿Es Morgan el que ha gritado? —se despierta chillando—. ¿Dónde estamos? ¡He tenido un sueño espantoso!

En ese momento se escucha el sonido de pasos corriendo por la cubierta del puente y oigo la voz de Morgan al lado de la puerta.

—¡Abre, Tom!

De repente deja de hablar y da un horrible grito de desesperación. Entonces oigo cómo escapa precipitadamente. A través del ojo de la cerradura le veo correr de popa a proa, agarrarse a los aparejos y subir alocadamente a la arboladura. Algo se desliza tras él. Brilla con destellos blanquecinos a la luz de la luna. Se enrolla alrededor de su tobillo derecho. Morgan se queda quieto como un muerto, saca precipitadamente el cuchillo de su vaina y comienza a dar fieros tajos a la diabólica criatura. Por fin le suelta y consigue llegar a la parte más alta de la arboladura, corriendo por el mastelerillo de juanete[45] en un intento de salvar su preciosa vida.

Siguen unos momentos de calma aparente, y me doy cuenta de que comienza a despuntar el día. No se escucha el más mínimo sonido excepto el profundo y jadeante respirar de la Cosa. Mientras el sol va subiendo en el firmamento, la criatura se estira sobre la cubierta, como si disfrutase de su calidez. Y sigo sin oír ningún ruido, ni de los hombres que están a proa ni de los oficiales en la popa. Supongo que tienen miedo de llamar su atención. Pero, un poco después, oigo el estampido de una pistola en dirección a la popa. Me asomo para mirar y veo que la serpiente alza su enorme cabeza como si estuviera escuchando. Mientras lo hace, queda al descubierto la parte delantera de su cuerpo y, a la luz del día, puedo ver los detalles que la noche me había ocultado.

Allí, justo encima de la boca, destacan dos ojillos de apariencia porcina que parecen brillar con diabólica inteligencia. Balancea lentamente la cabeza de un lado a otro; de pronto, sin previo aviso, se vuelve con rapidez y dirige la mirada justo a la tronera por la que estoy observándola. Me aparto de su campo de visión, pero no con la suficiente presteza. Me ha visto; sus fauces monstruosas se aprietan contra el cristal.

Contengo la respiración. ¡Dios! ¡Si logra romper el vidrio! Me encojo de miedo, horrorizado. Desde la puerta llega un sonido fuerte y violento, como si algo estuviese arañándola. Empiezo a temblar. Entonces me acuerdo de las pequeñas contraventanas de hierro que se colocan sobre las troneras cuando hace mal tiempo. Sin perder un solo instante me incorporo y las ajusto a los cristales de la puerta. Seguidamente hago lo mismo con todas las demás troneras. Ahora nos hallamos en la más completa oscuridad y le digo a Jocky con un susurro que encienda la lámpara; lo cual hace torpemente.

Caigo dormido alrededor de una hora antes de la medianoche. Pocas horas después me despierto bruscamente al oír un grito de agonía y el golpear de un cacillo de agua. Se produce un sonido susurrante, como si alguien, o algo, arrastrase un cuerpo por la cubierta, seguido poco después del asqueroso «¡glu, glu!».

Creo adivinar lo que ha sucedido. Uno de los hombres de la tripulación ha salido un momento del castillo de proa con la intención de coger un poco de agua.

Evidentemente, pensaba que la oscuridad iba a ocultar sus movimientos. ¡Pobre miserable! ¡Ha pagado la intentona con su vida!

Después de este suceso no puedo dormir, aunque el resto de la noche transcurre en la más absoluta calma. Por la mañana caigo en una especie de duermevela, aunque despierto a cada instante sobresaltado. Jocky duerme pacíficamente; en verdad parece agotado a causa de la tensión de las últimas veinticuatro horas. Le despierto a las ocho de la mañana y desayunamos algunas galletas secas de marinero mezcladas con agua. De esta última, afortunadamente, tenemos en abundancia. Jocky parece encontrarse mucho mejor y comienza a hablar un poco, pero seguramente lo hace con un tono demasiado alto, pues mientras se pregunta cómo diablos acabará todo esto, se produce un tremendo martillazo contra uno de los costados de la caseta que la hace vibrar de nuevo. Después de esto Jocky enmudece. Mientras permanecemos así sentados no puedo hacer otra cosa que preguntarme qué estarán haciendo los demás y cuál será el destino de la pobre tripulación, encerrados sin agua, como la tragedia nocturna se ha encargado de demostrar.

Al mediodía escucho una fuerte explosión, acompañada un momento después de un bramido espantoso. Luego se produce un estruendo de maderas rotas y los gritos de unos hombres aterrorizados. En vano me pregunto qué ha sucedido. Intento razonar. El tremendo estampido ha sido producido con toda seguridad por algo más potente que una pistola o un simple rifle y, a juzgar por el salvaje lamento de la Cosa, el disparo ha surtido algún efecto. Dándole vueltas al asunto, llego al convencimiento de que los hombres que se hallan en la popa, de alguna forma, han conseguido disparar el pequeño cañón de señales que llevamos en el barco, y aunque sé que alguien, o algo, ha sido herido, o incluso muerto, una sensación de alegría llena todo mi ser al escuchar los aullidos de la Cosa, pues parecen los de un ser muy malherido, quizás de muerte. Pero los lamentos van cesando poco a poco y ya sólo se escucha un quejido esporádico que, más que de otra cosa, parece de rabia.

En esos momentos me percato, por la inclinación del buque a estribor, que la criatura se ha situado en esa zona; a lo mejor, pienso esperanzado, se ha cansado de nuestra compañía y se dispone a saltar sobre la barandilla de cubierta y zambullirse en el mar. Durante un rato todo queda en el más absoluto silencio y mi esperanza se fortalece. Me inclino sobre Jocky, que está durmiendo con la cabeza apoyada sobre la mesa y le sacudo suavemente. Se levanta con brusquedad y da un fuerte grito.

—¡Silencio! —susurro con voz ronca—. No estoy seguro, pero creo que se ha ido.

El rostro de Jocky se ilumina de forma extraordinaria y comienza a hacerme preguntas lleno de curiosidad. Aguardamos una hora más con creciente esperanza. Nuestra confianza aumenta rápidamente. No se oye ningún ruido, ni tan siquiera la respiración de la Bestia. Cojo algunas galletas y Jocky, después de revolver en el armario, se apodera de un trozo de carne de cerdo y una botella de vinagre de barco. Después de tan larga abstinencia, la carne actúa sobre nosotros como el vino y Jocky

no hace otra cosa que insistir una y otra vez en que abramos la puerta para ver si la Cosa, efectivamente, se ha ido. Pero yo no estoy dispuesto a consentirlo. Le digo que es mejor abrir antes las contraventanas de hierro y echar una larga mirada. Jocky asegura que no hace falta, pero yo me mantengo firme. Comienza a estar inquieto. Creo que la juventud no tiene mucha sesera. En ese momento, mientras me vuelvo para desatrancar uno de los postigos, Jocky se precipita sobre la puerta. Le agarro antes de que pueda quitar los cierres, y después de un pequeño forcejeo le empujo de vuelta a la mesa. Todavía estoy intentando tranquilizarle cuando, desde la puerta que mira a estribor —la misma que Jocky estaba intentando abrir—, nos llega una brusca y profunda inspiración, seguida inmediatamente de un tremendo aullido y del hedor espantoso de un aliento pútrido que se cuela por las rendijas de la puerta. Un temblor incontrolable se apodera de mí, a tal punto que si no llego a sostenerme en el cajón de herramientas del carpintero me habría caído al suelo. Jocky palidece y comienza a vomitar, y después se pone a sollozar desesperanzado.

Pasan las horas, una tras otra, y, mortalmente cansado, me tiendo sobre el cajón en el que estoy sentado e intento descansar un poco.

Deben de ser aproximadamente las dos y media de la madrugada y, después de dar una cabezada un poco más larga de lo habitual, me despierto de repente al escuchar un tremendo aullido en dirección al castillo de proa: hombres que chillan, maldicen e imploran; pero, a pesar del terror que emana de esos gritos, el sonido no es nada comparado con el mugir sobrenatural de la Cosa, sólo roto en algunos momentos por el endemoniado «¡glu, glu!». El terror más absoluto se apodera de mí y no puedo evitar caer de rodillas y ponerme a rezar. Demasiado bien sé lo que está ocurriendo.

Por suerte Jocky sigue durmiendo apaciblemente.

Ahora se dibuja una estrecha línea de luz por debajo de la puerta y sé que está rompiendo el segundo día de nuestro cautiverio. Dejo que Jocky siga durmiendo. Prefiero que descanse en paz mientras pueda. El tiempo pasa, pero apenas me doy cuenta. La Cosa está tranquila, seguramente durmiendo. Al mediodía mordisqueo una galleta y bebo un poco de agua. Jocky todavía duerme. Mejor así.

Un sonido perturba el silencio. El barco se balancea suavemente y sé que la Cosa está de nuevo despierta. Va de un lado a otro por cubierta, haciendo que el navío se incline perceptiblemente. Se desplaza hacia la proa… Me extraña que quiera explorar de nuevo los camarotes de la tripulación. Por supuesto, no encuentra nada, ya que se da la vuelta enseguida. Se detiene un momento al lado de la caseta y después sigue avanzando hacia popa. Desde algún lugar en lo más alto de la arboladura de proa suena una violenta carcajada, aunque se oye muy débil y lejana. El Horror se detiene al instante. Escucho con atención, pero no puedo oír nada excepto un agudo crujir más allá de la parte posterior de la caseta, como si el cordaje estuviese expuesto a una tensión excesiva.

Un minuto después oigo un grito en la arboladura, seguido inmediatamente de un

golpe sordo sobre la cubierta que parece sacudir el navío. Espero en un estado de ansiedad y terror. ¿Qué está sucediendo? Los minutos pasan lentamente. Luego se produce otro espantoso aullido. De repente cesa. Siento una terrible curiosidad y ya no soy capaz de soportar la incertidumbre. Abro con mucho cuidado una de las contraventanas traseras para poder echar un vistazo. Contemplo una escena terrible. Allí, con la cola sobre el puente y su enorme cuerpo enrollado al palo mayor, está el monstruo. Su cabeza sobresale por encima de la verga de gavia[46] mientras agita en el aire un tentáculo enorme terminado en una afilada pinza. Es la primera vez que tengo una imagen completa de la Cosa. ¡Dios del Cielo! ¡Debe de pesar cientos de toneladas! Como creo tener tiempo de sobra, abro un poco la puerta y saco la cabeza para mirar mejor. Allí arriba, justo al final de la verga de gavia, veo a uno de los marineros de primera. Incluso desde aquí abajo puedo distinguir el horror que atenaza sus facciones. En ese momento me descubre y grita con desesperación pidiéndome ayuda. No puedo hacer absolutamente nada por socorrerle. Mientras miro sale disparada la enorme lengua, echándole de la verga de un lametazo, de la misma forma que podría hacerlo un perro con una mosca que revolotease en el cristal de una ventana.

Aún más arriba, aunque felizmente fuera de su alcance, hay otros dos hombres. Si mis ojos no me fallan, creo que están amarrados al palo por encima de la verga entena[47]. La Cosa pretende llegar hasta ellos, pero después de algunos intentos fallidos desiste de sus esfuerzos y comienza a escurrirse hacia abajo, desenrollándose por el palo hasta la cubierta. Mientras lo hace descubro una profunda herida abierta en su cuerpo a unos seis metros por encima de la cola.

Desvío la mirada de la arboladura y la dirijo hacia la popa. La puerta que conduce a los camarotes ha saltado de sus goznes y el mamparo —que, al contrario que en la cubierta principal, es de madera de teca— está medio astillado. Me doy cuenta entonces, aterrorizado, del porqué de aquellos gritos que se oyeron justo después del disparo de cañón. Vuelvo la cabeza intentando ver el palo de trinquete[48], pero me resulta imposible. El sol ya está bajo y la noche se acerca. Retiro la cabeza y cierro la puerta, ajustando también la contraventana.

¿Cómo terminará todo esto? ¡Ay! ¿Cómo terminará?

Un rato después despierta Jocky. Está muy inquieto; aunque no ha comido nada durante todo el día prefiero que siga sin hacerlo.

La noche se cierra sobre nosotros. Estamos demasiado cansados, demasiado desanimados para ponernos a charlar. Me tumbo, pero soy incapaz de conciliar el sueño. El tiempo pasa lentamente…

* * *

Una especie de ventilador tabletea violentamente en alguna parte de la cubierta

principal: es un ruido indistinto, arenoso, que se repite sin cesar. Después oigo el grito de agonía de un gato y, acto seguido, todo vuelve a quedar en la calma más absoluta. Más tarde se produce un gran chapoteo en un costado. Desde entonces, y durante algunas horas, reina un silencio sepulcral. De vez en cuando me siento en el arcón y escucho, pero a mis oídos no llega el más mínimo ruido. El silencio es absoluto, incluso el crujir monótono de los aparejos se hace imperceptible; finalmente la esperanza comienza a abrirse paso en mi interior. Aquel chapoteo, este silencio… Tengo motivos sobrados para confiar. Prefiero no despertar a Jocky de momento. Antes me aseguraré de que no hay peligro. Aguardo un poco más. No quiero correr riesgos innecesarios. Pasado un rato, me deslizo hasta la puerta trasera y escucho atentamente. No hay ningún ruido. Levanto la mano y cojo el postigo, pero todavía dudo. Al final me decido y comienzo a descorrer el cerrojo que atranca la pesada contraventana. Por fin se balancea libremente sobre las bisagras y la aparto a un lado para poder mirar. Mi corazón late con violencia. En el exterior la noche parece extrañamente oscura. A lo mejor la luna se ha ocultado detrás de alguna nube. De pronto, la cubierta se ilumina por la luz de la luna, aunque todo queda a oscuras enseguida. Miro atentamente. Algo se mueve. De nuevo llega un chorro de luz y me parece estar observando una especie de cueva enorme, al final de la cual palpita y se estremece algo pálido y blancuzco.

¡Mi corazón está a punto de pararse! ¡Es el Horror! Retrocedo y agarro la contraventana de hierro con la intención de cerrarla de golpe. Mientras estoy en ello, algo rompe el cristal como un ariete, haciéndolo añicos, y se agita sobre mí entrando en el camarote. Lanzo un chillido y escapo a su alcance. El ventanuco del portón está completamente ocupado por aquella cosa. La luz ilumina débilmente la escena. Se enrosca y da vueltas de aquí para allá. Es tan gruesa como el tronco de un árbol y está recubierta de una piel suave y viscosa. Del extremo sobresale una enorme pinza, como la de una langosta, sólo que un centenar de veces mayor. Busco refugio en el rincón más alejado… Ha reducido a pedazos la caja de las herramientas con un solo chasquido de sus espantosas tenazas. Jocky se ha ocultado debajo de un camastro. La Cosa agita su tentáculo en mi dirección. Noto una gota de sudor que resbala lentamente por mi cara… tiene un gusto salado. Creo ver llegar una muerte espantosa… De pronto se produce un estallido y ruedo hacia atrás. La Cosa ha aplastado el barril de agua sobre el que estaba apoyado y estoy dando vueltas por el suelo completamente mojado. La pinza se eleva, luego baja y, con un movimiento inseguro y rápido, da un golpe pesado y sordo sobre el suelo a treinta centímetros de mi cabeza. Jocky deja escapar un sofocado grito de horror. La Cosa se alza lentamente y comienza a palpar el interior del camarote. Se precipita sobre un camastro, coge la almohada, la parte en dos trozos y luego la tira. Sigue moviéndose. Está tanteando el suelo del camarote. Mientras lo hace, una de las mitades de la almohada se cruza en su camino. Parece jugar con ella, después la atrapa con la pinza y la saca a través del ventanuco…

Una oleada de putrefacción invade el camarote. Se produce un sonido áspero y algo vuelve a entrar por el ventanuco; algo blanco, afilado y cubierto de dientes. Se retuerce por el interior, rasgando las literas, el techo y la cubierta, haciendo un ruido similar al que produce una sierra enorme en plena faena. Un par de veces aletea sobre mi cabeza mientras cierro los ojos. Luego se aleja otra vez. El sonido llega ahora de la otra punta del camarote, cerca de donde está Jocky. De repente el rechinar áspero y cruel parece suavizarse, como si los dientes se hubieran tropezado con alguna sustancia más blanda. Jocky da un grito horrible y entrecortado que poco a poco se transforma en un borboteo sibilante. Abro los ojos. La punta de la enorme lengua está fuertemente enrollada a un bulto que gotea. Enseguida vuelve a salir dejando una vez más que la luz de la luna se esparza por el camarote. Me pongo de pie. Miro a mi alrededor mecánicamente y descubro el estado lamentable al que ha quedado reducido el camarote: los baúles destrozados, las literas desmanteladas y… algo más…

—¡Jocky! —grito mientras un escalofrío me recorre el cuerpo.

De nuevo entra aquella horrible Cosa a través del ventanuco. Miro por todas partes en busca de un arma. Quiero vengar a Jocky. ¡Ah! Allí, justo debajo de la lámpara, entre las herramientas del carpintero desperdigadas por el suelo, hay un hacha pequeña. Doy un salto y me hago con ella. Es pequeña, pero está afilada… ¡muy afilada! Acaricio amorosamente su filo. Voy hacia el ventanuco y me coloco a un lado. Levanto el arma. La enorme lengua se desplaza directamente hacia los espantosos despojos que han quedado. Ya llega. Lanzo un grito: «¡Jocky! ¡Jocky!», y comienzo a dar salvajes hachazos, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, sofocándome a cada golpe; un hachazo más y la monstruosa masa cae sobre el suelo, retorciéndose como una terrorífica anguila. Un torrente enorme y cálido fluye a través del ventanuco. Se produce un sonido metálico de hierros rotos a la vez que un bramido fantasmagórico. Una canción comienza a llenar mis oídos y se hace más y más fuerte… El camarote se difumina ante mis ojos y todo se vuelve oscuro.

* * *

Extracto del diario de a bordo del buque de vapor *Hispaniola*.

24 de junio: Lat. … N. Long. … O. A las 11:00 horas… Avistado buque de cuatro palos a unos cuatro grados a babor, con claros signos de estar en peligro. Lanzado bote al agua, se pone en marcha la ayuda. Se trata del *Glen Doon*, navegando de vuelta a casa desde Melbourne a Londres. Todo el interior del buque en estado lamentable. Cubiertas inundadas de sangre y cieno. La cabina de acero del puente, doblada a golpes. Puerta rota y abierta. Encontrado joven de unos diecinueve años en estado de inanición; quedan restos también de un chico de unos catorce años. Hay gran cantidad de sangre por todo el lugar, y un enorme trozo de carne blanquecina y enroscada que llegó a pesar cerca de media tonelada, un extremo del cual parece

haber sido cortado con un instrumento afilado. La puerta del castillo de proa es encontrada abierta y colgando de una bisagra. Hoja abombada, como si algo la hubiese forzado. Interior revisado. Cosas en terrible estado, sangre por todos sitios, arcones rotos, literas destrozadas, pero ni un solo rastro de la tripulación. Se vuelve de nuevo hacia la popa y es encontrado el joven con síntomas de recuperación. Cuando vuelve en sí, pronuncia el nombre de Thompson. Dice haber sido atacado por una inmensa serpiente… aunque debe de haber sido una serpiente marina. Está demasiado cansado para decir mucho más, pero nos cuenta que había varios hombres atados al palo mayor. Marineros enviados a la arboladura comunican que aún permanecen atados al palo mayor, muertos. Se retorna a la cabina de popa. Aquí encontramos el mamparo reducido a pequeños trozos, y la puerta del camarote sobre la cubierta, cerca de la escotilla trasera. Encontrado cuerpo del capitán en la enfermería, pero no los de los oficiales. Descubiertos entre los escombros restos de un pequeño cañón. Se vuelve a embarcar.

Se han destacado seis hombres con el segundo oficial para llevar el buque de vuelta a casa. Thompson está con nosotros. Ha escrito su versión de los hechos. Hacemos constar, totalmente convencidos, que el estado del navío, tal y como lo encontramos, corrobora en su totalidad la susodicha historia.

(Firmado).
William Norton (Capitán).
Tom Briggs (Primer Oficial).



Más allá de la tormenta. Ilustración de Stephen Fabian

MÁS ALLÁ DE LA TORMENTA

—¡Silencio! —dijo mi amigo el científico mientras yo pasaba al interior de su laboratorio. Había abierto los labios para comentar algo, pero, ante su demanda, permanecí callado unos minutos más.

Se hallaba sentado delante de su instrumento; la máquina, en esos momentos, estaba recibiendo un mensaje de una manera extraña e irregular: se paraba un poquito y enseguida volvía a ponerse en marcha a toda velocidad.

Durante una de aquellas pausas, más larga de lo habitual, no pude resistir la impaciencia que se iba apoderando de mí y me aventuré a dirigirle la palabra.

—¿Es algo importante? —pregunté.

—¡Por el amor de Dios, cállate! —respondió nervioso, casi gritando.

Me quedé desconcertado. Estaba bastante acostumbrado a sus modales cortantes y secos, sobre todo cuando se traía entre manos algún experimento fuera de lo corriente, pero aquello estaba yendo demasiado lejos, y así se lo dije.

Estaba escribiendo algo y su única réplica fue poner delante de mí varias hojas, que mostraban una escritura irregular, y pronunciar un lacónico:

—¡Lee!

Agarré la primera página y comencé a echarle un vistazo con una mezcla de enfado y curiosidad. Después de leer unas pocas líneas quedé enganchado al texto por lo que, seguramente, podríamos llamar un mórbido interés. Se trataba del mensaje de una persona que había llegado a los últimos extremos de la resistencia humana. Ésta es la transcripción del texto, palabra por palabra:

»¡Nos estamos hundiendo, John! Me sorprendería mucho que entendieras realmente lo que siento en estos precisos momentos… tú, confortablemente sentado en el laboratorio, y yo aquí, sobre las aguas, con un pie en el mundo de los muertos. Sí, estamos condenados. En nuestra situación, la palabra ayuda ha perdido ya todo su significado. Nos hundimos… continua, inexorablemente. ¡Dios! ¡Debo tranquilizarme, ser un hombre! No es necesario que te diga que me encuentro en el camarote del telegrafista. El resto de los hombres están en cubierta… o muertos en el interior de la voraz criatura que está haciendo pedazos el buque.

»No sé con exactitud dónde nos encontramos, tampoco hay nadie a quien preguntar. El último de los oficiales se ahogó aproximadamente hace una hora y el barco ha quedado reducido a poco más que una especie de rompeolas ante el cual se abaten los mares agigantados.

»Antes, hace media hora más o menos, subí al puente. ¡Dios mío! El espectáculo era horrible. Apenas ha pasado el mediodía, pero el cielo es del color del fango… ¿Lo entiendes?… ¡Barro gris! De su regazo cuelgan grandes nubarrones. Pero no esas nubes que estamos acostumbrados a ver, no, sino una cortina espesa, mohosa, abismal. Parece algo sólido, excepto cuando el terrible viento rasga sus bordes inferiores formando grandes espirales que se arremolinan frenéticamente sobre

nosotros, como los tentáculos de un Horror monstruoso.

»Es difícil describir semejante espectáculo a alguien que aún está vivo, aunque la Muerte del Mar ya conoce bien tales avatares sin necesidad de mis palabras. Sabes que nadie que haya contemplado semejante visión puede pretender continuar en el mundo de los vivos. Es una estampa reservada a los condenados, a los muertos; una de las orgías infernales que el mar nos brinda… a veces; una diversión, un espectáculo maligno en el que participamos los muertos en vida, los que estamos en el borde, para regocijo de la *Criatura*. No tengo derecho a contarte todo esto; hablar así a una persona viva es como mancillar la inocencia con misterios infernales, como enseñarle a un niño palabras sucias. ¡Pero no me importa! Pienso describir, con toda su horrorosa desnudez, la cara mortal del mar. Los que aún no están condenados van a saber algunas de las cosas que la muerte intenta ocultar con tanto celo. Ella no sabe nada del pequeño instrumento que reposa bajo mis manos y que aún me mantiene conectado con lo vivo, aunque se apresure intentando cortar la comunicación.

»¡Escúchate a ti mismo, John! He aprendido cosas inimaginables durante este corto período de espera. Ahora sé por qué nos aterra la oscuridad. Jamás habría descubierto de otra manera los secretos del mar y de la tumba (que, en el fondo, son la misma cosa).

»¡Escucha! ¡Ah, pero estoy olvidando que tú no puedes oír! ¡Yo sí puedo! El Mar está… ¡Silencio!… El Mar está riéndose, con una carcajada que parece salida de la boca de un asno que se quema en los Infiernos. Berrea y se mofa. Puedo escuchar su voz resonando con el eco de un trueno satánico sobre el barro gris que flota encima de nuestras cabezas… ¡Está llamándome!… Me llama y debo ir… ¡El Mar me llama!

»¡Oh! Dios, ¿eres Tú, en verdad, Dios? ¿Puedes Tú permanecer tranquilamente sentado ahí arriba ante el horrible espectáculo que se desarrolla delante de mí? ¡No! ¡Tú no eres Dios! Tú te encoges atemorizado ante esta *Criatura* horrenda que Tú mismo creaste en Tu vigorosa juventud. *Ella* es *ahora* Dios… y yo soy uno de sus hijos.

»¿Sigues ahí, John? ¡Por qué no contestas! ¡Escucha! Ignoro a Dios porque hay alguien más poderoso que Él. Mi Dios está aquí, a mi lado, rodeándome, y pronto estará sobre mí. Sabes lo que quiero decir. Es inmisericorde. ¡*El mar es ahora el único Dios que existe*! Esta verdad es una de las cosas que he aprendido.

»¡Escucha! *Eso* está riéndose de nuevo. Dios es *eso*, no Él.

»Me llamaba y subí a la cubierta. Todo era espantoso. *Eso* está en el combés[49]… y por todas partes. *Eso* ha inundado el navío. Sólo el castillo de proa, el puente principal y la popa aguantan los embates de la bestial y apestosa *Criatura*, que se alza entre la sibilante espuma como tres islas solitarias. Gigantescas olas se precipitan sobre el navío por estribor y por babor casi continuamente. Forman una especie de bóveda efímera por encima de la cubierta, una bóveda de agua ondulante y sombría

que se alza a veinte metros sobre un horizonte estremecedor, para dejarse caer después, rugiendo. ¡Piensa en ello! Seguro que no puedes.

»Hay un aliento maligno en el aire: es la respiración de la *Criatura*. Aquellos que aún resisten encaramados en islotes empapados de maderas y hierros retorcidos están pasándolo horriblemente mal. La *Criatura* les está enseñando algunas cosas. Fui testigo del maligno aliento que surgía de sus fauces; después vine aquí abajo, a rezar por una muerte rápida.

»En el castillo de proa vi a una madre y a su hijo pequeño colgando de una barandilla metálica. Una ola gigantesca se alzaba por encima de ellos, precipitándose poco después en una rociada de espuma. Cuando pasó la embestida aún permanecían allí colgados. La Criatura sólo estaba jugando con ellos; pero, al mismo tiempo, había arrancado las manos del niño de la baranda y ahora se agarraba a los brazos de su madre con desesperación. Vi otra enorme montaña de agua que se alzaba ondulando sobre ellos. Entonces la madre se inclinó, intentando sujetar con sus brazos, como una bestia salvaje, las manos de su pequeño. Temía no poder aguantar el poco peso adicional. Oía sus gritos incluso desde el lejano lugar en donde me hallaba, los podía distinguir entre la salvaje risotada del mar. Me decía, una vez más, que Dios no es Él, sino Eso. Luego la masa de agua se precipitó sobre los dos. Me pareció que la Criatura mugía mientras saltaba sobre ellos. Rugió a su alrededor, agitándose y refunfuñando; poco después el oleaje se retiró, dejando a la vista un solo cuerpo… el de la madre. Creí distinguir sangre y agua mezcladas en su rostro, especialmente alrededor de la boca, pero yo estaba demasiado lejos y no puedo asegurarlo. Miré hacia otra parte. Cerca de mí descubrí a alguien más, una bonita joven (con el alma encogida por el aliento de la Criatura) que se debatía en la tempestad junto a su novio, intentando llegar ambos a la relativa seguridad de la cabina de mando. Él tiraba de ella, pero la muchacha no quería seguirle. Vi que se llevaba una mano a la cabeza, donde aún quedaban los restos de alguna especie de adorno. Le abofeteó. El joven dio un grito y cayó por sotavento, mientras ella… reía, reía enseñando sus blancos dientes. Aquello era demasiado. Di la vuelta y me fui a otro sitio.

»Sobre la cresta de las olas, en el vientre de la *Criatura*, horribles, indecentes, contemplaba ahora retazos, imágenes. Jamás había visto nada semejante. Vi a un robusto marinero mientras era arrastrado fuera del barco. Una ola inmensa se abatió sobre él… Aquellas cosas eran como dientes. *Eso* tiene dientes. Los oía castañetear. Distinguí el gemido del marinero. No era más que el zumbido entrecortado de un mosquito en medio de aquella risa, pero resultaba aterrador. Siempre hay cosas peores que la muerte.

»El buque está dando extraños bandazos, como si algo lo empujase maliciosamente…

»Creo que me he dormido. No… ahora lo recuerdo. Me golpeé en la cabeza cuando el barco comenzó a dar aquellos extraños tumbos. Tengo la pierna doblada

debajo de mi cuerpo. Creo que está rota, pero me da igual…

»He estado rezando. Yo… yo… ¿Qué iba a decir? Ahora me siento más tranquilo, resignado. Supongo que había perdido el juicio. Pero ¿qué es lo que te estaba diciendo? No puedo recordarlo. Era alguna cosa acerca… acerca… de Dios. Creo que he blasfemado. ¡Ojalá pueda Él perdonarme! Tú debes saber, Dios, que no estaba en mi sano juicio. Tú debes saber que me siento muy débil. ¡Quédate conmigo ahora! He pecado, pero todo Tú eres misericordia.

»¿Sigues ahí, John? El fin está muy cerca. Tengo tanto que contar… pero las palabras se escabullen, se me escapan. ¿Qué te acabo de decir? Comenzaré desde el principio. Estaba loco y… y Dios lo sabe. Él es misericordioso y ahora apenas siento miedo. Tengo un poco de sueño.

»No sé exactamente dónde estás, John. A lo mejor, después de todo, nadie ha escuchado todo lo que he estado diciendo. Mejor así. Los vivos son libres aún… yo no sé, no sé. Pero si estás ahí, John, debes… debes decirle a *ella* todo lo que ha pasado; pero no… no… ¡Escucha! Un torbellino de agua ruge justo encima de mi cabeza. Es como el encontronazo brutal de dos mares enormes que chocan entre sí en mitad del puente de mando y esparcen sus desechos por todo el navío. Ya falta poco… ¡y tengo que decir tantas cosas aún! Puedo oír voces en el viento. Están cantando. Parece un grandioso salmo fúnebre.

»Creo que me he adormilado otra vez. ¡Pido humildemente a Dios que todo acabe pronto! No debes… no debes contarle a *ella* absolutamente nada, nada, de lo que te haya podido decir, ¿lo harás, John? Creo que estas cosas no deben ser pronunciadas nunca. ¿Qué acabo de decir? Mi cabeza está cada vez más confusa. Me extrañaría mucho que realmente estuvieras escuchándome. Seguramente tan sólo estoy hablando al bramido monstruoso que ruge ahí fuera. Sin embargo, hacer esto me reconforta de alguna manera, y me cuesta creer que no estés oyendo lo que digo. ¡Escucha de nuevo! Una montaña de agua debe de haberse precipitado sobre la cubierta del buque. Se inclina peligrosamente sobre uno de sus costados… Ahora vuelve a enderezarse. Falta muy, muy poco…

»¿Estás ahí, John? ¿Estás ahí? ¡Ya llega! ¡El mar viene a por mí! ¡Fluye con rabia por los pasadizos del buque! ¡Es… es como una inmensa riada! ¡Dios mío! ¡Estoy aho-gán-dome! Estoy… aho…».

EL MISTERIO DEL BARCO INUNDADO

El gran velero a vapor *White Hart*[50] se deslizaba suavemente a media potencia bajo una noche oscura y sin estrellas en mitad del Atlántico Norte. El capitán paseaba por el puente junto con Swanscott, propietario del navío. Sobre la pequeña rueda del timón, uno de los cuatro oficiales de a bordo cabeceaba medio dormido, ya que el barco prácticamente se gobernaba solo, como apunta el dicho, y el hombre apenas si tenía otra cosa que hacer que esperar a que dieran las ocho campanadas.

De repente, el capitán se detuvo con brusquedad y se puso a mirar por encima de la proa; luego, tras sacudir al timonel, rugió con fuerza:

—¡A estribor, por todos los diablos! ¡Rápido, rápido!

Mientras la pequeña rueda giraba velozmente impulsada por las manos del timonel, el capitán se volvió un poco y escudriñó la oscuridad que se cerraba sobre la proa.

—¿Qué pasa, capitán? ¿Cuál es el problema? —dijo Swanscott, mirando a todas partes en medio de las tinieblas.

—¿Qué ha visto?

—Una luz a estribor, por la proa, señor —contestó el capitán—. Ahora debería encontrarse a nuestro costado.

Se giró hacia el timonel.

—¡Mantenga el rumbo! —ordenó.

—Rumbo estable, señor —respondió el marinero, sujetando la rueda del timón.

El capitán y el propietario del barco permanecieron juntos mientras escudriñaban las tinieblas por el lado de estribor; pero el tiempo fue pasando y no se distinguía ninguna otra luz.

—No veo nada, capitán —dijo Swanscott.

—¡Tampoco yo! —contestó el capitán, y lanzó un silbido.

Ordenó a uno de los marineros que fuera en busca del vigía, lo hiciera venir al puente y se quedara relevándole durante unos minutos. Cuando el centinela se presentó ante ellos el capitán le preguntó si había visto una luz a proa, por el lado de estribor.

—Sí, señor —contestó el hombre—. Creo que la vi; pero desapareció antes de que estuviera del todo seguro. Entonces usted hizo virar el barco a estribor, y supe que también la había visto. Pero no he vuelto a verla desde entonces, señor.

El capitán mandó al vigía de vuelta a proa, aconsejándole que estuviera más atento en el futuro. Luego graduó sus prismáticos nocturnos y volvió a escudriñar detenidamente las tinieblas que se concentraban por estribor; pero no distinguió la luz por ningún sitio.

—¡Qué extraño! —dijo el propietario—. ¿Cuál es su opinión?

—Bueno, señor, podría tratarse de uno de esos cascarones de madera de regreso a

puerto y que navega en silencio, intentando ahorrar combustible. Ya me he topado antes con alguno de ellos, y simplemente encienden una linterna por encima de la barandilla cuando algo se les aproxima. ¡Merecerían que les colgasen!

—Deberíamos haber distinguido sus palos con los prismáticos —dijo Swanscott —; suponiendo que estuviera tan cerca como usted piensa.

—Cierto, señor —respondió el capitán—. Y eso es lo que más me extraña. También podría tratarse de un náufrago en un bote a la deriva; pero, en ese caso, habría mantenido visible la luz hasta que lo hubiésemos rescatado. ¿Qué hacemos, señor? ¿Encendemos el reflector y damos una pasada por los alrededores? No tenemos prisa.

—Por supuesto —dijo Swanscott—. Todo esto es muy interesante.

El capitán hizo detener las máquinas y luego llamó con su silbato a dos de los hombres para que subieran al puente y destaparan el enorme reflector, que estaba montado sobre una plataforma en el extremo posterior del puente. Cinco minutos después un gran rayo de luz cortaba la oscuridad por el costado de estribor, dibujando unos semicírculos enormes sobre la superficie del mar mientras el capitán lo movía de un lado a otro.

—¡Vaya! —exclamó Swanscott, que se había puesto a su lado—. Ahí está. Tenía usted razón.

Iluminado por el foco de luz del reflector, aproximadamente a un kilómetro y medio de distancia, se distinguía con toda claridad y detalle los cabos y mástiles fracturados de un buque con casco de acero y velas en cruz.

—¡Un barco abandonado! —dijo el capitán—. ¡Señor, nos hemos librado por un pelo! Observe qué hundida está su línea de flotación, y le faltan el palo de trinquete y el mastelero. Se halla en medio de las rutas comerciales; observe su cubierta de carga. ¡Es vergonzoso! ¿Nos acercamos a investigar, señor?

—Desde luego, capitán.

El capitán ordenó avanzar a media máquina y le hizo una seña al timonel.

—A sus órdenes, señor —contestó entre dientes, y viró la rueda un par de radios.

El barco puso rumbo hacia el extraño pecio y en unos minutos se había deslizado junto a su popa, virando luego a sotavento durante unas cien yardas. En esa posición permaneció balanceándose suavemente sobre las olas, con el reflector enfocado directamente sobre el pecio abandonado. Se podía ver su estado a la perfección. Había perdido el mastelero mayor y el de trinquete, como ya he apuntado, así como todas las vergas y jarcias; incluso el botalón se había desprendido de la proa. El mastelero de mesana y los mastelerillos de sobrejuanete mayor también habían desaparecido, pero el mastelero de sobremesana aún permanecía firme, de manera que la embarcación se balanceaba en medio de la oscuridad, un pecio chorreante de cuya cubierta apenas sobresalían los extremos inferiores de sus mástiles y vergas, testigos mudos de lo que había sido.

—¡Vaya un objeto para ir deslizándose de un lado a otro en medio de la

oscuridad! —dijo el capitán mientras lo observaba a través de sus prismáticos—. Éste es el tipo de cosas que terminan revelando lo que les sucede a muchos de esos cascarones desaparecidos. ¡Imagínese chocar contra ese objeto a la deriva navegando a toda máquina! Apostaría cualquier cosa a que precisamente eso es lo que le ocurrió al *Lavinia*, si pudiéramos saber la verdad algún día.

Aquí se estaba refiriendo a uno de los barcos de la ruta del Atlántico Norte que había sido dado por desaparecido un poco antes de que ellos zarparan.

—Sí —dijo Swanscott pensativamente—. Y lo mismo podría habernos pasado a nosotros, si no hubiera encendido el foco. Pero ¿dónde diablos está la luz?

Ninguno de los dos sabía explicarlo, ya que no se distinguía ninguna clase de luz o vida a lo largo de toda la extensión del casco medio sumergido, y tampoco en las grandes masas de tablones de madera que asomaban por encima y en las que consistía su carga. Después de examinar el cascarón con el foco un poco más, Swanscott sugirió que podían abordarlo para echar un vistazo; y mientras arriaban el bote, corrió escaleras abajo para despertar a su amigo Hay, quien, no tenía dudas, estaría encantado de acompañarle.

Cuando ambos subieron a la cubierta, el bote ya se encontraba en el agua, al mando del primer oficial, y pocos minutos después los dos caminaban por las cubiertas medio sumergidas del derrelicto, rodeados del seco martilleo que producían los tablones de madera al deslizarse lentamente abajo, en las bodegas inundadas, y golpear sus costados y los quitaguas de las escotillas. De vez en cuando se producía un balanceo más fuerte y el líquido elemento rebosaba por encima de los quitaguas de las escotillas abiertas, y en todo momento se escuchaba el rumor del agua deslizándose sobre las cubiertas chorreantes y el suave gemido de las grandes masas de tablones de madera que presionaban el casco sumergido mientras se desplazaban flotando en el agua con cada nuevo balanceo. De manera que, con sólo mirar al interior de las escotillas abiertas, uno no podía evitar un profundo y sombrío malestar que tenía mucho que ver con la desolación y la proximidad de los abismos marinos, abismos que se dibujaban en las mentes de los que miraban el interior de aquel agujero preñado de oscuridad, agua y maderas chorreantes.

Swanscott y Hay, junto con el oficial y dos hombres, exploraron el pecio de proa a popa; es decir, lo que aún permanecía por encima del nivel del agua. El castillo de proa, en la parte delantera, estaba completamente desierto y brillaba, húmedo y chorreante, a la luz de los faroles. Todas las literas habían sido desmanteladas y debajo, a la altura de sus pies, sentían el tétrico golpeteo y balanceo de las maderas y el vaivén sombrío de la enorme masa de agua encerrada en las bodegas.

—Todo esto me da escalofríos —dijo Hay—. ¡Salgamos de aquí!

Encabezó la comitiva fuera de la sombría caverna de hierro donde las mismas cubiertas parecían más blandas y mullidas a causa del continuo y prolongado contacto con el agua. Se encaminaron luego hacia la parte trasera y allí miraron a través del tragaluz de popa sobre la oscuridad de los camarotes sumergidos y, por lo

que ellos podían discernir, a unos lugares por donde los cuerpos sin vida de varios tripulantes flotaban horriblemente de un lado a otro sobre las aguas tenebrosas.

—¡Puf! —dijo Hay, expresando de nuevo el sentir general—. ¡Qué espanto! ¡Abandonemos el buque!

Y así volvieron a su propia embarcación. Aquí, sin embargo, se discutieron asuntos más prácticos.

—Sí, señor —dijo el capitán—. No tenemos prisa, y aunque avancemos con lentitud durante dos o tres días, no nos afectará demasiado ni tampoco tendríamos que apartar ese maldito cascarón. Sería una bendición, y un deber, para cualquier navío que nosotros remolquemos ese pecio, ya que hundirlo parece imposible, a no ser que se le desmantele en trozos o que se le vuele en pedazos. Lo sé. Ya me ha pasado antes. Seguirá flotando mientras las maderas sigan unidas de alguna manera. Y además está la recompensa por el rescate.

Se habló largo y tendido del asunto, y Swanscott informó al capitán que «podía hacerse cargo de la empresa», y que el rescate se repartiría entre toda la tripulación del velero. La única condición que estipuló fue que nadie de la tripulación se embarcara en el pecio a menos que estuviera completamente demostrado que éste no se iba a hundir bajo sus pies.

—¡Hundirse! —exclamó el capitán—. No va a hundirse de ninguna manera, todavía no, al menos.

Todo fue dispuesto. Se pidieron voluntarios, y se escogieron cuatro de todos los que se presentaron. Fueron embarcados en el pecio, junto con algo de comida y agua. Uno de los botes, de los que el velero estaba bien surtido, fue amarrado a popa por precaución, no fuera que, como el capitán dijo, «se produjera lo condenadamente impensable», y el pecio acabara por hundirse. Se encendieron los faroles de posicionamiento y se encadenó un resorte elástico al cabo de remolcado para facilitar el «arrastre» del cascarón de la mejor manera posible. El contramaestre fue enviado a bordo al mando de los cuatro tripulantes, y el capitán le ordenó que pusiera de guardia a proa a uno de los hombres para que estuviera pendiente en todo momento del cabo de arrastre, y que el timonel se gobernara por la luz de popa del velero. Luego se encaminó hacia la proa e hizo avanzar el navío, que empezó a moverse en medio de la noche, suave y lentamente, tirando de su tétrica «carga» a unos cuatrocientos metros de la popa.

Durante un rato, después de que volvieran a ponerse en marcha, Swanscott y Hay pasearon por el puente en compañía del capitán, discutiendo los peligros de esos pecios abandonados como con el que se habían topado en medio de la noche. Entonces la charla derivó hacia la luz que el capitán insistía haber visto. Tanto Swanscott como Hay mantenían que debía haberse tratado de una de esas extrañas «luces caprichosas» que los marineros a veces ven repentinamente durante la noche con ojos cansados. Por su parte, el capitán estaba completamente seguro de haber visto la luz, aunque se empeñaba en no hablar más del asunto, hasta que Hay se dio

cuenta de que, si dejaban de «tomarle el pelo», es posible que se aviniera a contar qué es lo que se escondía tras su obstinado silencio. Le insinuó a Swanscott que dejaran el «acoso» y mostraron una actitud más conciliadora, consiguiendo finalmente que el capitán admitiera que lo que había visto podría ser lo que él llamaba una «luz de marinero».

—¿Una qué? —exclamó Swanscott, medio divertido, medio impresionado por la gravedad del viejo.

—Una luz de marinero, señor —dijo el capitán—. Es como una especie de aviso. Mi padre, que pasó cincuenta y cinco años en el mar, y murió allí, la vio tres veces, y si no hubiera hecho caso de ella habría estrellado su barco en las tres ocasiones. Siempre mantuvo que era un aviso a los marineros por parte de los espíritus de los ahogados. Yo esto me lo creo a medias, como podéis imaginar. Cuando estoy en tierra me parece un cuento de marinos, pero en una noche como ésta… Bueno, vosotros sabéis a qué me refiero. Habéis observado que el pecio estaba *vacío*, ni un alma a bordo. Y yo sé que he visto esa luz. Vosotros pensáis que estoy equivocado; pero, si no hubiera visto algo, ¿dónde estaríamos *ahora*? Os digo que tan extraña es una cosa como la otra.

—Creo que entiendo tu punto de vista —dijo Hay—. En cualquier caso, debo admitir que el mar es un lugar adecuado para el cultivo de todo tipo de fantasías, especialmente de noche, y con viejos naufragios y hombres ahogados rondando por los alrededores —y se puso a mirar hacia la oscuridad, donde las luces del derrelicto podían verse brillando a popa en medio de la noche—. De cualquier manera, capitán, usted es consciente, no tenemos que ser supersticiosos. Es posible que, en realidad, no viera nada, sino que fuera una especie de premonición.

El viejo dio un bufido.

—¿Y cuál es la diferencia, señor? —exclamó—. ¿Hay alguna?

En seguida, tras dejar al mando al oficial, el capitán fue abajo con los dos amigos y se sentaron un rato en el camarote de Swanscott para tomar un *whisky* antes de acostarse. Al rato, justo cuando iban a darse las buenas noches, el viejo capitán irguió la cabeza y se puso a mirar de un lado a otro del camarote, como si estuviera escuchando algo.

—Vaya tempestad que se ha levantado de repente… —observó—. ¡Escuchen!

La borrasca aullaba a su alrededor en medio de la noche, mientras las ráfagas de viento vagaban solitarias por el mar, gimiendo al pasar sobre ellos.

—¡Van a acabar mojándose! —dijo, refiriéndose al contramaestre y los cuatro marineros que estaban en el pecio—. Supongo que la embarcación se mantendrá a flote. Bueno, ya se secarán después del rescate.

Vació su vaso de un trago; al rato, volvió a levantar la cabeza, como si estuviera escuchando o esperando que sucediera algo. De repente saltó de su asiento.

—¡Lo sabía! —exclamó mientras salía disparado en busca del manillar de la puerta—. ¡Se ha separado! Sentía que navegábamos de un modo diferente.

Abrió la puerta y volvió a asegurarla a su espalda, luego corrió en busca de su capote encerado. Los dos amigos le imitaron, y fueron tras él sobre la cubierta. Al principio, todos se sorprendieron por la tormenta de viento y lluvia que se había desatado. Siguieron a duras penas al capitán hasta el puente, y le oyeron gritar al oficial de guardia que el «remolque» se había desprendido. No le hizo ningún reproche al marinero, ya que sabía por experiencia que aquí arriba, bajo el viento y la lluvia, el «meneo» (el movimiento) del barco se sentía mucho menos que abajo, en la quietud del camarote, donde los sentidos no se veían alterados por la fuerza cegadora del viento y la lluvia. Además, el chaparrón formaba una cortina de agua entre las dos embarcaciones, de manera que resultaba imposible localizar al otro buque por sus luces de posición hasta que el aguacero hubiera pasado, tal y como Swanscott y Hay ya habían descubierto por sí mismos, y por entonces podía estar aún más hundido o haber cambiado de dirección bruscamente a causa del viento, ocultándose de su vista.

Se destapó el reflector y lo enfocaron más allá de la popa, pero la lluvia era tan fuerte que la luz sólo producía un halo deslumbrante sobre las gotas de agua, perdiéndose en la noche entre destellos luminosos con los colores del arco iris, y no mostraba ningún rastro del buque perdido.

—¿Cree que están bien, capitán? —preguntó Swanscott con ansiedad, pues empezaba a temer que el derrelicto se hubiera ido a pique, a pesar de la seguridad del patrón en su solvencia para seguir a flote hasta el Día del Juicio Final.

—Desde luego, señor —contestó el capitán—. Espere un poco hasta que el chaparrón amaine y lo verá con sus propios ojos.

—¡Ahí está! —exclamó al cabo de unos minutos, mientras el aguacero se iba desplazando a sotavento—. ¡Ahí está! ¡Válgame Dios, se ha desviado más de lo que imaginaba! Muchísimo más de lo que hubiera creído posible.

Ahora se le podía ver claramente en el potente haz de luz, a unos cinco kilómetros por detrás de la popa, corriendo delante del viento.

—Esto es muy raro, señor Marsh —dijo el capitán al primer oficial, que estaba a su lado mirando a través de los prismáticos de visión nocturna—. Todo ese desplazamiento a popa debe haberle llevado a favor del viento, estoy completamente seguro.

El oficial estuvo de acuerdo, y el capitán le ordenó que virara a sotavento del derrelicto, cosa que se hizo de inmediato. Y así, con el reflector enfocado directamente sobre el pecio, consiguieron colocarse a unos treinta o cuarenta metros del casco y empezaron a llamar a los que estaban a bordo. Pero sucedió algo inexplicable: que no obtuvieron *ninguna* respuesta. Nadie se asomó a la barandilla ni hubo ningún grito de respuesta que atravesara la calma reinante una vez hubo pasado el chaparrón; nada, excepto, según Hay, que era el más impresionable, un extraño y débil eco de su llamada, que parecía reverberar vagamente sobre el chorreante costado metálico del navío.

—¡Por todos los Santos! —exclamó Swanscott—. ¿Qué está sucediendo, capitán?

—No lo sé, señor —contestó el viejo muy serio—. No entiendo absolutamente nada. Tenemos que abordarlo.

Se volvió hacia el oficial.

—¿Dónde ha ido a parar esa guindaleza, señor Marsh? —preguntó.

—No lo sé, señor —contestó el oficial—. Debe haberse soltado del noray o de los pernos de la orza, o de donde sea que la haya atado ese estúpido de contramaestre.

—Qué cosa más rara —dijo el capitán, y se fue abajo para comprobar si el bote estaba listo, ya que quería saber qué había pasado y tenía la intención de investigar personalmente aquel extraño acontecimiento.

Al cabo de un rato, tanto él como sus dos amigos, y tres tripulantes del bote, se encontraban sobre la chorreante tablazón de la cubierta y miraban a su alrededor. El capitán echó un vistazo a proa y a popa; luego hizo bocina con las manos:

—¡Contramaestre! —gritó—. ¡Contramaestre!

Pero sólo se produjeron unos ecos débiles y vacuos que rebotaban en el mamparo del castillo de proa y en el pequeño desnivel que se levantaba camino de popa. Se volvió hacia uno de los hombres.

—Vuelva al bote, marinero, y regrese al barco. Pídale al señor Marsh dos o tres lámparas. ¡Deprisa!

Cuando llegaron los faroles fueron repartidos entre los marineros y se emprendió una búsqueda exhaustiva; pero no se descubrió nada anormal. El contramaestre y sus cuatro tripulantes habían desaparecido sin dejar rastro; y la única explicación que podía tener alguna lógica era que el derrelicto se hubiera topado con una mar muy gruesa durante la tempestad y que las olas hubieran arrastrado a alguno de los hombres fuera del navío, mientras que el resto también se había perdido intentando rescatarlos; ya que resultaba incongruente suponer que una sola ola, o incluso varias en serie, pudieran haber arrastrado a la vez a cinco hombres desde las *distintas* partes del buque; así que todo apuntaba a lo que había sugerido el capitán, ya que si el pecio hubiera estado barrido por el oleaje, los marineros podían haberse refugiado en la arboladura hasta que la marejada hubiera pasado. Pero todos los presentes se sentían vagamente inquietos imbuidos en sus propias conjeturas. Aquella explicación podía ser posible, apenas posible, pero muy poco probable. Y sin embrago, a nadie se le ocurría otra mejor. Hay pensaba en lo que había dicho el capitán sobre las «luces de marinero», y se obligó a sí mismo a dejar el asunto; ya que le hacía sentirse inquieto y abatido; así que terminó reprochándose a sí mismo esos pensamientos supersticiosos.

—Y ustedes saben —dijo en voz baja el capitán a Hay y Swanscott—, ustedes saben que no ha entrado demasiada agua, y tampoco veo que el oleaje haya influido mucho. La tempestad resultó bastante fuerte, sí señor; pero no duró lo suficiente como para que el mar se encrespase demasiado. Es de lo más extraño.

Dejaron el pecio y volvieron a su nave con la intención de considerar el asunto. Al final decidieron esperar a la mañana siguiente, con la idea de estudiar las

posibilidades de reducir el navío a piezas, aunque el capitán no era muy optimista, ya que, como él mismo dijo:

—Resultará bastante difícil acceder al interior para sacar la carga.

Fue en ese preciso momento cuando el segundo oficial entró en escena.

—Espero que me disculpe, señor —dijo, mirando al capitán y al propietario del barco—. No pretendo ser impertinente, pero el oficial me ha comunicado que están abandonando la idea de salvar el pecio —y señaló con la cabeza el lugar en el que flotaba, iluminándolo con su linterna.

—Sí —dijo Swanscott muy serio—. No podemos correr el riesgo de que alguien más suba a bordo. Estoy muy afectado por todo lo que ha sucedido.

—Bien, señor —dijo el segundo oficial—, déjeme ir a *mí*. Iré solo. No tengo miedo. Me ataré con varias cuerdas de salvamento. El dinero del rescate significa mucho para mí, señor. Le ruego que me lo permita.

Al principio, tanto el propietario como el capitán se negaron en redondo a permitir que nadie más arriesgara su vida en aquel pecio un tanto misterioso; pero al final, el segundo mostró tanta resolución y falta de miedo que consintieron en dejarle hacer, aceptando incluso que se llevara consigo tres hombres más, si lograba que fuesen por su propia voluntad; lo cual, desde luego, consiguió fácilmente gracias a su fuerte personalidad y tras convencerles de que su parte proporcional del rescate supondría más del doble de su salario habitual, ya que tanto el capitán como el propietario habían acordado que la mayor parte de los derechos de salvamento correspondieran al valeroso segundo oficial y a los tres hombres que lo acompañaran.

—Y también es un buen marinero —dijo el capitán—, y tan valiente como el que más.

Volvieron a pasar la sirga de remolque, y el segundo oficial en persona comprobó que estuviera bien atada; también se ocupó de que volvieran a encender las luces de posición, que habían sido apagadas. Luego tendió las cuerdas de salvamento sobre las cubiertas y se preparó para afrontar cualquier peligro que pudiera acecharles.

Entonces el barco volvió a remolcar su carga y los que curioseaban fueron desapareciendo poco a poco bajo la cubierta, pero nadie se echó a dormir, ya que la pérdida del contramaestre y los cuatro tripulantes había trastornado a todos; el extraño halo de misterio que flotaba sobre su desaparición había añadido a la melancolía general unos leves estremecimientos de miedo y asombro.

Durante más de una hora el barco navegó pesadamente entre la noche, y sus luces de posición podían ser vistas con claridad a unos cien metros de distancia por la popa, ya que el capitán había dado órdenes de acortar la sirga de remolque.

Tanto el capitán como el propietario y su amigo, todos bien abrigados, estaban congregados en el puente, por el lado de barlovento, y el viejo les refería una historia acerca de otro extraño suceso que le había acontecido una noche en medio del océano diez años antes. De repente su narración fue abruptamente interrumpida por el grito de asombro que lanzó el oficial:

—¡Dios mío! ¡Ha vuelto a separarse, y las luces se han apagado!

—¿Qué? —aulló el capitán, y saltó hacia la esquina de popa del puente, desde donde podía ver mejor—. Sí, ha vuelto a desaparecer, señor. Hay algo diabólico en todo esto. Marinero, ese foco… ¡Rápido! Todo a estribor. ¡Deprisa!

Las últimas frases iban destinadas al hombre que estaba a cargo de la rueda del timón.

El barco trazó una amplia curva, y medio minuto después el poderoso haz de luz rasgó la oscuridad que se cerraba a babor. Barrió kilómetros de desolación, sin toparse con nada, y luego volvió en un círculo más amplio.

Entonces todos vieron el pecio, a más de tres kilómetros por el costado de babor.

—¡Ahí está! —exclamó el oficial—. ¡Dios bendito! ¿Cómo es posible que se haya separado tanto?

La sorpresa del hombre era total, y el capitán compartía el mismo sentimiento de asombro.

—¡Avante a toda máquina! —aulló—. Sigan alumbrándole.

Y en menos de seis minutos estaban pegados a su costado de sotavento. El capitán se asomó por la barandilla del puente y gritó:

—¡Señor Jenkins! —aquél era el nombre del segundo oficial—. ¡Señor Jenkins!

Pero no obtuvo respuesta alguna, a parte del eco lejano de su voz que reverberaba en los costados metálicos del navío, y otros leves y burlescos sonidos que parecían retumbar vagamente entre sus cubiertas llenas de maderos apilados y vacías de toda vida.

—¡El bote de estribor! —aulló el capitán. Después se dirigió a su oficial:

»Traiga media docena de rifles y distribúyalos entre la tripulación. Dé un farol a cada uno de los hombres que vayan a ir en el bote. Reparta los rifles y la munición, y tenga lista para arriar la falúa de babor. Mantenga encendido el reflector.

—A la orden, señor —respondió el oficial, y se marchó rápidamente a cumplir las órdenes mientras el capitán se volvía hacia el propietario del barco y el señor Hay.

—No sé qué está pasando, señores —dijo—. Pero si se deciden a venir con nosotros, será mejor que se hagan con algún arma. Hay algo diabólico a bordo de ese cascarón, pueden creerme; aunque sólo Dios sabe si las armas serán de alguna ayuda. Yo, desde luego, no lo sé.

Cinco minutos más tarde, tras una breve travesía en el bote, todos se encontraban a bordo del pecio, mirando temerosos a su alrededor y sin saber con qué se iban a encontrar. Rastrearon el barco de punta a punta, desde el anegado castillo de proa hasta la solitaria rueda del timón, donde, tan sólo unos minutos antes —como ya todos saben—, uno de sus oficiales había estado al cargo. Y ahora todo estaba invadido por el silencio y el profundo misterio que se había abatido sobre los nueve hombres que ya habían desaparecido aquella noche, sin dejar ningún rastro ni pista que pudiera aclarar lo que les había acontecido.

Cuando se dio por finalizada la búsqueda, el capitán reunió a todos los hombres y

entabló una breve charla con el propietario y el señor Hay, durante la cual se decidió abandonar el pecio durante el resto de la noche y llevar a cabo una búsqueda más amplia a la luz del día. Mientras hablaban podían oír bajo sus pies el constante rechinar de los maderos, y el sordo, hueco retumbar de la gran masa de agua que se desplazaba de un lado a otro en las bodegas; y todo esto, junto con el extraño e inexplicable misterio que ahora se cernía sobre el derrelicto, hizo que todos se sintieran muy aliviados cuando el capitán dio orden de volver al bote y regresar al navío.

Durante el resto de la noche el barco estuvo dando vueltas alrededor del pecio, enfocando directamente sus cubiertas con el reflector; y de esta manera llegó la aurora, y todos se prepararon para intentar resolver por todos los medios el misterio. Tan pronto como rompió el día se aparejaron dos botes con tripulación completa, totalmente armada, y fueron enviados a abordar el derrelicto; el capitán, Swanscott y Hay iban con ellos. Acto seguido, se emprendió una concienzuda búsqueda. Se movieron todos los tableros de las cubiertas, de manera que no pudieran ocultar nada extraño; se exploraron con minuciosidad el castillo de proa y la toldilla; pero tan sólo se pudo descubrir que incluso el agua ya había entrado allí, de manera que ya ocupaba el pecio desde la proa hasta la popa. Se inspeccionaron los camarotes de popa, ya que se vio que existía casi un metro de espacio para el aire entre la cubierta de popa y la superficie del agua; aunque el continuo balanceo del barco hacía que la gran masa de agua rodara de un lado para otro, de manera que casi cubría a los que buscaban, mientras que algunos hombres fueron heridos por los objetos que flotaban sin rumbo en el salón y los camarotes. Y sin embargo, no quedó ningún recinto sin explorar, aunque tampoco se encontró nada reseñable, excepto el lúgubre fluir del agua por todas partes, y el olor a humedad y salitre; y en todo momento, bajo los pies, la enorme masa de agua rodando de un lado a otro en las bodegas y el rechinar sordo y palpitante de los maderos henchidos de agua.

La búsqueda se llevó a cabo durante todo ese día, mientras el barco seguía remolcando al pecio camino de puerto, ya que Swanscott se había conjurado para llevarlo a tierra costase lo que costase, aunque sólo tirasen de él durante el día e hicieran regresar a los hombres al barco por la noche, volviendo a embarcarlos cada aurora.

Al caer la tarde el capitán mandó a descansar a casi todos los hombres del barco, dejando en el derrelicto a media docena de marineros armados, a las órdenes del tercer oficial, para proteger al timonel.

—¿Qué diablos está sucediendo, capitán? —preguntó Hay por centésima vez aquel anochecer, mientras cenaban—. ¿Podría tratarse de un pulpo?

—No, señor —respondió el capitán—. No hay pulpos en estas aguas. Sea cual sea el problema, se encuentra a bordo de ese cascarón. Es un mal bicho.

—¿Qué quiere decir con eso de… mal bicho, señor? —preguntó Swanscott muy serio.

—Bueno, señor —contestó el capitán—. No sé muy bien lo que quiero expresar, excepto justo lo que he dicho. Si dijera que el pecio está embrujado, usted se burlaría; pero es un mal bicho, recuerde lo que le digo, señor. Quiero que esos hombres vuelvan a bordo tan pronto como empiece a oscurecer.

—Bueno, capitán —dijo Hay—, ya está anocheciendo —y señaló las portillas abiertas—. Me sentiré mucho más tranquilo cuando estén de nuevo a bordo.

Pero incluso mientras hablaba se produjo un griterío en cubierta, y el silbato del primer oficial empezó a sonar con estridencia.

—¡Por Dios! —exclamó el viejo patrón—. ¡Se ha vuelto a separar! ¡Dios mío! ¡Demasiado tarde, demasiado tarde!

Se precipitaron hacia cubierta en pos del capitán, y allí descubrieron que éste tenía razón. El cable de remolque acababa de partirse y aún podía verse el derrelicto a lo lejos, por la popa, entre las brumas del anochecer. Algo extraordinario estaba ocurriendo en su interior, ya que se oían gritos y sonidos extraños que llegaban flotando sobre el mar, aunque no se escuchó ni un solo tiro ni ecos de lucha.

En dos minutos se prepararon los botes, ambos bien armados, y el barco cambió de rumbo, navegando hacia el derrelicto a toda máquina, enfocándolo con el reflector, aunque sin descubrir nada extraño por el momento. Se arriaron los botes a unos cincuenta metros del pecio, dirigiéndose de inmediato hacia su costado. Lo abordaron desordenadamente, con Swanscott y el viejo capitán a la cabeza; se distribuyeron los faroles y el resto de los hombres los siguieron, mientras el reflector del barco rastreaba las cubiertas del cascarón de proa a popa. El silencio era total cuando el capitán se llevó las manos a la boca y gritó:

—¡Señor Dunk! ¡Señor Dunk! —que era el nombre del tercer oficial.

No hubo respuesta; se reinició la búsqueda, con los hombres intranquilos y mirando temerosamente a todos lados. Sin embargo, no pudieron encontrar ningún rastro de los marineros o de sus armas, ni nada que indicara que allí se había producido una refriega. Daba la sensación de que ningún ser vivo había pisado las cubiertas del pecio desde hacía meses.

—¡A los botes! —dijo el patrón, y hubo una pequeña estampida entre los marineros que, sin embargo, el capitán controló rápidamente—. ¡Tranquilos, muchachos! ¡Con calma! ¡Con calma! —gritó—. ¡No pierdan la cabeza! —y en pocos minutos estaban de nuevo a bordo de su barco.

En el puente, Swanscott mantuvo una larga conversación con el capitán, a resultas de la cual el buque permaneció toda la noche al lado del pecio, navegando lentamente a su alrededor y con el reflector alumbrando continuamente sus cubiertas. A la mañana siguiente el capitán y los dos amigos abordaron el derrelicto junto con el carpintero y dos botes repletos de marineros, que se encargaron de construir en la popa una especie de refugio grande, de aspecto tosco aunque muy robusto, valiéndose para ello de los tablones que estaban amontonados en cubierta. Al atardecer estuvo acabado y, acto seguido, se cerró con una recia puerta corredera. También se le

practicaron una serie de pequeñas aberturas alrededor de los costados y en el techo, aunque éstas fueron aisladas firmemente con unos barrotes de acero que los maquinistas se encargaron de suministrar.

Una vez de vuelta en el barco, Swanscott reunió a toda la tripulación y les informó de que tenía la intención de pasar la noche en el refugio levantado sobre la cubierta del pecio, y que solicitaba voluntarios para acompañarlo. Al principio nadie se ofreció, pero de repente uno de los fogoneros dijo que él no tenía esposa y que estaba dispuesto a arriesgarse, y entonces otros lo siguieron hasta llegar a la docena de hombres. Todos ellos, junto con Swanscott, fueron a bordo del pecio, bien armados con rifles, revólveres y cuchillos; todos eran marineros de primera y sabían muy bien cómo usar sus armas. Swanscott pidió al capitán que dejara apagadas las luces de los mástiles y las de posición, y que ocultaran todas las demás, incluso la del reflector. El barco tenía que permanecer a unos cien metros de distancia, y en cuanto él disparara un tiro debía encenderse a toda prisa el reflector, enfocarlo directamente sobre el pecio y moverlo de un lado a otro, de manera que pudiera verse cualquier cosa extraña. El silencio debía ser absoluto a bordo del barco, y tampoco se podía fumar; los que quedaban a bordo tenían que estar listos y correr al costado más cercano con sus armas, aunque no debían hacer fuego hasta que el capitán diese la orden. Ésta era la consigna general para aquella noche.

Tan pronto como Swanscott, su amigo Hay y la docena de marineros y maquinistas entraron en el refugio se cerró y atrancó la puerta corredera. Acto seguido, tras hacer correr la voz de que se guardara absoluto silencio, y después de haber emplazado a un hombre junto a cada abertura de la construcción, Swanscott se dispuso a esperar. Estaba atardeciendo y pronto caería la noche; enseguida llegó la oscuridad, una oscuridad lenta e intensa, casi sobrenatural, o al menos así le parecía a Hay, cuyo espíritu, más sensitivo, estaba abierto a multitud de vagas sugestiones. Por debajo de ellos, cuando el barco se sacudía, podían escuchar el lúgubre sonido que producía el agua al fluir por las bodegas, y también el sordo rechinar de las empapadas maderas que a veces se tornaba en poderoso e insistente martilleo cuando el pecio era azotado por un oleaje más fuerte. Apenas hacía viento, excepto, de cuando en cuando, una ráfaga solitaria y leve que suspiraba entre la oscuridad, produciendo ligeros y extraños sonidos que se colaban por los barrotes de las aberturas, perdiéndose después en la lejanía y dejándolo todo en un silencio que se antojaba aún más profundo debido al contraste. Y así fueron sucediéndose las horas. Cada cierto tiempo, Swanscott iba lentamente de un hombre a otro para asegurarse de que todos estaban despiertos y en guardia; aunque, en realidad, resultaba bastante difícil pensar que alguien pudiera quedarse dormido en aquellas tinieblas silenciosas, ya que la noche estaba impregnada de una sensación de absoluto misterio e irrealidad, como ya he dicho antes, y todos los hombres se hallaban expectantes y completamente despiertos; así que Swanscott tenía que andarse con cuidado a la hora de hacer las rondas y no tocar inadvertidamente a alguno de los hombres, ya que se

arriesgaba a que éste se pusiera a gritar o se lanzara ciegamente sobre él en medio de la oscuridad.

Transcurrido un largo periodo de tiempo se originó un sonido completamente diferente a los típicos que producía el barco o los hombres al moverse. A Hay, que fue el primero en percibirlo, le parecía como una especie de vago y extraño lamento que les atravesara de parte a parte. Sonaba totalmente distinto del sordo discurrir de las aguas en las bodegas, y no se podía confundir con ningún otro sonido provocado por el mar al desplazarse sobre la estructura del buque. Estaba cerca, muy cerca, de donde ellos se encontraban, o así lo parecía; y Hay escuchaba la respiración contenida de los hombres inmóviles mientras prestaban atención, con tenso nerviosismo, a todo lo que oían, como si fuese el presagio de algún horror desconocido que estuviera a punto de materializarse ante sus ojos.

Entonces Swanscott decidió que resultaba vital *saber* qué es lo que estaba sucediendo, y prendió un fósforo. Mientras la luz tomaba fuerza los hombres no dejaban de moverse con nerviosismo, pero en seguida se vio que el refugio estaba completamente vacío, a excepción de ellos mismos.

Acto seguido se hizo el silencio durante un buen rato; luego, repentinamente, Hay intuyó que había algo cerca del refugio; fue una sensación más espiritual que corpórea. Se incorporó y tocó a Swanscott, y Swanscott tembló al sentir su mano, de manera que Hay se dio cuenta de que él también lo sabía. Entonces Swanscott se zafó de su mano y hubo un silencio absoluto en el interior del refugio, de manera que Hay supo que también los hombres tenían miedo de algo y que todos contenían la respiración… como escuchando.

De pronto sonó un pistoletazo que retumbó como un trueno en aquel reducido espacio, y el resplandor iluminó por breves momentos el rostro de Swanscott. Acto seguido, un brillante destello resplandeció sobre la estructura, desparramando su luz entre los barrotes de las aberturas, alumbrando a los hombres en actitudes tensas y crispadas, con las armas listas y mirando ciegamente hacia el lugar en donde se encontraba Swanscott, en la parte central del refugio, mientras de su revólver salía un hilillo de humo. Miraba hacia arriba, a través de los barrotes de una de las aberturas del techo. El brillo deslumbrante del reflector barría el refugio y pasaba de largo, dejándolo todo en tinieblas; pero Hay estaba ahora en una de las aberturas, y pudo ver el poderoso haz de luz que se desplazaba sobre las cubiertas del derrelicto. Entonces el rayo se detuvo bruscamente, quedándose fijo en una zona a media altura, iluminando con todo detalle el aparejo del mástil de mesana, justo encima de sus cabezas. Hay descubrió algo increíble y estiró el cuello todo lo que pudo, con la intención de ver un poco más allá. Docenas de extraños hombres bajaban en medio de la noche desde las jarcias más altas del palo de mesana. Un grito de sorpresa llegó atravesando el mar desde las gargantas de los marineros que se encontraban en el barco, y el reflector seguía alumbrando implacable la extraña escena, descubriendo a esos hombres terribles bajando en medio de la noche.

—¡Alto! —exclamó Swanscott con brusquedad—. ¡Alto, o abrimos fuego!

—¡A por ellos, muchachos! —alguien gritó desde lo alto—. ¡Acabemos con ellos!

Sonó un disparo en la oscuridad, y una bala rebotó en las barras de la abertura, justo encima de la cabeza de Swanscott. Éste contestó con su revólver y tres de las sombrías figuras cayeron de cabeza. Entonces se produjo un crepitar de disparos lejanos, y Hay supo que los marineros del barco habían abierto fuego con sus rifles sobre los extraños hombres que descendían para aniquilarlos. Contempló una docena de figuras negras que se arqueaban y caían, yendo a parar algunas al océano, aunque la mayoría lo hacía sobre las cubiertas. El refugio retumbaba con el sonido de los rifles al ser disparados, y Hay se dio cuenta también de que su revólver escupía fuego sin cesar, y observó cómo caían varias figuras a las que había disparado.

A los cinco minutos todo había terminado, y el capitán del barco subió a cubierta con una tripulación totalmente armada, mientras que los hombres que se encontraban en el refugio pronto se unieron a ellos. Swanscott dio una orden y se encaminó hacia las jarcias, seguido caóticamente por sus hombres. Subió por el palo de mesana y vio a un hombre combado en la punta del mástil de mesana, que era de acero y estaba hueco. Apartaron al hombre y entraron en el mástil, donde se toparon con unos travesaños entallados en el interior. Bajaron por ellos y llegaron a la carlinga o sobrequilla, en el fondo del navío, en donde habían cortado una parte del mástil, formando una especie de puerta. Atravesaron la insólita abertura y se encontraron en un enorme recinto que coincidía con la bodega del barco. Estaba iluminada con luz eléctrica, y había unos ventiladores en funcionamiento.

Swanscott estaba muy asombrado. La bodega del pecio se encontraba totalmente llena de agua. Lo había visto con sus propios ojos. Entonces, de repente, lo entendió. Sólo la parte superior del buque estaba inundada. Quienquiera que hubiese diseñado aquel extraño y misterioso cascarón había colocado una cubierta de acero sobre los baos de la sobrecubierta, a media altura de la bodega y recorriéndola completamente. Con este mecanismo tan simple habían conseguido aislar toda la parte inferior del buque, quedando una especie de tanque metálico que impedía el paso del agua y cuyo tamaño era de unos sesenta metros de largo por doce de ancho en su parte más amplia. La ventilación se conseguía gracias a las aberturas practicadas en los mástiles huecos, así como la manera de entrar y salir del recinto; aunque, como Swanscott descubrió más adelante, también tenían otros métodos de ir de un lado a otro a través de los objetos más grandes, y lo hacían gracias a una trampilla oculta debajo de la cocina del barco, que daba a un túnel metálico que discurría a través del agua con la que había inundado las sobrecubiertas.

Los marineros desaparecidos fueron descubiertos encadenados de la cabeza a los pies, pero todos estaban a salvo y en buena forma, excepto por el trato brusco que se les había dispensado. Todos contaron lo mismo: que habían sido hechos prisioneros antes de percatarse de que tenían a un extraño a su lado, y los que se resistieron fueron puestos fuera de combate o drogados, ocultándolos de la vista, con la clara

intención de asustar a los demás marineros del barco y evitar así que los remolcasen.

El objetivo de todas estas maquinaciones y misterios se hizo evidente cuando examinaron el contenido de la bodega que estaba bajo el agua. Se encontró allí una cantidad enorme de lingotes que, con toda seguridad, habían sido sustraídos del desaparecido vapor *Lavinia*, al que ya me he referido antes. Después de interrogar a uno de los heridos, quedó completamente demostrado que el derrelicto había sido diseñado para llevar a cabo una incursión pirática a gran escala. Había, como Swanscott supo tras examinar los papeles, una inmensa cantidad de oro que estaba siendo trasladada aquella misma semana de este a oeste, al contrario de la habitual «ruta del oro», y este viejo barco de acero había sido equipado con la única intención de transportar el oro de los transatlánticos de línea a la bodega secreta del supuesto derrelicto. Los lingotes eran testigos mudos de su éxito con el *Lavinia*. Pero ¿dónde estaba el *Lavinia* ahora? Ninguna pregunta pudo resolver el misterio; así que estaba claro que la respuesta sólo podía ser una: en el fondo del mar, donde, a no ser por la intromisión de nuestro barco, habrían ido a parar también, con todas las almas que transportaban pero no el oro, el resto de los sucesivos buques con los que se hubiera topado el pecio pirata. Ciertamente se trataba de un espantoso descubrimiento.

El método de actuación era sencillo: tras avistar a su víctima, el supuesto derrelicto emitía una señal de socorro; el barco de línea paraba para recoger a los supervivientes; entonces los auxiliados se revolvían contra los salvadores, y el resto podía imaginarse fácilmente. Quizás también había a bordo de los barcos atacados algún cómplice, aunque esto era bastante difícil de demostrar.

El extraño sonido que tanto había asustado a los que vigilaban en el refugio era producido por uno de los piratas que espiaba desde el interior hueco del palo de mesana, el cual atravesaba la edificación por el centro. Las tablas de madera habían sido colocadas para explicar el porqué un barco aparentemente lleno de agua no se hundía. También se pudo esclarecer un último misterio. La razón por la que el derrelicto derivaba con tanta rapidez era porque se le había instalado un motor eléctrico conectado a una hélice en la zona baja del casco, gracias a la cual podía mantenerse en la ruta de los transatlánticos de línea, o retirarse discretamente, eligiendo lo que más se adecuase a sus propósitos: la sustracción de oro.



El encantamiento del *Lady Shannon*. Ilustración de Stephen Fabian

EL ENCANTAMIENTO DEL *LADY SHANNON*

I

El capitán Jeller había reunido a sus hombres en la popa para decirles unas cuantas cosas mientras el *Lady Shannon* se balanceaba arrastrado por el remolcador canal abajo. Explicó con claridad meridiana que, cuando él daba una orden, esperaba ser obedecido con la oportuna rapidez, o de lo contrario habría «consecuencias».

El vocabulario del capitán Jeller era limitado y vulgar, y las palabras que solía elegir para expresarse bastante desagradables; pero era imposible no entender su significado, así que los miembros de la tripulación se dispersaron meneando las cabezas con preocupación.

—Justo lo que yo decía —apuntó uno de ellos—, ¡tiene el diablo en el cuerpo!

Y en estas palabras parecía haber una especie de resignación que era asumida por todos los demás; por todos menos por uno, un jovencito que proclamó en voz alta que sería capaz de clavar su cuchillo a todo aquel que se burlara de él.

—Eso es lo que tú te crees —replicó el mismo que había hablado antes—. Si lo intentas, vas a encontrarte con una saludable onza de plomo en tus saludables mollejas.

—Así es —dijo completamente convencido uno de los hombres más viejos de la tripulación—. Siempre llevan una pistola de mano en el bolsillo.

Pero el joven miró a los dos individuos de manera hosca y despreciativa.

—No harían nada de eso si vosotros os defendieseis antes. Lo que ocurre es que les permitís que se burlen de vosotros. ¡Corréis al sentir su aliento encima!

—Sólo tienes que esperar un poco, jovencito —replicó el segundo individuo—. Espera hasta que uno de ellos te muestre su navaja. Yo ya he navegado con ellos antes, novato, y tú no. Tienen recursos y formas de presionar de las que no tienes ni la más mínima idea. Ya aprenderás rápidamente como le caigas mal a alguno de ellos.

El viejo marinero terminó su disertación con un solemne movimiento de cabeza, pero el joven no dijo nada y se dio la vuelta dirigiéndose al castillo de proa, encogiéndose de hombros con incredulidad.

—Va a conseguir que se lo carguen —apuntilló el primer individuo.

—Sí —añadió el otro—. Es joven y se cree muy listo, ¡pero que el Señor le ayude si le cae mal a alguno de los oficiales!

Y ambos marcharon también al castillo de proa.

En la popa, dentro de la «leonera», tres de los aprendices, todos muy jóvenes, estaban sentados mirándose los unos a los otros con preocupación.

—¡Es un verdadero animal! —dijo Tommy, que era el más joven—. Si mi familia

lo hubiera sabido jamás habría permitido que esto sucediera.

—Vaya, jovencito —apuntilló Martin, un individuo más viejo que ya había hecho varios viajes con el capitán—, ahora estás embarcado en una aventura difícil, y aún la vas a encontrar más peligrosa como sigas hablando de esa manera con la puerta abierta. Ellos pueden oír cualquier cosa que digas en la popa, si no hace mucho viento, claro.

Tommy miró a su alrededor asustado.

Martin continuó asesorando a sus tres compañeros:

—Veréis, almas cándidas, lo que tenéis que hacer es volar como posesos cuando alguno de ellos os requiera para algo y, hagan lo que hagan, jamás se os ocurra contestarles. ¡Nunca!

Repitió con énfasis esta última palabra.

Los ojos de Tommy se agrandaron.

—¿Por qué? —dijo, apenas sin habla—. ¿Qué piensas que podrían hacer?

—¿Hacer? ¡Sólo Dios lo sabe! Nadie más, creo. Durante el último viaje trataron tan mal a uno de los marinos regulares que el pobre tipo se volvió majareta, loco perdido. Pensad que él iba de gallito y que «pasaba» tanto del segundo oficial como del mismo capitán; pero ellos se encargaron de machacar esa actitud bravucona, y también algunos engranajes de su cerebro, creo. De cualquier forma, ya estaba medio chiflado antes de que terminara la singladura.

—¿Por qué no hizo algo la tripulación? —preguntó el chico con candidez.

—¿Hacer algo? ¡Desde luego que no! Si lo hubiesen hecho, el viejo les habría disparado como si fueran un rebaño de ovejas.

—¿Y no contaste nada cuando volviste a casa?

Martin se encogió de hombros.

—Yo no. El tipo aquel se esfumó… desapareció. Además, ¿quién era yo para decir nada? ¿Qué podía contar? Me hubieran hecho callar de alguna manera.

—Jamás volveré a este barco, ¡nunca!

—Eso depende —replicó Martin—. Yo intenté enrolarme en otro, pero no había plazas libres. ¿Qué sería de mí ahora si hubiera ido por ahí contando lo que el segundo y el viejo le habían hecho a Toby, un simple marinero? ¿No sería muy agradable, verdad?

Tommy asintió muy serio, pero en sus ojos aún había un matiz de reproche.

—Aun así creo que deberías haber dicho algo…

—¡Venga, cállate ya! —exclamó Martin, interrumpiéndole—. Ya verás cuando tengas al viejo pegado a tu espalda, entonces sí que vas a parlotear.

Tommy, prudentemente, no emitió ninguna réplica, pero empezó a charlar con los otros dos en voz baja mientras Martin descansaba fumando en su litera.

II

En el curso de los días siguientes, el *Lady Shannon* tuvo vientos favorables y frescos que lo alejaron bastante de la costa; el capitán había puesto rumbo al oeste, de tal forma que ya no eran capaces de distinguir la tierra.

Ahora que se hallaban rodeados de agua azul por todos lados, ya no había ninguna duda sobre las intenciones de la oficialidad en cuanto al trato que pensaban dispensar a los que actuasen de meros «espectadores». Incluso las guardias de tarde se llevaban a rajatabla, y el trabajo continuaba indefectiblemente hasta la segunda guardia de cuartillo, cuando, en vez de permitir que los hombres fuesen a lavarse a las 6 a. m. había preparados baldes y fregonas —y piedras pómez— tan pronto como la guardia de la mañana era relevada a las cuatro en punto.

Todo esto, como puede imaginarse, hizo que los hombres estuviesen cada vez más descontentos, pero después de que el primer y segundo oficial dejaron fuera de circulación a tres o cuatro marineros con la ayuda de una cabilla[51], el malestar general fue confinado al interior del castillo de proa, y la tripulación consintió en someterse con resignación a un trato infinitamente peor que el dado a cualquier convicto en una de nuestras prisiones.

Pero, aun así, quedaba un hombre con las suficientes agallas y el orgullo necesario como para no dejarse pisotear; se trataba de Jones, el muchacho que había jurado que nadie le iba a amedrentar.

Por ahora había sido muy afortunado al no llamar la atención del segundo oficial, en cuyo turno de guardia se encontraba.

Pero el duodécimo día de su partida, sin embargo, tuvo lugar un violento encontronazo entre ambos. Los hombres estaban lijando las cubiertas y el segundo se paseaba de un lado a otro vigilando a los ociosos y manteniéndolos ocupados. De repente vio que Jones estaba masticando algo.

—¡Maldito seas, tú, puerco mascatabaco! —rugió—. ¡Escupe ese trozo y pon tus sucias carnes encima de la piedra de lijar!

Pero Jones no hizo nada de eso. Tan sólo cogió el rollo de tabaco y lo guardó en el bolsillo. Al instante siguiente tenía al segundo al lado.

—¡Te voy a enseñar a no obedecer lo que se te ordena! —gruñó, y dio una brutal patada con la bota al hombre arrodillado, haciéndole caer sobre la cubierta enfangada.

Jones cayó sobre su costado derecho, y el rollo de buen tabaco se escapó de su bolsillo, yendo a caer en medio del agua embarrada, sucia y del color de la tierra. Inmediatamente el segundo se inclinó a recogerlo, arrojándolo después por la borda.

—¡Coge esa piedra! —aulló—. ¡Rápido, o voy a molerte a golpes esa sucia cara que tienes!

Dio una torpe patada con sus recias botas de marinero mientras decía estas

palabras.

El puntapié pilló desprevenido a Jones, dándole de través en la espinilla izquierda y haciéndole lanzar maldiciones por el repentino dolor. Se irguió sobre sus rodillas.

—¡Piensas que te lo voy a traer! —dijo el segundo sombríamente—. ¡Comienza a restregar si no quieres que te dé más!

Jones no contestó y tampoco hizo intención alguna de volver al trabajo; se plantó delante del oficial con una mal contenida cólera.

—¡Eres un…! —explotó al fin.

—¡Esto, esto es…! —exclamó el segundo y marchó corriendo hacia el cabillero, de donde tomó una pesada cabilla de hierro. Volvió apresuradamente.

—¡Ahora verás, sucio bastardo de un hipocampo! —rugió—. ¡Te vas a enterar! ¡Anda, abre tu boca chismosa ahora!

Levantó la cabilla mientras señalaba la piedra de lijar.

—¡Cógela! —gritó—. ¡Cógela y vuelve al trabajo o voy a empezar a golpearte y no pararé hasta dentro de una semana!

Jones cogió la piedra, un trozo grande y sin forma, con un aire de aparente sumisión, pero, en vez de comenzar a pulir la arenosa cubierta, la levantó de repente con ambas manos y la arrojó con fuerza sobre el pie derecho del segundo. El oficial dio un aullido de enorme dolor, dejando caer la cabilla, levantó su miembro herido y resbaló, cayendo cuan largo era allí mismo, sobre el pequeño puente de popa, en mitad de la porquería y el fango.

Un instante después, Jones se había lanzado sobre él como un tigre, y cogiéndole del cuello le mantenía tumbado de espaldas; acto seguido comenzó a golpearle la cabeza contra la cubierta. Los hombres habían dejado de pulir y miraban la escena con una mezcla de terror y deleite.

En esos momentos se oyó un ruido de pasos que corrían en dirección a la popa; se precipitaron por el estrecho pasadizo que conducía al pequeño puente, deteniéndose sobre los cuatro montantes que había en mitad de la parte trasera del puente principal.

—¡Es el Viejo! —dijo alguien con voz asustada; pero Jones, cegado por la ira, no se percató de nada.

Justo después apareció la cara del capitán asomándose por encima de la barandilla del puente; su rostro estaba lívido por la cólera. Tenía un revólver en las manos.

—¡Jerusalén! ¡Estás golpeando a mi oficial! ¡Toma esto! ¡Y esto! ¡Y esto!

Comenzó a disparar indiscriminadamente sobre los hombres que se hallaban en el puente. Evidentemente había estado bebiendo, pues aunque intentaba alcanzar a Jones, tan sólo atinó con uno de sus disparos, y fue en la pantorrilla de otro de los hombres.

Enseguida, exceptuando a Jones y al segundo oficial, la cubierta quedó totalmente vacía. Todos habían echado a correr como carneros. Sobre el puente, el capitán continuaba disparando su revólver vacío, que chasqueaba inútilmente. No había cargado todos los agujeros de la recámara y ya había disparado los que sí estaban.

El primer oficial apareció corriendo desde la popa en camiseta y pantalones. Había visto el alboroto desde la barandilla de popa y en un par de saltos llegó a la cubierta principal. Pronto estuvo en el mismo sitio donde Jones seguía sacudiendo al oficial, que ya había perdido el sentido. Le propinó una fuerte patada, pero no tuvo efecto alguno. Acto seguido, se inclinó sobre él, agarrándolo por la cadena y cogiendo al mismo tiempo la pesada cabilla que había soltado el segundo oficial.

—¡Déjale, cerdo despreciable! —aulló, levantando la cabilla.

—¡Déjale, cerdo…! —repitió obscenamente el capitán desde el puente superior.

Justo en ese momento lanzó el revólver vacío sobre Jones. El arma describió un círculo en el aire, yendo a chocar contra la cabeza del primer oficial, de modo que éste cayó al suelo hecho una piltrafa sin enterarse de qué era lo que le había golpeado.

Desde la puerta del camarote de los aprendices salió un agudo «¡Hurra!», pronunciado por una voz infantil. Se trataba de Tommy, que no había podido evitar dar rienda suelta a su alegría ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos. El capitán le oyó y se volvió inmediatamente hacia la voz, lleno de rabia. Descubrió a Tommy y pasó de una zancada por encima de la barandilla. Aterrizó sobre la cubierta principal y se fue directamente a por el chico.

—¡Tú, baratija de popa[52] con cara de crío! —bramó—. ¡No cierres la puerta de tu caja de galletas!

Le agarró por la nuca, arrastrándolo hasta la barandilla de estribor. Después asió la abrazadera más baja de la gavia de mesana[53] y la pasó por entre los brazos del muchacho. Luego azotó al chico furiosamente con la pesada cuerda impregnada de salitre mientras éste sollozaba cada vez más débilmente. Debido a su estado de furia salvaje y embriaguez, no se daba cuenta de dónde golpeaba, y tras uno de aquellos latigazos, que percutió en la nuca de Tommy, el muchacho dejó de sollozar de repente.

A su espalda se oyó la voz del primer oficial, que maldecía, un golpe seco y un breve grito de dolor de Jones; otro golpe, seguido de una especie de gorgoteo y, después, silencio.

El capitán soltó a su presa y Tommy cayó sobre la cubierta, completamente quieto; después, arrojando la punta del cabo sobre él, se volvió prontamente a mirar al primer oficial, que ya se había recobrado del pistoletazo y que ahora estaba quitando el cuerpo de Jones de encima del segundo oficial.

Olvidándose completamente del cuerpo desmadejado del chico que yacía sobre la cubierta, el capitán dio unos cuantos pasos y miró desde arriba al segundo, que aún seguía sin sentido. Luego gritó, preguntando por el ordenanza, diciéndole que trajese algo de *whisky*. Cuando volvieron con el licor, entreabrió los labios del oficial obligándole a que tragara algo, y nada más volver éste en sí, le aplicó directamente la botella a la boca; después, ayudado por el ordenanza, condujeron el maltrecho cuerpo del segundo a su habitación.

Enseguida el capitán retornó a la cubierta y ordenó a dos de los hombres que

subieran a popa y llevaran a Jones hacia la proa. Tommy había sido recogido en su camareta por los aprendices en cuanto el capitán y los oficiales abandonaron el puente, y ahora Martin estaba muy ocupado mojando su cabeza con agua salada.

III

Sucedió dos noches después, durante el primer turno de guardia. El segundo había logrado quitarse de encima los efectos de su apaleamiento lo suficiente como para poder volver al trabajo. Se había jurado a sí mismo que, si Jones vivía, se las iba a tener que ver con él antes de que el navío tocase puerto. Pero Jones aún seguía en un estado de semiinconsciencia, debido a los golpes que había recibido del primer oficial; así que, de momento, el segundo tenía que tragarse su odio y esperar.

Ya habían dado cuatro campanadas y era noche cerrada; la luna resplandecía majestuosa en el cielo. Durante un rato el capitán y el segundo oficial habían estado paseando a lo largo de la popa, conversando acerca de varios tópicos, entre los que destacaba la forma de aplastar la insubordinación de los hombres. Entonces, en respuesta a una orden que el capitán había dado al segundo, éste se dirigió por el estrecho pasadizo —que se elevaba unos cuatro metros sobre la cubierta principal— hacia el pequeño puente que se sujetaba sobre cuatro puntales de madera de teca.

Sobre el puente estaba emplazada la brújula «estándar». Como complemento a la brújula había un par de filas de baldes de madera ornamentada, mientras que a través de la cubierta del pequeño puente sobresalía un ventilador. No había nada más sobre el puente, de manera que el capitán pudo ver perfectamente lo que sucedió a continuación. Observó que el segundo oficial se acercaba a la brújula y miraba el cristal iluminado. Entonces pudo escuchar su voz…

—Qué…

Pero la frase se transformó en un espantoso aullido, y el capitán contempló cómo agitaba los brazos delante de su rostro y luego caía de espaldas sobre la cubierta del puente. Con gran asombro y perplejidad, el capitán corrió a toda prisa por el pasadizo en busca de su oficial.

—¿Qué le sucede, señor Buston? —preguntó, nada más llegar a su lado; pero el segundo no dijo absolutamente nada.

El capitán cogió finalmente el farol de bitácora. Lo sacó de su sitio, dirigiendo la luz sobre el oficial caído. Bajo el resplandor pudo ver su rostro, extrañamente deformado. Después prestó atención a un delgado chorro que afloraba por debajo del hombro. Se arrodilló y dio la vuelta al cuerpo. La sangre manaba de la parte posterior de su hombro derecho.

Se quedó paralizado y soltó el cuerpo, que cayó de espaldas, inerte y

desmadejado. Se sentía aturdido y aterrado. Todo había sucedido delante de sus ojos, a no más de siete metros de donde él se encontraba, y aun así no había sido capaz de ver absolutamente nada que explicase los hechos.

El pequeño puente se erguía como una isla sobre la cubierta principal y sólo se podía llegar a él a través del pasadizo que se abría en la popa. Pero, aunque fuese de otra manera, habría sido imposible que alguien hubiera atacado al segundo sin que el capitán se percatase de ello. Cuantas más vueltas le daba al asunto más extraño e inexplicable se le antojaba. De pronto tuvo una idea y se puso a mirar hacia arriba. Era posible que alguien le hubiese arrojado una navaja o un pincho desde la arboladura. Él pensaba que no. A no ser que el arma fuera invisible, allí no había ninguna. Además, la herida estaba detrás.

Si hubiera sido causada por un puñal o un pincho, entonces la herida estaría en la parte superior de los hombros. Similares objeciones eran aplicables a la teoría contraria, es decir, que alguien hubiera lanzado el arma desde la cubierta inferior. En ese caso la herida se hubiese producido en la parte delantera o en un costado del cuerpo. No sabía qué pensar; le resultaba imposible descubrir el misterio.

Dejó de lado sus elucubraciones y llamó a voces a uno de los aprendices para que avisara al primer oficial. Envió a otro en busca de la tripulación, tanto al turno de guardia en cubierta como al que estaba abajo en las literas, ordenando que los reuniera a todos en la popa. Al menos tenía la intención de saber el paradero de cada uno.

El primer oficial llegó a la carrera escopeta en mano. Evidentemente presentía que existía algún tipo de problema. Mientras los hombres se congregaban, el capitán contó a su oficial todo lo que sabía.

Tan pronto como la totalidad de la tripulación estuvo reunida en la popa, el capitán hizo pasar de uno en uno a los hombres bajo la luz del farol de bitácora. Todos, excepto Jones, estaban presentes. Acto seguido se llamó a los aprendices; todos menos Tommy obedecieron la orden. Una vez hecho todo esto, el capitán ordenó a los hombres que no se movieran de donde estaban. Luego mandó al primer oficial que comprobase si el chico y el marinero ausentes se hallaban en sus respectivas literas. Tras unos pocos minutos volvió el primero, comunicando al capitán que, efectivamente, allí estaban. Luego el capitán hizo romper filas, aunque no dijo nada a los hombres acerca de la tragedia que había tenido lugar.

Tan pronto como se fueron miró al primer oficial.

—Venga aquí, señor Jacobs —dijo—. ¿Usted piensa que ese sucio malnacido está tan mal como parece?

—Sí, señor —contestó el primero—. No ha sido él, si es eso lo que está pensando. No me parece a mí que pueda hacer nada en su estado.

—¿Y el chico?

El primer oficial sacudió la cabeza.

—No, señor. Ni mucho menos ha podido recuperarse aún de la paliza que usted le

dio.

—Si supiera… —empezó a decir el capitán, pero dejó la frase sin acabar.

—¿Sí, señor?

El capitán iluminó el cuerpo del hombre muerto.

—¿Quién lo ha hecho? —preguntó, con un tono de voz que denotaba un profundo asombro—. ¿Quién lo ha hecho?

—Bueno, señor, seguro que ha sido alguno de los piojosos del castillo de proa.

—¡Alguien de la tripulación! ¡Usted piensa que iba a quedar alguno con vida si yo estuviera seguro de que habían sido ellos!

El primer oficial no dijo nada y el capitán continuó hablando.

—Es como si hubiese algo inhumano detrás de todo esto.

Removió el cuerpo con la punta de su zapato.

—Usted piensa, señor…

—¡Yo no pienso nada! ¡Hace rato que he dejado de pensar! ¡Dios! He visto cómo le asesinaban delante de mis ojos. Se desplomó muerto justo aquí, bajo la luz de la luna. No había nadie a su lado y tampoco ningún rastro de armas, ni nada por el estilo. Es como si algo invisible lo hubiese atacado.

El primer oficial recorrió con la mirada las silenciosas cubiertas, iluminadas de manera fantasmal por la luz de la luna. Aunque era un hombre bastante inteligente, no pudo evitar sentir un escalofrío de miedo.

El capitán siguió musitando entre dientes sus incómodas teorías:

—¡Es el fantasma de un muerto! —dijo—. Cuando ese cerdo de la proa la «espiche», debido a tu intervención, vendrá a por mí inadvertidamente, cuando tú estés en otro sitio… sin previo aviso.

Empujó indecentemente el cuerpo con el pie.

—No pensaba que fuera supersticioso, señor —dijo el primero.

El capitán se dio la vuelta y lo miró con fijeza.

—Y pensaba bien —dijo después de un rato—. No lo soy, ¡pero tampoco soy un estúpido ciego! Y cuando veo que uno de mis oficiales es acuchillado delante de mis ojos, y que no hay nadie a la vista, entonces puede apostar que creo en los hechos. Jamás he sido un bobo crédulo, y sólo me fío de lo que puedo ver con mis propios ojos. Así que hágame caso cuando le digo que en este paquebote hay algo que no es humano.

Pasó la luz sobre el cadáver del segundo oficial.

—¡Reconozco que no era muy buen tipo! —apuntilló, como hablando para sí.

Luego, tras un leve escalofrío y un posterior encogimiento de hombros, retornó a su estado habitual de ánimo.

—Venga, señor Jacobs, marchémonos de aquí —dijo.

Caminó delante, seguido de cerca por el primer oficial, dejando atrás el puente. Al llegar a la popa se volvió hacia su acompañante.

—Hágase cargo de la nave, señor. Voy abajo a echar un sueñecito. Le sugiero que,

tan pronto como se haga de día, traslade de sitio el cadáver y despeje el puente.

IV

A lo largo del día siguiente, el capitán se dedicó a emborracharse en la más completa soledad. El primer oficial, al ser advertido por el ordenanza de que el capitán se encontraba totalmente bebido, arrojó él mismo el cuerpo del segundo por la borda. No le atraía la idea de estar con aquella cosa una noche más.

Que los extraordinarios sucesos de la madrugada habían afectado profundamente al primer oficial era algo de lo que se discutía a todas horas en el castillo de proa. De repente su conducta había cambiado y procuraba no intimidar a los hombres; además, en tres ocasiones distintas, se hizo informar de cómo seguía Jones. Seguramente las teorías del capitán sobre los acontecimientos de la noche tenían algo que ver con este repentino despliegue de simpatía.

Como el capitán seguía borracho, el primer oficial tuvo que hacerse cargo de todas las guardias nocturnas. Para poder hacerlo así, determinó que uno de los marineros de mayor antigüedad permaneciese vigilando un rato sobre el puente de popa mientras él intentaba descansar un poco recostado sobre la claraboya del salón. Pero era evidente para los hombres que estaban haciendo guardia con él que el primero apenas podía dormir, pues a cada momento se incorporaba y escuchaba con ansiedad a uno y otro lado.

Incluso, una de las veces, llegó a llamar al hombre que estaba en la popa, preguntándole si no podía escuchar un sonido de agitación sobre el puente. El marinero aguzó el oído pero no estaba seguro de haber escuchado algo. Después de aquello el primero se puso muy nervioso y le ordenó que fuese a la proa a ver cómo estaba Jones. Bastante sorprendido, el marinero hizo lo que se le ordenaba, volviendo al rato para comunicarle que se encontraba muy mal y que los hombres en el castillo de proa pensaban que estaba a punto de dejar este mundo y que, en su cargo de primer oficial, debería ir a proa y echarle un vistazo.

Pero el segundo no estaba dispuesto de ninguna manera a hacer esto último. En su lugar, mandó al hombre al castillo de proa cada vez que sonaba la campana y él mismo, mientras volvía, se asomaba a la baranda de popa, sobre la cubierta principal. Dos veces más llamó al hombre para que escuchase, y la segunda el marinero estuvo de acuerdo en cuanto a que, efectivamente, parecía haber ciertos ruidos sobre el puente. Después de aquello el oficial permaneció quieto en el mismo lugar, mirando a su alrededor asustado, hecho un manojo de nervios.

A las dos y media de la madrugada volvió el marinero de una de sus visitas a la proa y le dijo al primer oficial que Jones había muerto. Mientras meditaba estas

noticias se produjo un sonido inequívoco y áspero que surgía del puente. Ambos se volvieron a mirar pero, aunque la luna estaba llena y lo iluminaba todo, no pudieron ver absolutamente nada. El marinero y el primer oficial se miraron a los ojos… uno bastante asustado, el otro completamente aterrorizado.

—¡Por…! —dijo el marinero—. ¿Ha oído eso, señor?

El oficial no dijo nada; sus labios temblaban fuera de control.

Al poco llegó la aurora.

Durante la mañana el capitán se dejó ver por la cubierta. Parecía estar completamente sobrio. Se encontró con el segundo oficial, que estaba ojeroso y muy tenso, reclinado sobre la barandilla de popa.

—Creo que debería ir abajo y echar un sueñecito, señor Jacob —le aconsejó cuando estuvo a su lado—. Parece que está usted agotado.

El primer oficial asintió cansinamente pero, aparte de eso, no dijo nada. El capitán le miró de arriba abajo.

—¿Ha sucedido algo mientras yo estaba… estaba abajo? —preguntó, ya que los modales del primero le hacían pensar así.

—Jones ha muerto —contestó el oficial con aspereza.

El capitán asintió, como si la respuesta del primero contestara algunas preguntas más.

—Supongo que se habrá desecho del cuerpo —dijo, señalando con la cabeza el pequeño puente donde había caído el segundo oficial.

El primer oficial asintió.

—¿Vio… o escuchó algo? —volvió a señalar el puente.

El primer oficial se apartó de la barandilla y miró al capitán.

—Un poco después de que Jones muriese, algo rondaba por aquel sitio —señaló el puente con el pulgar—. También lo oyó Stains.

El capitán no dijo nada. Parecía estar meditando sobre lo que le acababan de contar.

—Yo, en su lugar, no me acercaría al puente para nada, señor Jacobs —afirmó después de un rato.

El rostro del primer oficial se congestionó un poco.

—Le he oído decir a uno de los muchachos que Tommy se encuentra bastante débil esta mañana —replicó, con aparente indiferencia.

—¡… dito chico! —gruñó el capitán.

Después se volvió a mirar al primero…

—Usted cree que…

Sus ojos siguieron la mirada del primer oficial, que estaba fija en el puente, y dejó la frase sin terminar.

Fue un hecho notorio que, cuando el primer oficial bajó a la camareta a descansar, el capitán preguntó por primera vez por el estado de salud de Tommy. La primera vez mandó al ordenanza; la segunda fue él mismo en persona. Fue algo bastante inusual.

V

Aquella noche el capitán y el primer oficial hicieron juntos el primer turno de guardia. Al principio, antes de que la oscuridad fuese completa, pasearon de un lado a otro de la popa y mantuvieron una conversación desigual, pero, cuando la noche cayó por completo, se acercaron a la barandilla que se abría sobre la cubierta principal y permanecieron allí inclinados, sin pronunciar palabra alguna durante largos períodos de tiempo.

A cualquiera que los hubiese estado mirando, le habría parecido que ambos escuchaban con atención. Una de las veces pareció producirse un débil ruido que atravesaba la oscuridad reinante desde el puente, y el primer oficial se puso a balbucear con voz ronca y asustada.

—Deje de decir tonterías, señor Jacobs —dijo el capitán—, o se va a volver majareta.

Después de aquello no sucedió nada más hasta que salió la luna, elevándose sobre el costado de estribor. Al principio, su luz apenas iluminaba nada, pues el horizonte estaba cubierto de nubes. Más tarde, surgiendo por detrás de la brújula «estándar», pudo verse el óvalo superior de la misma, envolviendo la redondeada protuberancia de latón en un halo vaporoso de luz que le otorgaba un aspecto irreal y fantasmagórico. La luz se fue haciendo más brillante, dibujando sombras grotescas y confusas.

De pronto el silencio fue roto por un gorgoteo extraño, ronco e inhumano que salía del puente. El capitán se enderezó, aunque el primero no hizo el más mínimo movimiento; su rostro brillaba pálido bajo el resplandor de la luna. El capitán pudo ver que en el pequeño puente no había rastro de vida. Bruscamente, mientras contemplaba el lugar, se oyó una fuerte carcajada, espantosa y abominable. El efecto que causó en el primer oficial fue extraordinario. Tuvo una fuerte sacudida y después se quedó temblando de los pies a la cabeza.

—¡Viene a por mí! —fue elevando el tono de su voz hasta convertirse en un estremecedor aullido de locura.

Desde el puente les llegó otro sonido muy vago, que para el capitán no tenía ningún sentido. Pero sí para el primer oficial.

—¡Está viniendo! —gritó, con una voz tan chillona como la de una mujer.

Se separó del capitán y corrió dando trompicones por el estrecho pasadizo que conducía al puente.

—¡Vuelva, estúpido! —rugió el capitán—. ¡Vuelva aquí!

El primer oficial no hizo caso y el capitán se precipitó tras él. Había llegado al puente y tenía los brazos puestos encima de la brújula «estándar». Parecía estar luchando con ella. El capitán le cogió por los hombros, intentando alejarle de allí,

pero todos sus esfuerzos fueron vanos. De repente, mientras el capitán seguía debatiéndose con su oficial, algo brillante le pasó a toda velocidad por encima del hombro, rozándole una de las orejas, y acto seguido el primer oficial dejó de forcejear, cayendo sobre la cubierta.

El capitán se volvió con violencia, mirando a todas partes. Mas nadie puede decir qué es lo que vio exactamente. Los hombres que se habían agrupado abajo tan sólo pudieron escuchar un grito espantoso. Acto seguido su cuerpo cayó, volando por encima de la barandilla, sobre los que estaban abajo. Se apartaron, alejándose unos cuantos metros. Algo más saltó desde la barandilla. Algo blanco y escurridizo que fue tras el capitán sin producir ni un sonido. El capitán se escabulló, corriendo precipitadamente con la cabeza inclinada. Se refugió dentro de la caseta de acero que había en la cubierta principal y se quedó allí acurrucado.

—Atrápenlo, compañeros —gritó uno de los hombres, y se puso a correr detrás de las sombras.

El resto de la tripulación, envalentonados por su coraje, se acercaron formando un semicírculo. Las cubiertas aún estaban muy tenebrosas y mal iluminadas.

—¿Dónde está? —se oyó la voz de uno de los hombres.

—Aquí… aquí… no…

—Está en la verga —interrumpió otro—. Está…

—¡Hombre al agua! —gritaron varios a la vez, y todos se precipitaron sobre el costado del barco.

—Yo no he oído ningún chapoteo —dijo entonces uno de los hombres, y nadie le contradijo.

En cualquier caso, estuviera donde estuviera, Martin, el aprendiz con mayor antigüedad, insistió en que aquella cosa blanca le había recordado mucho a Toby, el marinero que se había vuelto medio loco debido a la brutalidad del capitán y los oficiales durante la travesía anterior.

—Era por cómo movía las rodillas al andar —explicó—. Solíamos llamarle «Rodillas» antes de que se volviera majara.

El resto de la tripulación ya no tuvo ninguna duda de que, efectivamente, había sido Toby, el marino medio loco, el que se había metido de polizón en el barco y urdido una terrible venganza contra sus atormentadores. Aunque, desde luego, nadie lo pudo probar.

Cuando, después de una tensa noche en blanco, la tripulación del *Lady Shannon* llevó a cabo una meticulosa búsqueda del puente, pudieron encontrar restos de harina sobre la cubierta; de igual forma, la boca y el conducto del ventilador que se abría en mitad del puente estaban manchados con la misma sustancia blanquecina.

Todas estas pistas hicieron dudar a la tripulación de sus propias supersticiones, de tal forma que descorrieron la escotilla trasera y revisaron los bajos del ventilador que se abría sobre los tanques de agua. Allí encontraron más restos de harina y descubrieron también que la tapa del tanque de babor estaba desmontada.

Buscaron por todos sitios y por fin pudieron ver que alguien había aflojado uno de los tablones del mamparo que separaba los tanques de agua del resto de la bodega. Lo quitaron y descubrieron más huellas de harina —el barco estaba lleno de esta sustancia— que les condujeron al fin a una especie de nicho escondido entre el cargamento. Allí encontraron restos de comida, una marmita pequeña, un saco de pan rancio y algunas galletas de barco; todo eso demostraba que alguien había permanecido escondido en aquel lugar. Un barril abierto de harina reposaba al alcance de la mano.

Toby se había arrastrado por las noches desde su escondrijo hasta el conducto del ventilador y, allí escondido, había apuñalado a los oficiales cuando se pusieron a tiro.

Tommy pudo recuperarse, y también lo hicieron el capitán Jeller y Jacob, el primer oficial; pero estos últimos jamás volvieron a dar muestras a bordo de ningún buque de despotismo y malos tratos.



Ilustración de Gunther T. Schulz

UNA VOZ EN LA NOCHE

Era una noche oscura, sin estrellas. Nos encontrábamos en plena calma chicha en el Pacífico Norte. Desconozco cuál era exactamente nuestra posición, porque llevábamos una interminable semana sufriendo aquella calma y sin poder ver el sol, siempre oculto tras una tenue bruma que no nos abandonaba, y que parecía flotar a la altura de nuestros palos y descendía de vez en cuando para ocultarnos el mar que nos rodeaba.

Habíamos fijado el timón, dada la total ausencia de viento, y en ese momento me encontraba solo en cubierta. La tripulación, formada tan sólo por dos hombres y un chico, dormía en la cabina de proa, y Will —mi amigo y dueño de la pequeña embarcación— lo hacía en la litera de babor del camarote de popa.

De pronto, oí una voz que gritaba desde la oscuridad, a unos metros del barco:

—¡Eh, los de la goleta!

La sorpresa que me produjo aquel grito inesperado fue tal que tardé unos segundos en reaccionar.

La voz volvió a gritar de nuevo; era una voz extraña, profunda e inhumana, y venía de algún lugar de las tinieblas circundantes, por el lado de babor.

—¡Eh, los de la goleta!

—¡Eh! —grité, una vez que salí de mi aturdimiento—. ¿Quién es? ¿Qué quiere?

—No tiene nada que temer —respondió la extraña voz, que sin duda había advertido cierta tensión en la mía—. Sólo soy un… pobre viejo.

La indecisión de la voz me resultó chocante; sólo más adelante comprendí su verdadero significado.

—Entonces, ¿por qué no se acerca más al barco? —le pregunté con firmeza, disgustado porque se hubiera dado cuenta de mi turbación.

—Yo… yo… no puedo. Sería peligroso. Yo… —la voz se extinguió y volvió a reinar el silencio.

—¿Qué quiere decir? —pregunté, cada vez más escamado—. ¿Por qué habría de ser peligroso? ¿Dónde está usted?

Me quedé escuchando, pero nadie respondió. Entonces, espoleado por una súbita aunque imprecisa sospecha, me dirigí a la bitácora y cogí el farolillo. Después golpeé varias veces con el tacón en la cubierta para despertar a Will, y regresé a la borda de babor. Levanté el farolillo y proyecté su haz de luz amarillenta sobre la silenciosa inmensidad que se extendía al otro lado de la barandilla. Entonces oí un grito breve, ahogado, seguido de un corto chapoteo, como si alguien hubiera calado los remos precipitadamente. Pero, aparte de esto, no podría decir que viera nada, aunque en un primer momento tuve la sensación de que allí había habido algo flotando en el agua y que ahora había desaparecido.

—¡Eh, oiga! —grité—. ¿Se puede saber qué clase de broma es ésta?

Pero la única respuesta fue el sordo rumor de un bote de remos perdiéndose en la

noche.

Luego oí la voz de Will a través del escotillón de popa:

—¿Qué sucede, George?

—¡Sube, Will! —le dije.

Enseguida le vi aparecer atravesando la cubierta.

—¿Qué quieres? —me preguntó.

Le conté el extraño incidente y él me preguntó por algunos detalles; después nos quedamos en silencio. Al cabo de un rato, Will se llevó las manos a la boca y gritó:

—¡Eh, los del bote!

Oímos una voz distante y apagada y mi amigo repitió la llamada. Poco después, tras un breve silencio, empezamos a escuchar un sigiloso vaivén de remos que se acercaban y Will gritó de nuevo. Pero en esta ocasión sí hubo respuesta:

—Retiren esa luz.

—Debe estar loco si piensa que voy a hacerlo —murmuré; pero Will me indicó con un gesto que la apartara y la coloqué sobre la cubierta, tras las amuradas.

—Acérquese —le pidió Will, y volvimos a escuchar los remos.

Cuando ya estaban a unos seis metros de nuestro barco, se detuvieron.

—Arrímese al costado del barco. ¡No tiene por qué temer nada de nosotros! —exclamó Will.

—¿Me prometen que no sacarán la luz?

—¿Por qué tiene un miedo tan atroz a la luz? —le solté.

—Es debido a… —comenzó la voz, pero se detuvo bruscamente.

—¿Debido a qué? —pregunté enseguida.

Will me puso la mano en el hombro.

—Espera un momento, hombre —me susurró al oído—. Déjame a mí.

Mi amigo se inclinó un poco más sobre la borda.

—Escuche, caballero: comprenda que se trata de un asunto muy poco corriente; usted viene hasta nosotros, que nos encontramos en medio del santo Pacífico —dijo —. ¿Cómo podemos estar seguros de que no se trata de un truco? Usted dice que viene solo; ¿cómo vamos a creerle si no permite que le veamos? Pero, de todas formas, ¿qué tiene en contra de la luz?

Cuando Will dejó de hablar, volví a escuchar el rumor de los remos y a continuación se oyó de nuevo la voz, pero esta vez venía desde más lejos y sonaba patética, como si estuviera en el límite de la desesperación.

—¡Perdonen… perdonen! No debería haberles molestado… pero es que estoy tan hambriento, y… sobre todo por ella.

La voz se perdió en la noche, y los remos, marcando un ritmo irregular, volvieron a ponerse en acción.

—¡Deténgase! —gritó Will—. No quiero que se marche. ¡Regrese! No sacaremos la luz, si eso le molesta —y, volviéndose hacia mí, añadió bajando la voz—. Esta situación es condenadamente absurda, pero supongo que no correremos ningún

riesgo.

Su tono de voz era más bien interrogante, así que le di mi opinión:

—No. El pobre hombre ha debido naufragar cerca de aquí y, al parecer, ha perdido el juicio.

El sordo batir de los remos se acercó de nuevo.

—Llévate el farolillo a la bitácora —dijo Will.

Mi amigo se asomó por encima de la borda y se quedó escuchando. Fui a dejar el farolillo y regresé junto a él. El rumor de los remos cesó a unos diez metros del barco.

—¿No va a acercarse al costado ahora? —le preguntó Will con voz conciliadora —. He ordenado que vuelvan a poner el farolillo en la bitácora.

—Yo… no puedo —respondió la voz—. No me atrevo a acercarme más. Ni siquiera creo que pueda acercarme a pagarles las… provisiones.

—No se preocupe… —le dijo Will dubitativo—. Cuente usted con todos los víveres que pueda acarrear…

—Es usted muy generoso —exclamó la voz—. El buen Dios, que todo lo comprende, sabrá recompensarle… —concluyó con un tono ahogado.

—¿Y la… señora? —le soltó de pronto Will—. ¿Está con…?

—Se ha quedado en la isla —dijo la voz.

—¿Qué isla? —le pregunté yo.

—No sé cómo se llama —respondió—. ¡Quiera Dios que…! —exclamó, pero enseguida se reprimió.

—Podríamos mandar un bote y traerla aquí —sugirió entonces Will.

—¡No! —atajó la voz alarmada—. ¡No, por Dios! —se produjo un silencio, y después añadió, como si se quisiera justificar—. Me arriesgué a venir apremiado por nuestro estado de necesidad… porque ya no podía seguir soportando su agonía.

—Perdone; me he portado como un patán insensible —exclamó Will—. Espere un segundo, quienquiera que sea, y veré lo que puedo conseguirle.

Mi amigo regresó al cabo de unos minutos cargado con diversas conservas, y se detuvo un momento con ellas ante la borda.

—¿No va a acercarse a recogerlas? —preguntó finalmente.

—No… *no me atrevo* —tartamudeó la voz, y me pareció advertir en ella una especie de ansiedad contenida, como si el que así hablaba reprimiera un deseo irresistible. En ese instante pude darme cuenta de que el anciano que se ocultaba allí, en la oscuridad, *sufría* una auténtica necesidad de lo que Will traía en los brazos, pero que, por alguna razón inexplicable, reprimía el impulso de lanzarse hacia el costado del barco. Aquella revelación repentina me llevó a la conclusión de que nuestro visitante invisible no estaba loco, sino que debía de estar soportando con gran entereza un horror indescriptible.

—¡Por favor, Will! —exclamé, dominado por confusos sentimientos, entre los que prevalecía una profunda compasión—. Mete todo en una caja y echémosla al agua para que le llegue flotando.

Y eso es lo que finalmente hicimos: tiramos la caja y la empujamos con un bichero hacia la oscuridad. Al cabo de un minuto oímos un grito ahogado del misterioso visitante, prueba evidente de que le había llegado la caja.

Poco después se despedía dirigiéndonos una bendición tan sentida que sin duda resultó reconfortante para nuestros espíritus. A continuación, sin más ceremonias, hundió los remos en el agua y se adentró en la oscuridad.

—Se ha ido enseguida —observó Will, que parecía sentirse un poco ofendido por este hecho.

—Espera un poco —le contesté—. Algo me dice que volverá. Parece que tenía una verdadera necesidad de alimentos.

—¿Y la mujer? —preguntó Will, y guardó silencio unos segundos.

Luego añadió:

—Es lo más extraño que me ha ocurrido desde que me dedico a la pesca.

—Sí —dije y me quedé pensativo.

La noche siguió avanzando: una hora, otra, y Will permanecía todavía a mi lado. Aquel extraño suceso le había quitado el sueño por completo.

Estaba a punto de cumplirse la tercera hora cuando nos llegó otra vez un rumor de remos del silencioso océano.

—¡Escucha! ¡Escucha! —dijo Will, con una excitación contenida.

—Regresa, tal como imaginaba —murmuré.

El apagado susurro de los remos al hundirse en el agua se oía cada vez más cerca y me pareció que en esta ocasión las paladas eran más regulares y largas. La comida había producido ya sus efectos.

El rumor se detuvo a corta distancia de nuestra embarcación y aquella voz peculiar surgió de nuevo en la oscuridad:

—¡Eh, los de la goleta!

—¿Es usted? —preguntó Will.

—Sí —respondió la voz—. Tuve que irme enseguida porque… porque realmente estábamos muy necesitados. La… señora se ha quedado en tierra y les está muy agradecida. Dentro de poco estará aún más agradecida en… el cielo.

Will inició una frase de respuesta con voz nerviosa, pero titubeó y se detuvo bruscamente. Yo guardé silencio. Estaba intrigado con las extrañas pausas que el visitante hacía al hablar y, aparte de curiosidad, en ese momento me invadía una profunda compasión.

La voz continuó:

—Nosotros… ella y yo, hemos estado hablando, mientras disfrutábamos de los presentes de la caridad de Dios y de la vuestra…

Will dijo una frase sin sentido.

—Le ruego que… no le quite importancia al gesto de caridad cristiana que ha tenido conmigo esta noche —dijo la voz—. Puede estar seguro de que Él se lo tendrá en cuenta.

Después se produjo un silencio que se prolongó durante un minuto, al cabo del cual volvió a oírse la voz:

—Hemos estado hablando de… de lo que nos ocurrió. Habíamos decidido llegar hasta el final sin contarle a nadie el horror que se apoderó de nuestras… vidas. Ella opina, y yo también, que lo que ha sucedido esta noche es algo muy especial y que es un signo de que Dios desea que les revelemos todo lo que hemos tenido que pasar desde… desde…

—¿Desde qué? —preguntó Will con deferencia.

—Desde que se hundió el *Albatros*.

—¡Ah! —exclamé involuntariamente—. Ese barco zarpó hace seis meses de Newcastle con rumbo a Frisco y desde entonces no se ha sabido nada de él.

—Sí —confirmó la voz—. Pero a unos grados al norte del Ecuador se vio envuelto en una espantosa tormenta y quedó desarbolado. Con las primeras luces del alba se descubrió una considerable vía de agua y, horas después, cuando retornó la calma, los marineros se marcharon en los botes, abandonando… abandonando a una mujer joven, mi prometida, y a mí en un barco que se hundía.

»Estábamos abajo, recogiendo parte de nuestro equipaje, cuando nos abandonaron. El miedo les hizo perder toda consideración humanitaria y, cuando regresamos a la cubierta, nos encontramos con que los botes estaban ya muy lejos; eran tan sólo unas pequeñas manchas cerca del horizonte. Pero no perdimos la esperanza, y decidimos construir una balsa. Una vez que estuvo terminada, cargamos en ella unas cuantas cosas imprescindibles, debido a su escasa capacidad, varios recipientes con agua y unas provisiones de galletas marinas. Cuando la nave estaba ya casi totalmente anegada por el agua, subimos a la balsa y la impulsamos lejos del casco del barco.

»Poco después me di cuenta de que la balsa seguía alguna corriente o marea que nos alejaba de la nave. Tres horas después, según mi reloj, el casco había desaparecido bajo las aguas, aunque los mástiles tronchados siguieron todavía a la vista durante algún tiempo. Al atardecer el tiempo se puso brumoso y así continuó durante toda la noche. A la mañana siguiente aún nos encontrábamos inmersos en la niebla y el viento y el mar permanecían en calma.

»Durante cuatro días flotamos a la deriva en medio de aquella extraña bruma, hasta que, la noche del cuarto día, empezamos a escuchar un rumor de olas que rompían a lo lejos. Aquel rumor se fue haciendo más y más claro y, pasada la medianoche, empezamos a oírlo a ambos lados de la balsa con cierta intensidad. Poco después entramos en una zona de olas que alzaban y hacían descender la balsa hasta que, finalmente, el ruido de los rompientes quedó atrás y desembocamos en aguas tranquilas.

»Cuando llegó el día, descubrimos que habíamos llegado a una especie de laguna enorme, aunque en un primer momento no nos lo pareció porque, a corta distancia de nuestra balsa y semioculto en la niebla, se alzaba el casco de un gran barco velero. Mi

prometida y yo nos pusimos de rodillas y dimos gracias a Dios ante lo que creímos que sería el fin de nuestras desventuras. Aún nos quedaba mucho por ver.

»La corriente nos acercó a la nave y empezamos a gritar para que nos subieran a bordo, pero nadie respondió a nuestra llamada. Al cabo de un rato nuestra balsa chocaba con el costado del barco y descubrimos una cuerda que colgaba de lo alto. Me agarré a ella y traté de trepar, cosa que no resultó nada fácil, pues estaba impregnada de un hongo gris y liquenoso que también teñía de un color violáceo el costado del casco.

»Finalmente llegué a la baranda superior, la salté y me encontré en la cubierta. Buena parte de la superficie de los puentes se hallaba también invadida por aquella materia gris, que formaba grandes manchas y concentraciones de uno o dos metros. Aunque en aquel momento no le di especial importancia, pues sólo me preocupaba la posibilidad de encontrar gente a bordo. Llamé, pero no recibí ninguna respuesta. Me acerqué a la puerta que daba acceso al castillo de popa, la abrí y miré dentro. El interior despedía un intenso olor a cerrado, por lo que deduje que allí dentro no podía haber nada vivo y cerré rápidamente la puerta: de pronto me había invadido un profundo sentimiento de soledad.

»Regresé enseguida a la baranda por la que había accedido al barco. Mi… mi amada esperaba tranquilamente sentada en la balsa. Cuando me vio asomar por encima de la borda me preguntó si había encontrado a alguien a bordo. Le dije que el barco tenía aspecto de llevar abandonado mucho tiempo, pero que trataría de encontrar una escala o algo parecido para que pudiera subir a la cubierta y así inspeccionar juntos la nave. Al poco de iniciar la búsqueda encontré una escala de cuerda que colgaba sobre el costado opuesto. La trasladé a la otra banda e instantes después mi prometida se encontraba a mi lado.

»Recorrimos juntos los camarotes y compartimentos de popa, pero no encontramos el menor indicio de vida en ellos. Por todas partes, incluso dentro de los camarotes, se habían extendido las manchas de aquel extraño hongo; pero no importaba porque, como dijo mi amada, se podían limpiar.

»Una vez que estuvimos convencidos de que el castillo de popa estaba vacío, nos encaminamos a la proa, sorteando las asquerosas concentraciones de aquel extraño cultivo. En la proa llevamos a cabo una inspección más minuciosa, tras la cual no nos quedaron dudas de que estábamos completamente solos a bordo.

»Después de asegurarnos a este respecto, volvimos a la parte posterior del barco, buscamos un lugar adecuado y lo acondicionamos lo mejor que pudimos. Limpiamos y arreglamos dos camarotes y después recorrí la nave para ver si encontraba algún comestible. Tuvimos suerte, y le di gracias a Dios de todo corazón por ello. También encontré la bomba de agua potable y, tras una pequeña reparación, descubrí que el agua que manaba de ella se podía beber, aunque tenía un regustillo desagradable.

»Permanecimos varios días a bordo sin acercarnos a la costa. Nos dedicamos a acondicionar el lugar para hacerlo habitable. Pero enseguida comprobamos que

nuestra suerte no era tan propicia como habíamos imaginado: aquellas manchas de hongo gris que con tanto esmero habíamos raspado de las paredes y suelos de los camarotes y del salón se reproducían en los mismos lugares y casi al mismo tamaño al cabo de veinticuatro horas; este contratiempo no sólo nos desmoralizaba, sino que nos producía un indefinible desasosiego.

»Pero no nos dimos por vencidos tan fácilmente. Volvimos a raspar los brotes de hongo y esta vez rociamos también los espacios que ocupaban con ácido fénico, aprovechando una lata que había encontrado en la despensa. Unos días más tarde, no obstante, el hongo gris volvió a salir con nuevos bríos y además se extendió a otros lugares. Parecía como si al manipularlo hubiéramos facilitado su desplazamiento y expansión.

»Al séptimo día, mi amada descubrió al despertar que una mancha del hongo crecía en su almohada, próxima a la cara. Se vistió rápidamente y vino a mi encuentro. Yo estaba en la cocina, encendiendo el fuego para preparar el desayuno.

»—Ven un momento, John —me dijo, y la seguí hasta la popa. Cuando contemplé aquel brote en la almohada sentí un escalofrío, y en aquel preciso momento decidimos abandonar inmediatamente el barco y trasladarnos a la playa, donde probablemente estaríamos más cómodos.

»Recogimos en un momento nuestras cosas y descubrí que ellas tampoco se habían librado del hongo; una incipiente mancha se extendía por el borde de uno de los chales de mi amada. Lo cogí y lo arrojé por la borda, sin que ella se enterara.

»Nuestra balsa no se había movido del costado del barco, pero como era demasiado rústica para maniobrar con ella, solté un pequeño bote de salvamento que colgaba amarrado a la popa y pusimos rumbo a la playa. Conforme nos aproximábamos a la costa me fui dando cuenta de que el hongo nefasto que nos había obligado a abandonar la nave crecía allí libre y exuberante. En algunas zonas se habían formado cúmulos espantosos, increíbles, y cuando eran azotados por el viento, palpitaban y se estremecían como animados por una vida misteriosa. En muchas partes adoptaban la forma de dedos gigantescos y en otras se extendía como una capa uniforme, despejada y traicionera. Finalmente, también crecía en algunos sitios bajo la apariencia de árboles grotescos y rechonchos, enormemente retorcidos y nudosos… Toda aquella extraña flora se estremecía de vez en cuando perversamente.

»Nuestra primera impresión fue que toda la extensión de la costa estaba inundada por la floración de aquel hongo siniestro. Pero, poco después, nos dimos cuenta de que estábamos equivocados, pues según recorríamos el litoral en el bote, a escasos metros de la playa, divisamos una superficie blanca que nos pareció arena fina, y arribamos a ella. No era arena. En realidad no sé lo que era. Lo único que sabemos es que en esa superficie el hongo no crece, a diferencia del resto de la isla donde, salvo en las pequeñas zonas que ocupa esa especie de arena, formando senderos y pequeños claros cercados por la desoladora vegetación del hongo, no se encuentra otra cosa que una abominable exuberancia grisácea.

»Les sería difícil comprender hasta qué punto nos sentimos felices por haber encontrado un lugar totalmente libre del hongo. Dejamos allí nuestras pertenencias y volvimos al barco para coger todo lo que pudiera sernos de utilidad. Logré hacerme incluso con una de las velas de la nave, con la que improvisé dos tiendas que nos sirvieron de refugio. Guardamos nuestras cosas y nos instalamos en ellas. Transcurrieron así cuatro semanas sin contratiempos; a decir verdad fueron cuatro semanas muy felices… porque… porque estábamos juntos.

»Fue en el pulgar de su mano izquierda donde el hongo reapareció por primera vez. No era más que una pequeña mancha, similar a un lunar gris. ¡Cielo santo! ¡Fue terrible la angustia que invadió mi espíritu cuando me lo enseñó! Limpiamos y desinfectamos la manchita con agua y ácido fénico. Al día siguiente examinamos de nuevo el dedo. El lunar gris había reaparecido. Nos quedamos en silencio mirándonos a los ojos. Luego, sin decir palabra, repetimos la operación de limpieza. Antes de concluir, ella rompió el silencio:

»—¿Qué tienes en este lado de la cara, cariño? —su voz sonaba aguda a causa de la ansiedad. Me llevé la mano a la cara—. ¡Ahí!, junto a la oreja, debajo del pelo… Un poco más arriba —mi dedo se posó finalmente en el lugar indicado y entonces supe de qué se trataba.

»—Acabemos de limpiar primero tu lunar —le dije, y ella consintió, porque no quería tocarme hasta que no estuviera desinfectada. Una vez que le hube lavado y desinfectado el dedo, ella se ocupó de hacer lo mismo en mi cara. Luego nos sentamos y estuvimos hablando seriamente de muchas cosas, porque habían empezado a acosarnos pensamientos terribles. El miedo a morir ya no era nuestra principal preocupación; podían ocurrimos cosas peores. Pensamos en la posibilidad de cargar el bote con alimentos y agua y hacernos de nuevo a la mar. Pero estábamos indefensos en muchos sentidos y además… además ya estábamos contaminados por el hongo. Finalmente decidimos quedarnos en la isla y que se hiciera la voluntad de Dios. Optamos por esperar.

»Pasó un mes, dos, tres meses; nuestras manchas se extendieron y aparecieron otras nuevas. Pero no nos dejamos vencer fácilmente por el miedo y el avance del hongo fue muy lento, dentro de lo que cabía esperar.

»A veces volvíamos a la nave para traer algunas provisiones que necesitábamos. En estas excursiones pudimos comprobar que los brotes crecían allí de forma incesante. Uno de ellos, que se extendía por la cubierta principal, se había desarrollado hasta alcanzar la altura de mi cabeza.

»En aquellos días comprendimos que jamás saldríamos de aquella isla. El hongo nos había contaminado y en el futuro debíamos evitar todo contacto con seres humanos no afectados.

»Ante esta perspectiva, llegamos a la conclusión de que debíamos racionar las provisiones y el agua; aún no sabíamos que no podríamos vivir muchos años.

»Por cierto, antes les dije que era un hombre viejo. No se puede decir que lo sea si

tenemos en cuenta mi edad, pero… pero…

La voz pareció ahogarse, pero enseguida se repuso y retomó su relato bruscamente:

—Como les decía, decidimos racionar nuestras reservas de alimentos, pero en ese momento todavía no sabíamos lo escasas que eran. Una semana después descubrí que todos los depósitos de pan que no habíamos abierto, y que creí llenos, estaban vacíos, y que no teníamos más provisiones que unas cuantas latas de carne y vegetales y algunas conservas, aparte del pan que quedaba en el depósito que habíamos abierto.

»A la vista de esta escasez pensé en la manera de conseguir más alimentos. Intenté pescar en la laguna, pero fue inútil. Este nuevo contratiempo me sumió en la desesperación, hasta que se me ocurrió intentarlo en mar abierto, más allá de la laguna.

»Estas incursiones en el mar tuvieron más éxito, pero lo que conseguía pescar resultaba muy escaso para apaciguar el hambre que nos acuciaba. Entonces empecé a pensar que nuestro final llegaría de la mano del hambre y del hongo que había infectado nuestros cuerpos.

»Ésa era nuestra moral cuando se cumplió el cuarto mes de estancia en la isla. Entonces ocurrió algo terrible. Un día regresaba yo de la nave al filo del mediodía con un paquete de galletas que todavía quedaba, cuando descubrí que mi amada se había sentado a la puerta de su tienda y estaba comiendo algo.

»—¿Qué es eso, querida? —le grité desde la playa. Pero ella pareció asustarse al oír mi voz, se volvió y tiró algo con disimulo al otro lado de la zona arenosa. Aquello no llegó a salir del claro y yo, acuciado por una vaga sospecha, me acerqué y lo recogí del suelo. Era una porción de hongo gris.

»Me dirigí hacia ella con el pedazo en la mano y mi amada se puso muy pálida, y luego se ruborizó. Al ver su rostro me sentí confuso y aterrado.

»—¡Amor mío! ¡Amor mío! —fueron las únicas palabras que acerté a pronunciar. Entonces ella cayó abatida y lloró amargamente. Estuvo un rato llorando y, cuando logró calmarse, me confesó que había probado un poco el día anterior y que… y que le había gustado. Yo le hice jurar de rodillas que no lo volvería a hacer por mucha hambre que pasáramos. Ella me lo juró y me dijo que siempre había sentido una gran repugnancia hacia el hongo, pero que de repente había experimentado un deseo irresistible de probarlo.

»Aquel descubrimiento me había dejado aturdido y por mi cabeza rondaban ideas siniestras, así que, llegada la tarde, decidí dar un paseo por uno de aquellos tortuosos senderos, de superficie blanca y arenosa, que se internaban en la vegetación fungosa. Ya me había adentrado por uno de ellos en otra ocasión, pero no demasiado. Esta vez, sumido en terribles pensamientos, fui mucho más lejos.

»De pronto, un extraño sonido ronco me sacó de mis cavilaciones. Me volví rápidamente y descubrí que entre la maleza que había justo a mi izquierda se movía una masa de forma bastante definida. Oscilaba regularmente, como dotada de vida

propia. Me quedé mirándola y de repente caí en la cuenta de que su forma era una grotesca imitación del cuerpo de un ser humano, pero un tanto deformado. Todavía me encontraba bajo el efecto de la sorpresa, cuando se produjo un ruido sordo, mórbido, como de algo que se desgarra, y me encontré con que una de sus ramificaciones en forma de brazo se separaba del resto del follaje fungoso y avanzaba hacia mí. El bulbo grisáceo que hacía las veces de cabeza se inclinó hacia delante. Me quedé paralizado y estupefacto hasta que aquel brazo infecto me acarició el rostro. Lancé un grito de pavor y me alejé un trecho corriendo. Aquel roce me había dejado un sabor dulzón en los labios. Me relamí y un deseo irrefrenable se apoderó de mí. Me volví a un lado del sendero y arranqué una mata de vegetación fungosa. Luego otra… y otra… Mi apetito era insaciable. Entonces, en pleno festín, mi mente ofuscada se iluminó con el recuerdo de lo ocurrido aquella mañana. Era Dios quien me enviaba aquella advertencia. Asqueado, tiré al suelo el trozo que me estaba comiendo en ese momento. Después, terriblemente avergonzado y con un enorme peso en la conciencia, regresé a nuestro refugio.

»Creo que mi amada adivinó enseguida lo que acababa de ocurrir, gracias a una extraordinaria intuición que era fruto de su amor. Su gesto de tierna comprensión me animó a relatarle mi pecado imperdonable. Pero le oculté el siniestro suceso que lo había precedido, por ahorrarle un terror “innecesario”.

»Pero yo, interiormente, no podía ignorarlo, y su insoportable recuerdo alimentaba en mi imaginación un horror permanente: para mí era indudable que aquella aparición revelaba el estado en que había quedado uno de los tripulantes de la nave de la laguna, y que nuestro destino se vería abocado al mismo desenlace abominable.

»Desde entonces no volvimos a acercarnos al nefasto alimento, aunque se nos había metido en la sangre un irresistible apetito de él. Pero fue inútil: el terrible castigo crecía ya en nuestros cuerpos, y el avance del hongo infeccioso no se detuvo hasta apoderarse de nosotros. Todo intento por controlarlo resultó infructuoso, y de ese modo… de ese modo… mi prometida y yo, que siempre fuimos dos seres humanos, nos convertimos en… Bueno, qué más da, ya nada importa. Aunque… ¡nosotros éramos un hombre y una mujer!

»Y, cada día que pasa, nuestra batalla por contener el irresistible deseo de ingerir el hongo se hace más aterradora.

»Hace una semana que se nos acabaron las galletas, y sólo he logrado pescar tres peces desde entonces. Esta tarde había salido a mar abierto para ver si encontraba algo de pesca, cuando vi aparecer entre la bruma una goleta, la vuestra. Les llamé… y ya conocen el resto. Que Dios, en su infinita bondad, les bendiga por la caridad que han demostrado hacia una… hacia una pobre pareja de almas proscritas.

Un remo batió el agua… después otro.

Luego escuchamos aquella voz por última vez, perdiéndose en la niebla fúnebre y espectral.

—¡Que Dios les bendiga! ¡Adiós!

—Adiós —respondimos al unísono con voz ahogada y el corazón encogido por una intensa emoción.

Miré hacia el cielo y observé que el alba empezaba a clarear.

Un rayo perdido penetró débilmente en la niebla e iluminó con un tenue reflejo el bote que se alejaba. Distinguí borrosamente algo que se balanceaba entre los remos. Tenía el aspecto de una esponja, una esponja desproporcionada, grisácea y tambaleante, y traté inútilmente de distinguir el punto donde la mano se asía al remo. Mis ojos buscaron otra vez la… cabeza. Se había inclinado hacia delante al tiempo que los remos retrocedían para dar un nuevo impulso. Los remos se hundieron en el agua, el bote desapareció del claro de luz y aquel… aquel ser desapareció meciéndose en la niebla.



El albatros. Ilustración de Stephen Fabian

EL ALBATROS

I

—¡Maldita sea esa bestia! —grité, completamente desesperado. Después ordené al grumete que estaba de guardia en la popa, por el costado de sotavento, que me trajese una hilada de seda y un garfio.

Yo era el primer oficial del *Skylark*, navío completamente aparejado, y nos encontrábamos sobre el Cabo de Hornos en una noche gélida y sin un soplo de viento. Era el turno de guardia que iba de las doce a las cuatro de la madrugada y acababan de sonar cuatro campanadas (las dos en punto).

Durante toda la guardia un enorme albatros había estado sobrevolando de un lado a otro el viejo cascarón; algunas veces llegaba a rozar la misma cubierta, que es una actitud de la que jamás he oído hablar en tales pájaros.

Cuando el chico vino con el garfio y el sedal, anudé fuertemente el uno con el otro, de tal forma que fabriqué una especie de pequeño arpón de mano. Después trepé con agilidad por la jarcia de mesana[54], subiendo por los flechastes hasta la cruceta, lugar en el que me quedé esperando con el garfio listo en una de mis manos y el extremo del cordel fuertemente cogido en la otra.

Podía oír, resonando en el silencio de la noche, el lánguido graznido de la enorme ave, seguido, casi de inmediato, por una avalancha de maldiciones lanzadas por el hombre que estaba de guardia en la atalaya, y que, evidentemente, estaba siendo bastante más fastidiado que yo por el extraño comportamiento de la criatura.

Ningún sonido se produjo durante los siguientes diez minutos y, de repente, distinguí algo que planeaba entre donde yo me encontraba y la difusa línea del horizonte, muy cerca de la cubierta. No pude verlo durante unos segundos, pero de inmediato escuché aquel agudo y lánguido graznido saliendo de la oscuridad un poco a mi izquierda, y justo después entreví algo que volaba por debajo de la verga. Tomé impulso y arrojé el garfio con todas mis fuerzas, soltando todo el carrete del cordel. Hubo un revolotear de plumas y el sedal se tensó mientras la criatura graznaba un par de veces. Luego una sacudida y el chasquido de algo que se rompía; finalmente, el enorme albatros quedó libre.

Fui recogiendo el sedal en el carrete hasta que tuve el garfio de nuevo en mis manos; mientras lo pasaba entre los dedos noté que tenía algo enganchado en la punta, algo que parecía una especie de trapo harapiento. Lo saqué del garfio. Luego bajé de vuelta a la popa y me acerqué a la luz que salía del farol de bitácora, intentando descubrir qué era lo que había enganchado con el garfio. Al principio no podía distinguir el objeto con demasiada claridad, así que saqué el farol de su soporte

y lo acerqué para tener más luz. Descubrí entonces que se trataba de una tira de seda de color rojo, del mismo tipo de la que están hechos los vestidos femeninos. De uno de sus extremos pendía un trozo de cinta desgarrado. Allí mismo, enredado en el lazo de la cinta, descubrí un único y largo cabello. Lo cogí con mucha atención y cuidado, enrollándolo alrededor de mi dedo índice. ¡Se trataba del cabello de una mujer, marrón y con un destello dorado! ¿Qué significaba todo aquello? Nos encontrábamos en mitad del Cabo de Hornos, ¡uno de los parajes más lúgubres y desolados del océano!

Después de un rato volví a colocar la lámpara sobre la bitácora y continué mi ronda por el costado de barlovento de la popa. Durante todo el tiempo estuve dándole vueltas en mi cerebro a aquel asunto, de tal forma que al final volví a acercarme a la luz para echarle otro vistazo al trozo de seda. Entonces me di cuenta de que no podía haber pasado mucho tiempo desde que alguien había llevado puesta aquella pieza de vestido, pues tan sólo estaba un poco deshilachada en el extremo desgarrado y no parecía haber soportado las inclemencias meteorológicas durante más que unos pocos días. Además, el material con el que estaba hecho parecía reciente y de una gran calidad. Mi perplejidad fue en aumento.

Era muy probable que otro velero se hallase en un radio de ciento cincuenta kilómetros, y también lo era que a bordo de aquel buque viajase una muchacha, quizá la hija del capitán; también era posible que hubiesen atrapado a ese mismo albatros con un sedal y le hubiesen atado el pedazo de tela, liberándolo después. Pero, de la misma forma, también era altamente improbable que hubiesen sucedido tales acontecimientos, pues los marinos estiman mucho los huesos del ala del albatros, ya que con ellos pueden fabricar el tubo de las pipas; y también las membranas de las aletas, con las que hacen monederos, y la pechuga, que es un magnífico parasol; otros aprecian su enorme pico y sus bellas plumas.

Por otra parte, si el pájaro hubiese logrado huir, ¿por qué iba alguien a atarle un trozo de seda de un vestido nuevo, cuando un viejo trozo harapiento habría servido de igual manera? Os podéis dar cuenta del curso de mis pensamientos. Aquel trozo de seda y el largo y delicado cabello, que habían viajado hasta mí en medio de la soledad y la melancolía de aquel mar cubierto por la noche, hicieron que todo mi ser se agitase de extraordinarios y confusos sentimientos. Sin embargo, no era capaz de expresar mi asombro con palabras y seguí paseando de un lado a otro, continuando mi ronda nocturna. Poco después, al sonar los ocho toques de campana, llegó el segundo oficial para relevarme.

Al día siguiente, durante el turno de guardia matutino, desde las ocho hasta las doce, estuve muy atento por si veía de nuevo al albatros, pero todo el mar parecía completamente desolado, y, aunque había una calma absoluta, no se podía distinguir ni tan siquiera una triste gaviota; tan sólo, por todas partes, tan lejos como llegaba la vista, una interminable desolación de agua gris.

Durante la guardia vespertina fui abajo a echar un sueño. Luego, en la guardia de

cuartillo, un poco antes de las tres campanadas, vi un enorme albatros que venía volando, recortándose contra el cielo grisáceo aproximadamente a un kilómetro y medio de la popa. Fui en busca de mis gemelos para poder contemplarlo mejor. Vi a la criatura con todo detalle; se trataba de un albatros inmenso, de grandes huesos, con un extraño bulto debajo de la pechuga. Mientras lo observaba, mi excitación fue en aumento, pues descubrí que el bulto era en realidad una especie de paquete atado a la criatura, y que algo sobresalía del mismo, revoloteando en el aire.

Durante la segunda guardia de cuartillo, ordené a dos de mis grumetes que me acompañasen a la cabina donde se guardaban los aparejos del buque para ayudarme a cortar una vieja red de jábega que siempre llevábamos por si queríamos pescar. Les dije que tenía la intención de atrapar al albatros aquella noche, si volvía a volar bajo sobre las cubiertas, y que si eran lo bastante entusiastas como yo mismo, podrían echarme una mano para llevar a buen término mi plan durante su turno de guardia.

Cuando me tocó mi turno de guardia, desde las ocho hasta medianoche, esperé hasta que el «Viejo» se hubo retirado a dormir; después coloqué a mis muchachos en las jarcias, uno en el palo mayor y el otro en el palo de mesana, sujetando los extremos de la enorme red, de tal forma que podíamos tensarla en el momento adecuado y formar una especie de cortina entre ambos palos.

La noche era muy tranquila y oscura, y aunque apenas se podía ver nada, no nos resultaría difícil escuchar el aleteo del enorme pájaro a una gran distancia. Pero, durante toda una hora, no hubo el más leve indicio de la criatura y empecé a pensar que, finalmente, no íbamos a recibir su visita.

Sin embargo, nada más sonar las cuatro campanadas (las diez en punto), llegó flotando sobre el mar el solitario y extraño graznido del albatros, y un poco después pude contemplar difusamente la silueta del ave dando vueltas en el más absoluto silencio alrededor del navío, tal y como suelen hacer las criaturas de su especie. Al rato emitió un profundo graznido y se giró, planeando en dirección a la popa. Seguidamente se produjo otro fuerte graznido en mitad de la noche y después un constante batir de las enormes alas. Grité a los muchachos que tirasen de los extremos de la red, y poco después me hallaba enfocando la luz del farol de bitácora sobre una confusión de alas batientes y cuerdas enredadas.

Le dije al grumete que se encontraba más cerca que sujetase el farol mientras yo desenredaba al albatros y cogía el paquete que tan firmemente estaba sujeto a él. Habían confeccionado el paquete a base de añadir capas de piel untadas en aceite; una tira de seda roja, como la que había enganchado con el garfio la pasada noche, sobresalía por uno de sus extremos. Por fin desenvolví la última capa aceitosa de piel y encontré un par de hojas arrancadas de un cuaderno de navegación, plegadas con mucho cuidado y mimo. Las abrí, descubriendo que estaban llenas de la escritura apresurada de una mano femenina. Y esto es lo que decían:

He escrito esto a bordo del *Unicom*, buque náufrago desde el día 21 de marzo de 1904. Fue arrollado por un barco de vapor desconocido hace diez días. Estoy sola, encerrada en la cabina de navegación. Dispongo

de suficiente comida para aguantar una semana más, si soy lo bastante cuidadosa. El buque permanece apenas a flote, con las cubiertas sobresaliendo tan sólo unos centímetros por encima del agua, y cada vez que el mar se riza un poco el agua irrumpe en el navío.

Voy a mandar este mensaje atado alrededor del cuello de un albatros. El capitán lo abatió el día antes de ser abordados, hiriendo en una de las alas a la pobre criatura. Le dije que era una bestia sin sentimientos. Ahora lo siento, pues él, al igual que todos los demás, está muerto, ahogado. Era un hombre valiente. La tripulación embarcó en los botes mientras él permanecía firme con su revólver, intentando detenerlos, diciéndoles que nadie abandonaría el buque hasta que yo estuviese a salvo. Abatió a dos de ellos, pero los demás se le echaron encima, arrojándolo al mar. Estaban enloquecidos. Saltaron a los botes y se marcharon; y mi doncella se fue con ellos. Pero el mar estaba horriblemente encrespado y vi cómo se hundían a tan sólo unos metros del navío.

Desde entonces me encuentro en la más completa soledad, exceptuando la compañía del albatros. Lo he estado curando y ahora parece que puede volar. ¡Ruego a Dios que alguien encuentre este mensaje antes de que sea demasiado tarde! Si es así, por favor, que venga a salvar a esta muchacha de una muerte espantosa y solitaria. La posición exacta del navío estaba escrita en el cuaderno de navegación, de modo que la conozco y así podrá saber dónde buscarme. Las coordenadas son: 62° 7’ de latitud sur y 67° 10’ de longitud oeste.

He enviado más mensajes dentro de unas botellas, pero es en éste en el que tengo depositada toda mi confianza. He atado un trozo de tela roja al fardo, de forma que cualquiera que vea a mi albatros se dé cuenta de que lleva algo e intente atraparlo. ¡Venga, venga, venga, con toda la rapidez que pueda!

Hay un número espantoso de ratas por todo alrededor. Supongo que el agua las ha ido empujando, haciéndolas salir de sus escondrijos, y apenas me dejan dormir, pues tengo miedo. Recuerde, la comida que me queda tan sólo me durará una semana, y me encuentro muy sola. Pero seré valiente. Por favor, venga a buscarme. El viento estuvo soplando del norte desde la noche en la que se hundió el bote. Ahora hay una calma absoluta. A lo mejor todo esto sirve para que usted sepa dónde buscarme, pues sé que el viento hace cambiar de sitio al buque. ¡No me abandone! Recuérdelo, estoy esperando, esperando, y tratando de ser valiente.

Mary Doriswold

Pueden hacerse una idea de cómo me sentía cuando terminé de leer aquellas hojas. La posición de nuestro buque aquel día era 58° sur y 67° 30’ oeste; de forma que nos encontrábamos al menos a cuatrocientos kilómetros del lugar en el que se hallaba el buque náufrago hace ocho días, ya que ahora estábamos a 29 de marzo. ¡Y allí, en algún lugar al sur de nuestra nave, una muchacha se estaba muriendo de hambre y soledad! Y no había ni el más mínimo soplo de viento.

Después de un rato, ordené a los dos grumetes que volviesen a guardar la red y que llevasen el albatros a la cubierta principal y lo atasen a uno de los cáncamos. Di un par de vueltas, recorriendo el puente de popa de un lado a otro, y finalmente decidí ir abajo y avisar al «Viejo», poniéndole al corriente de todo lo que había sucedido.

Cuando terminó de oír todo lo que tenía que decirle, se vistió apresuradamente y salió al comedor, donde leyó la carta cuidadosamente dos veces seguidas. Después le echó un vistazo al barómetro e hizo que lo acompañase hacia la popa para examinar cómo estaba el tiempo; por desgracia no había la más mínima señal de viento.

Durante el resto de la guardia estuvimos paseando arriba y abajo de la popa, hablando del asunto, y en varios momentos se acercó al farol de bitácora para examinar el mensaje una vez más. Le sugerí la posibilidad de arriar uno de los botes salvavidas y poner rumbo al sur, mientras que el navío podría seguirle tan pronto como se levantase el viento. Pero, desde luego, ni tan siquiera escuchó lo que decía; y con toda la razón del mundo. Pues aquella acción no sólo pondría en peligro las vidas de los que iban en el bote, sino también las de los que estaban en el buque, ya que

éste se quedaría sin la suficiente tripulación. De tal forma que lo único que podíamos hacer era rezar para que se levantase el viento.

Abajo, en la cubierta principal, podía oír un murmullo constante de voces, con lo que deduje que la tripulación conocía el asunto y comentaba la situación; pero aquello era todo lo que podíamos hacer.

El segundo oficial tenía que subir a relevarme a medianoche; el grumete que fue a buscarle ya le había contado todo lo sucedido y, cuando al fin bajé, él y el capitán estaban aún discutiendo qué se podía hacer.

Me levanté a las cuatro en punto y lo primero que hice fue preguntar por el viento; mas no había señal alguna de brisa, y cuando llegué al castillo de popa pude contemplar por mí mismo que el tiempo seguía igual de estable y calmado.

Durante todo aquel día aguardamos inútilmente la llegada del viento, y al caer la tarde una representación de los hombres subió a popa a ofrecerse como voluntarios para fletar el bote salvavidas y emprender una acción de búsqueda. Pero el patrón les mandó a sus respectivos quehaceres, diciéndoles que se tranquilizasen, ya que aquella acción estaba más allá de toda esperanza y entrañaba un sinfín de riesgos. Pues, suponiendo que el derrelicto aún permaneciese sobre el agua, la corriente lo habría empujado muy lejos hacia el sur y les llevaría semanas de búsqueda encontrar algún rastro suyo en medio de aquellos mares desconocidos.

El viento no hizo acto de presencia durante todo aquel día y no se habló de otra cosa que de las posibilidades de salvación de la muchacha durante el transcurso del mismo. Y cuando al fin llegó la noche, la mitad de la guardia saliente permaneció paseando por las cubiertas, esperando un soplo de viento y el cambio del tiempo.

Amaneció una mañana más y aún seguía la calma; por fin le pregunté al capitán si iba a darme permiso para echar al agua la lancha pequeña, una embarcación ligera con capacidad para una persona, y dejar que intentase una búsqueda en solitario. Le dije que si fallaba, y la lancha se hundía, mi salario cubriría con amplitud las pérdidas. Pero el «Viejo» se negó de plano a escuchar mi idea y me dijo, con mucha amabilidad, que era una locura.

Me di cuenta de que ningún argumento le convencería, pues tenía muy buenas razones para contradecirme; pero, al mismo tiempo, yo estaba decidido a intentarlo si para la tarde no se había levantado el viento. Me resultaba imposible alejar de mi mente la imagen de aquella muchacha, solitaria y desconocida, y además tenía grabado en mi mente todo lo que había dicho acerca de las ratas.

II

Al anochecer, nada más bajar el capitán a su camarote, tuve una charla con el

ordenanza, y después mandé que se depositara en el agua la lancha pequeña con el mayor sigilo. Aprovisioné la embarcación con todo lo necesario, llevando además una botella de *brandy* y otra de ron. El segundo oficial acopló a la lancha una especie de bitácora, que había cogido de uno de los botes salvavidas, con brújula incluida; también se ocupó de llenar los cachones de agua y comprobar que todos los pertrechos estuviesen a bordo. Luego yo mismo añadí a todo lo demás un par de chubasqueros y algunas velas y mantas; también cogí mi sextante, el cronómetro, las cartas de navegación y algunas otras cosas. Cuando iba a partir recordé mi escopeta y fui corriendo a buscarla, junto con una buena provisión de cartuchos, pues nunca se sabe si uno va a necesitar echar mano de ella.

Cuando volví, estreché la mano del segundo oficial y bajé a la embarcación.

—Iremos detrás de ti tan pronto como se levante el viento —dijo en voz baja—. ¡Buena suerte!

Asentí, mencionándole un par de cosas del cuidado del buque que podrían necesitar atención. Después solté la amarra y comencé a alejarme. Mientras remaba, apartándome del costado del buque, llegó hasta mis oídos un susurrar muy tenue, ronco y esperanzador:

—¡Buena suerte, señor! ¡Buena suerte, señor!

El farol de la pequeña bitácora estaba encendido y le di la vuelta a la caperuza para poder vigilar la brújula mientras remaba. Después me dediqué de lleno al duro trabajo de mover los remos y en poco tiempo el casco de la nave se había perdido en mitad de la noche, aunque aún pude escuchar durante largo rato, viajando a través de las aguas, el desparejado crujir y ondear del buque al ser balanceado por la infrecuente y débil marejada. Pero no mucho después remaba en medio de un silencio perpetuo rumbo al sur.

Un par de veces durante la noche dejé mi tarea para comer y beber algo, pero enseguida la retomaba, manteniendo un ritmo regular y constante que era capaz de aguantar durante muchas horas seguidas.

Cuando amaneció pude observar con tranquilidad las aguas que me circundaban, pero el *Skylark* había desaparecido hacía tiempo por la popa, y todo aquel mar inmenso parecía totalmente vacío. Era una sensación extraordinaria y muy triste. Desayuné frugalmente y seguí remando. Más tarde calculé la longitud en la que me hallaba; al mediodía tomé la latitud y descubrí que había avanzado casi ochenta kilómetros hacia el sur.

Durante toda aquella jornada remé sin descanso, haciendo breves pausas para comer y beber algo a intervalos regulares. Por la noche dormí alrededor de seis horas, desde las doce hasta las seis, y cuando me desperté aún seguía aquella calma interminable.

Seguí avanzando de la misma manera durante cuatro días y cuatro noches más. Al llegar el quinto día remé sin descanso toda la jornada, parando cada media hora para mirar a mi alrededor, pero lo único que podía contemplar era aquella soledad grisácea

del mar. Por la noche me dejé ir a la deriva, pues había sobrepasado la posición en la que, según las indicaciones de la muchacha, debía de encontrarse el buque náufrago, y ahora estaba más al sur y no quería remar en medio de la oscuridad de la noche, arriesgándome a pasar de largo.

Una parte de aquella noche la dediqué a hacer cálculos, y después eché un largo y reconfortante sueño. Al amanecer me despertó el batir de las aguas sobre el casco de la lancha y descubrí que se había levantado una ligera brisa que venía del oeste. Aquello me alegró muchísimo, pues ahora sabía que el *Skylark* podía navegar en mi busca, suponiendo que el viento no fuera una brisa local. Y, de cualquier manera, ya no había necesidad de seguir usando los remos, pues la lancha estaba equipada con velas y un mástil pequeño.

Puse en pie el mástil y enarbolé la vela; después me arrimé al timón y me senté tranquilamente mientras gobernaba la embarcación. Era imposible expresar con palabras el alivio que sentí, pues mis manos estaban cuarteadas y encallecidas, y tenía el cuerpo deshecho por el duro y constante esfuerzo empleado en los remos.

Durante todo aquel día me deslicé hacia el sur, vigilando constantemente el horizonte; pero no había ninguna señal, ningún signo de vida a la vista, y pronto empezó a apoderarse de mí una profunda modorra. Sin embargo, no me dejé vencer. Aquella noche hice cálculos nuevos, con el resultado de que a la mañana siguiente, tan pronto como hube izado la vela (pues siempre, durante las horas de oscuridad, dejaba la lancha a la deriva), varié mi rumbo unos grados hacia el este. Al atardecer descubrí que me hallaba cuarenta kilómetros al sur y setenta al este de la última posición conocida del *Unicom*. Si antes del anochecer no encontraba ninguna señal, al día siguiente cambiaría de rumbo hacia el norte y un poco al este de donde me encontraba, y me prepararía para una larga singladura.

Seguí navegando hasta que ya estaba muy oscuro, y luego, después de una última mirada a mi alrededor, arrié la vela y até con una cuerda un par de remos a la anilla de amarre de la lancha, tal y como había hecho la noche anterior.

Me sentía totalmente desanimado y empecé a preocuparme de la situación en la que me hallaba, a más de seiscientos kilómetros del *Skylark* y en una latitud acostumbrada a terribles tempestades, apenas surcada por navíos de línea. Sin embargo, aparté estos pensamientos de mi cabeza y finalmente conseguí dormir un poco, arropado con las mantas, pues el frío era punzante aunque seco.

Un poco después de la medianoche algo me despertó e hizo que me incorporara en la oscuridad, mirando a mi alrededor y aguzando el oído. No podía imaginar qué era lo que me había desvelado, pero tenía la vaga sensación de haber escuchado algo, aunque en esos momentos no había el más mínimo sonido en medio de la noche, exceptuando el suave murmullo del viento y el golpeteo del agua contra el costado de la lancha.

Y entonces, de repente, mientras permanecía incorporado y escuchando, llegó flotando sobre el mar, desde el lejano sur, el lamento desolado y lúgubre de una

sirena. Me levanté bruscamente, arrojando las mantas al fondo de la embarcación.

Puse rumbo inmediatamente hacia la dirección en la que sonaba la sirena, y en unos diez minutos más o menos pude distinguir, recortándose contra el cielo, las vergas de un navío grande de cuatro palos. Mientras remaba en su dirección, el sonido del cuerno se abrió paso en mitad de la noche, un lamento profundo y lastimero que provenía de la parte posterior del buque. Dirigí la lancha hacia la popa y, mientras lo hacía, me di cuenta de que el casco sobresalía apenas un metro sobre el nivel del mar.

Pronto llegué al lugar desde el que parecía sonar el cuerno, descubriendo en las tinieblas reinantes que la cubierta se elevaba en este punto y que me encontraba al lado del castillo de popa. Recogí los remos.

—¡Señorita Doriswold! —grité—. ¡Señorita Doriswold!

La sirena emitió un breve, entrecortado trompetazo, y enseguida escuché una voz joven y femenina:

—¿Quién es? ¿Quién es? —sonaba muy asustada y sin aliento.

—¡Todo está bien! —contesté gritando—. ¡Recibimos su mensaje! Soy primer oficial del *Skylark*, el navío al que llegó su nota. Voy a subir a bordo.

La respuesta me dejó atónito.

—¡No suba al barco! —contestó la voz, con tono agudo y nervioso—. ¡Mantenga alejado el bote! ¡Mantenga alejado el bote! Hay miles de ratas…

Se cortó de repente y, acto seguido, me llegó el estampido de una pistola resonando en la oscuridad. Pero mientras hablaba, amarré con rapidez la lancha y, llevando conmigo la escopeta, salté a bordo. Enseguida volví a escuchar la voz de la joven:

—Estoy bien. ¡Haga lo que haga, no suba a bordo! ¡Son las ratas! ¡Espere a que amanezca!

Y mientras decía estas palabras, comencé a sentirme muy asustado, pues desde la popa me llegaba un sonido áspero, como el que se produce al cortar madera con varios serruchos a la vez. Di unos cuantos pasos más en dirección a la popa, prácticamente a tientas, y enseguida fui consciente de un tufo penetrante y extraño que me rodeaba en medio de la noche. Me detuve, intentando ver algo a través de la oscuridad.

—¿Dónde se encuentra? —grité, y acto seguido distinguí la oscura silueta de la cabina de navegación en medio de las tinieblas reinantes. Avancé un paso más, tropezando torpemente con un cáncamo que sobresalía sobre la cubierta—. ¿Dónde está? —grité de nuevo—. He subido a bordo.

—¡Márchese! ¡Márchese! ¡Márchese! —chilló la muchacha con voz estridente e impregnada del más absoluto espanto—. ¡Vuelva al bote, *rápido*! Luego se lo explicaré. ¡Márchese! ¡Márchese!

III

En esos precisos momentos se produjo una especie de extraña agitación por todo alrededor de las cubiertas, y entonces, bruscamente, el aire se llenó de un sonido estridente y quejumbroso, que fue subiendo de tono hasta convertirse en un terrible, agudo e inquieto chillido. Pude escuchar aquel sonido multitudinario, como si lo provocasen miles de cuerpecillos escurridizos corriendo hacia mí a través de la oscuridad. Al mismo tiempo volví a escuchar la voz de la joven, gritando algo que no entendía con un tono de absoluto terror. Jamás llegué a escuchar sus palabras, pues algo se enganchó a mis pantalones y, casi de inmediato, cientos de criaturas saltaron encima de mí como un enjambre, mordisqueándome y desgarrándome la carne. La escopeta era totalmente inservible y supe al instante que, si quería salvar la vida, debía abandonar la nave con toda rapidez. Corrí desesperada, frenéticamente, por el costado del derrelicto mientras las ratas se apelotonaban a mi alrededor. Con mi mano libre intentaba apartar aquellos cuerpos enormes y protegerme la cara. Aquellas pequeñas y espantosas bestias eran tan rápidas que pronto estuve cubierto por todos sitios. Eché la mano sobre la barandilla y salté por encima, zambulléndome en las gélidas aguas.

Permanecí bajo el agua deliberadamente todo el tiempo que me fue posible; las ratas se soltaron al fin, nadando hacia la superficie en busca de aire. Buceé con ímpetu, hasta que la cabeza parecía a punto de estallarme; por fin nadé hacia la superficie y descubrí que estaba libre de ratas. Aún conservaba el rifle en la mano izquierda e intenté por todos los medios no desprenderme de él. Seguí nadando hasta acercarme a la lancha. Oí la voz de la muchacha que me estaba diciendo algo, pero el agua que tenía dentro de los oídos evitó que pudiese escuchar lo que decía.

—¿Se encuentra bien? ¿Se encuentra bien? ¿Dónde está? —preguntaba la joven.

—¡Estoy bien, gracias! —le contesté a voces—. He vuelto al bote. Esperaré hasta la mañana, si está segura de encontrarse a salvo.

Me dijo que, ahora que yo había llegado, se encontraba perfectamente bien, y que en absoluto le importaría esperar hasta la luz del día. Mientras tanto yo me había quitado las ropas empapadas, poniéndome las que había traído de repuesto, cosa que agradecí mucho, como os podéis imaginar. Durante todo el tiempo que tardé en mudarme de ropas, estuve conversando con la muchacha. Le pregunté por la comida; ella me contestó que no había comido nada durante los últimos tres días y tres noches, pero que todavía le quedaba algo de agua, y que no intentase subir hasta que no hubiese suficiente luz y pudiera ver la posición exacta de todo lo que se encontraba a bordo.

Aquella última recomendación, sin embargo, no me convenció del todo, pues mientras terminaba de vestirme me vino a la mente una idea repentina. Prendí un

fósforo y encendí el farol de bitácora y la linterna del bote que estaba guardada en un cajetín en mitad de la embarcación. Luego colgué la anilla de la linterna en la punta ganchuda del bichero del bote y lo alargué por encima de la baranda de popa del buque hasta depositarlo sobre la cubierta. Ahora podía ver con claridad la cabina de navegación; un rostro descolorido, aunque bello, me estaba mirando a través de los cristales del portillo. Abrió el ventanuco apenas unos centímetros y me preguntó qué estaba intentando hacer. Le contesté que lo vería enseguida. Luego cogí de nuevo el bichero y enganché con él el farol de bitácora, corriendo al otro extremo del bote, desde donde podría colocarlo con facilidad sobre la cubierta de popa del derrelicto, un poco más allá de donde había depositado la linterna.

Saqué unos tableros de repuesto de la lancha y los atravesé de un extremo a otro de la embarcación; acto seguido cogí la escopeta y un puñado de cartuchos y subí encima de la tablazón, mirando la cubierta del buque.

Desde allí pude contemplar algo extraordinario y absolutamente espantoso, pues, bajo la luz de los faroles, *las cubiertas estaban literalmente ennegrecidas de una masa móvil de ratas*, y sus ojillos brillaban reflejando la luz de las lámparas en una miríada de rayos que centelleaban de un lado a otro, desde mil sitios a la vez, al constante bullir de los animales. Los cimientos de la cabina parecían estar hechos de ratas y pude distinguir confusamente que habían roído la obra de madera de la misma, llegando hasta las paredes metálicas, que sobresalían un poco abombadas entre la madera de teca; muy pocas habían conseguido entrar, aunque luego lo habían intentado por la puerta, como descubrí más tarde.

Volví a mirar al ventanuco, pero la señorita Doriswold ya no estaba allí, y mientras miraba vi un resplandor, seguido de inmediato por el consecuente y sordo estampido de un pistoletazo. Un minuto después volvió a la portilla y arrojó fuera una rata enorme, que fue engullida casi al momento por una horda negruzca y ansiosa. Entonces levanté la escopeta, de tal forma que el punto de mira estaba un poco por encima del nivel de la cubierta de popa, y descargué los dos cañones sobre aquella masa cambiante de pequeños monstruos. Varias ratas quedaron muertas al instante, mientras que una docena más se retiraron heridas y cojeando, pero al instante, tanto las que estaban heridas como las muertas, fueron cubiertas por sus semejantes vivas que literalmente las desgarraron en trozos.

Recargué la escopeta con rapidez y empecé a disparar una y otra vez sobre aquellas pequeñas y espantosas bestias, y a cada descarga aumentaba el número de especímenes muertos sobre la cubierta, y cada vez que esto sucedía sus congéneres vivos se abalanzaban encima de los cadáveres, mordiéndolos y despedazándolos, devorándolos prácticamente vivos.

En tan sólo diez minutos maté centenares, y durante la media hora siguiente el número podía haber ascendido a un millar, más o menos. La escopeta que sostenía en mis manos estaba casi al rojo vivo. Los cadáveres se amontonaban sobre las cubiertas; había conseguido destruir a la mayoría de las ratas y el resto empezó a

correr en busca de un escondrijo. Hice señas con la mano a la señorita Doriswold y empezamos a conversar mientras la escopeta se enfriaba.

Me dijo que había estado luchando desesperadamente con las bestezuelas, intentando que no entrasen, durante los últimos cuatro días, y que había gastado todas las velas de las que disponía, por lo que se había visto obligada a permanecer a oscuras casi todo el tiempo, excepto cuando encendía, de vez en cuando, una cerilla (de las que aún le quedaban varias cajas) al escuchar los ruidos que le indicaban que una de aquellas ratas estaba intentado abrirse paso a través de la puerta. Entonces apuntaba el revólver del capitán y disparaba sobre la bestia, tapaba el agujero con carbón y se sentaba tranquilamente a esperar la siguiente intentona. Algunas veces las ratas habían logrado entrar por otros lugares en las partes más vulnerables de la cubierta metálica. Conservaba algunos mordiscos graves de las veces en que aquello había sucedido, pero al final siempre se las había arreglado para matar a las bestias y taponar los agujeros.

Poco después, cuando la escopeta se hubo enfriado, comencé a disparar sistemáticamente sobre cualquier rata que estuviera a la vista, así que pronto había conseguido matar o hacer huir a los pequeños monstruos, despejando todos los lugares visibles de las cubiertas de popa. Entonces salté a bordo y caminé alrededor de la cabina con la linterna del bote en una mano y la escopeta en la otra. Mientras lo hacía sorprendí y disparé a un grupo de ratas que se había agazapado en las sombras; después de aquello ya no vi ratas por ningún sitio.

—¡Se han ido! —grité a la señorita Doriswold, y al mismo tiempo oí cómo descorría el cerrojo de la puerta de la cabina de navegación, saliendo a continuación a la cubierta. Estaba terriblemente ojerosa y parecía sostenerse a duras penas, pero aun así pude apreciar qué hermosa era.

—¡Oh! —dijo, pero se tambaleó y tuvo que sujetarse en la esquina de la caseta. Intentó decir algo más, pero pensé que iba a desmayarse y la cogí por el brazo, llevándola de vuelta a la cabina.

—¡No! —susurró sin aliento—. ¡Aquí no!

La ayudé a sentarse en el borde de un tragaluz. Luego corrí de vuelta a la lancha, en busca de *brandy*, agua y comida, y poco después pude contemplar cómo volvía la vida a sus mejillas. Más tarde me dijo que no había dormido nada durante las últimas cuatro noches. También intentó darme las gracias, pero no le salían las palabras; no hacía falta, sus ojos lo decían todo.

Al poco la llevé al bote y, cuando me cercioré de que estaba a salvo y lo más cómoda posible, la dejé sola y recorrí la popa del buque abandonado hasta el amanecer. Mientras tanto, ahora que se sentía segura, durmió toda la noche hasta bien entrada la mañana.

Cuando se levantó, la ayudé a subir de nuevo a bordo, e insistió en preparar el desayuno. Había un pequeño hornillo en la cabina de navegación, y carbón, y yo reduje a astillas uno de los gallineros haciéndome con una buena provisión de leña

seca. Pronto estábamos bebiendo café caliente y comiendo galletas de marinero y trozos de carne enlatada. Después salimos a cubierta y estuvimos paseando y charlando. De esta forma pronto estuvo al tanto de la parte de la historia que me correspondía, y me preguntaba constantemente sobre cualquier detalle, por insignificante que fuese.

—¡Oh! —dijo al fin, acercando sus manos a las mías—. ¡Que Dios le bendiga!

Cogí sus manos y la miré con esa extraña mezcla de torpeza y felicidad. Después deslizó sus manos fuera de mi alcance y seguimos paseando por la cubierta. En esos momentos le aconsejé que debía descansar, mas ella se negó al principio, diciéndome que se sentía demasiado feliz como para poder descansar; sin embargo, poco tiempo después, me hizo caso y fue con gusto a dormir.

Estuvimos esperando al *Skylark* durante cuatro días y cuatro noches. Estuvimos siempre juntos; por la noche ella dormía en la cabina de navegación y yo en el pequeño pasadizo, escuchando a unos centímetros por debajo de donde me encontraba el continuo murmurar y gotear del agua a través de los camarotes anegados del navío medio hundido. Me levantaba con frecuencia para comprobar que el farol brillaba en la jarcia, de forma que el *Skylark* no nos sobrepasara en medio de la oscuridad.

En la mañana del cuarto día, después de que los dos hubiéramos desayunado alegremente juntos, nos dispusimos a dar nuestro habitual paseo por la popa. El viento aún soplaba con poca fuerza, pero unos nubarrones negros se levantaban por el norte, lo cual me hizo sentir bastante nervioso. Entonces, repentinamente, la señorita Doriswold empezó a gritar, diciendo que veía una embarcación, y justo en ese momento yo pude verla también. Nos volvimos, mirándonos el uno al otro. Sin embargo, no nos sentíamos completamente felices. Una pregunta bailaba en los ojos de la muchacha, y bruscamente le ofrecí mis brazos.

Dos horas más tarde nos encontrábamos a salvo a bordo del *Skylark*, bajo la gavia del palo mayor y el viento tormentoso que venía del norte, mientras que a sotavento se perdía aquel solitario buque náufrago en mitad de una inmensa nube de espuma.

LA NAVE ABANDONADA

—Tiene que haber una *materia*… —aseguró el viejo médico de a bordo—. La *materia* y unas *condiciones* y quizá… —añadió con lentitud— un tercer factor… sí, un tercer factor, aunque tal vez… no sé, no sé…

El doctor se detuvo un tanto pensativo y empezó a llenar la pipa.

—Continúe, doctor —le animamos con un interés que era algo más que simple curiosidad. Nos encontrábamos en el salón de fumar del *San-a-lea*, navegando por el Atlántico Norte; el doctor era un auténtico personaje. Acabó de llenar la pipa y la encendió; luego se arrellanó en su asiento y empezó a explicar sus teorías con más detalle.

—La *materia* es imprescindible —dijo con convicción—; es el medio a través del cual se manifiesta la energía vital… el punto de apoyo, por decirlo de algún modo, sin el cual la vida no podría revelarse a sí misma ni producirse, en realidad, bajo ninguna forma o modo visible o comprensible para nosotros. La función de la *materia* en la producción de eso que llamamos Vida es tan poderosa y la energía vital ansia hasta tal punto manifestarse que, dadas las condiciones idóneas, estoy convencido de que la vida se produce incluso en un medio tan poco apto como un trozo de madera. Yo afirmo, caballeros, que la energía vital es tan frenética y apremiante como indiscriminada, como el fuego… que todo lo destruye. Sin embargo, hay opiniones que tienden a considerar que la esencia misma de la vida es la multiplicidad… He aquí una sutil paradoja aparente —concluyó, meneando su vieja cabeza canosa.

—En efecto, doctor —intervine—. En una palabra: usted sostiene que la vida es un ente, un estado, un fenómeno, un principio, o como lo quiera llamar, que requiere una *materia* para poder manifestarse a través de ella y que, dada esa materia y las condiciones necesarias, el resultado será la vida. En otras palabras: que la vida es producto de la evolución propia de la materia, y que se ha multiplicado en función de determinadas condiciones… ¿No es así?

—Según el sentido que le demos a la palabra —respondió el anciano doctor—. Aunque, fíjese bien, *podría* existir una tercera variable. Yo, personalmente, estoy convencido de que es una cuestión de química; condiciones y un medio adecuado, pero, si se dan las condiciones, el ser vivo es tan poderoso que se aferrará a cualquier cosa que le permita desarrollarse. Es una fuerza que se desencadena en determinadas condiciones, pero esto, sin embargo, no explica lo más mínimo su *razón de ser*, como tampoco conocemos la explicación de la electricidad o del fuego. Estos tres fenómenos forman parte de las fuerzas exteriores: son monstruos del vacío. Y no disponemos de ningún medio capaz de *crear* ninguna de ellas; nuestra capacidad se limita a facilitar las condiciones necesarias para que puedan manifestarse ante nuestros sentidos. ¿Me explico?

—Sí, doctor, más o menos —le dije—. Pero no comparto su opinión, aunque creo

que la entiendo. La electricidad y el fuego son lo que podríamos denominar fuerzas naturales, pero la vida es algo indeterminado… una especie de conciencia que todo lo penetra. Bueno, no es fácil explicarlo, ¡quién sería capaz de hacerlo! Pero es una fuerza espiritual, no algo emanado de unas condiciones, como el fuego o la electricidad, como dice usted. Su punto de vista es horrible. La vida es un misterio espiritual…

—¡No tan deprisa, muchacho! —me dijo el viejo doctor con una amable sonrisa —. Piense que podría pedirle que me explique en qué consiste el misterio espiritual de la vida de la lapa o la del cangrejo, por ejemplo —me dedicó una sonrisa de indescriptible perversidad y continuó—: De todas formas, supongo que todos tendrán interés en que cuente una historia increíble de la que fui testigo y que apoya mi tesis de que la vida no constituye un misterio o un milagro de naturaleza distinta al del fuego o la electricidad. Pero, por favor, caballeros, no olviden que aunque las hayamos descubierto y sepamos utilizarlas, estas dos fuerzas siguen siendo para nosotros tan misteriosas como al principio. En cualquier caso, la historia que voy a contarles tampoco esclarece el misterio de la vida; sólo servirá para darles a conocer una de las evidencias en las que se basa mi impresión de que la vida es, como les he dicho, una fuerza que se desencadena bajo determinadas condiciones, es decir, debido a la química natural, y que puede adoptar para sus propósitos y necesidades la materia más inverosímil e inesperada, porque sin ella no podría existir… no podría manifestarse…

—No puedo estar de acuerdo con usted, doctor —le interrumpí—. Su teoría va en contra de toda creencia en una vida después de la muerte. Supondría…

—Un momento, hijo —se adelantó el doctor con una sonrisa serena y comprensiva—. Primero escuche lo que voy a contar y, en cualquier caso, ¿qué tiene que decir en contra de que no exista la vida material después de la muerte? Y, aunque crea en este supuesto, vuelvo a recordarle que estoy hablando de la vida, tal como entendemos el término en esta nuestra vida. Y ahora, cálmese, muchacho, o no podré terminar nunca.

»Sucedió cuando yo todavía era joven, es decir, hace muchos años, caballeros. Acababa de concluir mis exámenes, y me encontraba tan débil después del esfuerzo realizado que mis amigos y familia consideraron que me sentaría bien un viaje por mar. Mi situación económica no era muy desahogada, pero tuve la suerte de encontrar un modesto empleo como médico en un clíper de vela para pasajeros que partía con rumbo a China.

»El barco se llamaba *Bheotpte* y zarpó poco después de que embarcara mi equipaje, aprovechando la bajada de marea en el Támesis. Al día siguiente ya habíamos dejado atrás el Canal.

»El capitán se llamaba Gannington, un hombre honrado aunque no muy culto. El primer piloto, el señor Berlies, era un hombre tranquilo, sobrio, reservado y muy educado. El segundo piloto, el señor Selvern, era, quizá debido a su origen y

educación, el más culto de los tres, pero carecía de la energía y la resuelta capacidad de decisión de los otros dos. Era un hombre sensible y, emocionalmente, e incluso mentalmente, el más inquieto de los tres.

»Hicimos escala en Madagascar, donde se quedaron algunos de los pasajeros, y después pusimos rumbo al este, con el fin de hacer otra escala en el Cabo Noroeste. Pero, cuando habíamos alcanzado unos cien grados este, nos encontramos con un horrible temporal que nos arrancó todas las velas y partió el bauprés y la verga del juanete de proa.

»La tormenta nos arrastró varios cientos de millas hacia el norte y cuando al fin la perdimos de vista nos encontrábamos en muy malas condiciones. Tras revisar los daños, se encontró que había entrado cerca de un metro de agua por las juntas de las cuadernas; que, aparte del bauprés y la verga del juanete de proa, se había partido también el mastelero del palo mayor; dos botes habían desaparecido, así como una de las jaulas para cerdos, con tres hermosos ejemplares, arrastrada por las olas apenas media hora antes de que el viento amainara de pronto. El mar permaneció muy agitado durante varias horas más.

»El viento se calmó cuando empezó a anochecer, y el amanecer del día siguiente nos deparó un tiempo espléndido: un mar en calma, apenas rizado, un sol deslumbrante y nada de viento. También nos reveló que no estábamos solos: a unas dos millas hacia el oeste se veía otra embarcación, que el segundo piloto, el señor Selvern, me señaló.

»—Se trata de un paquebote muy curioso, doctor —me dijo, mientras me pasaba el catalejo. Enfoqué hacia allí y descubrí a qué se refería, o al menos eso creí.

»—En efecto, señor Selvern —le dije—. Parece muy anticuado.

»El segundo piloto se sonrió, con su habitual buen carácter.

»—Cómo se ve que usted no es marino, doctor —comentó—. Esa embarcación es extraña por muchos motivos. Es una nave abandonada y, por lo que se ve, lleva a la deriva bastantes años. Fíjese en la forma de la bovedilla, y de la proa, y del espolón. Se podría decir que es tan vieja como las colinas; hace tiempo que debería haberse ido a hacerle compañía a Davy Jones. Mire la capa de sedimentos que se le han adherido y el grosor que tienen los aparejos. Yo diría que se trata de una costra de sal, ¿se ha fijado en su color blancuzco? Era una embarcación pequeña: ya ve que apenas le quedan unos metros de arboladura. Las vergas están desnudas; todo se ha podrido. Me pregunto si quedará algo de los aparejos fijos. Me gustaría que el viejo nos diera permiso para utilizar un bote e ir a echar un vistazo; podría resultar interesante.

»Pero en aquellos momentos no parecía que su autorización fuera posible, pues toda la tripulación estaba muy ocupada, y se dedicó el día entero a reparar mástiles y demás aparejos, trabajos que, como es lógico, llevan su tiempo. Yo también ayudé un poco, haciendo girar un cabrestante de cubierta; el ejercicio físico le venía bien a mi hígado. El viejo capitán Gannington no puso objeciones y le convencí para que él también probara aquella saludable medicina. Mientras trabajábamos juntos nuestro

trato se hizo más familiar.

»Estuvimos hablando del barco abandonado y me dijo que habíamos tenido mucha suerte al no colisionar con él en la oscuridad, ya que se encontraba a sotavento, en la dirección en que la tormenta nos había arrastrado. A él también le había llamado la atención su extraño aspecto y le parecía una nave muy vieja, pero estaba claro que, sobre este asunto, su cultura era muy inferior a la del segundo piloto, pues, como digo, era un hombre de pocos estudios y sus conocimientos sobre embarcaciones se limitaban a lo que la experiencia le había ido enseñando. Carecía de la información que las lecturas le habían proporcionado al segundo piloto sobre naves antiguas, a las que sin duda pertenecía el barco abandonado.

»—Es una de las viejas, doctor —es todo lo que fue capaz de decir sobre ella.

»Sin embargo, cuando le comenté que sería interesante acercarse hasta allí e inspeccionarla, asintió mecánicamente con la cabeza, como si él también hubiera pensado en ello y le atrajera la idea.

»—Iremos cuando se hayan terminado las reparaciones, doctor —convino—. Comprenderá que no puedo prescindir de ningún hombre ahora. Todo debe quedar en orden lo antes posible. Pero más tarde cogeremos mi falúa y nos acercaremos durante la segunda guardia. El barómetro se mantiene firme; será un agradable paseo.

»Por la tarde, después de tomar el té, el capitán ordenó que prepararan la falúa y la descolgaran al costado de nuestro barco. El segundo piloto también iba a venir con nosotros y el capitán le pidió que llevara dos o tres lámparas a la barca, pues enseguida se haría de noche. Poco después bogábamos sobre un mar en calma, con una tripulación de seis remos y a buen ritmo.

»Bien, caballeros, les he relatado con bastante detalle todos los hechos, los importantes y los menos relevantes, con el fin de que puedan comprender cada una de las incidencias de este extraordinario suceso. Ahora les ruego que se concentren y me presten la mayor atención.

»Yo me había sentado a popa, al lado del segundo piloto y del capitán, que llevaba el timón. Cuanto más nos acercábamos a aquella extraña nave yo la observaba con mayor interés, al igual que el capitán Gannington y el segundo piloto. Se encontraba, como saben, al oeste de nuestra posición y el crepúsculo desplegaba tras ella una gran llamarada de luz roja, de forma que el perfil se veía borroso y difuso debido al halo de luz, que hacía casi inútil cualquier intento por distinguir los mástiles y demás aparejos fijos, sumidos como estaban en el ígneo esplendor del ocaso.

»Fue aquella luz deslumbrante la que nos impidió divisar, aunque ya estábamos bastante cerca del barco abandonado, una curiosa película de sustancia indeterminada que rodeaba totalmente la nave, cuyo color era difícil de precisar debido a que todo estaba bañado por la luz roja del crepúsculo, aunque poco después descubrimos que era de color pardo. Esta película se extendía hasta unos cien metros a la redonda de la nave, formando una enorme mancha irregular, y despedía un fuerte hedor que llegaba

hasta unas veinte brazas hacia el este, en nuestra dirección.

»—Extraña sustancia —comentó el capitán Gannington, asomándose por encima de la borda para observarla de cerca—. Algo debe de haberse descompuesto en la carga y ha salido a través de las junturas del casco.

»—Fíjense en las amuras y en la popa —dijo entonces el segundo piloto—. Miren lo que ha crecido en ellas.

»En efecto, podían verse grandes aglomeraciones de hongos marinos de aspecto extraño que se habían concentrado bajo las amuras y en la popa del casco. Desde la punta del bauprés y a lo largo del tajamar colgaban abundantes barbas de escarcha y sedimentos marinos hacia la película parduzca que rodeaba la nave. El costado de estribor que daba a nosotros presentaba una superficie lisa y muerta de un color blancuzco oscuro, salpicada de pequeñas masas opacas de color más concentrado.

»—Sale vapor o niebla de la nave —volvió a comentar el segundo piloto—. Puede verse a contraluz; parece que flotara sobre ella. ¡Miren!

»Entonces descubrí el fenómeno a que se refería: una especie de tenue bruma se había posado sobre el barco o emanaba de él; el capitán Gannington también la vio.

»—¡Una combustión espontánea! —exclamó—. Habrá que tener cuidado al abrir las escotillas… a no ser que nos encontremos a algún pobre desgraciado a bordo, aunque me parece poco probable.

»Nos encontrábamos a unos doscientos metros de la vieja nave abandonada y avanzábamos sobre la mancha parduzca. Cuando se alzaron los remos y la sustancia goteó sobre la película, pude oír que uno de los remeros murmuraba para sí: “¡Maldita papilla!”, pues, en realidad, era lo que parecía. Conforme la falúa se aproximaba al viejo casco, la sustancia se volvía cada vez más espesa, hasta el punto de dificultar considerablemente nuestro avance.

»—¡Adelante, muchachos! ¡Remen con más brío! —gritó el capitán Gannington, y a partir de ese momento no se oyó otro sonido que el jadeo de los remeros y la succión rítmica y sorda de la siniestra sustancia parduzca al engullir los remos, que marcaban el pesado avance del bote. Mientras nos acercábamos, advertí un olor característico en el aire del atardecer y, aunque estaba convencido de que lo provocaban los remos al remover la espesa sustancia, en ese momento me resultó vagamente familiar. Sin embargo, no fui capaz de identificarlo con nada en particular.

»Ya casi habíamos alcanzado el casco de la vieja nave, y enseguida se alzó sobre nuestras cabezas contra la declinante luz. Entonces, el capitán gritó:

»—¡Remen más fuerte los de proa, y preparen el bichero! —orden que fue obedecida inmediatamente. A continuación empezó a gritar—: ¡Eh! ¿Hay alguien a bordo? ¡Eh! —pero la única respuesta que escuchamos fue el eco disonante de su propia voz perdiéndose en el mar sin límites, cada vez que llamaba.

»—¡Eh! ¿Hay alguien ahí? ¡Eh! —volvió a gritar una y otra vez, a lo que el viejo barco respondió con su abrumador silencio. Yo miraba hacia arriba expectante y experimenté una vaga y extraña sensación de opresión, casi de inquietud. Enseguida

desapareció aquella sensación, pero recuerdo que de repente me di cuenta de que estaba anocheciendo. En los trópicos se hace de noche con gran rapidez, aunque no tanto como pretenden algunos escritores. Pero no me afectaba la oscuridad, que acababa de hacerse más intensa de pronto, sino que mis nervios se habían vuelto en ese momento más sensibles. Les he descrito mi estado de ánimo porque no soy una persona que se altere con facilidad y aquella sensación fue muy significativa, a tenor de lo que sucedió después.

»—¡No hay nadie a bordo! —concluyó el capitán Gannington—. ¡A los remos, marineros! —añadió, pues los hombres habían dejado de remar instintivamente cuando el capitán empezó a vocear hacia la nave abandonada. Los remeros reemprendieron sus paladas, y en ese momento, el segundo piloto exclamó con voz excitada:

»—¡Demonios! ¿Han visto eso…? ¡Es nuestra jaula de cerdos! Fíjense, lleva pintada en el borde la palabra *Bheotpte*. La tormenta la arrastró hasta aquí y la mancha parduzca la atrapó. ¡Es realmente extraordinario!

»Era, efectivamente, la pocilga que habíamos perdido durante la tormenta y resultaba increíble que hubiera llegado hasta allí.

»—Nos la llevaremos a remolque cuando regresemos —dijo el capitán, y volvió a gritarles a los remeros que pusieran más brío, pues el bote casi no se movía a causa de la sustancia parduzca, que en la proximidad del viejo navío se había vuelto tan densa que apenas nos permitía avanzar. Recuerdo que en aquel momento me llamó la atención, aunque no le di demasiada importancia, el hecho de que la jaula, cargada con nuestros tres cerdos muertos, hubiera podido internarse tanto en la mancha sin ayuda, mientras que a nosotros nos costaba un gran esfuerzo *forzar* el bote para que se adentrara en ella. Pero enseguida dejé de pensar en ello, pues en los minutos que siguieron ocurrieron muchas cosas.

»Los remeros lograron acercar el bote a menos de un metro del costado del barco abandonado y el hombre que había cogido el bichero lo enganchó.

»—¿Has conseguido engancharlo? —preguntó el capitán Gannington desde la popa.

»—¡Sí, señor! —respondió el del bichero, que estaba a proa. Pero en ese mismo instante se escuchó un extraño crujido.

»—¿Qué ha sido eso? —preguntó el capitán.

»—La madera se ha desgarrado, señor. ¡Se ha roto limpiamente! —contestó el marinero, con un tono de voz que denotaba una gran sorpresa.

»—¡Pues vuelve a engancharlo! —ordenó el capitán Gannington algo enojado—. ¡No esperarías que este cascarón resistiera como si lo hubieran construido ayer! Engancha el bichero en alguna coyuntura resistente.

»El marinero obedeció, aunque podría decirse que tomó ciertas precauciones. A pesar de la creciente oscuridad, me dio la impresión de que aquel hombre no se empleaba a fondo con el garfio; aunque, como pueden imaginar, el bote no podía ir

muy lejos sin ayuda mientras se encontrara sobre aquella sustancia. Recuerdo que pensé en ello mientras miraba hacia arriba, hacia el costado sobresaliente de la antigua nave. Poco después oí la voz del capitán Gannington:

»—¡Santo Dios! ¡Ya lo creo que es viejo! ¡Y qué color tiene, doctor! ¡Este barco ya no necesita pintura…! Bueno, que alguien me acerque un remo.

»Uno de los hombres le pasó el suyo, y el capitán lo levantó y lo apoyó sobre las viejas cuadernas salientes; después se detuvo y le ordenó al segundo piloto que encendiera un par de lámparas y que se las pasara cuando estuviera arriba. La noche había caído sobre el mar.

»El segundo piloto encendió las dos lámparas y le ordenó a uno de los hombres que encendiera otra y la tuviera preparada en el bote. Después se acercó, llevando una lámpara en cada mano, hasta la posición del capitán Gannington, que se encontraba de pie junto al remo que estaba apoyado en el casco de la nave.

»—Ahora, muchacho —le dijo a uno de los remeros—, sube y te pasaremos las lámparas.

»El marinero avanzó y se agarró al remo, apoyando todo su peso en él; pero en ese momento el remo cedió un poco.

»—¡Cuidado! —gritó el segundo piloto—. ¡Parece que se hunde!

»El segundo piloto tenía razón: el remo había producido un considerable boquete en la parte sobresaliente del costado, un tanto resbaladizo, del viejo casco.

»—Supongo que es por el moho —observó el capitán Gannington inclinándose hacia el casco para verlo mejor. Luego se volvió hacia el marinero y le dijo—: ¡Arriba, muchacho! ¡Muévete! ¡No te quedes ahí parado!

»Al oír esto, el hombre, que se había quedado inmóvil al ver que el remo cedía con su peso, empezó a trepar y en un segundo estuvo a bordo. Después se asomó por encima de la borda para coger las lámparas. Se las alcanzamos y el capitán le ordenó que asegurara el remo. Acto seguido subía el capitán Gannington, que me ordenó que fuera tras él, y finalmente lo hizo el segundo piloto.

»Cuando el capitán llegó arriba y se asomó por encima de la borda, empezó a lanzar exclamaciones de perplejidad:

»—¡Cuánto moho, cielo santo! ¡Moho… moho por toneladas…! ¡Dios mío!

»Aquellos gritos me llenaron de ansiedad mientras trepaba; enseguida alcancé la borda y pude contemplar el motivo de su estupor. Toda la zona iluminada por las lámparas estaba cubierta por suaves y extensos montículos revestidos por una capa de moho blancuzco.

»Salté por encima de la borda, con el segundo piloto pegado a mí, y nos quedamos inmóviles sobre la cubierta tapizada de moho. A juzgar por la sensación que sentíamos en la planta de los pies, se hubiera dicho que no había tablas bajo aquella capa de moho. El suelo cedía blando y esponjoso bajo nuestro peso. El moho cubría los aparejos de cubierta de la vieja embarcación hasta tal punto que apenas eran reconocibles bajo su manto.

»El capitán Gannington se apoderó de una de las lámparas que llevaba el marinero, y el segundo piloto cogió la otra. Durante un rato, ambos sostuvieron los farolillos en alto mientras contemplábamos el panorama. Lo que vimos entonces fue algo extraordinario y, al mismo tiempo y en cierto modo, completamente abominable. No se me ocurre ninguna palabra que describa mejor, caballeros, la sensación predominante que me embargó en aquel momento.

»—¡Dios santo! —exclamó el capitán Gannington varias veces—. ¡Dios santo! —mientras el segundo piloto y el marinero permanecían mudos. Yo, por mi parte, me dediqué a mirar, al tiempo que olfateaba el aire; había allí un olor indeterminado que me resultaba familiar, y que por alguna razón me produjo un sentimiento de temor inconsciente.

»Inspeccioné con la mirada aquí y allá, como digo. En algunas partes el moho era tan tupido que camuflaba totalmente lo que había debajo, transformando los enseres de la cubierta en cúmulos irreconocibles de moho, todos ellos de un color blancuzco, salpicados y recorridos por manchas informes de un tono rojizo y oscuro.

»Sin embargo, había algo extraño en aquella capa de moho, algo sobre lo que el capitán Gannington llamó nuestra atención: al pisar aquella superficie, nuestros pies no la aplastaban ni la atravesaban, como cabría esperar, sino que únicamente producían pequeñas depresiones.

»—¡Jamás había visto algo parecido…! ¡Jamás! —dijo el capitán, que se había agachado a inspeccionar el moho que pisábamos. Entonces dio un taconazo y aquella sustancia produjo un sonido sordo y pastoso. El capitán volvió a agacharse rápidamente y observó la superficie con atención, acercando la lámpara a la cubierta —. ¡Por Cristo, es consistente como una piel! —añadió.

»El segundo piloto, el marinero y yo nos pusimos en cuclillas para verlo de cerca. El segundo lo tocó con el índice y recuerdo que yo golpeé aquella superficie varias veces con los nudillos para volver a escuchar ese sonido amortiguado que producía, y también que sentí la textura flexible y resistente de la capa de moho.

»—¡Es una masa! —exclamó el segundo piloto—. ¡Forma como una maldita masa compacta! ¡Uf! —dio un respingo y se puso de pie con rapidez—. Parece que huele mal —añadió.

»Al oír estas palabras comprendí de repente por qué me resultaba familiar aquel olor indefinido que nos rodeaba: aquel olor tenía algo de animal, era un tufillo parecido al que se percibe en un lugar infestado de ratas, pero *más denso*. Entonces me puse a mirar en todas direcciones con una repentina aprensión, muy concreta… El barco podría estar lleno de ratas hambrientas… Las ratas, acuciadas por el hambre, pueden resultar muy peligrosas. Pero, por otra parte, comprenderán que no me atreviera a exponer mis temores con el fin de ponerles sobre aviso; eran demasiado fantásticos.

»El capitán Gannington empezó a avanzar hacia la popa, a través del puente cubierto de moho, seguido del segundo piloto. Ambos llevaban las lámparas en alto

para iluminar la mayor parte posible de la cubierta. Yo me volví rápidamente y fui tras ellos, con el marinero pegado a mis talones y dando muestras evidentes de inquietud. Mientras caminábamos advertí cierta humedad en el aire y recordé la débil neblina o humo que habíamos contemplado sobre la nave abandonada, cuya explicación había achacado el capitán Gannington a una combustión “espontánea”.

»Aquel olor incierto, animal, nos seguía a todas partes, y en ese momento me asaltó un incontenible deseo de estar lo más lejos posible de aquella vetusta nave.

»Un poco más adelante, el capitán Gannington se detuvo de repente, se agachó y señaló una hilera de formas ocultas por el moho a ambos lados de la cubierta.

»—Cañones —explicó—. Supongo que el barco perteneció en su día a algún corsario, ¡o quizá algo peor…! Echaremos un vistazo abajo, doctor; podríamos encontrar algo que merezca la pena. Este barco es más antiguo de lo que imaginaba. El señor Selvern opina que no tiene menos de trescientos años, pero me parece exagerado.

»Proseguimos nuestro avance hacia popa y recuerdo que mis pies tanteaban el suelo con la mayor precaución y desconfianza imaginables, como si se hubiera apoderado de mí el temor inconsciente de hundirme a través de la cubierta podrida e infestada de moho. Creo que los otros sentían también el mismo recelo a juzgar por su forma de caminar. A veces la blanda capa de moho se pegaba a nuestras suelas, y después se desprendía con un débil y siniestro ruido, como de succión.

»El capitán iba más deprisa que el segundo piloto. Estoy convencido de que la idea de encontrar abajo algo de valor que poder llevarse había disparado su imaginación. El segundo piloto, sin embargo, empezaba a sentirse igual que yo; o, al menos, ésa fue la impresión que me dio. Creo que de no haber sido por lo que en justicia debería definirse como el valor inquebrantable del capitán Gannington, pronto habríamos saltado todos por la borda de regreso al bote. Porque en aquel lugar reinaba realmente un ambiente mórbido que neutralizaba de forma extraña la mayor audacia; pronto se darán cuenta de que esta sensación estaba totalmente justificada.

»Cuando el capitán alcanzó la corta escalera que ascendía a la pequeña cubierta de popa, sentí que la sensación de humedad que emanaba de la atmósfera había aumentado y se había hecho palpable. Ahora podía verse, a intervalos, una especie de vapor neblinoso, húmedo y etéreo, que se concentraba y expandía con un ritmo irregular y que, por momentos, nos impedía ver con claridad la cubierta. En una ocasión, una ráfaga de este vapor, surgida de algún lugar de la oscuridad, me dio inesperadamente en pleno rostro y dejó en el aire un extraño olor, viciado y denso. No sé muy bien por qué razón, pero aquel olor me infundió un extraño temor, como si fuera el aviso de un peligro acechante e indefinido.

»Todos subimos tras el capitán los tres peldaños cubiertos de moho y recorrimos lentamente la elevada cubierta de popa.

»Al pasar junto al palo de mesana, el capitán Gannington se detuvo y lo iluminó con el farol…

»—Le aseguro, señor Selvern —le dijo al segundo piloto—, que este palo ha aumentado de grosor enormemente debido al moho; ¡demonios!, debe de tener más de un metro de ancho —y después acercó la lámpara a la unión del mástil con la cubierta—. ¡Dios santo! —exclamó—. ¿Han visto estos piojos de mar?

»Me acerqué al capitán y pude verlos: había una gran concentración de ellos en la base del mástil, y algunos eran gigantescos, casi como un escarabajo grande; todos eran transparentes, incoloros como el agua, excepto por unas pequeñas motas grises que constituían, sin duda, sus órganos internos.

»—¡Jamás los había visto tan grandes, excepto en un bacalao vivo! —dijo el capitán Gannington con la voz alterada—. ¡Demonios! ¡Sí que son anormales!

»Tras este inciso, el capitán continuó avanzando, pero, apenas había dado unos pasos, cuando se volvió a detener y acercó el farol a la cubierta tapizada de moho.

»—¡Bendito sea Dios, doctor! —llamó mi atención bajando la voz—. ¿Ha visto alguna vez una cosa igual? ¡Que me cuelguen si no tiene treinta centímetros de largo!

»Me asomé por encima de su hombro y descubrí el motivo de su estupor: era un espécimen transparente, incoloro, de unos treinta centímetros de largo y diez de alto, con un lomo arqueado y enormemente delgado. Los otros se nos unieron y, mientras la contemplábamos en corrillo, aquella extraña criatura realizó un movimiento inesperado y desapareció.

»—¡Saltó! —dijo el capitán—. Juro por lo más sagrado que es el piojo de mar más grande que he visto en toda mi vida! Ha dado un salto impecable de unos seis metros… —se irguió y se rascó un momento pensativo la cabeza, mientras nos miraba balanceando suavemente la lámpara con la otra mano—. ¡Qué pintan *ellos en* este barco! —dijo al cabo de un rato—. Es normal encontrárselos, aunque más pequeños, en un bacalao grande u otro pescado similar, pero… Que me aspen si lo entiendo, doctor.

»Después acercó el farolillo a una gran protuberancia de moho que se encontraba en la parte posterior de la cubierta de popa y que terminaba en una pendiente de poco más de medio metro hacia una especie de toldilla secundaria elevada, que constituía el remate de la popa. El montículo era bastante voluminoso, unos dos metros de ancho por más de uno de alto. El capitán Gannington se subió encima:

»—Me imagino que éste será el barril del agua —observó, al tiempo que le daba un fuerte pisotón. El único efecto que produjo aquel golpe fue el hundimiento parcial de la cresta de aquella gigantesca y blancuzca joroba de moho, como si hubiese introducido el pie en una masa viscosa. Sin embargo, no sería del todo exacto afirmar que aquél fue el único resultado que se produjo, porque sucedió algo más… Del fondo de la pequeña depresión provocada por el pie del capitán brotó un pequeño chorro de fluido purpúreo que tenía un olor peculiar, en parte familiar y en parte desconocido. Una pequeña porción de la capa de moho se había quedado pegada a la puntera de la bota del capitán y de ella goteaba también una especie de sudor, por decirlo de alguna forma, del mismo color.

»—¡Vaya! —exclamó el capitán sorprendido y levantó el pie con intención de darle otra patada a la joroba de moho; pero se detuvo al oír el grito del segundo piloto:

»—¡No lo haga, señor!

»Yo le miré de reojo y la lámpara del capitán Gannington me desveló su rostro aturdido, atemorizado, como dominado por un terror repentino e indefinido que su lengua acababa de exteriorizar de forma totalmente involuntaria.

»El capitán se volvió hacia él y se le quedó mirando también:

»—¿Qué ocurre, señor Selvern? —le preguntó con un tono poco habitual, en el que se adivinaba un leve matiz de disgusto—. Tendremos que desplazar este trasto si queremos llegar abajo.

»Observé al segundo piloto y me dio la impresión de que no era precisamente la voz del capitán lo que estaba escuchando. De pronto exclamó con voz alterada:

»—¡Escuchen!

»Pero ninguno de nosotros pudo escuchar nada, salvo el lejano murmullo de los hombres que charlaban abajo, en el bote.

»—No oigo nada —concluyó el capitán Gannington, tras una breve pausa—. ¿Y usted, doctor?

»—Tampoco —dije.

»—¿Qué le pareció oír? —preguntó el capitán, dirigiéndose al segundo piloto. Pero el segundo piloto meneó la cabeza con un gesto extraño, como contrariado, como si la voz del capitán le impidiera seguir escuchando. El capitán Gannington se quedó mirándolo fijamente, un poco alarmado. Recuerdo que experimenté una indefinible sensación de inquietud. Pero en la zona iluminada por las lámparas no se veía nada, excepto la blancuzca capa de moho.

»—Señor Selvern —le recriminó finalmente el capitán—, deje de imaginarse cosas. Le ruego que se domine. ¿No se da cuenta de que no ha oído nada?

»—¡Estoy seguro de haber oído algo! —insistió el segundo piloto—. Era como… —se paró de repente y se quedó escuchando con una concentración casi dolorosa.

»—¿Cómo sonaba? —le pregunté.

»—No ocurre nada, doctor —intervino el capitán Gannington con una sonrisa sarcástica—. Quizá el señor Selvern necesite que le dé un tónico cuando regresemos. Ahora voy a quitar de aquí este trasto.

»El capitán cogió impulso y le dio otra patada a aquella espantosa mole que, según creía, ocultaba la escalera de la bodega. En esta ocasión el resultado de la patada fue más inquietante, pues todo aquel cúmulo osciló blandamente como un montón de gelatina infecta.

»El capitán Gannington retiró rápidamente el pie y retrocedió, sin quitarle la vista de encima e iluminándolo con la lámpara:

»—¡Dios mío! —exclamó, y estaba claro que sentía un verdadero terror—. ¡Esa masa maldita se ha ablandado!

»El marinero había salido corriendo, alejándose unos metros de aquel montículo que de repente se había vuelto flácido, y daba muestras de una gran agitación. Sin embargo, estoy convencido de que no comprendía en absoluto el motivo de su temor. El segundo piloto se quedó mirando sin moverse del sitio. A mí me dominó una horrible inquietud. El capitán seguía iluminando aquel montón tambaleante, sin quitarle la vista de encima:

»—¡Toda la masa se ha vuelto blanda! —dijo—. Ahí debajo no puede haber ningún barril. ¡Ni un miserable pedazo de madera! ¡Uf, qué olor tan extraño!

»El capitán dio la vuelta a aquel extraño montículo para ver si podía encontrar en la parte de atrás alguna abertura que condujera al interior del barco. Entonces, se oyó de nuevo al segundo piloto:

»—¡Escuchen…! —repitió con una voz repleta de angustia.

»El capitán Gannington volvió a erguirse y nos quedamos en el más completo silencio; ya no se oían ni los murmullos de los hombres del bote. En ese momento todos pudimos oír una especie de “¡tud!, ¡tud!, ¡tud!, ¡tud!” apagado, lejano, que provenía de algún lugar del casco situado por debajo de nosotros. Pero fue un sonido tan imperceptible que podría haber dudado de su realidad, de no ser porque también los demás lo habían oído.

»El capitán Gannington se volvió bruscamente hacia el marinero:

»—Dígales… —empezó a decir. Pero el marinero gritó algo y señaló hacia delante. Su rostro, normalmente adusto, revelaba una gran tensión. Yo también miré hacia aquel lugar, como podrán suponer, y lo que el hombre señalaba era el montículo de masa. Enseguida me di cuenta de lo que quería decir.

»De las dos concavidades que la bota del capitán había producido en la superficie de la masa mohosa seguía saliendo aquel líquido purpúreo, y brotaba a impulsos regulares, como si fuera evacuado por una bomba. ¡Dios mío! ¡Cómo que estoy vivo que lo vi! Y mientras estaba contemplando aquel fenómeno, salió disparado un chorro aún mayor que le alcanzó al marinero, salpicándole las botas y el pantalón.

»El marinero se había mostrado bastante asustado durante toda la inspección, aunque de un modo más bien estúpido e irreflexivo, y su nerviosismo había ido progresivamente en aumento. Pero aquel sobresalto le desequilibró totalmente; lanzó un aullido y se dio media vuelta para salir corriendo. Sin embargo, se quedó paralizado por un instante, como si le hubiera asaltado un repentino terror ante la oscuridad que se extendía por la cubierta, entre él y el bote. Entonces, de un manotazo, le arrebató la lámpara al segundo piloto y se abalanzó dando tumbos por la cubierta infestada de moho malsano.

»El segundo piloto, el señor Selvern, no reaccionó; estaba estupefacto mirando los dos pequeños surtidores de color rojo oscuro y extraño olor que brotaban del montículo oscilante. El capitán Gannington, sin embargo, le gritó al marinero que regresara, pero éste no se detuvo y siguió corriendo sobre la capa de moho, que parecía dificultar su avance, como si la materia se hubiese reblandecido de pronto.

Corría en zigzag, cuando lograba despegar los pies de la superficie, produciendo un continuo chapoteo, y el farolillo se balanceaba en su mano describiendo círculos demenciales. Desde donde me encontraba podía escuchar su respiración jadeante y aterrorizada.

»—¡Trae aquí esa lámpara! —le gritaba el capitán. Pero el marinero prosiguió su loca carrera, haciéndole caso omiso. Entonces el capitán Gannington se quedó callado unos segundos, moviendo los labios de forma inarticulada, como si la propia virulencia de su ira, provocada por aquella insubordinación, le hubiera bloqueado momentáneamente. Y en medio de ese silencio, pude escuchar de nuevo aquellos extraños sonidos: "¡tud!, ¡tud!, ¡tud!, ¡tud!", pero esta vez con toda claridad, como si algo latiera justo debajo de mis pies, pero a cierta profundidad.

»Miré instintivamente la capa de moho sobre la que me encontraba, con una repentina y desagradable sensación provocada por las cosas horribles que me rodeaban. Luego miré al capitán e intenté decir algo, tratando de ocultar mi temor. Pero el capitán se había girado de nuevo hacia el montículo y parecía aguzar el oído. El silencio se prolongó aún más y, por lo que a mí respecta, no pude oír otra cosa que aquel extraño "¡tud!, ¡tud!, ¡tud!, ¡tud!" que venía de abajo, de algún lugar oculto en aquel enorme casco.

»El capitán alzó los pies con un movimiento brusco y nervioso, y cuando los despegó del moho se escuchó un leve "¡plop!, ¡plop!". Entonces me dirigió una rápida mirada e intentó sonreír, como si quisiera quitarle importancia al asunto.

»—¿A qué cree que se debe esto, doctor? —me preguntó.

»—Supongo… —empecé a decir, pero el segundo piloto nos interrumpió con una nueva llamada de atención. El tono de su voz, un poco agudo, atrajo inmediatamente nuestras miradas.

»—¡Miren! —exclamó señalando el montículo. Toda la masa estaba recorrida en ese momento por un débil temblor. Un pliegue ondulante partió entonces de la base, y recorrió la cubierta, como una ola que se aleja hacia la costa en un mar en calma. Al llegar la onda a otro montículo que había más hacia proa, y que yo había tomado por el respiradero de la cabina, éste se hundió casi hasta el nivel de la cubierta entre increíbles estremecimientos gelatinosos. Una vibración repentina y veloz se produjo en la capa de moho, justo bajo los pies del segundo piloto, que lanzó un grito breve y ronco y alzó los brazos para no perder el equilibrio. El temblor se expandió y alcanzó al capitán Gannington, que separó los pies al ver que se tambaleaba y lanzó un juramento dominado por un súbito terror. El segundo piloto dio un salto hacia él y le cogió de la muñeca.

»—¡Al bote, señor! —gritó, exteriorizando al fin un sentimiento que yo no me había atrevido a expresar—. ¡Por el amor de Dios…!

»Pero su frase quedó inconclusa, porque un terrible grito desgarrado truncó sus palabras. Los dos hombres se volvieron rápidamente. Yo pude ver todo lo que ocurrió desde donde me encontraba. El marinero que había salido corriendo se había detenido

a unos dos metros de la borda tras recorrer más de la mitad de la cubierta. Se tambaleaba frenéticamente dando unos gritos espantosos. Parecía que intentaba levantar los pies del suelo y la luz de su farolillo se balanceaba mostrándonos un espectáculo insólito. La capa de moho que le rodeaba se movía como si tuviera vida propia. Sus pies habían desaparecido en el moho, que ascendía como *lamiéndole* las piernas. En un momento quedaron al descubierto sus pantorrillas desnudas: aquella masa infecta le había arrancado los bajos del pantalón, como si fueran de papel. El marinero lanzó un horrible aullido y logró sacar una pierna con gran esfuerzo. La tenía medio destrozada. Un segundo después se desplomó, y la materia se replegó sobre él como si estuviera realmente dotada de vida, de una espantosa vida salvaje. Resultaba sencillamente diabólico. El hombre había desaparecido. En el lugar donde había caído se extendía ahora un montículo alargado, lleno de convulsiones, que aumentaba horriblemente de tamaño con la llegada de extrañas oleadas de moho que venían de todas las direcciones.

»El capitán Gannington y el segundo piloto se habían quedado petrificados, sumidos en un horror lleno de estupor e incredulidad. Yo, sin embargo, empezaba a vislumbrar una explicación siniestra y terrible para todos aquellos fenómenos, basándome en mis conocimientos de medicina, y al mismo tiempo refutado por ellos.

»Fue entonces cuando escuchamos un grito penetrante en el bote, e inesperadamente aparecieron los rostros de los remeros asomados por encima de la borda. Los vi claramente durante un instante, al resplandor del farolillo que llevaba el marinero desaparecido, pues la lámpara había quedado inexplicablemente de pie e intacta sobre la cubierta, un poco más allá de aquella espantosa protuberancia alargada, que crecía, temblaba y se convulsionaba de forma increíble. El farolillo se elevaba y descendía con el paso de las ondas de moho, igual que lo haría un bote mecido por un suave oleaje. Desde el punto de vista psicológico no carece de cierto interés el hecho de que aquellas oscilaciones de la lámpara, ahora lo recuerdo, me chocaran más que ningún otro fenómeno, y me hicieran ver con claridad el carácter inexplicable y la monstruosa anormalidad de todo lo que estaba sucediendo.

»Los rostros de los remeros desaparecieron de repente tras la borda seguidos de un alarido, como si se hubieran caído accidentalmente o alguien los hubiera atacado de forma inesperada. Inmediatamente volvieron a escucharse gritos en el bote. Los marineros gritaban que bajáramos, que debíamos abandonar el lugar. En ese momento sentí que mi bota izquierda era absorbida con una presión horrible y dolorosa hacia abajo. Lancé un desgarrado rugido de terror y logré liberarla de un tirón. Toda la infecta capa de moho empezó a moverse delante de nosotros, e inconscientemente me puse a gritar con una voz consternada que me era extraña:

»—¡El bote, capitán! ¡El bote, capitán!

»El capitán se volvió hacia mí y me miró por encima del hombro derecho, de un modo inusual, inexpresivo, que ponía de manifiesto su absoluta confusión ante aquellos hechos perturbadores e incomprensibles. Me acerqué a él dando un paso

torpe y nervioso, le cogí del brazo y le sacudí con fuerza.

»—¡El bote! —le grité—. ¡El bote! ¡Por lo que más quiera, dígales a los hombres que acerquen el bote a la popa!

»El moho debía de haberle empezado a succionar los pies, porque en ese momento se puso a gritar con furia, transformando su momentánea apatía en una energía furibunda. Su pesado y musculoso cuerpo se arqueó y empezó a retorcerse con violencia y a dar golpes como un energúmeno. Dejó caer el farolillo y, poco después, logró despegar los pies con un crujido de desgarramiento. Al fin había tomado conciencia de forma brutal de la *realidad* y el peligro que nos rodeaba, y se había puesto a gritar a los hombres de la falúa:

»—¡Traigan el bote a popa! ¡Traigan el bote a popa!

»El segundo piloto y *yo* secundamos sus gritos con todas nuestras fuerzas.

»—¡Por el amor de Dios, dense prisa, muchachos! —voceó el capitán, que se agachó rápidamente para recoger la lámpara, aún encendida. Sus pies estaban inmovilizados otra vez. El capitán empezó a blasfemar y enseguida consiguió zafarse dando un salto de cerca de un metro. Al verse libre, empezó a correr hacia la borda, dando un tirón a cada paso para despegar los pies. Entonces, el segundo piloto empezó a gritar y se agarró con todas sus fuerzas al capitán:

»—¡Me ha cogido los pies! ¡Me ha cogido los pies! —gritaba enloquecido. Sus pies estaban hundidos en la masa mohosa hasta la parte alta de las botas. El capitán Gannington le aferró por el tronco con su robusto brazo izquierdo, y de un formidable tirón consiguió levantarle del suelo; sus botas ya casi no tenían suelas.

»Yo saltaba frenéticamente con uno y otro pie para impedir que el moho me atrapara y, al ver aquello, salí corriendo hacia la borda de la maldita nave. Pero antes de que pudiéramos alcanzarla, se abrió entre nosotros y la amurada un inesperado boquete de casi un metro de ancho y de profundidad indeterminada. La abertura se volvió a cerrar enseguida y la capa de moho que la cubrió empezó a temblar y a producir horribles ondulaciones. Ante aquella visión, me puse a correr en dirección contraria, pues no me atrevía a pasar por allí. Al ver mi desconcierto, el capitán me gritó:

»—¡A popa, doctor! ¡A popa…! ¡Por aquí, doctor! ¡Dese prisa! —y entonces me di cuenta de que me había pasado de largo y que ascendía hacia la toldilla trasera de la popa. El capitán llevaba al segundo piloto sobre el hombro izquierdo, como un fardo, totalmente flácido e inerte, porque el señor Selvern había perdido el conocimiento y sus largas piernas colgaban pesadas y flojas, golpeando a cada paso en las firmes rodillas del capitán. Me fijé especialmente, sin reparar en otros detalles, en las suelas del segundo piloto, que colgaban sueltas y se movían al compás de los tumbos que iba dando el capitán en su accidentado avance hacia la popa.

»—¡Eh, los del bote! ¡Eh, los del bote! ¡Eh, los del bote! —gritaba sin cesar el capitán. Poco después me uní a él y me puse también a gritar. Los marineros respondieron dando fuertes voces de ánimo; eran evidentes sus denodados esfuerzos

por llevar el bote hacia la popa a través de la espesa sustancia que rodeaba la nave.

»Por fin alcanzamos sin aliento el extremo de la popa, que estaba oculto bajo la capa de moho, y volvimos la vista para ver qué estaba ocurriendo en la penumbra. El capitán Gannington había abandonado el farolillo junto al gran montículo, donde había rescatado al segundo piloto, y descubrimos de repente, jadeantes, que la protuberancia de moho que nos ocultaba su luz se agitaba sin parar. La zona donde nos encontrábamos, sin embargo, a unos dos metros de distancia, se mantenía estable.

»Cada dos segundos les gritábamos a los marineros que se dieran prisa, y ellos nos contestaban a voces que muy pronto estarían con nosotros. No dejábamos de mirar ni un instante la cubierta de aquella nave siniestra y, por lo que a mí respecta, sentía que perdía el juicio por momentos y que me asaltaba la tentación de lanzarme por encima de la borda sobre aquella nauseabunda película que nos rodeaba en una gran extensión.

»Abajo, en alguna parte del interior del navío abandonado, algo seguía produciendo aquel sonido terrible, profundo, obsesivo, “¡tud!, ¡tud!, ¡tud!, ¡tud!”, cada vez más potente. Me dio la impresión de que el casco entero de la nave empezaba a temblar y a estremecerse con cada nuevo latido. Para mí, que creía haber vislumbrado su posible origen, aquel latido constituía el sonido más espantoso y demencial que había oído en toda mi vida.

»Mientras se consumía la insoportable espera hasta la llegada del bote, vigilaba sin perder detalle la zona de la cubierta iluminada por la lámpara. Toda la superficie de la cubierta parecía haber cobrado una extraña animación. En la proximidad del farolillo se veían confusas protuberancias de moho que se estremecían y agitaban horriblemente iluminadas por las irradiaciones de la lámpara. Más cerca, dentro de su círculo de luz, el cúmulo de moho que cubría probablemente la claraboya de la cabina fluctuaba ostensiblemente. Estaba recorrido por repugnantes venas purpúreas y, al moverse, me dio la impresión de que las venas y las manchas se destacaban sobre el fondo blancuzco, dibujándose en relieve sobre la superficie del montículo, como se marcan las venas de un caballo de pura sangre sobre su vigoroso cuerpo. No podía dar crédito a mis ojos. El montículo que, según habíamos creído, ocultaba la escalera de descenso al interior se había hundido hasta el nivel inferior de la capa de moho y me pareció que había dejado de manar aquel extraño líquido purpúreo.

»Entonces el moho inició, a unos metros de la lámpara, un movimiento ondulatorio, acompañado de un extraño gruñido, que se fue extendiendo y oscilando hacia nosotros. Ante aquella angustiosa situación, me subí al pretil de popa, cuyo tacto era esponjoso, y volví a gritar a los del bote. Su grito de respuesta nos anunció que ya estaban más cerca; pero aquella maldita película era tan pastosa que costaba un verdadero triunfo desplazar el bote en cualquier dirección. El capitán Gannington, que estaba a mi lado, se puso a sacudir con fuerza al segundo piloto. El señor Selvern se movió y empezó a gemir. El capitán volvió a sacudirlo de nuevo mientras le gritaba:

»—¡Despiértese! ¡Despiértese, señor Selvern!

»El segundo piloto se puso en pie, dio unos pasos tambaleante y de pronto se desplomó gritando:

»—¡Mis pies! ¡Dios mío! ¡Mis pies!

»El capitán y yo le levantamos del moho y le sentamos en el pretil de la popa, donde continuó gimiendo sin cesar.

»—Sujételo, doctor —me dijo el capitán, que salió corriendo hacia la proa y se asomó por encima de la banda de estribor para gritar—: ¡Por el amor de Dios, dense más prisa, “muchachos”!

»Los hombres del bote le contestaron exhaustos desde bastante cerca, pero todavía demasiado lejos para que pudiéramos abordarlo inmediatamente. Yo sostenía al oficial, que no paraba de gemir, sin dejar de vigilar las cubiertas de popa. Las convulsiones del moho se aproximaban a la popa, lentas y sigilosas. De pronto me di cuenta de que algo se movía cerca de nosotros:

»—¡Cuidado, capitán! —le grité, y en ese momento el moho que había a sus pies produjo de improviso una especie de gorgoteo. Lo que yo había visto era que una oleada de aquel moho repugnante avanzaba hacia él furtivamente. El capitán dio un salto torpe pero colosal y cayó cerca de nosotros, en la zona firme del moho. Pero la onda le siguió, y el capitán Gannington se dio la vuelta y la encaró maldiciendo con furia. Entonces, se abrieron alrededor de sus pies un montón de pequeñas bocas que empezaron a emitir siniestros murmullos de succión.

»—¡Venga aquí, capitán! —grité—. ¡Vuelva enseguida!

»Mientras le llamaba, una onda le alcanzó los pies… y empezó a lamerlos. El capitán la pisoteó como un loco, y después saltó hacia la popa, con una bota destrozada colgándole del pie. Maldijo como un energúmeno, lleno de rabia y dolor, y se subió rápidamente al pretil de popa.

»—¡Vamos, doctor! ¡Saltemos! —rugió. Pero en ese momento debió de recordar la nauseabunda película parduzca y vaciló. Les gritó entonces desesperado a los hombres del bote que se dieran más prisa. Yo también miré angustiado hacia abajo.

»—¿Qué hacemos con el segundo piloto? —pregunté.

»—Yo me ocupo de él, doctor —me contestó el capitán Gannington cogiendo al señor Selvern del brazo. Mientras decía esto, me pareció ver algo por debajo de nosotros, algo que se dibujaba contra la película de sustancia parduzca. Me asomé por encima de la borda para ver de qué se trataba y me encontré con que, efectivamente, había una forma oscura junto a la línea de flotación de estribor de la nave.

»—¡Allá abajo hay algo, capitán! —grité señalando a la oscuridad.

»El capitán sacó medio cuerpo fuera y miró hacia abajo.

»—¡Un bote, santo Dios! ¡¡Un bote!! —rugió, y empezó a avanzar rápidamente a lo largo del pretil de popa, arrastrando consigo al segundo piloto. Yo fui tras él.

»—¡Ya lo creo que es un bote…! —repitió poco después. Levantó al segundo piloto por encima de la borda y lo dejó caer sobre el bote, donde se desplomó con

estrépito.

»—¡Ahora le toca a usted, doctor! —me dijo. Levantó el peso de mi cuerpo a pulso y me dejó caer junto al oficial. Cuando me tenía en sus brazos, noté que la baranda, decrépita y esponjosa, vibraba con un extraño y mórbido temblor y que empezaba a tambalearse. Caí casi encima del segundo piloto y un segundo después lo hizo el capitán. Por suerte, cayó lejos de nosotros, pues partió el banco de proa con su peso, produciendo un fuerte crujido de madera.

»—¡Gracias a Dios! —oí que murmuraba—. ¡Gracias a Dios…! ¡Creo que hemos estado a punto de irnos al infierno!

»Me puse de pie y el capitán encendió un fósforo. Cogimos entre los dos al segundo piloto y lo sentamos en uno de los bancos de popa. Luego les gritamos a los hombres del bote para indicarles dónde estábamos, y vimos el resplandor de su lámpara aproximarse a la curva de popa de la nave abandonada. Ellos nos contestaron a voces que estaban haciendo todo lo que podían. Durante la espera, el capitán Gannington prendió otro fósforo y se puso a inspeccionar el bote en el que nos encontrábamos. Era un bote moderno de doble curva, y en la popa llevaba pintadas las palabras CYCLONE GLASGOW. Estaba en muy buen estado; parecía claro que había ido derivando hasta allí y se había quedado atrapado en la zona pastosa.

»El capitán Gannington encendió algunos fósforos más y fue a inspeccionar la proa del bote, junto a la nave abandonada. Al cabo de un momento me llamó y fui hacia la proa pasando por encima de los bancos de remeros.

»—Vea esto, doctor —me dijo señalando a la cubierta del bote. Allí había apilados un amasijo de huesos. Me agaché y los examiné. Aquellos huesos pertenecían al menos a tres personas; se veían bastante revueltos y estaban totalmente pelados y secos. Me asaltó una repentina idea respecto a la presencia de aquellos huesos allí, pero no quise decir nada porque mi suposición era confusa en algunos aspectos, y tenía relación con la siniestra e increíble teoría que me había formado sobre el origen de aquel profundo “¡tud!, ¡tud!, ¡tud!, ¡tud!” que palpitaba de forma tan espantosa en el interior del casco y que seguía escuchándose claramente incluso después de abandonar el barco. Y debo decirles que no lograba quitarme de la cabeza la visión horrible y morbosa de aquel repugnante montículo gelatinoso retorciéndose sobre la cubierta de la nave.

»Cuando la llama del último fósforo empezó a decaer, vislumbré algo que me trastornó por completo, y el capitán lo vio al mismo tiempo que yo. El fósforo se apagó y el capitán buscó otro con gran nerviosismo. Cuando al fin consiguió encenderlo, volvimos a ver aquello: no nos habíamos equivocado… Por encima del borde del bote asomaba un gran labio blancuzco y grisáceo: un enorme pliegue de la masa mohosa se arrastraba sigilosamente hacia nosotros; una sustancia viva *del propio casco*. En un arrebato repentino, el capitán Gannington llegó a expresar con palabras, dando un grito desgarrado, la idea siniestra e imposible que me estaba rondando por la cabeza:

»—¡La nave está VIVA!

»Jamás oí en la voz de un hombre semejante tono de horror provocado por una *revelación* repentina. La aterrada certeza que expresaba aquella voz me convenció de la realidad de algo que hasta entonces había permanecido en la oscuridad de mi subconsciente. En aquel momento supe que el capitán había descubierto la verdad, supe que las conjeturas que mi razón y mi formación científica habían aventurado, y se habían negado a aceptar acto seguido, eran ciertas…

»Dudo que alguien pueda llegar a imaginar la sensación que experimentamos en aquel trance… El indescriptible horror y la perplejidad ante lo *inconcebible*.

»En el momento en que expiraba la llama del fósforo alcancé a ver las ramificaciones venosas de color púrpura que se destacaban, muy hinchadas, en el tentáculo de materia viva que avanzaba lentamente hacia nosotros. Aquella masa se estremecía con cada sordo "¡tud!, ¡tud!, ¡tud!, ¡tud!" del monstruoso órgano que no cesaba de latir en el abultado vientre de aquel casco viscoso y blancuzco. El fósforo se consumió, quemándole la yema de los dedos al capitán y dejando en el aire un repugnante olor a carne quemada; pero el capitán parecía no sentir el dolor. La llama se había extinguido con un corto siseo, pero, justo un instante antes, descubrí algo asombroso y abominable en el borde exterior de aquella masa informe. Una horrible exudación purpúrea recorría su superficie. Y al hacerse la oscuridad, se propaló un intenso hedor a sepulcro.

»Tuve oportunidad entonces de escuchar cómo el capitán Gannington trataba desesperadamente de sacar otro fósforo de la caja, que se rompió en el forcejeo. Una temblorosa maldición se escapó de sus labios cuando comprendió que nos habíamos quedado sin fósforos. Se giró bruscamente en la oscuridad y la urgencia por alcanzar la popa le hizo tropezar con el banco de remeros más próximo. Yo me precipité tras él, pues teníamos la seguridad de que aquella masa infecta avanzaba lentamente hacia nosotros en la oscuridad, deslizándose sobre aquel siniestro amasijo de huesos humanos que había apilados a proa. El capitán y yo unimos nuestras voces para gritar con mayor fuerza a los hombres del otro bote, e inmediatamente vislumbramos en la penumbra la proa de la falúa, que viraba por la curva de estribor de la nave abandonada.

»—¡Bendito sea Dios! —suspiré. El capitán Gannington les gritó a los de la falúa que encendieran la lámpara, pero no fue posible porque, debido a las violentas maniobras que habían tenido que realizar para orientar el bote hacia nosotros, se les había caído el farolillo y se había roto.

»—¡Vamos! ¡Vamos! —les apremié.

»—¡Por el amor de Dios, echen el resto, marineros! —voceó desesperadamente el capitán, y nos quedamos mirando hacia la densa penumbra que se extendía bajo el costado de babor del barco, por donde sabíamos, aunque no llegábamos a verlo, que algo monstruoso estaba avanzando hacia nosotros.

»—¡Un remo! ¡Rápido, échenme un remo! —voceó imperioso el capitán y

extendió los brazos hacia la falúa, que ya estaba cerca. Vislumbré entonces la silueta de uno de los hombres; se había puesto de pie en la proa y nos acercaba algo a través de los metros de sustancia pastosa que aún nos separaban. El capitán Gannington batió la oscuridad con las manos y lo cogió.

»—¡Ya lo tengo! ¡Suéltenlo! —dijo con voz furiosa y apremiante.

»En ese momento, nuestro bote se inclinó a estribor como vencido por un peso enorme.

»—¡Agáchese, doctor! —me gritó enseguida el capitán, que blandió en torno a su cabeza el pesado remo de fresno de unos cuatro metros y descargó un tremendo golpe hacia la oscuridad. Se oyó entonces un brusco chapoteo y el capitán lanzó un segundo mandoble, al tiempo que emitía un ronco gruñido de rabia. Tras este nuevo golpe, el bote recobró el equilibrio con un suave balanceo y, un segundo después, la proa de la falúa se deslizaba hasta topar levemente con nuestra barca.

»El capitán Gannington soltó el remo, se acercó al segundo piloto, lo levantó en vilo del banco donde yacía y lo arrojó por encima de la proa hacia los hombres de la falúa. Luego me gritó que fuera hacia allí, y así lo hice. Salté al otro bote y el capitán lo hizo a continuación, ordenándoles a los hombres que remaran un poco hacia atrás. La proa de la falúa se apartó del bote que acabábamos de abandonar y poco después nos abríamos paso a través de la sustancia parduzca hacia el mar abierto.

»—¿Dónde está Tom Harrison? —preguntó casi sin aliento uno de los hombres, mientras tiraba con todas sus fuerzas del remo. Aquel marinero era el mejor amigo del pobre Tom Harrison. El capitán Gannington le contestó lacónicamente:

»—¡Ha muerto! ¡Rema! ¡No preguntes más!

»Pero si les había resultado fatigoso hacer avanzar el bote sobre la espesa película parduzca para venir en nuestra ayuda, el intento de abandonarla parecía que iba a ser infinitamente más penoso. Pasados cinco minutos de intenso esfuerzo, nos dio la impresión de que el bote apenas se había desplazado unos dos metros, como mucho. Un angustioso temor volvió a apoderarse de mi espíritu, un desasosiego que uno de los remeros tradujo en ese momento en palabras:

»—¡Nos atrapó! —jadeó.

»—¡Igual que al pobre Tom! —añadió el hombre que antes había preguntado por él.

»—¡Silencio! ¡A remar! —ordenó el capitán.

»Transcurrieron unos minutos más de denodada lucha contra los elementos. De pronto me dio la impresión de que el profundo y sordo “¡tud!, ¡tud!, ¡tud!, ¡tud!” empezaba a oírse con mayor intensidad en medio de las tinieblas; volví la vista hacia la nave abandonada y escruté la penumbra con atención. El corazón me dio un vuelco. Hubiera podido jurar que la negra silueta del monstruo estaba realmente *más cerca*… que avanzaba sigilosamente hacia nosotros en la oscuridad. El capitán Gannington debió tener la misma impresión porque, tras echar un rápido vistazo a la oscuridad, se abrió camino hasta el banco del primer remero, se sentó junto a él en la

proa y le cogió uno de los remos.

»—¡Venga adelante, doctor! —me dijo entre jadeos—. Póngase en la proa y trate de apartar un poco el fango marrón.

»Hice lo que me pedía, y al cabo de un rato me había instalado en la proa del bote y removía enérgicamente con el bichero aquella inmundicia espesa y pegajosa, tratando de abrir un camino. Despedía un intenso olor, casi animal; toda la atmósfera estaba cargada de aquel olor deletéreo. No creo que encuentre jamás los términos adecuados para poder describir aquel horror: la amenaza se hallaba presente en el propio aire que respirábamos… Y aquel engendro indescriptible avanzando directamente hacia nosotros, a unos metros de la popa, cada vez más cerca, mientras la espesa sustancia parduzca nos dificultaba la huida, correosa como cola semilíquida.

»Los minutos se hacían cada vez más angustiosos e interminables, y *yo* no dejaba de escrutar la oscuridad que se extendía a nuestras espaldas, mientras removía, empapado en sudor, aquella sustancia nauseabunda, desgarrándola y apartándola a uno y otro lado.

»De pronto el capitán Gannington gritó:

»—Estamos avanzando, muchachos. ¡Sigan remando! —y comprobé que realmente el bote se deslizaba a cierta velocidad, mientras los hombres, animados, remaban con nuevos bríos. Enseguida se hizo evidente nuestro avance: pronto, aquel infame "¡tud!, ¡tud!, ¡tud!, ¡tud!" se convirtió en un rumor lejano y confuso que se perdía más allá de la popa y ya no pude distinguir la negra silueta de la nave abandonada. La oscuridad de la noche se había vuelto impenetrable y el cielo se había cubierto de espesos nubarrones. Conforme nos aproximábamos al borde de la enorme mancha viscosa, el bote se deslizaba con mayor soltura, hasta que finalmente salimos de ella, con un sonido limpio, agradable y fresco, a mar abierto.

»—¡Alabado sea Dios! —exclamé en voz alta; después dejé el bichero y regresé de nuevo a popa, donde el capitán Gannington había vuelto a sentarse para llevar el timón.

»A medio camino le vi alzar la vista al cielo y dirigirla después hacia delante, donde se divisaban las luces de nuestro barco, como si creyera escuchar algo otra vez, con tal concentración que yo también me puse a escuchar.

»—¿Qué es eso, capitán? —le pregunté de pronto. Me había parecido escuchar un sonido lejano a popa, como un extraño lamento o un silbido grave.

»—Es el viento, doctor —me contestó en voz baja—. Daría algo por estar ya a bordo —y después, dirigiéndose a los hombres, les gritó—: ¡Remen! ¡Pongan un poco más de entusiasmo, o no volverán a probar un pedazo de pan!

»Los remeros respondieron magníficamente; llegamos al barco sanos y salvos y la falúa fue izada a lugar seguro antes de que se desencadenara la tormenta, que avanzaba por el oeste acompañada de un violento oleaje espumoso. Estuve contemplándolo varios minutos antes de que nos alcanzara. Aquella turbulencia de las aguas agitó todo el mar hasta convertirlo en una montaña de espuma

fosforescente, y cuanto más se aproximaba en medio de la penumbra, aquel lamento lejano, aquel extraño silbido, se escuchaba con mayor intensidad, hasta que se convirtió en un gigantesco silbato de vapor que se precipitaba sobre nosotros a través de las aguas.

»Cuando aquel frente nos alcanzó, había adquirido una extraordinaria virulencia, y el alba nos deparó un mar encrespado de aguas blancas. La espantosa nave abandonada se encontraba ya a muchas millas de nosotros, inmersa en el caos de la tormenta, tan perdida en el mar como podrían desearlo nuestros corazones.

»Cuando finalmente pude ocuparme del segundo piloto, me encontré con que sus pies presentaban un aspecto atroz. Parecía que le hubieran devorado parcialmente las plantas. No se me ocurre una palabra que defina con mayor precisión sus heridas; la agonía que debió de sufrir aquel hombre fue sin duda algo aterrador.

»Con todo, caballeros, esto es lo que yo denomino —concluyó el doctor—, un caso esclarecedor. Si hubiésemos llegado a conocer con precisión la composición del cargamento que en su día llevaba aquella vieja embarcación y la colocación de los diferentes elementos de la carga, aparte de la temperatura y el tiempo que había resistido hasta ese momento la nave, y una o dos variables más de difícil estimación, habríamos descubierto la química del principio vital. Es probable que no hubiéramos desvelado por completo el misterio del *origen* de la vida, entiéndame bien, pero sin duda se habría dado un gran paso. Debo decirles que a menudo he lamentado aquella tormenta… ¡Sólo en cierto sentido, desde luego! Fue un hallazgo único y extraordinario… aunque, en aquellas circunstancias, comprenderán que sólo deseara perderlo de vista… Una ocasión irrepetible. Con frecuencia me paro a pensar en ello: cómo despertó aquel engendro de su letargo… de dónde había salido aquella película viscosa… y cómo quedaron atrapados en ella los cerdos muertos… Imagino que se trataba de una especie de red, caballeros… Una red que atrapó muchas cosas…

El viejo médico de a bordo suspiró y movió pensativo la cabeza.

—Si hubiera podido conseguir la lista del cargamento… —dijo con una tristeza infinita en los ojos—. Sí… podría haberme servido de ayuda. Pero después de todo… —se interrumpió y se puso a llenar la pipa de nuevo—. Supongo… —añadió, recorriendo al auditorio con una mirada sombría—. ¡Supongo que los seres humanos no somos más que un puñado de mendigos ingratos, en el mejor de los casos…! De todas formas… ¡qué ocasión!, ¿no creen?, ¡qué ocasión!



Ilustración de Gunther T. Schulz

VIEJO GOLLY

—¡El patrón es un animal, puedes estar seguro! —dijo Johnstone, uno de los pocos marineros que aún quedaba en *El Dorado* en su viaje de retorno a casa—. Le pegó tal paliza al viejo Golly cuando hicimos la última escala que acabó con él, y creo que habría intentado que lo colgaran si se hubiera tratado de un puerto inglés. Supongo que pensaban que un negro más o un negro menos no tenía demasiada importancia. El caso es que lo tiró por la borda.

—Cuéntanos qué pasó —dijo Grant, un marinero novato que se había enganchado para el viaje de regreso—. ¿Le dio con un rifle?

—No —contestó Johnstone—. Le golpeó en la nuca con una cabilla de hierro. Se la arrojó. Yo no lo vi, pero el compañero que estaba en la rueda nos dijo que el viejo Golly cayó de rodillas como un saco y no dijo más que «Golly». Eso era lo que siempre decía, aquel viejo tonto; así que nosotros solíamos llamarle viejo Golly.

—¿Y qué había hecho, compañero? —preguntó un marinero de la otra guardia que les estaba escuchando.

—Nadie lo sabe —contestó Johnstone—. Lo único cierto es que el patrón había estado bebiendo un poco, de otra manera no hubiera dejado que todo sucediera tan cerca del puerto.

—Fue algo vergonzoso —dijo uno de los hombres—. A mí me caía bien el viejo Golly. Y a todos los demás también.

Todo esto sucedía en el castillo de proa dos días después de que hubieran abandonado el puerto de San Francisco, durante la segunda guardia de cuartillo. Aquella misma noche ocurrió algo extraño.

La brisa había ido refrescando durante la primera mitad de la guardia de prima, de ocho a doce de la noche, y cuando sonaron las cuatro campanadas el segundo oficial tenía los tres sobrejuanetes cargados.

Johnstone estaba en el mayor, uno de los marineros preferentes en el de proa y un aprendiz en el sobreperico. El resto de los hombres se quedaron a la espera en el castillo de proa por si se requería su ayuda.

Más tarde, Johnstone bajó y fue caminando hasta la porta de estribor y, después de entrar, se dejó caer sobre uno de los baúles de marinero, donde se quedó sentado y jadeante.

—¿Qué te ocurre, compañero? —dijo Scottie, uno de los marineros de mayor edad—. Estás sangrando como un cerdo.

—¿Cómo? —exclamó Johnstone con un curioso tono de voz—. ¿Dónde…? Quiero decir, ¿quién está sangrando?

—¡Mírate la cara! —gritaron varios hombres al unísono después de oír lo que había dicho Scottie—. Estás lleno de cortes y tienes el rostro tan blanco como una sábana. ¿Qué te ha pasado?

Johnstone alzó la mano, se la pasó por el rostro y se quedó mirándola.

—¡Diablos! —musitó y fue a buscar su toalla.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Tupmint, que era el marinero más viejo del grupo—. ¿Ha sido cosa del patrón? ¿Te ha golpeado?

—Tiene que haber sido ahí arriba, en la mayor —dijo Johnstone—. Que me aspen si no había alguien ahí arriba. Casi puedo jurar haber escuchado a alguien hablando en las alturas del palo mayor, y entonces algo me golpeó en el ojo, pero no pensaba que tuviera un corte. Bajé a toda velocidad, podéis jurarlo. Habrá sido entonces cuando me lo hice. ¡Señor! ¡No puedo decir que haya estado peleándome con alguien!

—¿Eso es todo? —dijo Tupmint con cierto desdén—. Pensábamos que había sido cosa del viejo. Supongo que la imaginación te ha jugado una mala pasada.

—Ven aquí, compañero, te curaré las heridas —dijo el viejo Scottie.

Johnstone se acercó al cofre de marinero de Scottie y el viejo rasgó en tiras una funda de almohada y se puso a vendar sus heridas.

—¿Qué fue lo que oíste, hijo? —preguntó mientras le ajustaba las tiras de algodón—. Te lo pregunto porque yo también creí escuchar algo la otra noche, cuando estaba arriba —se quedó mirando a Johnstone con atención.

—¿Y qué oíste? —le preguntó Johnstone, dándose la vuelta y mirándole.

—Yo te he preguntado *primero* —replicó el viejo marinero.

—Bueno —dijo Johnstone—, creo que fue por culpa de la charla que tuvimos hace poco sobre el viejo negro. Yo… —dudó.

Scottie le animó.

—No tengas miedo, hijo, no voy a reírme de ti —dijo—. Parece que ambos oímos lo mismo —dejó a un lado las vendas, cargó su pipa y la encendió.

—¿Por qué querría hacernos algo el viejo Golly? —preguntó con sencillez—. Siempre le tratamos bien en el castillo de proa. No me extrañaría que tuviera algo en contra del patrón, pero no con nosotros, los simples marineros de proa.

Había una nota de interrogación en el tono empleado por el hombre; pero el viejo Scottie sacudió la cabeza.

—Le tratamos bien porque *teníamos* que hacerlo, compañero, y también porque no era un mal tipo. Pero él podía vapulear a cualquiera de los que estamos aquí, y supongo que eso también ayudaba a que nos comportáramos de manera tan civilizada. En cualquier caso, no creo que tengamos que preocuparnos demasiado. No, no lo creo. ¡Pero estoy encantado de no ser el patrón, hijo!

Tres noches después, a la guardia de babor le sucedió algo realmente curioso. Fue durante la guardia de media, de las doce de la noche a las cuatro de la madrugada. Uno de los marineros ordinarios había sido enviado a la arboladura para largar el sobrejuanete mayor. Subió por el palo mayor y luego por la jarcia del mastelero de gavia; y entonces, de repente, lanzó un alarido, saltó sobre los brandales y se deslizó a toda prisa hasta la cubierta, donde llegó con la piel de las manos totalmente quemada debido al rápido descenso.

—¿Qué diablos le ocurre? —gritó el segundo oficial—. Le voy a enseñar cómo comportarse y no hacer el tonto. ¡Levántese! ¡Rápido o lo lamentará!

—¡Hay un negro en la cruceta, señor! No me atrevo, no me atrevo a volver —sollozó el joven.

—¡Un negro le voy a dar yo a usted! —aulló el segundo oficial—. ¡Arriba! ¡Y dese prisa con el sobrejuanete o se acordará de mí!

Y el pobre hombre, que se hallaba entre la espada y la pared, subió. Alcanzó la cruceta de nuevo, se agarró a uno de los flechastes, estiró la cabeza y miró a un lado y a otro. Abajo, en cubierta, los marineros le observaban con curiosidad, ya que se había corrido la voz por el castillo de proa de que había algo extraño en las alturas del palo mayor, y aunque Scottie y Johnstone eran los únicos a los que les había sucedido algo ahí arriba, el resto de los hombres se habían dejado influenciar por la atmósfera de misterio gracias a lo que Johnstone les había ido contando.

—¡Muévase! —rugió el segundo oficial al ver que el marinero se había detenido, y el joven, tras comprobar que no había ningún peligro aparente, subió y empezó a escalar los obenques del mastelero de gavia. Apenas podía distinguírselo debido a las sombras que proyectaba la gavia, pero parecía que había vuelto a detenerse a la altura del tope inferior del palo.

—¡Muévase! —volvió a gritar el segundo oficial. En ese mismo instante, el joven se puso a chillar.

—¡No me hagas nada, Golly! ¡Siempre me he portado bien contigo!

Y justo después empezó a gritar algo con todas sus fuerzas, completamente aterrorizado. Entonces, en medio de sus aullidos, cayó de cabeza en la oscuridad, se golpeó contra los obenques, rebotó y se precipitó sobre el mar.

Los hombres en cubierta empezaron a gritar aterrorizados y el segundo oficial se puso a dar órdenes para intentar salvar al muchacho. Pero el joven debía haberse hundido de golpe y para siempre, ya que nadie volvió a verle aunque se lanzaron un par de salvavidas y uno de los botes estuvo dando vueltas y más vueltas alrededor del barco durante varias horas.

Ambas guardias habían sido puestas en alerta y tanto el patrón como el primer oficial también se hallaban en el puente. Cuando finalmente el bote volvió a izarse a bordo, tuvo lugar en la popa una conversación muy reñida y excitada.

—¡Maldito sea ese Golly! —rugió el patrón—. Es un pedazo de carne muerta desde hace tres meses, ¡y yo no quiero fantasmas en mi barco!

Se volvió hacia el segundo oficial.

—Coja un par de hombres, suba al palo mayor y averigüe qué pasa ahí arriba. Si alguien ha estado tramando algo deseará haber muerto dos o tres veces seguidas antes de que le ponga las manos encima.

El segundo oficial era un tipo pendenciero y de gran arrojo, pero le disgustaba mucho el trabajo que le había sido encomendado y sugirió que no les iría mal llevar un par de lámparas consigo para poder alumbrarse. Con ellas, y con los dos marineros

que habían tenido el suficiente coraje para acompañarle, después de enterarse de que el oficial iría a la cabeza, se encaminó hacia los aparejos del palo mayor. Subió hasta la cofa y alumbró con su lámpara todos los rincones; mas no descubrió nada extraño. Luego ascendió a la cruceta y rebuscó por las vergas. Pero no encontró ni el más mínimo rastro de vida entre los aparejos y las vergas más altas.

Después de bajar informó al patrón, y éste ordenó que se realizara una búsqueda exhaustiva por todo el barco; pero tampoco dio ningún resultado, de manera que el obstinado escepticismo del patrón tuvo que buscar una explicación más natural a todo aquel misterio, una explicación que no era compartida en el castillo de proa. Pero nadie supo qué pensaba en realidad el patrón, ya que no sólo mantuvo la boca cerrada con respecto al tema sino que también se mostraba muy reacio a que los oficiales hablaran sobre ello en su presencia. De todo lo cual se puede deducir que se imaginaba más cosas de las que en realidad conocía, hecho este que suele sucedemos a la mayoría de nosotros.

Nadie pudo dormir en el castillo de proa el resto de la noche en que aconteció tal suceso, ya que ambas guardias se reunieron para hablar del incidente, y para escuchar y comentar las primeras experiencias de Johnstone, sus opiniones y puntos de vista, que ahora casi eran consideradas como un evangelio.

—¡No pienso volver a subir solo por ese palo mientras siga en este cascarón maldito! —sentenció Johnstone—. ¡Ni aunque me llenen de cadenas! ¡No, señor! Os digo que el viejo Golly está ahí arriba y que no va a descansar en paz hasta que consiga que el patrón suba y pueda acabar con él, igual que acabó con Grant (el marinero ordinario). ¡Ya me diréis si estoy en lo cierto! El viejo no sabe lo que es el miedo y acabará subiendo, estoy completamente seguro.

Transcurrieron dos semanas desde el incidente y los oficiales se las habían arreglado, en la medida de lo posible, para que ningún hombre subiera a la arboladura en las horas de oscuridad. Una noche, sin embargo, el patrón subió al puente más tarde de lo normal y después de pasear un poco por la toldilla se acercó al primer oficial.

—¿Por qué está aferrado el sobrejuanete mayor, señor? —le preguntó.

—Verá, señor —empezó el oficial, pero enseguida dudó, sin saber cómo abordar el asunto.

—¡Estoy a la escucha, caballero!

—Bueno, señor —empezó de nuevo el primero—, después de lo que ha sucedido considero oportuno no enviar a los hombres a la arboladura durante la noche.

—¡Justo lo que me temía! Envíe un marinero arriba para largar esa vela. ¡Es usted casi tan blando como el resto de la tripulación!

—Hay algo sumamente extraño, señor… —empezó el primer oficial.

—¡Usted no tiene nada que decir, caballero! —le interrumpió el patrón con un bufido—. Y como no estoy interesado en nada de lo que me pueda contar, ya está soplando uno de esos silbatos suyos y haciendo que alguien suba ahí arriba.

El oficial no se atrevió a contestar, puso el silbato en sus labios y dio las órdenes pertinentes, que fueron recibidas por la guardia con un silencio incrédulo, ya que era del dominio público que nadie tendría que dejar las cubiertas durante la noche, a no ser que la seguridad del barco dependiera de ello. ¡Y ahora les ordenaban subir!

El oficial repitió la orden, pero todos los hombres siguieron en silencio. Entonces, antes de que el primer oficial pudiera hacer nada, el patrón bajó de la toldilla y se encaminó hacia la guardia de proa. Agarró a dos marineros por la garganta y golpeó salvajemente ambas cabezas entre sí; luego se acercó al hombre más fornido de los que estaban de guardia, lo sujetó por los hombros y empezó a darle patadas mientras lo arrastraba hacia el aparejo del palo mayor.

—¡Arriba, muchachote! —gritó, propinándole una última patada para ayudarlo a subir a la barandilla. Aturdido por la paliza que acababa de recibir, el hombre se detuvo, sin saber a ciencia cierta qué era peor: si las patadas del capitán o lo que pudiera acechar ahí arriba.

—¡Arriba, cabeza hueca! —aulló el capitán, saltando tras él.

El marinero, un holandés, subió a toda prisa por la jarcia del aparejo mayor con el patrón a su espalda, golpeándole con el puño cada tres flechastes. El marinero llegó a la cruceta y se dirigió tambaleante a los obenques del mastelero de gavia. Entonces el patrón volvió abajo, sintiéndose «bastante bien», como él mismo dijo.

Después de largar el sobrejuanete a toda velocidad y soltar los cabos, el holandés empezó a descender, flechaste tras flechaste, en una aterrorizada carrera. Cuando llegó a la altura de la cofa y estaba a punto de poner el pie en la jarcia del macho, se puso a gritar algo a voces y saltó hacia los flechastes. Aterrizó en mitad de la jarcia, bajó de tres en tres flechastes y cayó con estruendo sobre la cubierta principal.

Sus compañeros de guardia lo recogieron y se lo llevaron a su litera en el castillo de proa, donde se vio que no tenía ninguna herida seria, excepto algunos arañazos y golpes. Cuando se recuperó lo suficiente para hablar, insistió que había visto un gigantesco negro en la tabla de jarcia del mastelerillo. Y ninguno de los hombres del castillo de guardia sintieron que Svensen estaba mintiendo.

Mientras tanto, a popa, el capitán se burlaba del primer oficial.

—¡Un Negro! ¡Un maldito negro! —aulló mientras iba de un lado a otro—. ¡Cobardes! ¡Una pandilla de cobardes! El miedo y la imaginación, ésos son los únicos fantasmas que existen ahí arriba, y no voy a dejar que me fastidien en mi propio barco. ¡No, señor! ¡Se pueden considerar afortunados de que aún no les haya roto el pescuezo!

Desde entonces, siempre que había que subir a la arboladura durante la noche, los dos oficiales iban junto con sus hombres para infundirles un poco de valor.

—Yo sí creo que hay algo extraño ahí arriba por la noche —le dijo el primer oficial al segundo—. Estaba en la arboladura con mi gente durante la guardia de media y bajábamos a la tabla de jarcia del mastelero cuando oí al viejo Golly que me hablaba cerca de la oreja, lo oí con tanta claridad como puedas imaginarte.

—Bueno, ya puestos —dijo el segundo—, creo que yo también oí algo hace dos noches, cuando estábamos arriba. Pero no estoy del todo seguro.

—Suena realmente estúpido —apuntó el primero—. Pero ahí está. Svensen jura haberle visto, aunque yo no le habría hecho demasiado caso de no ser por lo que le ocurrió al otro marinero. Él también *había* visto algo.

Aquella misma noche la brisa refrescó bastante y el primer oficial, que estaba de guardia en esos momentos, ordenó cargar el juanete mayor; el juanete de proa y el perico habían sido tomados durante la guardia anterior.

—Arriba y hagámoslo rápido, muchachos —ordenó, y fue el primero en saltar a la flechadura.

—¿Dónde va, señor? —gritó el capitán desde la popa en ese mismo momento.

El oficial se lo explicó.

—Será mejor que vuelva aquí arriba, señor —contestó el capitán—. Aquí está su lugar en el barco. Son los marineros los que tienen que subir a la arboladura, y ahí van —concluyó con un feroz rugido—, ¡sin necesidad de que nadie les mime!

Tras oír las palabras del capitán bajó a la cubierta principal y los marineros le dejaron paso, apartándose en todas direcciones.

—¡Arriba, muchachos! —bramó—. ¡Arriba! —y agarró al hombre que tenía más cerca y le subió a la barandilla.

El marinero se sujetó al flechaste y empezó a subir por la jarcia mientras el resto de los hombres gateaban detrás. Pero un poco después, cuando pensaron que arriba, en medio de la oscuridad, podía haber algo incluso peor que la furia del patrón, se detuvieron y se quedaron encogidos sobre los flechastes.

—¡Cómo! —rugió el capitán, y fue hacia ellos a grandes zancadas.

Entonces los marineros volvieron a gatear a toda prisa seguidos del capitán, que se lió a golpes con el último de los hombres. El marinero, que estaba aterrorizado, avanzó a trompicones y, al llegar a la tabla de la jarcia del mastelero, perdió pie y golpeó con él el rostro del capitán, haciendo que éste lanzara salvajes juramentos mientras conseguía auparse a la tabla y le decía que «iba a machacarle a puñetazos». El marinero, al darse cuenta de lo que había hecho, corrió como un loco, llegó hasta el hombre que tenía encima e intentó adelantarle trepando por su espalda; y fue en esta posición en la que le alcanzó el capitán.

—¡Por todos los diablos, te voy a despellejar vivo! —aulló mientras le golpeaba a ciegas en la oscuridad.

El marinero se puso a chillar y el compañero que estaba arriba empezó a lanzar maldiciones. El patrón saltó al siguiente flechaste, pero, antes de que pudiera volver a golpearle, los hombres oyeron que alguien decía «¡Golly! ¡Golly!» con voz muy tenue desde la cruceta.

El capitán se irguió un poco para mirar hacia arriba y entonces —nadie sabe a ciencia cierta cómo ocurrió— perdió pie y empezó a caer.

Cayó cerca de la cofa y fue a dar contra el seno del chafaldete, partiéndose la

espalda. Le encontraron allí colgado, laxo y en silencio, cuando bajaron a toda prisa huyendo de los terrores que se escondían en lo más alto del palo mayor.

Dos días después, el primer oficial, que ahora hacía las veces de capitán, descubrió algo que podría explicar en parte el misterio. Había subido con el contramaestre a la arboladura a echar un vistazo al tamborete del palo mayor, ya que este último decía que estaba rajado. Luego subió un poco más, comprobando el estado del mastelerillo con su machete. Estaba erguido sobre el reborde del tamborete, que abrazaba la parte inferior del hueco mastelerillo de acero, cuando de repente oyó, justo debajo de sus pies, que alguien decía: «¡Golly! ¡Golly!».

Durante un breve instante experimentó un terrible acceso de miedo supersticioso, pero el contramaestre, ahora que no había tinieblas que fomentaran la imaginación, reconoció enseguida aquel sonido.

—Es la bomba del achicador, señor —explicó—. El último patrón había hecho algunos ajustes. Era como una obsesión, aunque nunca consiguió que funcionara correctamente. Está en el interior del palo y comunica con una boquilla de rosca que se abre en la parte delantera del palo, encima del cabillero de regala. Se trataba de que cuando el barco hiciera agua la bomba la empujara hacia arriba, dirigiéndola hacia el tubo de descarga que da al mar gracias a un sistema de palas superpuestas. Hay un obturador para cerrar la boquilla, pero supongo que la tapa se ha caído.

Y en verdad ésta era la explicación a todo lo acontecido, ya que, en cuanto pusieron la tapa en la boquilla del palo mayor, de manera que ya no se comunicaba con el achicador, no volvió a escucharse jamás al viejo Golly susurrando en lo alto del mastelero. El palo hueco de acero había llevado el sonido del agua burbujeante hacia arriba, transmitiéndole una cualidad extraña y sobrenatural, de manera que, en las noches oscuras y ventosas, parecía que alguien murmuraba las palabras «¡Golly! ¡Golly!».

Sin embargo, y aunque seguramente éste era el motivo de los sonidos que ciertas noches habían oído los marineros en la arboladura, ninguno de los que moraban en el castillo de proa lo creyeron. La explicación que ellos daban a la desaparición de aquel encantamiento era completamente distinta. Y así lo remarcó Johnstone un día.

—Os dije que subiría. El viejo Golly nunca habría descansado en paz hasta pillarlo. ¡Si no lo hubiera pillado entonces, lo habría hecho más adelante!

Se calló y miró fijamente a los demás, asintiendo con la cabeza. Y todos los que estaban allí asintieron también, completamente de acuerdo.

DEMONIOS DEL MAR

—¡Ven al puente y échale un vistazo a esto, Darky! —gritó Jepson, corriendo hasta la mitad de la cubierta—. El viejo dice que ha habido un terremoto submarino y todo el mar está burbujeante y lleno de lodo.

Obedeciendo los excitados llamamientos de Jepson, le seguí. Era tal y como había dicho; el eterno azul del mar estaba ahora salpicado por unas manchas del color del barro, y a veces surgía una burbuja enorme que pronto reventaba con un sonoro «plof». El patrón y los tres oficiales se hallaban sobre el castillo de popa, examinando la superficie del océano con sus prismáticos. Mientras miraba las enlodadas aguas, algo surgió del mar al aire de la tarde por el costado de barlovento. Parecía un banco de algas, pero enseguida volvió a sumergirse con brusquedad, como si fuera algo más sustancial que unas simples algas. Justo después de este extraño suceso, el sol desapareció con la rapidez de las regiones tropicales y, bajo las breves luces crepusculares que siguieron, las cosas adoptaron una extraña irrealidad.

Toda la tripulación se encontraba abajo, sólo el primer oficial y el timonel permanecían en la toldilla. Delante, sobre el juanete del castillo de proa, se podía adivinar la oscura silueta del vigía apoyado en el estay de mesana. No se oía ningún sonido excepto el tintineo ocasional de la cadena de un escotín, o el traqueteo del engranaje de dirección cuando alguna pequeña ola se deslizaba por debajo de la quilla. Entonces la voz del primer oficial rasgó el silencio y pude ver que el viejo había salido al puente y estaba hablando con él. Por las pocas palabras que logré descifrar, supe que andaban comentando los extraños sucesos que habían tenido lugar durante el día.

Un poco después del crepúsculo, el viento, que había soplado con fuerza, cesó por completo, y la temperatura del aire se hizo demasiado calurosa. Nada más tocar las dos campanadas, el primer oficial me hizo llamar y me ordenó que llenara un cubo con agua del mar, y que se lo llevara luego. Hice lo que me pedía, y luego metió un termómetro dentro del cubo.

—Justo lo que pensaba —musitó, sacando el instrumento del recipiente y mostrándoselo al capitán—: treinta y ocho grados. ¡Casi podemos hacer el té con el agua de mar!

—Espero que no siga calentándose —gruñó un poco más tarde—, o vamos a cocernos vivos.

A una señal del primer oficial, vacié el cubo y lo dejé en su lugar habitual, volviendo luego a ocupar mi puesto sobre la barandilla. El viejo y el primero caminaron de un costado a otro de la toldilla. El aire se fue calentando según pasaban las horas y, tras un largo periodo de silencio solamente roto por los ocasionales «plof» de las burbujas de gas al reventar, la luna se irguió en el cielo. Sin embargo, su luz resultaba enfermiza, ya que una densa neblina había empezado a surgir del mar y los rayos de la luna apenas podían atravesarla. Decidimos que la bruma era debida al

excesivo calentamiento del agua del mar; se trataba de una niebla muy húmeda y pronto quedamos completamente empapados. La interminable noche fue transcurriendo con lentitud y el sol surgió por el horizonte, un sol tenue y fantasmal que apenas se dejaba ver entre la niebla acumulada alrededor del barco. Medimos la temperatura del agua de tanto en tanto, aunque ésta apenas había experimentado una leve subida. No se pudo llevar a cabo ninguna tarea y la sensación de que algo inminente estaba a punto de acontecer invadía a todos los del barco.

La sirena sonaba ininterrumpidamente mientras el vigía atisbaba entre los jirones de bruma. El capitán caminaba por la toldilla acompañado de sus oficiales y, en un momento determinado, el tercer oficial habló mientras señalaba las nubes de niebla. Todas las miradas siguieron su seña; vimos lo que parecía ser una especie de línea negra que atravesaba la pálida blancura de los vapores. No se parecía a nada en concreto, pero nos recordaba un poco a una enorme cobra erguida sobre la cola. Se evaporó mientras la observábamos. El grupo de oficiales evidenció gran desconcierto; parecían no ponerse de acuerdo entre ellos. Entonces, mientras discutían, oí la voz del segundo oficial:

—No es nada —dijo—. Ya he visto antes cosas similares en medio de las brumas, pero al final siempre han resultado ser fantasías.

El tercer oficial sacudió la cabeza y contestó algo que no pude oír, pero ya no se hicieron más comentarios. Por la tarde fui abajo a dormir un poco y, al volver a cubierta con las ocho campanadas, descubrí que la bruma aún no nos había abandonado; es más, parecía haberse espesado algo. Hansard, que había estado tomando la temperatura del agua mientras yo me encontraba abajo, me comunicó que ésta había subido tres grados y que el viejo estaba de un humor raro. Cuando dieron las tres campanadas, me dirigí a la proa para echar un vistazo por encima de las amuras y charlar un poco con Stevenson, que estaba de vigía. Cuando llegué al extremo del castillo de proa me incliné sobre la baranda y eché un vistazo a las aguas. Stevenson se aproximó, quedándose a mi lado.

—Qué raro es todo esto —refunfuñó.

Luego permaneció en silencio durante un rato; ambos parecíamos hipnotizados por la reluciente superficie del mar. De pronto, surgiendo de las profundidades, justo delante de nosotros, apareció una monstruosa cara negra. Era como una caricatura espantosa de un rostro humano. Nos quedamos petrificados mirándola; la sangre de mis venas pareció convertirse en hielo al instante; me sentía incapaz de moverme. Pude recuperar el control de mis actos con un terrible esfuerzo y, tras agarrar a Stevenson por el brazo, descubrí que apenas podía emitir más que un graznido, pues la facultad de hablar correctamente me había abandonado.

—¡Mira! —jadeé—. ¡Mira!

Stevenson siguió mirando el mar como si se hubiera convertido en una estatua de piedra. Se inclinó un poco más sobre la baranda, como queriendo examinar más de cerca aquella cosa.

—¡Señor! —exclamó—. ¡Es el diablo en persona!

Y entonces, como si el sonido de su voz hubiera roto un encantamiento, la cosa desapareció. Mi compañero se quedó mirándome mientras me restregaba los ojos, creyendo que me había quedado dormido y que aquella espantosa aparición tan sólo había sido el producto de una terrible pesadilla. Pero me bastó una simple mirada a mi compañero para quitarme de la cabeza ese pensamiento. En su rostro se reflejaba un tremendo desconcierto.

—Será mejor que vayas a popa y se lo digas al viejo —balbuceó.

Asentí, y le dejé en el castillo de proa mientras me dirigía hacia la popa como en una especie de trance. El patrón y el primer oficial se hallaban en el saltillo de la toldilla. Subí corriendo la escalera y les dije lo que había visto.

—¡Majaderías! —se mofó el viejo—. Lo único que has visto es el desagradable reflejo de tu propio rostro sobre las aguas.

Sin embargo, a pesar de arriesgarse a hacer el ridículo, me interrogó más detenidamente. Por fin, ordenó al primer oficial que fuera a comprobar si podía ver algo. Regresó al poco, y le comunicó al viejo que no había nada extraño. Sonaron las cuatro campanadas y nos relevaron para tomar el té. Cuando volví a la cubierta descubrí que los hombres se arracimaban hacia la proa. Estaban hablando de la cosa que habíamos visto Stevenson y yo.

—Supongo, Darky, que no se trataría de un reflejo, ¿verdad? —me preguntó uno de los marineros más viejos.

—Pregúntale a Stevenson —le respondí mientras seguía mi camino hacia popa.

Con el tañido de las ocho campanadas volví a mi turno de guardia en cubierta, y descubrí que no había ocurrido ninguna cosa digna de mención. Pero, casi una hora antes de la medianoche, al primer oficial le entraron ganas de fumar y me mandó que fuera a su camarote para traerle una caja de cerillas con la que encender su pipa. Apenas me llevó un minuto descender por la escalerilla cubierta de latón, regresar a popa y entregarle el deseado artículo. Abrió la caja, tomó un fósforo y lo prendió en la suela de la bota. Pero mientras lo hacía, un grito apagado se elevó en medio de la noche. Luego se escuchó un clamor ronco, como los rebuznos de un asno, pero considerablemente más profundos, y que portaban una terrible nota de humanidad.

—¡Buen Dios! ¿Has oído eso, Darky? —preguntó el primer oficial sobrecogido.

—Sí, señor —le contesté, casi sin atender a lo que me decía, pues estaba escuchando atentamente por si se repetían aquellos extraños sonidos.

De repente, el terrible mugido volvió a oírse claramente. La pipa del primer oficial cayó sobre la cubierta con un golpe sordo.

—¡Corre a la proa! —gritó—. ¡Deprisa! Dime si puedes ver algo.

Corrí a toda velocidad, con el corazón latiendo desaforadamente en mi garganta. Todos los hombres del turno de guardia se encontraban sobre el castillo de proa, arremolinados alrededor del vigía. Hablaban y gesticulaban como locos. Pero enseguida se callaron y me lanzaron miradas interrogantes mientras me abría paso

entre ellos.

—¿Habéis visto algo? —grité.

Pero antes de que pudiera recibir cualquier respuesta, el terrible mugido volvió a estallar en medio de la nada, profanando la noche con su coro infernal. A pesar de la bruma que nos envolvía, parecía provenir de un sitio muy concreto. Y, sin duda, sonaba más cerca. Me demoré un rato para asegurarme de su procedencia y después volví corriendo hacia la popa a dar parte al primer oficial. Le dije que no habíamos podido ver nada, pero que el sonido venía directamente de delante. Nada más oír esto, ordenó al timonel que virara un par de grados. Al rato, un grito escalofriante se elevó en medio de la noche, seguido al instante por aquella especie de rebuznos.

—¡Está muy cerca por la proa, hacia el costado de estribor! —exclamó el primer oficial, mientras le indicaba al timonel que virara un poco más.

Luego llamó a la guardia y corrió hacia proa, aflojando a su paso las brazas de sotavento. Una vez reorientadas las vergas con respecto a la nueva derrota, regresó a popa y se inclinó sobre el pasamanos escuchando con atención. Los minutos parecían horas y el silencio permaneció inalterable. De repente, los sonidos retornaron y estaban tan cerca que casi parecían provenir de a bordo. Esta vez observé una extraña nota retumbante que se mezclaba con los rebuznos. Y un par de veces se produjo un sonido que sólo puede ser descrito como una especie de «gug, gug». Luego hubo un siseo jadeante, similar al que producen los asmáticos al respirar.

La luna seguía brillando lánguidamente entre los vapores, aunque me dio la sensación de que era un poco menos espesa. El primer oficial me agarró del hombro cuando los ruidos volvieron a elevarse y desaparecer de nuevo. Ahora parecían provenir de un sitio concreto por el costado del barco. Todos los ojos en cubierta intentaban horadar la niebla sin resultado. De pronto, uno de los hombres gritó que una cosa larga y oscura se había deslizado hacia popa entre la bruma. De ella se elevaban cuatro torres difusas y fantasmagóricas que parecía ser mástiles, cuerdas y velas.

—¡Un barco! ¡Es un barco! —gritamos excitados.

Me volví hacia el señor Gray; también él había visto algo, y ahora miraba la estela que se dibujaba por la popa. La visión del extraño objeto había resultado tan fugaz, fantasmagórica e irreal que no estábamos seguros de haber avistado una nave material, y pensamos que lo que en realidad habíamos contemplado era algún buque fantasma como el *Holandés Errante*[55]. Las velas chasquearon de repente, los puños metálicos de las escotas percutieron sobre las regalas con un golpe sordo. El primer oficial levantó la vista a la arboladura.

—El viento está disminuyendo —gruñó enfadado—. ¡A este paso jamás saldremos de este lugar infernal!

El viento desapareció poco a poco, y pronto nos encontramos en medio de una calma chicha; ningún sonido quebraba aquel silencio mortal excepto el tamborileo continuo de los tomadores de los rizos al vibrar suavemente sobre las olas. Las horas

pasaron, la guardia fue relevada y yo bajé a descansar un poco. Volvieron a llamarnos con las siete campanadas y, mientras iba por la cubierta en dirección a la cocina, observé que la niebla era menos espesa y el calor más llevadero. Al sonar las ocho campanadas, relevé a Hansard en la tarea de adujar los cabos. De él supe que la bruma había comenzado a disiparse cuando dieron las cuatro campanadas y que la temperatura del mar había descendido cuatro grados.

A pesar de que los vapores ya no eran tan densos, tuvo que pasar otra media hora más hasta que pudimos ver algo de los mares circundantes. Aún había restos oscuros diseminados por la superficie del agua, pero el burbujeo había cesado. El océano tenía un extraño aspecto de desolación. A veces, algún jirón de bruma se deslizaba por encima del mar, retorciéndose y ondulando sobre la calma superficie, hasta perderse en la neblina que aún ocultaba el horizonte. Unas columnas de vapor se erguían aquí y allá, como pilares, lo cual me hizo pensar que el mar aún seguía muy caliente en algunas zonas. Crucé la cubierta hasta el costado de estribor para echar un vistazo y descubrí que las condiciones atmosféricas eran similares a las que había contemplado por el lado de babor. El aspecto desolado del mar me hizo sentir frío, aunque el aire resultaba muy cálido y bochornoso. El primer oficial, encaramado en el saltillo de la toldilla, me ordenó que le llevara los prismáticos.

Se los subí, los cogió y fue hasta el pasamanos del coronamiento de popa. Se quedó allí un rato limpiando las lentes con un pañuelo. Después se los llevó a los ojos y examinó con intensidad las brumas que se elevaban por detrás de nuestra popa. Me quedé mirando un tiempo la zona a la que el primer oficial dirigía los prismáticos. Entonces, una cosa sombría comenzó a extenderse en la lejanía. Tras observarla detenidamente, pude distinguir los contornos de un navío que iba tomando forma entre los vapores.

—¡Mire eso! —grité, pero antes incluso de acabar la frase, la niebla se difuminó un poco más dejando al descubierto un gran barco de cuatro palos, con todas las velas desplegadas, que flotaba totalmente en calma a varios cientos de metros de nuestra popa. Y entonces, como el telón que se abre para luego volver a caer enseguida, la niebla se cerró una vez más, ocultando de la vista aquella extraña embarcación. El primer oficial estaba muy nervioso, y caminaba de un lado a otro de la toldilla con pasos largos y entrecortados, parando con frecuencia para examinar con los prismáticos la zona nebulosa por la que había desaparecido el buque de cuatro palos. Poco a poco, la bruma volvió a disiparse y pudimos ver la nave con mayor claridad, y entonces tuvimos un presentimiento sobre la causa de aquellos aterradores sonidos que se habían elevado en medio de la noche.

El primer oficial estuvo observando el barco en silencio durante un rato y, mientras miraba, creció en mí la sensación de que, a pesar de la bruma, podía detectar una especie de movimiento en sus cubiertas. Pasado un tiempo, la duda se convirtió en certeza y también descubrí que el agua estaba revuelta a su alrededor. De pronto, el primer oficial dejó los prismáticos sobre el cubichete del timón y me pidió que le

trajese el megáfono. Bajé corriendo la escalerilla y pronto volví a su lado con la bocina.

El primer oficial se la llevó a los labios, tomó aire y lanzó un llamamiento de aviso a través de las aguas que habría despertado a los muertos. Esperamos la respuesta con nerviosismo. Al rato, del barco surgió un gruñido hueco y profundo que cada vez se fue haciendo más fuerte, hasta que nos dimos cuenta de estar escuchando los mismos rebuznos de la noche anterior. El primer oficial se quedó aterrorizado ante la contestación que había obtenido su llamada; con voz apenas más fuerte que un leve susurro me pidió que avisara al viejo. Atraídos por los gritos del oficial y por la sobrenatural respuesta, los hombres del turno de guardia se habían ido acercando a la popa y ahora estaban agrupados alrededor del palo de mesana para poder observar mejor los acontecimientos.

Tras llamar al capitán regresé a popa y vi que el segundo y el tercer oficial estaban hablando con el primero. Todos se afanaban examinando a nuestro extraño consorte, que estaba medio oculto entre los vapores, e intentaban buscar una explicación a los fenómenos que se habían desarrollado durante las últimas horas. El capitán apareció al rato, llevando su telescopio en las manos. El primer oficial le hizo una breve reseña de todo lo sucedido y le entregó el megáfono. El viejo me dio el telescopio para que se lo sujetara y llamó a la sombría embarcación. Todos nos quedamos sin respiración cuando volvimos a escuchar aquella terrible algarabía que se elevaba en el aire tranquilo de la madrugada como respuesta a las llamadas del capitán. Éste bajó el megáfono y se quedó petrificado con una expresión de espanto y sorpresa en el rostro.



Demonios del mar. Ilustración de Ned Dameron

—¡Por Dios! —exclamó—. ¡Qué infame coro!

Entonces el tercer oficial, que había estado examinando el barco con sus prismáticos, rompió el silencio.

—¡Mirad! —espetó—. El viento comienza a soplar de popa.

Ante aquellas palabras, el capitán levantó la vista a la arboladura y luego todos nos pusimos a mirar cómo la superficie del mar comenzaba a rizarse.

—El paquebote tiene el viento a favor —dijo el capitán—. ¡Estará a nuestra altura en menos de media hora!

Un poco después, el banco de niebla había llegado a unos cien metros del coronamiento de popa. Podíamos ver al extraño navío entre los jirones de bruma que se extendían por sus costados. El viento volvió a caer tras una breve ráfaga, pero nosotros seguíamos mirando fascinados y descubrimos que el agua comenzaba a agitarse de nuevo hacia la popa de nuestro extraño consorte. Sus velas se sacudieron y volvió a deslizarse lentamente hacia nosotros. La enorme embarcación de cuatro palos fue acercándose a un ritmo constante según iban transcurriendo los segundos. La suave brisa que la empujaba llegó hasta nosotros y, con un perezoso chasquido de la velas, también nuestra nave comenzó a deslizarse suavemente sobre la superficie de aquel mar extraño. El paquebote apenas se encontraba ahora a cincuenta metros de nuestra popa y se aproximaba constantemente, dando la sensación de que podía adelantarnos con facilidad. Según se acercaba orzó bruscamente, tomando el viento con las velas caídas a barlovento.

Miré hacia el coronamiento de popa de la embarcación, intentando descubrir la figura del timonel, pero la niebla se arremolinaba más allá de la cubierta principal, haciendo que los contornos del otro lado resultaran borrosos. Volvió a ceñirse al viento con un rechinar de cadenas sobre sus vergas de hierro. Nosotros, mientras tanto, habíamos comenzado a deslizarnos con mayor velocidad, pero estaba claro que la otra embarcación era más marinera, pues enseguida estuvo a tiro de piedra de nuestra posición. El viento refrescó rápidamente y la niebla comenzó a disiparse, de manera que pronto pudimos ver con claridad sus mástiles y jarcias. El patrón y los oficiales la observaban atentamente cuando, casi al mismo tiempo, todos lanzamos una exclamación de espanto.

—¡Dios mío!

Y nuestros miedos estaban totalmente justificados, pues arracimados sobre las cubiertas del buque se hallaban los seres más espantosos que jamás he visto. A pesar de su apariencia extraña y sobrenatural, tenían algo que me resultaba vagamente familiar. Entonces supe que el rostro que Stevenson y yo habíamos visto la noche anterior pertenecía a uno de aquellos seres. Sus cuerpos tenían cierta similitud con los de una foca, aunque resultaban de una blancura cadavérica. El extremo inferior de aquellas entidades finalizaba en una especie de cola curvada sobre la que parecían ser capaces de mantenerse erguidas. En lugar de brazos tenían dos largos tentáculos serpenteantes rematados por unas manos cuya apariencia era tremendamente humana,

si bien estaban armadas de garras en lugar de uñas. ¡En verdad, el aspecto de aquellas parodias de seres humanos resultaba espantoso!

Tanto los rostros como las extremidades delanteras eran de color negro, y sus facciones resultaban repulsivas y grotescamente humanoides; la mandíbula inferior se cerraba por encima de la superior, como las fauces de un pulpo. He visto nativos de determinadas tribus que tienen rostros extraordinariamente similares, pero ninguno de ellos podría haberme hecho sentir el espanto y la repugnancia que me transmitían aquellas criaturas de aspecto bestial.

—¡Qué seres más diabólicos! —estalló el capitán con asco.

Tras pronunciar estas palabras, se volvió hacia sus oficiales y, mientras lo hacía, vi que la expresión de sus rostros mostraba a las claras que todos intuían el significado de la presencia de aquellas diabólicas bestias. Si, como sin duda era el caso, aquellas criaturas habían abordado la nave y destruido a su tripulación, ¿qué les impediría hacer lo mismo con nuestra propia embarcación? Éramos menos y nuestro navío considerablemente más pequeño; cuanto más pensaba en ello menos me gustaba el cariz de los acontecimientos.

Pudimos ver el nombre del barco grabado en uno de los costados de la proa: *Scottish Heath*[56]. El mismo nombre aparecía en los botes salvavidas y, entre corchetes, la ciudad de Glasgow, lo cual quería decir que procedía de aquel puerto. Resultaba una extraordinaria coincidencia que tuviera todas las velas desplegadas y las vergas convenientemente orientadas, de manera que, como ya lo habíamos comprobado antes, debía de haber estado navegando a la deriva con todo el trapo en facha. Y ahora, empujada por la suave brisa, podía navegar a nuestro lado a pesar de que no hubiera nadie a la rueda del timón. Pero parecía gobernarse a sí misma y, aunque a veces daba violentos bandazos, jamás dejó de deslizarse hacia delante. Mientras la observábamos vimos una sucesión de movimientos bruscos en las cubiertas y varios de aquellos seres se zambulleron en el agua.

—¡Mirad! ¡Mirad! Nos han descubierto. ¡Vienen a por nosotros! —gritó el primer oficial.

Y era completamente cierto; un enjambre diabólico se zambullía en el mar, ayudándose de sus largos tentáculos. Se acercaban, cientos de bestias brutales que nadaban en hordas hacia nosotros. El barco se deslizaba a tres nudos de velocidad, de otra manera nos habrían alcanzado en pocos minutos. Pero las criaturas no se desanimaban y, poco a poco, iban ganándonos terreno. Los largos tentáculos que hacían las veces de extremidades superiores surgían del agua a centenares y las bestias más cercanas apenas estaban ya a varios metros del barco. Entonces el viejo reaccionó y gritó a los oficiales que trajeran la media docena de alfanjes que componían el arsenal del barco. Luego, volviéndose hacia mí, me ordenó que bajara a su camarote y le trajera los dos revólveres que guardaba en el cajón de arriba de su mesa, junto con una caja de cartuchos que también estaba allí.

Cuando volví con las armas, las cargó y le tendió una al primer oficial. Mientras

tanto, nuestros perseguidores seguían aproximándose, y pronto media docena de aquellas criaturas se situaron justo debajo de donde nos encontrábamos. El capitán se inclinó en el acto sobre la barandilla y vació el cargador de la pistola sobre ellos, aunque sin ningún resultado aparente. Debió de darse cuenta de que sus esfuerzos eran inútiles, pues no volvió a recargar el arma.

Por entonces, varias docenas más de aquellas bestias nos habían alcanzado. Sus tentáculos se irguieron en el aire, asiéndose a la barandilla. El tercer oficial se puso a gritar y vi que era rápidamente arrastrado hacia el pasamanos por un tentáculo que le rodeaba el torso. El segundo oficial tomó uno de los alfanjes y se puso a dar tajos a la extremidad. Un chorro de sangre salpicó el rostro del tercer oficial, que cayó sobre la cubierta. Surgieron más tentáculos que se agitaban en el aire, pero ahora parecían encontrarse a varios metros de distancia de nuestra popa. El agua empezó a aclararse rápidamente entre nosotros y las criaturas que nos perseguían, y todos lanzamos un grito de júbilo. Pronto supimos el motivo: se había levantado una fuerte brisa que nos empujaba hacia delante y que había sorprendido mal dispuesto al *Scottish Heath*, haciendo que nuestra nave progresara y la otra no, de manera que pronto dejamos atrás aquella embarcación repleta de monstruos. El tercer oficial se puso en pie aturdido y, mientras lo hacía, algo cayó golpeando la cubierta. Me agaché y cogí aquella cosa, que resultó ser el trozo de tentáculo que había cortado el segundo oficial. Lo arrojé al mar con una mueca de repugnancia, pues no quería conservar ningún recuerdo de aquella terrible experiencia.

Tres semanas más tarde arribamos al puerto de San Francisco. Allí el capitán hizo un parte detallado de todo lo sucedido y se lo entregó a las autoridades, que mandaron una lancha cañonera para investigar. La embarcación regresó al puerto seis semanas después, informándonos de que no había podido encontrar ningún rastro del buque ni de las espantosas criaturas que se habían apoderado de él. Y desde entonces, que yo sepa, jamás se ha vuelto a hablar del *Scottish Heath*, barco de cuatro palos que fue avistado por última vez en posesión de unas bestias que podían ser descritas como demonios del mar.

Que aún navegue por los mares gobernado por una tripulación infernal, o que algún huracán lo haya enviado a las profundidades, a su última morada bajo las olas, es algo que nosotros tan sólo podemos conjeturar. Pero quizás, alguna embarcación, varada en medio de una noche neblinosa y fantasmal, aún puede llegar a escuchar unos gritos y gruñidos extraños que se elevan por encima del susurro del viento. Que se pongan en guardia entonces, pues es posible que los demonios del mar no anden lejos.

LOS HABITANTES DE LA ISLETA MIDDLE

—Ahí la tiene —le anunció el viejo ballenero a mi amigo Trenhern mientras el yate viraba lentamente un cabo de la Isla Nightingale. El anciano marino señalaba con la boquilla de una renegrida pipa de barro hacia una isleta que aparecía a estribor de la proa—. Es aquélla, señor —insistió—; la Isleta Middle. Enseguida tendremos una vista despejada de la ensenada. No le garantizo que el barco siga todavía allí, señor; pero, si no se ha movido, no olvide que le he dicho desde el principio que no había nadie a bordo cuando lo inspeccionamos.

El ballenero se llevó la pipa a los labios y exhaló un par de lentas bocanadas, mientras Trenhern y yo examinábamos la isleta con los prismáticos.

Navegábamos por el Atlántico Sur. Al norte, sobre el horizonte, se divisaba el inquietante pico, azotado por los vientos, de la Isla Tristán, la más grande del archipiélago Da Cunha, y al oeste se distinguía borrosamente la Isla Inaccesible. Pero en aquel momento no nos interesaba ninguna de las dos. Nuestro destino era la Isleta Middle, situada frente a la costa de la Isla Nightingale.

Apenas hacía viento y nuestro avance era lento sobre aquellas aguas oscuras. Me di cuenta de que a mi amigo le dominaba la impaciencia por averiguar si la nave en la que viajaba su amada se encontraba todavía en aquella ensenada. Yo también sentía una gran curiosidad, pero no tan intensa como para superar un sentimiento de estupor provocado por el increíble azar que había originado aquella expedición. Hacía ya seis largos meses que mi amigo esperaba ansiosamente alguna noticia del *Happy Return*, barco de pasajeros en el que se había embarcado su amada rumbo a Australia, con el fin de restablecerse de su delicado estado de salud. Pero, durante todo ese tiempo no se tuvo la menor noticia sobre su paradero y se le dio por desaparecido. Trenhern, sin embargo, conservaba todavía una llama de esperanza y decidió insertar anuncios en los principales periódicos del mundo. Prueba del éxito de esta campaña era la presencia de aquel viejo ballenero en el yate. Aquel hombre, seducido sin duda por la recompensa ofrecida, había facilitado información acerca de un barco abandonado que había descubierto en su última travesía en las aguas de una extraña ensenada que se abría en la vertiente sur de la Isleta Middle; la nave llevaba grabada en la proa y en la popa el nombre *Happy Return*. Según parece, el viejo marino había subido a bordo, acompañado por la tripulación de un bote, y había comprobado que la embarcación estaba totalmente desierta, en vista de lo cual, la abandonó inmediatamente. Ésta era la razón por la que no quería que mi amigo se hiciera falsas ilusiones de encontrar allí a su amada, ni, por otra parte, el menor rastro de vida. Ahora pienso que debió impresionarle la absoluta desolación y la misteriosa atmósfera que reinaba en el barco, de la que pronto seríamos testigos nosotros mismos. El siguiente comentario que hizo el ballenero vino a confirmar, precisamente, mi sospecha.

—De todos modos, nadie mostró un gran entusiasmo por registrar la nave. No resultaba muy agradable permanecer allí más tiempo del necesario. Además, estaba

demasiado limpia y ordenada para mi gusto.

—¿Qué quiere decir con que estaba demasiado limpia y ordenada? —le pregunté, pues me chocó aquella observación.

—Pues eso —respondió—, que parecía que toda la tripulación acababa de abandonarla y que podrían regresar en cualquier maldito momento. Cuando la abordemos comprenderá a lo que me refiero —sacudió la cabeza con perspicacia y lanzó otra bocanada de su pipa.

Yo me quedé mirándole extrañado y después me volví hacia Trenhern, que, al parecer, no había prestado atención a los comentarios del viejo ballenero. Todo su interés se centraba en observar la isleta con el catalejo y cuanto ocurría a su alrededor le pasaba desapercibido. De pronto lanzó una exclamación y se volvió hacia el viejo marino.

—¡Eh, Williams! ¿Es allí donde vamos? —preguntó señalando con el catalejo. Williams se puso la mano de visera y miró.

—Sí, señor, allí es —respondió al cabo de un rato.

—Pero… ¿y la nave? —preguntó mi amigo con voz entrecortada—. No veo el menor rastro de ella —le dijo al ballenero cogiéndole del brazo y sacudiéndolo, angustiado por un súbito temor.

—No se preocupe, señor —dijo Williams—. Todavía hay que adentrarse un poco más hacia el sur para tener una vista completa de la ensenada. La entrada es estrecha y la nave está bastante al fondo. No tardará en verla.

Al oír esto, Trenhern recuperó su habitual compostura y soltó el brazo del viejo marino, aunque seguía estando bastante nervioso. Después se quedó unos momentos apoyado en la borda, como si aquel sobresalto le hubiera dejado sin fuerzas, y me confesó:

—Henshaw. Estoy temblando… Yo… creí…

—Tranquilo, muchacho —le animé, dándole unas palmaditas en el brazo. Luego se me ocurrió que le vendría bien distraerse con algo y le recordé que habría que ir preparando uno de los botes para cuando llegáramos a la ensenada. Mi amigo ordenó que se realizaran los preparativos y a continuación nos quedamos mirando desde la borda la angosta entrada flanqueada por rocas. Según nos acercábamos, me di cuenta de que la ensenada se adentraba profundamente en la isleta y, poco después, se destacó por fin una forma entre las sombras del fondo. Parecía la popa de una embarcación, que asomaba a través de la abertura formada por las altas paredes rocosas de la entrada. En cuanto vi aquello lancé un grito y se lo señalé muy excitado a Trenhern.

El bote estaba preparado a un costado del yate; Trenhern y yo, acompañados por el viejo ballenero, que llevaba el timón, y la tripulación del bote, pusimos rumbo hacia la bocana que se abría en el abrupto litoral de la Isleta Middle.

Atravesamos el ancho cinturón de algas que circunda la isleta y al cabo de unos minutos bogábamos por las aguas profundas y cristalinas de la ensenada, rodeada de

acantilados de roca, desnudos e inaccesibles, que parecían estrechar su círculo en las alturas.

Tardamos más de un minuto en franquear el pasaje de entrada, antes de desembocar en un pequeño lago circular, flanqueado por escarpadas paredes rocosas que se elevaban a más de cien metros de altura. Parecía que nos encontráramos en el fondo de un pozo inmenso. Pero en aquel momento no reparamos demasiado en esa sensación, pues nuestro bote pasaba ya bajo la popa de la nave, y cuando miré hacia arriba, vi que ponía en letras blancas *Happy Return*.

Enseguida volví la mirada hacia Trenhern. Estaba pálido y sus dedos jugueteaban nerviosos con los botones de la guerrera; tenía la respiración alterada. Williams aproximó el bote al costado de la nave y Trenhern y yo nos encaramamos a bordo. Williams trepó detrás de nosotros, llevando consigo la amarra del bote. Una vez arriba, la ató a una argolla y se reunió con nosotros para mostrarnos el barco.

Al recorrer la cubierta, nuestros pasos produjeron un sonido hueco que ponía de manifiesto la desolación del lugar y, cuando hablamos, nuestras voces rebotaron en los acantilados que nos rodeaban con un extraño eco ahogado y metálico que nos obligó a bajar la voz. Entonces empecé a comprender el verdadero sentido de las palabras de Williams cuando dijo que «no resultaba muy agradable permanecer allí más tiempo del necesario».

—¿Han visto lo limpio y ordenado que está todo en este maldito barco? —comentó, haciendo un alto tras avanzar unos pasos—. No me parece muy normal —añadió, señalando con un amplio gesto los aparejos de la cubierta—. Se diría que es una nave que acaba de arribar a puerto en lugar de un maldito barco que ha naufragado.

Después se dirigió hacia la popa, siempre por delante de nosotros. Comprobamos que era cierto lo que acababa de decir; aunque la nave carecía de mástiles y los botes habían desaparecido, todo estaba escrupulosamente limpio y ordenado; los cabos que quedaban estaban cuidadosamente enrollados en sus cabillas y no se veía por ninguna parte el menor síntoma de desorden. A Trenhern tampoco le había pasado desapercibido y me agarró del hombro con un movimiento brusco y nervioso.

—¿Te das cuenta, Henshaw? —me susurró muy excitado—. Esto prueba que había supervivientes cuando llegó aquí… —se detuvo a tomar aliento—. Podrían estar… podrían estar…

No llegó a acabar la frase, pero su dedo señalaba la cubierta, con un gesto que era más elocuente que las palabras.

—¿Abajo? —le pregunté, tratando de mostrarme esperanzado.

Mi amigo asintió con la cabeza mientras sus ojos suplicantes pedían a gritos un gesto que avivara la llama de esperanza que acababa de encenderse en su interior. En ese momento oímos la voz de Williams que nos llamaba desde la escalera de acceso a los camarotes.

—Vamos, señores. No pensarán que voy a bajar solo.

—Sí, vamos, Trenhern —exclamé—. Tal vez encontremos algo ahí abajo.

Llegamos a la puerta que daba a la escalera y Trenhern me indicó con un gesto que pasara delante de él. Estaba temblando. Al llegar abajo, Williams se detuvo un momento, giró hacia la izquierda y penetró en la cámara principal. Cuando entramos en ella, me volvió a llamar poderosamente la atención el orden y la pulcritud de la habitación. No había nada que pudiera sugerir alarma o zafarrancho; cada cosa estaba en su sitio, como si el servicio acabara de arreglar la cámara, limpiando incluso el polvo de la mesa y de cada objeto. Sin embargo, según nuestras informaciones, nos encontrábamos a bordo de un barco perdido y abandonado hacía más de cinco meses.

—¡Tienen que estar por aquí! ¡Tienen que estar por aquí! —oí que murmuraba Trenhern convencido, y debo confesar que, aunque le había oído decir a Williams que lo había encontrado en el mismo estado hacía meses, yo también me sentí inclinado a compartir su esperanza.

Williams atravesó la cámara hacia el lado de estribor y se dirigió a una de las puertas que se alineaban en ese lateral. La puerta se abrió, y el viejo se giró y le hizo un gesto a Trenhern para que se acercara.

—Mire esto, señor —dijo—. Sin duda era éste el camarote en el que viajaba su joven prometida; hay prendas femeninas a la vista y en la mesa hay varios artilugios de los que suelen utilizar las mujeres…

Antes de que acabara de hablar, Trenhern cruzó la sala de dos zancadas y le agarró del cuello y del brazo.

—Cómo se atreve… a profanar… —gritó con gran crispación, y lo arrastró fuera del pequeño camarote—. Cómo… cómo… —repitió con voz entrecortada, mientras se agachaba para recoger un cepillo con mango de plata que se le había caído a Williams tras la repentina acometida.

—No tenía intención de ofenderle, señor —contestó el viejo marino desconcertado y con un cierto tono de justo reproche en su voz—. No tenía intención de ofenderle. No crea que pensaba quedarme con ese maldito chisme.

Se sacudió la manga de la casaca y me dirigió una mirada como para hacerme testigo de la verdad de sus palabras. Me parece que dijo algo, pero no le presté atención porque, en ese momento, mi amigo lanzó un grito desde el interior del camarote de su amada, un grito que parecía una explosión de júbilo, pero matizada por cierto temor y sorpresa. Acto seguido apareció en la cámara con un pedazo de papel en la mano. Era un calendario, y lo volvió hacia nosotros para que viéramos la fecha.

—¿Han visto? —exclamó—. ¡Miren la fecha!

Cuando mis ojos percibieron el significado de aquellos símbolos, se me alteró la respiración, me incliné hacia delante y me quedé mirándolo fijamente. El calendario mostraba en su primera hoja la fecha de aquel día.

—¡Bendito sea Dios! —murmuré, y luego exclamé—: ¡Se trata de un error! ¡Es una increíble coincidencia!

Y volví a mirarlo.

—No es una coincidencia —repuso Trenhern exaltado—. Alguien lo ha puesto en esta fecha… —se detuvo un momento, y tras una extraña pausa, gritó—: ¡Oh, Dios mío! ¡Permíteme encontrarla!

De pronto se volvió hacia Williams y le gritó sin contemplaciones:

—¡Rápido! ¿Qué fecha tenía…?

El ballenero le miró sin comprender nada.

—¡Maldita sea! —voceó mi amigo, a punto de perder el control—. ¡Cuándo estuvo usted aquí la otra vez!

—Es la primera vez que veo ese maldito chisme, señor —respondió Williams—. La otra vez apenas estuvimos unos minutos a bordo.

—¡No me diga eso, por Dios! —se lamentó Trenhern—. ¡Qué pena! ¡Una verdadera lástima!

Y, dicho esto, dio media vuelta y se dirigió rápidamente hacia la puerta de la cámara. Cuando llegó al umbral, volvió la cabeza hacia nosotros y dijo:

—¡Vamos, vamos! Tienen que estar en alguna parte. Deben haberse escondido… ¡Busquemos!

Pero, una búsqueda exhaustiva por todo el barco, de proa a popa, no reveló el más mínimo indicio de vida. En todas partes, eso sí, llamaba la atención el mismo orden y limpieza, frente al caótico desbarajuste que cabría esperar en una nave abandonada precipitadamente a causa de un naufragio. Según recorríamos los camarotes y las distintas dependencias, se reforzaba la impresión de que habían estado ocupadas hasta poco antes de que llegáramos.

Enseguida terminamos la inspección, y como no había aparecido lo que buscábamos, nos miramos sin saber qué hacer ni qué decir. Fue Williams quien rompió el silencio.

—Tal como le dije, señor, no hay nada vivo a bordo de este barco.

Trenhern guardó silencio y un minuto después el viejo ballenero volvió a hablar:

—La noche está al caer, señor. Deberíamos abandonar la ensenada antes de que se ponga el sol.

Trenhern no le respondió; se limitó a preguntarle si había algún bote en el barco cuando lo registraron la otra vez. Ante la negativa del ballenero, mi amigo se sumió de nuevo en un profundo ensimismamiento.

Como perseveraba en esa actitud, me vi obligado a recordarle lo que acababa de decir Williams sobre la conveniencia de volver al yate antes de que nos quedáramos sin luz. Trenhern asintió distraído con la cabeza y se dirigió hacia la borda; Williams y yo le seguimos. Un minuto después bogábamos rumbo a mar abierto.

El yate pasó la noche frente a la costa, pues no había ningún lugar seguro donde anclarlo y Trenhern tenía la intención de desembarcar al día siguiente en la Isleta Middle con la esperanza de encontrar algún rastro de la tripulación del *Happy Return*. Si esta búsqueda resultaba infructuosa, había decidido explorar después palmo a

palmo la Isla Nightingale y luego la Isleta Stoltenkoff, antes de darse por vencido y regresar a puerto.

La primera parte del plan se puso en marcha con las primeras luces del alba, pues su impaciencia no le permitía retrasar la búsqueda ni un segundo más.

Pero, antes de dirigirnos a la isleta, Trenhern le ordenó a Williams que nos llevara con el bote a la ensenada. Abrigaba la esperanza, que de algún modo me daba lástima, de traer de regreso al yate a los supervivientes de la tripulación y a su prometida. Me explicó —tratando de encontrar en mi reacción el apoyo moral que necesitaba— que quizá no les habíamos encontrado el día anterior porque habían salido de expedición por la isla en busca de alimentos. Yo recordé la fecha en el calendario y asentí, tratando de animarle. De no haber sido testigo de aquel hecho insólito, jamás habría podido aceptar aquella suposición.

Nos introdujimos a través de la estrecha bocana en el enorme pozo formado por acantilados. Bajo la pálida luz de un amanecer neblinoso, la nave aparecía borrosa e irreal; pero apenas reparamos en ello, porque la fe y la excitación de Trenhern resultaban tan absorbentes que empezaban a contagiarnos. Esta vez fue él quien bajó primero hacia la oscura cámara. Cuando llegamos abajo, Williams y yo nos detuvimos, cohibidos por un temor natural, mientras que Trenhern se dirigió directamente hacia el camarote de su prometida. Al llegar a la puerta, levantó la mano y llamó. En el silencio que se produjo a continuación percibí claramente los acelerados latidos de mi corazón. No hubo ninguna respuesta y Trenhern volvió a golpear sobre el panel de la puerta. Los golpes produjeron una resonancia hueca en la cámara y en los camarotes vacíos. La tensión de la espera estaba empezando a enfermarme. Finalmente, Trenhern se abalanzó sobre el picaporte, lo giró y abrió la puerta de par en par. Después le oí murmurar una maldición. El camarote estaba vacío. Entonces se oyó un grito y volvió a salir con el mismo calendario de la otra vez. Se lanzó sobre mí y me lo entregó con un grito ahogado. Lo miré. El día anterior, cuando Trenhern nos lo enseñó, el calendario estaba en el día 27; *alguien lo había cambiado al día 28.*

—¿Qué significa esto, Henshaw? ¿Qué está pasando aquí? —preguntó destrozado.

Sacudí la cabeza.

—¿No lo cambiarías ayer… sin darte cuenta?

—¡Te aseguro que no! —sentenció, y añadió—: Pero ¿qué pretenden?

Esto es totalmente absurdo… —se quedó pensativo un momento y luego repitió —. ¿Se puede saber qué demonios está pasando aquí?

—Sabe Dios… —murmuré—. No entiendo absolutamente nada.

—¿Quiere decir que alguien ha estado aquí ayer, después de que nos fuéramos? —preguntó entonces Williams.

Asentí.

—¡Dios santo, señor! —exclamó—. ¡Entonces, son fantasmas!

—¡Tenga cuidado con lo que dice, Williams! —reaccionó mi amigo, lanzándole una mirada amenazadora.

Williams no replicó, pero se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde va? —le pregunté.

—Vuelvo a cubierta, señor —contestó—. ¡Cuándo acepté esta misión, no firmé nada referente a tener que tratar con espíritus! —y empezó a subir los peldaños que conducían a cubierta con paso vacilante.

Trenhern parecía no haber escuchado las objeciones del viejo marino, pues lo que dijo a continuación enlazaba con lo que había dicho hacía un momento.

—Una cosa está clara —dijo—: no están viviendo en el barco; de eso no cabe duda. Por algún motivo, que desconocemos, se mantienen alejados. Deben de haberse refugiado en alguna parte… quizás en una cueva.

—Entonces, ¿cómo se explica lo del calendario? ¿Crees que…?

—Sí, supongo que vienen por la noche. Debe de haber alguna razón por la que no se acercan al barco durante el día. Puede que merodee por los alrededores alguna bestia salvaje o algo parecido que podría verles si vienen de día.

Sacudí escéptico la cabeza. Aquella teoría resultaba demasiado inverosímil. Si había algo capaz de atacarles mientras estaban a bordo del barco, rodeados de mar por todas partes y en el fondo de un enorme pozo cercado por elevados acantilados, no se me ocurría un lugar donde pudieran estar a salvo de tal amenaza. Y, aun en ese supuesto, podían permanecer durante el día bajo la cubierta; era difícil imaginar una criatura que pudiera seguirlos hasta allí. Un sinfín de objeciones surgieron en mi mente frente a aquella explicación. Y, por otra parte, sabía perfectamente que en aquellas islas no existía ningún tipo de animal salvaje. ¡No! Estaba claro que aquella explicación no servía. Sin embargo… el cambio de fecha en el calendario era un hecho. El rastro de mis reflexiones se perdía en la niebla. Intentar aplicar la lógica en aquel asunto parecía condenado al fracaso de antemano, así que me volví hacia Trenhern y le dije:

—Bueno, lo cierto es que aquí no hay nada; y… quién sabe, quizá haya algo de verdad en lo que dices, pero que me aspen si soy capaz de desenredar esta madeja.

Salimos de la cámara y regresamos a cubierta. Una vez allí, nos dirigimos al castillo de proa, donde, como cabía esperar, no encontramos nada de particular. Tras esta inspección decidimos abandonar la nave e iniciar la exploración de la Isleta Middle. Tuvimos que remar durante cierto tiempo antes de salir de la ensenada y encontrar un lugar adecuado en la costa donde desembarcar.

Nada más poner pie en tierra, arrastramos el bote a un lugar seguro y nos pusimos de acuerdo sobre el plan a seguir. Williams y yo nos llevaríamos dos hombres cada uno y recorreríamos la costa siguiendo direcciones opuestas hasta que nos encontráramos, mirando en todas las cuevas que hubiera a nuestro paso. Trenhern subiría a la cima y desde allí haría un reconocimiento visual de la Isleta.

Williams y yo cumplimos nuestra misión y regresamos al lugar donde habíamos

dejado el bote. Ninguno de los dos habíamos visto nada digno de mención. En cuanto a Trenhern, no había el menor rastro de él, por lo que, pasado un tiempo, le dije a Williams que esperara junto al bote mientras yo subía a la cima a buscarlo. Pronto coroné la elevación y descubrí que al otro lado se abría el enorme cráter en cuyo fondo yacía el barco abandonado. Miré a ambos lados del filo del acantilado y vi a Trenhern a cierta distancia, a mi izquierda. Estaba tumbado boca abajo con la cabeza al borde del precipicio; sin duda contemplaba la nave.

—Trenhern —llamé sin alzar demasiado la voz, para que no se asustara.

Levantó la cabeza y miró hacia mí. Cuando descubrió que era yo, me hizo señas para que me acercara y fui hacia donde estaba rápidamente.

—Agáchate —susurró—. Quiero que veas algo.

Cuando me tumbé a su lado, me di cuenta de que estaba muy pálido. Luego miré hacia el oscuro fondo de la ensenada.

—¿Lo ves? —preguntó con un hilo de voz.

—No —contesté—. ¿Qué?

—Mira allí —señaló—. En el agua, junto al costado de estribor del *Happy Return*.

Agucé la vista y distinguí varias formas claras y ovaladas flotando junto a la nave.

—¡Qué peces tan extraños! —comenté.

—¡No son peces! —replicó mi amigo—. ¡Son caras!

—¿Cómo?

—¡Caras!

Me puse de rodillas y le miré fijamente.

—Querido Trenhern, ¿no crees que este asunto te está afectando demasiado? Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites, pero…

—¡Mira! —exclamó—. ¡Se están moviendo! ¡Nos están mirando! —susurró excitado, sin prestarme la menor atención.

Volví a tumbarme y miré de nuevo. Aquellas formas se habían puesto efectivamente en movimiento y, esta vez, en cuanto las vi, una súbita revelación iluminó mi mente. Me puse en pie de un salto.

—¡Ya está! —grité lleno de excitación—. Si es lo que pienso, eso explicaría el abandono de la nave. ¡No comprendo cómo no se nos ha ocurrido antes!

—¿Qué? —preguntó Trenhern con voz cansina y sin dejar de mirar hacia el barco.

—En primer lugar, sabes tan bien como yo que eso no son caras, mi querido amigo; pero te diré lo que pienso: esas formas muy bien podrían ser los tentáculos de alguna rara especie de bestia marina: un Kraken, un pulpo gigante… o algo parecido. No es difícil imaginar que las profundidades de este extraño pozo sirvan de morada a alguna criatura de esa especie, y que si tu prometida y el resto de la tripulación del *Happy Return* aún viven, hagan lo posible por mantenerse alejados del barco… ¿no crees?

Mi versión del misterio hizo que Trenhern se pusiera de pie. Su mirada había recobrado la serenidad, y sus mejillas, antes pálidas, mostraban ahora un cierto rubor de excitación contenida.

—Pero… pero… ¿y el calendario? —titubeó.

—No sé… Quizás regresan a bordo por la noche, o aprovechando un momento favorable de la marea, cuando saben que el peligro es menor. No es más que una suposición, pero parece razonable que deseen llevar un cómputo de los días, o quizá alguien va cambiando la fecha de forma rutinaria. Incluso podría suceder que lo hiciera tu prometida, que cuenta los días desde que se separó de ti.

Giré la cabeza y miré de nuevo hacia el fondo del acantilado. Las extrañas formas flotantes habían desaparecido. Trenhern me tiró del brazo.

—Venga, Henshaw, vámonos. Volvamos al yate y traigamos armas. Mataré a esa bestia en cuanto salga a la superficie.

Una hora después penetrábamos en la ensenada con dos botes y sus respectivas tripulaciones. Todos íbamos convenientemente armados con machetes, arpones, pistolas y hachas. Trenhern y yo llevábamos un revólver de gran calibre cada uno.

Amarramos los botes al barco abandonado y los hombres que nos acompañaban treparon a la cubierta con algunas provisiones, y allí permanecieron el resto del día, haciendo guardia por si veían algo fuera de lo normal.

Pero, al atardecer, empezaron a dar muestras de nerviosismo y, finalmente, Williams vino hasta la popa y le dijo a Trenhern que los hombres no pensaban quedarse a bordo del *Happy Return* hasta que se hiciera la noche; que obedecerían sin rechistar cualquier orden que se les diera en el yate, pero que no les habían contratado para hacer guardia a bordo de un barco gobernado por espíritus.

En cuanto Williams acabó de exponer las quejas de los hombres, mi amigo le dijo que regresara con ellos al yate, pero que volviera después con algunas mantas, pues él y yo pensábamos pasar la noche en el barco. Hasta ese momento no me había dicho nada sobre el asunto, y cuando le pedí explicaciones, me dijo que podía regresar al yate si lo deseaba, pero que él había decidido quedarse a bordo para ver si venía alguien durante la noche.

Su respuesta no me dejaba muchas posibilidades de elección, de modo que me quedé a hacerle compañía. Williams no tardó en regresar con las mantas, y antes de que se despidiera hasta el día siguiente, Trenhern le dio instrucciones para que nos recogieran al despuntar el alba.

Llevamos las mantas a la cámara y las extendimos sobre una gran mesa. Después subimos y estuvimos paseando por la cubierta de popa; fumamos, hablamos con franqueza y… escuchamos; había un silencio absoluto, sólo matizado por el sordo rumor del mar, que se agitaba más allá del cinturón de algas. Habíamos cogido los revólveres porque era posible que nos hicieran falta. Pero las horas transcurrieron sin novedad. El único incidente ocurrió cuando a Trenhern se le cayó el revólver sobre la cubierta. Un estampido hueco y estremecedor se propagó entonces por toda la

ensenada. Sonó como el gruñido de una criatura monstruosa. Al avanzar la noche, la oscuridad se hizo impenetrable en el fondo de aquel enorme cráter. Parecía que la niebla había invadido la isleta, cubriendo la boca del cráter. Cuando regresamos a la cámara sería ya la medianoche. A esas alturas creo que incluso Trenhern empezaba a darse cuenta de que había sido un tanto temerario quedarse en el barco. Al menos, en la cámara estaríamos más resguardados frente a un posible ataque. Pero la vaga inquietud que yo experimentaba no tenía que ver realmente con la presencia de una bestia marina, que creía haber descubierto aquella mañana, sino más bien con una sensación que flotaba en la atmósfera, como si el propio aire fuera un fluido a través del cual se propagara el terror. Traté de calmarme, achacando aquella impresión a mi estado de tensión nerviosa. Trenhern se ofreció para hacer la primera guardia, así que me tendí sobre la mesa y enseguida me quedé dormido. Mi amigo se sentó a mi lado con el revólver en el regazo.

Aquella noche tuve un sueño, un sueño de imágenes tan nítidas que creí estar despierto. Soñé que Trenhern se estremecía de pronto y se ponía en pie de un salto. Entonces me pareció oír una voz que susurraba: «¡Tren! ¡Tren!». Venía del umbral de la cámara. Miré hacia allí y me encontré con un rostro bellísimo, de grandes ojos cautivadores. «¡Un ángel!», murmuré para mis adentros; pero entonces me di cuenta de que en realidad era la prometida de Trenhern. Sólo la había visto una vez, poco antes de que se embarcara. Luego miré a Trenhern, que había dejado el revólver en la mesa. Ella le tendió los brazos, y oí que murmuraba: «¡Ven!». Trenhern fue hacia su prometida, y la joven le estrechó entre los brazos. Después salieron juntos de la cámara. Escuché las pisadas de Trenhern en la escalera y a continuación mi sueño se desvaneció, aunque seguí durmiendo.

Me desperté sobresaltado por un terrible alarido, un grito tan aterrador que sentí que no despertaba a la vida sino a la muerte. Permanecí cerca de un minuto sentado entre las mantas, petrificado por el hielo del miedo; pero, como aquel grito fue seguido de la más absoluta calma, la sangre volvió a circular por mis venas y mi mano buscó el revólver en la penumbra. Lo agarré firmemente, retiré las mantas y salté al piso. Por el tragaluz se filtraba una luz mortecina que iluminaba débilmente la cámara; lo suficiente para ver que Trenhern no estaba allí y que su revólver estaba encima de la mesa, en el mismo sitio donde lo había dejado en mi sueño. Le llamé a voces, pero sólo me respondió el eco sordo y espectral de los camarotes vacíos que daban a la cámara. Al ver que no contestaba, corrí hacia la puerta, subí a saltos la escalera y llegué a la cubierta. Mis ojos recorrieron las desoladas cubiertas bañadas por la luz brumosa del amanecer, pero Trenhern no aparecía por ninguna parte. Me puse a gritar su nombre, pero las tenebrosas paredes del acantilado circular se apoderaron de él y lo repitieron con distintas voces, hasta producir la impresión de que una grotesca horda de criaturas diabólicas gritaban desde la penumbra que rodeaba el barco: «¡Tren-hern! ¡Tren-hern! ¡Tren-hern! ¡Tren-hern!». Me dirigí rápidamente a la banda de babor y me asomé por encima de la borda: ¡Nada! Corrí a

estribor, y allí mis atónitos ojos descubrieron algo: había unos cuantos objetos flotando junto al barco, cerca de la superficie. Me incliné para verlos mejor y de pronto el corazón me dio un vuelco en el pecho. La transparencia de las aguas me permitió ver unos veinte rostros pálidos, de ultratumba, que me miraban con ojos melancólicos. Estaban inmóviles, tan sólo recorridos por leves sacudidas y temblores. Debí quedarme contemplándolos bastante tiempo, porque, de repente, escuché el batir de unos remos, y poco después vi aparecer el bote del yate que viraba por la popa.

—¡Vamos hacia proa! —oí que gritaba Williams—. ¡Ya estamos aquí, señor!

El bote tocó el costado del barco.

—¿Qué tal han pasado…? —empezó a preguntar Williams, pero, en ese mismo instante, me pareció que algo se acercaba a mí atravesando la cubierta… Lancé un grito y salté sobre el bote. Caí encima de uno de los bancos.

—¡Vámonos! ¡Rápido! ¡Vámonos! —voceé, y cogí un remo para acelerar la marcha.

—¿Y el señor Trenhern, señor? —objetó Williams.

—¡Está muerto! —le grité—. ¡Vamos! ¡Rápido! ¡Apártense del barco!

Los hombres, contagiados por mi terror, remaron enérgicamente hasta llevar el bote en pocos segundos a unos veinte metros de la nave. Entonces hicieron una pausa.

—¡Llévelo a mar abierto, Williams! —grité, enloquecido por lo que acababa de ver—. ¡Llévelo a mar abierto!

Williams obedeció y puso rumbo hacia la bocana que unía la ensenada con el mar. Al tomar esa dirección, tuvimos que pasar de nuevo junto a la popa del barco abandonado. Cuando nos encontrábamos a corta distancia de ella, alcé la vista hacia la cubierta. Sobre la baranda apareció un rostro borroso y angelical y me miró con sus grandes ojos melancólicos. Luego me tendió los brazos y no pude evitar lanzar un grito de horror cuando descubrí que… sus manos eran como las garras de una fiera salvaje.

En el momento en que perdía el conocimiento, escuché la voz de Williams, que rugía, dominado por un terror insoportable:

—¡Remen! ¡Remen! ¡Remen!

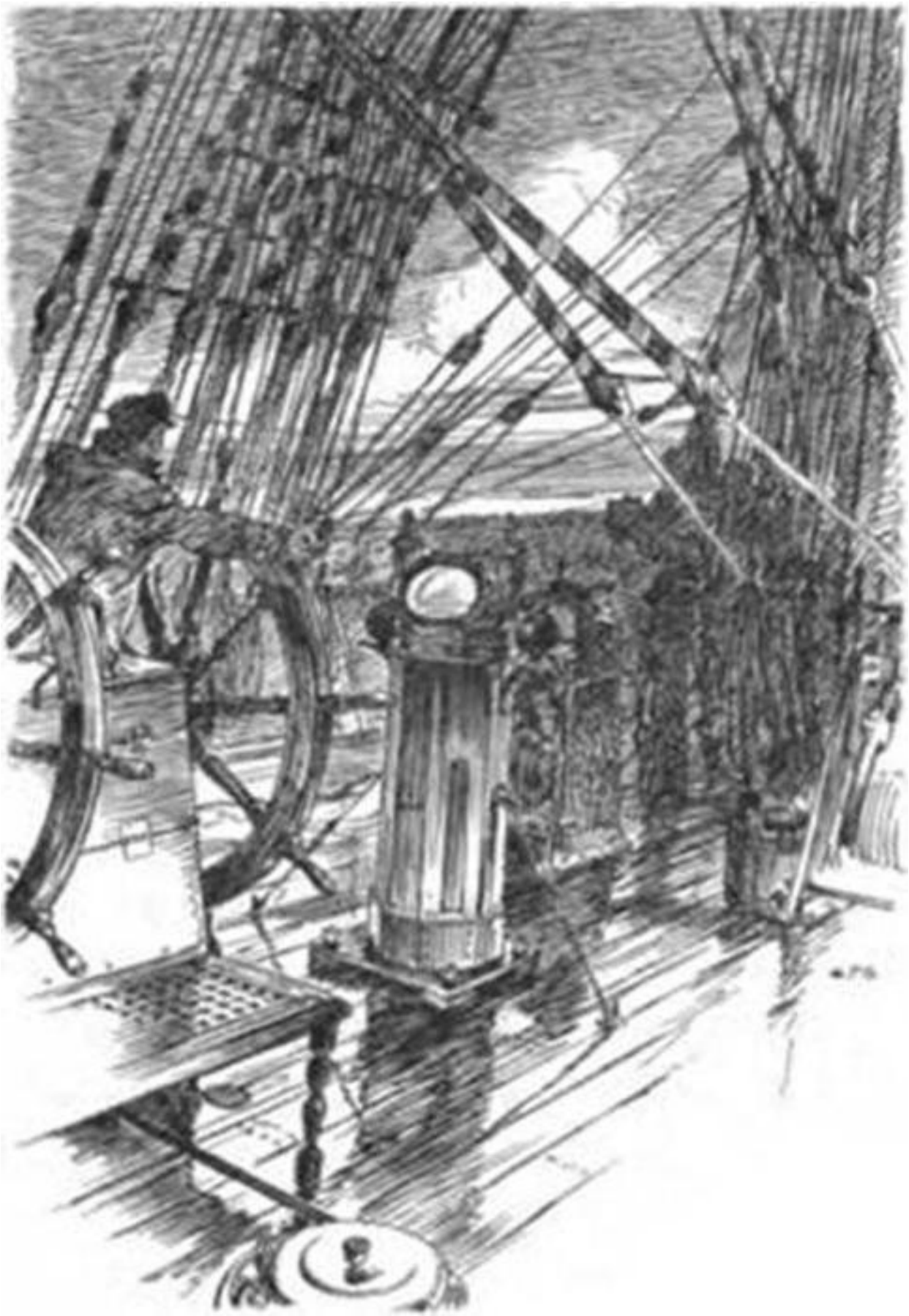


Ilustración de Gunther T. Schulz

LA NAVE DE PIEDRA

¡Cosas extrañas! Ya lo creo que suceden cosas extrañas en el mar… Siempre han sucedido cosas en el mar. Recuerdo que cuando estaba embarcado en el *Alfred Jessop*, un pequeño barco cuyo propietario era el patrón de a bordo, nos encontramos con algo verdaderamente extraño.

Habíamos salido de Londres hacía veinte días y nos habíamos adentrado ya en los trópicos. Yo estaba en el castillo de proa y quedaba poco tiempo para que llegara mi turno de descanso. El día había transcurrido sin apenas un suspiro de viento y la noche nos sorprendió con todas las velas inferiores recogidas en los brioles.

Pues bien, quiero que toméis buena nota de lo que voy a contaros.

No había una sola vela a la vista cuando se hizo la oscuridad en la segunda guardia, ni siquiera el humo lejano de un vapor, y desde luego no había ninguna costa más cercana que África, unas mil millas al este.

Nuestra guardia en cubierta era de ocho a doce, medianoche, y mi turno de vigía de ocho a diez. Caminé de un lado a otro durante la primera hora, por la parte superior del castillo de proa, fumando una pipa y escuchando la serena… ¿Habéis escuchado alguna vez un silencio semejante al que a veces se da en el mar? Tendríais que estar a bordo de un antiguo velero, con las luces apagadas y el mar tan tranquilo y silencioso como una extraña planicie muerta. Deberíais contar además con una pipa y la soledad del castillo de proa, con el cabrestante como punto de apoyo mientras os ocupáis en pensar y escuchar. A vuestro alrededor sólo existe el enorme silencio del mar, desplegándose mil millas marinas en todas direcciones, hacia la inquietante noche eterna. No hay una sola luz en ningún punto del vasto desierto de las aguas, ni un sonido, como ya os he dicho, salvo el tenue quejido de los mástiles y los aparejos, que se rozan debido a las oscilaciones ocasionales de la embarcación.

De pronto, rompiendo el silencio, escuché la voz de Jensen a estribor.

—¿Oíste *eso*, Duprey?

—¿Qué? —pregunté, levantando la cabeza.

Pero, mientras hacía esta pregunta, oí lo mismo que él estaba oyendo: el sonido continuo de una corriente de agua, exactamente igual al de un arroyo que desciende por el flanco de una colina. Y ese extraño sonido se producía a menos de ciento ochenta metros a babor de la proa.

—¡Santo Dios! —exclamó Jensen en la oscuridad—. ¡Esto es condenadamente raro!

—¡Cállate! —dije y crucé descalzo hasta la barandilla de babor.

Al llegar allí me incliné y miré en la oscuridad, buscando el lugar de donde provenía aquel ruido.

El sonido de un arroyo que desciende por una colina continuaba, pero desde luego era imposible que hubiera un arroyo en mil millas en cualquier dirección.

—¿Qué es? —preguntó Jensen de nuevo, apenas en un susurro.

Debajo de él, en la cubierta principal, se oían varias voces.

—¡Escuchad!

—¡Silencio!

—¡Allá…!

—¡Escuchad!

—¡Que Dios nos guarde! ¿Qué demonios es…?

Después se escuchó la voz de Jensen, ordenándoles que se callaran.

Durante un minuto largo oímos el ruido de un arroyo allí donde no podía haber ningún arroyo. Después, surgiendo de la noche, llegó a nuestros oídos un sonido ronco, alucinante: *uuaze, uuaze, arr, arr, uuaze,* algo así como un espantoso croar, profundo y abominable, que surgía de la negrura. En ese mismo instante me sorprendí olfateando el aire. Había allí un intenso olor a rancio que se filtraba a través del aire de la noche.

—¡Los de guardia en la proa! —gritó el primero de a bordo en la popa—. ¡Eh, los de proa! ¿Qué demonios están haciendo?

Bajó con estrépito la escalera de babor de la cubierta de popa y después corrió por la cubierta principal. En ese momento los del turno de descanso salieron corriendo del castillo de proa, debajo de donde estaba yo, y se produjo un confuso resonar de pies descalzos.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritaba el primero de a bordo, mientras se precipitaba hacia el castillo de proa—. ¿Qué pasa?

—Es algo a babor, señor —dije—. ¡Una corriente de agua! Y una especie de aullido… Sus prismáticos nocturnos —sugerí.

—No veo nada —gruñó mientras escrutaba la oscuridad—. Hay como una especie de niebla… ¡Puf, qué olor!

—¡Mirad! —dijo alguien abajo, en la cubierta—. ¿Qué es eso?

Yo también lo vi en ese mismo instante. Agarré al primer oficial del codo.

—Mire, señor —dije—. Hay una luz allí, a unas tres cuartas de proa. Se está moviendo.

El primer oficial estaba observando con los prismáticos. Me los puso en las manos de pronto.

—Mire a ver si puede distinguir algo —dijo. A continuación hizo bocina con las manos alrededor de la boca y gritó hacia la noche—: ¡Eh, allí! ¡Eh, allí!

Su voz se perdió en la oscuridad y el silencio, y no hubo más respuesta que aquel incesante y abominable ruido de un arroyo que fluye en el mar, a mil millas de cualquier arroyo de la tierra, y un resplandor vago e informe en la lejanía.

Me llevé los prismáticos a los ojos y miré. La luz era más grande y brillante, pero me era imposible distinguir de qué se trataba. No veía más que un resplandor opaco y alargado que se movía en la oscuridad, a unos ciento ochenta metros.

—¡Eh, allí, allí! —gritó el primer oficial de nuevo—. Después, gritó a los hombres de abajo: —¡Silencio!

Durante un minuto escuchamos en silencio, pero no hubo ningún ruido a excepción del murmullo constante del arroyo.

Yo seguía observando el extraño resplandor, cuando vi que se apagaba de pronto, coincidiendo con el grito del primer oficial. Después vi tres luces opacas, una bajo la otra, que se encendían y apagaban de forma intermitente.

—¡Deme los prismáticos! —dijo el primer oficial, y me los arrebató bruscamente.

Durante unos instantes miró con atención. Después lanzó un juramento y se volvió hacia mí.

—¿Ha podido usted distinguir algo? —preguntó con cierta aspereza.

—No, señor —dije—. Estoy confundido. Tal vez sea electricidad o algo por el estilo.

—¡Demonios! —exclamó, y se inclinó por encima de la barandilla, mirando atentamente—. ¡Cielos! —exclamó otra vez—. ¡Qué hedor!

En ese momento ocurrió algo extraordinario. De la oscuridad surgió una serie de estallidos, que en medio de aquel silencio resonaron como cañones.

—¡Están disparando! —gritó un hombre desde la cubierta principal.

El primer oficial guardó silencio; se limitó a olfatear el aire con ansiedad.

—¡Santo Dios! —murmuró—. ¿Qué es esto?

Me llevé la mano a la nariz, porque el hedor era verdaderamente abominable, un olor a osario que impregnaba toda la atmósfera.

—Coja los prismáticos, Duprey —dijo el primer oficial después de permanecer un rato observando—. No lo pierda de vista. Voy a llamar al capitán.

Se abrió paso a empujones por la escalera y corrió hacia popa. Cinco minutos después apareció con el capitán, el segundo y el tercero de a bordo, todos en camisa y pantalones.

—¿Alguna novedad, Duprey? —preguntó el primer oficial.

—No, señor —contesté, y le devolví los prismáticos—. Las luces han desaparecido de nuevo y la niebla parece más espesa. El sonido de la corriente continúa.

El capitán y los tres oficiales se quedaron parados un rato junto a la barandilla de babor del techo del castillo de proa, observando con los prismáticos y escuchando. El primer oficial gritó dos veces, pero no obtuvo respuesta.

Los oficiales intercambiaron algunas palabras, por lo que supuse que el capitán estaba pensando en emprender una investigación.

—Ponga a punto uno de los botes salvavidas, señor Gelt —dijo al fin—. El barómetro no se mueve, no habrá viento durante unas horas.

Elija media docena de hombres de cualquiera de los dos turnos, si quieren ir. Volveré en cuanto me ponga la casaca.

—Duprey, diríjase a popa, y también ustedes —ordenó el primer oficial—. Quítenle la cubierta al bote de babor y bájenlo al agua.

—Sí, señor —contesté, y me dirigí a popa con los demás.

El bote estuvo dispuesto en el agua en veinte minutos, lo cual es un buen promedio para un velero, ya que por lo general los botes son empleados como depósito de todo tipo de aparejos y herramientas.

Yo era uno de los hombres que irían en el bote, con otros dos de mi turno y uno de estribor.

El capitán bajó al bote por el extremo de una de las drizas mayores y el tercero de a bordo tras él. Este último cogió la caña del timón y dio orden de partir.

Nos apartamos un poco de la nave y el capitán ordenó que detuviéramos un momento los remos mientras decidía el rumbo a seguir. Se inclinó hacia delante para escuchar y los demás hicimos lo mismo. El sonido de la corriente de agua se oía muy nítido en medio de la inmensa quietud del mar, pero me pareció que no era tan intenso como antes.

Recuerdo ahora que sentí que la niebla se había vuelto algo casi palpable, una especie de neblina cálida y húmeda, muy poco densa, pero lo suficiente para oscurecer la noche y hacerse visible en forma de lentos remolinos de vapor alrededor de la luz lateral de babor.

En ese momento no se oía ningún otro sonido, aparte de la corriente de agua. El capitán le pasó un objeto al tercero de a bordo y dio órdenes de remar.

Yo remaba al lado de los oficiales y pude darme cuenta de que el objeto que había pasado el capitán al tercero de a bordo era un revólver.

—¡Vaya! —pensé—. Así que el viejo cree que hay algo peligroso allá afuera.

Con un movimiento rápido me pasé la mano por la espalda para asegurarme de que podría sacar sin dificultad el cuchillo de la vaina.

Remamos sin contratiempos durante tres o cuatro minutos. El sonido del agua se escuchaba cada vez más nítido. Un vago resplandor rojizo a popa que atravesaba la noche y la niebla nos indicaba dónde estaba nuestra nave.

De pronto, el remero de proa exclamó:

—¡Santo Dios!

Inmediatamente después escuchamos un fuerte sonido de agua que salpicaba sobre el costado del bote.

—¿Qué pasa en la proa? —preguntó el capitán.

—Señor, hay algo en el agua que entorpece el remo —dijo el hombre.

Dejé de remar y miré a mi alrededor. Los demás hicieron lo mismo. Se escuchaban golpes en el agua, y ésta se precipitaba sobre el bote. Entonces el remero de proa gritó:

—¡Algo me ha agarrado el remo, señor!

El hombre estaba asustado. De pronto me invadió un extraño nerviosismo, un terror indefinido, incómodo, como el que provocaría el recuerdo de un suceso espantoso en un lugar solitario. Creo que todos los hombres tenían una sensación similar. En ese momento tuve la impresión de que nos rodeaba un silencio definido, asfixiante, a pesar del ruido de los golpes en el agua y el del arroyo que fluye por una

pendiente.

—¡Ha soltado el remo, señor! —gritó el hombre.

—¡Remen hacia atrás! —rugió el capitán—. ¿Por qué demonios no pusieron una lámpara en el bote? ¡Atrás, atrás!

Remamos hacia atrás con todas nuestras fuerzas, pues era evidente que el viejo tenía buenos motivos para huir con rapidez. Desde luego, estaba en lo cierto, aunque no sé si lo adivinó o el instinto lo impulsó a gritar en aquel momento. Estoy seguro de que no pudo ver nada en aquella oscuridad.

Como os decía, el capitán hizo bien al gritarnos que retrocediéramos, porque cuando apenas nos habíamos alejado diez metros, se produjo un tremendo golpe en el agua, hacia proa, como si una casa se hubiera derrumbado sobre el mar. Una ola de considerable tamaño se precipitó contra nosotros y nos empapó completamente.

—¡Cielo santo! —oí que exclamaba el tercero de a bordo—. ¿Qué demonios es esto?

—¡Remen hacia atrás! ¡Vamos, vamos! —gritó otra vez el capitán.

A continuación giró el timón y nos ordenó que remáramos como de costumbre. Remamos con todas nuestras fuerzas y en pocos minutos llegamos a la nave.

—Bien, señores —dijo el capitán cuando estuvimos seguros a bordo—, no le ordenaré a ninguno de ustedes que venga, pero en cuanto el cocinero nos sirva un trago de grog, aquellos que lo deseen pueden acompañarme. Trataremos de averiguar por segunda vez qué diablos está sucediendo allá afuera.

Después se volvió hacia el primer oficial, que había estado haciendo preguntas.

—No está bien mandar un bote al agua sin una lámpara —dijo—. Ordene que traigan un par de luces de anclaje y esa linterna sorda de cubierta que usamos por la noche para recoger las cuerdas.

Después se dirigió al tercero de a bordo.

—Dígale al cocinero que se dé prisa con el grog, señor Andrews. Y de paso, traiga las hachas que están en el armero de mi camarote.

—Bien, señores —dijo el capitán mientras tomábamos el trago de grog—, los que vayan a venir conmigo harán bien en coger un hacha de las que ha traído el tercer oficial. Son armas muy buenas para enfrentarse a cualquier contratiempo.

Todos dimos un paso adelante. El capitán dejó escapar una carcajada y se golpeó los muslos.

—¡Éste es el tipo de cosas que me gusta! —exclamó—. Señor Andrews, no tenemos suficientes hachas. Traiga el antiguo machete de la despensa. ¡Es una pieza de acero muy pesada!

Trajeron el machete y se lo dieron al hombre que se había quedado sin hacha. Dos grumetes habían llenado (¡al menos supusimos que las habían llenado!), dos de las luces de anclaje y la linterna sorda. Pertrechados con las luces, las hachas y el machete, nos sentíamos preparados para enfrentarnos con cualquier peligro y bajamos al bote. El capitán y el tercero de a bordo lo hicieron en último lugar.

—Aseguren una de las lámparas a uno de los bicheros y amárrenlo a proa —ordenó el capitán.

Obedecimos la orden.

La luz iluminaba una superficie de unos tres metros por delante de nosotros, de forma que era bastante improbable que algo se acercara sin que nos diéramos cuenta. Por fin soltaron la amarra del bote y remamos de nuevo en dirección al sonido de la corriente de agua que fluía en la oscuridad del mar.

Ahora recuerdo que me pareció que nuestra embarcación había derivado un poco, pues los sonidos se producían algo más lejos. Habíamos colocado la segunda lámpara de anclaje a popa y el tercer oficial la sostenía con los pies mientras se hacía cargo del timón con las manos. El capitán llevaba la linterna sorda en la mano y le pellizcaba la mecha con la navaja de bolsillo.

Mientras remábamos yo intentaba vislumbrar algo, pero no veía otra cosa que el resplandor amarillo de la lámpara en la niebla que rodeaba la proa del bote. A popa sólo se veía el apagado resplandor de la luz de babor de la nave. Eso era todo, y ni un sonido, salvo el roce de los remos en los soportes y el curioso sonido del agua corriendo en algún lugar allá delante, que ahora llegaba más débil y lejano.

—¡Me han agarrado el remo otra vez, señor! —exclamó de pronto el remero de proa, poniéndose de pie de un salto. Levantó el remo con un gran salpicón de agua y de inmediato algo se retorció y golpeó en el resplandor amarillo de la luz. Siguió un crujido de madera rota y el bichero se quebró. La lámpara se zambulló en el mar y se perdió. Después, en la oscuridad, algo golpeó con fuerza sobre el agua y se oyó gritar al remero de proa—: ¡Se fue, señor! ¡Ha soltado el remo!

—¡Dejen de remar! —gritó el capitán.

La orden no era necesaria porque ni un hombre remaba. Se puso en pie de un salto y sacó un revólver del bolsillo de su casaca.

Llevaba el revólver en la mano derecha y la lámpara sorda en la izquierda. Avanzó hacia proa con rapidez por encima de los remos, de banco en banco, y proyectó la luz sobre el agua.

—¡Que me aspen! —exclamó—. ¡Cielo santo! ¿Alguien ha visto alguna vez algo parecido?

Dudo que algún hombre haya visto lo que vimos en ese momento.

En una extensión de varios metros alrededor del bote el agua estaba llena de las anguilas más enormes que se hayan podido ver jamás.

—¡Remen! —ordenó el capitán un minuto después—. Esto no explica el sonido extraño que hemos oído. ¡Remen, muchachos!

Se irguió en la proa del bote, proyectando la luz de la linterna a uno y otro lado sobre el agua.

—¡Remen, muchachos! —dijo otra vez—. No les gusta la luz; eso las mantendrá apartadas de los remos. Remen fuerte ahora. Señor Andrews, mantenga el timón en dirección al ruido.

Remamos durante unos minutos. En una o dos ocasiones sentí que daban tirones en mi remo, pero los rayos de la linterna del capitán parecían obligar a los peces a soltarlo.

El ruido de la corriente sonaba ahora más cerca. En ese momento volví a tener la sensación de un silencio que se añadía a la serenidad natural del mar. Y el extraño nerviosismo del que había sido víctima antes volvió a aparecer. Escuché con atención, como si esperase oír algún otro sonido que el del agua. Se me ocurrió que tenía la misma impresión que se siente en la nave de una catedral. Había una especie de eco en la noche, una duplicación increíblemente tenue del ruido de los remos.

—¡Escuchen! —dije, sin advertir que hablaba en voz alta—. Hay un eco…

—¡Eso es! —interrumpió el capitán—. ¡Me ha parecido oír algo raro!

—… Ha parecido oír algo raro —repitió un débil eco fantasmal, surgido de la noche—, algo raro… algo raro…

Las palabras se repitieron a nuestro alrededor, en un susurro, de un modo sumamente extraño.

—¡Cielos! —exclamó el viejo en voz baja.

Habíamos dejado de remar y paseábamos nuestras miradas por la niebla que llenaba la noche. El capitán estaba de pie con la lámpara sorda por encima de su cabeza, moviéndola en círculos de babor a estribor.

Mientras lo hacía, me pareció advertir que la niebla era menos densa. El sonido de la corriente de agua estaba muy cerca, pero no provocaba eco.

—El agua no provoca eco, señor —dije—. ¡Eso es condenadamente extraño!

—… Es condenadamente extraño —se repitieron mis palabras a babor y estribor, en un murmullo múltiple—, condenadamente extraño… extraño…

—¡Remen, remen! —ordenó el viejo—. ¡Voy a acabar con esto!

—… A acabar con esto… con esto… —rebotó el eco con una verdadera oscilación de sonidos inesperados.

Volvimos a hundir los remos y la noche se llenó del reiterado murmullo de los remos en los soportes.

De pronto cesaron los ecos y tuvimos la sensación de que se abría un gran espacio a nuestro alrededor. En ese mismo instante el sonido de la corriente parecía producirse justamente delante de nosotros, pero, por algún motivo inexplicable, arriba, en el aire.

—¡Dejen de remar! —ordenó el capitán.

Detuvimos los remos e intentamos distinguir algo en la oscuridad. El capitán dirigió la luz de la lámpara hacia arriba, en círculos, y de pronto vi algo que sobresalía un tanto borroso a través de la niebla.

—¡Mire, señor! —grité al capitán—. ¡Rápido, señor, mueva la luz a la derecha, justo encima de usted! ¡Hay algo allí!

El capitán proyectó la luz de la lámpara hacia arriba y vio lo que yo había visto un momento antes. Pero era demasiado impreciso para saber de qué se trataba. Al cabo

de unos segundos la oscuridad y la niebla lo envolvieron de nuevo.

—¡Avancen un poco! —dijo el capitán—. ¡Y dejen de hablar…! ¡Avancen otro poco! ¡Eso es! ¡Ahora paren!

Mientras remábamos, el capitán mantenía la lámpara por encima de su cabeza, iluminando la zona donde habíamos visto el extraño objeto. De pronto lo vi otra vez.

—¡Allí, señor! —dije—. Mueva la luz un poco a estribor.

Movió lentamente la luz hacia la derecha y todos pudimos ver el objeto con claridad. Se trataba de un mástil muy singular, erguido allí en medio de la noche, y distinto a todos los palos que yo había visto hasta entonces.

Ahora la niebla parecía estar más baja en algunos sitios, porque el mástil sobresalía unos metros por encima de ella, aunque la parte inferior quedaba oculta.

—¡Eh de la nave! —gritó el capitán—. ¡Eh de la nave!

Sólo recibimos el sonido constante de la corriente de agua, que parecía estar a menos de veinte metros; después, surgiendo de la niebla, nos llegó un débil eco.

—Nave… nave… nave…

—Hay allí *algo* que nos grita, señor —dijo el tercero de a bordo.

No obstante, ese «algo» era muy significativo. Daba a entender el tipo de sensación que nos embargaba en aquellos momentos.

—¡No he visto nunca un mástil como ése! —oí que murmuraba el hombre que estaba delante de mí—. Parece sobrenatural.

—¡Eh de la nave! —gritó el capitán otra vez—. ¡Eh de la nave!

De forma totalmente inesperada surgió de la noche un espantoso gruñido: *uuaze, arr, arr, uuaze*… El volumen era tan tremendo que el remo me vibró en la mano.

—¡Santo Dios! —exclamó el capitán, apuntando el revólver hacia la niebla, aunque sin disparar.

Yo había retirado la mano del remo y ahora sostenía con fuerza el hacha. Pensé que el revólver del capitán serviría de poco contra la cosa desconocida capaz de producir un ruido semejante.

—No viene de proa, señor —dijo el tercero de a bordo—. Creo que es en algún punto a estribor.

—¡Maldita niebla! —dijo el capitán—. ¡Maldita sea! ¡Qué olor! Pásenme la otra lámpara de anclaje.

Me estiré para coger la lámpara y se la pasé al hombre que tenía delante, que la siguió pasando.

—El otro bichero —dijo el capitán.

Se lo entregaron y aseguró la lámpara al garfio, y después todo el aparato a la borda, de manera que la lámpara quedara por encima de su cabeza.

—Ahora remen despacio —dijo—. Y estén preparados para remar hacia atrás si se lo ordeno… Esté atento a mi mano —añadió, dirigiéndose al tercero de a bordo—. Lleve el timón como yo le indique.

Dimos una docena de golpes de remo. A cada golpe yo echaba un vistazo hacia

arriba. El capitán estaba inclinado hacia delante, debajo de la lámpara de anclaje, con la linterna sorda en una mano y el revólver en otra. Seguía proyectando la luz de la linterna hacia arriba.

—¡Maldición! —dijo de pronto—. Dejen de remar.

Nos detuvimos; yo di media vuelta en el banco y miré.

El capitán estaba parado bajo el resplandor de la luz de anclaje, dirigiendo la linterna hacia arriba, hacia una enorme masa que se levantaba opaca a través de la niebla. Cuando movió la luz de un lado a otro de aquella mole, me di cuenta de que el bote estaba a cinco o seis metros del casco de una embarcación.

—Otra brazada —dijo el patrón con voz serena después de unos instantes de silencio—. ¡Ahora despacio! ¡Despacio…! ¡No remen más!

Me di la vuelta de nuevo y miré. Ahora podía ver una parte de aquello con más claridad, según movía el capitán la linterna. Pues bien, se trataba de una nave, pero yo jamás había visto una nave semejante. Sobresalía demasiado del agua, parecía muy corta y en uno de sus extremos se elevaba una masa extraña. Pero lo que más me sorprendió fue el aspecto anormal de los costados, por los que caía agua sin cesar.

—Esto explica el sonido de un arroyo —pensé para mis adentros—. Pero ¿con qué demonios ha sido construida?

Comprenderéis mi perplejidad cuando os cuente lo que vi. Bien, cuando la lámpara del capitán iluminó el costado de aquel extraño navío, no vimos otra cosa más que piedra por todas partes, como si la nave estuviera hecha de piedra. Jamás me he sentido tan sorprendido.

—Es de piedra, capitán —dije—. ¡Mírela, señor!

Mientras hablaba tuve la sensación de algo de carácter terrible… sobrenatural. ¡Una nave de piedra, flotando en la noche, en medio del Atlántico!

—Es de piedra —dije, repitiendo mis palabras de ese modo absurdo que uno utiliza cuando está confundido.

—¡Observen el limo que la cubre! —murmuró el hombre que estaba dos bancos por delante del mío—. Es la embarcación más adecuada para Davy Jones. ¡Cielos! ¡Apesta como un cadáver!

—¡Eh de la nave! —rugió el capitán—. ¡Eh de la nave!

El grito nos rebotó con un eco curioso, entre húmedo y metálico, algo parecido a como sonaría una voz en una cantera abandonada.

—No hay nadie a bordo ahí arriba, señor —dijo el tercero—. ¿Arrimo el bote?

—Sí, por favor, hágalo —dijo el capitán—. Voy a llegar al final de este misterio. ¡Los de popa: den un par de brazadas! Los de proa: prepárense para frenar el choque.

El tercero de a bordo arrimó el bote y los demás desarmamos los remos contra el costado de la nave. El agua corría sobre él y me bañó la mano y la muñeca, pero no reparé apenas en esta circunstancia, pues sentí que estaba tocando piedra sólida… Retiré la mano con una sensación extraña.

—Realmente es de piedra, señor —le dije al capitán.

—Enseguida veremos de qué se trata —dijo—. Levante el remo, apóyelo contra el costado y trepe. Le pasaremos la lámpara en cuanto esté a bordo. Lleve el hacha en la parte posterior del cinturón. Le cubriré con el revólver hasta que esté a bordo.

Así pues, apoyé el remo en el costado de la nave, salté desde el banco y enseguida me agarré a la barandilla, completamente empapado por el agua que caía.

Una vez en la barandilla, me levanté todo lo que pude para echar un vistazo, pero no vi nada a causa de la oscuridad y el agua que tenía en los ojos.

Desde luego, no era un momento para andar despacio, si es que había algún peligro a bordo, así que salté la barandilla rápidamente. Las botas produjeron un ruido horrible sobre la cubierta, un sonido vibrante, hueco y pétreo. Me quité el agua de los ojos y el hacha del cinturón; después miré con atención a proa y a popa, pero estaba demasiado oscuro para ver algo.

—¡Vamos, Duprey! —gritó el capitán—. Coja la lámpara.

Me incliné por encima de la barandilla y tendí la mano izquierda en busca de la lámpara. Durante esta operación mantenía el hacha preparada en la mano derecha y miraba constantemente a un lado y otro de la cubierta, porque os aseguro que estaba mortalmente asustado por lo que pudiera haber a bordo.

Sentí el roce de la argolla de la lámpara y la agarré. Después me di la vuelta y moví con cuidado la lámpara para ver dónde me había metido.

Bueno, no veréis nunca un barco semejante, ni en cien años, ni en doscientos. La cubierta principal era rara, pequeña, de unos doce metros. Después había un escalón de medio metro de altura y otro trozo de cubierta, con una pequeña cabina encima.

Así era el extremo de popa, y yo no podía ver más porque la luz de la lámpara no tenía suficiente fuerza para ir más allá, salvo para mostrarme vagamente una popa grande, que se levantaba hacia arriba y se perdía en la oscuridad. Nunca he visto un navío construido de esa manera, ni siquiera en una estampa de embarcaciones antiguas.

Un poco hacia proa respecto a mi posición se alzaba el mástil, y era también excesivamente grande. Y lo más asombroso: el mástil parecía de roca sólida.

—¿Es extraño, verdad, Duprey? —dijo el capitán a mis espaldas, y me volví hacia él de un salto.

—Sí, señor —dije—. Estoy confundido. ¿Usted no?

—Bueno, sí —dijo—, lo estoy. Si fuéramos como los viejos marinos de los que hablan los libros ya estaríamos haciendo cruces. Personalmente, con tener a mi disposición un buen Colt o ese poderoso pedazo de acero que estás acariciando…

Se apartó de mi lado y asomó la cabeza por encima de la barandilla.

—Páseme la amarra, Jales —dijo al remero de proa. Después se dirigió al tercero de a bordo—: Que suban todos arriba. Si va a pasar algo raro, es mejor que estemos todos juntos… Ata la amarra a esa abrazadera, Duprey. Parece de dura roca… Eso es. Vamos.

Proyectó el delgado rayo de la linterna de proa a popa y después hacia delante.

—¡Dios mío! —exclamó—. Mire ese mástil. Es de piedra. Dele un golpe con la parte posterior del hacha. Recuerde que es una nave de los viejos tiempos, así que no golpee demasiado fuerte.

Agarré el hacha cerca de la hoja y golpeé el mástil. Se produjo una vibración sorda, como si fuera un pilar de piedra. Lo golpeé otra vez, con más fuerza, y un pedazo de astilla filosa me pasó rozando la mejilla. El capitán levantó la lámpara y la acercó para examinar el sitio donde había golpeado el mástil.

—Por San Jorge —dijo—, es totalmente de piedra… de piedra sólida, y está flotando aquí, en medio del Atlántico, como si hubiera salido de la Eternidad… ¡Demonios! Debe de pesar mil toneladas más de lo que puede mantener a flote. Es imposible… Es…

En ese momento percibimos un sonido en la oscuridad de las cubiertas y volvimos la cabeza con rapidez. El capitán dirigió la luz hacia allí, pero no pudimos ver nada.

—¡A ver si se mueven en el bote! —dijo con aspereza, acercándose a la barandilla y mirando hacia abajo—. Por una vez me gustaría contar con vuestra compañía… —dio media vuelta, como un relámpago, y me preguntó en voz baja—: Duprey, ¿qué fue eso?

—Sí, oí algo, señor —dije—. Me gustaría que los demás se dieran prisa… ¡Por Júpiter! ¿Qué es eso…?

—¿Dónde? —preguntó el capitán, y proyectó la luz hacia el lugar que yo le señalé con el hacha.

—No hay nada —dijo después de mover la luz en círculo por la cubierta—. No se ponga a imaginar cosas. Tenemos ya bastantes hechos sobrenaturales como para añadir alguno más.

En ese momento se escuchó el chapoteo y el golpe sordo de los pies cuando el primer marinero saltó torpemente hacia los imbornales de sotavento, que estaban cubiertos de agua. Bueno, la nave estaba inclinada hacia ese lado y supuse que el agua se había juntado allí.

Por fin llegaron los demás tripulantes, seguidos por el tercero de a bordo. En total éramos seis hombres bien armados. Me sentí un poco más tranquilo, como podéis imaginar.

—Levante la lámpara, Duprey, y guíenos —dijo el capitán—. ¡Tiene usted el puesto de honor en esta excursión!

—Sí, señor —dije, y me puse a la vanguardia con la lámpara en alto en la mano izquierda y el hacha bien agarrada por el mango en la mano derecha.

—Inspeccionaremos la popa en primer lugar —dijo el capitán, proyectando la luz de la linterna de un lado a otro. Se detuvo en la parte elevada de la cubierta.

—Ahora vamos a echarle una miradita a esto… —dijo, con un tono de voz que dejaba ver un comportamiento un tanto extravagante—. Golpéelo con el hacha, Duprey… ¡Ah! —exclamó cuando lo golpeé con la parte posterior del hacha—. Esto

es lo que llamamos piedra allá en casa, ya lo creo. Es lo más raro que he visto desde que estoy pescando. Seguiremos a popa y le echaremos un vistazo a la cabinita de cubierta. Tengan las hachas preparadas, muchachos.

Caminamos lentamente hasta la extraña cabina. Cuando llegamos al costado de estribor de la cabina, el capitán se detuvo y dirigió la linterna hacia cubierta. Vi que estaba mirando el muñón del mástil posterior. Se acercó a él y lo golpeó con el pie. Emitió la misma nota sorda que el palo de trinquete. Evidentemente era de piedra.

Mantuve la lámpara en alto para ver con más claridad la parte superior de la cabina. En la pared de proa se abrían dos pequeñas ventanas cuadradas, pero no había vidrios en ninguna de las dos. La oscuridad que reinaba en aquel extraño lugar parecía observarnos con atención.

Y de repente vi algo… una cabeza grande, enmarañada y pelirroja que se alzaba lentamente a través de la ventana de babor, la más cercana a nosotros.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso, capitán? —grité, pero había desaparecido cuando aún estaba hablando.

—¿Qué? —preguntó el capitán, sobresaltado por mi grito.

—En la ventana de babor, señor —contesté—. Una cabeza grande, pelirroja. Estaba en la ventana y desapareció al instante.

El capitán avanzó hasta la ventana e introdujo la linterna en la oscuridad. Movió la linterna en círculo durante unos segundos; después la retiró.

—¡Tonterías! —dijo—. Es la segunda vez que imagina cosas. ¡Mantenga los nervios en calma!

—¡La vi! —exclamé casi indignado—. Era como una gran cabeza pelirroja…

—¡Está bien, Duprey! —dijo, aunque sin el menor ademán despectivo—. La cabina está vacía. Rodeémosla hasta la puerta, si es que los endemoniados constructores pusieron puertas; entonces lo verá con sus propios ojos. De todos modos, tengan a punto las hachas, muchachos. Me parece que aquí hay algo muy extraño.

Rodeamos la cabina hasta llegar al extremo de la popa, y allí vimos algo que parecía una puerta.

El capitán tocó la manija, que tenía una forma muy singular, y empujó la puerta, pero estaba pegada al marco.

—¡Eh, uno de ustedes! —dijo, a la vez que daba un paso atrás—. Golpeen esto con el hacha. Mejor con la parte posterior.

Uno de los marineros se adelantó y se apartó un poco para tener espacio. El hacha golpeó y la puerta cayó en pedazos con el mismo sonido que haría una losa de piedra al romperse.

—¡Piedra! —le oí murmurar al capitán—. ¡Por Dios! ¿Qué demonios es este barco?

No esperé al capitán. Yo estaba un poco enfadado, así que me precipité al interior con la lámpara en alto y el hacha dispuesta. Pero allí no había nada, salvo un asiento

de piedra que recorría todo el perímetro, exceptuando el hueco que daba salida a cubierta.

—¿Encontró su monstruo pelirrojo? —preguntó el capitán.

No dije nada. De repente me di cuenta de que el patrón estaba nervioso por algún temor inexplicable. Observé que miraba a su alrededor con inquietud. Sus ojos se encontraron con los míos y advirtió que yo le entendía.

Era un hombre casi insensible al miedo; es decir, al miedo del peligro que puede darse en lo que yo llamaría cualquier forma marítima normal. Verle en aquel estado de nervios me afectaba mucho. Era evidente que hacía todo lo que podía para ocultarlo. Sentí una cálida comprensión hacia él y temí que los hombres se dieran cuenta de su estado. Es curioso que en aquel momento pudiera fijarme en algo que no fuera mi propio miedo a encontrarme en cualquier instante con algo monstruoso. Sin embargo describo con exactitud los sentimientos que experimentaba mientras estaba de pie en la cabina.

—¿Probamos abajo, señor? —dije, y me volví hacia el sitio donde un tramo de escalones de piedra descendían en medio de una oscuridad total, de la cual emanaba un aroma a mar húmedo y extraño… una mezcolanza imponderable de agua salada y tinieblas.

—¡El valeroso Duprey se pone a la vanguardia! —exclamó el patrón.

Ahora ya no me sentía irritado. Sabía que él debía ocultar su miedo y creo que sentía, en cierto modo, que yo lo respaldaba. Recuerdo que bajé aquellos escalones que estaban en el interior de la cabina desconocida tan consciente del estado del capitán como de la cosa extraordinaria que acababa de ver en la ventana, o de mi propio miedo ante lo que podríamos descubrir en cualquier momento.

Empezamos a descender. El capitán caminaba junto a mi hombro, detrás venía el tercero de a bordo y luego los tripulantes, en fila india, pues la escalera era muy estrecha.

Conté siete escalones, y en el octavo mi pie chapoteó en el agua. Bajé la lámpara y miré. No había observado el menor reflejo, y vi que se debía a una película opaca, grisácea, que cubría el agua y que parecía combinar con el color pétreo de los escalones y las mamparas.

—¡Deténganse! —exclamé—. ¡Hay agua!

Bajé el pie con cuidado y toqué el siguiente escalón. Después sondeé con el hacha y descubrí el suelo en el fondo. Di un paso hacia abajo y me encontré hundido en el agua hasta el muslo.

—Todo está bien, señor —dije en susurros.

Levanté la lámpara y miré a mi alrededor.

—No es profunda. Aquí hay dos puertas…

Mientras hablaba levanté el hacha, porque de repente había advertido que una de las puertas estaba un poco abierta. Me pareció que se movía y miré con atención. Puede que imaginara que una vaga ondulación corría hacia mí, a través del agua

cubierta por la película opaca.

—¡La puerta se abre! —exclamé, con una creciente sensación de terror—. ¡Cuidado!

Me aparté de la puerta, pero no apareció nada. Entonces, bruscamente, volví a mis cabales, pues me di cuenta de que la puerta no se estaba moviendo. No se había movido en absoluto. Sencillamente estaba entreabierta.

—Todo marcha bien —dije—. No se está abriendo.

Me dirigí de nuevo hacia las puertas, mientras el capitán y el tercero de a bordo bajaban de un salto, salpicándome por completo.

El capitán seguía invadido por los nervios, pero lo disimulaba bien.

—Pruebe la puerta; se me apagó la maldita linterna al saltar —le dijo al tercero de a bordo.

Éste empujó la puerta de mi derecha, pero estaba atascada y permanecía entreabierta esos veinte o veinticinco centímetros que yo había observado.

—Veamos esta otra, señor —dije, y alcé mi lámpara hacia la puerta cerrada que se levantaba a mi izquierda.

—Vamos a probar —dijo el capitán en voz baja.

Lo hicimos, pero también estaba inmovilizada. Levanté el hacha, golpeé la puerta con violencia en medio del panel más grande y toda la superficie estalló en astillas de piedra que chapotearon en la oscuridad que había más allá.

—¡Santo Dios! —exclamó el capitán con voz alarmada, pues mi acción había sido instantánea e inesperada.

Disimuló este desliz de inmediato, con una advertencia.

—¡Comprueben si hay aire!

Pero yo estaba ya dentro con la lámpara y el hacha preparada. Había aire porque enfrente de mí se veía una limpia rajadura en el costado de la nave por la que podría haber pasado los dos brazos, exactamente encima del nivel de agua cubierta de materia gris.

El lugar en el que había entrado era algún tipo de camarote, extraño y húmedo, y demasiado estrecho para respirar bien en él. Dondequiera que mirara no había más que piedra. El tercero de a bordo y el capitán expresaron simultáneamente su disgusto ante ese lugar tan lóbrego y húmedo.

—Es todo de piedra —observé, y golpeé el hacha contra una especie de armarito rechoncho construido en la mampara de popa. El hacha se hundió en la piedra, con un ruido de piedra desmoronada.

—Está vacío —dije, y me aparté inmediatamente.

El capitán, el tercero de a bordo y los demás tripulantes que se habían asomado a la puerta salieron en grupo. Entonces me puse el hacha bajo el brazo y metí la mano dentro del armario de piedra roto. Lo hice dos veces, a la velocidad del relámpago, y deslicé lo que había visto dentro del bolsillo de mi casaca. A continuación seguí a los demás, y ninguno de ellos notó nada. Yo estaba tan excitado que me temblaban las

rodillas. Había advertido el resplandor inconfundible de las joyas y me había apoderado de ellas con esa maniobra veloz.

Me pregunto si alguien puede imaginar lo que sentía en ese momento. Si mis suposiciones eran correctas, en ese instante milagroso me había hecho con el poder que me apartaría de la triste vida de marinero maduro y me arrojaría a la vida cómoda que había conocido en mi juventud. Os aseguro que en aquel momento, mientras me tambaleaba casi a ciegas para salir del oscuro camarote no pensaba en los horrores que nos podía reservar el increíble navío de piedra que flotaba en medio del vasto Atlántico.

Estaba invadido por una idea cegadora: ¡posiblemente era *rico*! Mi único deseo era estar a solas en algún sitio para ver si estaba en lo cierto. Además, tenía intención de volver a aquel armarito de piedra, si se daba la oportunidad, pues sabía que detrás de los dos puñados que había guardado quedaba una buena cantidad más.

Hiciera lo que hiciese, no podía permitir que nadie lo adivinara, pues entonces sería muy probable que lo perdiera todo o que me dieran una especie de limosna en el reparto de la fortuna que a mi entender significaban los objetos centelleantes que llevaba en el bolsillo de mi casaca.

De inmediato empecé a preguntarme qué otros tesoros podía haber a bordo, cuando, bruscamente, advertí que el capitán me estaba hablando.

—¡La luz, Duprey, maldita sea! —decía en tono grave—. ¡Qué diablos le pasa! ¡Levántela!

Volví en mí y levanté la lámpara por encima de mi cabeza. Uno de los tripulantes blandía el hacha para golpear la puerta que parecía entreabierta desde la eternidad. Los demás se habían retirado un poco para dejarle espacio. ¡Crash!, y la mitad de la puerta cayó hacia dentro, en una lluvia de piedra rota, que provocó lúgubres chapoteos en la oscuridad. El marinero volvió a golpear y cayó el resto de la puerta, hundiéndose en el agua con un sonido solemne.

—La lámpara —murmuró el capitán.

Yo estaba ya en mis cabales y avancé lentamente a través del agua, que me cubría hasta el muslo, mientras aún resonaban sus palabras.

Avancé un par de pasos por el negro agujero de la puerta y me paré con la lámpara en alto para que me brindara un panorama de aquel lugar.

Recuerdo cómo me impresionó el intenso silencio. Seguramente todos nosotros retuvimos el aliento. Debía de haber allí cierta cualidad densa, ya fuera en el agua o en la materia que flotaba sobre ella, pues a pesar de los movimientos que hacíamos, no formaba olas contra los costados de las mamparas.

Al principio, mientras sostenía la lámpara, que ardía muy mal, no pude colocarla de modo que me mostrara algo concreto, y lo único que podía ver era que me encontraba en un camarote demasiado grande para un navío tan pequeño. Después observé que había una mesa en el centro cuya parte superior sobresalía apenas unos centímetros sobre el nivel del agua. A cada lado se levantaban los respaldos de unas

sillas macizas, de aspecto anticuado. En el extremo de la mesa había algo enorme, inmóvil, encorvado.

Lo miré durante unos instantes. Después me adelanté tres pasos y me detuve de nuevo… La lámpara descubrió la figura de un hombre enorme, sentado a la mesa, con el rostro inclinado hacia delante, sobre los brazos. Yo estaba atónito y estremecido por nuevos temores y pensamientos indefinibles. Sin moverme del sitio, estiré el brazo y acerqué la luz… El hombre era de piedra, como todo lo que cobijaba aquella nave extraordinaria.

—¡Ese pie! —dijo el capitán, con una voz repentinamente chillona—. ¡Miren ese pie!

La voz sonó alarmante, hueca en el silencio, y las palabras parecieron rebotar hacia mí con un tono agudo desde las mamparas apenas entrevistas.

Moví la lámpara a estribor y vi lo que le había alarmado: un enorme pie humano sobresalía del agua, en el costado izquierdo de la mesa. Era inmenso. Nunca he visto un pie tan grande. Y también era de piedra.

Y entonces, mientras lo miraba, vi que había una gran cabeza sobre el agua, junto a la mampara.

—¡Me he vuelto loco! —grité, pues había visto algo más increíble todavía.

—¡Dios mío, miren el pelo de la cabeza! —exclamó el capitán—. ¡Está creciendo! —gritó asombrado.

Yo estaba mirando. Sobre esa enorme cabeza se había hecho visible una larga mata de pelo rojo, que crecía ante nuestros propios ojos.

—¡Es lo que vi en la ventana! —dije—. ¡Es lo que vi en la ventana! ¡Le dije que lo había visto!

—Salga de ahí, Duprey —dijo con calma el tercero de a bordo.

—¡Salgamos de aquí! —murmuró un marinero.

Dos o tres de ellos expresaron las mismas palabras y al instante emprendieron una huida delirante escaleras arriba.

Me quedé mudo donde estaba. El pelo crecía de una forma horriblemente vivaz sobre la enorme cabeza, ondulándose sobre la frente y desparramándose por aquel gargantuesco rostro de piedra hasta que los rasgos quedaron completamente ocultos.

De pronto me vi lanzando como un loco una maldición a esa cosa y tiré el hacha. Después retrocedí enajenado en busca de la puerta, desparramando la materia gris que flotaba en el agua hasta las tablas de la cubierta. Llegué a las escaleras y me agarré de la barandilla de piedra, que estaba modelada como una cuerda. Entonces pude levantarme y salir del agua. Llegué a la cabina de arriba, donde había visto la gran cabeza pelirroja. Salté a través del umbral, salí a cubierta y sentí el suave aire nocturno en mi rostro… ¡Dios sea alabado! Corrí a proa. Había una verdadera Babel de gritos en aquella parte de la embarcación y un ruido confuso de pies que corrían. Algunos hombres gritaban para subir al bote, pero el tercero de a bordo les decía que tenían que esperarme.

—Ahí viene —dijo alguien.

Enseguida me reuní con ellos.

—¡Levante la lámpara, idiota! —dijo el capitán—. ¡Es precisamente en este momento cuando necesitamos más luz!

Miré hacia abajo y advertí que la lámpara estaba casi apagada. Abrí más la llama, pero enseguida volvió a disminuir.

—Los muy estúpidos no han recargado el depósito —maldije—. Merecerían un buen escarmiento.

Todos los hombres se topaban a ciegas con la borda, mientras el capitán les metía prisa.

—Deme la lámpara y váyase al bote —me dijo—. Yo se la pasaré. ¡Vamos, vamos!

Estaba claro que el capitán había recuperado su entereza. Volvía a ser el de siempre. Le entregué la lámpara y salté por encima de la borda. Todos los hombres habían abandonado ya la nave y el tercero de a bordo esperaba a popa nuestro regreso.

Caí sobre uno de los bancos del bote y, un segundo después, se produjo un inesperado estrépito en la nave que acababa de abandonar. Parecía como si un pesado objeto de piedra rodara de popa a proa a lo largo de la cubierta inclinada. Entonces sentí por primera vez un verdadero «escalofrío» de espanto, y el pánico me llevó a aceptar interpretaciones inconcebibles.

—¡Los hombres de piedra! —grité—. ¡Salte, capitán! ¡Salte! ¡Salte!

De repente la nave se meció sin razón aparente.

Entonces oímos que el capitán estaba gritando algo, pero ninguno de nosotros comprendió lo que decía. Después se oyó un gran estruendo en la cubierta del barco y descubrimos la imponente silueta del capitán, dibujada sobre la tenue neblina, que se giraba bruscamente con la lámpara en alto y efectuaba dos disparos con su revólver.

—¡El pelo! —se le oyó gritar—. ¡Miren el pelo!

Todos pudimos verlo en ese momento: era la abundante cabellera rojiza que había crecido ante nuestros propios ojos sobre la espantosa cabeza de piedra cuando estábamos en la cabina de abajo. Se la vio aparecer por encima de la borda, y sucedieron unos instantes de total quietud en los que pude oír los jadeos del capitán. El tercero de a bordo realizó seis disparos sobre aquella aparición y yo apoyé de forma inconsciente un remo en el casco de aquel maldito barco, con el fin de trepar a la cubierta.

Entonces se produjo una tremenda explosión; la nave de piedra se estremeció en toda su extensión y el remo cayó dentro del bote. El capitán lanzó un grito ahogado y el barco se inclinó hacia el lado contrario al que nos encontrábamos; después, se quedó inmóvil. Otro estampido, y el casco se balanceó hacia nosotros, para volver a alejarse a continuación. Este último movimiento de vaivén se prolongó y puso al descubierto la panza curva de la nave. Se escuchó una rotura de cristales sobre

nuestras cabezas y el débil resplandor del farolillo en la cubierta se extinguió por completo. Poco después el barco volcaba con gran estrépito y una violenta ola surgida de la noche llenó el bote de agua.

A punto estuvimos de volcar, pero el bote logró mantenerse a flote y pronto recuperó la estabilidad.

—¡Capitán! —llamó el tercero de a bordo—. ¡Capitán!

Pero no obtuvo ninguna respuesta, a excepción de un extraño rumor acuático, que surgió de la oscuridad momentos después.

—¡Capitán! —volvió a llamar, pero su voz se perdió en la profunda noche.

—¡Se ha ido a pique! —dije.

—Pónganse a los remos —ordenó el tercero de a bordo—. ¡No pierdan el tiempo achicando el agua ahora!

Inspeccionamos durante media hora los alrededores del lugar; pero aquella nave misteriosa se había hundido definitivamente, sepultando todos sus secretos en las impenetrables profundidades del mar.

Finalmente, dimos por concluida la búsqueda y regresamos al *Alfred Jessop*.

Me gustaría que tuvierais bien presente que los hechos que aquí relato refieren, punto por punto, un suceso que ocurrió realmente. No es un cuento de hadas y la historia no termina aquí; confío en que lo insólito de este suceso os haga tomar conciencia de que en el mar se producen a menudo fenómenos inexplicables, y que seguirán ocurriendo hasta el final de los tiempos. El mar es la morada de todos los misterios porque es el único lugar que el hombre no puede explorar totalmente. Aclarado este punto, prestad atención a lo que ocurrió después.

El primer oficial había ordenado que se tocara la campana de vez en cuando, por lo que no tardamos demasiado en alcanzar el barco. Durante el trayecto de vuelta no dejamos de escuchar un extraño eco que repetía las regulares batidas de los remos; pero nadie despegó los labios, porque, después de lo que habíamos visto y oído, ningún hombre deseaba volver a escuchar aquellos ecos siniestros. Supongo que todos compartíamos la sensación de que algo diabólico flotaba en el ambiente aquella noche.

Llegamos a la nave y el tercero de a bordo le relató al primer oficial lo sucedido, aunque probablemente éste no pudo darle demasiado crédito a aquella historia. En cualquier caso, lo único que se podía hacer en aquel momento era esperar el alba, por lo que recibimos instrucciones de permanecer en cubierta en situación de máxima alerta.

El primer oficial estaba más asustado de lo que pretendía exteriorizar, como lo demuestra el hecho de que ordenara colocar todas las linternas en torno a la cubierta y de que nos permitiera conservar las hachas y el machete.

Mientras esperábamos el amanecer en cubierta, tuve tiempo de examinar las piedras que había conseguido traer de la expedición nocturna. La contemplación de aquellas piedras me hizo olvidar por un momento al patrón y todos los extraños

incidentes que nos habían ocurrido. De las veintiséis piedras que tenía en el bolsillo, cuatro eran diamantes, de 9, 11, 13’5 y 17 quilates respectivamente, sin tallar. Yo sé algo de diamantes, aunque no es éste el momento de contaros cómo lo aprendí, y no me desharía de aquellas cuatro piezas que brillaban en la palma de mi mano ni por mil libras. Había también una piedra de cierto tamaño, oscura y con un fulgor rojizo en el interior. En aquel momento me pareció que carecía de valor, y la habría tirado al mar de no ser porque pensé que si la había encontrado junto a las otras era porque posiblemente tenía algún valor. ¡Dios mío! No sabía lo que tenía ante mis ojos; todavía no lo sabía. Demonios, era como una gran nuez. Alguien podría pensar que es muy extraño que me fijara primero en los diamantes, pero tiene su explicación: yo *reconozco* un diamante en cuanto lo veo. De diamantes entiendo, pero ¡caray!, os aseguro que nunca había visto un rubí en bruto, ni he vuelto a verlo desde entonces. ¡Cielo santo! ¡Y a mí no se me había ocurrido otra cosa que tirarlo por la borda!

El resto de las piedras eran de poco valor, por lo menos en el mercado actual de piedras preciosas. Había dos grandes topacios, aparte de varios ónices y coralinas… y poco más. También encontré cinco barritas de oro fundido de unas dos onzas cada una. Pero, entre todas aquellas piedras, apareció un verdadero tesoro: una increíble esmeralda verde y refulgente. Hay que haber visto más de una esmeralda para poder encontrarle el «ojo» cuando está sin tallar; pero allí estaba: el ojo de un diablo desconocido que te mira fijamente. Sí, había tenido anteriormente otras esmeraldas en mis manos, y por eso sabía que esa piedra, por sí sola, valía una fortuna.

Entonces me vinieron a la mente las piedras que había dejado en aquel barco y me desprecié por no haber cogido otro puñado. Pero aquel malestar no me duró mucho tiempo, pues recordé el trágico destino que había tenido el patrón y consideré que, después de todo, yo me encontraba a salvo, bajo una de las lámparas de la cubierta, y tenía toda una fortuna en mis manos. Este pensamiento me trajo de nuevo a la mente el misterio y la sensación de absoluto estupor que me inspiraba todo lo que había sucedido. Me di cuenta de la total incapacidad de la imaginación para interpretar con sensatez aquel enigma. Sólo una cosa estaba clara: el capitán había desaparecido para siempre, y yo había tenido una racha irrepetible de buena suerte.

Durante aquella larga noche de espera en cubierta examiné varias veces las piedras que guardaba en el bolsillo, tomando siempre precauciones para que ningún marinero pudiera verme.

Llevábamos ya unas horas de vigilancia cuando, de pronto, resonó por toda la cubierta la potente voz del primer oficial:

—¡Eh! ¡Que alguien avise al doctor! —voceó—. Díganle que encienda el fuego y prepare café.

—Sí, señor —respondió uno de los hombres.

En ese momento me di cuenta de que el alba empezaba a clarear vagamente sobre el mar. Al cabo de media hora, el «doctor» se asomó por la puerta de la cocina y anunció que el café ya estaba preparado.

Los marineros del turno de descanso salieron a cubierta y tomaron el café con los del turno de guardia, sentados en el pretil que recorría la amurada de babor.

A medida que se extendía la luz del amanecer, nuestra vigilancia desde el costado de la nave se hacía más atenta. Pero no nos fue posible distinguir nada, pues una débil neblina seguía flotando a ras de las aguas.

—¿Habéis oído eso? —preguntó entonces uno de los marineros. El sonido al que se refería se habría oído, probablemente, en un radio de quinientos metros.

—*Uuaze, uuaze, arr, arrrr, uuaze.*…

—¡Por San Jorge! —exclamó Tallet, que era de los recién llegados—. Es algo espantoso.

—¡Miren allí! —grité—. ¿Qué es aquello?

La niebla se estaba despejando con los primeros rayos del sol y a babor aparecieron unas formas borrosas y enormes que sobresalían de las aguas. Las estuvimos contemplando durante varios minutos, hasta que de repente se oyó la voz del primero de a bordo:

—¡Suban todos a cubierta! —gritó agachándose hacia el entarimado.

Corrí hacia él y le grité:

—Los dos turnos están en cubierta, señor.

—¡Muy bien! —contestó el primer oficial—. Que todos estén preparados. Ordene a algunos hombres que cojan las hachas y que los demás vayan a por las barras del cabrestante. Que todo el mundo esté alerta hasta que averigüe qué demonios es eso que tenemos a babor.

—Sí, señor —respondí y me fui hacia la proa. No fue necesario transmitir las órdenes del primer oficial porque toda la tripulación las había oído y corrían a coger las barras del cabrestante, que, como todo marino un poco experimentado sabe, pueden usarse a modo de pesado garrote. Después regresamos todos a la amurada de babor y nos quedamos expectantes mirando al frente.

—¡Mucho cuidado, engendros marinos! —gritó Timothy Galt, un irlandés gigantesco, mientras blandía excitado su barrote con los ojos fijos en la niebla, que se iba disipando rápidamente conforme ascendía el sol por el horizonte.

De repente todas las gargantas lanzaron el mismo grito:

—¡*Rocas*! —exclamamos todos al unísono.

Jamás había contemplado un espectáculo semejante. Cuando el último jirón de niebla se disolvió en el aire, pudimos verlas con claridad. Toda la extensión de mar que se abría a babor de nuestra embarcación se hallaba interrumpida por formidables arrecifes rocosos. En algunos tramos las rocas apenas sobresalían de la superficie de las aguas, pero en otros se elevaban formando agujas y arcos fantásticos e increíbles, así como islas de formas retorcidas.

—¡Por Jehová! —le oí exclamar al tercero de a bordo—. ¿Ha visto eso, señor? ¿Lo ha visto? ¡Cielo santo! ¡Cómo hemos podido atravesar eso sin encallar el bote!

El asombro había sumido a los hombres en tal silencio contemplativo que pude

escuchar con claridad la respuesta del primer oficial.

—Lo más seguro es que se haya producido un terremoto submarino cerca de aquí —dijo el primer oficial—. Eso explicaría la aparición de estos arrecifes, que sin duda habrán emergido lentamente y en silencio durante la noche desde el fondo del mar. Podemos dar gracias de que en estos momentos no nos encontremos en la cresta de uno de esos ornamentos.

Aquella explicación lo aclaraba todo. Los fenómenos inconcebibles y demenciales que habíamos vivido podían tener una interpretación natural, aunque siguieran pareciendo increíbles y prodigiosos.

A consecuencia de las tensiones internas provocadas por el terremoto submarino, se había producido a lo largo de la noche un lento emerger del fondo marino. Las rocas habían surgido tan mansamente que no habían producido el más mínimo ruido, y con ellas había emergido desde las profundidades la nave de piedra. Estaba claro que, cuando la vimos, la nave se encontraba sobre uno de los tramos medio sumergidos del arrecife, y por eso nos dio la impresión de que flotaba sobre las aguas. Eso explicaría también el misterio del agua que oímos correr: el barco estaría, desde luego, lleno de agua hasta los topes, y ésta tardó más tiempo en desalojar sus bodegas que la nave en emerger. Probablemente tendría grandes boquetes abiertos en la panza del casco. Estaba empezando a valerme de mis «sondas», como diría un marinero. ¡Los prodigios naturales del mar superan cualquier historia fantástica inspirada en él!

El primer oficial ordenó que se botara de nuevo la barca y le encargó al tercero de a bordo que la condujera al lugar donde había desaparecido el patrón para realizar una última inspección, por si aparecía el cadáver del capitán en alguna parte.

—Ponga a un hombre en la proa para que alerte sobre las rocas sumergidas —le gritó el primer oficial al tercero, mientras nos alejábamos—. Vayan despacio. El viento se mantendrá en calma todavía. A ver si pueden averiguar también de dónde han salido esos ruidos.

Durante un minuto avanzamos unos cincuenta metros en línea recta hacia los arrecifes, hasta que llegamos a una enorme galería de roca. Entonces me di cuenta de que el eco de los remos que habíamos escuchado la noche anterior lo habían producido las paredes rocosas de aquella bóveda de piedra. Incluso de día, producía un cierto estremecimiento volver a escuchar aquella extraña resonancia catedralicia que nos había amedrentado en plena oscuridad.

Atravesamos la enorme galería, cuya bóveda estaba cubierta por el limo de las profundidades y remamos hacia una abertura entre las rocas que daba paso a una espaciosa herradura de arrecifes. Seguimos avanzando durante dos o tres minutos hasta que el tercero ordenó levantar los remos.

—Coja el bichero, Duprey —me dijo entonces—. Póngase en la proa y vigile el fondo para que no topemos con nada.

—Sí, señor —respondí y metí mi remo en el bote.

—¡Remen despacio! —ordenó después el tercero de a bordo, y avanzamos

lentamente otros cincuenta o sesenta metros.

—Estamos encima de un arrecife, señor —le informé poco después, sin dejar de mirar por encima de la borda hacia el agua. Sumergí el bichero—. Tenemos unos noventa centímetros de fondo, señor.

—Arriba los remos —ordenó el tercero—. Creo que nos encontramos justamente encima de la roca donde vimos anoche esa extraña nave —y se asomó por encima de la borda a observar el fondo.

—Aquí hay un cañón de piedra, señor, sobre la roca, justo debajo de nuestra proa —dije, y enseguida empecé a gritar—: ¡La cabellera, señor! ¡Ahí está la cabellera! En el arrecife. ¡Hay dos! ¡Tres! ¡Hay una encima del cañón!

—¡Está bien! ¡Está bien, Duprey! Tranquilícese —me dijo el tercero de a bordo —. Ya lo veo. Le tengo a usted por una persona inteligente, así que no empiece a imaginar cosas raras ahora que hemos encontrado una explicación para todo esto. Eso que ve ahí no son más que orugas marinas de una especie gigante. Toque una con el bichero.

Hice lo que me pedía el tercero, sintiendo cierta vergüenza por aquel sobresalto injustificado. El bicho se revolvió, rápido como un tigre, hacia el bichero y se enroscó firmemente en la vara, manteniendo la otra extremidad adherida a la roca. Tiré con todas mis fuerzas del bichero, pero obtuve el mismo resultado que si hubiera intentado volar.

—Pínchelo con la punta del machete, Varley —dijo el tercero de a bordo—. Atraviéselo.

El remero de proa obedeció y el animal soltó el bichero y se enrolló en torno a un saliente de la roca, adquiriendo el aspecto de una gran bola de pelo rojo.

Recogí el bichero y lo examiné de cerca.

—¡Santo Dios! —exclamé—. Eso es lo que mató al patrón… ¡uno de esos bichos! Mire qué marcas ha dejado en la madera, parece que se hubiera agarrado con cien patas.

Le pasé el bichero al tercero de a bordo para que lo viera con sus propios ojos.

—Parecen ser tremendamente peligrosos —observé.

—Me recuerda a los ciempiés africanos, aunque los de África creo que tienen tal fuerza y envergadura que son capaces de matar a un elefante —comentó.

Todos los hombres se asomaron para ver aquel bicho, lo que provocó las voces del tercero de a bordo:

—¡No se asomen todos por el mismo lado! —gritó—. Vamos, vuelvan a sus sitios. ¡Empiecen a remar…! Abra bien los ojos, Duprey, a ver si encuentra algún rastro de la nave o del capitán.

Recorrimos en uno y otro sentido aquel arrecife durante más de una hora, pero no había el menor indicio del barco hundido ni del patrón. Aquella extraña nave habría rodado hasta las profundidades que se extendían a ambos lados del arrecife.

Mientras observaba las rocas del fondo, inclinado sobre la proa, creo que llegué a

comprender casi todo lo ocurrido, a excepción de los extraños ruidos que oímos.

Después de ver el cañón sumergido no tuve la menor duda de que aquel barco que había reflotado el arrecife fue en su día una embarcación normal de madera. Parecía evidente que, tras pasar largos años en el fondo del mar, la nave había experimentado un proceso de mineralización natural que le había proporcionado su aspecto pétreo. Los hombres de piedra habían sido, en realidad, hombres de carne y hueso que se habían ahogado en la cabina, y cuyos tejidos y órganos, hinchados por la acción del agua, habían sufrido el mismo proceso natural. Este fenómeno, unido a la multitud de adherencias e incrustaciones que con el tiempo se habían ido depositando sobre sus cuerpos, explicaba su descomunal envergadura.

El misterio de la cabellera también había sido aclarado; las terribles explosiones que se habían oído, así como algún que otro detalle, permanecían todavía en la oscuridad. En lo relativo a las explosiones, la explicación tal vez se hallaba en unas rocas que inspeccionamos poco más tarde, hacia el oeste, antes de regresar al barco. En aquellas rocas encontramos los cuerpos hinchados, y algunos reventados, de varios especímenes enormes de anguila marina. Aquellas criaturas debieron de tener, en vida, un diámetro de varios pies, y una de ellas, que medimos a ojo con un remo, no tendría menos de doce metros de longitud. El hecho de que se hubieran hinchado hasta reventar pudo haberse debido a un cambio brusco de presión, al pasar de las enormes presiones del fondo del mar a la presión leve del aire de la superficie, lo cual podría explicar los fuertes estallidos que habíamos escuchado. A mí, personalmente, me parece más probable que fueran ocasionados por las rocas, al reventar a causa de las tensiones internas provocadas por el terremoto submarino.

Por lo que respecta a los misteriosos rugidos, sólo se me ocurre que fueran producidos por un tipo de cetáceo marino enorme, similar a la orca, de los que encontramos varios especímenes muertos, muy hinchados y varados sobre una zona del arrecife. Aquellos cetáceos debían de pesar por lo menos cuatro o cinco toneladas cada uno, y cuando les oprimimos el vientre con la pala de un remo, soltaron una exhalación grave por la boca, que tenía forma de hocico, parecida, aunque de menor intensidad, a los espantosos rugidos que habíamos escuchado la pasada noche.

En cuanto a la barandilla de las escaleras que conducían al interior de la cabina de abajo, y que parecía haber sido tallada como si fuera una cuerda, llegué a la conclusión de que en su día había sido realmente una cuerda.

Por otra parte, el estruendo que recorrió la cubierta del barco abandonado poco después de que yo lo dejara fue ocasionado sin duda por algún pesado objeto petrificado, puede que por una cureña de cañón fosilizada, al rodar por la cubierta cuando la nave empezó a tambalearse, perdiendo su apoyo en el arrecife y hundiendo la proa en las aguas.

Por último, las luces y resplandores que habíamos divisado a lo lejos muy bien pudieron ser los cuerpos fosforescentes de alguna especie de las profundidades, deslizándose sobre los arrecifes que acababan de emerger; y, en relación a la fuerte

sacudida que escuchamos en la oscuridad, a escasos metros del bote, pudo tratarse de algún pesado fragmento de aquellas rocas, que, después de elevarse sobre la superficie de las aguas, se había deslizado, cayendo de nuevo al mar con gran estrépito.

En nuestro barco nadie se enteró jamás del hallazgo de las piedras preciosas. ¡Tomé mis precauciones! Más tarde vendí el rubí, a muy bajo precio según supe después, pero no puedo quejarme. Se lo vendí a un comerciante de Londres por veintitrés mil libras. Luego averigüé que la había vendido por el doble, pero no quiero amargar mi felicidad pensando en ello. A menudo me pregunto qué hacían aquellas piedras en el lugar donde las encontré, pero creo haber dicho que aquel barco llevaba cañones y, además, en el mar ocurren con frecuencia cosas extrañas; ¡ya lo creo, por San Jorge!

¿El aroma…? Bueno, supongo que se trataba del limo de las profundidades, que surgió desde el fondo de los mares para que un puñado de hombres pudieran olerlo.

Esta historia es muy conocida, desde luego, en círculos marineros y puede encontrarse una breve referencia a ella en el antiguo *Nautical Mercury de* 1879. Los nuevos arrecifes volcánicos (que desaparecieron en 1883) aparecen en algunas cartas de navegación de la época con el nombre de «Bancos y Arrecifes Alfred Jessop», en homenaje a nuestro capitán, que los descubrió y murió en ellos.



Ilustración de Gunther T. Schulz

EL BUQUE EMBRUJADO *PAMPERO*

I

—¡Hurra! —gritó el joven Tom Pemberton mientras abría la puerta y entraba en la habitación donde su reciente esposa se afanaba con la costura—. Me han dado un barco. ¡Es maravilloso! —y arrojó su gorra de visera reglamentaria sobre la mesa.

—¿Un barco, Tom? —dijo su mujer, depositando la costura sobre su regazo.

—El *Pampero* —dijo orgulloso Tom.

—¿Cómo? ¿El «embrujado *Pampero*»? —gritó su esposa con un tono de voz más cercano a la desazón que al júbilo.

—Así es como lo llaman un montón de bobos —admitió Tom, poco dispuesto a oír una palabra en contra de sus nuevos dominios—. ¡Simples habladurías! ¡Está tan embrujado como pueda estarlo yo mismo!

—¿Y has aceptado? —preguntó la señora Pemberton con ansiedad mientras se ponía en pie de un salto, arrojando la costura al suelo.

—¡Por supuesto que sí! —contestó Tom—. No quiero que me dejen de lado, teniendo la oportunidad de ser patrón de un barco antes de los veinticinco años.

Se acercó a ella con los brazos extendidos pero se detuvo de repente al ver que sus ojos exhibían una mirada de consternación.

—¿Qué sucede, pequeña? —preguntó—. No pareces complacida —su voz denotaba cierta tristeza ante la falta de entusiasmo por la buena nueva.

—No, Tom, no estoy nada alegre. ¡Es un barco espantoso! Le ocurren todo tipo de cosas terribles…

—¡Tonterías! —interrumpió Tom tajante—. ¿Qué sabes de él? Se trata de uno de los mejores buques de la compañía.

—Todo el mundo lo sabe —exclamó ella, con lágrimas en los ojos—. Tom, por favor ¿no puedes declinar el ofrecimiento?

—¡Ni se me ocurriría! —repuso malhumorado.

—¿Y por qué no me has preguntado antes de aceptar?

—¡No había tiempo! —cortó—. Se trataba de decir «sí» o «no» en el acto.

—¿Y por qué no has dicho «no»?

—¡Por qué no soy tonto! —estalló furioso.

—Nunca volveré a ser feliz —dijo ella mientras se dejaba caer en la butaca y empezaba a llorar desconsoladamente.

Las lágrimas hicieron efecto en Tom y enseguida se arrodilló junto a su mujer para disculparse por su conducta. Al rato ella asomó su nariz —un tanto enrojecida— por encima del empapado pañuelo.

—¡Iré contigo! —las palabras fueron pronunciadas con la suficiente determinación como para que Tom se las tomase muy en serio, y éste, que no estaba del todo libre de las supersticiones que afectaban al *Pampero*, empezó a sentirse bastante inquieto mientras ella echaba por tierra todas las objeciones que le presentaba.

No había ningún problema en que él embarcara, pero llevarse a su mujercita consigo, bueno… eso era harina de otro costal. Y así, como buen marido amante de su mujer, luchó por cada centímetro de aquella batalla, con el resultado natural de la deserción en medio del combate al cabo de una hora; o más bien deberíamos decir con la «retirada» a su guarida para fumarse una pipa y meditar sobre la perversidad del sexo femenino en general y de su mujer en particular.

En cuanto a ella… bueno, ella fue al dormitorio y empezó a sacar todos sus maravillosos vestidos de verano, y durante un tiempo se sintió perfectamente dichosa. Sin duda pensaba en los trópicos. Más adelante, gracias a las indicaciones un tanto despreciativas de Tom, seleccionó una indumentaria más sencilla y adecuada a la circunstancias. Y así, al cabo de tres semanas, se hizo a la mar en el barco embrujado *Pampero*; por supuesto, en compañía de su esposo.

II

Durante los diez primeros días, ayudados por un viento fresco y constante, dejaron bien lejos el Canal y la señora Pemberton estaba empezando a acostumbrarse al mar. Luego, en el decimotercer día de navegación, se encontraron con un tiempo calamitoso. Hasta entonces el *Pampero* (para lo que era habitual en él) había tenido suerte y no había ocurrido nada especial, excepto que uno de los marineros había tenido un percance al ser golpeado y arrojado sobre la cubierta por el cable de la grúa de proa. Sin embargo, como el sujeto estaba vivo y no se había roto ningún miembro, reinaba el sentimiento general de que el viejo cascarón estaba de buen humor.

Entonces, como ya he apuntado, se encontraron con un tiempo horroroso y tuvieron que capear el temporal durante tres fatigosos días a palo seco. En la mañana del cuarto día, el viento decreció lo suficiente como para largar la gavia de goleta, la vela de capa y la de estay, y navegar así viento en popa. Durante ese día el tiempo fue mejorando constantemente, el viento amainó y la mar se calmó; de manera que al atardecer navegaban cómodamente empujados por una brisa de seis nudos. Y así, un poco antes del ocaso, se convencieron de que el *Pampero* seguía de buen humor y que existían otros barcos menos afortunados, ya que bajo el resplandor rojizo del crepúsculo, a estribor, descubrieron el cascarón inundado de un bote salvavidas.

Mientras pasaban a su lado, uno de los marineros creyó distinguir algo encogido

sobre la bancada del bote y llamó al oficial que estaba de guardia. Tras conseguir el permiso del capitán, detuvo el barco y arrió un bote. Cuando llegaron a la siniestrada embarcación descubrieron que ese algo encogido sobre la bancada era el cuerpo todavía vivo de un marinero exhausto y sin apenas control de su mente. Era evidente que habían llegado justo a tiempo, pues en cuanto sacaron al hombre del bote inundado éste se hundió lenta y pesadamente, desapareciendo de la vista.

Regresaron al barco y acomodaron al náufrago en una litera vacía; al día siguiente, una vez se hubo repuesto, les dijo que era uno de los marineros del *Cyclops*, y cómo el barco había sido tomado por la lúa mientras capeaban la tempestad dos noches antes y se había ido a pique con toda la tripulación. Él se encontró flotando al lado de un bote salvavidas medio destrozado que, evidentemente, se había desprendido de sus calzos cuando el buque zozobró. Se las había arreglado para asirse a uno de los cabos salvavidas y auparse al interior de la embarcación; no consiguió recordar cómo había podido sobrevivir hasta el momento de su rescate.

Dos días después, el marinero que había sido golpeado por el cable de la grúa falleció y algunos hombres de la tripulación empezaron a inquietarse y a murmurar que el viejo cascarón volvía a las andadas.

—Ya lo decía yo —afirmó uno de los marineros—. Este barco está condenadamente embrujado y hambriento. ¡Maldita sea! ¡Tenía que haberme quedado en tierra! —y éste parecía ser el sentimiento general del resto de la tripulación.

Tras la muerte del marinero, el capitán Tom Pemberton le ofreció su puesto a Tarpin, el hombre que habían recogido. Tarpin aceptó agradecido y ocupó el lugar del difunto en el castillo de proa, ya que, aunque sin lugar a dudas era un hombre mayor, ya en varias ocasiones había demostrado su valía como marino.

Era especialmente diestro en el ayuste de cabos y siempre llevaba consigo un peculiar punzón de hierro para ayudarse en su trabajo. También le servía como arma y algunos marineros de la tripulación pensaban que lo llevaba con demasiada libertad.

Y entonces el barco pareció determinado a probar que su mala fama era tan funesta como la gente decía, ya que durante dos semanas el tiempo fue muy calmo y sosegado y, aunque lograron cruzar la línea del Ecuador y adentrarse en los mares meridionales, fueron atrapados por una de esas temibles calmas chichas que en aquellas regiones acechan implacables a su presa.

Durante dos días el capitán Tom Pemberton aguardó en vano un soplo de brisa, y al tercero empezó a maldecir (entre dientes si su esposa estaba cerca y en alto si se encontraba abajo). Al atardecer del cuarto día dejó de gritar maldiciones sobre la ausencia del viento pues sucedió algo, algo que resultaba inexplicable y aterrador al mismo tiempo, tanto que se guardó mucho de contárselo a su esposa, que había permanecido en el camarote de abajo durante todo el tiempo.

El sol se había puesto unos minutos antes y el crepúsculo se convertía

rápidamente en noche cuando, por la proa del barco, les llegó una tremenda algarabía de cerdos que aullaban y gruñían.

El capitán Tom y el segundo oficial, que en esos momentos paseaban por la toldilla, se pararon en seco y aguzaron el oído.

—¡Maldita sea! —exclamó el capitán—. ¿Quién está al cargo de los cerdos?

El segundo oficial estaba gritando a uno de los grumetes que fuera a proa y averiguara lo que estaba pasando cuando uno de los marineros llegó corriendo y les dijo que había algo en la cochiquera, entre los cerdos, y que por favor fueran a proa. Al instante el capitán y el segundo oficial corrieron hacia la parte delantera del buque. Mientras se acercaban por la cubierta principal y llegaban al origen de aquella algarabía, pudieron escuchar con gran claridad un gruñido salvaje que se mezclaba con los chillidos de los cerdos.

—¡Pero qué diablos es eso! —aulló el segundo oficial mientras intentaba seguir el paso del capitán.

Llegaron a la cochiquera y, en la creciente penumbra, pudieron distinguir a la tripulación que se agrupaba en un semicírculo alrededor de la pocilga.

—¿Qué ocurre? —bramó el capitán Tom Pemberton—. ¿Qué está pasando?

Se abrió paso entre los hombres, se detuvo y miró entre los barrotes de hierro de la cochiquera; pero estaba tan oscuro que apenas pudo distinguir algo. Acto seguido, antes de que pudiera apartar el rostro, hubo un gruñido profundo y salvaje y algo se abalanzó sobre los barrotes. El capitán lanzó un grito y se apartó de un salto de la pocilga, sujetándose la nariz.

—¿Está herido, señor? —preguntó el segundo oficial con inquietud.

—N-no —respondió el capitán con voz dubitativa y asustada. Se palpó la nariz durante un rato—. Creo que no.

El segundo oficial se dio la vuelta y agarró por el hombro al marinero que tenía más cerca.

—Traiga una de las lámparas. ¡Rápido!

Pero mientras daba la orden otro de los tripulantes llegó corriendo con una encendida. El segundo la cogió y alumbró la pocilga con ella. En ese mismo instante algo húmedo y reluciente se la arrebató de la mano de un golpe. El segundo oficial dio un grito y se produjo un momento de profundo silencio durante el cual pudieron escuchar el sonido de algo que se escurría por la cubierta hacia el costado de sotavento. Algunos marineros corrieron hacia el castillo de proa, pero el segundo se agachó para recuperar la lámpara. La encontró y volvió a encenderla. Los cerdos habían dejado de chillar, pero aún se removían inquietos. Acercó la lámpara a los barrotes y observó el interior de la pocilga.

Dos de los cerdos estaban acurrucados en el rincón de estribor de la cochiquera y sangraban por varios puntos. El tercero, un ejemplar bastante grande, estaba tumbado todo a lo largo sobre su espalda, tenía una herida terrible en el cuello y parecía bien muerto.

El capitán puso una mano sobre el hombro del segundo oficial y se adelantó un poco para tener mejor vista.

—¡Por Todos los Santos, señor Kasson! ¿Qué ha sucedido aquí? —musitó consternado.

Los marineros se habían ido acercando para observar la escena aunque estaban demasiado asombrados para emitir cualquier juicio. Entonces, uno de los hombres rompió el silencio:

—¡Es como si hubiesen tenido un encuentro con uno de esos malditos tiburones!

El segundo oficial desplazó la lámpara a lo largo de los barrotes.

—La puerta está cerrada y sujeta con la palanca, señor —dijo en voz baja.

El capitán se percató del significado de aquellas palabras pero no respondió.

—Suponiendo que hubiera sido uno de nosotros —musitó el marinero que estaba detrás.

De entre la tripulación surgió un murmullo de comprensión y algunos lanzaron miradas recelosas a los lados y hacia atrás.

El capitán se dio la vuelta de cara a sus hombres.

Abrió la boca para decir algo, pero la cerró enseguida, como si de repente hubiera tenido una idea.

—¡Esa luz, rápido, señor Kasson! —exclamó, alargando la mano.

El segundo oficial le entregó la lámpara y él la levantó por encima de su cabeza. Se puso a contar a los hombres. Estaban todos, tanto la guardia del puente como la franca de servicio; incluso el vigía había bajado a toda prisa. Tan sólo faltaba el timonel.

Se volvió hacia el segundo oficial.

—Tome dos hombres consigo, señor Kasson, vaya a popa y coja algunas lámparas. Lo registraremos todo.

Un par de minutos después regresaron con una docena de faroles encendidos que repartieron entre los marineros; acto seguido empezaron a inspeccionar las cubiertas. Se registraron todos los rincones pero no encontraron nada y, al fin, tuvieron que abandonar la búsqueda.

—Harán lo siguiente, señores —dijo el capitán Tom—: Cuelguen una de esas lámparas en la parte delantera de la pocilga y el resto vuelvan a guardarlas en el almacén.

Acto seguido marchó a popa acompañado por el segundo oficial.

Cuando llegaron a la escalerilla de la toldilla el capitán se paró de repente y pidió silencio. Ambos escucharon atentos durante medio minuto, aunque no llegaron a estar seguros de haber oído algo especial. Entonces el capitán Tom Pemberton volvió a darse la vuelta y prosiguió su camino hacia la toldilla.

—¿De qué se trataba, señor? —preguntó el segundo oficial cuando llegaron al final de la escalerilla.

—¡Que me aspen si lo sé! —respondió el capitán Tom—. Me siento un poco a la

deriva. ¡Jamás oí nada igual, nada parecido a esto!

—¡Y no hay perros a bordo!

—¡Perros! ¡Yo más bien diría tigres! ¿Ha oído lo que dijo uno de los marineros de primera?

—¿Lo del tiburón, señor? —dijo el segundo oficial, con cierto desprecio en su tono de voz.

—¿Ha visto alguna vez el mordisco de un tiburón, señor Kasson?

—No, señor —contestó el segundo.

—¡Pues ésos eran mordiscos de tiburón, señor Kasson! ¡Que Dios nos ayude! ¡Eran mordiscos de tiburón!

III

Después de aquel suceso extraordinario transcurrió una semana más de calma chicha sin que ocurriera nada reseñable, y el capitán Tom Pemberton fue perdiendo poco a poco el miedo obsesivo que lo había invadido las noches que sucedieron a la muerte del cerdo.

Estaba anocheciendo y la señora de Tom Pemberton se encontraba sentada sobre una de las sillas de cubierta, en el costado de babor, junto a la claraboya del extremo delantero del camarote principal. El capitán y el primer oficial paseaban de un lado a otro por delante de ella. De pronto el capitán se detuvo bruscamente y dejó que el primer oficial siguiera andando por el puente. Luego se acercó rápidamente hasta donde estaba sentada su esposa y se inclinó hacia ella.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó—. He visto que mirabas de vez en cuando a sotavento, como si escucharas algo. ¿Qué es?

Su esposa se inclinó hacia delante y tomó su brazo.

—¡Escucha! —exclamó con voz aguda—. ¡Ahí está de nuevo! Creía que era cosa de mi imaginación. Pero no. ¿No lo oyes?

El capitán Tom estaba escuchando y, mientras su esposa hablaba, pudo captar un gruñido sordo y suave entre las sombras que se espesaban a sotavento. Aunque dio un pequeño respingo no dijo nada, pero su mujer vio cómo introducía la mano en uno de los bolsillos laterales.

—¿Lo has oído? —preguntó inquieta. Sin esperar la respuesta prosiguió—. ¿Sabes que ya he escuchado ese mismo sonido tres veces antes, Tom? Es como el gruñido de un animal que merodeara por ahí —y señaló a las sombras.

Estaba tan segura de haberlo escuchado que su marido desistió de intentar hacerla creer que se trataba de su imaginación. En lugar de eso la tomó de la mano y la ayudó a ponerse en pie.

—Vamos abajo, Annie —dijo, y la acompañó a la escalerilla.

La dejó allí un momento y fue corriendo en busca del primer oficial, que aún seguía de guardia; luego volvió hacia ella y la ayudó a bajar las escaleras. En el comedor ella se dio la vuelta y le miró de frente.

—¿Qué era eso, Tom? Sé que tienes miedo de algo, aunque no quieras decírmelo. ¡Seguro que es algo relacionado con este barco espantoso!

El capitán la miró lleno de dudas. No sabía hasta qué punto podía contarle lo poco que sabía. Entonces, antes de que pudiera decir algo, ella dio un paso adelante y metió la mano en el bolsillo derecho de su chaquetón.

—¡Tienes una pistola! —gritó, sacando el arma de un tirón—. ¡Esto demuestra que se trata de algo espantoso! Estamos en peligro y tú no me lo ibas a decir. ¡Voy al puente contigo!

Se hallaba al borde de las lágrimas y en un estado de gran agitación, de manera que el capitán se acercó a ella y le contó todo lo que sabía; lo cual, en aquellas circunstancias, resultó lo más sensato por su parte.

—Y ahora —dijo tras acabar su relato—, debes prometerme que jamás subirás a cubierta al anochecer si no es en mi compañía. ¡Promételo!

—Lo haré, querido, si tú me prometes a mí que tendrás mucho cuidado y no correrás riesgos innecesarios. ¡Oh, me gustaría que nunca hubieses aceptado servir en este barco espantoso! —y se puso a llorar.

Un poco después se tranquilizó y el capitán la dejó sola tras conseguir que le prometiera que iba a acostarse e intentar dormir un poco.

Lo primero lo cumplió sin demora, pero lo segundo resultó bastante más difícil, y casi pasó una hora antes de que, al fin, vencida por el cansancio, cayera en un sueño intranquilo. Pero un poco después se despertó bruscamente. Creía haber escuchado una especie de ruido. Su litera se encontraba sobre uno de los costados del barco y había un ojo de buey justo encima, y de ahí procedía aquel sonido extraño. Era una especie de siseo, como si algo se restregase contra el vidrio, y cuanto más lo escuchaba más miedo sentía; ya que, aunque estaba segura de haber cerrado el portillo antes de acostarse, no se acordaba de si había echado el pasador. Sin embargo, era un mujercita valiente y no perdió el tiempo; bajó al piso de un salto y corrió en busca de la lámpara. La encendió con un movimiento rápido y nervioso y miró por el ojo de buey. Más allá del círculo de vidrio distinguió algo que parecía presionar contra el portillo. Tenía una muesca que lo recorría de un lado a otro. De repente, mientras miraba, la muesca se abrió y unos dientes relucieron. La cosa empezó a moverse de arriba abajo por el cristal y pudo volver a escuchar aquel extraño siseo que había perturbado su sueño. De pronto se dio cuenta, aterrorizada, de que aquella cosa estaba viva y presionaba el cristal con la intención de entrar en el camarote. Puso las manos sobre la mesa que estaba a su espalda para sostenerse e intentó tranquilizarse.

La puerta que había detrás de ella se abrió suavemente y alguien entró en el

camarote. De pronto escuchó la voz de su esposo que le hablaba.

—¿Qué te ocurre, Annie…? —preguntó asombrado y al instante quedó mudo.

Acto seguido resonó en el camarote el estampido de una detonación y en el cristal del portillo apareció un agujero astillado, y ya no había nada de lo que tener miedo pues los brazos del capitán Tom la estrechaban.

Se escuchó el sonido de pasos a la carrera y desde la puerta llegó la voz del primer oficial.

—¿Algún problema, señor?

—Todo está en orden, señor Stennings. Estaré con usted en menos de un minuto.

Oyó los pasos del primer oficial que se alejaban por la escalerilla del puente. Luego escuchó con calma todo lo que le contaba su esposa. Cuando acabó ambos se sentaron y hablaron un rato muy serios, sintiendo que estaban en los límites de lo Desconocido. De repente, un ruido en cubierta interrumpió su charla, el grito agudo y aterrorizado de un hombre, seguido por la detonación de un disparo y las exclamaciones del primer oficial. El capitán Tom Pemberton se puso en pie al mismo tiempo que su esposa.

—¡Quédate aquí, Annie! —la ordenó, haciendo que se sentara de nuevo. Abrió la puerta y, en ese mismo momento, pensó algo. Dio la vuelta y puso el revólver en las manos de ella—. Volveré en menos de un minuto —prometió; luego, tras hacerse con un pesado machete que estaba guardado en un bastidor, abrió la puerta y se precipitó hacia el puente.

Su esposa se acercó al portillo para asegurarse de que el pasador estaba echado. Tras descubrir que así era, intentó apretarlo con más fuerza. Mientras lo hacía se percató de que la bala había atravesado limpiamente el cristal un poco a la izquierda y por abajo. Luego volvió a sentarse con el revólver en las manos y se quedó muy quieta, a la escucha.

En la cubierta principal el capitán se encontró con el primer oficial y un par de marineros que estaban en el saltillo de la toldilla. El resto de la guardia se había agrupado más hacia proa, y entre ellos y el oficial uno de los grumetes sostenía en alto una de las lámparas de la bitácora. Los dos marineros que estaban con el primer oficial eran Coalson y Tarpin. Coalson parecía estar diciendo algo; Tarpin se acariciaba la mandíbula y daba la sensación de estar aterrorizado.

—¿Qué ocurre, señor Stennings? —preguntó el capitán.

El primer oficial levantó los ojos.

—¿Puede bajar, señor? —dijo—. Hay algo infernal a bordo.

El capitán ya estaba bajando antes de que el primero dejara de hablar. Nada más reunirse con él y con los dos marineros les hizo unas cuantas preguntas y se enteró de que Coalson iba de camino a la toldilla para relevar al timonel cuando algo que estaba debajo del cabillero de la regala se lanzó sobre él. Afortunadamente había conseguido esquivarlo justo a tiempo y luego, gritando con todas sus fuerzas, había echado a correr para salvar la vida. El oficial lo había escuchado y disparó su revólver tras

creer haber distinguido algo a su espalda. Acto seguido oyeron los gritos de Tarpin por la proa y le vieron venir corriendo hacia ellos, pero se tropezó con uno de los calzos y cayó violentamente sobre la cubierta, golpeándose el rostro contra el afilado borde de la escotilla de popa. También a él le habían perseguido, pero le resultaba imposible imaginar quién había sido y por qué. Los dos marineros se encontraban muy agitados y apenas eran capaces de relatar lo que les había sucedido con un poco de coherencia.

Un tanto desalentado, el capitán Pemberton ordenó traer unas lámparas y llevar a cabo un registro de las cubiertas; pero, como ya lo había imaginado, no encontraron nada extraño. Sin embargo, se decidió que las lámparas eran necesarias y el capitán les ordenó llevar siempre consigo un par de ellas cuando fueran de un lado a otro de la cubierta.

IV

Dos noches después, el capitán Tom Pemberton fue despertado repentinamente de un profundo sueño por su esposa.

—¡Ssh! —susurró, poniendo los dedos en sus labios—. Escucha.

Se incorporó un poco y se quedó completamente quieto. El camarote estaba lleno de sombras ya que habían dejado la lámpara a poco gas. Transcurrió un minuto de silenciosa tensión; luego, bruscamente y en dirección a la puerta, pudo escuchar un sonido suave y rechinante. Se sentó inmediatamente y deslizó la mano debajo de la almohada, sacando su revólver; acto seguido se quedó en silencio y a la espera.

De repente, escuchó cómo la aldaba de la portilla se liberaba de su enganche y al instante un soplo de aire fresco entró en el camarote, agitando las cortinillas. De esta manera supo que la portilla estaba abierta y se levantó con el arma lista. Hubo unos instantes de profundo silencio y luego, de improvisto, algo oscuro se escurrió entre él y el débil resplandor de la llama de la lámpara. Al instante levantó el arma y, apuntando con ella, disparó dos veces seguidas. Se oyó el espeluznante aullido de algo que parecía retirarse hacia la puerta, y volvió a disparar hacia el lugar de donde venía el sonido. Escuchó cómo se escurría por el salón. Luego percibió un confuso ruido de pasos por la escalerilla de cubierta hasta que, poco a poco, los sonidos desaparecieron en la noche.

Inmediatamente después, el capitán oyó que el oficial llamaba a gritos a la guardia para que fuera a popa; acto seguido sus fuertes pisadas resonaron en el salón y el capitán, que había abandonado su litera para coger la lámpara, se encontró con él en el umbral del camarote. En un minuto le puso al corriente de todo lo que acababa de ver y después ambos encendieron las lámparas del salón y examinaron el suelo y

la escalerilla de cubierta. Descubrieron rastros de sangre en varios lugares, los cuales demostraban que al menos uno de los disparos del capitán había hecho blanco. El rastro seguía durante un corto trecho por la parte de sotavento de la popa, pero desaparecía misteriosamente al final de la claraboya.

Como se puede imaginar, este percance había alterado mucho al capitán y se sentía incapaz de volver a dormirse, por lo que procedió a vestirse. Su esposa lo imitó y ambos pasaron el resto de la noche en la popa, ya que, como dijo el señor Pemberton: «Uno se siente más seguro aquí arriba, al aire fresco». Al menos uno sentía que la ayuda estaba al alcance de la mano. Un sentimiento que probablemente el capitán Tom *apreciaba* bastante más de lo que hubiera sido capaz de poner en palabras. Sin embargo, también había otra cosa que le preocupaba muchísimo, algo que puso en conocimiento de los oficiales al día siguiente. Y así se lo dijo:

—¡Tengo miedo por mi esposa! ¡Esa cosa, sea lo que sea, parece ir en su busca a toda costa! —su rostro estaba congestionado y macilento debajo del bronceado. Los dos oficiales asintieron.

—Pondré un hombre de guardia en el salón todas las noches, señor —dijo el segundo oficial, tras pensarlo un momento—. Intente que permanezca con usted todo el tiempo posible.

El capitán Tom Pemberton asintió un poco más relajado. Le parecía bien tomar aquellas precauciones. Habría un marinero en el salón después del anochecer y la lámpara siempre permanecería encendida; de esta manera, al menos, su mujer estaría a salvo, ya que la única entrada al camarote era por el salón. En cuanto a la porta destrozada, ya había sido reemplazada el día después de que se hiciera añicos, y ahora él mismo se encargaba de asegurar los pasadores durante la guardia de cuartillo, y no sólo eso, sino que también vigilaba que estuvieran cerradas las tapas de tormenta, de manera que no tenía ningún temor en ese sentido.

Aquella noche, a las ocho en punto, mientras se estaba haciendo el relevo de la guardia, el segundo oficial se volvió hacia el capitán y le llamó respetuosamente. El patrón dejó al instante a su esposa y se acercó al oficial.

—Se trata del marinero, señor —dijo el segundo—. Estaré de guardia hasta las doce de la noche. ¿Quién quiere que se haga cargo de la vigilancia del salón, señor?

—El que usted prefiera, señor Kasson. ¿De quién puede disponer sin que entorpezca el turno?

—Bueno, señor, si lo vemos bajo esa óptica, está el viejo Tarpin. No es de mucha ayuda con los cabos desde que se cayó la otra noche. Dice que también se lastimó el hombro y que no puede usarlo adecuadamente.

—Muy bien, señor Kasson. Dígale que se acerque.

Así lo hizo el segundo oficial y enseguida el viejo Tarpin se presentó ante el capitán. Tenía el rostro vendado y el brazo derecho en cabestrillo por debajo de la manga de su chaquetón.

—Parece que venga de la guerra, Tarpin —dijo el patrón, mirándole de arriba

abajo.

—Sí, señor —contestó el marinero con cierta tristeza.

—Quiero que permanezca en el salón hasta las doce en punto —dijo el capitán—. Si usted… hmm… oye alguna cosa me lo hace saber. ¿Entendido?

El marinero gruñó un hosco «sí, señor, sí» y fue lentamente hacia popa.

—No creo que esté muy complacido, señor —dijo el segundo oficial con una sonrisita.

—¿Qué quiere decir, señor Kasson?

—Bueno, señor, desde que él y Coalson fueron perseguidos, y él tuvo esa caída, se dedica a merodear por las cubiertas en la noche. Parece un viejo diablo valeroso, y yo creo que espera sorprender en cualquier momento a la cosa que lo estuvo persiguiendo.

—Entonces ése es el hombre que quiero en el salón —exclamó el capitán—. Ojalá que tenga la oportunidad de pillar a esa cosa infernal que anda merodeando por los alrededores. Y por Cristo que si lo hace, seremos amigos para siempre.

Al anochecer el capitán Tom Pemberton y su esposa fueron abajo. Encontraron a Tarpin sentado en una de las banquetas. En cuanto los vio entrar se incorporó y se tocó la gorra con torpeza. El capitán se paró un momento y le habló.

—¡Recuerde, Tarpin, llámeme al menor sonido! Y mantenga siempre la luz encendida.

—A la orden, señor —respondió con calma el marinero; y el patrón lo dejó allí y siguió a su esposa al interior del camarote.

V

El capitán llevaba más de una hora dormido cuando algo lo despertó con brusquedad. Echó mano al revólver y se incorporó; sin embargo, aunque estuvo escuchando con suma atención, lo único que oía era la suave respiración de su esposa. La lámpara estaba casi apagada pero aun así podía distinguir el mobiliario del camarote. Miró atentamente por todo alrededor pero no descubrió nada extraño, hasta que se fijó en la puerta; entonces, de repente, se dio cuenta de que la luz de la lámpara del salón no se filtraba por las rendijas. Se levantó de un salto de la cama con un acceso de ira. ¡Como Tarpin se haya quedado dormido y permitido que la lámpara se apagase, entonces…! Puso la mano en el pestillo de la puerta. Había tomado la precaución de cerrarlo antes de meterse en la cama. Pronto se daría cuenta de lo adecuado de aquel acto. Justo cuando iba a abrir la cancela se detuvo, ya que en ese instante escuchó un quejumbroso ronroneo que venía de detrás de la puerta. ¡Ajá! Aquél era el sonido que lo había despertado de su sueño. Se quedó parado durante un

rato, imaginando un montón de cosas terribles. Acto seguido, tras decidir que aquélla era su gran oportunidad para terminar con el asunto, levantó la cancela suavemente y abrió la puerta de par en par.

Lo primero que percibió fue que la llama de la lámpara se había consumido casi por completo y estaba parpadeando, de manera que la luz y las sombras bailaban en el salón de una manera inquietante. Lo siguiente que descubrió fue un bulto que estaba tumbado a sus pies, sobre el umbral, algo que empezó a erguirse con un gruñido, volviéndose hacia él. Puso la boca de su revólver sobre el bulto y apretó el gatillo dos veces. La Cosa emitió un extraño gemido y se alejó del capitán arrastrándose por el piso del salón; luego se irguió un poco y salió aullando por la entrada que conducía a la escalerilla de la toldilla. A su espalda oyó los gritos de su esposa, pero no se quedó para contemplarla sino que fue detrás de la Cosa, que aullaba dolorida. Cuando llegó a la base de la escalerilla miró hacia arriba y observó algo que se perfilaba sobre las estrellas. Tan sólo lo vio durante un instante, pero supo que tenía dos piernas, como un hombre, aunque a él se le vino a la mente la imagen de un tiburón. Desapareció enseguida y el capitán subió precipitadamente por la escalerilla. Miró a sotavento y vio algo sobre la barandilla. Mientras disparaba, la Cosa saltó y lanzó un grito, y, casi al mismo tiempo, se oyó el estruendo de un chapuzón. El segundo oficial llegó corriendo y sin aliento hasta donde él estaba.

—¿Qué sucede, señor? —jadeó el oficial.

—¡Mire! —aulló el capitán Tom, señalando las aguas oscuras.

Dirigió la vista hacia el tenebroso mar. Bajo la superficie se veía flotar algo parecido a un pez enorme. Apenas era visible en la débil fosforescencia. Nadaba en círculos erráticos, dejando tras de sí un rastro de burbujas. Algo captó la atención del segundo oficial y se inclinó un poco más sobre la barandilla para tener mejor vista. Volvió a ver a la Cosa. Tenía dos colas… o tal vez se trataba de dos extremidades. Estaba descendiendo. Podía distinguir la rapidez con que lo hacía al ver cómo iba disminuyendo de tamaño. Se volvió y agarró al capitán por la muñeca.

—Señor, ¿ve usted esas… esas colas? —musitó muy nervioso.

El capitán Tom Pemberton emitió un gruñido de asentimiento, pero siguió mirando fijamente a las profundidades. El segundo se volvió de nuevo. Muy por debajo pudo captar una fosforescencia que se movía. Se fue haciendo cada vez más tenue hasta que desapareció en las inmensidades que se abrían debajo de ellos.

Alguien tocó el brazo del capitán. Se trataba de su esposa.

—Oh, Tom, ¿has… has…? —empezó. Pero el capitán la hizo callar y se volvió hacia el segundo oficial.

—¡Llame a todo el mundo, señor Kasson! —ordenó; acto seguido, tomó a su esposa del brazo y la acompañó al salón. Allí se encontraron con el sobrecargo en camiseta y pantalones mientras prendía la lámpara. Estaba muy pálido y en cuanto entraron empezó a hacer preguntas, pero el capitán le hizo callar con un gesto.

—¡Mire en todos los camarotes vacíos! —ordenó, y mientras el sobrecargo

cumplía lo mandado él mismo se dedicaba a examinar el piso del salón.

Al poco regresó el sobrecargo y le comunicó que todo estaba en orden, de manera que el capitán llevó a su esposa al puente. Allí se encontraron con el segundo oficial.

—He llamado a todo el mundo, señor —dijo.

—Muy bien, señor Kasson. ¡Pase lista!

Fueron nombrando a todos los tripulantes, que contestaban cuando les tocaba. Pronto el segundo oficial llegó a los tres últimos de la lista.

—¡Jones!

—¡Sí, señor!

—¡Smith!

—¡Presente, señor!

—¡Tarpin!

Pero no se produjo ninguna respuesta por parte de los marineros que estaban abajo, a la luz de la lámpara del segundo oficial. Volvió a gritar su nombre, y entonces el capitán Tom Pemberton le tocó el brazo. El segundo se volvió a mirar al capitán, cuyos ojos brillaban llenos de comprensión.

—¡No es seguro, señor Kasson! —dijo el capitán—. Tengo que estar completamente seguro…

Hizo una pausa y el segundo oficial dio un paso hacia él.

—Pero ¿dónde está entonces? —preguntó asombrado.

El capitán se adelantó un poco, mirándole directamente a los ojos.

—¡Usted lo vio ir, señor Kasson! —dijo en voz baja.

El segundo oficial siguió mirándole, pero ya no veía al capitán. En su lugar volvió a observar esas dos cosas que parecían piernas… ¡unas piernas humanas!

No hubo ningún otro problema durante aquel viaje, ningún suceso extraño, nada anormal, pero el capitán Tom Pemberton no volvió a recuperar la calma hasta que llegaron a puerto y su esposa estuvo a salvo en tierra.

La historia del *Pampero*, su mala reputación y los chismes sobre los extraordinarios sucesos que tuvieron lugar en su última singladura fueron recogidos por los periódicos. Entre los muchos artículos que se publicaron hubo uno que hacía ciertas observaciones bastante interesantes.

El periodista citaba un viejo manuscrito titulado «Fantasmas», una leyenda ampliamente conocida sobre un espíritu marino, el cual, como se recordará, asegura que aquellos que «mueren en el mar viven del mar, y emergen en costas solitarias, y se alimentan como los tiburones o los peces diabólicos, y tienen un ansia atroz por la carne humana, y ambicionan abordar a los barcos que navegan en aguas profundas para saciar su insano apetito».

El autor del artículo insinuaba muy seriamente que el marinero Tarpin era un ser sobrenatural, un habitante de las profundidades, que había destruido a los náufragos del bote ballenero y después, con gran astucia, se había dejado rescatar por el *Pampero* para saciar su monstruoso apetito. El comentarista se confesaba incapaz de

saber qué tipo de vida poseía aquella criatura, pero dejaba caer la desagradable afirmación de que el *Pampero* no había sido el único barco al que le había pasado algo parecido. Recordaba a los lectores la enorme cantidad de embarcaciones que se daban por desaparecidas. Subrayaba la facilidad con la que cualquier barco podría hundirse en la primera tormenta si estaba privado de su tripulación.

Para finalizar, concluía su artículo diciendo que él no pensaba que el *Pampero* estuviera «embrujado». Tan sólo se trataba de la mala suerte que se había asociado con el navío en cuestión, y que lo que le había ocurrido podría haberle pasado a cualquier otra embarcación que se hubiera topado con el diabólico ocupante del bote ballenero.

En cualquier caso, sean o no correctas las apreciaciones del periodista, al menos sí resultan interesantes para intentar explicar estos sucesos incomprensibles y extraordinarios. Pero el capitán Pemberton siempre se sentía un poco más seguro de su propia cordura cuando pensaba que a menudo los náufragos se vuelven locos al estar mucho tiempo sobre un bote salvavidas, y que el punzón de hierro que Tarpin siempre llevaba consigo estaba tan afilado como los dientes de un tiburón.



La noche partida. Ilustración de Ned Dameron

LA NOCHE PARTIDA

El capitán Ronaldson había perdido a su esposa. Tan sólo sabíamos eso, y cuando el hombre de aspecto adusto subió a bordo para hacerse cargo del barco, fui yo, el grumete de más antigüedad, el que estaba en el portalón y puso sus cosas a bordo. Le eché una rápida mirada mientras pasaba a mi lado y fue suficiente para que el mundo de tristeza que anidaba en aquellos ojos sombríos me hiciera sentir una profunda compasión por su persona; a pesar de que apenas sabía nada de él, excepto que había perdido a su esposa después de estar casado con ella un breve periodo de tiempo. Más adelante llegué a conocer otras cosas sobre su persona. De cómo había luchado para ahorrar lo suficiente y poder casarse con la mujer a la que amaba. De cómo se había conducido en la vida, con honor y rectitud, trabajando en su profesión hasta conseguir el certificado de patrón de barco. De cómo se había casado entonces, y de las seis cortas semanas de alegría que había pasado con su esposa… Y después, esto.

Durante el viaje de ida el capitán guardó un sombrío silencio. Se comportaba como alguien que hubiera perdido todo el interés por la vida. Como resultado, los dos oficiales, tras varios intentos infructuosos de entablar conversación, optaron por dejarle tranquilo, lo cual era, en apariencia, lo que quería.

Llegamos a Melbourne después de un viaje sin contratiempos y, tras descargar las mercancías y embarcar otras nuevas, emprendimos la travesía de vuelta a casa, la más insólita y extraordinaria que, seguramente, ha sufrido marinero alguno. A veces estoy casi completamente seguro de que todo aquel espantoso incidente fue una simple pesadilla, si no fuera porque las cosas que ocurrieron (cosas que soy incapaz de explicar) dejaron un rastro demasiado duradero y real.

La travesía resultó tediosa, con vientos que casi siempre soplaban de frente, tremendas borrascas y largos periodos de calma chicha; y fue durante uno de estos periodos de tiempo cuando sucedió el extraño incidente que quiero relatar.

Llevábamos ciento cuarenta y tres días de viaje. El calor había sido sofocante y, gracias a Dios, yo entré de guardia al caer la noche, con lo cual el bochorno había desaparecido.

Era mi turno de vigía y paseaba de un lado a otro, por el costado de sotavento de popa, medio adormilado.

De repente el segundo oficial me ordenó que fuera a barlovento.

—Echa una mirada por ahí, Hodgson, me parece haber visto algo —y señaló con el dedo una zona que se encontraba en tinieblas a unos cuatro grados por la amura de proa.

Estuve varios minutos rastreando la zona con mucha atención, pero no conseguí ver nada. Entonces, en medio de la oscuridad, una luz tenue y nebulosa, de un inconfundible color violeta, empezó a tomar fuerza.

—Hay algo ahí, señor —dije—. Parece uno de esos fuegos fatuos.

El segundo se quedó observándolo un buen rato y luego fue a por los prismáticos

nocturnos. De vez en cuando miraba aquel fenómeno y, entre vistazo y vistazo, paseaba de un lado a otro por la toldilla. Resultaba evidente que estaba muy impresionado, tanto como yo mismo. No se trataba de la luz de posición de otro barco; parecía más bien, como ya he dicho antes, una especie de luz de San Telmo o fuego fatuo.

En esos momentos oímos la voz del vigía de proa que llegaba un tanto hueca a popa.

—¡Luz por la amura, señor!

—Gracias por nada —oí que musitaba el segundo oficial. Y luego, más alto:

—Vale, vale.

No había ni un soplo de brisa. Las velas mayores habían sido cargadas para que no gualdrapearan y así evitar deterioros, y nos hallábamos en la más completa quietud y silencio en medio de la noche.

Un poco después, tras una prolongada mirada, el segundo volvió a llamarme y me preguntó si creía que la luz se había ido haciendo más nítida.

—Sí, señor —contesté—. Es mucho más clara y también más grande, señor.

Se quedó en silencio durante un rato.

—Qué extraño, señor —me aventuré a señalar un poco después.

—¡Condenadamente extraño! —contestó—. Si sigue acercándose llamaré al viejo.

—A lo mejor no se mueve —sugerí.

El segundo oficial me miró malhumorado durante un rato, luego se irguió con un brusco movimiento.

—Nunca he dicho que lo hiciera —gritó.

—Entonces usted piensa que la corriente nos acerca a ella —asentí en la oscuridad.

Fue hacia el costado del barco y volvió a mirar; enseguida regresó muy irritado.

—¡Cuánto me gustaría que fuese de día! —exclamó.

Al rato volvió a mirar; y entonces lanzó un repentino grito de sorpresa, se dio la vuelta y me pasó los prismáticos.

—Dígame si puede ver algo extraño en la luz —ordenó.

Eché un largo vistazo y luego le devolví los prismáticos.

—¿Y bien? —preguntó impaciente.

—No estoy seguro, señor —respondí—. No se parece a nada de lo que he visto cuando me dedicaba a la pesca, y también es muchísimo más grande.

—¡Ya, ya! —gruñó—. Pero ¿no distingue algo extraño en su forma?

—¡Por Júpiter! Sí, señor, ahora que usted lo menciona. ¿Quiere decir que tiene el aspecto de una gran cuña? Y el color, señor, es increíble. Uno podría imaginar que… —dudé, un tanto intimidado.

—Siga —gruñó.

—Bueno, señor, uno podría casi imaginarse un tremendo valle de luz

resplandeciendo en medio de la noche.

Asintió favorablemente, aunque no dijo nada.

Pasó una hora y la cosa siguió creciendo. Desde la cubierta principal nos llegaba un murmullo continuo, las voces de los hombres de la guardia que hablaban un tanto atemorizados sobre el insólito fenómeno.

Ahora podía verse perfectamente, a simple vista, un gran abismo de luz violeta, como si fuera la entrada a un enorme valle situado en la tierra de los sueños.

El segundo oficial me hizo señas para que me acercara y fui corriendo.

—Quédese en la toldilla —ordenó—, y manténgase alerta mientras yo voy a buscar al viejo.

—Por supuesto, señor.

Fue abajo. Enseguida volvió a la toldilla.

—No consigo que me oiga —dijo irritado—. Será mejor que vaya corriendo abajo y llame al primer oficial.

Así lo hice, y a los pocos minutos se unió con el segundo en la popa.

Al principio, el primer oficial no hizo otra cosa que quedarse completamente anonadado ante la visión de aquel extraño fenómeno; mientras tanto, el segundo oficial le explicaba lo poco que sabía. Luego fueron al cuarto de derrota y regresaron enseguida. Vi que el primer oficial sacudía la cabeza en respuesta a una pregunta que el segundo acababa de hacerle, y luego cómo los dos hombres se quedaban observando en silencio aquel misterio creciente. En un momento dado el primer oficial dijo algo y yo creí haber distinguido las palabras «nubes luminosas», pero no estaba seguro.

Seguimos moviéndonos. La luz se hizo más grande.

Un rato después, el segundo intentó despertar de nuevo al capitán, pero no lo consiguió.

En la cubierta principal se hallaba ahora reunida toda la tripulación. En una ocasión, uno de los hombres se puso a blasfemar. Enseguida el resto de los marineros le reprendió entre susurros y el que blasfemaba se quedó callado. El tiempo transcurría con lentitud.

El piélago de luz se alzó en el cielo nocturno, esparciéndose como un abanico de rayos incontables que desaparecían en el espacio. Estábamos a unas dos millas del fenómeno y oí que el primer oficial murmuraba algo y se encaminaba a la bitácora. Cuando regresó le oí susurrar con voz ronca que nos dirigíamos directamente hacia aquella cosa. Alguien de la tripulación captó el mensaje y las palabras corrieron entre los hombres con murmullos asustados.

Lo más extraño era que la luz de aquella fisura no conseguía iluminarnos, y esto, a mi modo de ver, era lo que resultaba más insólito y sobrenatural. Las dos millas que nos separaban se habían convertido en la mitad y vi que el segundo oficial alzaba los prismáticos y observaba el lugar en el que el golfo de luz se unía con el mar. Curioso y asustado seguí la dirección de su mirada, y entonces me invadió una sensación de

espanto al descubrir que el trémulo resplandor parecía hundirse profundamente bajo la superficie del silencioso, insondable abismo marino.

Seguimos acercándonos y apenas nos encontrábamos ya a cien yardas del luminoso golfo. Miré pero fui incapaz de distinguir nada.

Estábamos más cerca aún, y yo observé uno de los rayos que ascendían de la noche partida, como si fuera la ladera de una montaña eterna.

La proa del barco derivó hacia el interior de la luz. Un rato después miré hacia el palo de trinquete y descubrí que la maraña de cabos de la arboladura se desvanecían fantasmagóricamente en medio de aquel extraño resplandor.

El primer oficial habló con voz entrecortada.

—¡Maldita sea! —exclamó, y no dijo más.

Miré de nuevo hacia delante y me quedé petrificado.

Toda la zona de proa del barco había desaparecido. En su lugar había un mar de nubes violetas y cambiantes de entre las cuales sobresalía grotescamente el rostro aterrorizado del vigía de proa. Los etéreos jirones de bruma fueron desplazándose hacia popa. Más allá del palo de trinquete no podía verse nada a excepción del semblante aterrorizado del vigía.

El barco siguió deslizándose hacia delante y el palo mayor se evaporó en el vacío. Vi a los marineros que, desde la cubierta principal, observaban sobrecogidos aquellos jirones ondulantes preñados de misterios. Enseguida la bruma estaba encima de mí y quedé sumergido en un océano de sombras violetas que resplandecían de manera portentosa.

Los dos oficiales aún seguían juntos y vi cómo se miraban entre ellos totalmente desconcertados, aunque ninguno dijo una palabra. Miré hacia atrás y descubrí un negro abismo en el que brillaban las aguas oscuras. Era la noche, que dejábamos detrás nosotros.

Con gran lentitud, cuando empecé a recobrar mis facultades, vi las cosas con mayor nitidez. A lo lejos, a mi izquierda, se erguía una gigantesca mole de picos sombríos y fantasmagóricos. Entre ellos y donde yo me encontraba ondulaba una inmensidad repleta de luminosas brumas que fluctuaban eternamente.

A la derecha, mis ojos se perdían en una lejanía infinita sobre la que reinaba un silencio insoportable. Me invadía una frialdad como la que sólo puede encontrarse en la tumba. Temblaba. En una ocasión el aplastante silencio fue roto por un lejano lamento, como si estuviera producido por un viento distante.

Extendí la mano hacia la bruma ondulante y sentí algo duro; se trataba de la barandilla que recorría el salto de la toldilla. Miré hacia abajo pero no pude ver nada. Di un paso adelante y tropecé con un objeto sólido; era la jaula de las gallinas y me senté a ciegas sobre ella. Me sentía extrañamente cansado y confuso. No puedo decir el tiempo que pasé allí sentado. El tiempo no parecía tener importancia en aquel espantoso lugar. El frío se hizo más intenso y apenas conservo el recuerdo de una tiritona que se prolongó durante un espacio indeterminado de tiempo.

De repente volvió a oírse aquel lamento ventoso que fue seguido por un grito de terror indescriptible que salía de una multitud de gargantas, y luego por una especie de susurro que se perdía en el aire. Me puse en pie y dirigí la mirada hacia el sitio en el que había visto por última vez a la tripulación. Allí seguían, muy juntos todos, como si fueran niños asustados que miraran con ojos espantados el abismo que nos rodeaba. Instintivamente mi mirada siguió la dirección de las suyas. Al principio no pude captar qué observaban con tanta determinación, pero de las brumas empezaron a surgir muy lentamente unas formas vestidas con ropajes vaporosos que nos contemplaban con ojos enormes y sombríos. Se fueron acercando, y yo miré a las distantes montañas y vi unas masas nubosas y negruzcas que se arrastraban sin descanso desde las gigantescas alturas hacia donde nosotros nos encontrábamos. Ya estaban muy cerca, y entonces me di cuenta de que no eran nubes sino legiones y más legiones de aquellas figuras espirituales. Venían envueltas en una gran calma y flotaban como nubes vivientes por encima de nosotros. Aquella visión sobrenatural me impresionó terriblemente. Sentí que el fin de todas las cosas estaba próximo. Y entonces, mientras miraba, sucedió algo extraño. De entre todas aquellas presencias sin nombre que flotaban arriba, surgió una forma cubierta por una simple túnica sombría. Se adelantó con la velocidad de una nube de tormenta y se detuvo justo delante del acobardado grupo de marineros. Luego, de la misma manera que se desvanece una mortaja carcomida por la acción del tiempo y deja al aire el cuerpo que envolvía, de esa misma manera las brumas sombrías se desgarraron mostrando a mis asombrados ojos no sólo el cuerpo sino también el rostro y la figura de una adorable muchacha. Quedé aturdido, sin aliento, y me incliné un poco más para tener mejor vista, y mientras lo hacía una figura alta saltó entre los acobardados marineros y se puso a gritar con voz ronca.

—¡María! ¡María! —dijo, y su voz se quebró en un áspero chillido.

Era Langstone, uno de los marineros ordinarios. La muchacha se llevó una de sus fantasmagóricas manos hacia el pecho y vi con total nitidez el mango de un cuchillo de marinero enfundado en su vaina. Al principio no me di cuenta de lo que pretendía aquella figura fantasmal. Entonces volví a oír los gritos de Langstone:

—¡María! ¡María! Perdóname… —y su voz cesó bruscamente.

El espíritu de la muchacha, después de aquel gesto acusador, se dio la vuelta fríamente, sin perdonar al marinero. Vi que Langstone miraba con desesperación a los encogidos tripulantes y luego, tras gritar «¡Que Dios me ayude!», saltó hacia los cambiantes jirones de bruma violeta y yo pude oír, desde una distancia que parecía muy profunda por debajo de mis pies, el sonido de un chapoteo lejano; y luego reinó un largo y terrible silencio.

Al rato volví a mirar hacia las sombrías alturas, pero ya no podía ver aquellas presencias espectrales; todo estaba increíblemente nítido y a lo lejos, en el abismo, distinguí una especie de cabellera, tan blanca como la nieve, que iba creciendo rápidamente mientras la observaba, hasta que se quedó flotando justo encima y

distinguí un rostro dulce y femenino que me sonreía. Era el semblante de mi madre que apenas un año antes había pasado a los brazos del Creador. Di un paso adelante y extendí los brazos suplicante, sintiendo que los turbulentos latidos de mi corazón conseguirían sofocarme. La llamé —¡madre!—, primero muy suavemente y luego con voz más fuerte, y vi que sus queridos labios se movían temblorosos. Pero enseguida, mientras aún seguía mirándola, su figura desapareció y se evaporó como un sueño. Durante unos momentos me quedé muy quieto y asombrado, con lágrimas en los ojos, hasta que me invadió una pena inmensa al darme cuenta de que se había ido para siempre.

Pareció transcurrir un breve periodo de tiempo y entonces se alzó una voz. Las palabras me llegaban amortiguadas, como si vinieran de más allá de una bruma de eternidad, y parecían irreales y sin sentido. Me embargó una atmósfera de ensoñación. Me sentía poco dispuesto a escuchar. De nuevo se alzó la voz y me estiré un poco para intentar oír lo que decían. Tan sólo eran dos palabras, pero fueron suficientes para despertarme del todo. El sonido reverberó en las distantes montañas con dulce insistencia:

—¡Amor mío! ¡Amor mío! ¡Amor mío!

Y entonces oí el sonido de unos pasos apagados y blandos. Me di la vuelta y ahí estaba el capitán con el semblante muy pálido. Miraba fascinado hacia el abismo. Yo también miré pero, aunque puse gran atención, fui incapaz de ver nada. De repente volví a escuchar un vago y profundo chapoteo, y aunque miré hacia abajo enseguida no pude ver al capitán por ningún sitio. Estaba confuso. Las voces que llegaban de arriba habían cesado. Luego me pareció distinguir una figura nebulosa con el semblante del capitán que flotaba ascendiendo sobre el crepúsculo violeta.

Y así, completamente anonadado, me quedé esperando, esperando algo que no sabría definir.

Un poco después salí de mi ensoñación y me encaminé a trompicones hacia donde pensaba que debería estar el costado del buque. Al rato mis manos reposaban sobre la barandilla que se erguía en el costado de babor de la popa, y entonces me incliné y miré hacia abajo, intentando distinguir algo en medio de aquella visión extraña y sobrenatural. La mayoría de las veces no veía nada especial, excepto las profundidades insondables de aquel océano brumoso y ondulante. Me daba la sensación de haber pasado siglos enteros en ese estado de ensoñación. A ratos distinguía extrañas cosas que me observaban y luego desaparecían. La monotonía se apoderó de mí, el tiempo parecía devenir en silenciosos e incontables eones. Y entonces, en mitad de aquella eternidad infinita, algo surgió de las profundidades del abismo, un resplandor opaco, verdoso, que brillaba lívido entre las violetas brumas de aquel misterio infinito. La luz fue creciendo sin parar, un resplandor frío y maligno que me aterrorizaba, y al rato, a lo lejos y a mi izquierda, distinguí otro destello fantasmagórico que se desplazaba sobre el mar tenebroso.

Ambas luces se fueron haciendo cada vez más brillantes, hasta que sus destellos

crudos y verdosos resaltaron de manera indecible sobre el abismo violeta, como dos pilares transparentes atravesados por una llama lánguida y titilante; y, de pronto, el tenebroso vacío que bostezaba debajo se alzó sobre nosotros como una ola poderosa y amenazante. Sin embargo, antes de que nos alcanzara, mi mirada captó algo, algo espantoso —unos ojos preñados de misterio y, debajo, unos labios—, algo blanco, vasto y babeante que se abría y vomitaba las tinieblas de una noche infinita. Entonces, como una muralla pavorosa que se alzaba sobre la nada que tenía encima y borraba todas las cosas, la ola nos alcanzó y al instante nos sentimos zambullidos en una oscuridad pesada y sofocante. Mi puse a entonar una extraña canción y sentí que me fallaban las piernas. Entonces me sumí en una inconsciencia tenebrosa y caí en el reino de los sueños.

Abrí los ojos y miré a mi alrededor desconcertado. Durante unos instantes vi las cosas como a través de un manto violeta. Pero pronto pasó y descubrí que el sol brillaba en lo alto. Miré hacia arriba y sentí una brisa fresca que agitaba las velas; luego dirigí los ojos a la cubierta y distinguí a los dos oficiales que estaban quietos, justo como los había visto por última vez. Y mientras miraba, el segundo oficial se estiró, bostezó y observó lo que le rodeaba con una expresión de asombro. Al instante sus ojos se pararon en el primer oficial, que aún seguía durmiendo. El segundo le miró atontado durante un rato y luego estiró una mano y sacudió a su superior con firmeza.

—¿Qué diablos pasa, señor Gray?

El primer oficial dio un salto y se puso a lanzar juramentos.

—¿Qué diantres…?

Luego, al darse cuenta de que no estaba en su litera, se sacudió el sueño de encima y miró a su alrededor anonadado.

El segundo oficial volvió a hablar.

—¡Maldita sea! —y miró desde el salto de la toldilla.

El primer oficial se acercó lentamente y le imitó. Le oí lanzar un gemido. Preguntándome qué era lo que observaban con tanta atención corrí hasta el saltillo y miré a la cubierta principal. ¡Por todos los dioses! Vaya visión. Amontonados unos sobre otros, tumbados sobre la cubierta, yacía toda la tripulación. La guardia de turno y la guardia libre, todos mezclados en un montón confuso y disparatado. Mientras mirábamos, uno de los hombres se irguió tambaleante. Movió los labios pero no pronunció palabra alguna. Vi que los dos oficiales se miraban entre sí, y sus ojos estaban llenos de asombro. Entonces el primer oficial se dio la vuelta y marchó titubeante hacia su camarote. El segundo oficial no dijo nada y siguió observando a los marineros, que se iban levantando uno tras otro y, con miradas inseguras y sorprendidas, se dirigían hacia el castillo de proa. Algunos lanzaban maldiciones pero la mayoría guardaba un silencio vacante y sombrío. True, un francés pequeñito —tan excitable como la mayoría de los de su nacionalidad—, empezó a hacer preguntas, pero enseguida se calló sorprendido al ver las miradas vacías que le lanzaban el resto

de los hombres. Durante aquel día, y en realidad durante el resto del viaje, el tema fue considerado tabú. Era como si cada uno de nosotros no se sintiera dispuesto a admitir algo que resultaba totalmente imposible.

En vista de lo dicho, resultó bastante extraño la poca sorpresa que despertó en los hombres el anuncio formal de la desaparición del capitán y de Langstone. En realidad todos se tomaron aquellas nuevas como algo bastante natural. Todos excepto el pequeño francés, que se puso a lanzar juramentos por lo bajo en varias lenguas ante lo que él consideraba un comportamiento totalmente inadecuado por parte de sus compañeros.

Una mañana, algunos días después, tuve que ir al camarote del primer oficial para realizar ciertas tareas. El diario de navegación estaba sobre la mesa y me atreví a pasar las hojas con gran nerviosismo hasta llegar a la fecha en la que se desarrolló aquella terrible noche. Allí me encontré con la siguiente entrada:

Lat. S. Long. O. Fuerte temporal. Hacia las 2 a. m. soportamos una mar muy gruesa que arrastró al agua al capitán y a Langstone, uno de los marineros ordinarios.

Debajo estaban las firmas de los dos oficiales.



El navío silencioso. Ilustración de Philippe Druillet

EL NAVÍO SILENCIOSO

Sucedió durante la segunda guardia de cuartillo. Navegábamos por el Pacífico sur, justo en medio de los trópicos. A unos trescientos o cuatrocientos metros de nuestro costado de estribor, se deslizaba un navío bastante grande que, aparentemente, llevaba el mismo rumbo que el nuestro. Habíamos ido juntos y con igual velocidad durante el transcurso de la guardia anterior, pero el viento había amainado y ahora apenas nos movíamos, por lo que permanecimos el uno frente al otro sin otra cosa mejor que hacer.

El primer oficial y yo lo mirábamos con curiosidad. No había hecho ni el más mínimo caso a todas las señales que le habíamos dirigido. Nadie se había asomado por encima de la baranda para mirar en nuestra dirección, y eso que, excepto un par de veces en las que una especie de bruma se había interpuesto entre las dos naves, nosotros podíamos ver con absoluta claridad al oficial de su guardia paseando por la popa, y a los tripulantes haraganeando en las cubiertas. Pero lo más extraño era que nos resultaba totalmente imposible captar ningún ruido que procediese de aquel barco, ni los gritos de los oficiales dando alguna orden ocasional, ni tan siquiera el tañido de la campana.

—¡Bestias resentidas! —dijo el primer oficial exasperado—. ¡Seguro que son una manada de holandeses maleducados!

Permaneció erguido durante unos minutos, observándoles en silencio. Estaba muy sorprendido por su persistente indiferencia a nuestras señales; sin embargo, creo que, al igual que yo mismo, sentía aún más curiosidad por saber el motivo de la misma; su propio desconcierto acerca de este punto sólo servía para incrementar aún más su mal humor.

Se volvió hacia mí.

—Páseme el altavoz, señor Jepworth —añadió—. Veremos si ahora pueden seguir haciéndose los despistados.

Fui abajo, descolgué el altavoz de su soporte y se lo entregué.

Lo cogió apresuradamente, se lo llevó a los labios y gritó un sonoro «¡Ah del barco!» que cruzó las aguas en dirección al extraño navío. Aguardamos un rato, pero no vimos nada que nos hiciese pensar que habíamos sido escuchados.

—¡Malditos sean! —le oí mascullar. Luego volvió a levantar la bocina. Esta vez gritó el nombre de la nave, pues era perfectamente visible en el espejo de popa.

—*¡Ah del Mortzestus!*

Esperamos de nuevo. Pero seguía sin haber ni el más mínimo indicio de que nos hubieran visto o escuchado.

El primer oficial levantó el altavoz y se puso a sacudirlo de un lado a otro en dirección a aquel misterioso navío.

—¡Qué se os lleven todos los diablos! —aulló. Luego se volvió hacia mí.

—Vuelva a ponerlo en su sitio, señor Jepworth —gruñó—. ¡Jamás me he cruzado

con semejante canalla! ¡Me están haciendo quedar como un estúpido!

De todo lo cual se desprende hasta qué punto habíamos llegado a estar interesados en aquella extraña embarcación.

Seguimos enfocando nuestros binoculares, de cuando en cuando, por espacio de una hora más; pero fuimos incapaces de asegurar si realmente se habían dado cuenta, o no, de nuestra presencia.

Y entonces, mientras les observábamos, sus cubiertas parecieron llenarse de una actividad febril. Los tres sobrejuanetes fueron arriados casi a la vez, seguidos de inmediato por los juanetes. Luego vimos que los hombres saltaban a las jarcias y subían a la arboladura para aferrar.

El primer oficial habló.

—¡Que me aspen si no se disponen a acortar velas! ¿Qué diablos pasa con esa gente…?

Se paró en seco, como si se le hubiese ocurrido algo de repente.

—Vaya abajo a toda prisa —dijo, sin dejar de observar la embarcación que teníamos enfrente—, y eche un vistazo al barómetro.

Así lo hice sin perder ni un segundo. Al rato volví y le comuniqué que el barómetro permanecía totalmente estable.

No hizo comentario alguno a lo que yo acababa de informarle, pero continuó observado el misterioso navío que flotaba en mitad de las aguas.

De pronto, volvió a hablar.

—Mire, señor Jepworth, me siento realmente anonadado, así es como me siento. Soy incapaz de escuchar ni el ruido de los cabos al chocar entre sí. Jamás, durante todo el tiempo que llevo saliendo a pescar, me he visto en semejante situación.

—A mí me parece que su capitán es un vieja mujerzuela —le dije—. A lo mejor…

El primer oficial me interrumpió.

—¡Señor! —exclamó—. Y ahora están arriando las velas mayores también. El viejo que los comanda *debe ser* un imbécil.

Había dicho estas palabras en un tono bastante alto y, en el silencio que se produjo a continuación, me sobresaltó una voz a mis espaldas…

—¿Quién es ese viejo tan estúpido?

Se trataba de nuestro patrón, que había llegado inadvertidamente a través de la cubierta.

Sin esperar una respuesta a su pregunta, nos interrogó acerca del otro barco y de si aún se negaba a responder a nuestras señales.

—Sí, señor —respondió el primer oficial—. Debemos ser para ellos un bulto informe y lleno de basura que flota en sus inmediaciones, o al menos eso es lo que parece.

—Han arriado las gavias, señor —añadí, ofreciendo al capitán mis binoculares.

—¡Humm! —exclamó, con una nota de sorpresa en su tono. Lo miró con atención

durante un buen rato. Luego bajó los binoculares.

»No entiendo nada —le oí murmurar. Luego me pidió que le pasara el catalejo.

Estuvo estudiando el navío un rato más. Sin embargo, no pudo descubrir nada que explicara el misterio.

—¡Es de lo más extraño! —exclamó. Luego dejó el catalejo entre la maraña de cabos del cabillero y se puso a andar de un lado a otro por la toldilla.

El primer oficial y yo continuamos observando el extraño navío, pero sin ningún resultado. A simple vista, se trataba de un velero de tres palos normal y corriente, y si no fuera por el silencio inexplicable y porque habían aferrado todas las velas, no tendría nada especial que lo diferenciara de cualquier otra embarcación con la que uno se cruza indefectiblemente durante el curso de una larga travesía.

Ya he dicho que no había nada extraordinario en su apariencia exterior; sin embargo, creo que, incluso ya entonces, habíamos empezado a sospechar que algo misterioso e intangible flotaba a su alrededor.

El capitán dejó de pasear de un lado a otro y se acercó al primer oficial, mirando con curiosidad aquel silencioso navío que asomaba por nuestro costado de estribor.

—El barómetro está tan firme como una roca —aseguró.

—Sí —respondió el primer oficial—. Hace un rato, cuando empezaron a arriar velas, envié al señor Jepworth para que le echara un vistazo.

—¡No puedo entenderlo! —insistió el capitán, con asombro y una pizca de nerviosismo—. El tiempo es magnífico.

El primer oficial no contestó enseguida; sacó una tira de tabaco de mascar del bolsillo de su pantalón y mordió un trozo. Volvió a meter las sobras en el bolsillo, escupió y le dijo lo que pensaba sobre que eran una manada de malditos puercos holandeses.

El capitán se puso a andar de nuevo, mientras yo seguía observando el barco.

Un poco después, uno de los aprendices vino a popa y dio ocho toques en la campana. Acto seguido, llegó el segundo oficial para relevar al primero.

—¿Ha conseguido hablar por fin con nuestra damisela[57]? —preguntó, señalando el antipático cascarón que asomaba por el costado.

El primer oficial dio un gruñido. Sin embargo, no pude escuchar su contestación, pues justo en ese mismo momento, y por increíble que parezca, descubrí unas Cosas que salían del agua por todo alrededor del silencioso navío. Cosas que parecían hombres, que eran figuras humanas, aunque se podía ver el casco de la nave a través de ellas, y tenían una apariencia irreal, extraña y nebulosa. Al principio pensé que estaba perdiendo la cabeza, hasta que me di la vuelta y vi que el primer oficial también atisbaba por encima de mi hombro, con el cuello estirado hacia delante y los ojos mirando con gran intensidad. Enseguida volví la vista, y observé que aquellas cosas comenzaban a trepar por el casco… a cientos. Estábamos tan cerca que podía ver al oficial de su guardia encendiendo una pipa. Se encontraba a babor, inclinado sobre la baranda, y miraba el horizonte. Luego vi que el sujeto que estaba a la rueda

del timón se ponía a sacudir los brazos y que el oficial echaba a correr en su dirección. El timonel señaló algo, y el oficial se dio la vuelta para mirar. Con toda aquella oscuridad, y a la distancia que nos encontrábamos, no podía distinguir sus facciones, pero me di cuenta, por su reacción, de que había descubierto lo que estaba pasando. Permaneció como petrificado durante un rato, pero enseguida corrió hasta el salto de la toldilla y se puso a gesticular como un poseso. Debía estar gritando. Vi que el vigía echaba mano de una cabilla y subía al castillo de popa. Varios hombres salieron corriendo por la puerta de babor. Y entonces, de repente, pudimos por fin escuchar los ruidos procedentes de aquel navío antaño silencioso. Al principio, muy apagados, como si nos llegasen desde una gran distancia. Pero pronto empezaron a hacerse más fuertes. Y de esta manera, en cuestión de segundos, como si una barrera invisible se hubiese evaporado, escuchamos un coro multitudinario de gritos que salían de unos hombres aterrorizados. Rodaron sobre las aguas hasta nosotros como el aullido del Miedo.

Detrás de mí, el primer oficial balbuceaba roncamente, pero no le hice caso. Me embargaba una sensación de irrealidad.

Transcurrió un minuto que me pareció un siglo. Y entonces, mientras continuaba mirando totalmente anonadado, una bruma espesa emergió del mar y se cerró en torno al casco de aquel extraño navío; sin embargo, aún podíamos ver las perchas, y también escuchar una babel de gritos espantosos atravesando la densa cortina de niebla.

Casi inconscientemente, mis ojos se elevaron hacia las perchas y jarcias que se erguían sobre el cielo por encima del extraño manto de bruma. De repente, mi miraba quedó presa en algo. A través del calmo aire nocturno distinguí un movimiento en las velas aferradas: los tomadores estaban siendo soltados y, recortándose contra los tenebrosos cielos, me pareció ver unas figuras fantasmagóricas que trabajaban en perfecta armonía.

Cayeron los pantoques de los tres juanetes con un sonido susurrante al principio, con un súbito estrépito después, quedando totalmente al aire. Casi de inmediato les siguieron los tres sobrejuanetes. Durante todo este tiempo no cesaron aquellos gritos confusos y espantosos. Sin embargo, ahora se produjo un repentino lapsus de silencio; y luego, todas a un mismo tiempo, comenzaron a elevarse las seis vergas bajo una quietud perfecta, apenas rota por el roce de las cuerdas en los motones y el chirriar de algún racamento sobre los mástiles.

En cuanto a nosotros, éramos incapaces de decir nada ni emitir ningún sonido. No había nada que decir. Yo, por ejemplo, me sentía totalmente incapaz de pronunciar una sola palabra. Las velas continuaron subiendo con ese movimiento rítmico y constante —tirar y empujar, tirar y empujar— tan característico de los marineros. Los minutos transcurrían con rapidez. Por fin las balumas estuvieron tensas y dejaron de halar. Las velas estaban a punto.

Seguíamos sin oír ahora ningún sonido humano procedente de aquel navío

fantasmagórico. La bruma de la que ya he hablado antes continuaba ascendiendo por el casco, como una pequeña nube que lo ocultaba por completo hasta el extremo inferior de los palos, aunque las vergas bajas y las velas desplegadas sobre ellas eran perfectamente visibles.

Y ahora me daba la sensación de que unas figuras espectrales se afanaban desatando los rizos de las tres velas mayores. Se desplegaron sobre las vergas con un chasquido. Apenas un minuto después, la vela mayor se deslizó de la verga y cayó flojamente; seguida de inmediato por la de trinquete y mesana.

Desde un lugar perdido en medio de la bruma nos llegó un grito solitario y estrangulado. Cesó bruscamente, aunque a mí me dio la impresión de que su eco rebotaba misteriosamente en el mar.

Acto seguido me di la vuelta y miré al viejo, que estaba de pie un poco a mi izquierda. Su rostro no mostraba ningún tipo de expresión. Tenía la mirada fija en aquella misteriosa cortina de niebla, una mirada fría y petrificada. Sólo le eché una ojeada casual, y enseguida volví mi atención al otro barco.

Desde allí me llegó ahora el crujir y chirriar de las vergas y engranajes al ser puestas aquéllas en cruz. Todo se hizo con extraordinaria rapidez, aunque apenas soplaba una ligera brisa del sudeste y nosotros nos habíamos visto obligados a poner nuestras velas al viento, amurando por babor para coger la mayor parte de él. La maniobra que estaban llevando a cabo debería haber situado a aquel barco en facha y hacer que avanzasen hacia atrás. Sin embargo, mientras miraba totalmente perplejo, las velas se abombaron de golpe, como si soplase sobre ellas un fuerte viento de popa, y descubrí entre la bruma que el barco comenzaba a elevarse por la parte de atrás. La popa continuó subiendo y haciéndose más visible. Por fin la pude ver con claridad; su espejo de popa estaba pintado de blanco. En ese mismo momento, los mástiles se inclinaron hacia delante en un ángulo agudo que se iba incrementando. Pronto pude ver el techo de la caseta del capitán.

Luego, profundo y horrible, hubo un espantoso y prolongado grito humano de agonía, como salido de las gargantas de unas almas perdidas en los Infiernos. Yo me quedé petrificado y el segundo lanzó un juramento que dejó a medio terminar. En cierta manera, yo me sentía a partes iguales totalmente atónito y horriblemente asustado. Creo que no esperaba oír de nuevo ninguna voz humana procedente de aquella bruma.

La popa siguió alzándose por encima del manto neblinoso y, durante un breve instante, pude ver el timón aleteando contra el cielo crepuscular. La rueda giraba locamente, y una pequeña figura negra cayó irremediablemente hacia abajo, desapareciendo en medio de la bruma y el estrépito.

El mar empezó a burbujear, y de aquel chillido humano y espantoso también salió una nota burbujeante. El palo de trinquete desapareció dentro de las aguas, y el mayor se hundió en la niebla. En el palo de mesana, las velas se agitaron un poco, pero enseguida volvieron a hincharse. Y así, con todas las velas al viento, aquella extraña

embarcación se hundió en la oscuridad. Durante un espantoso instante, nos llegó una ráfaga sibilante y gélida, y después, tan sólo el burbujeo de las aguas al cerrarse sobre la nave.

Me quedé hipnotizado mirando aquella escena. Totalmente atónito, comencé a oír voces detrás de mí, voces que provenían de la cubierta principal, y el eco de las plegarias y los juramentos llenaron el aire.

Más allá, en el mar, aún se demoraba la niebla sobre el lugar por donde había desaparecido el misterioso navío. Sin embargo, poco a poco, comenzó a aclararse y pudimos avistar restos de muebles y pertrechos que habían pertenecido al barco, y que se desperdigaban alrededor del menguante remolino. Incluso, mientras observaba, surgía de cuando en cuando algún fragmento del naufragio, que era escupido por las aguas con un sonido burbujeante.

Mi mente era un caos de ideas. De repente, pude oír la voz del primer oficial abriéndose paso en mi asombrado cerebro, y me esforcé por prestar atención a lo que decía. Los sonidos procedentes de la cubierta principal habían adoptado el tono de una charla suave y apagada.

El primero señalaba muy excitado algo que flotaba en medio de los restos del naufragio, un poco hacia el sur. Sólo fui capaz de escuchar la última parte de lo que decía.

—¡… por allí!

En un acto reflejo, mis ojos siguieron la dirección que indicaba con el dedo. Al principio fueron incapaces de distinguir nada en concreto. Luego, de repente, enfocaron un pequeño bulto negro que sobresalía un poco por encima del agua y que cada vez iba haciéndose más nítido… Se trataba de la cabeza de un hombre que nadaba desesperadamente en nuestra dirección.

Ante aquella imagen, el horror que me había embargado durante los últimos minutos se esfumó por completo y, con el único pensamiento del rescate en mi cerebro, corrí hacia el bote que colgaba por el costado de estribor, sacando mi navaja mientras lo hacía.

Escuché el vozarrón del capitán por encima de mi hombro.

—¡Preparen el bote de estribor! ¡Qué varios salten a bordo! ¡Rápido!

Antes de que los demás hombres llegasen a la carrera, yo ya había quitado la lona del bote y me afanaba tirando por la borda la multitud de objetos que se suelen almacenar en estos sitios en cualquier barco de vela. Trabajé sin descanso, ayudado por media docena de hombres que se esforzaban de igual manera, y pronto estuvo limpio y listo para tirar de las poleas y ser arriado. Lo sacamos por la borda y me subí dentro sin esperar ninguna orden. Me siguieron cuatro hombres, mientras que los otros dos se quedaron a bordo para soltar las poleas.

Un rato después remábamos vigorosamente en pos del solitario náufrago. En cuanto llegamos a su lado, le subimos a bordo; justo a tiempo, pues estaba visiblemente agotado. Le sentamos en una bancada, mientras uno de los hombres le

sujetaba. Tosía sin parar, intentando recuperar el aliento. Pasado un rato, vomitó una gran cantidad de agua salada.

Luego habló por vez primera.

—¡Dios mío! —jadeó—. ¡Oh, Dios mío!

Pero tan sólo parecía capaz de repetir aquellas palabras.

Mientras tanto, les dije a los demás que se pusieran de nuevo en marcha en dirección a los restos del naufragio. Cuando estábamos muy cerca, el hombre que acabábamos de rescatar se encogió de repente, sacudiéndose y agarrando al marinero que lo sujetaba; sus ojos barrían el océano con una mirada de espanto. Pronto se posaron sobre los restos flotantes de perchas, jaulas de animales y maderos. Se inclinó un poco y miró con atención, como intentando comprender el significado de todo aquello. Una expresión vacua se adueñó de sus facciones, y se dejó caer sobre la bancada, murmurando cosas incomprensibles.

Tan pronto como estuve plenamente convencido de que no había nada vivo entre la masa flotante de restos, puse proa en dirección a nuestro barco, y remamos con toda la fuerza de la que fuimos capaces. Estaba impaciente por atender a aquel pobre sujeto tan pronto como fuera posible.

Le subimos sin dilación a bordo y le pusimos al cuidado del camarotero, que le acostó en una de las literas de la cabina que daba a la cámara de oficiales.

Os cuento el resto de la historia tal y como el camarotero me la hizo saber a mí:

»Sucedió así, señor. Le quité la ropa y le envolví con las mantas que el doctor había hecho calentar en el fogón de la cocina. El pobre diablo no paraba de temblar al principio, e intenté hacerle tragar un poco de licor; pero resultaba imposible. Sus dientes permanecían fuertemente cerrados, así que lo dejé y decidí esperar hasta que se encontrase mejor. Al poco, dejó de temblar y se quedó totalmente quieto. Como le veía en tan mal estado, decidí quedarme con él durante toda la noche. Era posible que necesitara algún cuidado más adelante.

»Bien. Durante el transcurso de la primera guardia, permaneció acostado sin decir una sola palabra ni temblar; tan sólo murmuraba en voz baja, como hablando para sí mismo. Luego, creo yo, se sumió en una especie de duermevela; así que me senté y me puse a mirarle sin decir nada. De repente, cerca de los tres toques de campana, hacia la mitad de la guardia, empezó de nuevo a temblar y sacudirse. Le eché más mantas encima e intenté otra vez hacerle tragar algo de licor; pero era imposible despegar sus dientes; y de pronto, todo su cuerpo se relajó, abrió la boca y dejó escapar un débil suspiro.

»Corrí en busca del capitán, pero cuando regresamos el pobre diablo ya había muerto».

Celebramos la ceremonia fúnebre por la mañana, envolviéndole en unas viejas velas y lastrando su cuerpo con varios trozos de carbón atados a sus pies.

Aún hoy reflexiono muchas veces sobre todo aquello, y me pregunto en vano qué podía habernos contado aquel pobre diablo, y si su historia nos hubiese ayudado a

comprender el misterio de aquel silencioso navío sumergido en el corazón del inmenso Océano Pacífico.

EL ENCANTAMIENTO DEL *JARVEE*

—¿Sabe por dónde anda Carnacki últimamente? —le pregunté a Arkright cuando me encontré con él en la *City*.

—No —me respondió—. Seguramente está por ahí, en una de sus excursiones. Cualquiera de estos días recibiremos una tarjeta de invitación, solicitándonos que vayamos al número 472 de Cheyne Walk, y nos enteraremos de todo. ¡Qué tipo más raro!

Me hizo un saludo con la cabeza y siguió su camino. Hacía ya algunos meses que nosotros cuatro —Jessop, Arkright, Taylor y un servidor— habíamos recibido la última invitación para dejarnos caer por el número 472 y escuchar la historia del caso más reciente de Carnacki. ¡Y vaya unos relatos que nos contaba! Crónicas de todo tipo, auténticas en todas y cada una de sus palabras, aunque repletas de sucesos insólitos y extraordinarios que le obligaban a uno a permanecer aterrorizado y en silencio hasta el final.

Por extraño que parezca, a la mañana siguiente me vi sorprendido por una lacónica tarjeta de invitación en la que se me solicitaba que estuviera sin falta en el 472 de Chayne Walk a las siete en punto. Fui el primero en llegar, seguido al rato por Jessop y Taylor; la presencia de Arkright fue anunciada justo antes de la cena.

En cuanto terminamos de cenar, Carnacki, como de costumbre, nos ofreció sus cigarros, se arrellanó cómodamente en su sillón favorito y fue directo a contarnos la historia por la que nos había invitado a su casa.

—He estado de travesía en uno de esos veleros de los viejos tiempos —dijo sin preámbulos—. El *Jarvee*, cuyo propietario es mi viejo amigo el capitán Thompson. En principio había embarcado por cuestiones de salud, pero elegí el vetusto *Jarvee* porque el capitán Thompson me había dicho más de una vez que en el barco pasaban cosas extrañas. Siempre que estaba en tierra solía preguntarle al respecto e intentaba que me contara algo más del asunto, pero lo más curioso era que nunca se veía capaz de decirme algo concreto acerca de todos aquellos extraños sucesos. Daba la sensación de que *sabía* algo, pero cuando llegaba el momento de expresarlo en palabras era como si la realidad se confundiese con la imaginación. Solía terminar sus explicaciones asegurándome que uno podía ver cosas, y luego empezaba a mover las manos desconcertado, pero, aparte de eso, nunca parecía capaz de hacer una descripción adecuada de esa aura extraordinaria que envolvía el barco, si exceptuamos unas vagas referencias a ciertos hechos insólitos aunque, en apariencia, fuera de contexto.

»—Me resulta imposible que los hombres se queden en el barco —me decía con frecuencia—. Están aterrorizados, sienten y ven cosas extrañas. He perdido un buen puñado de marineros a bordo. Caídos de la arboladura, ¿sabe? El barco está adquiriendo mala fama —y luego se ponía a mover la cabeza de un lado a otro con gravedad.

»El viejo Thompson era un tipo generoso en todos los sentidos. Nada más embarcar descubrí que me había preparado un camarote sólo para mí, el cual se comunicaba con mi propio laboratorio y taller. Hizo que el carpintero acondicionara la estancia, llenándola de estanterías y otros complementos que yo le había solicitado, y en un par de días tenía todos los aparatos que utilizaba en mis cacerías fantasmagóricas, tanto mecánicos como eléctricos, instalados de la manera más correcta y segura, ya que había traído conmigo un buen montón de maquinaria con vistas a realizar un profundo análisis de esos misterios con respecto a los cuales el capitán se mostraba tan convencido como impreciso.

»Durante las primeras dos semanas seguí mis métodos habituales, realizando una búsqueda minuciosa y exhaustiva. Tomé las más escrupulosas precauciones, pero no descubrí nada anormal en todo el navío. Se trataba de un viejo barco de madera y puse gran cuidado en medir y sondear todos los portillos y mamparos, en investigar todas las salidas de las bodegas y en precintar todas y cada una de las escotillas. Me aseguré de tomar estas precauciones, aparte de otras muchas, pero transcurridos los quince días no había visto ni encontrado nada anormal.

»En apariencia, aquel antiguo cascarón no era más que un robusto y típico velero de los viejos tiempos que navegaba tranquilamente de puerto en puerto. Y si exceptuamos una sensación imprecisa que rodeaba el barco, y que yo definiría ahora como de “calma antinatural”, no pude encontrar nada que justificara las frecuentes y rotundas declaraciones del viejo capitán afirmando que pronto vería más que suficiente. Generalmente solía decírmelo cuando paseábamos por la toldilla, tras detenernos para echar una mirada larga, anhelante y un poco temerosa a la inmensidad del océano que nos rodeaba.

»—El viento está calmándose, señor. Tendremos problemas esta noche —dijo—. ¿Ve aquello? —y señaló a lo lejos, hacia barlovento.

»—¿Ver qué? —le pregunté, mientras miraba y me asaltaba un extraño y apenas apreciable escalofrío producido por algo más que la curiosidad—. ¿Dónde?

»—Casi en nuestro rumbo —dijo—. Acercándose justo por debajo del sol.

»—No veo nada —contesté, tras examinar durante un buen rato la inmensa soledad de un mar calmo y muerto, cuya superficie parecía cristalizada después de desaparecer el viento.

»—Esa sombra que se está definiendo —comentó el viejo mientras iba a por los prismáticos.

»Los enfocó y estuvo echando una buena ojeada, luego me los tendió y señaló una zona concreta con su dedo.

»—Justo debajo del sol —repitió—. Acercándose a varios nudos de velocidad.

»Estaba insólitamente tranquilo y seguro de sí mismo, aunque su voz sonó un tanto excitada, por lo que tomé inmediatamente los prismáticos y los enfoqué en la dirección que me indicaba.

»Al minuto vi algo… una sombra difusa que se deslizaba sobre la tranquila

superficie del mar y que pareció acercarse un poco a nosotros mientras la estaba observando. La miré fascinado durante un rato, dispuesto a jurar en cualquier momento que en realidad no veía nada para, enseguida, estar convencido de que sí que había *algo* sobre las aguas, algo que se deslizaba directamente hacia nuestro barco.

»—Sólo es una sombra, capitán —dije al fin.

»—Exactamente, señor —contestó con sencillez—. Eche un vistazo por la popa hacia el norte.

»Se expresaba con absoluta tranquilidad, como una persona que está completamente segura de sus actos y encara una situación que ya ha experimentado antes, aunque le resultara imposible reprimir una profunda y constante inquietud.

»Acepté la sugerencia del capitán, me di la vuelta y enfoqué los prismáticos al norte. Estuve durante un tiempo rastreando la gris superficie del mar, dirigiendo mi mirada de un lado a otro.

»Entonces vi la cosa perfectamente delineada en el campo de visión de los prismáticos… algo nebuloso, una sombra que flotaba en el agua, una sombra que parecía moverse en dirección al barco.

»—Qué extraño —murmuré con una voz un tanto conmocionada que parecía salir del interior de mi garganta.

»—Y ahora eche un vistazo al oeste, señor —dijo el capitán en el mismo y sosegado tono de voz.

»Miré hacia el oeste y al minuto descubrí algo: una tercera sombra que parecía deslizarse sobre el mar mientras la contemplaba.

»—¡Por todos los Santos, capitán! —exclamé—. ¿Qué significa todo esto?

»—Justamente eso es lo que me gustaría descubrir, señor —respondió el capitán —. Ya las he visto antes y a veces creía que estaba volviéndome loco. En ciertas ocasiones se las ve perfectamente y en otras apenas se las distingue, a veces parecen cosas vivas y a veces no son más que estúpidas fantasías. ¿Le sorprende ahora que no haya sabido describirlas correctamente?

»No le contesté porque estaba mirando muy excitado hacia el sur, en la dirección de marcha del navío. A lo lejos, sobre el horizonte, los prismáticos captaron algo oscuro y desdibujado que flotaba sobre la superficie del mar, una sombra que parecía ir tomando forma.

»—¡Por Dios! —murmuré de nuevo—. Es real. Es… —volví a mirar hacia el este.

»—Se acercan desde los cuatro puntos cardinales, ¿no es así? —dijo el capitán Thompson e hizo sonar su silbato.

»—Cargad los tres sobrejuanetes —ordenó al oficial—, y diga a uno de los muchachos que cuelgue algunas lámparas en los extremos de las vergas bajas. Que todos los hombres abandonen la cubierta antes de que oscurezca —finalizó, y el oficial marchó rápidamente a cumplir sus órdenes.

»—No voy a permitir que ningún marinero suba a la arboladura esta noche —me explicó—. Ya he perdido demasiados ahí arriba.

»—A lo mejor no son más que unas simples sombras, capitán —dije, mirando aún con gran atención la vaga oscuridad que iba creciendo a lo lejos por levante—. Una especie de nube o neblina que flota baja sobre el mar.

»Sin embargo, lo cierto era que no creía en mis palabras. Y en cuanto al viejo capitán Thompson, ni tan siquiera se tomó la molestia de contestarme, sino que extendió la mano para que le diera los prismáticos, lo cual hice al instante.

»—Irán desdibujándose y desapareciendo según se vayan acercando —explicó—. Lo sé porque ya lo he observado un montón de veces antes. Pronto estarán muy cerca alrededor del barco, pero ni usted, ni yo, ni ningún otro podrá verlas; aunque sin duda están ahí. Me gustaría que fuera mañana. ¡No sabe cuánto me gustaría!

»Me volvió a ofrecer los prismáticos y estuve mirando alternativamente a las sombras que se acercaban. Sucedió tal y como el capitán Thompson había previsto. Según se iban aproximando fueron haciéndose más tenues y difusas hasta disiparse en las brumas crepusculares, de tal forma que podría haber asegurado que simplemente estaba observando cuatro pequeños parches de niebla grisácea, que se deshacían imperceptiblemente hasta la invisibilidad.

»—Me gustaría haber cargado antes los juanetes —observó el viejo marinero—. No quiero que nadie suba a la arboladura esta noche, a menos que sea realmente necesario —se apartó de mí y echó un vistazo al barómetro—. La aguja está estable, afortunadamente —murmuró algo más satisfecho mientras se alejaba.

»Por entonces los hombres habían vuelto a bajar a las cubiertas y la noche caía sobre nosotros, de manera que pude observar de nuevo las sombras fantasmagóricas que iban disolviéndose según se acercaban al barco.

»Sin embargo, pueden imaginarse cómo me sentía mientras paseaba por la toldilla con el viejo capitán Thompson. A menudo me sorprendía a mí mismo mirando nerviosamente a mi espalda, pues me daba la sensación de que algo nos espiaba, una cosa increíble y difusa oculta en las brumas que flotaban más allá de la barandilla.

»Le pregunté al capitán de mil maneras distintas, pero apenas pude sonsacarle nada nuevo, aparte de lo que ya sabía. Daba la sensación de que no era capaz de transmitir a otro lo que él ya sabía, y yo no podía preguntar a nadie más, ya que el resto de la tripulación acababa de embarcar por primera vez, incluyendo los oficiales, lo cual resultaba bastante significativo.

»—Ya lo verá con sus propios ojos, señor —éste era el estribillo con el que el capitán esquivaba todas mis preguntas, y yo empecé a preguntarme si en realidad lo que le *aterrorizaba* era expresar en palabras todo lo que sabía. Sin embargo, en una ocasión en la que me di la vuelta con la desagradable impresión de que había alguien a mi espalda, comentó con absoluta tranquilidad:

»—No tenga miedo, señor, no mientras esté a la luz y en cubierta —su serenidad resultaba extraordinaria, porque implicaba una *aceptación* plena de lo que estaba

sucediendo. No parecía tener miedo por su seguridad personal.

»La noche transcurrió en calma hasta las once en punto cuando una tremenda tempestad azotó el barco repentinamente y sin tipo de aviso. Había algo monstruoso y antinatural en el viento, como si una fuerza extraña se sirviera de la furia de los elementos con algún propósito infernal. Sin embargo el capitán afrontó la situación con calma. Aseguró el timón y las velas gualdrapearon mientras se arriaban los tres juanetes. Después se hizo lo mismo con las tres gavias. Sin embargo el vendaval seguía rugiendo a nuestro alrededor, ahogando el ruido infernal de las velas que gualdrapeaban en medio de la noche.

»—¡Se van a rasgar en jirones! —aulló el capitán en mi oreja, intentando hacerse oír por encima del bramido del viento—. No puedo hacer nada. No voy a enviar a ningún marinero ahí arriba esta noche, a no ser que los palos se salgan de las fogonaduras[58]. Esto es lo que más me preocupa.

»Durante cerca de una hora, hasta que sonaron las ocho campanadas a medianoche, el viento no dio muestras de disminuir su intensidad, sino más bien todo lo contrario. El patrón y yo estuvimos paseando por la toldilla todo el tiempo, y él vigilaba continuamente y con gran preocupación las velas que se sacudían y ondeaban en la oscuridad.

»En cuanto a mí, no podía hacer otra cosa que mirar a mi alrededor, observando la extraordinaria oscuridad de la noche en la que el barco se había visto sumergido. Sentir aquel viento, oír su bramido, me producía una especie de terror incesante, ya que la atmósfera parecía estar teñida de un halo sobrenatural. Sin embargo, no sé hasta qué punto este miedo podría haber estado producido por la tensión nerviosa y una imaginación sobreexcitada. Con franqueza, jamás, en todos mis largos años de experiencia, me había tropezado con nada parecido a lo que sentí y soporté en aquella fantasmagórica tempestad.

»A las ocho campanadas, cuando el otro turno de guardia subió a cubierta, el capitán no tuvo más remedio que mandar a todos los hombres a la arboladura a amarrar las velas, ya que estaba empezando a preocuparse por la posible pérdida de los mástiles si demoraba aún más la tarea. Así se hizo y el barco se estabilizó de inmediato.

»Sin embargo, aunque la tarea se realizó con éxito, los miedos del capitán se vieron justificados de una manera espeluznante, ya que, cuando los hombres comenzaban a bajar de la arboladura, se oyeron unos gritos terribles seguidos inmediatamente después por un tremendo batacazo sobre la cubierta principal, y otro más a los pocos instantes.

»¡Dios bendito! ¡Dos hombres más! —exclamó el capitán mientras agarraba una de las lámparas de la bitácora.

»Bajó corriendo a la cubierta principal. Era tal y como había dicho. Dos de los hombres habían caído, o —la idea me vino de repente— algo los había empujado desde lo alto de la arboladura y ahora yacían inmóviles sobre la cubierta. En la

oscuridad que se espesaba sobre nuestras cabezas, oí varios gritos débiles seguidos de una calma singular, tan sólo alterada por el constante bramido del viento, cuyos silbidos y aullidos sobre los aparejos no hacían más que resaltar el silencio absoluto y aterrador de los marineros que permanecían en la arboladura. Entonces me di cuenta de que los hombres estaban bajando rápidamente a cubierta, y poco a poco, uno tras otro, fueron descendiendo de la arboladura y acercándose a los dos compañeros caídos, dando exclamaciones de sorpresa y haciendo preguntas que enseguida se diluían en el silencio.

»Y en todo momento fui consciente de una extraordinaria sensación de angustia y de un malestar aterrador lleno de presagios terribles, pues tenía la sospecha, mientras permanecía allí, tan cerca de la muerte, en medio de aquel viento sobrenatural, de que un poder maligno se cernía sobre la noche y el barco, y que muy pronto iba a suceder algo nuevo y espantoso.

»A la mañana siguiente tuvo lugar un pequeño y solemne funeral, bastante tosco y sencillo, pero realizado con el mayor de los respetos, y luego los dos hombres que habían fallecido fueron entregados al mar y desaparecieron rápidamente entre las aguas. Mientras miraba cómo iban desapareciendo en las profundidades azules se me ocurrió una idea y pasé una buena parte de la tarde explicándosela al capitán; el resto del tiempo hasta la caída del sol lo dediqué a ajustar y revisar algunos aparatos eléctricos que había traído conmigo. Luego subí a cubierta y eché un buen vistazo a mi alrededor. Era un atardecer extraordinariamente tranquilo, ideal para llevar a cabo los experimentos que tenía en mente, ya que el viento de la noche anterior había desaparecido con una insólita brusquedad después de la muerte de los dos marineros, quedando el mar como un espejo durante todo el día.

»Creía entender hasta cierto punto el desencadenante primordial de las inciertas aunque distintivas manifestaciones de las que había sido testigo el pasado anochecer, y que el capitán Thompson consideraba responsables directas de la muerte de los dos marineros.

»Pensaba que el origen de las manifestaciones se hallaba en una causa insólita, aunque perfectamente comprensible, es decir, en el fenómeno conocido técnicamente como “vibraciones atrayentes”. Harzam, en su monografía sobre los “encantamientos inducidos”, apunta que éstos son siempre provocados por “vibraciones inducidas”, es decir, por vibraciones temporales suscitadas por alguna causa externa.

»Todo esto resulta un tanto ambiguo aplicado al caso que nos ocupa, pero después de considerar detenidamente los hechos decidí llevar a cabo una serie de experimentos para ver si era capaz de reproducir el efecto contrario, una “contra-vibración” o “vibración opuesta”, que el propio Harzam había conseguido elaborar en tres ocasiones y que yo mismo estuve a punto de producir si el aparato que llevaba conmigo no hubiera fallado.

»Como ya he dicho antes, apenas hay espacio aquí para describir las teorías de este fenómeno, ni tampoco creo que sean de mucha utilidad para ustedes, cuyo interés

principal reside en el lado extraño y fabuloso de mis investigaciones. Sin embargo, ya les he dicho lo suficiente para que intuyan el germen de mis razonamientos y para que sean capaces de comprender las esperanzas y anhelos que había depositado al emitir esas “vibraciones opuestas”.

»Así pues, cuando el sol se encontraba a unos diez grados sobre el horizonte, el capitán y yo empezamos vigilar la aparición de las sombras. Al rato, un poco por debajo del sol, volví a divisar esa neblina peculiar, grisácea y cambiante, que ya había visto en el ocaso anterior; en ese mismo instante, el capitán Thompson me hizo saber que él veía lo mismo por el sur.

»De igual manera, tanto por levante como hacia el norte, distinguimos aquella extraña sustancia y yo puse en marcha el mecanismo eléctrico, enviando la insólita vibración opuesta hacia las tenues, lejanas y misteriosas sombras que se movían a velocidad constante en dirección al barco.

»Un poco antes, aquella misma tarde, el capitán había ordenado arranchar[59] las gavias, ya que, como él mismo decía, mientras siguiese la calma no había nada que temer. Según sus propias palabras, aquellas extraordinarias manifestaciones sólo tenían lugar cuando el tiempo estaba en calma. En el caso que nos ocupa, sus afirmaciones se vieron totalmente justificadas, ya que la más terrible tempestad azotó el barco durante la guardia de media, haciendo que el velacho[60] alto se soltase de su cordaje.

»Cuando la borrasca nos alcanzó yo estaba tumbado sobre un arcón en el comedor, pero subí corriendo a la toldilla mientras el barco se escoraba bajo la tremenda fuerza del viento. Una vez arriba sentí la enorme presión del aire y oí el bramido atronador de la tempestad. Y por encima de todo aquel maremágnum, fui consciente de una fuerza sobrehumana y perversa que me ponía los nervios de punta. Lo que allí estaba sucediendo no era natural.

»Sin embargo, a pesar de que el velacho había sido arrastrado por el viento, no se envió ningún hombre a la arboladura.

»—¡Cómo si salen todas volando! —exclamó el viejo capitán Thompson—. ¡Tenía que haberme dejado guiar por mi instinto y haberlas acortado hasta las mismísimas vergas!

»Hacia las dos de la madrugada, el temporal pasó con asombrosa rapidez y el cielo nocturno quedó limpio por encima del barco. A partir de entonces estuve paseando por la popa con el capitán, deteniéndonos ambos de vez en cuando en el salto de la toldilla para observar la iluminada cubierta principal. Fue en una de estas ocasiones cuando vi algo singular. Se trataba de una especie de temblor producido por una sombra imposible que se encontraba entre mi posición y las blanquecinas y bien lijadas cubiertas. Sin embargo, mientras miraba, la silueta desapareció y ya no estuve seguro de haber distinguido algo.

»—Se ha visto bien claro, ¿no, señor? —oí que decía el capitán a mi lado—. Sólo una vez antes he contemplado algo así y en aquella travesía perdimos a la mitad de la

tripulación. Ya me gustaría estar en casa ahora mismo. Estoy seguro de que esto va a llevar al desguace a mi viejo cascarón.

»La aparente tranquilidad del viejo me sorprendió casi tanto como su seguridad en que yo también había visto algo anormal flotando entre nosotros y la cubierta, a poco más de dos metros por debajo de donde estábamos.

»—¡Por todos los Santos, capitán Thompson —exclamé—, esto es sencillamente infernal!

»—Exactamente —admitió—. Ya le dije, señor, que, con un poco de paciencia, usted mismo lo vería. Y esto no es más que el principio. Espere y verá lo que sucede cuando el barco esté completamente rodeado de unas pequeñas nubes negras que se deslizan suavemente sobre el mar siguiendo nuestro rumbo. Igual que antes, sólo he conseguido verlas a bordo en una ocasión. Supongo que estamos aquí por ese motivo.

»—¿Qué quiere decir? —pregunté.

»Pero aunque le interrogué de mil maneras distintas no pude sonsacarle ninguna explicación que me resultara satisfactoria.

»—Ya lo verá, señor. Espere y lo verá. Este barco es muy extraño.

»Y esto es lo máximo que pude sacar en claro de todos los esfuerzos que hizo por explicarse.

»Desde entonces, y durante el resto de la guardia, continué apoyado en el pasamanos de la toldilla observando la cubierta principal y mirando nervioso a mi espalda de cuando en cuando. El patrón había reanudado sus constantes paseos por la popa, pero a veces hacía una pausa, se ponía a mi lado y me preguntaba con suma tranquilidad si había vuelto a ver alguna de “esas cosas”.

»En varias ocasiones distinguí algo difuso que parecía flotar bajo la luz de las lámparas y una especie de estremecimiento del aire que aparecía y desaparecía en distintos puntos de la cubierta, como si algo translúcido comenzara a adquirir movimiento, algo que casi podía verse pero que desaparecía al instante, sin dar tiempo a mi cerebro para registrar su verdadera naturaleza.

»Sin embargo, cuando el turno de guardia estaba a punto de finalizar, tanto el capitán como yo vimos algo realmente extraordinario. Acababa de ponerse a mi lado y yo estaba inclinado sobre el pretil de la toldilla.

»Ahí hay otro —observó con voz calma mientras me daba un amigable codazo y señalaba con la cabeza el costado de babor de la cubierta principal, a unos tres metros a nuestra izquierda.

»En el lugar que indicaba había una mancha difusa, sombría y carente de brillo que parecía suspendida unos centímetros por encima de la cubierta. Fue tomando forma poco a poco y entonces descubrimos que su interior se agitaba y que de su centro emanaba una especie de remolino de apariencia aceitosa que no dejaba de fluir. La cosa se expandió hasta alcanzar una anchura de casi un metro, y las planchas iluminadas de la cubierta podían verse vagamente a través suyo. El torbellino que surgía del centro de la cosa empezó a distinguirse con suma claridad, y entonces la

extraña silueta se oscureció y se hizo más densa, de manera que ya no podíamos ver la tablazón de la cubierta.

»Luego, mientras yo seguía observándola con el más vivo interés, se produjo una especie de movimiento de contracción e, inmediatamente después, la cosa se disolvió en el éter, de manera que lo único que pudimos distinguir fue el perfil difuso y redondeado de una sombra que aleteaba y se retorcía entre nosotros y la cubierta de abajo. De igual manera, también aquel fenómeno fue encogiéndose hasta desaparecer por completo y ambos nos quedamos mirando una porción de la cubierta en la que, a la luz de las lámparas que dejábamos colgadas de los extremos de las vergas bajas todas las noches, se veían claramente las planchas y las juntas que había entre ellas.

»—Sumamente extraño, señor —dijo el capitán pensativo mientras echaba mano a su pipa—. Sumamente extraño —acto seguido encendió la pipa y retomó sus paseos por la toldilla.

»La calma duró una semana más, durante la cual el mar quedó tan liso como un espejo, pero todas las noches, sin previo aviso, se repetía la misma tempestad, de manera que el capitán siempre ordenaba amarrar velas al atardecer y esperaba pacientemente un viento favorable.

»Todas las tardes intentaba avanzar con mis experimentos para generar vibraciones “opuestas”, pero seguía sin conseguir ningún resultado positivo. Aunque tampoco estoy seguro de poder afirmar que estas tentativas no produjeran *ningún* resultado, ya que la omnipresente calma cada vez asumía un aspecto más antinatural y la superficie del mar estaba ahora más lisa que nunca, aunque a veces se ondulaba por el discurrir de una onda de aspecto oleoso provocada por alguna corriente interna. Por lo demás, durante el día el silencio era tan profundo que parecía irreal, ya que jamás vimos ave alguna sobrevolando los alrededores y el movimiento del barco era tan ligero que apenas conseguía levantar los típicos chirridos que acompañan a los palos y engranajes cuando el mar está en calma.

»El océano parecía haberse convertido en una imagen de desolación y tristeza, de tal forma que, al fin, me dio por pensar que no existía más mundo que éste, un mar inmenso que se extendía infinito en todas las direcciones. Por las noches, las insólitas turbonadas alcanzaron tal magnitud que a veces parecía que incluso los mismísimos mástiles iban a ser arrancados del barco, pero, afortunadamente, nada de esto sucedió.

»Según fueron pasando los días llegué a la conclusión de que mis experimentos sí estaban produciendo resultados muy concretos, aunque éstos eran justo los contrarios de los que yo esperaba, ya que todos los atardeceres aparecía una especie de nube gris, semejante a un humo poco denso, por los cuatro puntos cardinales, y siempre sucedía en cuanto ponía en marcha la máquina vibratoria; este hecho hizo que no prolongara mucho los experimentos y que empezara a tener dudas sobre la validez de los mismos.

»Por fin, después de soportar esta situación durante una semana entera, tuve una larga charla con el viejo capitán Thompson y él se mostró de acuerdo en dejarme

llevar a cabo un atrevido experimento hasta sus últimas consecuencias. Se trataba de conseguir que las vibraciones estuvieran a la máxima potencia desde un poco antes del ocaso hasta el amanecer, y anotar con detalle todos los resultados.

»Con tal propósito se hicieron todos los preparativos adecuados. Se bajaron las vergas de juanetes y de sobrejuanetes, se estibaron[61] las velas y se amarraron convenientemente todos los avíos de las cubiertas. Se aparejó un ancla de capa[62] con un cabo lo suficientemente largo y se largó por la amura. De esta manera se conseguiría que el barco permaneciera de cara al viento si nos azotaba alguno de esos extraños temporales nocturnos.

»Al atardecer todos los marineros fueron enviados al castillo de proa y se les dijo que podían hacer lo que quisieran, distraerse, descansar o irse a dormir, pero que bajo ningún concepto salieran a cubierta durante la noche. Para asegurarnos de que así fuera cerramos con candado las portillas de proa y de estribor. Acto seguido tracé los signos octavo y primero del Ritual de Saaamaaa en la cara opuesta de las portillas y los conecté con tres líneas que se entrecruzaban cada veinte centímetros. Usted ha profundizado más que yo en las ciencias mágicas, Arkright, y conocerá bien el significado de todo aquello. Después tendí un cable metálico alrededor del castillo de proa y lo conecté a la maquinaria que había instalado a popa, en el compartimiento de las velas.

»—En cualquier caso —le expliqué al capitán—, el único riesgo que corren es el que se pueda producir si estalla una de esas terribles tempestades. El verdadero peligro lo sufrirán los que se “enreden” con lo desconocido. El “radio de acción de las vibraciones” formará una especie de “halo” alrededor de la maquinaria. Yo me quedaré para manejar el aparato y afrontaré con gusto los riesgos, pero es mejor que usted y los tres oficiales bajen a sus respectivos camarotes.

»El capitán se negó en redondo y los oficiales me suplicaron que les permitiera quedarse para no perderse “la diversión”. Les informé con gran seriedad que existían muchas posibilidades de que se presentara una eventualidad sumamente desagradable y peligrosa, pero ellos aceptaron correr el riego y puedo decirles que no me sentía en absoluto descontento con su camaradería.

»Me puse a trabajar, solicitando su ayuda cuando era necesario, y en breve tiempo tuve listo el aparato. Entonces hice pasar los cables a través de la claraboya del compartimento y ajusté el dial de potencia y la caja vibratoria, atornillándolos fuertemente a la cubierta de popa, en el espacio vacío que hay entre la escotilla de proa y la tapa del compartimiento de las velas.

»Hice que el capitán y los tres oficiales ocuparan sus respectivas posiciones, muy cerca los unos de los otros, y les advertí que no se moviesen bajo ningún concepto. Entonces me puse a trabajar por mi cuenta y dibujé con tiza un pentagrama temporal en cuyo interior quedamos todos nosotros, incluyendo la maquinaria. Acto seguido, me apresuré a conectar los tubos del pentagrama eléctrico a nuestro alrededor, ya que estaba empezando a anochecer. Nada más acabar conecté la corriente, que fluyó

rápidamente por los tubos de vacío, y un destello pálido y enfermizo nos envolvió con una luz mortecina que parecía irreal y fría bajo los últimos resplandores de la tarde.

»Justo después hice que las vibraciones fueran enviadas al éter y me senté junto al cuadro de mandos. Intercambié algunas palabras con los demás, advirtiéndoles otra vez de que, vieran lo que vieran o escucharan lo que escucharan, no abandonasen el pentagrama si estimaban sus vidas. Asintieron y me di cuenta de que estaban muy impresionados por la posibilidad de que estuviéramos entrometiéndonos en algo peligroso y desconocido.

»Comenzó nuestra espera. Todos llevábamos puestos nuestros respectivos chubasqueros, ya que esperaba que el experimento provocara ciertos comportamientos anómalos en la atmósfera y de esta manera estábamos preparados para afrontar la noche. Otra de las cosas en las que puse especial cuidado fue en confiscar todos los fósforos de mis acompañantes, de manera que ninguno pudiera encender su pipa en un descuido, ya que los rayos luminosos sirven de “sendero” a ciertas Fuerzas.

»Me puse a escrutar el horizonte con unos prismáticos marinos. Todo alrededor, y en muchas millas a la redonda, parecía que la superficie del agua estaba teñida de una extraña y sutil oscuridad. Poco a poco fue espesándose y al rato una neblina tenue y baja empezó a tomar forma en la lejanía, alrededor del barco. La observé con gran atención y lo mismo hicieron el capitán y los tres oficiales a través de sus binoculares.

»—Acercándose a nosotros a varios nudos de velocidad, señor —dijo el capitán en voz baja—. A esto le llamo jugar con fuego. Espero que todo salga bien.

»Fue todo lo que dijo, y después se hizo el silencio y ni él ni sus oficiales volvieron a comentar absolutamente nada en las horas extrañas que siguieron.

»Cuando la noche se hizo dueña del mar perdimos de vista el insólito círculo de niebla que se nos acercaba y un silencio de lo más asfixiante y agudo nos embargó a todos mientras permanecíamos allí sentados, muy quietos y vigilantes, bajo el pálido resplandor del pentagrama eléctrico.

»Un poco después restalló una especie de extraño relámpago que no produjo sonido alguno. Con esto quiero decir que, aunque los destellos parecían cercanos e iluminaron el mar a nuestro alrededor, no fueron seguidos por el correspondiente trueno y además, o al menos así me lo parecía a mí, no daban sensación de *realidad*. Resulta un tanto extraño decir algo así pero describe a la perfección mis sensaciones. Era como si acabara de contemplar un simulacro de relámpago más que una manifestación física de la electricidad atmosférica. Aunque, desde luego, no pretendo usar esta palabra en el sentido técnico.

»De repente, un insólito estremecimiento recorrió el barco de un extremo a otro y luego desapareció. Miré a proa y popa y luego a los cuatro hombres que me observaban asombrados, silenciosos y un tanto asustados, pero nadie dijo nada.

Pasaron otros cinco minutos en los que no se oía más que el suave zumbido de la maquinaria; tampoco pudimos ver nada especial, excepto los mudos resplandores de los relámpagos que, en rápida sucesión, iluminaban las aguas alrededor del barco.

»Y entonces sucedió algo realmente extraordinario. El singular estremecimiento había vuelto a recorrer el navío. De inmediato fue seguido por una especie de ondulación del propio barco, primero por la proa y hasta la popa y luego de un costado a otro. Soy incapaz de explicarles de forma más adecuada lo insólito de aquel movimiento en un mar tan liso como un espejo, lo único que puedo decirles es que era como si un ser gigantesco e invisible hubiera levantado el barco y jugara con él, doblándolo de un lado a otro con cierta curiosidad y zarandeándolo de una manera rítmica y enfermiza. Todo esto duró cerca de dos minutos, creo recordar, y terminó con varias tremendas sacudidas de arriba abajo; acto seguido se produjo un leve estremecimiento y luego la calma volvió al barco.

»Durante la hora siguiente lo único que pude notar fueron dos sacudidas leves del barco, la segunda de las cuales fue seguida por una ligera repetición de las curiosas ondulaciones. Sin embargo, apenas duraron unos segundos y después la noche volvió a colmarse de aquel silencio opresivo y anormal, punteado a intervalos por el mudo destello de los relámpagos. Durante ese intervalo de tiempo hice todo lo posible por estudiar la apariencia del mar y de la atmósfera que rodeaban al barco.

»Una cosa era evidente: el muro de tinieblas que nos circundaba se había acercado al navío, de manera que los relámpagos más brillantes tan sólo conseguían poner al descubierto un cuarto de milla de océano a nuestro alrededor, y lo que había más allá se perdía en una especie de sombra neblinosa y sin profundidad que no dejaba traspasar nuestras miradas, con lo cual resultaba imposible saber si algo se ocultaba en su interior; era como si nuestro campo de visión estuviera restringido por alguna clase de fenómeno que ocultaba las aguas más lejanas. ¿Comprenden lo que intento decirles?

»Los insólitos, mudos relámpagos se hicieron más vivos y aumentaron su frecuencia. El fenómeno siguió acentuándose hasta que se convirtió en algo continuo, de manera que podíamos contemplar todo el mar circundante sin apenas interrupción. Sin embargo, el resplandor de los relámpagos no parecía tener poder para apagar la luz pálida de los curiosos destellos que orbitaban a nuestro alrededor en silenciosa aglomeración.

»En esos momentos empecé a asustarme por una extraña sensación de ahogo. Tenía dificultad a la hora de respirar y me invadió una angustia enorme. El capitán y sus tres oficiales respiraban entre jadeos y el débil zumbido de la máquina vibratoria parecía llegar hasta nosotros desde una distancia tremendamente lejana. Por lo demás, el silencio era tan absoluto que sólo podía percibirse por un dolor sordo y adormecedor que nos atacaba el cerebro.

»Los minutos fueron pasando lentamente y entonces, bruscamente, descubrí algo nuevo. Había unas cosas grises que flotaban en el aire alrededor del barco y que

resultaban tan vagas y frágiles que al principio no estuve seguro de si en verdad las veía, pero enseguida me di cuenta de que su existencia era real.

»Aparecieron perfectamente definidas bajo el constante resplandor de los mudos relámpagos y poco a poco se fueron oscureciendo mientras su tamaño aumentaba a simple vista. Flotaban a unos pocos metros por encima de la superficie del agua y empezaron a adoptar una forma encorvada.

»Durante casi media hora, que pareció infinitamente más larga, estuve observando aquellas extrañas jorobas, como pequeños montículos de negrura, que flotaban sobre la superficie del agua y se movían una y otra vez alrededor del barco en círculos lentos e interminables que a mis ojos tomaban el tinte de un sueño.

»Un poco después distinguí algo más. Cada uno de aquellos grandes y etéreos montículos había comenzado a oscilar mientras giraban a nuestro alrededor. Al mismo tiempo fui consciente de que el barco se había contagiado del mismo movimiento oscilante, tan sumamente débil al principio que apenas pude estar seguro de que nos movíamos.

»El bamboleo del navío fue creciendo en intensidad y se hizo más constante; primero se levantó por la proa y luego por la popa, como si el centro del barco pivotara sobre un eje imaginario. Este fenómeno cesó pronto y el buque recuperó su posición natural con una serie de extrañas sacudidas, como si algo lo volviera a depositar lentamente sobre la superficie del agua.

»Los extraordinarios relámpagos cesaron de repente y nos encontramos inmersos en una oscuridad absoluta, apenas rota por el pálido, enfermizo resplandor del pentagrama eléctrico y el suave zumbido de la maquinaria que parecía llegar desde una gran distancia. ¿Pueden imaginarse la escena? Nosotros cinco, allí solos, esperando con inquietud y ansia lo que iba a suceder a continuación.

»El fenómeno comenzó de manera muy sutil, una pequeña sacudida por el costado de estribor del barco, luego una segunda y, enseguida, otra más; entonces el barco se inclinó totalmente hacia babor. Siguió así, con una especie de rítmico movimiento basculante roto de tanto en tanto por unas curiosas pausas entre balanceo y balanceo, y de pronto fui consciente de que nos encontrábamos en verdadero peligro, ya que el barco estaba siendo zarandeado por una Fuerza inmensa que se ocultaba en el silencio y la oscuridad de la noche.

»—¡Por Todos los Santos, señor, termine con esto! —exclamó el capitán con voz ronca e imperiosa—. ¡Vamos a zozobrar en cualquier momento! ¡Vamos a zozobrar!

»Se había puesto de rodillas y miraba a su alrededor mientras se aferraba a la cubierta. Los tres oficiales también se sujetaban a la tablazón con las manos abiertas, intentando no resbalar por el piso inclinado. En ese momento se produjo un último balanceo del costado del barco y la cubierta quedó casi vertical. Entonces me lancé sobre el interruptor del vibrador y lo desconecté.

»Al instante la inclinación de la cubierta disminuyó mientras el barco se enderezaba varios centímetros con una sacudida. La embarcación siguió

enderezándose con rítmicas convulsiones hasta que volvió a estar completamente nivelada.

»Pero, incluso mientras este proceso tenía lugar, fui consciente de un cambio en la inquietud del aire y pude distinguir un profundo sonido que llegaba desde muy lejos, por el costado de estribor. Se trataba del rugido del viento. Restalló un espantoso relámpago que fue seguido por otros muchos y los truenos retumbaban sin parar sobre nuestras cabezas. El rugido del viento por estribor fue aumentando hasta convertirse en un estrepitoso aullido que se acercaba a nosotros en medio de la noche. Cesaron los relámpagos y el profundo clamor de los truenos fue superado por el cercano aullido del viento que ahora se encontraba a menos de una milla de nuestra posición, rugiendo de la manera más espantosa. El estridente bramido llegaba hasta nosotros desde la oscuridad y aplastaba todos los demás sonidos. Era como si, por aquel costado, la noche se hubiese convertido en un vasto acantilado del cual surgía un caos de monstruosas reverberaciones. Resulta muy extraño describir esta escena, lo sé, pero puede ayudarles a hacerse una idea de nuestra situación, pues define con gran exactitud lo que yo percibía en aquellos momentos: una sensación extraña, caótica, como si un vacío inmenso estuviese suspendido sobre nuestras cabezas en medio de la noche, y sin embargo esa vacuidad estaba llena de sonidos. ¿Pueden entenderlo? Fue de lo más extraordinario, y había algo grandioso también, como si nos encontráramos a las puertas de un espantoso mundo perdido.

»Entonces nos alcanzó el viento y nos sorprendió su infernal bramido, su potencia y su furia. Estábamos medio asfixiados y totalmente aturdidos. El barco se inclinó hacia babor simplemente por la presión que el ventarrón ejercía sobre el casco y los desnudos mástiles. La noche quedó convertida en un mero aullido y la espuma rugía y se precipitaba sobre nosotros a toneladas. Jamás he visto nada igual. Estábamos tendidos en la toldilla, sujetándonos como podíamos, mientras el pentagrama se hizo añicos, dejándonos en la más completa oscuridad. La tempestad había caído sobre nosotros.

»Al despuntar el día la tormenta fue calmándose y al atardecer navegábamos con una brisa suave; sin embargo las bombas funcionaban a pleno rendimiento ya que teníamos una buena vía de agua, la cual resultó tan seria que a los dos días tuvimos que embarcar en los botes salvavidas. Pero aquella misma noche fuimos recogidos, de manera que estuvimos poco tiempo en ellos. En cuanto al *Jarvee*, ahora reposa a salvo en el fondo del Océano Atlántico, y mejor que se quede allí para siempre.

Carnacki dio por concluida su narración y se puso a limpiar la pipa.

—Pero no nos ha dado ninguna explicación —protesté—. ¿Por qué le sucedían aquellas cosas al barco? ¿Qué le hacía tan diferente de los otros navíos? ¿Por qué siempre estaba lleno de sombras y cosas? ¿Qué piensa usted de todo ello?

—Bueno —respondió Carnacki—, en mi opinión era una especie de *imán*. Quiero decir, técnicamente hablando, que poseía una «vibración atrayente»; es decir, la fuerza para atraer cualquier onda psíquica que hubiera en las inmediaciones, como si

fuera una especie de médium. La forma en la que se adquiere esta «vibración» —usando de nuevo una terminología técnica— sólo se puede suponer. Es posible que esta facultad se haya ido desarrollando a lo largo de los años, a resultas de una determinada serie de condiciones que pudieron darse en el barco (o «ser emitidas por él», quizás sea más exacto) desde el mismo día en el que se hizo a la mar. Me refiero a la manera en la que tocó el agua por primera vez, las condiciones atmosféricas, el estado de las «tensiones eléctricas», los mismos martillazos que se dieron durante su construcción y la combinación accidental de los materiales empleados en la misma… todo puede haber influido en el resultado final. Y esto por hablar sólo de las cosas *conocidas*. Ese otro mundo *desconocido* es demasiado amplio para intentar explicarlo en una narración tan breve como ésta.

»Me gustaría subrayar mi opinión acerca de que ciertas formas de los llamados "encantamientos" tienen su verdadero origen en las "vibraciones atrayentes". Tanto un edificio como un barco —el que aparece en mi historia, por ejemplo— pueden generar "vibraciones"; al igual que ciertos materiales combinados en las condiciones adecuadas producirán con toda seguridad una corriente eléctrica.

»Resulta inútil hablar más de este asunto en una charla como la nuestra. Me siento más inclinado a recordarles lo que sucede con una copa de cristal que vibra cuando el piano emite una determinada nota, y me gustaría silenciar el resto de sus angustiosas preguntas con otra muy simple que aún no ha sido respondida: ¿Qué es la electricidad? Cuando seamos capaces de responder esta cuestión estaremos preparados para dar el siguiente paso de una manera más dogmática. No hacemos otra cosa que especular a las puertas de un extraño mundo repleto de misterios. En este caso, creo que su siguiente paso debería ir encaminado hacia sus respectivas casas y camas.

Y con este sucinto final y de la manera más amable, Carnacky nos acompañó al exterior, a la fría soledad del Malecón, contestando cordialmente a nuestras respectivas «buenas noches».

EL REGRESO AL HOGAR DEL *SHAMRAKEN*

El *Shamraken*, veterano barco de vela, había pasado incontables jornadas sobre las aguas. Era más viejo que sus propietarios, que ya es decir. Navegaba siempre sin prisas, alzando y sumergiendo sus abombados y vetustos costados de madera a través de los mares. Pero ¡qué prisa había! Pronto o tarde, llegaría a puerto, tal como acostumbraba a hacer desde los viejos tiempos.

Sus tripulantes —que eran también los propietarios— reunían dos características que los distinguían especialmente: una, la edad de sus componentes; y la otra, que les unía un sentimiento de familia, de forma que todos sus miembros parecían tener relaciones de parentesco, aunque no era así.

Constituían una peculiar parroquia: todos ellos eran ancianos, llevaban barba y tenían el pelo cano. Pero, curiosamente, ninguno manifestaba los síntomas de la degradación propia de la vejez, excepto que ya no gruñían y que habían alcanzado ese estado de serena plenitud que caracteriza a aquellos que se han liberado de las pasiones más violentas.

Cuando tenían que realizar alguna faena, no se oían los constantes refunfuños que habitualmente acompañan las labores de cualquier grupo de marineros. Trepaban a los palos para hacer el «trabajo» que hubiera que hacer, con la sabia resignación que sólo la edad y la experiencia proporcionan. En el *Shamraken* todos los trabajos se realizaban con concienzuda parsimonia, con una especie de convicción indolente, en la certeza de que tales trabajos *debían* llevarse a cabo. Sus manos poseían una sabia habilidad, depurada a través de innumerables años de práctica, que contrarrestaba con creces las lógicas debilidades de su avanzada edad. Sus movimientos, aunque lentos, eran certeros e implacables. Habían tenido que realizar tantas veces las mismas faenas que con el tiempo habían ido prescindiendo de los esfuerzos inútiles hasta encontrar la forma más fácil y eficaz de llevarlas a cabo.

Habían pasado, como digo, buena parte de sus días en el mar, aunque dudo que ninguno de aquellos ancianos marineros tuviese una idea precisa de cuántos habían sido. Quizá el patrón, Abe Tombes —al que todo el mundo llamaba Patrón Abe—, era el único que podría tener alguna noción al respecto, pues de vez en cuando se le veía entregado con solemnidad a la tarea de manejar un enorme cuadrante, y esto parecía indicar que llevaba, de alguna forma, cierto control del tiempo y de la situación.

La tripulación del *Shamraken* se encontraba en esos momentos ocupada en distintas actividades. Media docena de marineros estaban sentados en la cubierta, concentrados en faenas rutinarias. Pero no eran los únicos hombres que había en cubierta; por el costado de sotavento se veía pasear a otros dos, que fumaban y cruzaban alguna palabra de vez en cuando; había otro sentado junto a uno de los que estaban trabajando, al que hacía, a ratos, algún que otro comentario mientras fumaba una pipa; y otro más se hallaba encaramado sobre el bauprés, tratando de pescar un

bonito con sedal, anzuelo y un trapo blanco. El que estaba en el bauprés era Nuzzie, el grumete de la tripulación. Cuando empezó a trabajar como grumete en el *Shamraken* tenía quince años. Ahora había llegado a los cincuenta y cinco y lucía una barba gris, pero seguía siendo el «grumete», y los cuarenta años que habían transcurrido desde que se «incorporó» se habían esfumado como si nada. Los marineros del *Shamraken* vivían en el pasado, y en ese pasado, Nuzzie era el «grumete».

Nuzzie acababa de terminar su turno y debía bajar a descansar. También había concluido el turno para los otros tres hombres que se dedicaban a charlar y a fumar, pero éstos no pensaban en dormir. Cuando un hombre ha llegado a la vejez y disfruta de buena salud, apenas necesita dormir; y estos marineros tenían una salud de hierro, a pesar de su avanzada edad.

En ese momento, uno de los hombres que paseaban por la cubierta miró casualmente hacia proa y vio que Nuzzie seguía encaramado sobre el bauprés, dándole tirones al sedal para que algún bonito incauto confundiera el trozo de trapo con un pez volador. El anciano marinero le dio un leve codazo a su acompañante.

—Ya va siendo hora de que el grumetillo duerma un poco, ¿no te parece?

—Tienes toda la razón, compadre —respondió el otro, mientras se quitaba la pipa de la boca sin dejar de mirar atentamente la figura que había sobre el bauprés.

Los dos paseantes se quedaron inmóviles durante un buen rato, como un símbolo vivo de la inquebrantable voluntad de la *edad* de conducir a la irreflexiva *juventud*. Ambos tenían la pipa en la mano y de sus cazoletas encendidas brotaban pequeñas volutas de humo.

—¡No hay forma de meter en vereda a ese muchacho! —exclamó el primero con aire severo y enérgico. Luego se acordó de la pipa y se la llevó a la boca.

—Los grumetes son incorregibles —comentó el segundo, y se llevó también la pipa a la boca.

—Dedicarse a pescar mientras los demás duermen —se indignó el primero.

—Los grumetes necesitan dormir mucho —agregó el segundo—. Me acuerdo de cuando yo era grumete. Supongo que será porque están creciendo.

Mientras tanto el pobre Nuzzie continuaba pescando.

—Voy a decirle que lo deje —concluyó el primero y se echó a andar hacia la escalera que subía al tejadillo del castillo de proa.

—¡Chico! —voceó cuando su cabeza sobrepasó el nivel del tejadillo—. ¡Chico!

Nuzzie se giró a la segunda voz.

—¿Qué? —gritó.

—Bájate de ahí —le ordenó el anciano, con un tono de voz que se había hecho más agudo con los años—. Apostaría a que esta noche te quedas dormido sobre el timón.

—Vamos —insistió el segundo hombre, que había seguido los pasos del primero hasta el castillo de proa—. Baja de ahí y vete a tu litera, muchacho.

—Ya voy —gritó Nuzzie mientras enrollaba el sedal. Estaba claro que ni siquiera se le había pasado por la mente protestar. Bajó del palo y pasó junto a ellos sin decir nada, camino de los camarotes.

Los hombres descendieron lentamente las escaleras del castillo de proa y reanudaron sus paseos de proa a popa por la banda de sotavento.

—Yo creo, Zeph —dijo el hombre que se había sentado junto al que estaba trabajando—, que Patrón Abe tiene toda la razón. Hemos juntado unos cuantos dólares con este viejo cascarón y ya no somos tan jóvenes como antes.

—Sí, parece que así están las cosas —contestó el hombre que estaba a su lado mientras amarraba un cabo a una polea.

—Y ya va siendo hora de que empecemos a pensar en quedarnos en tierra —añadió el primero, que se llamaba Job.

Zeph sujetó la polea entre las rodillas y buscó su pastilla de tabaco en el bolsillo trasero del pantalón. La sacó, le dio un bocado y la volvió a guardar.

—Si te paras a pensar, cuesta hacerse a la idea de que éste sea el último viaje —dijo mientras masticaba con la barbilla apoyada en la mano.

Job lanzó un par de lentas bocanadas de la pipa antes de «responder».

—Supongo que algún día tenía que suceder —soltó finalmente—. Yo ya he pensado en un hermoso rincón donde echar anclas. ¿Y tú, Zeph?

El hombre que tenía la polea entre las rodillas negó con la cabeza y se quedó mirando melancólico el mar a lo lejos.

—La verdad, Job, es que no sé qué voy a hacer cuando vendamos el viejo cascarón —murmuró—. Desde que perdí a mi María no siento muchos deseos de volver a tierra.

—Yo nunca tuve una mujer —dijo Job y aplastó el tabaco encendido en la cazoleta de la pipa—. Yo creo que los hombres de mar no deberían tener esposa.

—Eso me parece muy bien para ti, Job; pero cada hombre es como es. Yo le tenía mucho cariño a María… —se calló de pronto y siguió contemplando el mar.

—Yo siempre he soñado con tener una granja propia donde retirarme. Creo que los dólares que he ahorrado serán suficientes —dijo Job.

Zeph no dijo nada y durante un tiempo ambos permanecieron en silencio.

Poco después aparecieron dos figuras en la puerta del castillo de proa, en el costado de estribor. Los recién llegados también formaban parte del «turno de descanso», pero parecían todavía más viejos que los demás hombres de cubierta. La barba, totalmente blanca si se hace excepción de una mancha amarillenta producida por el jugo de tabaco, les llegaba hasta el pecho. Se veía, no obstante, que en su día habían sido hombres muy robustos, aunque en el presente su esqueleto se hallaba vencido por el peso de los años. Caminaban hacia popa con paso lento. Cuando llegaron a la altura de la escotilla principal, Job giró la cabeza hacia ellos y dijo:

—Oye, Nehemiah: Zeph ha estado recordando a su María y no hay forma de animarle.

El más bajo de los que acababan de llegar meneó la cabeza pensativo.

—Todos tenemos alguna pena —dijo finalmente—. Todos tenemos alguna pena. Yo también tengo la mía desde que perdí a mi nieta. Le había cogido mucho cariño a esa niña, era tan encantadora; pero qué le vamos a hacer… así son las cosas, y Zeph lleva esa pena desde entonces.

—María fue una buena esposa para mí, ya lo creo —dijo Zeph ensimismado—. Y ahora, cuando el viejo cascarón sea desmantelado, creo que me voy a sentir muy solo en tierra —y levantó la mano, como para indicar de algún modo que la costa se encontraba lejos, hacia estribor.

—Sí —intervino el segundo de los recién llegados—. También a mí me apena que el viejo barco no vuelva a hacerse a la mar. Llevo setenta y siete años enrolado en él —sacudió la cabeza con gesto abatido y prendió un fósforo con manos temblorosas.

—Así es la vida —concluyó el más bajo—. Así es la vida.

Después, ambos siguieron caminando hasta el pretil que recorría la amurada de estribor y se sentaron a fumar y a pensar.

El Patrón Abe y el primer oficial, Josh Matthews, estaban de pie tras la barandilla que separaba el puente de popa de la cubierta. Al igual que al resto de la tripulación del *Shamraken*, les pesaban los años y la escarcha de la eternidad les había florecido en la barba y el pelo.

En ese momento, Patrón Abe estaba diciendo algo:

—Resulta más difícil de lo que había imaginado —decía, sin mirar al oficial, con la vista puesta en el gastado entablado de las cubiertas, blanquecino de tanto fregarlo.

—No sé qué voy a hacer, Abe, cuando el barco deje de navegar —dijo el viejo oficial—. Durante más de sesenta años ha sido un verdadero hogar para nosotros —y golpeó la pipa para vaciar el tabaco quemado y sacó la pastilla para cortar un nuevo pedazo.

—¡La culpa la tienen esos malditos embarques! —clamó el patrón—. Perdemos dinero en cada viaje. Son los barcos de vapor los que nos han hundido.

El patrón suspiró cansado y mordió suavemente su pastilla de tabaco.

—Ha sido un barco muy acogedor —murmuró para sí el oficial—. Desde que perdí a mi chico, apenas pienso en regresar a puerto. Ya no me queda ningún pariente en tierra.

Josh se puso a cargar la pipa con sus dedos viejos e inseguros. Patrón Abe permaneció en silencio, como abismado en sus propios pensamientos. Se había apoyado en la barandilla que separaba el puente de popa y no dejaba de mascar. Enseguida se incorporó y se dirigió hacia sotavento. El anciano escupió por encima de la borda y permaneció allí unos segundos, contemplando el panorama, como acostumbraba a hacer desde hacía medio siglo.

—¿Ves algo por allí? —le preguntó de pronto al oficial, tras un rato de observación.

—No sé, Abe; parece una neblina producida por el calor.

Patrón Abe no sabía qué pensar de aquello, así que sacudió la cabeza y guardó silencio.

Poco después el oficial agregó:

—Es bastante raro, Abe. Por estos parajes se ven cosas realmente extrañas.

Patrón Abe hizo un gesto de asentimiento, sin apartar la vista de la niebla que acababa de aparecer a sotavento de la proa. La impresión que les produjo aquel fenómeno fue la de una gigantesca muralla de niebla rosada que se elevaba hacia las alturas. La tenían casi enfrente, y lo que hacía un momento les había parecido una simple nube resplandeciente que surgía del horizonte se había ido expandiendo en el aire y exhibía brillantes tonos en su cresta ascendiente.

—Es realmente espectacular —observó Josh—. Ya había oído decir que las cosas son diferentes por aquí.

Cuando, al cabo de un rato, el *Shamraken* estuvo más cerca de la niebla, sus tripulantes tuvieron la impresión de que ocupaba todo el cielo del fondo, extendiéndose a uno y otro lado de la proa. Poco después se adentraron en ella y todo cambió de «aspecto».

De pronto se vieron envueltos en grandes remolinos de niebla rosada, que difuminaban cada cabo, cada mástil, dándoles un aire fantástico y convirtiendo de algún modo el viejo barco en una nave encantada navegando por un mundo desconocido.

—Nunca había visto nada parecido, Abe… ¡nunca! —exclamó el viejo oficial—. ¡Es maravilloso! ¡Increíble! Es como si hubiéramos penetrado dentro del crepúsculo.

—¡Estoy pasmado, pasmado! —exclamó el Patrón Abe—. Pero lo cierto es que es hermoso, muy hermoso.

Poco después el viento empezó a amainar y se acordó que toda la tripulación se reuniría en cubierta para izar el juanete mayor cuando sonaran las ocho campanadas. Sonaron las ocho campanadas y avisaron a Nuzzie, que era el único que estaba durmiendo. Todos dejaron sus pipas y se prepararon para izar la verga, aunque nadie parecía dispuesto a trepar al palo para desatar la vela. Eso era cosa del grumete, que todavía no había subido a cubierta. Al cabo de un minuto, se unió al resto de la tripulación y Patrón Abe le ordenó algo enfadado:

—¡Arriba, muchacho! ¡Desata esa vela! ¡No esperarás que un hombre mayor haga ese trabajo! ¡Debería darte vergüenza!

Así que Nuzzie, el «grumete» de cincuenta y cinco años y barba entrecana, trepó obediente al mástil como le habían mandado.

Minutos más tarde, Nuzzie gritó que la vela estaba lista para ser izada, y la fila de viejos marineros empezó a tirar de los cabos. Enseguida, Nehemiah, encargado de marcar el ritmo del trabajo, inició su aguda canción:

—*Había un viejo granjero en el condado de Yorkshire.*

Y un cascado coro de voces ancianas respondió con el estribillo:

—*Vengan conmigo, sí, sí, bajemos el camino.*

Nehemiah continuó con la historia:

—*Su mujer era vieja y él la quería… ver en el infierno.*

—*Necesitamos tiempo para bajar el camino —replicaron las voces quebradizas.*

—*Un día estaba arando y se le apareció el diablo* —prosiguió el solista, y la compañía de octogenarios repitió su estribillo:

—Vengan conmigo, sí, sí, bajemos el camino.

—*Vengo a por tu mujer, conmigo me la llevaré* —cantó Nehemiah, y volvió a alzarse el ruidoso estribillo:

—*Necesitamos tiempo para bajar el camino.*

Y siguieron tirando hasta llegar a las dos últimas estrofas. Mientras cantaban, aquella increíble niebla rosada que les envolvía había adquirido en las alturas un maravilloso fulgor ígneo, como si el cielo, más allá de los mástiles del barco, se hubiera convertido en un inmenso y silencioso océano de fuego.

—*Había tres diablillos encadenados al muro —entonó con voz chillona Nehemiah.*

—*Vengan conmigo, sí, sí, bajemos el camino —respondió el coro aullador.*

—*La vieja se quitó el zueco y los corrió a todos ellos* —salmodió de nuevo el viejo Nehemiah, seguido, como siempre, por el tembloroso y jadeante estribillo.

—*Los tres diablillos suplicaron piedad* —volvió a cantar Nehemiah, mientras levantaba la vista para ver si la verga llegaba a lo más alto del mástil.

—*Vengan conmigo, sí, sí, bajemos el camino —repitió el coro.*

—*Si no tienen cuidado, esa bruja…*

—¡Aseguren la verga! —gritó el viejo oficial, interrumpiendo con su orden la antigua tonada marinera. Al oír la voz de Josh, los cánticos se suspendieron de inmediato y, después de enrollar y amarrar los cabos, la vieja compañía regresó a sus faenas.

Ya habían sonado las ocho campanadas que marcaban el cambio de guardia, y la guardia fue cambiada; pero sólo se hizo apreciable en lo relativo al timón y a la vigilancia, pues el resto de aquellos veteranos marineros no parecían necesitar el descanso. La única diferencia entre los hombres que permanecían en cubierta era que los que se habían pasado el turno anterior fumando, ahora fumaban y trabajaban, y los que habían estado trabajando y fumando, ahora sólo fumaban. Todo discurría, pues, en perfecta armonía, mientras el *Shamraken* se deslizaba como una sombra de tonos rosáceos a través de la resplandeciente niebla. Sólo las dilatadas aguas, serenas y silenciosas, que hendía la quilla del barco en medio de aquella nube rosada, parecían advertir que la nave era algo más que una sombra.

Un poco más tarde, Zeph le gritó a Nuzzie que subiera el té de la cocina y, al cabo de unos minutos, el turno de descanso tomaba su tentempié vespertino. Los marineros se pusieron a comer, sentados sobre la escotilla o en el pretil de la borda, distribuidos al azar y, mientras comían, charlaban con los que estaban trabajando sobre la extraña niebla luminosa en la que habían penetrado. Los comentarios revelaban que aquel

fenómeno insólito les había impresionado bastante, estimulando de repente sus tendencias supersticiosas. A Zeph no le importó manifestar que sentía la presencia de algo sobrenatural. Comentó que tenía la impresión de que su María no estaba lejos.

—¿Crees que estamos cerca del cielo, Zeph? —le preguntó Nehemiah, que en ese momento tejía con cordones un refuerzo para cabos.

—No sé… —contestó Zeph—, pero… —se interrumpió y miró hacia arriba—. A la vista está que es una auténtica maravilla. Si esto es el cielo, supongo que será porque algunos de nosotros ya nos hemos hartado de la tierra. Yo, por mi parte, creo que estoy deseando volver a encontrarme con María.

Nehemiah apoyó aquel comentario con un movimiento de cabeza, que se reprodujo en el resto de cabezas canosas del grupo.

—Supongo que mi nieta también estará allí —declaró tras unos segundos de reflexión—. Sería muy raro que a estas alturas no se conocieran María y ella.

—A María se le daba bien eso de hacer amistades —respondió Zeph pensativo—; y se llevaba muy bien con los niños. Tenía cierta facilidad para ello.

—Yo nunca estuve casado —comentó Job, sin que viniera muy a cuento. Se sentía orgulloso de su soltería y a menudo alardeaba de ella.

—No creo que eso te vaya a ser de mucho provecho, camarada —replicó uno de los ancianos barbados, que no había abierto la boca hasta ese momento—. Tendrás menos gente con la que encontrarte en el cielo.

Cuando sonaron las tres campanadas, el viejo oficial se acercó al grupo y les dijo que dejaran todas las labores, dando por concluida la jornada de trabajo.

Se produjo el cambio de la segunda guardia y Nehemiah y el resto del grupo fueron a la escotilla principal a tomar el té con los demás. Una vez que hubieron repuesto fuerzas, uno tras otro se levantaron y fueron a sentarse a la baranda de las cabillas, junto a las amuradas del palo mayor. Todos apoyaron los brazos en la barra y se pusieron a contemplar aquel prodigio de colorido en el que estaban inmersos. De vez en cuando alguien se quitaba la pipa de la boca y exteriorizaba un pensamiento, después de haberlo rumiado durante un buen rato.

Volvieron a sonar las ocho campanadas, pero nadie se movió, excepto los que tenían que hacer el relevo en el timón y en la guardia.

Dieron las nueve, y la noche cayó sobre el mar. Pero desde el interior de la niebla sólo se advirtió una intensificación del tono rosado, que se convirtió en un rojo oscuro dotado de una luminosidad propia. Más allá de los mástiles del barco, el cielo se veía borroso y parecía teñido por el intenso resplandor de un incendio silencioso y sangriento.

—Columna de humo por el día, columna de fuego por la noche —le susurró Zeph a Nehemiah, que se había sentado a su lado.

—Eso parecen palabras de la Biblia —contestó Nehemiah.

—No lo sé —dijo Zeph—. Eso fue lo que le oí decir exactamente a Passn Myles cuando nos encontramos con aquel barco en llamas. De día salía de él una espesa

humareda, pero cuando oscurecía, sólo se veía el resplandor rojizo de un fuego que no tenía fin.

Sonaron cuatro campanadas, y se produjo un nuevo relevo en el timón y en la guardia. Poco después, Josh y Patrón Abe bajaron del puente de proa a la cubierta principal.

—Esto es condenadamente raro —comentó Patrón Abe, tratando de restarle importancia al asunto.

—Y que lo digas… —corroboró Nehemiah.

Después se dirigieron hacia la baranda de las cabillas y se sentaron a observar junto al resto de la tripulación.

A las diez y media sonaron cinco campanadas y se oyó un grito del vigía, seguido por un murmullo de los que estaban más a proa. Todos fijaron entonces su atención en un punto situado a cierta distancia, casi en la dirección de la proa. En aquel lugar la niebla fluía con un intenso brillo rojizo de aspecto sobrenatural. Un instante después, se abría ante sus atónitos ojos una enorme bóveda de nubes rojas y resplandecientes.

Todos lanzaron exclamaciones de asombro ante aquel espectáculo y corrieron hacia el puente de proa. Enseguida se reunió allí un nutrido grupo de marineros, entre los que se encontraban el patrón y el oficial. La bóveda se había desplegado a ambos lados de la proa, de modo que la nave iba a pasar justamente por debajo.

—Esto es el cielo, no cabe duda —murmuró Josh para sus adentros; pero Zeph le oyó.

—Me imagino que serán las Puertas del Cielo de las que tanto me hablaba María —le dijo.

—Supongo que pronto volveré a ver a mi chico —susurró Josh estirando el cuello con ojos brillantes e inquietos.

En torno a la nave se había hecho un gran silencio. El viento se había convertido en una brisa suave y uniforme que soplaba por el lado de babor de la popa, aunque a proa se alzaban aguas sin espuma, oscuras y oleosas, como si brotaran del corazón de la bóveda resplandeciente.

De pronto, en medio de aquel silencio, surgió un sonido grave y musical, que se elevaba o decaía como si fuera el lamento de una lejana arpa eólica. Aquella resonancia procedía de la bóveda y, cuando surcó la niebla, el vapor la repitió en ecos que se iban perdiendo en las profundidades de la nube rosada, fuera del alcance de la vista.

—Están cantando —exclamó Zeph—. A María le gustaba cantar. Escuchad, escuchad el…

—¡Shhh! —le cortó Josh—. ¡Es mi chico! —exclamó, y su voz cascada se elevó hasta casi gritar.

Zeph se había abierto paso hasta situarse al frente del grupo. Con las manos puestas a modo de visera, trataba de penetrar la niebla con la mirada y su rostro

revelaba una enorme excitación.

—Creo que la estoy viendo… Creo que la estoy viendo… —murmuraba insistentemente.

A su espalda, dos viejos marineros sujetaban a Nehemiah, que sentía, según dijo, «un poco de vértigo ante la posibilidad de ver a su nieta».

Nuzzie, el «grumete», permanecía a popa, al mando del timón. Había escuchado el grave y prolongado lamento, pero, como no era más que un muchacho, se comprende que no sintiera en absoluto la *proximidad* del otro mundo, tan clara para los veteranos, sus mayores.

Transcurrieron unos minutos de gran expectación y Job, que no podía olvidar la granja en la que había depositado todas sus ilusiones, aventuró la opinión de que el cielo no estaba tan cerca como pretendían sus compadres; sus palabras cayeron en el vacío y no tuvo más remedio que guardar silencio.

Sobre la medianoche, un murmullo se elevó sobre el grupo de espectadores en señal de que se había producido alguna novedad. Aunque el centro de la bóveda de nubes aún se encontraba a gran distancia de la nave, el nuevo fenómeno pudo verse con toda claridad: un enorme resplandor en forma de umbela, de un intenso color púrpura, que se hacía negro en las alturas, excepto en la orla superior, que brillaba con una deslumbrante luz roja.

—¡El Trono de Dios! —clamó Zeph alzando la voz, y acto seguido cayó de rodillas. Todos los ancianos del grupo le secundaron, incluso el propio Nehemiah, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para arrodillarse.

—Parece que estamos a las puertas del cielo —murmuró emocionado.

Patrón Abe se puso rápidamente de pie. Jamás había oído hablar de aquel insólito fenómeno eléctrico, denominado la «Tempestad Feroz», que suele anunciar el paso de algunos ciclones de gran envergadura, pero su experta mirada acababa de descubrir que aquel resplandor purpúreo no era otra cosa que una enorme tromba de agua, girando vertiginosamente, que reflejaba la luz rojiza. Aunque no disponía de la suficiente cultura para saber que aquello lo había producido un gigantesco remolino de aire, a menudo se había topado con trombas marinas semejantes. Pero, a pesar de su alarma, todavía dudaba. Aunque el extraño fenómeno escapaba por completo a su comprensión, aquella colosal montaña de agua que lanzaba destellos de un intenso color púrpura no encajaba, desde luego, en la idea que tenía del cielo y de la gloria. Aún no se había formado un juicio cabal sobre el asunto, cuando empezó a oírse el atroz rugido, de fiera salvaje, del ciclón que se acercaba. Al escuchar aquel hiriente bramido, los viejos marineros se miraron desconcertados, con el miedo reflejado en los ojos.

—Eso debe ser la voz de Dios —dijo Zeph en voz baja—. Después de todo, para Él no somos más que un puñado de miserables pecadores.

En un abrir y cerrar de ojos, el soplo del ciclón les ahogó el aliento en la garganta, y el *Shamraken*, que navegaba de regreso al hogar, franqueó el umbral de la

eternidad.

CUENTOS DE MISTERIO EN EL MAR



Ilustración de Gunther T. Schulz

EL SALVAJE HOMBRE DE MAR

El «salvaje hombre de mar» lo llamó el primer oficial en cuanto subió a bordo.

—¿Quién es ese sujeto de aspecto indómito que ha empleado, señor? —le preguntó al capitán.

—El mejor marinero del mundo, señor —contestó el capitán—. Hizo cuatro viajes conmigo en ruta a San Francisco. Luego le perdí. Se fue de francachela un día y no regresó al barco. Hoy me he topado con él en la oficina de embarque y estuve encantado de contratarle. Le aconsejo que lo elija para su guardia si quiere a alguien capaz.

El primer oficial asintió. El hombre tenía que ser muy buen marino para que el viejo capitán Gallington lo alabase de aquella manera. Pronto pudo comprobar que la elección de aquel hombre enjuto, de aspecto indómito y barba revuelta había sido un éxito, ya que enseguida fue considerado por todos los marineros el líder de la guardia de babor.

Tenía profundos conocimientos de la vida marina y las artes de navegación. Durante una de las guardias de cuartillo mostró cómo ayustar dos cabos de diecinueve maneras distintas, y luego se puso a hablar de otras labores náuticas «más creativas», enseñando a Jeb, el grumete de su guardia, que era un poco corto de sesera y del que siempre se estaban burlando, un método increíblemente sencillo de fabricar un cabo de cuatro cordones para un nudo cabeza de turco, y después demostró la manera de alternar una cajeta[63] cuadrada con una común sin que aparecieran las típicas irregularidades que suelen ser inevitables al trenzar las filásticas.

Al final de la guardia toda la tripulación se había reunido a su alrededor, contemplando con respetuoso silencio el habilidoso trabajo artesanal del diestro marinero mientras les enseñaba cómo trenzar un sinfín de nudos olvidados, cómo dejarlos bien terminados y cómo inventarse algunos nuevos, y muchas otras técnicas sobre la fabricación de unos nudos de los que apenas nadie a bordo del *Pareek*, barco velero donde los haya, había escuchado su nombre. Pues la mayoría de ellos pertenecían a esa clase de marineros corrientes y mal entrenados que tenían todos los defectos de los viejos lobos de mar y ninguna de sus virtudes, el tipo de marino impulsivo que exige sin decoro su título de marinero de primera, y lo hace con tanto descaro y poca vergüenza que es capaz de seguir tan feliz a la rueda del timón, aunque no sepa ni sostenerla, y mira estúpidamente a la brújula sin conocer los nombres de los puntos cardinales. No es extraño pues que el capitán Gallington estuviese encantado de tener entre sus hombres un marinero de verdad, alguien que sobresalía entre toda aquella chusma de tarugos náuticos.

Sin embargo, Jesson no era demasiado popular en el castillo de proa. Se le respetaba, es cierto, y no sólo por su destreza como marinero sino también por su

metro ochenta y cinco de músculos de acero que enseguida demostraron al resto de la tripulación que su propietario era el hombre más fuerte a bordo; además, tenía una capacidad innata para cuidarse de sí mismo y silenciar cualquier duda que pudiera surgir de una manera lo suficientemente dolorosa.

Y así, todos los que habitaban el castillo de proa guardaban un respetuoso silencio cuando Jesson hablaba, lo cual no solía ser muy habitual, aunque tanto su habilidad marinera como su fuerza bruta no habrían sido tan admiradas si no hubiera ayudado a sus camaradas hasta extremos que podían ser calificados de «estúpidamente exagerados». Su buen natural salía a relucir con suma frecuencia; por ejemplo, muchas veces se encargaba de las guardias de sus demás compañeros cuando no estaba en la rueda del timón. Solía levantarse y relevar al hombre que estaba de centinela, a pesar de que éste lo mirara con algo de desprecio y bastante placer, y luego se sentaba sobre la cruz del ancla con su violín y tocaba unas melodías muy suaves que parecían de suma importancia para él mismo.

A veces se ponía a pasear de un lado a otro de la proa y cantaba sin descanso en voz muy baja con una especie de ebria complacencia mientras caminaba dando vueltas y más vueltas con pasos silenciosos.

A pesar de su carácter taciturno, Jesson era un hombre muy generoso, y lo era de una forma bastante impulsiva y extraña. Un día en el que Jeb, el grumete de su guardia, estaba recibiendo una paliza por parte de uno de los hombres, Jesson, que en esos momentos se estaba tomando la cena, dejó el plato a un lado, se levantó de su cofre de marinero, fue hasta donde estaba el hombre, lo agarró por los codos y lo sacó a la cubierta.

Aquella acción fue lo suficientemente enérgica para que todos se dieran cuenta de que a Jesson no se lo podía domeñar, y tuvo como resultado que el asombrado muchacho desarrollase desde entonces una ciega veneración por el fornido marinero de fieros ojos. Y de esta manera creció entre los dos —el hombre salvaje, silencioso e imprevisible y el inexperto muchacho— una extraña y hermosa amistad en la cual no eran necesarias las palabras.

Multitud de noches, durante su turno de guardia en cubierta, Jeb se deslizaba hasta la parte superior del castillo con un pote de té hirviendo, ya que el doctor —o sea, el cocinero— había llegado a un acuerdo con el muchacho por el cual, durante las guardias, los grumetes se comprometían a tener el fuego encendido por la mañana y él, a cambio, les dejaba que fueran a la cocina por la noche y dispusieran de un buen pote del té que aún quedara en el puchero.

Jesson aceptaba el té sin darle las gracias y dejaba el pote encima del cabrestante, y entonces Jeb desaparecía por la cubierta principal y se sentaba sobre la escotilla de proa para escuchar en silencio las notas apenas audibles del violín que sonaba desde el castillo de proa. Al finalizar la guardia, cuando Jesson devolvía el pote a Jeb, con frecuencia había en su interior algún nudo artístico a medio acabar para que el muchacho lo estudiara, pero jamás ninguno de los dos expresó su agradecimiento o

hizo algún tipo de comentario.

Y entonces, una noche, Jesson habló al muchacho mientras recogía el acostumbrado pote de té.

—Escucha el viento, muchacho —le dijo mientras depositaba el tazón sobre el cabrestante—. Baja a la cubierta, siéntate en la escotilla y deja que el viento te hable.

Le tendió un objeto al grumete.

—Aquí tienes el comienzo de una cajeta redonda. A ver qué puedes hacer con ella —le dijo.

Jeb tomó la cajeta y volvió abajo, al lugar que solía ocupar sobre la escotilla de proa. Allí, a la luz de la luna, examinó el nudo durante un rato y enseguida se lío con las filásticas. Luego se quedó sentado sin hacer nada, con la cajeta embrollada sobre las rodillas, y empezó a escuchar, casi inadvertidamente, los sonidos del viento, tal y como le había pedido Jesson. Y entonces, por primera vez en su vida, oyó *realmente* las musicales notas del viento, que silbaban en una melodía eterna sobre las velas de trinquete del barco.

Cuando las cinco campanadas resonaron altas y profundas bajo la luz de luna, se rompió el hechizo de aquel extraño encantamiento; pero desde entonces se puede decir que la personalidad de Jeb había comenzado a desarrollarse de una manera palpable.

Los días transcurrieron con gran lentitud, con la típica monotonía de los tiempos de los barcos a vela, que surcaban sin descanso, de un lado a otro, las aguas infinitas. Sin embargo, y aun para un velero, el viaje de ida resultaba tan anormalmente prolongado que ni tan siquiera los marinos menos expertos habían tardado tanto en cruzar el ecuador; ya que hasta el día ochenta y cuatro de navegación no atravesaron la línea envueltos en una calma chicha casi absoluta, tan sólo rota de cuando en cuando por una breve racha de viento que empujaba al *Pareek* durante unas pocas millas para enseguida quedar de nuevo suspendido en una calma total.

—¡Jamás llegaremos a Frisco como sigamos así! —exclamó Stensen, un inglés nacido en Holanda, una noche mientras entraba al castillo de proa, después de ser relevado del timón por Jesson.

Acto seguido los que allí estaban empezaron a murmurar en contra de Jesson, lo que demostraba muy a las claras que el fornido marinero cada vez estaba peor visto, y que ninguno de aquellos hombres de poca honradez y menos raciocinio conseguían entenderlo.

—¡Es por ese maldito violín! —dijo un pequeño londinense llamado George. Nadie recordaba su segundo nombre, y tampoco parecía importarles mucho.

Era una acusación simple e inevitable, la creencia de que había un «Jonás» a bordo, y, como uno puede imaginarse, no se escatimaron adjetivos para acentuar el epíteto con el que se le tachaba.

Luego la charla devino en una discusión acerca de la calidad de la cerveza que se vendía en dos de la tabernas del puerto, y siguió con una larga lista de todas las cosas

que echaban de menos y de todas las que pensaban hacer cuando volvieran, hasta que poco a poco la conversación fue decayendo y la somnolencia y el silencio se apoderaron del camarote; entonces Jeb asomó la cabeza por la portilla y llamó a todos los hombres a las brazas. Los marineros se levantaron y salieron del castillo con los hombros caídos y rezongando por lo bajo.

Y de esta manera el *Pareek* siguió navegando hacia lo que parecía un destino inalcanzable, y a los periodos de calma les sucedían otros de violentas tempestades que los retrasaban aún más. Durante el día, Jesson era un simple marinero, vivo, inteligente, vigoroso y de abundantes cabellos; pero por las noches, siempre en su eterna vigía sobre el tope del castillo de proa, volvía a convertirse en el hombre humilde y emotivo que paseaba, vigilaba y soñaba, dando rienda suelta a su sensibilidad en las suaves notas que surgían de su violín, o cantando profundas melodías en voz baja; y Jeb cada vez le escuchaba con mayor atención, y día tras día se iba ganando la confianza del robusto marinero, que agradecía su silenciosa compañía.

Una noche, después de que Jeb le trajera el habitual tazón de té, Jesson le habló.

—¿Escuchaste la voz del viento como te dije, Jeb?

—Sí, señor —contestó el muchacho. Siempre le llamaba «señor»; en realidad, más de un marinero se dirigía a él con ese título, como si, a pesar de lo que sentían, de alguna manera aquel hombre mereciera ser tratado con ese calificativo.

—Hace una noche maravillosa, Jeb —dijo el fornido marinero, sentado en el cabestrante con el pote entre las manos y mirando las brumas que se alzaban por sotavento.

—Sí, señor —contestó Jeb, siguiendo la dirección de su mirada con sincera camaradería.

Permanecieron en silencio durante varios minutos; el marinero se calentaba las manos en el pote de hojalata mientras el chico seguía callado e inmóvil, disfrutando de la compañía del hombre y de una especie de vaga, muda comprensión. Entonces Jesson volvió a hablar:

—¿Alguna vez te has puesto a pensar lo misterioso que resulta el mar, Jeb?

—No, señor —respondió Jeb, sin añadir más.

—Bueno —dijo el hombretón—, quiero que pienses en ello, muchacho. Quiero que llegues a darte cuenta de que estás pasando tu vida en el lugar más maravilloso y enigmático del mundo. Es tan hermoso que compensa con creces la sordidez de la vida en un barco y la de los que lo gobiernan.

—Sí, señor —contestó Jeb, aunque no entendía del todo lo que le estaba diciendo.

En realidad, comparada con su anterior vida de pordiosero, jamás había pensado que la que ahora llevaba fuese sórdida; en cuanto a la maravilla y el misterio del mar, tampoco se había dado cuenta de ello, a no ser de una manera instintiva y poco consciente; su cerebro y sus pensamientos estaban ocupados en mantenerle seco, en complacer a los hombres y a sus superiores, en convertirse en un marinero de primera

—su sueño más deseado— y en pasar un buen rato en las tabernas de San Francisco, una vez desembarcaran, y beber y divertirse con los demás marineros como un hombre de verdad. ¡Pobre chico! Y ahora había entablado amistad con un hombre verdadero que poco a poco y deliberadamente estaba cambiando su punto de vista.

—Nunca tomes como ejemplo a nadie de los que naveguen contigo, Jeb —dijo el hombretón—. Vive tu propia vida y deja que el mar sea tu compañero. Conseguiré hacer de ti un hombre, chico. En este lugar puedes encontrarte con Dios paseando por las cubiertas. No tomes ejemplo de los marineros, Jeb. ¡Pobres diablos!

—No, señor —respondió Jeb muy serio—. ¡No son buenos marinos! —bajó la mano señalando al castillo de proa, donde estaban el resto de los hombres—. Intentaré ser como usted, señor; lo que ocurre es que no puedo, a pesar de que lo intento —terminó tristemente.

—No intentes ser como yo, Jeb —dijo Jesson en voz baja. Hizo una pausa, levantó el pote, sorbió un poco del humeante brebaje y empezó a hablar de nuevo.

—Deja que el mar sea tu compañero, muchacho. Jamás te sentirás solo. Los marineros viven muy cerca de Dios, si son capaces de abrir los ojos. ¡Sí! Sólo tienen que darse cuenta. Pero siempre están buscando la costa y el demonio del libertinaje. ¡Dios mío!

Dejó el pote a un lado, se levantó y dio unas cuantas zancadas, como invadido por una extraña agitación; luego regresó, bebió un trago de té y se puso frente al muchacho.

—Vuelve abajo, Jeb, y descansa. Quiero estar solo. Y recuerda lo que te he dicho, compañero. Estás en el lugar más maravilloso del mundo. Contempla las aguas y podrás ver a Dios caminando entre la bruma. Mantente cerca del halo que te rodea, permanece bajo su influencia… Marcha ahora, chico, marcha.

—Sí, señor —contesto Jeb obediente, y bajó en silencio del tope del castillo de proa, confuso pero feliz porque su héroe se había dignado a hablar con él, y también sintiéndose en cierta manera en paz, como si acabara de salir de una iglesia.

Y a causa de este sentimiento, se quedó un rato contemplando las brumas que se erguían por sotavento, sin saber muy bien qué quería o esperaba descubrir. Entonces, desde la oscuridad, le llegaron las notas melancólicas del violín y subió lentamente por la escalerilla de sotavento que daba al puente de proa, hasta que sus oídos estuvieron al mismo nivel de la música, y se quedó escuchando hasta que el hombre dejó de tocar y se puso a caminar de una extraña manera, dando vueltas y más vueltas por el puente de proa mientras hablaba consigo mismo en voz baja.

Jeb siguió escuchándole, como siempre atraído por el extraño estado de ánimo del fornido marinero. Y aquella noche en particular, Jesson caminó sin rumbo fijo durante mucho tiempo, hablando siempre en voz baja consigo mismo; aunque se detuvo un par de veces, apoyándose en silencio sobre la barandilla y mirando con gran atención las grises brumas nocturnas. En esos momentos, Jeb también miraba a sotavento con la sensación de que vería algo singular.

Pero entonces Jesson reanudaba su eterno paseo sobre el puente de proa con largas, veloces y silenciosas zancadas, musitando, musitando sin parar mientras marchaba. Y de pronto su voz se quebró en una especie de canto extasiado, apenas un susurro, del que Jeb sólo podía captar unas pocas frases, aunque escuchaba con la mayor atención.

Poco a poco el canto se fue desvaneciendo en el silencio. Pero aquel súbito sosiego fue roto por un comentario murmurado que procedía del costado de estribor de la cubierta principal.

—¡Qué tío más raro!

Jeb miró a barlovento y, entre la oscuridad de la noche, pudo distinguir las figuras de dos hombres que estaban sentados sobre la escalerilla de estribor.

—¡Maldito Jonás! —dijo la otra voz.

Algunos marineros habían escuchado a Jesson, y no les había gustado mucho. Jeb se deslizó por la escalerilla de babor y ocupó su sitio habitual sobre la escotilla de proa. Sentía una rabia feroz porque el resto de los hombres acusaban en secreto a su admirado compañero, pero les tenía tanto miedo que prefirió pasar desapercibido y se quedó sentado en silencio, atento y a la escucha. Pero antes de que pudiera oír ningún otro comentario acerca de Jesson se oyó la voz del primer oficial que rugía sobre el puente:

—¡A las drizas del juanete! ¡Deprisa!

Se les echaba encima un fuerte chaparrón y Jeb, después de llamar a los hombres del castillo de proa, corrió hacia popa y se quedó junto a la polea por si era necesario arriar. Mientras esperaba, sus ojos se dirigían a barlovento, por donde se podía distinguir vagamente el copioso aguacero que resaltaba sobre la turbia luminosidad del cielo nocturno; entonces, mientras miraba, pudo oír en el aire silencioso el sonido de la lluvia distante al golpear contra la superficie del mar, que se convertía en un extraño susurro al acercarse al barco a toda velocidad. Y por detrás de aquel extraño siseo producido por el frente de lluvia distinguió otro sonido monótono y áspero que iba creciendo hasta convertirse en un desagradable rugido; y entonces, justo cuando la tremenda cortina de lluvia descendió sobre ellos, volvió a sonar la voz del primer oficial:

—¡Arriad drizas y escotas! ¡Arriad chafaldetes y brioles! ¡Arriad! ¡Arri…!

Su voz se perdió en el formidable aullido del viento que acompañaba a la lluvia, y el barco se puso de capa mientras el mundo parecía desvanecerse en un diluvio de agua y el viento rugía enloquecido a su alrededor.

Jeb captó débilmente las palabras del primer oficial y supo que estaba ordenando que arriasen las gavias. Se abrió camino hacia popa y buscó a tientas el pasador de la polea; lo encontró, tiró de él y se puso a arriar, pero la pesada verga no bajaba porque la presión del viento era tan fuerte que el racamento[64] se había atascado en el mastelero de gavia y la fricción sobre el palo, unido a la terrorífica escora del buque, impedían que la verga pudiera descender.

Uno de los marineros llegó corriendo entre el agua y la espuma, apartó al muchacho con violencia y dio las últimas vueltas bajando las drizas mientras rugía con voz asustada y furiosa:

—¡Todo esto es por culpa de ese maldito Jonás que tenemos a bordo!

Entonces escucharon la voz aullante del primer oficial que apenas podía oírse a través de la oscuridad infernal y el estruendoso repiqueteo de la lluvia.

—¡A las cargaderas[65]! ¡A las cargaderas!

El barco se escoró aún más y parecía a punto de zozobrar sin remedio. Se oyó un crujido incierto arriba, en medio de la oscuridad nocturna, y luego otro más claro que parecía venir de popa. Al instante las cubiertas volvieron a nivelarse y poco a poco el barco recobró la estabilidad.

—¡Se lo ha llevado, señor!… ¡El mastelero mayor ha salido volando!… ¡Cuidado!… ¡La mesana!… ¡Cuidado!

Se oyó un griterío a proa y a popa, ya que ahora la galerna estaba cesando y era posible distinguir los gritos y las voces que antes pasaban inadvertidos. La segunda guardia estaba en el puente y el capitán Gallington aullaba órdenes desde el saltillo de la toldilla.

—¡A cubierto! ¡A cubierto!

Hubo una colisión tremenda y, en ese mismo momento, se oyó el grito de un hombre, el grito terrible de un hombre mortalmente herido. Por todas partes, y en medio de las tinieblas, había restos de madera, palos destrozados, motones que se columpiaban de sus cabos, velas empapadas y, entre todo aquel desbarajuste, sobre la tenebrosa cubierta, el grito infernal del hombre que se hacía más y más nítido pero nunca menos horrible.

La turbonada se alejó por sotavento y unas pocas estrellas brillaron tímidamente sobre el cielo nocturno. En cubierta todos los hombres, con las lámparas del barco en alto, se afanaban examinando los daños que se habían producido. El mastelero mayor se había desprendido justo por encima de la cruceta, y también el mastelero de juanete de mesana. En la cubierta principal, debajo de la destrozada verga de juanete mayor, uno de los marineros, llamado Pemell, fue encontrado muerto y aplastado. Otro de los hombres tenía graves heridas y tres más sufrían dolorosas contusiones, aunque bastante superficiales. En general, casi nadie de la tripulación se había librado de los cortes y las magulladuras producidos por la caída de los aparejos.

El mismo barco había sufrido considerablemente, ya que muchos maderos y palos de grueso calibre se habían precipitado sobre las cubiertas, dejándolas muy dañadas y con dos grandes agujeros. También la regala de hierro se había rajado casi hasta los imbornales en el lugar que había impactado el mastelero.

Durante toda aquella noche, y el día siguiente hasta las guardias de cuartillo, la tripulación al completo se dedicó a arreglar los desperfectos, haciendo dos breves pausas para comer y fumar una pipa. Al final de la segunda guardia de cuartillo se habían conseguido reparar y calafatear las cubiertas, se habían limpiado los destrozos,

los palos estaban asegurados con contraestayes y tanto el mastelero mayor como el mastelero de juanete de mesana habían sido cambiados por otros de repuesto.

Durante toda aquella jornada de trabajo, el hombre que había muerto aplastado bajo los palos caídos quedó en el camarote del contramaestre, tapado con una vieja vela encerada; y cuando por la noche se terminaron de limpiar todos los destrozos, el capitán Gallington hizo una breve y triste homilía sobre el hombre muerto, que finalizó con un chapuzón por uno de los costados del barco y con un montón de marineros muy deprimidos y enfadados que se encaminaban a proa en un estado de ánimo un tanto peligroso.

En el castillo, mientras tomaban té y unas galletas, uno de los marineros se atrevió a acusar abiertamente a Jesson de ser un «Jonás» —un gafe—, culpable de todo lo que había acontecido la noche anterior y también de las calmas chichas y de las tempestades que habían convertido aquel viaje en una travesía interminable.

Jesson escuchó sin abrir la boca lo que decía el marinero. Siguió bebiendo su té como si nadie hubiera hablado; pero cuando aquel estúpido sujeto, confundiendo el silencio de Jesson con otra cosa, se atrevió a seguir lanzando acusaciones, Jesson se levantó, caminó hacia él, le empujó apartándole de su baúl de marinero y de un puñetazo le tumbó sobre la cubierta, fuera del castillo de proa.

Al instante varios hombres se levantaron gruñendo y tres se prepararon para atacarle en grupo. Pero Jesson no tenía intención de esperarles. Se abalanzó sobre el primero, cayó pesadamente sobre él y, aunque éste intentó zafarse, lo sujetó por los hombros y lo empujó sobre los otros dos, haciendo que todos cayeran en un revoltijo. Luego, mientras intentaban levantarse, dio rienda suelta a sus puños hasta que dos de los marineros salieron corriendo por la cubierta intentando escapar de él. Acto seguido, Jesson volvió a tomar su pote de té, que aún no había terminado.

Como hacía una noche muy buena, Jesson tomó su violín y se fue a la cubierta del castillo donde, como era habitual, relevó al centinela, que marchó corriendo abajo para echarse una pipa.

Mientras tanto, en el castillo de proa, los hombres seguían murmurando sin parar, emitiendo juicios peligrosos y dañinos que nacían de la ignorancia y la brutalidad. Jeb escuchaba todo aquello, silencioso y enrabietado, y su determinación crecía de una manera inconsciente mientras oía las vagas notas del violín que sonaban desde la oscura cubierta del castillo y cuya música parecía formar un todo con el ligero aire nocturno que soplaba caprichoso sobre las grises aguas.

—¡Escuchadle! —exclamó uno de los hombres—. ¡Escuchadle! ¿No es suficiente que nos haya metido en ese maldito huracán? ¡Por todos los Santos!

—Una vez estuve con un «Jonás» —dijo el londinense—. Casi nos hace naufragar. Tuvimos una asamblea, las dos guardias, y le arrojamos por la borda una noche de mar gruesa. ¡Eso hicimos! Así lo arreglamos, aunque el primer oficial sabía lo que había pasado. Pero nunca nos dijo nada, ni dio a entender que él lo sabía. No podemos hacer otra cosa. Y entonces tendremos vientos favorables durante el resto

del viaje.

Con las cabezas pegadas, entre una espesa nube de tabaco, los hombres siguieron hablando hasta que uno de ellos se dio cuenta de que Jeb estaba con ellos y le hizo salir a cubierta; luego cerraron la portilla y la ignorancia, con su consecuente y terrorífica brutalidad, se hizo dueña y señora de aquella atmósfera cargada y malsana mientras las pobres y primitivas criaturas seguían hablando entre ellas sin darse cuenta de su propia locura.

Arriba, en el puente del castillo, el violín había quedado finalmente en silencio y Jesson caminaba de un lado a otro con esa extraña y silenciosa manera tan suya y, mientras, hablaba consigo mismo y a veces entonaba una de esas suaves melodías. Sentado en la escalerilla de sotavento, Jeb escuchaba con atención, ansioso por explicar al fornido marinero los vagos temores que le invadían después de escuchar la conversación de los marineros.

De repente su atención se vio distraída por un quedo murmullo que procedía de la escalerilla de barlovento.

—Escuchadle. ¡Por Dios! Conseguirá que nos hundamos. Escuchad a ese maldito «Jonás»… ¡Escuchadle!

Resulta imposible decir si Jesson oyó algo o simplemente sintió la presencia de los hombres que habían salido a escondidas a cubierta, pero de pronto dejó de cantar y musitar para sí mismo, y a Jeb la dio la sensación de que allí, en medio de la oscuridad, Jesson se había puesto en guardia.

Uno tras otro los marineros de ambas guardias fueron saliendo a la cubierta en silencio, y Jeb casi había conseguido reunir el suficiente coraje para avisar con un grito al desprevenido Jesson cuando se oyeron unos pasos por la cubierta principal y el resplandor de la lámpara del primer oficial iluminó los acolladores[66] que subían a las vigotas[67]. Estaba haciendo una última ronda y revisando los estayes provisionales con que se habían asegurado los palos, y en cuanto los hombres se dieron cuenta regresaron en silencio, de uno en uno, al interior del castillo de proa.

El primer oficial siguió andando hacia proa, subió al puente del castillo, comprobó la tensión del estay de proa y fue hasta el botalón de foque, verificando que cada estay estaba en su sitio y que no había nada defectuoso después de que se izaran las perchas. Luego se dio la vuelta y, tras saludar afectuosamente a Jesson, bajó por la escalerilla de sotavento y le dijo a Jeb que él se quedaría de guardia y que aprovechara para dormir un rato.

Pero Jeb no quería irse hasta haber hablado con Jesson. Miró a su alrededor y luego subió en silencio por la escalerilla de sotavento y fue al encuentro del fornido marinero, que estaba apoyado en la parte delantera del cabrestante.

—¡Señor Jesson, señor! —dijo entrecortado mientras se acercaba al marinero.

Pero el gran hombre no le había oído. Jeb dio un rodeo hasta situarse a su lado y le llamó de nuevo.

—¿Eres tú, Jeb? —dijo el marinero, mirándole desde arriba en la oscuridad.

—Sí, señor —contestó Jeb. Y tras dudar unos momentos se puso a narrarle todos sus temores en un torrente de palabras inconexas…

—Y le quieren echar por la borda en cuanto tengamos mar gruesa, señor —habló —. Y le dirán al primer oficial que las olas le arrastraron.

—¡Las ratas grises quieren deshacerse de la rata blanca! —musitó el fornido marinero, como hablando consigo mismo—. Los de la misma ralea no soportan al que es diferente, al extraño que no pueden entender —y luego siguió susurrando—. Desde luego que habría paz… Aquí afuera y por siempre, rodeado de misterios… Y yo he salido para evitar problemas… ¡Pero la rata blanca se tomará la justicia por su cuenta! ¡Por Júpiter que lo hará!

Se levantó con brusquedad, haciendo oscilar sus brazos con una extraña euforia llena de anticipación. Acto seguido, se volvió hacia el grumete.

—Gracias, Jeb —le dijo—. Estaré en guardia. Ve a dormir un poco.

Regresó al cabrestante y tomó el violín. Y mientras Jeb se escurría en silencio por la escalerilla de sotavento, pudo distinguir las suaves notas del violín, infinitamente tristes, pero con un extraño deje de desafío y victoria que iba creciendo en sonoridad y luego se transformaba lentamente en una melodía sutil y, en cierta manera, amenazante que se expresaba con la misma rotundidad que la voz del propio Jesson.

Transcurrieron dos semanas más y no sucedió nada digno de reseñar, de manera que el muchacho estaba empezando a perder el miedo y a sentir que no iba a acontecer nada horrible mientras él dormía. Al término de aquellas dos semanas habían conseguido armar los nuevos mastelero mayor y mastelero de juanete de mesana, y ambos estaban perfectamente aparejados. Luego, al tirar de las eslingas para subir las vergas, se produjeron dos graves accidentes. El primero aconteció justo al colocar la verga de gavia alta en su lugar. Uno de los hombres, llamado Bellard, cayó cuando estaba engrilletando la ostaga[68] y murió en el acto. Aquella noche, a la hora del té, el castillo de proa parecía un velatorio. Nadie dijo ni una palabra a Jesson. Pero en las estrechas mentes de todos ellos aquel marinero era, literalmente, un hombre condenado, y su muerte una simple cuestión de tiempo.

Con toda seguridad, Jesson era consciente de lo que pensaban, aunque no lo dio a entender, y en cuanto acabó su té cogió el violín y se fue al puente del castillo de proa, mientras los hombres que se quedaron ordenaron a Jeb que saliera a la cubierta y se pusieron a hablar entre ellos de cosas terribles.

Tres días después, cuando todas las vergas y aparejos estuvieron colocados en su sitio, Dicky —el grumete de la otra guardia— estaba encendiendo las luces de posición del sobrejuanete mayor cuando resbaló estúpidamente y cayó; pero, afortunadamente, se quedó enganchado en la cruceta y consiguieron bajarlo con una simple luxación de antebrazo, que el capitán Gallington y el primer oficial volvieron a colocar en su sitio, empleando la técnicas habituales y bárbaras que se solían llevar a cabo en alta mar, en los buques que no disponían de médico a bordo.

En cubierta, todos los marineros miraban de reojo a Jesson, y en sus mentes se

podía leer una mortífera y llana acusación: «¡Jonás!».

Y además, como si todos los elementos se conjurasen para estimular en mayor medida la tétrica ignorancia de los marineros, apenas el sobrejuanete llevaba una hora izado cuando un nubarrón en apariencia inofensivo se convirtió en una inesperada galerna y descosió las relingas del sobrejuanete y de los tres juanetes. Hubo que arriar las vergas y volver a asegurarlo todo.

Más adelante, durante la guardia de tarde, hubo que acortar velas ya que el barómetro empezó a bajar de una manera muy rápida y desagradable. Y por si esto fuera poco, al anochecer, el viento se puso a soplar del norte con la furia de un huracán y siguió así durante una hora, hasta que poco a poco empezó a cambiar de dirección y a suavizarse un tanto, convirtiéndose en un simple ventarrón con muy malas intenciones.

Cuando por la noche llamaron a Jeb para la guardia de media, descubrió que el barco navegaba por delante de la tempestad tan sólo con el trinquete y la gavia baja izadas, ya que el capitán Gallington había decidido aprovechar el fuerte viento que soplaba. Se dirigió a trompicones a popa para pasar lista y aunque el primer oficial gritaba los nombres a todo pulmón en medio de la ventosa oscuridad, apenas si podía escuchar las respuestas de los marineros. Luego se hizo el relevo del vigía y del timonel, y la guardia saliente trastabilló por la cubierta principal entre los rociones y las tinieblas en dirección al castillo de proa.

El primer oficial ordenó que todos los hombres de guardia estuvieran en alerta bajo el saltillo de la toldilla, y así se hizo; todos se quedaron allí, excepto Jesson, que estaba de centinela, y Svensen, que era el timonel.

Los hombres siguieron bajo el saltillo hasta que dieron dos campanadas; charlaban y gruñían como suelen hacerlo los marineros de guardia, y de vez en cuando alguien encendía un fósforo que iluminaba a todo el grupo allí reunido, hombres envueltos en capas y chubasqueros encerados relucientes de agua; y más allá del cobijo que ofrecía el saltillo, la noche, el rugido espantoso del viento y el poderoso, huraño aullido del mar… una vorágine oscura de espuma y agua que el viento arrojaba sobre el barco. Y una y otra vez se oía el estallido del mar al romper sobre las cubiertas, y el agua entraba a bordo y parecía emitir un resplandor fosforescente mientras rugía danzando de proa a popa, arremolinándose debajo del tenebroso saltillo de la toldilla, entre los marineros que aguardaban rodeados de agua y espuma.

Cuando dieron las dos campanadas, que nadie oyó por culpa del rugido infernal del viento y de los terribles, constantes y diabólicos restallidos del mar, Jeb se dio cuenta de repente de que varios hombres se habían ido inadvertidamente escudándose en la oscuridad reinante. Muy asustado, se dio cuenta enseguida del motivo de su desaparición y abandonó el saltillo corriendo a tientas hacia las defensas de teca de la cubierta. Se sujetó a ellas fuertemente cuando una ola enorme rompió por encima de él, sepultándole bajo una montaña de agua y salitre. Con la boca y la nariz llenas de

agua, boqueando en busca de aire, consiguió asirse al andarivel[69] que se había aparejado de manera provisional y avanzar a duras penas hacia proa entre el bramido inmisericorde y los rociones invisibles que le azotaban y enceguecían con gran frecuencia.

Llegó a la parte de atrás de la caseta de cubierta, donde se encontraba la cocina y el camarote de «Chips», el contramaestre, de «Velas» y del «Doctor», y subió a trompicones por la escalerilla de hierro, pues sabía que el centinela se encontraba en lo alto de la caseta debido a que el puente del castillo de proa estaría en aquellos momentos cubierto de agua la mayor parte del tiempo.

Una vez avisara a Jesson se sentiría más tranquilo, ya que estaba completamente seguro de que el fornido marinero podría apañárselas solo. Además, Jeb pensaba quedarse a sotavento de la caseta por si tenía que echarle una mano.

Se arrastró hasta la parte delantera de la caseta, pero no pudo encontrar a Jesson. Miró a su alrededor, intentando atravesar la tormentosa oscuridad que le rodeaba por todas partes.

Aulló el nombre de Jesson, pero sus gritos se esfumaban en el viento y el pánico empezó a adueñarse de él, de tal forma que toda aquella estruendosa oscuridad parecía hablar con una voz única, inmensa y elemental, de algo que ya había sido llevado a cabo. Y entonces, súbitamente, supo que ese algo se estaba realizando mientras se arrastraba en la oscuridad hacia lo alto de la caseta de cubierta.

Se puso en pie a duras penas y siguió gritando, corrió de un lado a otro por la empapada cubierta de la caseta, registrándolo todo. Sus pies tropezaron con algo y cayó de bruces al piso. Se dio la vuelta al instante, sintiendo el cuerpo inerte y encogido con el que había tropezado. Lo tomó con suavidad y fue girándolo lentamente, hasta que la cara quedó al descubierto y vio que estaba más o menos afeitada, por lo que supo que no se trataba de Jesson, sino de uno de los hombres que habían venido a atacarlo.

El muchacho volvió a correr hacia la parte delantera del puente de la caseta. Sabía adonde tenía que ir. Saltó a ciegas sobre la cubierta principal desde el extremo delantero de la caseta y cayó sobre una turba de hombres que luchaban desesperadamente, y cuyos gritos y maldiciones podía oír ahora, por vez primera, entre los espantosos bramidos de la tempestad. Estaban cerca del pasamanos de babor y levantaban algo en la oscuridad… algo que se debatía y daba golpes y más golpes, haciendo caer medio muerto a uno de los hombres justo cuando Jeb llegó hasta ellos.

Agarró a uno de los marineros por la pierna, pero enseguida le lanzaron una patada que le hizo retroceder hasta el mamparo de teca de la caseta. Fue trastabillando hacia el pasamanos, sus miedos aplacados por la rabia que lo embargaba. Desató la driza inerte de la gavia y sacó la pesada cabilla de hierro que la sujetaba. Acto seguido, saltó sobre la oscura masa de hombres que forcejeaban y empezó a dar golpes. Uno de ellos se puso a chillar como una mujer enloquecida, y lo hacía con tanta fuerza que sus gritos agónicos y penetrantes resonaban por encima de

la tempestad. El porrazo le había roto el hombro. Antes de que Jeb pudiera volver a golpear, alguien impactó con su bota en el pecho del grumete, lanzándolo sobre la cubierta; y mientras caía pudo darse cuenta vagamente, pero con una claridad enfermiza, de que se estaban empleando las navajas. Aún mareado, volvió a ponerse en pie con tenacidad, y mientras lo hacía vio que la oscura turba de hombres que habían estado forcejeando unos momentos antes se quedaban ahora completamente quietos, ya que habían conseguido llevar a cabo sus planes. Un chapuzón inaudible en la superficie de aquel mar infinito y el marinero Jesson, la rata blanca entre todas las grises, fue a ocupar su lugar «en aquel mundo acuático preñado de misterios».

Acto seguido, Jeb se lanzó contra la masa de hombres que se habían quedado repentinamente quietos, y empezó a dar golpes a izquierda y derecha con su pesada cabilla. ¡Una vez, otra y otra más! Y a cada golpe el hierro daba en hueso. Enseguida unas manos fuertes y enrabietadas consiguieron sujetarle; unos minutos después el *Pareek*, un velero de buena estampa, navegaba inmerso en su propia tormenta, a una milla del lugar donde el recio marinero y el joven grumete habían finalizado su primera amistad y comenzado una nueva, una amistad que siempre duraría en «los palacios y los vientos de Dios».

Jesson había matado a dos marineros con sus propios puños mientras luchaba por su vida. El resto de los hombres —ambas guardias estaban implicadas— los arrojaron por la cubierta y después reportaron que habían sido arrastrados por la misma ola que se había llevado a Jesson y al muchacho. Y también achacaron a la misma causa las heridas que habían recibido durante la pelea.

Y mientras la noche intercambiaba susurros con las aguas profundas, en el castillo de proa, a la luz de una lámpara de sebo, los marineros jugaban a las cartas sin ningún remordimiento…

—Mañana tendremos buen viento —decían.

¡Y así fue! Por alguna extraña y brutal casualidad del Destino, *lo tuvieron*.

Pero de alguna manera, gracias al instinto de los hombres que han pasado largas temporadas navegando entre vientos y mares, tanto el primer oficial como el capitán empezaron a sospechar de lo que habían dicho los hombres, aunque no podían probar nada en su contra. Y a causa de sus sospechas sometieron a la tripulación a tan arduas tareas que, cuando llegaron a San Francisco, todo el mundo recogió su petate de marinero, cobró su paga y salió pitando del barco.

Pero en los embrujados y salobres castillos de proa de los viejos veleros por los que se dispersaron, narraban su historia a otros marineros supersticiosos y predispuestos, y todos aquellos ignorantes estúpidos siempre asentían muy serios y sin ningún tipo de arrepentimiento.



Ilustración de Guncher T. Schulz

LINGOTES

Era una noche oscura en mitad del Océano Pacífico. Yo ejercía de segundo oficial en uno de los veloces *clipers* que hacían la ruta de Londres a Melbourne durante la época de las grandes explotaciones de oro en Bendigo[70]. Soplaba una brisa fresca, y yo paseaba enérgicamente de un lado a otro por el costado de sotavento del puente, intentando mantenerme en calor, cuando el capitán surgió de la escalerilla que daba a los camarotes y se unió a mi ronda.

—Señor James, ¿cree usted en los fantasmas? —preguntó bruscamente, tras varios minutos de silencio.

—Bueno, señor —contesté—, siempre he tenido una mente abierta, así que no podría definirme como un escéptico total; aunque pienso que la mayoría de las historias de fantasmas tienen una explicación lógica.

—Bien —replicó con voz extraña—, alguien susurra en mi camarote por la noche. El asunto está empezando a disgustarme bastante. He aguantado en el aposento desde que zarpamos, pero le voy a decir algo, señor James, creo que es más saludable quedarse en la popa.

—¿Qué quiere decir con eso de susurrar, señor? —le pregunté.

—Pues eso mismo —dijo—, que alguien susurra en el interior de mi camarote. A veces muy cerca de mi cabeza, y otras por aquí y por allá y por todos lados… en el aire, ya sabe.

Entonces, repentinamente, se detuvo y me miró como si estuviera decidido a contarme lo que le rondaba la mente.

—¿Cuál fue la causa de la muerte del capitán Avery durante la anterior travesía? —preguntó con franqueza y rotundidad.

—Nadie lo sabe, señor —contesté—. Simplemente se puso enfermo y falleció.

—Bueno —dijo—, pues no pienso volver a dormir en su camarote. No tengo ningún interés especial en ponerme enfermo y fallecer. Si quiere podríamos intercambiar nuestros respectivos camarotes, ya que usted no parece tener problemas con las supersticiones.

—Claro, señor —respondí, medio complacido medio intimidado.

Aunque pensaba que no había nada por lo que preocuparse en las maneras y fantasías del capitán —a pesar de que acababa de tomar el mando del navío en Melbourne, ya de vuelta a casa—, también me había dado cuenta de que no se trataba en absoluto de una persona débil. De manera que, como pueden imaginarse, tenía una cierta sensación de desasosiego que se mezclaba con mi curiosidad por saber qué era lo que tanto había alterado los nervios del capitán Reynolds.

—¿Quiere que duerma esta misma noche en su camarote, señor? —pregunté.

—Bueno —dijo con una risita—, cuando vaya abajo me encontrará acurrucado en su litera, así que tendrá que decidir entre mi camarote o la mesa del comedor —y con

esto dio por concluida la charla.

—Cerraré la puerta con llave —añadí—. No voy a dejar que nadie me gaste una broma. Supongo que puedo rebuscar por todo el camarote.

—Haga lo que le plazca —fue su única respuesta.

Una hora después, el capitán me abandonó y fue abajo. Cuando llegó el primer oficial a relevarme, a las ocho campanadas, le dije que iba a mudarme a los aposentos del capitán, así como el motivo de tal acción. Para sorpresa mía, el primero replicó que jamás se le ocurriría dormir en aquel sitio, ni por todo el oro que había en el barco; así que terminé diciéndole que era un viejo marino supersticioso. Mas él se reafirmó en sus opiniones, y yo me marché y le dejé allí plantado.

Cuando entré en el camarote, descubrí que el capitán había ordenado al asistente que trasladara mi equipaje, así que no tenía nada que hacer excepto tumbarme en la litera, lo cual hice después de echar una buena mirada alrededor y cerrar la puerta con llave.

Dejé la lámpara a media luz, con la intención de permanecer un rato despierto y vigilante; pero me quedé dormido sin darme cuenta, y tan sólo desperté cuando el grumete golpeó mi puerta para informarme de que acababa de sonar una campanada.

Durante tres noches dormí como un niño y me burlé del capitán, asegurándole que me había correspondido la mejor parte del acuerdo; pero él seguía firme en su decisión de no volver a dormir en semejante lugar, y me dijo que, ya que estaba tan a gusto, podía quedarme para siempre con su camarote.

Y entonces, durante la cuarta noche —y como seguramente esperaban—, algo sucedió. Había ido abajo tras la guardia de media, y me había quedado dormido con la misma facilidad de siempre, casi antes de que mi cabeza se posara en la almohada. Entonces me desperté bruscamente a causa de un extraño ruido que, en apariencia, sonaba muy cerca de mí. Me quedé completamente inmóvil y alerta, con el corazón un poco acelerado, aunque tranquilo y dispuesto a todo. En ese momento lo escuché perfectamente: se trataba de un susurro incierto y vago, como si algo o alguien se inclinara hacia mí desde atrás y susurrara unas palabras ininteligibles muy cerca de mi oreja. Me di la vuelta con brusquedad y miré por todas partes, pero la cabina estaba completamente vacía.

Entonces me incorporé, permanecí en silencio y me puse a escuchar atentamente. Durante varios minutos la calma fue absoluta; y luego, repentinamente, volví a escuchar aquel susurro desagradable e impreciso que ahora parecía venir de la zona central del camarote. Me quedé allí sentado, con los nervios a flor de piel; entonces salté de la litera en silencio y me encaminé sigilosamente hasta la puerta. Permanecí quieto y alerta junto a la cerradura, pero al otro lado del umbral no había nadie. Corrí hacia los ventiladores y los apagué, también me aseguré de que los ojos de buey estuvieran completamente cerrados, de manera que no hubiera ningún espacio por el que alguien pudiera enviar su voz, aun suponiendo que hubiera alguien lo suficientemente idiota como para dedicarse a perpetrar una broma tan estúpida.

Después de haber realizado todas estas acciones preventivas, volví a guardar un silencio absoluto; en dos ocasiones escuché los susurros yendo de un lado a otro de la estancia, como si algo invisible o fantasmagórico vagabundeara por los rincones intentando hacerse escuchar.

Como pueden suponer, el asunto estaba empezando a superarme, ya que había rebuscado por todas las esquinas del camarote y me daba la sensación de que había algo realmente sobrenatural en los ruidos que había escuchado. Cogí mis ropas y empecé a vestirme, ya que, después de todo lo acontecido, me sentía inclinado a considerar seriamente la sugerencia del capitán acerca de la mesa del comedor. Ya ven, necesitaba dormir un poco, pero me resultaba del todo inimaginable el verme inconsciente en aquel camarote, con ese extraño sonido vagabundeando de un lado a otro; estando despierto —creo poder afirmar con toda rotundidad—, no sentiría excesivo miedo, pero pensar que me iba a abandonar a la inconsciencia de un sueño profundo con aquel fenómeno extraordinario revoloteando a mi alrededor era algo que no podía soportar.

Y entonces, como en un destello, un pensamiento me vino a la mente. ¡Los lingotes! Transportábamos de vuelta a casa treinta mil toneladas de oro en lingotes, y todos se encontraban en un compartimiento especial de madera que se había habilitado en el centro del lazareto, justo debajo del camarote del capitán. ¿Y si alguien estaba intentando hacerse con el tesoro, mientras nosotros nos dedicábamos a pensar estúpidamente en fantasmas, cuando, quizás, aquellos extraños sonidos procedían del compartimiento de abajo? Pueden hacerse una idea de cuánto me afectó este pensamiento, y, en mi estado, no me detuve a pensar lo poco probable que era, así que tomé mi lámpara y fui a ver al capitán inmediatamente.

Se despertó enseguida y, tras escuchar mis argumentos, me dijo que aquello le parecía completamente absurdo; sin embargo, la mera posibilidad de que hubiera algo de cierto en el asunto, le hizo sentir lo suficientemente intranquilo como para bajar al lazareto en mi compañía y comprobar las cerraduras del habitáculo temporal que albergaba los lingotes.

No se molestó en vestirse, simplemente enfundó sus pies en unas zapatillas blandas, tomó la lámpara y abrió la marcha delante de mí. La entrada al lazareto consistía en una trampilla que se abría debajo de la mesa del comedor y que estaba perfectamente cerrada. Tras franquearla, el capitán bajó alumbrándose con el farol, y yo le seguí en silencio calzado con mis calcetines de franela.

Nos detuvimos al final de la escalerilla, y el capitán levantó la lámpara y enfocó su luz por todos los rincones. Luego se encaminó al recinto cuadrangular donde se levantaba el habitáculo para los lingotes, justo en el centro de la habitación, y ambos examinamos las cerraduras de la puerta, que, por supuesto, nadie había tocado; entonces empecé a pensar que mis temores habían sido completamente infundados. Justo en ese momento, mientras permanecíamos en el más absoluto silencio, escuchando los crujidos y lamentos de los mamparos de madera, volvimos a captar

aquel sonido; una especie de susurro cercano que iba misteriosamente de un lado a otro, que desaparecía entre los quejidos de la madera y que volvía a dejarse oír claramente, ora procedente de un sitio, ora de otro.

Experimenté una extraordinaria sensación de miedo supersticioso; pero el capitán, en cambio, se vio afectado de una manera completamente distinta, ya que se puso a decir, en voz muy baja, que había alguien dentro del cuarto de los lingotes y, acto seguido, empezó a romper con energía los sellos del recinto. Luego, muy despacio, descorrió los cerrojos y, tras recomendarme que mantuviera en alto la lámpara, abrió la puerta de par en par. Pero en el compartimiento no había nada exceptuando las hileras de lingotes cuidadosamente apilados, sellados y numerados, que ocupaban la mitad del recinto.

—¡No hay nadie! —voceó el capitán, mientras me arrebataba la lámpara.

Acto seguido, iluminó los números de serie de las filas y exclamó con brusquedad:

—¡El decimotercero! ¿Dónde está el decimotercero? El que lleva el número trece.

Tenía razón. Faltaba el lingote que debía estar entre el número doce y el catorce. Nos dedicamos a contar y verificar todos los números de los lingotes. No faltaba ninguno, desde el uno hasta el sesenta, exceptuando el ya mencionado número trece. De algún modo, mil onzas de oro habían sido sustraídas de aquel recinto sellado.

Con gran nerviosismo, pero prestando suma atención, el capitán y yo examinamos detenidamente todo el compartimiento; era patente que cualquiera que hubiera entrado lo tenía que haber hecho por la puerta sellada. Acto seguido, el capitán se dirigió afuera y, tras revisar los candados varias veces sin descubrir señales de que hubieran sido forzados, cerró y volvió a sellar la puerta. Entonces se le ocurrió algo y me dijo que me quedara al lado de la entrada mientras él subía al comedor.

En unos minutos regresó acompañado del sobrecargo, armados ambos y portando sendos faroles. Se acercaron en silencio, quedándose a mi lado mientras examinaban con sumo cuidado los viejos candados y la puerta. A una señal del sobrecargo, el capitán quitó los candados y abrió la puerta. Mientras la abría, el sobrecargo se dio la vuelta bruscamente y miró hacia atrás. Yo también lo oí… un susurro débil que flotaba en el aire y que desapareció rápidamente entre los crujidos de la madera.

El capitán también había escuchado el sonido, y permanecía estático en el umbral de la puerta con el farol en alto, alerta y sosteniendo en su mano derecha el revólver listo para disparar, ya que le había dado la impresión de que el susurro procedía del compartimiento de los lingotes. Sin embargo, el recinto estaba vacío, tal y como lo habíamos dejado unos minutos antes; además, era imposible que allí pudiera subsistir cualquier criatura viviente. El capitán se acercó al sitio en el que faltaba el lingote y se lo señaló al contramaestre. Entonces el capitán lanzó un extraño juramento y se quedó quieto mientras el contramaestre y yo nos inclinábamos hacia delante para ver qué nuevo incidente había tenido lugar. Cuando descubrí lo que estaba mirando el capitán entenderán el desconcierto que me invadió, ya que ahí mismo, delante de sus

narices y en el lugar correspondiente, estaba de nuevo el lingote número trece, tal y como siempre debía haber estado.

—Deben haber estado soñando —dijo el contramaestre lanzando una carcajada de alivio—. ¡Por Dios que me han dado un buen susto!

En cuanto a nosotros, tanto el capitán como yo mismo, nos quedamos pasmados mirando primero el reaparecido lingote y luego el uno al otro. Fuimos incapaces de encontrar una explicación lógica al incidente. Tan sólo estaba seguro de una cosa: que el lingote no se encontraba allí unos minutos antes. Y sin embargo, ahí estaba, sellado, lacrado y apiñado con los demás, como si siempre hubiera permanecido en su sitio desde que fuera embarcado bajo la supervisión del oficial.

—¡Ese lingote no estaba ahí un par de minutos antes! —exclamó el capitán. Apartó el cabello que le caía por la frente y volvió a mirar el lingote—. ¿Estamos soñando? —preguntó al fin, y se giró para mirarme.

Tocó el lingote con el pie y yo lo hice con la mano; pero no se trataba de un espejismo, y lo único que pudimos conjeturar, a pesar de lo que habían visto nuestros ojos, es que habíamos cometido un asombroso error.

Me volví hacia el sobrecargo.

—¿Y el susurro? —dije—. ¡*Usted* escuchó el susurro!

—Sí —intervino el capitán—. ¿Qué fue eso? Ya le dije que estaba sucediendo algo extraño. ¡O eso o estamos locos!

El sobrecargo nos miró desconcertado mientras asentía con la cabeza.

—Algo he oído —dijo—. Pero lo más importante es que todos los lingotes están en su sitio. Supongo que, a partir de ahora, organizará una guardia en el recinto.

—¡Sí! ¡Por Júpiter! —exclamó el capitán—. ¡El primer oficial y yo dormiremos al lado del bendito oro hasta que lo desembarquemos en la ciudad de Londres!

Y así lo hicimos. Tan grande era la sensación de que algo amenazaba al tesoro que los tres oficiales nos turnamos para hacer guardia dentro del compartimiento de los lingotes, a pesar de que teníamos que estar encerrados con el oro. En consecuencia, el capitán tuvo que echar mano de los suboficiales para que le acompañaran en la guardia de cubierta, mientras que el contramaestre rondaba de un lado para otro, durante las veinticuatro horas del día, vigilando que ni un ratón entrara o saliera sin ser visto del habitáculo destinado a los lingotes. Además, había ordenado que el carpintero examinara la cubierta, tanto por su parte inferior como por la superior, cada veinticuatro horas, de manera que jamás hubo un tesoro tan escrupulosamente guardado como el que nosotros transportábamos.

En cuanto a los oficiales, una vez hubo pasado la excitación ante la posibilidad de que pudiera producirse un robo, pronto empezamos a sentirnos enfermos a causa de nuestro cometido. Y cuando, como a veces sucedía, nos aterraba aquel susurro extraordinario, sólo la férrea energía y autoridad del capitán conseguía que siguiéramos soportando la constante incomodidad y falta de sueño que sufríamos, ya que, cada hora, el vigía que se encontraba fuera del recinto de los lingotes tenía que

dar dos golpes en las tablas de madera del compartimiento, y el oficial que estaba dentro dormitando debía levantarse, echar un vistazo y golpear otras dos veces en respuesta, dando a entender que no había ningún problema.

En determinadas ocasiones llegué a pensar que seguíamos este proceso completamente dormidos, ya que, cuando terminaba mi guardia y subía a cubierta, no recordaba haber contestado a los golpes del vigilante exterior, aunque, tras preguntarle disimuladamente sobre el tema, siempre me decía que sí lo había hecho.

Y entonces, una noche en la que me tocaba dormir dentro del compartimiento de los lingotes, se produjo un hecho realmente extraño. Algo debía haberme despertado durante el intervalo en el que el vigía exterior no tenía que golpear las tablas, ya que me desperté bruscamente, incorporándome a medias con la sensación de que algo no iba del todo bien. Como en un sueño, miré a mi alrededor, luchando desesperadamente contra la modorra. Todo parecía normal, pero cuando miré las hileras de lingotes, descubrí un espacio vacío en medio: algunas de las barras habían desaparecido.

Me quedé mirando todo aquello completamente pasmado, como a veces sucede cuando alguien se despierta aún adormecido, sin saber a ciencia cierta si lo que está contemplando es real. Incluso mientras miraba volví a quedarme amodorrado, aunque me desperté al instante y me puse a observar los lingotes de nuevo. Entonces pensé que debía haber estado aturdido o medio inconsciente, ya que ahora no faltaba ningún lingote, y acto seguido, como pueden imaginar, volví a dejarme llevar por el sueño con una sensación de reconfortante agradecimiento.

Cuando finalicé mi «guardia del tesoro», que es como habíamos acabado llamándola, describí al capitán el extraordinario sueño que había tenido. Entonces decidió bajar al compartimiento de los lingotes y examinarlo en profundidad; también le hizo muchas preguntas al velero, que era a quien le había correspondido estar de guardia en el exterior aquella noche. Pero el hombre dijo que no había visto nada extraño, tan sólo que le había parecido escuchar aquel curioso susurro desplazándose por los rincones del lazareto.

Y así fue transcurriendo aquella singladura, envuelta en una peculiar sensación de misterio, vaga e indefinida, y a todos nos daba por pensar cosas que no nos atrevíamos a poner en palabras. En otras ocasiones lo único que sentíamos era un profundo agotamiento, y el deseo de arribar pronto a nuestro destino, olvidarnos de todo y volver a la normalidad en cualquier otro barco. Incluso los pasajeros —muchos de los cuales eran mineros que volvían a casa— estaban contagiados por la extraña atmósfera de incertidumbre a la que daban lugar nuestras continuadas guardias en el compartimiento de los lingotes, ya que muchos se habían enterado de que llevábamos a cabo una vigilancia especial de aquel recinto, y de que estaban teniendo lugar ciertos hechos inexplicables. Pero el capitán rechazó todos sus ofrecimientos de ayuda, prefiriendo siempre que sus hombres se ocuparan del tesoro, como bien se pueden imaginar.

Por fin llegamos a Londres y fondeamos en sus muelles, y entonces sucedió lo más extraño de todo. Cuando llegaron los interventores del banco para hacerse cargo del oro, el capitán los hizo bajar al compartimiento de los lingotes cuyo recinto exterior estaba siendo vigilado en esos momentos por el carpintero, mientras que el primer oficial, como era norma, permanecía encerrado dentro.

El capitán les dijo que nos habíamos visto obligados a tomar unas precauciones desacostumbradas y rompió los sellos. Pero, cuando abrieron la puerta, el primer oficial no contestó a los llamamientos del capitán, y siguió tumbado muy quieto al lado de los lingotes. Tras examinarle detenidamente se vio que estaba muerto, aunque su cuerpo no mostraba ninguna marca o señal que indicara una muerte antinatural. Tal y como el capitán me dijo un poco después:

—¡Otro caso de alguien que enferma y se muere sin más! ¡No volveré a navegar en este cascarón por mucho que me ofrezcan los armadores!

Los interventores examinaron el oro y, tras verificar que todo estaba en orden, lo desembarcaron para llevárselo al banco; vi desaparecer el último lingote con una inenarrable sensación de alivio. Sin embargo, me equivocaba totalmente, ya que una hora más tarde, mientras me encontraba supervisando la descarga de una pesada mercancía, se produjo una llamada del banco comunicándonos que todos los lingotes eran simples moldes de plomo pintado, y que ninguno debíamos abandonar la nave hasta que no se realizara una detallada investigación y todos fuéramos interrogados. Las pesquisas fueron muy rigurosas, y se registraron exhaustivamente todos los camarotes y objetos personales, recorriéndose el barco de un extremo a otro; pero no se encontró rastro del oro por ningún lado, y cuando uno se ponía a pensar que allí había habido cerca de una tonelada de dicho metal, resultaba harto difícil concebir dónde diablos podría estar escondido.

Se prohibió desembarcar a todos los que querían bajar a tierra, y yo seguí supervisando la descarga de las mercancías que transportábamos, tal y como había estado haciendo cuando recibimos el aviso del banco. Y durante todo el tiempo que estuve concentrado en mi tarea no pude dejar de sentirme completamente anonadado. ¿Cómo alguien podía robar casi una tonelada de oro en lingotes de una habitación estrechamente vigilada? Recordé todas las cosas extrañas que había oído, visto y sentido. ¿Acaso había algo sobrenatural a bordo de aquel buque? Mi lógica se negaba a admitirlo. Seguramente existía una explicación razonable y natural al misterio.

De repente tuve que dejar a un lado mis especulaciones, ya que el encargado de la grúa del muelle había dejado caer una mercancía de manera violenta, mientras un personaje con aspecto de caballero le maldecía por su torpeza. Justo entonces se me ocurrió una posible explicación al misterio, y decidí asumir los riegos de verificar si mi teoría era cierta.

Salté al muelle y le grité al encargado de la grúa que tuviera más cuidado en su cometido.

—Sí, sí, señor —contestó.

Luego, apenas en un susurro, le dije:

—No haga caso de mis juramentos, Jimmy. Deje que el siguiente bulto caiga violentamente sobre el empedrado. Asumo cualquier responsabilidad si se rompe.

Luego me aparté un poco y dejé que Jimmy realizara su cometido. El siguiente cajón fue subido a cubierta y luego Jimmy le anudó un cabo y tiró del cabestrante con violencia. Entonces aflojó la tensión y dejó que la cuerda se deslizara por el bolardo. La caja se precipitó desde una altura de nueve metros, rompiéndose en mil pedazos sobre el muelle.

Cuando se disipó la polvareda, oí los gritos y maldiciones del caballero que observaba la maniobra, aunque no le presté la menor atención, ya que, entre los tablones destrozados del enorme cajón, descubrí varios de los lingotes que estaban desaparecidos.

Cogí mi silbato y llamé a uno de los grumetes. Cuando vino le ordené que fuera al muelle y avisara a la policía. Después fui en busca del capitán y del tercer oficial, que bajaban corriendo hacia el malecón, y les puse al corriente de lo que había sucedido. Fueron a toda prisa hacia el carromato en el que se habían cargado el resto de las cajas y, con la ayuda de algunos hombres, las volvieron a depositar sobre el muelle. Pero cuando regresaron para hablar con el caballero que había estado observando la descarga del oro robado, no consiguieron encontrarle por ningún sitio, así que los policías no pudieron hacer nada al respecto, excepto vigilar los lingotes recuperados, de los que puedo manifestar felizmente que no faltaba ninguno.

Más adelante, tras un estudio más detallado de los hechos, pudimos deducir cómo se había realizado el robo; ya que, cuando desmontamos el compartimiento temporal en donde habían estado depositados los lingotes, descubrimos un panel deslizante y oculto que había sido practicado en el extremo opuesto a donde estaba situada la puerta. Este hallazgo hizo que nos fijáramos en el canal de ventilación de madera que iba desde la cubierta hasta la bodega inferior. Y entonces tuvimos la clave que desvelaba todo el misterio.

Evidentemente había un puñado de ladrones a bordo del barco. Habían fabricado los cajones antes de embarcar, los embalaron con los lingotes falsos en su interior, y los sellaron y numeraron exactamente de la misma manera que los originales. En Melbourne fueron cargados en la bodega junto al resto de las mercancías, bajo la etiqueta de «muestras». Luego, alguien de la banda debió comprar al carpintero que construyó el compartimiento de los lingotes, prometiéndole cierta cantidad de oro si confeccionaba el panel secreto en el extremo opuesto de la puerta. Entonces, mientras estábamos en alta mar, los ladrones se las arreglaron para ir a la bodega inferior deslizándose por una de las escotillas de proa y, tras abrir sus propias cajas, empezaron a cambiar los lingotes falsos por los verdaderos, escalando hasta el canal de ventilación que el carpintero se las había arreglado para ocultar con un par de tablones que se abrían a ambos lados, justo en el extremo opuesto del panel secreto situado en el compartimiento de madera que albergaba los lingotes.

Sin duda fue una tarea sumamente lenta, y el extraño susurro que fluctuaba de un lado a otro había viajado a través del canal de ventilación que pasaba justo al lado del camarote del capitán, bajo la apariencia de una pilastra ornamental que sostenía las vigas del techo. Fueron precisamente estos sonidos los que nos llevaron al capitán y a mí a investigar la bodega inferior, y estuvimos a punto de pillarlos, de manera que no tuvieron tiempo para reemplazar el lingote decimotercero con su falso gemelo.

Creo que no queda mucho más por explicar. Apenas albergo dudas de que las extraordinarias precauciones que adoptó el capitán pusieron las cosas extremadamente difíciles a los ladrones, y que sólo pudieron continuar su tarea cuando el carpintero estaba de guardia en el exterior. También me resulta bastante obvio que alguien tuvo que introducir alguna especie de droga volátil en el compartimiento de los lingotes para asegurarse de que el oficial de guardia no se despertara en un momento inoportuno; de manera que, la vez que me desperté medio atontado, debía estar bajo los efectos de la droga, y *sí era cierto* que faltaban algunos de los lingotes. Con toda seguridad fueron reemplazados en cuanto volví a caer dormido. El primer oficial debió fallecer tras una prolongada exposición a la droga.

Creo que no queda más por decir acerca de este incidente. Quizás, a usted le gustará saber que fui generosamente recompensado por resolver el misterio. Además, tras el suceso, fui capitán de este mismo barco durante muchos años. Así que, en conjunto, las cosas no me fueron nada mal.



Ilustración de Gunther T. Schulz

PIADOSO RESCATE

I

El capitán Mellor, que estaba comerciando por las costas del Mar Adriático, había desembarcado en uno de esos pequeños puertos que, con tanta frecuencia, se ven inmersos en las continuas guerras que asolan los países balcánicos. Había pasado la noche en tierra con un amigo empresario desde cuyo mirador, techado de esteras de carrizo, se tenía una maravillosa vista de los rojos tejadillos del pueblecito, más allá de los cuales se podía distinguir su propio navío, anclado en la bahía entre una docena más de embarcaciones.

De las montañas que se erguían a su izquierda llegaba cada cierto tiempo el monstruoso rugido de un cañón de grandes proporciones. Durante días se había librado una feroz batalla. A ratos, el retumbar de los cañonazos se entremezclaba con un gruñido más tenue, aunque continuo, producido por el restallido de los rifles al ser disparados desde el fuerte que se ocultaba tras las últimas elevaciones de las colinas, que descendían hasta el mar en una curva de la costa.

Cada vez que se oían los disparos desde el fuerte, el capitán Mellor sentía cómo temblaba la silla metálica en la que estaba sentado y cómo se sacudían y tamborileaban las ventanas que se encontraban a su espalda. Incluso las hojas medio verdosas medio plateadas de los olivos que rodeaban la casa parecían estremecerse singularmente en el aire vivo y palpitante.

De repente se incorporó de la silla, con la taza de café a medio camino de sus labios. A través de la atmósfera de la mañana oriental llegaron a sus oídos los gritos agónicos de un muchacho.

Se puso enfermo mientras escuchaba con increíble claridad aquel lamento espantoso.

Se había negado a bajar al pueblo para contemplar la carnicería que las autoridades habían intentado disimular calificándola como una mera ejecución legal, aunque su amigo, un sujeto de origen francés, sí se había unido a los curiosos que observaban la escena. Pero sabía, por los gritos que llegaban hasta él, que el castigo se estaba llevando a cabo y que veinte de los cuarenta jóvenes enemigos, que habían sido capturados el día anterior sin el uniforme militar —un grupo de irregulares cuyo lema era «muerte o gloria»—, estaban siendo ajusticiados.

Y así, una hora más tarde, sentado en el tranquilo mirador rodeado de olivos, con la modorra y el sosiego del aire matutino envolviéndole, el capitán Mellor escuchó de su huésped la narración del ajusticiamiento.

—Y mañana —sentenció— los otros veinte serán ejecutados, dicen.

—¡No, no lo serán! —exclamó el capitán Mellor.

Se levantó de un salto de la silla, se enjugó el sudor de la frente con su pañuelo rojo de algodón y se volvió a sentar.

El francés se encogió de hombros. Siguió narrando su historia de horror y valentía hasta que al fin el capitán le interrumpió.

—Si no te gustan este tipo de cosas tenías que haberte mantenido al margen —le dijo—. Yo las aborrezco, así que no he ido. Después de todo, espero que esos locos hayan aprendido la lección.

—Pero *monsieur… ¡Sapristi*! Es espantoso hablar de esa manera.

La insensibilidad de su amigo le había conmocionado, y el horror volvió a apoderarse de él con renovadas fuerzas; pero el capitán Mellor se abstuvo de mostrar ningún tipo de simpatía. Sin embargo, aún aparentando que no estaba muy interesado, se las arregló para sonsacar al francés cierta cantidad de información sobre unos aspectos muy concretos.

Descubrió, por ejemplo, dónde estaba encerrada la segunda tanda de prisioneros. Y en qué condiciones se los vigilaba. Y un par de detalles más que tenían que ver con el asunto.

—Bien —dijo al fin—, terminemos con nuestros negocios. Me haré a la mar esta noche.

Más tarde, aquel mismo día, los dos hombres bajaron hasta el pueblecito y dieron un paseo por la plaza pública repleta de palmeras, lugar en el que se erguía un bajo patíbulo listo para ser utilizado a la mañana siguiente.

Con la misma crueldad de los países orientales —ya que incluso el Cercano Oriente está tocado con esa falta de compasión y piedad por las cosas—, el cadalso no era más que uno de esos escenarios de madera que se usaban en la villa para albergar su media docena de festejos anuales.

Cuando el capitán Mellor lo vio, el frontal estaba revestido de esos negros pañuelos que los lugareños tenían por costumbre colgar en sus puertas en señal de duelo por la muerte de alguien. Y encima de la plataforma se encontraba una multitud de aldeanos de todas las edades, que permanecían allí con una especie de placer morboso, justo en el mismo lugar en el que aquellos muchachos habían encontrado la muerte unas horas antes.

—Vamos —dijo el capitán a su amigo—, todo esto me pone enfermo.

Arrastró a su amigo hasta la línea de la costa, donde se encontraba el ayuntamiento. Un poco más allá del embarcadero se erguía un alto edificio, cuyo exterior era vigilado por un cuerpo de guardia con los fusiles en ristre.

—Ahí arriba —dijo el francés—, ahí arriba, donde esté esa ventana enrejada. ¡La habitación más alta del recinto!

—Lo siento por ellos —replicó el capitán insensible—. Pero supongo que mañana a estas horas ya no les importará.

—¡Ay! —exclamó su amigo—. Eres el hombre más cruel de todos los que he

conocido.

Sin embargo, aquella misma noche, cuando el capitán Mellor embarcó en el bote que le llevaría de regreso a su nave, había recopilado tal cantidad de información sobre la geografía local que, de saberlo, su amigo se habría quedado totalmente sorprendido. Gracias a sus crueles comentarios había ido estimulando al pequeño francés para que le contara cualquier detalle que tuviera que ver con los veinte prisioneros que iban a ser ajusticiados al día siguiente. El francés no había escatimado explicaciones y pormenores, con la única intención de despertar algún tipo de compasión en el inglés.

Y en todo momento el capitán Mellor había encogido sus grandes hombros y respondido con la mayor crueldad. Pero estaba atento a todo y mantenía alerta su mirada, a pesar de que escuchaba con atención la enorme cantidad de detalles con los que su amigo se empeñaba en inundarle.

Había sido el francés el que le había sugerido que fueran a visitar a los prisioneros. Conocía al oficial al mando y estaba seguro de que se le daría permiso para entrar. El capitán no mostró el más mínimo interés, pero se dejó arrastrar hasta la prisión. Una vez allí, y tras una breve charla, su amigo, con el permiso del oficial y acompañado por uno de los guardias, le invitó a acercarse a las celdas y ver a «los pájaros».

¡Jamás olvidaría el capitán lo que contempló! La celda se hallaba justo debajo del tejado y sus ventanas estaban firmemente cerradas. El suelo estaba cubierto de sucia paja y la mayoría de los prisioneros permanecían tumbados en silencio.

Ninguno alzó la mirada ni mostró la más mínima señal de interés. Casi ninguno llegaba a los dieciocho, y al menos la mitad eran niños de entre catorce y quince años. Algunos estaban heridos y mostraban toscos vendajes, y todos tenían señales de maltrato.

—Mañana a estas horas no quedará ni uno —dijo riendo el sargento en un dialecto vulgar, y arrojó la colilla encendida de su pitillo sobre las piernas desnudas de uno de los jóvenes—. ¡*Puag*! ¡Son como cerdos! ¡Vámonos! —añadió mientras se volvía para bajar las escaleras.

Y así, cuando el capitán Mellor pisó la cubierta del bote al atardecer, había archivado en su cabeza, gracias al uso de oídos y ojos, y a una cierta cantidad de buena suerte, las siguientes enseñanzas:

Sabía que los veinte reos estaban prisioneros en la habitación más alta del palacete de cuatro pisos que pertenecía al alcalde de la villa. El recinto se levantaba al lado de la carretera, y a su espalda ascendía una empinada escarpadura que, más al norte, desembocaba en una colina menguante de negra roca. Este acantilado se erguía a unos cinco metros de la parte trasera de la casa, llegando a una altura de más de treinta metros.

Con respecto al palacete, todas las ventanas de la planta superior estaban enrejadas y el tejado, al igual que el del resto de las casas del lugar, estaba hecho de

tejas rojas engarzadas a las vigas maestras.

El piso alto consistía en una única habitación a la que se accedía a través de la puerta situada al final de las escaleras. La puerta estaba forrada por la parte de adentro con una plancha metálica, y lo mismo se había hecho en las vigas interiores que sustentaban las tejas, de manera que ningún prisionero pudiera acceder a ellas y removerlas.

El piso que se encontraba justo debajo de los reos tampoco tenía ninguna separación, y se utilizaba provisionalmente como habitación de la guardia; siempre había allí tres soldados mientras que el cuarto montaba guardia en la entrada principal del palacete. Los pisos inferiores estaban destinados a oficinas y centro de operaciones de las autoridades militares.

El guardia de la entrada principal era relevado cada dos horas, y se daba de comer a los prisioneros por la mañana y al atardecer; tanto de día como de noche se hacía un recuento de los reos cada vez que cambiaba el turno de guardia.

De toda esta enorme cantidad de información que el capitán Mellor había acumulado se puede deducir que se las había ingeniado bastante bien para aprovecharse de la inagotable volubilidad de su amigo y de la breve visita a la prisión.

Cuando subió a bordo del navío hizo saber al jefe de máquinas que requería su presencia.

—¿Nos vamos, George? —preguntó el maquinista mientras accedía al camarote del capitán—. Estoy deseando zarpar. ¡Bestias asesinas! ¿Has visto el espectáculo de esta mañana?

El capitán Mellor negó con la cabeza.

—¿Estuviste allí, Mac? —se interesó.

—¡Sí, lo estuve! —contestó el jefe de máquinas—. Fue muy desagradable. He visto colgamientos y decapitaciones. ¡Los muy animales! Te aseguro que me costó muchísimo no intervenir. ¡Muchísimo!

—Mac —dijo el capitán—, hay veinte muchachos más. Los van a ajusticiar de la misma forma a la mañana siguiente. ¿Estarías dispuesto a evitarlo?

—¡Pero no puedes pararlo, George; a no ser que dispongas de todo un regimiento de buenos soldados que sean capaces de derrocar a esos diablos y prender todo el maldito lugar! —respondió el maquinista.

—Mac —insistió el capitán Mellor—, he visto a los prisioneros. He estado con ellos en lo alto de esa habitación sucia y apestosa. El francés conoce al oficial de guardia y pude entrar dentro. Pude ver los accidentes y recovecos de la costa, y en todo momento les di a entender al pequeño francés y al oficial de guardia que aquella escoria debía ser borrada de la faz de la tierra. Nunca sospecharán de mí si consigo liberar a esos desgraciados, Mac.

»Actué como si no tuviera el más mínimo interés, pero vi todo lo que había que ver. Es la última casa hacia el norte, y el acantilado no tiene más de cinco metros de

altura por la parte trasera del edificio. Pero las ventanas están enrejadas. Un buen pedazo de cuerda de manila de varios centímetros de grosor, un motón, una percha corta y una lima, y un par de hombres para echarme una mano, y mañana a estas horas navegaré mar adentro con todos esos desgraciados. Les desembarcaré en un lugar amigo y taparé el nombre del barco. ¿Te apuntas, Mac?

—¿Y qué pasará si nos cogen, George? —preguntó el jefe de máquinas—. ¡Me temo que no van a ser demasiado misericordiosos!

—Supongo que nos dispararán si nos descubren —contestó el capitán—. ¿Estás dispuesto a correr el riesgo?

—Una lima no va a ser suficiente para cortar esos barrotes, George —dijo el maquinista—. Harías bien en tener el suficiente sentido común para llevar contigo a un especialista, compañero. Me llevaré una sierra para metales y un poco de aceite, pero no creo que los barrotes sean nuestro principal problema. Hablaré con Alec. Estuvo conmigo y con el primer oficial esta mañana en tierra y le encantará echarnos una mano.

—¿Qué dijo el primer oficial de todo ese asunto, Mac? —preguntó el capitán Mellor.

—¡No demasiado! Pero ya conoces al Sr. Grey. Puso su mano y mi hombro y dijo que le agradecía a Dios haber nacido en Inglaterra, con lo cual estuve completamente de acuerdo, ya que yo también prefiero ser inglés que uno de esos de ahí fuera. Pregúntale. Me apuesto lo que sea a que está ardiendo en deseos por hacer algo útil, George.

—¿Tendrás a toda tu gente abajo, Mac, y las calderas listas para salir pitando? —preguntó el capitán Mellor—. Le diré al segundo que lo tenga todo dispuesto, de manera que podamos partir en cuanto regresemos.

—¡Claro! —respondió el jefe de máquinas con seriedad mientras se volvía para abandonar el camarote—. En cuanto regresemos, George. ¡Aunque es posible que tenga que esperar una eternidad hasta que llegue ese momento!

II

Dos horas después, una vez que la noche había caído sobre el Adriático envolviéndolo todo con un manto negro y silencioso, el capitán Mellor arrimó su bote al final del punto más bajo de la roca que se hundía y desaparecía en las profundidades del agua tranquila y cálida.

—Echa el anclote con cautela —dijo—. El sonido se transmite a grandes distancias en una noche como ésta. Cuidado ahora. Bien. Amárralo ahí. Que esté apartado de las rocas. Mac, salta con Alec a tierra y que uno de los dos sujete el cabo

mientras yo os paso las herramientas.

Diez minutos después los cuatro hombres estaban escalando por la ladera del acantilado; el capitán y el primer oficial llevaban una percha de unos nueve metros de largo, y los dos maquinistas una adujada de buena cuerda de manila de varios centímetros de diámetro, una polea y algunos instrumentos más característicos de su profesión. A sus espaldas, en la oscuridad, el bote de doble proa permanecía amarrado por la popa, mientras que la amura estaba rozando el acantilado por su zona más baja, de manera que, en caso de una huida precipitada sería muy fácil embarcar y retirar el anclote en el momento de saltar a bordo.

Después de caminar durante media hora llegaron a la parte de arriba del acantilado, justo detrás del edificio que servía de prisión.

—Con mucho cuidado ahora —musitó el capitán—. Manteneos lejos del borde mientras voy a echar un vistazo.

Dejó con cautela su extremo de la percha en el suelo y se adelantó en silencio.

—Sigamos —les dijo nada más regresar.

Cuando llegaron arrastrándose a la arista del acantilado, se dieron cuenta de que estaban justo encima del edificio prisión, y el capitán Mellor y el primer oficial se pusieron a trabajar para poder pasar la percha sobre el acantilado.

Mac y Alec habían partido unos minutos antes para buscar algunas rocas grandes en las que sujetar el extremo de la percha cuando todos pudieron escuchar el grito de una mujer a unos dieciocho o veinte metros.

—¡Silencio! ¿Qué es eso? —inquirió el capitán.

Al cabo de unos instantes el segundo maquinista llegó sin aliento.

—¡Por todos los santos, capitán, venga! —jadeó—. El jefe de máquinas ha atrapado a una mujer que estaba entre los arbustos y no hay forma de hacerla callar. No entendemos ni una palabra de lo que dice.

Enseguida los tres hombres echaron a correr entre la maleza en busca del maquinista y de la histérica mujer.

—¿Qué pasa? ¿Quién eres? —preguntó el capitán Mellor en el dialecto que se usa corrientemente en el norte de la isla de Euboe[71].

La mujer emitió un leve grito y, tras soltarse, se puso de rodillas ante él en medio de la oscuridad.

—¡Ay! —gimió—. Mataron a mi hijo mayor hoy. Mañana matarán al pequeño…

—¡Silencio! Deja ya de gritar —musitó el jefe de máquinas—. Vas a hacer que nos cuelguen a todos.

La mujer se abrazó a las piernas del capitán y empezó a suplicarle locamente. Mellor deshizo su abrazo y, tomándola por los hombros, la sacudió con fuerza aunque suavemente hasta que al final pareció volver a sus cabales, ya que se quedó en silencio al instante.

Entonces el capitán le explicó por qué estaban allí. Le hizo entender que estaba privando a su hijo de su única posibilidad de escape al gritar de aquella manera desde

lo alto del solitario acantilado en una noche tan calma, cuando cualquier sonido podía transmitirse fácilmente a grandes distancias.

—Considérame como un perro que puedes golpear o estrangular si hago el más mínimo sonido a partir de ahora —fue lo que ella contestó.

—Mataron a su hijo mayor esta mañana —explicó el capitán a los otros—. Al día siguiente matarán al más pequeño.

—¡Que Dios tenga piedad de ella! —dijo Mac—. Bueno, es posible que podamos salvar al otro.

—Seguro —respondió el capitán—. Le salvaremos, si Dios lo quiere. Y ahora, sigamos, todos juntos. ¡Sr. Grey, vamos con la percha!

Se volvió y habló con suavidad a la mujer, pidiéndole que buscara pequeñas rocas y se las trajera al borde del acantilado. Los dos maquinistas volvieron a la caza de grandes cantos rodados mientras el capitán Mellor se encaminó con el primer oficial al lugar donde habían dejado la percha.

Quince minutos después habían conseguido sujetarla a unos cuatro metros y medio sobre el borde del acantilado. La cuerda de manila de cinco centímetros de diámetro fue instalada en la polea en el extremo final y la parte del principio de la larga percha fue cubierta con un montón de pesadas rocas, de forma que pudiera soportar el peso de un hombre que se hallara en el otro extremo.

El capitán Mellor fue el primero en deslizarse por la percha, ya que tenía que contactar con los jóvenes y advertirles de que no hicieran ningún ruido ni gritasen al ver que alguien se ponía a serrar los barrotes de su prisión.

Fue deslizándose lentamente hasta que hizo pie en el alféizar de la ventana, acto seguido se agarró a uno de los barrotes y, con la mano libre, comenzó a golpear con mucha suavidad el cristal de la ventana.

El miedo había hecho que los jóvenes se hallaran en un estado de extrema sensibilidad. Al instante, las hojas de la ventana se sacudieron levemente como si alguien estuviera quitando la presilla. Muy despacio, y con gran sigilo, la ventana empezó a abrirse.

—Chist —susurró el capitán, y empezó a explicarles su plan. Antes de acabar, todos los integrantes del grupo estaban apiñados alrededor de la ventana.

—Y ahora, nada de ruidos —les advirtió—. ¿Cuándo es la ronda de la guardia?

Le dijeron que los guardias acababan de pasar, y, tras advertirles que se hicieran los dormidos si volvían a aparecer, hice una seña a los de arriba para que le subieran de nuevo.

—Todo está tranquilo —le dijo al jefe de máquinas—. Puedes bajarme ahora y yo me quedaré en el alféizar de la ventana y te lanzaré la bolina. Entonces podrás bajar y cortar los barrotes. Vamos, démonos prisa.

Cinco segundos más tarde Mac estaba a su lado con una pierna metida entre los barrotes para poder sujetarse, mientras que su peso era soportado por la bolina, de manera que podía usar ambas manos para su cometido.

—Y ahora, George —explicó—, quédate a mi lado con esa lata de aceite y en menos de quince minutos habré conseguido serrar dos de los barrotes. ¡Es hierro español de baja calidad! Mantequilla después de haber pasado un rato al sol. ¡Se podría cortar con las uñas!

Sin embargo, a pesar de lo que el maquinista denominó como hierro «español», los barrotes demostraron estar hechos de un metal razonablemente sólido, aunque la sierra de acero templado podía cortarlos con suma facilidad.

Pero había algo que no podía conseguirse con tanta sencillez, y eso era el silencio. El sonido de las «dentelladas» del pequeño serrucho llenaban la habitación y producían ecos a intervalos milimétricos, diabólicos y estridentes que resonaban en el «pozo» formado entre la parte trasera de la edificación y la ladera del acantilado.

El aceite resultó insuficiente para acallar los chirridos, y también el jabón, una pastilla que había traído el jefe de máquinas con la esperanza de disimular los ruidos producidos por la sierra. Pero había que cortar los barrotes lo más rápidamente posible, de manera que había que asumir el riesgo, al igual que habría que asumir todos los demás peligros que pudieran sobrevenir.

El jefe de máquinas había conseguido serrar un trozo de casi un metro de largo de uno de los barrotes y estaba con el segundo cuando sucedió lo que tanto temía el capitán Mellor. Se escuchó un súbito sonido de pisadas que subían por las escaleras que conducían a la prisión, y el joven que estaba más cerca de la ventana susurró con nerviosismo:

—Ya vienen. Ya vienen.

Mac también había escuchado el ruido de pasos. Dejó su tarea y se balanceó en silencio hasta ponerse en el costado de la ventana en el que se encontraba el capitán Mellor.

Las pisadas se encaminaron directamente hacia la puerta de la prisión y un haz de luz se dibujó por entre las rendijas.

—¡Rápido! —exclamó el capitán en el dialecto de la región, dirigiéndose al joven que estaba junto a la ventana—. ¡Toma!

Le dio el pedazo de barra que ya había sido serrada.

—Cierra la ventana y túmbate. Hazte el dormido. Si el guardia descubre algo dale con el hierro. Si no lo haces así *morirás*.

Se balanceó hacia un costado de la ventana mientras el joven la cerraba y cogió la bolina en la que Mac estaba sentado. Escuchó el ruido de la llave al maniobrar en la cerradura de la puerta mientras el joven terminaba de cerrar la ventana. Un instante de suspense y, acto seguido, un estallido de luz y el estruendo de la puerta al ser abierta de golpe y estrellarse en la pared de la derecha.

Los dos hombres que estaban mera sintieron que alguien entraba en la habitación y andaba entre los jóvenes prisioneros. Luego se escuchó un golpe sordo y un montón de gritos. El capitán apartó completamente su cuerpo del alféizar de la ventana, haciendo que su peso fuera soportado en parte por la cuerda y en parte por la puntera

de su bota derecha, la cual apoyaba en el extremo de la repisa.

Inclinándose un poco hacia la derecha pudo mirar dentro de la habitación y saber el porqué de aquel alboroto. El guardia, con una espada en una mano y una linterna en la otra, iba sacudiendo a los jóvenes con vigor mientras caminaba entre ellos.

—¿Qué diablos estáis tramando? —gruñó—. He oído ruidos. Mañana ya no podréis decir nada. ¡Mejor que lo hagáis ahora, cerdos!

Mas, al no escuchar ninguna réplica, sólo los lamentos de los jóvenes que yacían en el suelo al ser pateados brutalmente, pareció quedar satisfecho y decidió que no había motivo de alarma, pero aprovechó para recordarles que mañana se libraría de ellos para siempre mientras daba por concluida su inspección y se encaminaba a la puerta.

En ese momento sucedió algo muy inoportuno. Se levantó una súbita racha de viento que recorrió la estancia y abrió una de las ventanas francesas. La llama de la lámpara que sostenía el guardia parpadeó y éste se dio la vuelta.

Con un grito suspicaz cruzó la estancia en dirección a la ventana, levantó la lámpara y descubrió el barrote aserrado.

—¡Maldición! —exclamó, girándose violentamente, y dirigió la luz de la lámpara sobre la zona donde estaba tumbado el joven que había estado junto a la ventana. Le pateó una, dos, tres veces, y entonces el muchacho se levantó de un salto con el duro barrote de hierro en las manos.

Antes de que el guardia pudiera levantar la espada, la barra cayó sobre él con fuerza haciendo que se desplomara. Quedó tendido en el suelo totalmente inmóvil.

—Que uno de vosotros cierre la puerta y la atranque —ordenó el capitán Mellor desde el otro lado de los barrotes—. Apagad la lámpara y no hagáis ningún ruido.

Entonces el jefe de máquinas dijo:

—Tenemos que darnos prisa, Mac. Hay que salir de aquí en menos de diez minutos.

Sin una palabra más el maquinista retomó su sitio e insertó el filo de la sierra en la muesca que antes había conseguido cortar. Luego, ya sin tomar ningún tipo de precaución, comenzó a deslizar vigorosamente de un lado a otro el pequeño serrucho templado, produciendo un chirriante estruendo cuyos ecos resonaron por todo el «pozo».

—¡Hecho! —gritó el jefe de máquinas, y empezó a serrar el segundo corte del barrote, llenando el abismo oscuro que se extendía bajo ellos de una cacofonía de chirridos que destacaban entre el silencio absoluto del acantilado.

De repente se produjo un agudo chasquido. Mac emitió un juramento entrecortado y se puso a buscar en su bolsillo una hoja de repuesto para la sierra.

—Échate a un lado, Mac —gritó el capitán Mellor al darse cuenta de lo que había sucedido—. Voy a darle un buen tirón a la barra.

—Apenas está cortada por la mitad, George. No vas a poder doblarla, por muy fuerte que seas —replicó el jefe de máquinas.

A pesar de todo, se apartó, ya que el capitán Mellor tenía una buena reputación por su gran fortaleza, la cual podía ahora justificar de la mejor manera posible.

El capitán se preparó, dobló las rodillas y cogió la parte inferior del barrote con la mano derecha, mientras abajo resonaba una voz que llamaba:

—¡Peldra! ¡Peldra! ¡Peldra!

—Están buscando al guardia que el chico abatió —musitó Mac—. Me temo que esto tiene mala pinta, George. ¡No soy capaz de cambiar la hoja y me tiemblan las manos por el nerviosismo! ¡Ya llegan!

Sonaba el ruido de pasos en las escaleras, pasos contundentes que subían corriendo. Dentro de la oscura habitación, los jóvenes se habían agrupado llenos de miedo. El capitán empleó todas sus fuerzas. Volvió a arrodillarse, cogió la barra con una de sus enormes manazas y el trozo de hierro fue ascendiendo hasta romperse con un curioso y sordo chasquido.

El capitán Mellor entró en la habitación con el barrote de hierro en la mano y se lanzó hacia la puerta. Alguien al otro lado tiraba de la manija. En ese momento, el capitán dio vuelta a la llave con rapidez y el cerrojo quedó desbloqueado.

El manillar empezó a ser sacudido y alguien gritó desde fuera:

—¡Peldra, Peldra!

Desde abajo llegaba otra voz fuerte y clara:

—¡Abre la puerta, Marx, abre la puerta!

Se trataba del sargento que había aplastado su cigarrillo en la pierna de uno de los jóvenes por la mañana.

—Está cerrada, sargento —contestó el guardia medio borracho que estaba junto a la puerta. Y en ese momento tuvo que contradecirse ya que la puerta se abrió de golpe ante su último empujón.

—¡Peldra! —exclamó ebriamente entrando a trompicones en la estancia—. ¿Dónde está la lámpara?

Desde su lugar detrás de la puerta, el capitán Mellor podía escuchar al sargento que subía a la carrera. Al llegar al umbral empujó descuidadamente al guardia, haciéndole trastabillar. Un momento después el sargento prendió un fósforo y, levantándolo por encima de su cabeza, dio unos pasos dentro de la habitación con el sable preparado en la mano derecha.

—¡Peldra! —gritó—. ¿Dónde estás?

Y entonces, como presintiendo el peligro, se dio la vuelta justo cuando el capitán Mellor saltó desde detrás de la puerta. El sargento le lanzó una estocada pero el capitán pudo pararla con el barrote de hierro. Moviendo su arma de un lado a otro, consiguió arrancar el sable de la mano del sargento y, tras arrojar la barra al suelo, se dispuso a hacer uso de sus puños.

El fósforo se había apagado, pero podía ver tenuemente la silueta del otro hombre que se dibujaba sobre la ventana. Mientras gritaba pidiendo auxilio, el puño derecho del capitán impactó violentamente contra su mandíbula, haciendo que se desmoronara

en el suelo.

—¡Mac —exclamó el capitán Mellor—, haz que estos muchachos salgan cuanto antes!

Tras darles varias directrices a los jóvenes encendió un fósforo y fue en busca del otro guardia que, con ebrio andar, se apartaba de la puerta en busca de ayuda.

El capitán Mellor se arrojó sobre el hombre, cortando en seco sus gritos con un tremendo derechazo en las mandíbulas. Acto seguido, antes de que pudiese recobrar el aliento, le introdujo en la boca un puñado de sucios trapos viejos y le ató los brazos a la espalda con su propio cinturón. Luego ensartó las perneras de su pantalón con la bayoneta.

Al sargento, aún inconsciente, le ataron de la misma forma que al guardia borracho. El tercer hombre, Peldra, ya no necesitaba semejantes atenciones.

El capitán Mellor cerró la puerta con cuidado y echó la aldaba. Al otro lado de la ventana el jefe de máquinas estaba haciendo subir en silencio a los jóvenes a través de la oscuridad, uno después de otro.

—¡Gracias a Dios! —musitó el formidable capitán—. Sube tú ahora y luego me mandas la bolina —le susurró a Mac.

En cuanto llegó a lo alto del acantilado se hizo cargo del mando.

—Quitar la percha. Con cuidado. Vosotros, muchachos, quedaos aquí detrás. Señor Grey, y tú, Alec, encargaos de llevar la percha. No vamos a dejar ninguna evidencia. Yo cargaré con la cuerda. Mac, tú transportarás la polea. Andando.

Y así emprendieron la marcha de vuelta, avanzando silenciosamente en medio de la oscuridad que se había adueñado de todo. El capitán marchaba al final. Enfrente de él, la mujer griega llevaba a su hijo en brazos, murmurándole en su dialecto palabras cariñosas y amables, como si aún fuera un bebé.

Dos horas después, con su «piadoso rescate» a bordo, el capitán Mellor estaba inclinado sobre la baranda de popa de la toldilla, mirando el lejano centelleo de las luces en el horizonte, las luces del pequeño pueblecito en cuya plaza mayor aún se erguía aquel patíbulo aberrante y brutal que a la mañana siguiente ya no tendría más víctimas.

El capitán Mellor aún sigue comerciando por las costas del Mar Adriático. Y a día de hoy, así son las ironías de la vida, el pequeño francés siempre le recibe con una aptitud llena de resentimiento a causa de su brutal falta de corazón.

Con frecuencia le habla de la milagrosa fuga de los jóvenes condenados. Y siempre el capitán emite un gruñido rencoroso. Entonces el pequeño francés hace la señal de la cruz con devoción y murmura:

—Menos mal que Dios es más piadoso que tú.



Ilustración de Gunther T. Schulz

LOS FANTASMAS DEL *GLEN DOON*

El *Glen Doon* tenía fama de estar embrujado, signifique lo que signifique un término tan vago y del que tanto se ha abusado. Pero no fue hasta que Larry Chaucer permaneció una tenebrosa noche en el interior de su cenagosa e inhóspita bodega, cuando su reputación pasó a ser algo más que las meras habladurías que siempre habían rondado el nombre grabado en su casco.

El *Glen Doon* era un vetusto y desarbolado navío, anclado a uno de los maltrechos malecones de madera que se erguían a tres kilómetros al norte de San Francisco. Había zozobrado en la bahía cinco años antes del periodo que ahora nos ocupa, ahogando a diez marineros que se encontraban en la bodega reparando las vigas del casco. Durante las veinticuatro horas que permaneció con sus entrañas expuestas al cielo, los botes de rescate que daban vueltas una y otra vez alrededor del casco semihundido pudieron escuchar los golpeteos de los marinos encerrados en la bodega en respuesta a los martillazos que los rescatadores producían sobre el fondo metálico del barco, intentando recibir una ayuda que jamás iban a recibir. Cierto es que hubo un intento de cortar el revestimiento de acero del casco para poder sacar así a los marineros encerrados, pero, desgraciadamente, nada más abrir el agujero sucedió lo inevitable: el aire atrapado en la bodega, que había mantenido a flote al volteado navío, empezó a salir de la bodega con un silbido estridente.

El mecánico de a bordo, que era el que estaba intentando rescatar a sus compañeros de tan temeraria manera, no se percató del significado último de este escape de aire. Siguió perforando un agujero tras otro, y con cada nuevo orificio el aire se fue llenando de una nueva nota estridente. Por fin, alguien gritó que el barco se estaba yendo a pique. Entonces, el mecánico cogió una pesada barra de unos dieciocho kilos de peso y golpeó la superficie metálica en medio del círculo de orificios que acababa de perforar. Al segundo intento, el duro metal se hundió un poco en uno de los costados, abriéndose una grieta entre dos de los orificios. Acto seguido, el estridente silbido que se producía al salir el aire se transformó en un profundo aullido mientras el aire escapaba a borbotones por la nueva hendidura.

Entonces, la gente que se encontraba en los botes alrededor del casco empezó a gritar que el buque se estaba hundiendo. El agua se encontraba casi al nivel de la quilla y el mecánico saltó al bote más cercano. Mientras lo hacía, una mano emergió por el agujero que acababa de abrir, agitándose de un lado a otro, llena de desesperación. Acto seguido, el *Glen Doon* se fue a pique. Ésta es la verdadera historia del barco que era ahora la atracción del público.

Siete meses después fue reflotado, medio cubierto de lodo, y remolcado hasta su emplazamiento actual, a varios cientos de metros de distancia, en uno de los vetustos muelles de la parte alta de la ciudad. Se puso en subasta, y fue adquirido por una pequeña agrupación de empresarios que, sin embargo, aún no habían encontrado un uso adecuado a su compra en el momento que nos ocupa; y, por consiguiente, el

buque permanecía en el mismo sitio en el que llevaba varado desde hacía cinco largos años, habiéndose llevado a cabo tan sólo unas pequeñas reparaciones para asegurarse de que los orificios habían sido convenientemente sellados.

En el transcurso de los años, como era lógico, empezaron a surgir rumores acerca de que el viejo cascarón de hierro del *Glen Doon* estaba embrujado.

En las callejuelas portuarias había constantes habladurías sobre unos ruidos que parecían producidos por fantasmagóricos martillos al golpear el interior del casco metálico en las noches de calma mortal. También circulaba una historia aún más macabra acerca de un joven que había pasado una noche a bordo con la intención de desenmascarar a los fantasmas. Al día siguiente había desaparecido. Sin embargo, no debe darse mucho crédito a esta difusa historia, ya que nadie sabía a ciencia cierta el nombre del joven ni la noche que se suponía había elegido para llevar a cabo su experimento. Así que, dado lo visto, lo más probable es que fuera un cuento de viejas. Al menos esto pensaban los que no eran muy amigos de creerse cualquier historia. Y como no se podía confirmar su veracidad, este suceso no probaba nada; sin embargo formaba parte del peculiar halo de misterio que envolvía al cascarón.

Fue entonces cuando Larry Chaucer —hijo de un adinerado personaje y una especie de «caballero deportista»— puso el dedo en la llaga, como suele decirse, y descubrió algo genuinamente desagradable, si lo juzgamos sobre la base de futuros hechos, que podría haber sido totalmente espantoso en el sentido más literal de la palabra.

Su actuación se gestó en una apuesta hecha en la sala de billar de su padre: a saber, que pasaría una noche entera, completamente solo, a bordo del viejo cascarón. Había estado ridiculizando los chismorreos acerca de los fantasmagóricos sucesos que tenían lugar a bordo del *Glen Doon*, y uno de sus amigos, que afirmaba que tenía «que existir algo de verdad en todo aquello», había empezado a acalorarse con la discusión, apoyando finalmente su afirmación con una apuesta de mil dólares en la que se jugaba con Larry Chaucer que no sería capaz de pasar en solitario una noche a bordo del barco, sin disponer de un bote que pudiera devolverle a tierra.

Larry, como era lógico en un hombre joven y temerario, aceptó inmediatamente el reto y subió la apuesta de su amigo a dos mil dólares, afirmando que pasaría aquella misma noche a bordo del cascarón. Pero puso tres condiciones. La primera, que todos ellos —sus amigos— le acompañaran al viejo cascarón de hierro y le ayudaran a inspeccionar de cabo a rabo su interior; pues, como Larry dijo, no estaba dispuesto a meter la cabeza en un nido de vagabundos «simulando que el lugar estaba embrujado» para mantener lejos a los curiosos. La segunda condición era que todo el asunto se llevara en el más estricto secreto, ya que no estaba dispuesto a aguantar a un montón de bromistas «haciendo el idiota», como él mismo dijo. La tercera, que sus amigos tendrían que vigilar el pecio durante toda la noche, tanto desde los muelles como en un bote. De esta manera darían fe de que la apuesta se llevaba a buen término.

Las condiciones de Larry fueron aceptadas por sus amigos, los cuales acordaron «ser totalmente imparciales», según sus propias palabras, y pasar una noche divertida.

Mientras los preparativos iban tomando forma, fue precisamente el rigor con el que se llevaron a cabo sus condiciones lo que hizo después que los resultados fueran tan extraordinarios; ya que descartaban cualquier posibilidad de poder explicar de una manera natural los extraños y desagradables hechos que a continuación se desarrollaron.

Cuando cayó la noche, Larry Chaucer y sus amigos, provistos de incontables linternas ciegas, que casi acabaron con las existencias de Frisco, bajaron en multitud hasta el viejo muelle, que estaba completamente desierto. Embarcaron en varios botes que estaban amarrados en el malecón y remaron hacia el vetusto casco de hierro.

La noche era muy oscura, ya que la luna aún no había salido. También resultaba extrañamente sosegada, y la muchedumbre juvenil guardó un orden y silencio admirables, ya que había sido acordado que nadie «haría el idiota» de camino al cascarón. Además, como muy bien puede imaginarse, la oscuridad, el silencio y la extraña reputación que se había ganado el pecio hacían que sus ánimos se calmaran un tanto.

No fue hasta que la barca que iba en cabeza se encontraba a unos treinta o cuarenta metros del casco cuando Larry, que gobernaba el timón, susurró un «¡chist!». Y todos los hombres del bote, a un tiempo, dejaron de remar; los que iban detrás siguieron su ejemplo, preguntando en voz baja qué andaba mal. Entonces lo oyeron, todos ellos, un nítido, aunque apenas audible, martilleo que surgía del interior del vetusto pecio. Escuchaban el apagado tintineo y golpeteo de unos martillos que repiqueteaban en lo más hondo del viejo buque de hierro.

—Bogad, muchachos —susurró Larry, después de estar a la escucha un rato—. ¡Seguro que son unos cuantos idiotas que se divierten haciendo el ganso! Vamos a pillarles de improviso y a darles un buen susto.

Los planes de Larry fueron cuchicheados de un bote a otro, y la comitiva empezó a avanzar de nuevo; pero, aunque Larry estaba completamente seguro de que no había nada de sobrenatural en los ruidos, muchos de sus jóvenes amigos habrían preferido llevar a cabo la investigación a plena luz del día. Cuando se aproximaron al buque, y el alto costado metálico se irguió ante ellos, desdibujado y sin brillo en medio de la oscuridad, los extraños golpeteos y repiqueteos de martillos se hicieron perfectamente audibles, aunque resultaban fantasmagóricamente débiles, remotos y difíciles de localizar. En un momento dado parecía que los invisibles martillos estuvieran golpeteando, golpeteando y aporreando por la parte interior del costado del buque, que se elevaba delante de sus narices, como si al otro lado de la fina capa metálica de varios centímetros un algo extraño empuñara unos martillos fantasmales. Todo esto ponía en tensión a los más sensibles e imaginativos; sin embargo, en Larry estos sonidos simplemente le provocaban una creciente excitación.

—¡Por el amor de Dios, muchachos, id con sigilo! —siguió susurrando—. Les

vamos a pillar con las manos en la masa. Seguro que están ahí abajo, en las bodegas. ¡Se van a enterar!

Mientras hablaba irguió uno de los remos, lo sujetó contra el costado del buque y empezó a trepar. Subió a bordo, echó una mirada rápida a su alrededor y luego aseguró la parte superior del remo mientras los demás le seguían; los hombres que se encontraban en los otros botes empezaron a levantar sus remos de igual manera.

—¡Cómo ratas enjauladas! —musitó sin darse apenas cuenta, y una vez más se inclinó sobre la borda para meter prisa a sus camaradas.

En cuanto estuvieron todos a bordo, unos cuarenta o cincuenta hombres en total, se decidió entre susurros que unos cuantos fueran a vigilar las escotillas y posibles entradas a las bodegas. Una excitación tensa y silenciosa fue creciendo entre los hombres, ya que estaban a punto de iniciar una aventura… y tener una buena caza, tal vez. Todo ello suponiendo que fueran humanas las manos que aporreaban aquellos martillos en la oscura bodega. Desde luego, también había otros que no pensaban así, y temblaban un poco, felices por la cantidad de camaradas que tenían a su alrededor; pero, en su mayoría, los jóvenes estaban preparados para encontrarse con los merodeadores y hacerles frente de la manera adecuada.

—¡Con cuidado! —susurró Larry Chaucer—. No gritéis. Acabaremos golpeándonos los unos a los otros. Utilizad las manos y los bastones, compañeros. Somos lo bastante numerosos para acabar con ellos.

Las linternas fueron encendidas y los hombres se dividieron en dos grupos, cada uno de los cuales se dirigió a las escotillas abiertas, listos para saltar al interior a la señal indicada. Y mientras tanto, en la oscuridad de abajo, seguía resonando el lánguido repiqueteo de unos martillos, como si procediera de un lugar extrañamente lejano y remoto, de manera que algunas veces parecía que, a fin de cuentas, no había ningún sonido ahí abajo; y entonces, un momento después, los ruidos volvían a reproducirse, claros y definidos.

Acto seguido, bruscamente, el martilleo cesó, y un silencio absoluto se adueñó del barco.

—¡Abajo, compañeros, abajo! —gritó Larry—. ¡Nos han descubierto!

Y se dejó caer sobre el endurecido sedimento fangoso que cubría a medias el navío. Los demás le siguieron al momento, y el enorme recinto cavernoso y metálico que formaban las bodegas se llenó de la luz de las linternas que los jóvenes apuntaban de un lado a otro. Para el desconcierto general, no había nada extraño digno de mención. El interior del barco estaba completamente desierto, excepto por la capa de lodo que había adquirido la consistencia del cemento.

—¡Ni un alma! —dijo Larry, recuperando el aliento, y alumbró incrédulo por todas partes con su linterna—. ¿Cómo es posible? Lo he *oído*. ¡Y todos vosotros también!

Nadie respondió, y los jóvenes se sorprendieron a sí mismos mirando por encima del hombro con nervioso desasosiego. El silencio era abrumador.

—¡Deben haberse escondido en algún sitio! —dijo Larry al fin—. ¡Dispersaos y registradlo todo!

Así se hizo, y se realizó una exhaustiva búsqueda por todo el cascarón, las bodegas, las cabinas de cubierta, los camarotes y, finalmente, el enlodado lazareto del barco; pero en ninguna parte del pecio encontraron el menor signo de vida. La búsqueda se dio por finalizada y los jóvenes se agruparon alrededor de Larry, preguntándole qué pensaba hacer.

—Quedarme aquí, por supuesto, y desplumar de unos cuanto miles al camarada —contestó Larry, refiriéndose a la apuesta que había hecho con su amigo.

Todos mostraron su oposición al instante, ya que existía el sentimiento generalizado de que, hasta que no se descubriese el misterio de los golpeteos, el cascarón no era exactamente el lugar más adecuado para pasar la noche.

—Me apuesto lo que sea a que los cuerpos aún siguen bajo esa capa de lodo de la bodega —declaró uno de los más jóvenes, llamado Thomas Barlow—. ¡Por eso el barco está embrujado!

—¡No seas idiota! —exclamó Larry.

Y se negó a modificar sus intenciones, a pesar de que Jellotson (alias «Saco de Mermelada[72]») propuso cancelar la apuesta. Por fin, tras muchos intentos de persuasión, se vieron obligados a dejarle hacer; aunque se las vio y se las deseó para evitar que varios de los más resueltos jóvenes se quedaran a bordo con él para pasar la noche.

—Y recordadlo, todos vosotros —exclamó mientras el resto embarcaba en los botes—, nada de bromas estúpidas. Tengo una pistola, y al primero que asome le lleno de plomo. Con lo nervioso que estoy, me inclino más por la labor de disparar primero y preguntar después.

Hubo un estallido generalizado de risas entre los hombres que se encontraban en los botes, sólo de pensar que Larry Chaucer pudiera estar nervioso. Y con esto, empezaron a alejarse, lanzando un último grito de buenas noches, incapaces de imaginar que acababan de escuchar las últimas palabras del hombre que había sido su líder en un montón de juergas.

Los botes alcanzaron el vetusto muelle, donde tuvo lugar un pequeño conciliábulo. Finalmente se acordó que seis hombres permanecieran en uno de los botes a menos de cien metros del cascarón, mientras que el resto montarían guardia en la orilla, al final del muelle, de manera que pudieran asegurarse de que nadie saldría ni entraría del *Glen Doon* sin ser visto. Estas disposiciones resultaban de lo más adecuadas, ya que la luna llena comenzaba a elevarse sobre el cielo, bañando la ensenada de una luz vaga y mostrando con total claridad el lugar donde reposaba el viejo cascarón, a unos cien metros de distancia.

Se solicitaron voluntarios para el bote y, después de que éste estuviera en su posición, el resto de los jóvenes se acomodaron en el muelle, en fila y espalda contra espalda, para conseguir un cierto calor y soporte del hombre que tenían detrás. De

esta manera se dispusieron a encender sus pipas y charlar un poco durante las largas horas nocturnas, dejando, sin embargo, un par de hombres en cada uno de los botes, de forma que pudieran ponerlos en marcha al instante si algo ocurría en el pecio.

No fue hasta después de la medianoche cuando el más joven de la partida, Thomas Barlow, empezó a decir que podía escuchar algo. Recordarán que él fue quien hizo ese comentario un tanto desagradable acerca del paradero de los cuerpos. Su afirmación produjo un cierto revuelo entre los que vigilaban, y todos aguzaron el oído. Sin embargo, nadie escuchó nada en los siguientes minutos, excepto el joven Barlow, que seguía afirmando que podía escuchar como un leve golpeteo de martillos.

—Es tu imaginación, jovencito —dijo uno de los más viejos.

Pero, incluso antes de acabar la frase, algunos compañeros suyos le ordenaron callar.

—¡Shh!

En el silencio que se produjo a continuación muchos de los allí presentes pudieron escucharlo, muy débil y lejano: un fantasmagórico tap, tap, tap, que llegaba hasta ellos extraño e impreciso sobre las quietas aguas de la bahía. Los seis hombres que estaban en el bote, cerca del costado más lejano del cascarón, también escucharon los débiles martilleos que se propagaban en el sosegado aire nocturno, y el hombre que sujetaba la caña del timón sugirió que deberían remar en dirección al *Glen Doon* y preguntar a Larry Chaucer si todo iba bien. Sin embargo, todos los demás objetaron que si hicieran eso anularían los requisitos de la apuesta; añadiendo, además, que, si Larry necesitaba ayuda, no tenía más que darles un grito, ya que no se encontraban ni a doscientos metros del barco. Pero, incluso antes de que acabaran de ponerse de acuerdo, restalló un pistoletazo a bordo del cascarón que se dispersó por la bahía en un eco cortante y seco.

—¡Remad, muchachos! —gritó Jarrett, el hombre que se encontraba a la caña del timón—. ¡Larry está en apuros! ¡Daos prisa! ¡Tenemos que llegar hasta allí! ¡No deberíamos haberle dejado solo!

Repiquetearon entonces una rápida sucesión de pistoletazos a bordo del vetusto cascarón: uno, dos, tres, cuatro, cinco, y luego, un silencio absoluto. Acto seguido hubo un grito profundo, espantoso —peculiarmente *espantoso*— y luego, de nuevo, el silencio.

—¡Por todos los cielos! ¡Remad! —aulló el timonel—. ¡Es Larry!

Escucharon un confuso estallido de gritos que llegaban desde los muelles, donde sus compañeros hacían guardia, y un chapoteo de remos cuando el resto de los botes, cargados hasta los topes, se hicieron al agua en dirección al pecio. Sin embargo, fueron los hombres que se encontraban en el bote fondeado en la bahía los primeros en abordar el *Glen Doon*, y el timonel enseguida se puso a gritar el nombre de Larry con toda la fuerza de sus pulmones. Pero no se produjo respuesta alguna, ni les llegó ningún tipo de sonido desde la desierta oscuridad del pecio.

Los hombres engancharon el bote al casco y levantaron los remos tal y como había hecho Larry al comienzo de la noche. Alcanzaron la cubierta y encendieron las lámparas, echando mano a las armas que, en un momento como ése, no era cuestión de que reposaran tranquilamente en el invisible pero adecuado bolsillo trasero del pantalón. Acto seguido dio comienzo la búsqueda, y todos se pusieron a gritar el nombre de Larry sin descanso, aunque no consiguieron dar con él en las cubiertas. Los demás botes llegaron enseguida, y sus ocupantes se unieron a la búsqueda.

Fue en la bodega principal donde al fin descubrieron algo: la pistola de Larry, con la recámara vacía, y su linterna ciega, totalmente abollada y retorcida como si fuera simple hojalata. *Ningún otro rastro de Larry*. Ninguna señal de lucha, ni una desagradable mancha de sangre que diera pistas sobre alguna herida. Y por ningún sitio había huellas de pies… *absolutamente nada*.

Todos se encontraban ahora en la desnuda bodega del viejo cascarón, mirando incómodos de un lado a otro, algunos visiblemente nerviosos y atemorizados ante el impreciso terror a lo Desconocido que parecía flotar a su alrededor. En aquel silencio desagradable, alguien habló bruscamente. Se trataba de Jarrett, el hombre que había estado a cargo del timón del bote.

—Escuchad —dijo—, hay algo extraño a bordo de este pecio y nosotros vamos a descubrirlo.

—Pero ya hemos buscado por todas partes —respondieron varias voces.

Sin embargo, mientras hablaban, algunos de los hombres levantaron las manos pidiendo silencio, y todos se quedaron callados, escuchando. Entonces, todos pudieron oírlo. Algo pareció elevarse entre ellos, sobre el aire vacío de la noche que colmaba la bodega. Y sin embargo, lo único que mostraban las lámparas era una profunda soledad y quietud. *Estaba entre ellos*, fuera lo que fuese, y la luz no les revelaba *nada*.

—¡Santo cielo! —musitó alguien, y se produjo un estallido de pánico y hombres que corrían enloquecidos hacia las cubiertas.

Cuando llegaron arriba, lejos de los horrores de la bodega, recuperaron parte de su coraje y se agruparon, escuchando con atención.

—¿Qué era eso? ¿Qué era eso? —preguntaron; pero desde la negra boca de la bodega no les llegó respuesta alguna.

Entonces, tras darse cuenta de lo que realmente les había acontecido, se agruparon en una especie de concilio, aunque mantuvieron las lámparas bien altas sobre sus cabezas y miraban a todas partes mientras hablaban.

—No podemos dejarle, suponiendo que aún *siga* aquí; al menos hasta que descubramos algo —dijo Jarrett, que había adoptado el papel de líder—. Uno de los botes tiene que ir en busca de la policía, y también tenemos que avisar a su padre.

Así se hizo, y al cabo de un par de horas una cuadrilla de la policía, que transportaba al mismísimo «Billion Chaucer», amarraba su propia lancha al costado del pecio. El jefe de la policía en persona también acompañaba a la expedición, ya

que el hijo de Chaucer, el millonario, era un personaje importante; o, por lo menos, su padre sí lo era, que poco más o menos viene a ser lo mismo.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó el señor Chaucer.

Se lo contaron todo a él y al jefe de la policía al mismo tiempo. Al final de la narración, el señor Chaucer tuvo una charla con el jefe, a resultas de la cual la lancha partió a toda velocidad en busca de más ayuda. Mientras tanto se pidió a los jóvenes que embarcaran en los botes y formaran un cordón alrededor del vetusto navío, tras lo cual el jefe de la policía y sus hombres emprendieron una búsqueda sistemática por todo el pecio; aunque, al fin, tampoco fueron capaces de descubrir *nada*.

Cuando la aurora empezaba a despuntar regresó la lancha, remolcando una hilera de botes, con una cuadrilla más de policías y un numeroso grupo de «voluntarios» —es decir, obreros— que se iban a encargar de vaciar la bodega de todo rastro de cieno y dejar el pecio completamente desnudo. Tal y como dijo el jefe de la policía, el señor Larry Chaucer había abordado el navío, y existían pruebas más que convincentes de que no había llegado a abandonarlo en ningún momento; por lo tanto, tenía que hallarse en *alguna parte*, y él iba a encontrarlo. No creía en lo sobrenatural.

—¡Vamos a desintegrar a esos fantasmas! —dijo—. ¡Todo esto es un engaño!

En el transcurso del día no sólo vaciaron el navío de todo rastro de cieno, sino que también desmantelaron los mamparos, hasta que apenas quedó el desnudo armazón metálico del pecio. Y sin embargo, no fueron capaces de encontrar el más mínimo rastro que les diera una pista sobre el destino de Larry Chaucer. Había desaparecido y nadie podía imaginar qué había sido de él.

La búsqueda se interrumpió al anochecer; pero a bordo quedó una cuadrilla de seis policías, con la orden de vigilar día y noche; también —ante la insistencia del señor Chaucer— un bote patrulla permaneció amarrado al cascarón, siendo relevado cada seis horas. Y esas mismas disposiciones se llevaron a cabo durante los quince días siguientes, y al final de ese periodo de tiempo el misterio seguía siendo tan impenetrable como al principio.

Pasadas las dos semanas el bote patrulla fue retirado y los policías enviados a tierra, dejando que el vetusto casco de hierro rumiara en soledad sus misterios durante las tenebrosas noches subsiguientes. Sin embargo, aunque en apariencia la policía había abandonado toda esperanza de resolver el caso, aún se mantenía una vigilancia continua del pecio desde varios puntos de la costa, tanto de día como de noche. Incluso un bote patrulla de incógnito mantenía una disimulada guardia por sus alrededores durante las horas nocturnas. Y de esta manera transcurrieron tres semanas más.

Entonces, una noche, los policías que se encontraban en el bote escucharon el leve tap-tap de unos martillos golpeteando en el interior del vetusto casco de hierro. Se aproximaron en silencio al costado del buque, y media docena de policías armados y con linternas abordaron el pecio sigilosamente. Los hombres descubrieron que los sonidos procedían de la enorme y desierta bodega, y haciendo de tripas corazón —

como suele decirse—, comenzaron a descender hacia las tinieblas sin producir el más mínimo ruido. Acto seguido, a una orden susurrada por el oficial al cargo, encendieron las linternas y dispersaron sus rayos por el enorme y cavernoso recinto. Pero no había absolutamente nada por ningún sitio, exceptuando las desnudas y herrumbrosas planchas metálicas que forraban el barco. Y durante todo ese tiempo, procedente de un lugar impreciso y desconocido en medio de la oscuridad, seguía resonando el leve y continuo tap-tap-tap de martillos.

Volvieron a las cubiertas y apagaron las linternas. Acto seguido, se dispersaron por distintas zonas del barco para, en el más absoluto silencio, continuar su vigilia. Transcurrieron dos horas más, en el devenir de las cuales la fina niebla empezó a disiparse, permitiendo que la luna —que de nuevo estaba casi llena— iluminase a la perfección todos los detalles de la popa y la cubierta principal, haciendo que los mástiles desgarrados y los enredados aparejos se recortaran negros contra la luz desvaída.

Y entonces, cuando llevaban ya tres horas de vigilia, los seis policías consiguieron ver algo que se encaramaba sobre la barandilla de babor, quedando perfectamente visible bajo la luz de la luna. Se trataba de la cabeza y el rostro de un hombre que tenía el pelo tan largo como el de una mujer y chorreaba agua de mar por todas partes, de manera que su cadavérico rostro aparecía blancuzco y malsano por entre los cabellos totalmente empapados. Enseguida se hizo visible el resto del cuerpo de aquel extraño sujeto, y el agua salobre resbalaba por sus vestiduras, reluciendo bajo la luz de la luna. Pasó por encima de la barandilla hasta la cubierta, tan silencioso como una sombra, y luego se detuvo, contoneándose extrañamente en una zona iluminada por la luna. Acto seguido, con el mayor sigilo, pareció orientar la mirada sobre la cubierta justo en dirección al negro agujero en el que se abría la escotilla principal.

—¡Arriba las manos, compadre! —gritó el oficial al mando, enseñando su revólver. La voz y las manos le temblaban un poco, como puede imaginarse. Sin embargo, el sujeto pareció no prestarle la más mínima atención, y desapareció silenciosamente entre la oscuridad que surgía de las bodegas justo cuando el oficial disparó su arma. En ese momento sus compañeros se pusieron también a disparar; pero el extraño personaje se había esfumado. Los policías corrieron hacia la escotilla y se inclinaron sobre la brazola[73], iluminando con sus linternas las profundidades del barco y las vigas y baos que reforzaban el puente; pero no vieron a nadie. Bajaron a la bodega y la recorrieron de proa a popa. Estaba completamente *vacía*.

Cuando regresaron al puente los hombres que se encontraban a bordo del bote patrulla les estaban llamando. El oficial había oído las detonaciones y estaba ansioso por saber lo que había sucedido. El policía al mando en cubierta le hizo un breve resumen de los acontecimientos, y se mandó al bote de vuelta para que informara al jefe de la policía. Una hora más tarde el superior se encontraba a bordo con el resto de los policías. Ordenó un nuevo rastreo del cascarón, incluso aún más riguroso; pero

tampoco pudo encontrarse nada fuera de lo normal. Sin embargo, y esto no tenía vuelta de hoja, el hombre había subido a bordo y desaparecido en el interior de la bodega, y en la bodega tenía que estar ahora, ya que nadie le había visto salir.

—¡Ahí es donde se ahogaron los marineros! —murmuró uno de los policías, y algunos compañeros suyos asintieron en silencio, como dándole validez a lo que sugería esta afirmación.

—¡Lo que ha subido a bordo es un marino ahogado! —dijo uno de ellos con convicción—. ¡Un cadáver andante!

—¡Cierra la bocaza! —ordenó el jefe de la policía, y se puso a caminar de un lado a otro totalmente desconcertado. Acto seguido escribió una nota que entregó al oficial del bote patrulla.

—Entrégala de inmediato, Murgan —ordenó.

Al amanecer, en respuesta a la nota escrita por el superintendente, se aproximaron al casco del barco dos botes cargados de mecánicos embutidos en sus monos color azul. Bajo la dirección del jefe de policía se delimitó y cartografió el interior de la nave, asignando una zona concreta a cada mecánico, a los que se ordenó taladrar unos agujeros cada cierto tiempo de proa a popa. De esta manera, se demostró, sin ningún género de dudas, que no existía ninguna clase de doble casco en los costados del buque, ya que, a través de los agujeros, se podían ver los rayos de luz que penetraban desde el exterior.

Cuando se demostró también que no había ninguna cámara secreta ni hueco por encima del agua, el superintendente ordenó que se taladrasen los agujeros justo en el fondo del casco. Y así se hizo, de una manera constante y regular, y cada vez que se abría un nuevo orificio, surgía un chorro de agua salobre que salpicaba el rostro de los trabajadores, demostrando claramente que no existía ningún doble fondo ni cavidad secreta. Cada vez que se taladraba un agujero era «emplomado» al instante, es decir, que se rellenaba de plomo temporalmente hasta que fuera remachado con una plancha de hierro al rojo vivo. De esta manera, apenas si entró agua al interior del navío.

Así se demostró que el *Glen Doon*, sin ningún género de dudas, no era más que un cascarón desierto que flotaba sobre las aguas. No existía a bordo ningún espacio lo suficientemente grande como para ocultar una rata de mediano tamaño, y aún más, no había la más mínima probabilidad de que hubiera recintos secretos, ya que esta última prueba demostraba a las claras que era del todo imposible. Ya sólo quedaban los muñones huecos de los mástiles que aún quedaban en pie, y que éstos también estaban vacíos fue fácilmente comprobado introduciendo una linterna por cada uno de los huecos y haciéndola bajar atada al extremo de un cordel. El *Glen Doon*, definitivamente, no era más que un fino caparazón de hierro; y sin embargo, un hombre en la flor de la vida, y lo que se tenía por otro sujeto vivo, habían descendido al interior de las bodegas para desaparecer acto seguido sin dejar ningún rastro.

—Deberían hundirlo. ¡Es uno de esos barcos endemoniados! —sentenció uno de

los mecánicos mientras se enjugaba el sudor de la frente. Uno de los policías le había contado los extraños sucesos que habían tenido lugar a bordo—. Quiero desembarcar. ¡Esto no me gusta nada!

En ese momento se oyó una fuerte exclamación del jefe de policía, que se había quedado en la bodega caminando de un lado a otro con el ceño fruncido. Los demás habían subido a la cubierta bañada por los rayos de sol, ya que les desagradaba la extraña sensación que les producía el permanecer en el interior de aquella bodega tenebrosa. Sin embargo, en cuanto escucharon el grito de su jefe, corrieron precipitadamente para reunirse con él y saber qué es lo que había causado aquella exclamación.

Le encontraron parado junto al palo mayor, mirando a través de un hueco diminuto que se abría en el mástil.

—¡Vaya una panda de mocosos que estáis hechos! —les dijo mientras se acercaban—. ¡Mirad aquí!

Pronto descubrieron lo que el superintendente les señalaba: eran una especie de cabellos que sobresalían del palo, como si se hubieran quedado pegados, pero un análisis más detallado con la lupa demostró que, en realidad, sobresalían del interior del mástil de hierro; en otras palabras, que tenía que existir una puerta secreta en el susodicho palo.

El superintendente hizo señas a dos de los mecánicos y les puso a trabajar con sus taladros, y al rato, y con la ayuda de un par de palanquetas que acoplaron a los agujeros que había hecho, consiguieron abrir una bonita puerta de hierro que encajaba perfectamente en color y curvatura con la superficie del mástil. Una cuidadosa búsqueda del fondo del interior del palo descubrió un pequeño nivel metálico que ocupaba todo el diámetro del mástil y que, al voltearlo, hacía que el suelo de hierro del interior se abriera hacia abajo, dejando al descubierto un pequeño hueco, de casi dos metros de amplitud, que llevaba directamente a una especie de apartamento secreto oculto debajo del fondo del barco. Mientras los policías estaban allí parados consiguieron distinguir el resplandor de una lámpara y escucharon unas voces humanas.

Después de atravesar el pequeño hueco, los policías, con los revólveres en ristre, llegaron a una extraña habitación tan sumamente grande que, al principio, tuvieron la sensación de que se hallaban en un túnel, y lo suficientemente alta como para que un hombre pudiera estar erguido con plena comodidad. Más adelante, después de que los mecánicos hicieran una revisión más detallada, se llegó a la conclusión de que se trataba de una serie de viejas calderas ensambladas herméticamente unas con otras, suspendidas varios centímetros por debajo de la quilla del barco, sujetas a éste por medio de puntales de hierro y a las que se accedía a través del pequeño habitáculo que se encontraba al pie del hueco palo mayor. También descubrieron que, tanto en el palo de mesana como en el de trinquete, existían unos habitáculos similares, aunque, en este caso, parecían ser utilizados para ventilar el recinto, ya que tenían acoplados

unos pequeños ventiladores eléctricos alimentados por una dínamo, que también se suele usar en ciertos procesamientos ilegales concernientes al chapado en plata, y que a su vez funcionaba gracias a un pequeño motor a gasolina que estaba en el interior del cavernoso recinto.

Había seis hombres en la estancia con aspecto de túnel. Cinco de ellos eran grandes expertos en su trabajo y se los «buscaba» desde hacía tiempo por los mismos motivos por los que ahora habían sido pillados: acuñación de monedas falsas.

Fueron atrapados como ratas en una ratonera y no opusieron resistencia, ya que eran conscientes de lo apurado de su situación. El sexto hombre fue reconocido por los policías como el «marinero ahogado».

Había subido a bordo con el propósito de advertir a la banda de que la policía merodeaba por el barco y que tenían que detener la máquina de falsificación de monedas cuyo traqueteo había desconcertado tanto a las autoridades, ya que los sonidos, aunque parecían venir de muy lejos, se transmitían claramente desde el agua y a través de los puntales que sustentaban la estructura fabricada a base de viejas calderas ensambladas.

Nada tengo que objetar a la sentencia que se aplicó a dichos hombres por sus delitos, pero sí me pronunciaré en lo que atañe a esos otros acontecimientos que aún no han sido clarificados. Jamás se llegó a conocer qué le sucedió realmente a Larry Chaucer. Parece que la banda se componía de un numeroso grupo de hombres que trabajan en turnos de una semana, cinco hombres cada vez, en el interior del cavernoso habitáculo. Más adelante se comprobó que tanto los cinco hombres como el sexto que fue a avisarles se encontraban en Crockett la noche en la que Larry desapareció. Nunca se encontró su cuerpo, y su destino sólo puede ser conjeturado.

Es evidente que debía de estar aguardando en silencio en el interior de la bodega cuando la puerta del mástil se abrió, y de esta manera se enteró de demasiadas cosas como para permitírsele seguir con vida. Con toda probabilidad fue golpeado en la cabeza y llevado al recinto de las calderas ensambladas; seguramente, luego se deshicieron del cuerpo. No hay duda de que, si no hubiera encontrado nada sospechoso, le habrían dejado en paz, ya que los falsificadores no tenían la intención de atraer la curiosidad de la gente simulando que el barco estaba embrujado. Este hecho fue, en realidad, una verdadera desgracia para ellos desde cualquier punto de vista.

El sonido que había parecido traspasar al grupo de jóvenes que se encontraban en la bodega había sido producido por uno de los miembros de la banda al deslizarse hacia arriba por el interior del mástil hueco, con la intención de echar un vistazo y descubrir qué estaba pasando. El palo, evidentemente, ascendía por el centro de la bodega, pero nadie podía haber imaginado que ese lánguido y extraño sonido pudiera proceder de su interior. En realidad, nadie habría creído que aquellos sólidos mástiles estuvieran hechos de otra cosa que no fuera madera maciza convenientemente pintada; aunque esto es una simple conjetura.

Las abolladuras en la linterna de Larry se debieron, casi con toda seguridad, a que fue pisoteada por alguno de los miembros de la banda cuando capturaron al joven.

Creo haber puesto en claro todos los puntos misteriosos del suceso. En cuanto al sexto hombre que fue a avisar a sus compinches, seguramente se percató, desde tierra, de los destellos que emitían las linternas de los policías y se lanzó al mar para acercarse al barco a nado, pensando que de esta manera llamaría menos la atención que tomando un bote. Se trataba de un sujeto de origen mexicano, y los cabellos que habían quedado atrapados en el mástil procedían de su espesa mata de pelo, hecho que ya ha sido comentado con antelación.

LA ISLA DE LAS TIBIAS CRUZADAS

I

—Entre el Cabo de Hornos y el Cabo de Buena Esperanza —dijo el capitán Gaskelt solemne— hay una isla por la que, tanto usted como yo mismo, daríamos los dedos de los pies a cambio de encontrarla. ¿Ha oído hablar de la Isla de las Tibias Cruzadas?

Maulk, el oficial del pequeño bergantín de madera, no dijo nada, aunque sus ojos tenían un brillo extraño. El capitán prosiguió:

—Bueno, casi nadie lo sabe —dijo—. De vez en cuando encontrará a alguien que ha oído hablar de ella, pero la mayoría le dirá que está mintiendo si afirma haberla visto. Y precisamente eso es lo que yo he hecho, señor; tan sólo una vez durante todos estos años de dedicación a la pesca. Cuando apenas era un muchacho a bordo del viejo *Marty*, uno de esos vetustos bergantines de tiempo atrás… ¡Señor! ¡Cómo nos vamos haciendo viejos! La vi en mitad de una terrible tormenta de nieve que duró tres semanas, y el patrón no tenía ni idea de nuestra posición exacta… ni yo tampoco, desde luego. Estábamos a cincuenta días de Melbourne. ¡Señor! ¡Parece como si fuera hoy mismo! Distinguí el pico que se alza en el centro de la isla, un farallón rocoso, a través de la ventisca; y allí estaban las tibias cruzadas, grabadas en un acantilado de la montaña; y luego la nieve volvió a hacerse más espesa y la isla desapareció.

»Les oí hablar sobre ella, y comentaban que la isla debía encontrarse en algún sitio hacia el sur; les dije que yo la había visto y estuvieron a punto de darme un buen bofetón. ¡Igual podía haberles dicho que acababa de ver un fantasma! ¡Aún tenía mucho que aprender sobre los marineros en aquella época! Descubrí que no creían en su existencia, señor, que pensaban que era un simple cuento acerca de otra isla misteriosa; y cuando juré y perjuré que la había visto, estuvieron a punto de creer que era una especie de Jonás y que por mi culpa tenían aquel tiempo infame. ¡Señor! ¡Cuánto majadero ignorante se echa al mar! Pero la vi, señor; puede creerlo. La vi con estos dos ojos míos, con la misma claridad que le veo a usted ahora. Desde entonces he contado unas cuantas veces la misma historia, y ya llevo cincuenta y cinco años de vida en el mar; pero aún no he encontrado a nadie que me crea de verdad; tan sólo algunos me dejan hablar porque quizás piensen que soy una buena compañía para tomar un trago o, a lo mejor, temen que me enfade si me dicen lo que opinan realmente de todo el asunto. Y durante todos estos años, señor, no me he encontrado con nadie que la haya visto. Pero yo sí la he visto, señor. ¡No cometa usted el mismo error!

El viejo capitán Gaskelt dio por finalizada su cada vez más apasionada charla y observó al oficial con mirada agresiva, apretando instintivamente sus grandes y velludos puños.

Pero Maulk, un hombre ancho, de cejas negras, cabellos blancos y barba gris, no dijo nada al respecto; tan sólo se quedó mirando fijamente al patrón a través de sus cejas entornadas, mientras los ojos le brillaban con extraordinaria intensidad. Era como si un recuerdo largamente olvidado hubiera vuelto y despertara ahora un extraño deseo en las profundidades de su receloso cerebro.

—¡La vi! —exclamó el capitán una vez más.

Pero el fornido oficial no dio muestras de haberle oído. Ya no miraba al patrón, sino a la vasta y gris inmensidad del mar que asomaba por barlovento, y en donde nada podía verse excepto el solitario vuelo de un enorme albatros que planeaba en círculos. Mientras miraba, aún podía percibir los recuerdos que le habían asaltado, y de repente se alejó del capitán y empezó a caminar hacia el salto de la toldilla totalmente distraído. Para el viejo capitán Gaskelt no había nada de particular en sus modales; ya se había acostumbrado a los hábitos malhumorados y poco sociables de su nuevo oficial. Si le hubieran preguntado acerca de su subordinado todo lo que habría dicho sería algo del estilo de:

—¡El oficial! No señor, no habla mucho, pero es un buen marinero.

Y como el viejo era al mismo tiempo el propietario y capitán del pequeño bergantín de madera *Lady Alice*, en el cual navegaban ahora, no había más que decir.

II

Dan’l Templet, contramaestre del *Lady Alice*, fue despertado unas cuantas noches después durante la guardia de media, a las cinco campanadas, por las sacudidas de una poderosa mano y la voz bronca de Maulk.

—¡Arriba, Dan’l! —estaba diciendo—. Tienes que cubrir la guardia del viejo. Ha desaparecido.

Era cierto. Dan’l Templet se incorporó en su litera y le preguntó qué pasaba, intentando sacudirse el sueño de encima. Maulk le explicó, con su habitual mal humor, que había subido a cubierta un poco después de las cuatro campanadas, ya que no podía dormir, y que no había encontrado a nadie en el puente excepto al timonel que acababa de hacer el relevo en la rueda. Enseguida le preguntó por el capitán, ya que el viejo jamás se saltaba una guardia.

El marinero le explicó que él simplemente acababa de relevar al timonel, y Maulk había ido entonces a preguntar al hombre del turno anterior. Pero éste no sabía nada. No había visto al patrón desde antes de las tres campanadas, cuando estaba fumando

a barlovento sobre el saltillo de popa. El hombre había recorrido el puente y la cubierta en su busca para darle el rumbo pero, al no encontrarle, se había despreocupado del asunto y marchado a proa para descansar y fumar un poco.

Y esto parecía todo. Maulk había recorrido el barco de proa a popa, pero al rato llegó a la conclusión de que el capitán no se encontraba a bordo; de manera que llamó al contramaestre para que se hiciera cargo de la guardia y él bajó a su camarote para descansar un poco, siempre con la habitual insensibilidad que le caracterizaba, ya que, cuando el grumete bajó a avisarle a las cuatro en punto, se lo encontró totalmente dormido.

Los marineros, algunos de los cuales habían navegado con el viejo capitán Gaskelt desde hacía años, estaban muy sorprendidos por la desaparición de su jefe. Asaltaron a preguntas a Dan'l en cuanto llegó a proa, aquella misma madrugada a las cuatro en punto, ya que siempre había sido uno más del «grupo», aunque habitualmente se mostraba un tanto distante para mantener su autoridad entre la tripulación.

—¿Adónde habrá ido el viejo? —inquirieron. Sintetizaron todas sus dudas, y quizás sus miedos, en una simple pregunta; la cual, evidentemente, no tenía una respuesta inmediata.

Tres noches más tarde sucedió algo extraordinario. Uno de los hombres que estaba fumando tranquilamente en el costado de sotavento de la sombría cubierta principal se puso de repente a gritar aterrorizado y luego empezó a vociferar algo. Los chillidos cesaron de inmediato en cuanto los marineros de la guardia arrojaron sus cartas sobre la mesa del castillo de proa y salieron corriendo a la cubierta. Llamaron por su nombre al tripulante, pero no hubo respuesta, y entonces alguien pensó en traer la lámpara de sebo.

Mientras llevaban la lámpara hacia el costado de sotavento, oyeron los gritos del contramaestre desde la toldilla y vieron cómo se acercaba corriendo, preguntándoles qué había pasado. Empezaron a rastrear la cubierta principal, vociferando el nombre del marinero, lo cual despertó a Maulk, que subió a la toldilla gruñendo y medio dormido y les preguntó qué estaban haciendo. Sin embargo, tras recorrer la cubierta de proa a popa, fueron incapaces de encontrar ningún otro ser vivo. El marinero se había desvanecido con la misma facilidad con la que se había esfumado el capitán tres noches antes.

Existían una serie de circunstancias que hacían este hecho aún más extraordinario. La noche estaba completamente en calma y el mar tan liso como un estanque enorme; tan sólo se notaba una leve corriente que discurría por debajo de la cristalina superficie del agua. Por lo tanto resultaba impensable que el hombre hubiese caído por la borda. Ni tan siquiera estaba fumando cerca del pasamanos, como demostraba el lugar en el que había quedado depositada su pipa, la cual habían encontrado tirada en cubierta, cerca de la cocina, y que seguramente había dejado caer cuando se puso a gritar aterrorizado. Nada hacía pensar que hubiese podido caer

por la borda y, si hubiera sido así, todos habrían escuchado el chapuzón en el silencio de la serena noche y el mismo marinero se habría puesto a gritar en cuanto emergiera del agua. Y además, alguien le habría visto ya que, aunque no había luna, el mar emitía una especie de claridad grisácea al reflejarse la suave luz subyacente en las nubes, como suele ocurrir en las noches de calma, cuando cualquier objeto que flote en la superficie del agua se puede distinguir fácilmente a una considerable distancia.

Esta segunda desaparición atemorizó aún más a los hombres. Las dos guardias pasaron juntas el resto de aquella noche en el castillo de proa, hablando de lo que había sucedido, sacando a la luz un montón de espeluznantes supersticiones marinas, hasta que al fin terminaron por saltar nerviosos en cuanto escuchaban el más mínimo crujido de los mamparos, cuando el pequeño bergantín era mecido por alguna que otra ola aislada.

Al día siguiente tuvieron una fina brisa, que se llevó consigo algunas de sus fantasmagóricas afirmaciones, pero el miedo retornó al caer la noche, y de tal manera que, en la guardia de media, Thompkins, el hombre que estaba en la rueda del timón, al ver una sombra, se apartó a estribor y se puso a gritar hasta que se dio cuenta de quién era.

—¿Qué haces que estás en la rueda? —le preguntaron a Thompkins en cuanto volvió al castillo de proa.

—El oficial dijo que me tomara un descanso —respondió Tompkins, mientras se unía a la partida de cartas y sacaba su pipa—. Incluso se ha hecho cargo del timón y me ha ordenado que vaya a proa hasta las cuatro campanadas. ¡No sería tan mal tipo si fuera un poco más simpático!

Y en ciertos aspectos el fornido Maulk parecía dar la razón a Thompkins, ya que durante las noches siguientes se hizo cargo de la rueda en muchas ocasiones y dejó que los hombres fueran a echarse una pipa a proa. Pero al mismo tiempo, seguía siendo tan antipático y autosuficiente que jamás permitía que su autoridad se viera rebajada en lo más mínimo delante de la tripulación; de manera que era tan querido por los lobos de mar de proa como puede serlo un sujeto de este tipo en las condiciones de a bordo de cualquier navío.

III

—El grumete no está en su litera, señor —comunicó a Maulk uno de los marineros tres madrugadas después.

Acababa de sonar una campanada (las 4:30 am) de la guardia de alba, y todo estaba muy oscuro, con un relente crudo y gélido que brotaba del océano y hacía temblar al marinero que hablaba. Le habían mandado abajo para que le dijera al

grumete que encendiera el fogón de la cocina para el café matutino, pero el muchacho no estaba en su litera ni tampoco en la despensa.

El oficial miró al marinero a través de la oscuridad durante breves momentos; acto seguido, tras murmurar un juramento, se fue abajo para echar una mirada con sus propios ojos. Pero cuando regresó a la toldilla tampoco había encontrado nada nuevo. Efectivamente, el muchacho había desaparecido, y Maulk ordenó al marinero que fuese a proa y encendiera el fuego en el hornillo, y que le dijera al resto de los hombres que echaran un vistazo por la cubierta. Mientras tanto se dirigió a la despensa y cogió café para todos.

El marinero de guardia fue corriendo al castillo de proa a través de la sombría cubierta. En realidad no tenía ganas de tomarse un café en aquellos momentos, ni de ninguna otra cosa, excepto de estar en compañía del resto de los marineros de proa. Su confuso cerebro estaba vagamente impresionado por la cruel indiferencia del oficial. Si Maulk era lo suficientemente duro como para quedarse solo en la toldilla, él no lo era. Dio un respingo al creer haber visto algo que se movía alrededor de las tinieblas que envolvían las bombas; enseguida dejó atrás el fogón y se precipitó dentro del castillo de proa con las nuevas noticias.

Los hombres de ambas guardias le escucharon con atención, y luego fueron todos en grupo en dirección al hornillo que estaba hacia la popa y encendieron el fuego; y durante todo el tiempo se mantuvieron juntos, hablando sin cesar y mirando a su alrededor, por encima de las barandas, al mar y a las cubiertas. Hasta que el oficial no pidió por segunda vez que alguien fuera a popa a por el café, nadie movió un músculo, y cuando alguien se puso en camino todos los demás lo acompañaron. Maulk los insultó en cuanto llegaron, poniendo especial atención en sus parientes y ancestros. Fue interrumpido por el timonel, que bajó de un salto de la toldilla y cayó en medio de sus compañeros, ya que se acababa de enterar ahora de lo que había sucedido y sin pensárselo había huido de la rueda.

Maulk saltó a su vez entre los marineros, agarró al timonel por la pechera y lo arrastró de nuevo a la rueda, atándolo por los tobillos al enjaretado y dándole un buen par de bofetones que le hicieron aceptar en silencio un miedo más real y doloroso que ese otro imaginario y escurridizo.

Mientras tanto, los hombres volvían hacia proa en dirección al hornillo, quedándose todos juntos mientras se hacía el café.

—¡No pienso ir a la rueda esta noche! —dijo uno de los hombres—. Ni aunque lo mande el oficial.

Todos estuvieron de acuerdo, aunque ninguno se había atrevido a intervenir en el caso de su desgraciado compañero, que aún seguía atado por los tobillos al enjaretado, incapaz de centrar sus ojos en la brújula porque volvía la cabeza aterrorizado una y otra vez por encima de su espalda. Estaba completamente aterrorizado por lo que pudiera llegar por encima del coronamiento de popa, desde las grises profundidades del océano.

Pero Maulk, el fornido oficial, paseaba enfurruñado por la toldilla y enseguida se puso a gritar hacia la cubierta principal, preguntando cuándo diablos iba a estar listo el café.

IV

Aquella noche, los hombres de ambas guardias se negaron en redondo a ir a la rueda o al puesto de vigía. El contramaestre Dan'l Templet solventó este problema durante su guardia al permitir que dos marineros se hicieran cargo de la rueda al mismo tiempo; pero Maulk era distinto. Al principio parecía tentado de usar la fuerza, pero después de un minuto de hosco silencio, durante el cual su guardia permaneció a la espera en actitud muy tensa, se dio la vuelta con gestos de burla y les dijo a todos que fueran a proa con sus niñeras, mientras él mismo se hacía cargo del timón, cosa que repitió las seis noches siguientes.

La sexta noche era en verdad oscura, y el viento había ido amainando desde la medianoche, dejando el mar en calma y haciendo que el bergantín se deslizara mansamente sobre la suave marea, con las velas caídas y los palos y vergas crujiendo tristemente en la quietud que envolvía las tinieblas reinantes.

Hacia la medianoche Maulk subió al puente y relevó al contramaestre. Al mismo tiempo maldijo enfadado a un par de marineros de su guardia que vinieron a hacerse cargo de la rueda, y los mandó a proa tras mofarse de ellos, como había venido haciendo todas las noches desde que se negaron a estar solos en el timón. En cualquier caso, aquella noche no se necesitaba que nadie se hiciera cargo de la rueda; de manera que tensó un poco los aparejos y se puso a caminar de un lado a otro de la popa, como en él era habitual.

Cuando el contramaestre subió cuatro horas después para el relevo no le encontró, ni en la toldilla ni en ninguna otra parte del barco. Se había desvanecido con la misma facilidad que los otros tres tripulantes.

—¡Alguien ha estado con el cabestrante! —dijo de repente uno de los marineros al contramaestre, que en ese momento se estaba encargando de la búsqueda—. ¡Mire, señor!

El hombre estaba en lo cierto. El bote, que siempre estaba sobre el pescante de estribor, había desaparecido.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó el contramaestre saltando a la barandilla. Miró abajo, hacia la oscuridad, y luego se dio la vuelta y tomó la lámpara de la bitácora, extendiéndola hacia el costado del buque. Vio los cabos de amarre que se balanceaban sueltos, con los extremos rozando el calmado mar mientras el bergantín cabeceaba suavemente de tanto en tanto; pero no descubrió ni rastro del bote.

—¡Dios Todopoderoso! —murmuró de nuevo para sí mismo el contramaestre.

Acercó la lámpara a uno de los hombres e hizo bocina con las manos.

—¡Ah del bote!

Pero no hubo respuesta, ni tampoco pudo escuchar el sonido de los remos en la distancia.

—¿Y ahora —dijo Dan'l Templet en voz baja, dirigiéndose a los hombres que le rodeaban, atisbando la nada por encima de la baranda—, y ahora qué se supone que podemos hacer? ¿Qué maldición, qué malos espíritus van a bordo de esta nave? El oficial ha desaparecido y yo solo no puedo hacerme cargo de la navegación, aunque lo intente con todas mis fuerzas no estoy capacitado. El oficial ha desaparecido, pero nunca se comportó de manera natural, ¡podéis apostarlo! Y ahora estamos aquí, quizás a miles de millas de cualquier tierra de la que haya oído hablar. Bajad conmigo, compañeros, y le echaré un vistazo a la carta de navegación; a lo mejor descubro dónde nos encontramos. Además, no me atrevo a bajar solo.

El contramaestre encabezó la marcha hacia la portilla, llevando consigo la lámpara de la bitácora, aunque aún había otra encendida en el amplio camarote, como podía verse por la luz que salía a través del cristal de la claraboya. Ya en el camarote, bajaron la lámpara que estaba colgada y echaron un vistazo a la carta náutica, aunque no descubrieron nada. Entonces uno de los hombres propuso investigar los camarotes que iban de popa a proa. Abrieron la portilla del compartimiento del oficial y el contramaestre levantó la lámpara de la bitácora.

—¡Hay algo colgando en la litera del oficial! —exclamó uno de los marineros que estaba mirando por encima del hombro del contramaestre.

El contramaestre avanzó unos pasos por el interior del pequeño camarote, alzó la lámpara y se puso a leer en alto, con enorme dificultad, lo que estaba escrito en una hoja de papel que había sido arrancada del cuaderno de bitácora y clavada al frente de la litera del oficial con un par de agujas para coser las velas. El mensaje estaba escrito con letra muy cuidada y era extremadamente breve:

»Mirar en el lazareto. Ver llave».

La llave en cuestión estaba atada a un lazo de filástica que colgaba de una de las agujas para las velas, la cual estaba ensartada en el cerrojo de la trampilla situada debajo de la mesa del camarote, que llevaba directamente al lazareto, donde se solían guardar las provisiones del barco.

—Y ahora —dijo Dan'l Templet mientras tomaba la llave— no me seduce mucho la idea de ir ahí abajo; a lo mejor nos encontramos con algo diabólico. Bueno, traed un buen puñado de lámparas del almacén e iremos todos juntos abajo. ¡Que alguien vaya a por unas cuantas cabillas!

Hicieron caso al contramaestre y luego todos se agruparon en el amplio camarote. Dan'l Templet fue debajo de la mesa y abrió el cerrojo; acto seguido, haciendo acopio de todo su valor, levantó la trampilla y la dejó caer en el entarimado del camarote. Los hombres estaban arrodillados a su alrededor, con la lámpara en una mano y la

cabilla o el gancho de acero en la otra, incluso algunos tenían sus navajas abiertas. Sin embargo, ninguno de ellos se inclinó hacia delante con la intención de descender; más bien sucedía todo lo contrario, ya que parecía como si todos retrocedieran poco a poco, alejándose del negro agujero que había quedado al descubierto. Por fin el contramaestre se decidió a encabezar la comitiva. Sacó de su bolsillo un trozo de filástica y lo enrolló a la agarradera de la lámpara; luego la fue bajando hasta que llegó al pie de la escalerilla que conducía al interior del lazareto.

Durante un minuto entero todos se quedaron mirando abajo, mas no descubrieron nada extraño. Por fin Dan'l Templet se decidió a bajar y, metiendo un pie en el interior de la abertura, empezó a descender lentamente por la escala tras ordenar en voz baja a los hombres que le siguieran de cerca.

Cuando casi había llegado al final de la escala creyó oír un difuso rumor a su izquierda y se detuvo; pero el hombre que estaba encima no pareció darse cuenta y siguió bajando hasta poner el pie encima de la cabeza del contramaestre. Dan'l Templet empujó furioso el pie del marinero, lanzando un juramento involuntario, y ambos resbalaron y cayeron confusamente a los pies de la escala, haciendo añicos la lámpara que estaba debajo.

Se incorporaron y el marinero seguía gritando con todas sus fuerzas, ya que estaba convencido de que algún ser maligno lo había agarrado en las tinieblas del lazareto. El contramaestre le dio un pescozón en el cogote, luego saltó a la escalerilla y agarró la lámpara del hombre que estaba en los peldaños más bajos. Una vez hecho esto, dio media vuelta y levantó el farol por encima de su cabeza.

Hubo un clamor de gritos y preguntas por parte de los hombres que estaban bajando. Pero cuando vieron que el contramaestre estaba erguido y de una pieza, corrieron a su lado con las lámparas en alto, de manera que enseguida el lugar estuvo perfectamente iluminado. Y de esta forma, pronto pudieron descubrir algo extraordinario, ya que, dispuestas en una hilera sobre el suelo y separadas apenas dos metros entre sí, se encontraban tres figuras que habían empezado a retorcerse y emitir sonidos vagos y confusos.

—¡Que Dios nos asista! —chilló el hombre que había descubierto la nota en la litera del oficial—. ¡Mirad ahí! ¡Mirad! —con una mano señalaba nervioso mientras que con la otra sostenía en alto la lámpara—. ¡Son el capitán y Bruikson, y el muchacho! ¡Maldita sea!

Ante aquellas palabras se produjo un movimiento general hacia delante de todos los marineros liderados por Dan'l Templet. Las tres figuras que estaban tumbadas en el entarimado del lazareto se habían vuelto hacia ellos, y sus ojos brillaban extrañamente en unos rostros macilentos, entre lacios mechones de pelo. Pero ninguno podía moverse ni un centímetro, ya que estaban amordazados y atados de pies y manos, y además los habían amarrado a unas argollas sujetas al casco del barco con unas cuerdas muy cortas.

Enseguida los liberaron y fueron ayudados a subir al camarote de arriba.

—¿Dónde está ese maldito Maulk? —boqueó el viejo capitán Gaskelt, tras lanzar un juramente abominable en cuanto le quitaron de la boca el trozo de madera que había hecho de mordaza durante los días interminables que había pasado en la cámara inferior.

—¡Ha desaparecido! —contestó Dan'l Templet—. ¡Y también el bote salvavidas! —se quedó mirando el trozo de dura madera de teca, con forma de reloj de arena, que el capitán había tenido dentro de la boca durante tanto tiempo—. ¡Por Dios, capitán —añadió—, esto ha tenido que ser un infierno para usted! ¿Ha sido obra del oficial?

El capitán Gaskelt se echó un buen trago de ron y pasó la botella a los demás. Luego les explicó cómo una noche, no sabía a ciencia cierta el tiempo que había pasado desde entonces, Maulk se le había acercado por la espalda durante su guardia y le había golpeado hasta dejarle medio muerto. Lo siguiente que recuerda es que yacía en el suelo del lazareto, atado como un «maldito fardo», según sus propias palabras.

El marinero Bruikson dijo más o menos lo mismo; sin embargo, fue muy cuidadoso al ocultar que, en realidad, había visto cómo Maulk atacaba al capitán, aunque él no había dicho nada ya que era un sujeto bastante interesado, y más tarde intentó que Maulk le hiciera partícipe de los beneficios que pudiera sacar con la muerte del capitán, pues estaba completamente seguro de que Maulk había asesinado al viejo capitán Gaskelt y arrojado su cuerpo por la borda.

El caso del muchacho fue completamente distinto. Había escuchado un ruido que provenía del lazareto, cuya llave siempre llevaba el oficial consigo. Se trataba de una especie de golpeteo que oyó cuando estaba tumbado en su litera, y fue corriendo al camarote del oficial para despertarle. Para su sorpresa y terror, Maulk le agarró por el cuello, amenazando con matarle si hacía el más leve ruido. Luego le arrastró hasta la trampilla, la abrió y le llevó abajo, atándole junto al marinero y al capitán.

En bastantes aspectos, Maulk no había tratado mal a sus prisioneros. Les alimentaba dos veces al día, quitándoles la mordaza por turnos, y atendía sus necesidades con disgusto pero sin violencia.

Pero lo que más preocupaba al patrón era el porqué de todo esto, pues, por lo que le había contado el contramaestre, Maulk no se había aprovechado de ninguna manera de su mandato temporal del barco. La forma de actuar del oficial resultaba totalmente inexplicable; y así siguió hasta que se hizo de día, un día que amaneció limpio, frío y sereno tras dar las ocho campanadas.

V

El capitán Gaskelt había tomado de nuevo el mando. Sus viejas piernas temblaban

un poco mientras se mantenía en pie cerca de la barandilla, por el costado de sotavento, mirando hacia babor; aunque se encontraba muy cansado, su espíritu era indomable, y esperaba que se hiciera completamente de día para que la luz le mostrara en qué parte del horizonte se encontraba el bote. Había situado a un hombre en cada uno de los topes de los mástiles y había prometido una libra de tabaco extra al primero que descubriera el bote. Mientras tanto rastreaba el mar con su catalejo.

Cuando la luz se hizo más clara, el capitán Gaskelt descubrió algo, pues lo que había tomado por un simple banco de espesas nubes que colgaban por el sur, empezó a tomar un aspecto más sólido. Incluso, mientras empezaba a darse cuenta de ello, sonaron casi al mismo tiempo las voces de los dos marineros que estaban en los palos.

—¡Tierra por el costado de babor, señor!

La luz de la mañana se hizo más intensa, y el viejo capitán Gaskelt lanzó un suave grito de asombro cuando presintió lo que estaba viendo. Enfocó el catalejo con un leve movimiento de sus callosas manos. Luego, con un curioso tono de voz, se dirigió al contramaestre.

—Dan'l —dijo—, hay tierra por sotavento. Echa un vistazo y dime qué ves… ¡Por Dios! ¡Pensar en eso… después de todos estos años! —añadió para sí mismo, mientras esperaba la respuesta del contramaestre.

—Es una tierra montañosa —dijo Dan'l Templet mirando por el catalejo—. Hay un pico muy alto, como usted puede ver, señor, en el extremo este y una especie de cruz bastante rara, o algo parecido a una cruz, en la ladera del mismo.

Bajó el catalejo y el capitán volvió a tomarlo mientras el contramaestre le miraba con curiosidad.

—¿Cree usted, señor —añadió Dan'l Templet—, que se trata de esa isla montañosa que siempre hemos pensado que era un cuento de viejas?

Pero el viejo capitán Gaskelt ni tan siquiera le escuchaba.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —decía con voz entrecortada—. Oh, señor Maulk, maldito bastardo. Te perdono… Por eso te deshiciste de mí, para tomar el mando del barco y traerlo hasta aquí… ¡Y yo contándole cosas de la isla!… Y usted ya lo sabía todo el rato… ¡Señor! ¡Mirad las tibias cruzadas! ¡Tan naturales como si perteneciesen al terreno!… ¡Y ese taciturno demonio que sabía la latitud y la longitud exactas durante todo el tiempo! Y jamás me dijo nada, el astuto bastardo… ¡El astuto bastardo! Pero supongo que ha hecho mal los cálculos, o a lo mejor las corrientes y mareas acercaron el barco a la isla durante la noche. No me extrañaría…

Interrumpió su cháchara y se dirigió al contramaestre sin despegar el rostro del catalejo.

—Diga a los hombres que preparen el otro bote —ordenó—. Ese maldito oficial seguro que ya está en tierra y, por sus pecados, todavía vamos a atraparle. Y a lo mejor nos hacemos un poco más ricos cuando lleguemos allí, contramaestre. Hay tanto oro oculto en la Isla de las Tibias Cruzadas como para comprar la mismísima

Jerusalén, o al menos eso dicen… ¡Y bien que me voy a burlar de todos esos estúpidos que se han reído de mí mientras me dedicaba a la pesca, siempre diciendo que tal lugar no existía!

Se echó a reír sutilmente, pero con un vigor que contrastaba con la suavidad de su risa. El recuerdo de todos los hombres que se habían burlado de él en un montón de bares y tabernas de una infinidad de puertos le asaltó de repente. Éste era en verdad un caso al que se le podría aplicar perfectamente el dicho de «quien ríe el último ríe mejor».

—Y ese bastardo lo sabía durante todo el tiempo —volvió a exclamar—. Desde que era un niño, Dan'l, no he vuelto a contemplar esta maravillosa vista —y siguió hablando, a pesar de que el contramaestre hacía tiempo que había ido a ayudar a los hombres a sacar los bultos del bote salvavidas—. Desde que era niño… Dicen que una parte del oro está enterrada debajo de las mismísimas tibias cruzadas… Toda mi vida pensando en esto, ¡y ahora estoy aquí!… Contramaestre, ¿está preparado el bote?

VI

El capitán Gaskelt varó la chalana en una franja de tierra arenosa que formaba una larga curva y resultaba ideal para embarrancar el bote. Allí estaba también, completamente seca, la otra embarcación más pequeña que Maulk había arrastrado algunas horas antes. Había una hilera de pasos que salían del bote y desaparecían doscientos metros más allá, adentrándose en la espesura de una selva umbría que, sorprendentemente, llegaba hasta la playa y se perdía hacia el interior, trepando por las escarpaduras de la parte central de la isla.

—Por ahí ha ido el bastardo —dijo el capitán Gaskelt señalando las huellas—. Que alguien se quede en el bote. El resto conmigo —echó una mirada al sol y al cielo, y luego observó el horizonte—. Espero que el tiempo siga estable —musitó para sus adentros sin apenas darse cuenta.

—¡Adelante, muchachos! —dijo, y se puso al frente de la marcha.

Cuando llegaron al sitio en el que la arena daba paso a la densa vegetación que subía por la ladera de la montaña, el entusiasmo del viejo capitán Gaskelt estalló. Miró por encima del hombro hacia atrás, a los cinco marineros que lo seguían.

—¡Vamos, muchachos! —gritó—. Hay una fortuna escondida en esta isla. Éste es el lugar que muchos han estado buscando desde hace doscientos años. Aquí es donde Galt y Ladd y una docena de viejos piratas enterraron sus tesoros; y nosotros vamos a descubrirlos. ¡Adelante!

Y echó a correr sobre las huellas que se adentraban en la selva, cerca de un bajo

acantilado que se erguía a la izquierda y estaba completamente cubierto de una vegetación caótica y espesa.

Los hombres se habían acalorado mucho con las palabras del capitán y corrieron en fila tras él; y de esta manera entraron en la selva, tropezando con las raíces y los zarcillos del sotobosque. Pronto la carrera se convirtió en un andar firme, y poco después en escalada, ya que la pendiente era bastante abrupta en aquella parte de la isla. Sin embargo, el entusiasmo del viejo capitán era tanto que se las arregló para seguir encabezando la marcha; incluso aún le quedaba resuello para gritar cosas del estilo de:

—¡Adelante, muchachos! ¡A por el oro de esos viejos piratas! ¡Adiós a la mar, chicos! ¡No más guardias en noches indecentes! ¡Adelante, muchachos!

Los hombres respondían entre jadeos y seguían escalando con rabia, mientras el rumor de sus resuellos y tropezones sonaba con extraña claridad en el frío aire matinal.

—¡Alto ahí! —rugió de repente la voz de Maulk desde algún lugar oculto entre los árboles—. ¡Aléjese, capitán! No quiero hacerle daño, como ya debería saber, ¡pero le mandaré al infierno si da un paso más!

—¡Ahí está, marineros! —aulló el capitán Gaskelt—. ¡A por él, muchachos! ¡A por él!

Pero como no había nadie a la vista al que pudieran echar mano, todos se quedaron parados mirándose entre sí.

De repente se escuchó la sorda detonación de un mosquete, un poco por debajo de donde se encontraban, y una bala destrozó las ramas más pequeñas que tenían sobre sus cabezas. Los hombres huyeron rápidamente hacia un claro que se abría entre los árboles.

—¡Yo os enseñaré! ¡Yo os enseñaré! —oyeron gritar a Maulk a través de la espesura, y enseguida se produjeron dos detonaciones más y el ruido de las balas a izquierda y derecha.

El viejo capitán Gaskelt corría con el resto de los hombres. No tenían encima ningún arma, excepto sus navajas, así que se encontraban a merced de Maulk, a no ser que pudieran refugiarse en algún sitio.

—¡Maldita sea! —exclamó el norteño que comandaba el grupo de marineros—. ¡A esa cueva! ¡A esa cueva! ¡Rápido!

Salió corriendo fuera de la línea de tiro hacia una amplia hendidura que se abría en un acantilado rocoso a su izquierda. El resto de los hombres fueron tras él y en pocos segundos todos estuvieron a cubierto dentro de una cueva que desaparecía serpenteando en las tinieblas, como una especie de corredor gigantesco.

—¡Jamás nos dejará escapar vivos! —dijo uno de los hombres después de estar a la espera unos minutos, atentos a cualquier señal de Maulk—. ¡Sabemos demasiado de esta maldita isla! ¿Dónde estará nuestro viejo bergantín? ¡Maldición! ¡Daría mi maldita paga diaria por estar a bordo! ¡El oficial es un maldito loco, eso es lo que es!

Desde donde se encontraban podían contemplar el mar de norte a oeste, una vista circular perfilada por la boca de la cueva; y en ese parche de agua azul se mecía suavemente el bergantín, y sus velas se sacudían levemente al ser azotadas de cuando en cuando por una mansa brisa.

—¡Por todos los Santos! —exclamó el capitán Gaskelt con brusquedad cuando una tremenda explosión resonó por toda la isla—. ¡Mirad! —añadió, casi gritando, al descubrir un enorme surtidor de agua que se alzaba entre la costa y el bergantín—. ¡Es un cañón!

Lanzó un grito inarticulado cuando una lluvia de blancas y relucientes astillas se elevaron en el límpido aire matinal desde la baranda de estribor del bergantín.

—¡Quiere hundir el barco y luego matarnos a todos como si fuéramos un puñado de conejos! —exclamó el marinero que había hablado antes—. Vayamos todos afuera a por ese canalla. A lo mejor podemos darle un buen navajazo antes de que empiece a dispararnos. ¡No quiere que ninguno escape vivo!

Y con estas palabras se dirigió hacia la boca de la cueva y la luz del día, blandiendo su navaja en alto. Tan sólo pudo dar un par de pasos antes de desplomarse cabeza abajo, mientras aún resonaba entre los árboles la detonación del mosquete. Se quedó tendido en el suelo, terriblemente quieto, y nadie osó seguirle.

Se produjeron otros dos cañonazos a holgados intervalos, pero los disparos no fueron tan buenos y ambos erraron el blanco. Los hombres que estaban en la caverna empezaron a dar gritos de ánimo, ya que el contramaestre había arriado el bote restante y, tras encordarlo a la proa del bergantín, estaba tirando de éste a marchas forzadas con la intención de ponerlo fuera de tiro.

Se produjo un cañonazo más, pero el disparo impactó a más de media milla del barco; y después, durante la larga, silenciosa y apacible tarde, no se escucharon más sonidos que el vago, lejano murmullo de las olas al romper sobre la playa y el solitario graznido de las aves marinas que planeaban sobre un cielo cada vez más plomizo.

—No entiendo cómo puede tener un cañón —dijo uno de los hombres—, ni pólvora, ni un mosquete, ni nada de nada. ¿Qué clase de isla es ésta, capitán?

—Supongo que lo dejaron aquí esos malditos piratas —dijo el capitán Gaskelt, mientras observaba atentamente el cielo y el aspecto general de la atmósfera—… ¡Señor! ¡No me gusta nada el cariz que está tomando el tiempo!… En cuanto a la pólvora y las balas… Pues no lo sé; parece que no hace mucho ha habido aquí algún tipo de confrontación. Nada de lo que me encuentre en este lugar me sorprenderá demasiado. ¡Es el sitio que Satán elegiría para planear sus diabluras! En cuanto al oficial, supongo que habrá oído algo en las tabernas portuarias en algún momento de su condenada existencia. Pero creo que debe haber sido bastante tiempo atrás, y que ha llevado una vida decente hasta que se le metió en la cabeza apoderarse del oro. Sin embargo, no creo que haya más gente implicada aparte de él; no se dedicaría a dispararnos con tanta despreocupación si hubiera otros; ellos no le querrían a él, y él

no querría saber nada de ellos; no si en verdad van detrás del oro. Aún podemos ganarle, si el viento sigue en calma hasta la noche. Correremos hacia los botes y huiremos, a no ser que los desfonde… ¡Por Dios! ¿Qué es eso?

En la boca de la caverna apareció el rostro macilento y pálido de un hombre que avanzaba arrastrando su pierna izquierda, la cual colgaba inmóvil e inservible de la cadera. Mientras entraba sonó muy cerca el disparo de un mosquete y el chasquido de una bala que levantó una lluvia de piedrecitas en la parte superior de la boca de la cueva, a espaldas del tambaleante sujeto.

—¡Es Tauless! —exclamaron varios hombres, pronunciando el nombre del marinero que había salido anteriormente y que todos daban por muerto. Entonces oyeron las brutales carcajadas de Maulk que gritaba con voz atronadora desde el exterior:

—¡Os vais a enterar! ¡Os vais a enterar! —aullaba—. Os voy a hacer picadillo. ¡He mandado al bergantín al infierno, y vosotros seréis los siguientes, en cuanto pueda pillaros!

Oyeron sus poderosas carcajadas, intencionadamente amenazadoras, a través de la sutil y fría atmósfera, mientras reverberaban, con un sonido hueco y extraño, entre las rocas desnudas y los acantilados que se elevaban alrededor del claro en el que se encontraba la boca a la cueva. Pero cuando el eco se desvaneció, no oyeron nada más durante horas y nadie habló excepto el viejo capitán Gaskelt, que de vez en cuando musitaba algo acerca del tormentoso aspecto que iba adueñándose del cielo. En un momento dado rompió el silencio.

—Eso que ha dicho del bergantín es una asquerosa mentira. ¡Han conseguido escapar!

Miró a los hombres en la penumbra de la caverna, como si él también dudara haber visto el barco mientras era remolcado fuera de peligro.

—Seguro que están a salvo, capitán —afirmaron los hombres—. ¡Ojalá estuviéramos la mitad de bien que ellos!

Uno de los hombres fue arrastrándose con sumo cuidado hasta la boca de la cueva y miró al exterior. Luego asintió en dirección al capitán Gaskelt.

—Están a salvo, capitán —susurró por encima del hombro—. El contramaestre está arriando las velas. Ellos…

Pero no pudo acabar la frase, ya que en ese mismo momento sonó un disparo cercano que procedía del mosquete de Maulk y la bala fue a estrellarse a unos pocos centímetros de la cabeza del marinero, el cual rodó al interior de la cueva transpirando por el miedo aunque ileso. Estaba claro que Maulk mantenía una estrecha vigilancia.

Pronto se apoderó del viejo capitán una especie de inquietud, y se puso a deambular por el oscuro interior de la cueva, palpándolo todo a su alrededor y encendiendo un fósforo tras otro. Los hombres se sentaron y empezaron a hablar en voz baja y triste, pero de repente oyeron que el capitán les llamaba suavemente desde

algún lugar perdido en las tinieblas. Entonces vieron el resplandor de un fósforo que acababa de ser encendido a menos de cincuenta metros de donde se encontraban y que brillaba como una diminuta estrella en medio de la profunda oscuridad. Caminaron en aquella dirección y, en cuanto el capitán prendió otro fósforo, se unieron a él.

—Seguidme, muchachos —dijo el viejo capitán Gaskelt, y los condujo a través de un largo corredor que estaba iluminado a trechos gracias a unas grietas y agujeros que se abrían entre las rocas. Al cabo de un minuto llegaron a una plataforma rocosa que sobresalía de un enorme acantilado orientado al sur y descendía verticalmente a una profundidad de unos treinta metros.

Contemplaban un asombroso fondeadero que parecía estar situado en el centro de la isla, aunque se le veía rodeado de tierra por todas partes, de manera que no podían ver el mar por ningún sitio ni saber la posición exacta de la boca que llevaba al puerto, que seguramente se encontraba en algún pasaje escondido entre las laderas irregulares y serpenteantes que se erguían alrededor.

Y fondeadas en aquel puerto natural, flotando aún, a pesar de que parecían pertenecer a una época pretérita, uno o dos siglos atrás, había tres vetustas embarcaciones cuyo historial de rapiña y libertinaje no pasaba desapercibido al ojo experto. En todas había un enorme cañón montado en mitad del casco, aunque en el buque más grande la cureña se había podrido y el cañón yacía en la cubierta entre los restos de madera descompuesta.

—¡Me apostaría el cuello a que son antiguos barcos piratas! —dijo uno de los hombres—. ¡Viejos cascarones que mataban y robaban antes de que cualquiera de nosotros se echase a la mar! Pero no parecen estar en mal estado, lo suficientemente bueno como para navegar, si antes se los revisa un poco.

Señaló el barco que estaba más hacia el oeste, una pequeña y bonita embarcación, aparejada como una goleta, que estaba amarrada por proa y popa, de entre diez y doce toneladas de registro. Tenía la botavara y la cangreja sin aparejar, y era evidente que llevaba allí fondeada un montón de años, tal vez una docena o más. Pero también estaba claro que podía conseguirse hacerla navegar, y su presencia demostraba a los hombres que la isla había sido visitada con frecuencia durante la pasada generación.

—Hay unos grandes cañones situados entre las rocas, al sudoeste —dijo el capitán Gaskelt, señalando en aquella dirección—. Ahí debe estar la entrada. Esta bendita isla es como una fortaleza. ¡Por Dios, lo que daría por tener un buen mosquete en mis manos! Yo…

Se interrumpió cuando un centelleante relámpago recorrió la plomiza oscuridad que ahora se extendía sobre sus cabezas.

—¡Que Dios nos asista —exclamó—, si el tiempo empeora antes de que podamos llegar al bergantín! —como buen católico se persignó inconscientemente, aunque ya hacía mucho tiempo que no pensaba en temas religiosos.

Durante quizás un par de horas el capitán y sus hombres permanecieron sobre el

saliente rocoso, contemplando todos los posibles métodos para escapar, aunque sin encontrar ninguno, ya que el acantilado, tanto hacia arriba como hacia abajo, resultaba demasiado empinado. Se habían olvidado de la posibilidad de que Maulk pudiera encontrarles allí, y de repente oyeron su voz por encima de sus cabezas.

—¡Retroceded! ¡Retroceded!

Acto seguido sonó el disparo de un mosquete. La bala rebotó en la roca, muy cerca de donde estaba el viejo capitán, salpicando su mano de restos de plomo caliente, mientras los ecos de la detonación rebotaban de un lado a otro con un extraño sonido hueco entre las paredes del insólito fondeadero que albergaba aquella escuadra largamente olvidada.

—¡Retroceded! ¡Os tengo a tiro! —rugió Maulk de nuevo, aunque ya todos se encontraban en el interior del subterráneo y el capitán Gaskelt estaba encendiendo un fósforo para iluminar el recinto.

Cuando llegaron a la otra entrada, el capitán le echó un vistazo a Tauless, cuya herida había vendado antes con tiras de su propia camisa. Vio que el hombre estaba exhausto, aunque no tenía muchos dolores, y, después de intercambiar con él unas palabras, se volvió hacia los demás.

—Muchachos —dijo—, oscurecerá en menos de media hora. Que un par de vosotros se quiten las chaquetas, y dadme todos los cinturones. Vamos a hacer una especie de sillín para transportar al compañero herido. Quitaos también las botas, así no haremos ruido cuando nos vayamos.

VII

La noche había caído, pesada y oscura, trayendo consigo un profundo silencio que sólo era roto por el vago, lejano chapoteo de las olas que rompían al sur. Cada pocos minutos, la negra bóveda celeste era hendida por un estremecedor latigazo de luz violeta que iluminaba como si fuera de día todos los árboles y rocas que había a la entrada de la cueva. Pero no sonó ningún trueno.

El viejo capitán Gaskelt estaba tumbado boca abajo en la boca de la cueva, intentando servirse de la luz de los relámpagos para descubrir dónde estaba Maulk.

—¡Ahora, muchachos! —dijo al fin, entre susurros, a los hombres que estaban a su espalda—. Levantadle con cuidado y no hagáis ruido. Si Dios nos ayuda aún podemos vencer a ese diablo. ¡Esperad! ¡Ahora, vamos!

Salieron con los pies desnudos y las botas en las manos. Dos de los hombres más fornidos llevaban al indefenso Tauless sobre la eslinga hecha de cinturones y prendas de vestir, mientras el viejo capitán Gaskelt encabezaba la marcha, maldiciendo en silencio cuando alguno tropezaba y hacía rodar una piedra suelta.

Acababan de llegar a la linde de los árboles cuando uno de esos tremendos relámpagos estalló en el cielo, y todos quedaron a la vista de cualquiera que estuviera mirando, como si fueran un grupo de oscuras y temblorosas marionetas.

—¡Ya os tengo! —rugió la voz de Maulk, y justo en ese momento, como si el trueno respondiera por fin al rayo, se oyó la tremenda detonación de un cañón en lo alto de la ladera, y una sibilante lluvia de metralla pasó muy por encima de sus cabezas.

—¡Corred! —gritó el viejo capitán.

Los hombres obedecieron al instante, internándose a trompicones entre los árboles, tropezando unos con otros y con el desafortunado que llevaban en parihuelas. Sin embargo, se dieron tanta prisa que, en menos de un minuto, llegaron a la franja arenosa y se dirigieron a toda prisa hacia los dos botes que habían sido iluminados por un par de relámpagos sucesivos. Mientras corrían, el silencio de la isla fue roto a sus espaldas por la detonación de un mosquete, aunque ninguno pudo oír la bala. Enseguida llegaron al bote y dejaron a Tauless sobre la arena mientras se preparaban para hacerse a la mar. Oyeron un grito lejano proferido por Maulk, que llegó hasta ellos extraordinariamente nítido en el profundo silencio, y luego, justo después de otro repentino relámpago, vieron una lengua de fuego rojo que resplandeció brevemente en una cresta de la isla; acto seguido volvieron a oír una lluvia de sibilante metralla que atravesaba la noche. Algunos fragmentos impactaron en el bote, y uno de los hombres se puso a gritar como un diablo al ser alcanzado en la mano. Sin embargo, antes de que el loco de la colina pudiera volver a hacer fuego con el cañón, habían conseguido poner a flote la barca más grande. Subieron a Tauless y alguien dio un pescozón al marinero que había sido herido en la mano para que se callase de una vez.



La isla de las tibias cruzadas. Ilustración de Ned Dameron

—¡Afuera con esos remos! ¡Atentos ahora! —gritó el viejo capitán Gaskelt—. ¡Bogad! ¡Bogad! ¡Con cuidado! ¡Dios bendito! ¡Aún podemos hacerlo, antes de que se nos eche el viento encima! Allí están las luces del bergantín, hacia el noroeste. ¡Todos de espaldas en esa dirección! Poned la carne en el asador o no volveréis a oler el buey en salazón[74]. ¡*Remad*!

Llegaron al bergantín media hora después y, transcurridos diez minutos más, el huracán que venía del sur estalló sobre ellos en un rugiente vendaval, como si un planeta invisible se desplazara a través del barco en un caos de vientos aullantes y níveas espumas, a los que seguían un mar montañoso, oscuro y enfurecido.

Y en algún momento, en mitad de la terrible borrasca, perdieron de vista aquella isla misteriosa; y cuando rompió la aurora ya no podía verse nada de un lado a otro del horizonte, excepto las aguas salvajes y enajenadas que levantaban nubes de espuma a más de doce metros de altura; y por todas partes el desbarajuste del universo estaba colmado de un viento colérico y enloquecido que se burlaba de la arrogante fuerza de los hombres.

Sin embargo, y aunque pueda parecer de lo más extraño, el viejo capitán Gaskelt era un hombre sorprendentemente feliz. Tenía una fe ciega en su pequeño bergantín y en todos los hombres de la tripulación; y en ambos casos estaba justificada. Ya que, después de que la borrasca los arrastrase varios cientos de millas al norte, aún no habían perdido ningún palo ni vela, y casi todo lo que se hallaba en cubierta seguía en su lugar.

Quizás la satisfacción del viejo capitán Gaskelt con todas las cosas en general podrá apreciarse mejor si les digo que abajo, en el camarote, celosamente guardado en un cajón de su mesa, había un saquito embreado que, a pesar de su pequeñez, pesaba tanto que el robusto capitán tuvo que emplear ambas manos para levantarlo. Lo había encontrado depositado en la popa del bote, y no había dicho nada a los hombres al considerar ese viejo refrán que reza: «pan para muchos, hambre para todos».

No se podía imaginar cómo el saquito había ido a parar allí, pero le dio por pensar que su antiguo oficial en realidad nunca le había guardado rencor, y que seguramente lo había dejado allí como una especie de regalo. Le daba la sensación de que Maulk no estaba realmente interesado en matar a ningún marinero y que lo que pretendía era asustarlos para que se fueran, a sabiendas de que la inminente tormenta les alejaría varios cientos de millas de la isla antes de que pudieran tomar la latitud y longitud.

Es posible que las suposiciones del capitán Gaskelt fueran correctas. En cualquier caso, de lo que no hay duda es de que la bolsita de oro estaba en su poder, y de que el capitán Gaskelt, al igual que todos nosotros, ansiamos saber la posición exacta de la Isla de las Tibias Cruzadas.

Para finalizar quiero referir algo curioso. Maulk era un sujeto un tanto desequilibrado en ciertos aspectos, ya que, cuando revisaron el bote salvavidas, encontraron más de veintidós monedas de oro dobladas y partidas incrustadas en la

madera, lo cual sólo puede ser explicado por el supuesto de que hubiese cargado el cañón con una fortuna en oro para aquel último disparo. En cuanto a lo que le sucedió al antiguo oficial, tan sólo podemos suponerlo. No sería extraño que hubiera conseguido escapar, pasada la tormenta, en la pequeña embarcación que los marineros habían visto amarrada al oeste del pequeño puerto natural.

Sin embargo, desde entonces y hasta la fecha, la longitud y latitud de la Isla de las Tibias Cruzadas sigue siendo un misterio. Su nombre es bien conocido en un montón de viejos castillos de proa, y aún son muchos los lobos de mar que juran y perjuran que algún día encontrarán la isla y su enorme fortuna en oro, que dejarán el mar y se comprarán una granja.

Pero nadie lo ha hecho todavía.

LOS TIBURONES DEL *ST. ELMO*

—Es un lugar tan extraño hoy en día como lo era hace mil años —dijo el capitán Dang, moviendo su cabeza en dirección al mar, donde un gran número de barcos estaban fondeados y los ajetreados remolcadores rompían las olas en rociones de espuma—. Y cuando pasen un millón de años seguirá siendo igual —añadió—. Siempre lo mismo. Nadie lo puede abarcar.

El capitán Dang era en verdad un hombre extraordinario. Me había tropezado con él por casualidad en los muelles. Hace muchos años yo había sido un segundo oficial muy joven que estaba a su cargo y siempre me había parecido un perfecto caballero, un patrón excelente y el poseedor de un vocabulario ilimitado lleno de giros en escocés, irlandés y americano. Cuando estaba en tierra era el hombre más reservado del mundo, estricto, bien vestido y hablando siempre un perfecto inglés. Pero cuando estaba en alta mar se embutía en su recio chaquetón de piloto, reía a grandes carcajadas, mascaba tabaco con mal disimulado entusiasmo y —lo más atroz de todo — ¡llevaba guantes de seda con perfume de lavanda!

Descubrirle tan hablador aun estando en tierra fue toda una novedad y, como había oído algo de su pasado aventurero y tenía tiempo de sobra hasta embarcar en mi navío, me quedé para escuchar la historia que, estaba seguro, me iba a narrar.

—Sigue siendo tan misterioso como en el pasado —dijo—, y nadie lo sabe mejor que yo. Un misterio que flota en las aguas, y también por debajo de ellas. Recuerdo que cuando servía en el viejo *St. Elmo*, una embarcación mixta a velas y vapor, haciendo la ruta de San Francisco a Teapot, China, me tropecé con algo realmente curioso. Dejamos San Francisco a primera hora de la mañana de un martes y cuando dieron las ocho campanadas la tarde del miércoles, por alguna extraña razón, empezamos a perder potencia en las calderas y apenas conseguíamos avanzar a tres nudos por hora. El poco viento que teníamos soplaba de proa, de manera que aferramos todo el trapo para que hubiera la menor resistencia posible.

El capitán Jat escupió sobre las azules aguas de la bahía.

—Con sinceridad, camarada, ni al mismo diablo le gustaría navegar en uno de esos barcos mixtos.

»Tres nudos fue la máxima velocidad que conseguimos durante la primera guardia de cuartillo, y luego bajó a dos y el mar se calmó aún más. Parecía una laguna enorme, lisa como un cristal. Y no conseguíamos pasar de dos nudos.

»Entonces vimos los tiburones. Los descubrió uno de los hombres y lanzó tal berrido que hasta los muertos se habrían revuelto en sus tumbas, de haberlo escuchado.

»—¡Tiburones! ¡A millares! —aulló, y se encaramó al cabillero de regala para verlos mejor mientras nosotros le imitábamos.

»Puedo afirmar, compañero, que no sólo resultaba un espectáculo insólito, sino también aterrador. Había millares, cientos de millares de tiburones siguiendo al barco,

apretándose a sus costados y perdiéndose de vista en la distancia. Pero todos se encontraban a popa del buque, extendiéndose por sus costados hasta donde alcanzaba la vista, y algunas de las bestias nadaban muy cerca, haciendo ondular con gracia sus aletas caudales para mantenerse a la misma velocidad del barco.

»Contemplé todo este espectáculo por el lado de estribor, así que luego me fui a babor para echar un vistazo. Era exactamente igual. Uno podía distinguirlos justo por debajo de la superficie del agua, aunque a veces ascendían un poco y sus aletas, incluso sus feos dorsos, quedaban completamente al aire durante un rato y enseguida volvían a hundirse en el agua. Lo que más me impresionó fue la manera en que se apretaban, manteniéndose cerca de los costados del buque, de forma que podías escupir sobre ellos fácilmente y ver cómo te acechaban con sus fríos ojos cual diabólicas criaturas.

»Por entonces nuestra velocidad se había reducido a un nudo y medio por hora, y los sudorosos caldereteros se afanaban y lanzaban maldiciones abajo, en las calderas. Los pobres engrasadores se habían pasado toda la bendita noche intentando arreglar los constantes achaques de la maquinaria.

»Por aquel entonces yo era contramaestre y enseguida me di cuenta que me iba a tocar a mí hacerme cargo de la fiesta, ya que tanto el viejo capitán Moss como el primer oficial, el señor Nathaniel, estaban dándole a la botella. Llevaban completamente borrachos casi desde que pasamos por debajo del Golden Gate; gracias a Dios que el señor Jackson, el segundo oficial, era un hombrecito al que no le gustaba beber, aunque también una rata algo envidiosa y mal encarada, pero abstemia al fin y al cabo.

»Bueno, al final de la segunda guardia de cuartillo —prosiguió el capitán Dang, tras hacer una pequeña pausa para hincar el diente en una enorme porción de tabaco de mascar— hacía tanto viento como el que pueda soplar en el interior de su sombrero, y ya me parece demasiado. En consecuencia, el mar estaba tan liso como un espejo, aunque había un leve reflujo por debajo, y yo podía ver a ambos costados del buque la masa de tiburones que rompían con sus aletas dorsales la superficie del agua en miles de sitios diferentes. Resultaba muy extraño estar allí, viendo cómo la noche caía sobre todo aquel espectáculo, y pensar qué se sentiría estando encaramado en lo alto de la arboladura en esos momentos. Intente imaginarse a sí mismo sobre una de las vergas, con todo aquel enjambre de peces hambrientos debajo. ¡Imagíneselo por unos instantes! ¡Vaya papelón, compañero!

»Y mientras, a popa, el viejo y el primer oficial seguían sentados tan tranquilos en el comedor del barco, más borrachos que nunca y sin parar de cantar “Ben Bowline”, desafinando de una manera espantosa.

»Como era contramaestre no tenía que hacer guardias, pero me quedé en cubierta durante todo el primer turno, ya que no me podía dormir. Tenía un mal presentimiento que el resto de los hombres compartían, ya que los había escuchado hablar de ciertas supersticiones, de la muerte y otros miedos mientras paseaban por

las cubiertas.

»En multitud de ocasiones, durante aquella guardia, me acerqué a los costados del buque para echar un vistazo. Una de las veces encendí una linterna ciega que utilizábamos para desenredar los cabos por la noche y la bajé un poco por uno de los costados. Algunos marineros vieron lo que estaba haciendo y se acercaron corriendo para mirar. Justo debajo del resplandor distinguimos la cabeza y los ojos del tiburón más enorme que he visto en mi vida. Se encontraba bien cerca del costado del barco y contoneaba su cola con la misma elegancia de una dama al mover su abanico, impulsándose lo justo sobre el agua para mantener idéntica velocidad que la del barco. Y a veces miraba hacia arriba, a la luz de la linterna, como un diablo que supiera que le estábamos observando. Créame si le digo que aquella bestia enorme tenía la inteligencia de un hombre o de un monstruo. Podía distinguir en su mirada una especie de comprensión. Resulta extraño afirmar algo así, pero es cierto. Uno de los marineros exclamó:

»—Nos está mirando, compañeros. Sabe todo lo que hacemos.

»Creo que no se equivocaba. Sólo había que contemplar aquella escena, y estoy seguro que usted también estaría de acuerdo si se hubiera encontrado con nosotros.

»Cuando aparté el haz de luz del costado del barco, pudimos ver una cantidad enorme de tiburones, los suficientes para hacer picadillo de carne de cualquier cosa viva que cayera por la borda. Alumbráramos donde alumbráramos sólo veíamos las negras aletas y colas de miles de tiburones que se removían de aquí para allá, pero siempre siguiendo el rumbo del barco. Jamás habíamos visto nada parecido.

»Entonces el señor Jackson nos preguntó a voces qué diablos estábamos haciendo con la linterna, así que la apagué en el acto, aunque no me apetecía nada devolverla a su lugar. Todo era tan extraño. Siempre diré que aquella noche flotaba en el aire algo sobrenatural.

»Cuando el grumete me llamó por la mañana, le pregunté si los tiburones se habían ido.

»—No —respondió—, es todavía peor que anoche… Hay más que nunca. Y encima —añadió— ¡los motores se han terminado de estropear y estamos varados en medio de una calma chicha!

»Me dirigí en calzoncillos a la cubierta principal para echar una mirada. No había ni una brizna de viento y tanto el mar como el cielo tenían un aspecto plomizo. El agua estaba tan lisa como un espejo, excepto alrededor de los costados del barco. Jamás he visto nada igual. Bullía de tiburones.

»Subí a la verga de gavia y miré por encima del pasamanos de babor. Los tiburones estaban tan juntos entre sí y tan pegados al barco que no se podía ver el agua por ningún sitio. Sin embargo oía el roce que producían al entrar en contacto con el costado de la embarcación. Permanecían increíblemente quietos y apretujados. Tan sólo se retorcían un poco de cuando en cuando, y a veces alguna de aquellas bestias erguía su cabezón por encima del agua y lo posaba sobre la espalda de un

compañero, y se quedaba así durante cinco minutos o más, como observándonos.

»Un poco más lejos el banco de tiburones no era tan denso, aunque nadaban siempre alrededor del barco. A veces podías distinguir las aletas y colas que sobresalían por encima del agua, y en una ocasión vimos cómo se peleaban entre ellos. El mar hirvió y se llenó de espuma durante unos segundos. Supongo que si alguno caía muerto era devorado por los demás en menos de un parpadeo.

»El estúpido del primer oficial intentó arponear a las bestias, pero se llevó un buen susto. Subió al puente, borracho como una cuba, cuando sonaron las siete campanadas, divisó los tiburones y empezó a restregarse los ojos intentando desperezarse. Luego ordenó a uno de los grumetes que fuera al almacén a por el arpón, lo anudó a un cabo y lo lanzó. Menudo alboroto, jamás he visto nada igual. Era como un infierno viviente. El tiburón ensartado en el hierro empezó a agitarse como un loco y todos los que estaban cerca se echaron al instante sobre él, de manera que había una única cabeza, que se mantuvo sobre el agua durante breves momentos, y un montón de bestias apiñadas sobre ella. Dentelladas, mordiscos y laceraciones por todos sitios; no se podía ver absolutamente nada por culpa de la nube de agua, espuma y sangre que se levantó al instante. Cuando la cosa se calmó no había ni rastro del arpón, el cabo o el propio tiburón. Supongo que después de aquello el primer oficial se sintió lo suficientemente complacido como para dejarlos en paz. El alboroto que se armó entre ellos nos hizo pensar que podrían subir a bordo a millares si no les dejábamos tranquilos. Además, compañero, sepa usted que aquel barco, el *St. Elmo*, era bastante pequeño y sus costados no demasiado altos. Bueno, resultaba muy fácil imaginarse cualquier cosa con todas aquellas bestias a nuestro alrededor.

»Fue un día bastante extraño y desagradable. A casi todos los hombres se les metió en la cabeza que había un Jonás a bordo. ¡Curiosas criaturas estos marineros! Y la gente de las calderas pensaba de igual manera. Habían abierto la claraboya de la sala de máquinas y todo el costado de estribor del barco estaba lleno de artilugios y piezas de desecho de la caldera. Les pregunté si estaban construyendo un motor nuevo, pero sólo conseguí que me maldijeran por mi ironía. Pobres diablos, el jefe de máquinas les había hecho trabajar duro y estaban medio muertos de cansancio.

»El viejo subió por la mañana, a eso de las cinco campanadas, con una botella de *whisky* en una mano y un enorme pote en la otra. Se acercó al costado del buque y miró hacia abajo con gran solemnidad.

»—¿Ha visto eso, señor Nathaniel? —oí que le preguntaba al primer oficial después de echar un vistazo.

»—Sí, señor —contestó el primero.

»—Vale, pues me alegro de que así sea, caballero —dijo el capitán muy serio. Acto seguido, llenó el pote de *whisky* y se lo bebió de un trago. Al tío le gustaba el ron a rabiar.

»Durante tres días todo siguió igual. No había viento, no había vapor, no había cambios. Tan sólo los tiburones y las blasfemias de los fogoneros y caldereteros. Los

marineros apenas hablaban entre sí en el castillo de proa. Todos sospechaban de todos en lo referente al Jonás de a bordo. Puede creerme, no estoy bromeando. Cuando a los hombres de determinado nivel intelectual se les mete una superstición en la cabeza el resultado final suele ser el asesinato de alguien. Sé por experiencia personal que si un marinero es acusado de ser el Jonás responsable de todos los problemas del barco, su destino final será sin duda *caer* por la borda en una noche oscura. Oh, oh, seguro que sí, y por eso aquella noche me quedé paseando por las cubiertas, al acecho de que a alguien se le ocurriera llevar a cabo alguna tontería mortal.

»En la guardia de tarde del tercer día una suave brisa comenzó a soplar por la popa y el primer oficial ordenó a los hombres que soltaran trapo. Al principio algunos se hicieron los remolones, ya que no se sentían muy dispuestos a subir a las vergas con todos aquellos tiburones debajo; sin embargo, no había más remedio que hacerlo y tuve que ponerme a la cabeza hasta que completamos la tarea. Resultó un trabajo bastante desagradable pues veíamos a cientos de miles de bestias acechantes justo debajo de nuestros pies cuando estábamos en las vergas bajas. ¿Se puede hacer una idea, camarada?

»Soltamos trapo y el viejo cascarón empezó a deslizarse sobre el agua a unos dos nudos por hora. Fue increíblemente extraño ver cómo aquella barahúnda de tiburones comenzaron a moverse también, contoneando sus colas y cuerpos lo justo para mantenerse a la misma velocidad del barco, como si estuvieran atados al casco por cuerdas invisibles.

»La situación no cambió durante toda la semana; a veces la brisa nos hacía avanzar a unos dos nudos o menos, y otras nos sumíamos en una terrible calma chicha. Los hombres estaban tan nerviosos que resultaba muy difícil hacerlos subir a la arboladura durante la noche.

»En dos ocasiones los mecánicos consiguieron hacer funcionar los motores, pero en menos de una hora volvieron a detenerse y los engrasadores tuvieron que seguir desmontando piezas y más piezas. Aquel viejo cascarón no estaba en condiciones para navegar. Ésa era la realidad.

»Y así fue transcurriendo el tiempo. La segunda semana pareció durar siete años en lugar de siete días, y durante todo ese período el patrón y el primer oficial no dejaron de darle a la botella, y al bajito del segundo oficial cada vez se le veía más descontento, con ganas de hincarle el diente a alguien para desahogarse.

»Por las noches solía ir arriba y vigilar apoyado en el pasamanos, y puedo asegurarle que resultaba harto inquietante oír el roce de los tiburones contra el costado del barco. Empecé a imaginarme cosas, como el resto de los marineros, aunque eran incluso peores, ya que, como usted sabe, yo tenía más conocimientos. Me dio por pensar que había algo en el aire nocturno, me imaginaba todo tipo de fantasías, sentía como si algo intentara convencerme para que saltara sobre la borda hacia las profundidades del mar. Si hubiera estado usted allí lo habría entendido enseguida. Me daba la impresión de que el aire que rodeaba al barco estaba

mancillado por el olor que emitían aquellas bestias. Resulta difícil explicar lo que se sentía al encender la linterna en mitad de la noche y ver ahí abajo a esas criaturas enormes que te observaban, acechantes, astutas, con unos ojos en los que brillaba la inteligencia de un hombre despiadado. ¡No es extraño que me imaginara todo tipo de cosas!

»Uno de los marineros, Jellot, debió haber sentido algo similar. Una noche me desperté hacia las tres campanadas, en la guardia de media. Había un tremendo barullo, hombres que gritaban y el chapoteo del agua muy cerca del costado del barco. Salí corriendo y me encontré con un montón de marineros que se arremolinaban en la oscuridad por el costado de babor. Estaban profiriendo gritos y maldiciones, y algunos corrían por la cubierta como si se hubieran vuelto locos. Pero lo que más me impresionó fue el terrible chapoteo que se oía en el agua, como si la superficie del mar estuviera hirviendo. Y durante unos momentos supuse que así era.

»Agarré al primer hombre que tenía a mano y lo sacudí.

»—Es Jellot, contramaestre —aulló—. O eso creemos.

»No dijo más, aunque resultaba suficiente. El chapoteo al otro lado del casco se desvaneció enseguida y los hombres me contaron entonces que Jellot había gritado algo y que al instante oyeron el sonido de los tiburones al pelearse entre ellos. De cualquier manera, el segundo oficial pasó lista después y no se encontró a Jellot por ninguna parte. Entonces cogimos una linterna ciega y alumbramos la superficie del agua. Estaba tan lisa como un espejo y los tiburones seguían apretados unos contra otros como siempre, mirándonos con absoluta tranquilidad, sabiendo que les estábamos iluminando con nuestra luz. Pero nadie descubrió ni el más mínimo rastro de Jellot. ¡Y por supuesto no se nos ocurrió arriar un bote para verificarlo!

»En esos momentos, a popa del barco, las cosas estaban empezando a complicarse. El pequeño segundo oficial era el único que se encargaba de hacer guardias cuando podía, pues el patrón y el primer oficial casi nunca estaban sobrios, y cuando lo estaban resultaba casi peor, ya que se dedicaban a discutir y pelearse entre ellos en la toldilla. Ay, sí, qué cosas más raras ocurren en el mar, aunque la gente dice que en los grandes buques de línea nunca pasa nada.

»La tercera semana transcurrió sin un soplo de brisa, las velas colgaban lacias de sus cabos y nadie se había ocupado de aferrarías para que no gualdrapeasen, por la simple razón de que ningún marinero vivo habría abandonado las cubiertas bajo ningún concepto. Puede creerme, todos estábamos terriblemente acobardados.

»El viernes de la tercera semana, el patrón y el primer oficial se emborracharon hasta perder el conocimiento, y el ordenanza tuvo que hacerse cargo de ellos. El segundo me hizo llamar y entre los dos los tumbamos y los atamos a sus literas; ambos habrían estado mucho mejor si lo hubiéramos hecho antes.

»—Tendrá que hacerse cargo de la guardia del primer oficial, contramaestre —me comunicó el segundo cuando terminamos de atar a aquellos dos botarates.

»—Claro, señor —contesté—. Tengo mi certificado de oficial.

»Bueno, pues lo arreglamos todo y nos repartimos las guardias. Recuerdo bien aquellas noches oscuras sobre el pasamanos de la toldilla, escuchando el ruido espantoso que hacían las bestias al rozarse unas con otras bajo el costado del barco, y los chapoteos y peleas que se producían a veces cuando alguna de las bestias más grandes espantaba a las pequeñas con la intención de acercarse al barco.

»Fue durante esos paseos por la cubierta de popa, con tiempo de sobra para pensar, cuando me fui haciendo una idea de lo que sucedía, y no resultaba nada tranquilizador. Se lo solté al segundo oficial cuando vino a hacerme el relevo de la guardia.

»—Señor Jackson —dije mientras observaba su rostro a la luz de la lámpara de la bitácora—, he estado pensando que existe un motivo por el cual estas bestias rodean el barco.

»Me miró de una manera extraña aunque no dijo nada.

»—Señor Jackson —proseguí—, hay cadáveres en este cascarón, y usted lo sabe, señor.

»—Yo no sé nada, contramaestre —contestó sin dejar de mirarme de aquella forma extraña.

»—Pero algo sospecha, señor —insistí, mirándole fijamente.

»Sacudió la cabeza.

»—Yo no tengo nada que ver en todo eso, contramaestre —dijo.

»—Es posible que usted no, pero el patrón y el primer oficial seguro que sí —continué, mirándole directamente a los ojos.

»—Ya le he dicho que yo no tengo nada que ver en eso —apuntilló.

»Pero yo estaba convencido de que había algún turbio negocio en todo este asunto, y también de que el segundo oficial sabía algo. Y lo que más le amargaba era el hecho de no percibir ni un solo centavo de todo aquel negocio.

»No dije nada más durante unos cinco minutos y me dediqué a pasear de proa a popa por la toldilla. Entonces me convencí plenamente de que a bordo había algo muy sucio y que, de algún modo, estaba en juego una gran suma de dinero. La manera en que los dos hombres estaban siempre borrachos lo demostraba a las claras. Era la forma en la que dos tipos como el patrón y el primer oficial actuarían si se les diera rienda suelta, los típicos personajes que harían cualquier cosa por ganar dinero y meterse en líos. Si el oficial no hubiese estado conchabado con el capitán, éste jamás le habría permitido emborracharse. Y de esta manera fui atando cabos, mientras miraba la oscuridad inclinado sobre el pasamanos de la toldilla y me preguntaba en la clase de cadáveres que tenía a unos metros por debajo de mi nariz.

»—Voy a ir abajo a echar una ojeada a los certificados de embarque, señor Jackson —le dije al segundo oficial.

»Se encogió de hombros de esa manera suya tan particular y entonces me di cuenta de que no me había mentido y de que decía la verdad al afirmar no estar metido en el ajo.

»—Sírvase usted mismo —musitó—. Haga lo que quiera bajo su propia responsabilidad. Recuerde que, de una forma u otra, yo no tengo nada que ver… Además, no creo que encuentre nada —se volvió de espaldas a mí y prosiguió—. Yo mismo he mirado los papeles un poco antes… También me dio la sensación de que había algo turbio.

»Lancé una carcajada.

»—Creo que tiene algo más que una sensación —le espeté—. ¡Creo que sabe mucho más de lo que está dispuesto a admitir!

»Y con aquellas palabras me fui directo al camarote del capitán donde el viejo, bien amarrado a su catre, estaba hablando consigo mismo sin apartar los ojos del escritorio que había sobre su cabeza. Estaba repitiendo algo una y otra vez mientras yo rebuscaba entre los papeles de la mesa. Por fin pude entender lo que decía:

»—¡Cincuenta chinos muertos en fila!

»—¡Cincuenta chinos muertos en fila!

»—¡Cincuenta chinos muertos en fila!

»Cuando distinguí lo que estaba diciendo me quedé de piedra y dejé de rebuscar entre los papeles; todo se me hizo más claro de repente. Una vez desechado el elemento supersticioso, supe que la explicación al incontable número de tiburones que rodeaban el barco iba a ser bastante prosaica y mucho más desagradable. Aquellas bestias aguardaban pacientemente por algo.

»—Pero ¿de qué se trataba?

»Estuve observando a aquel viejo demonio atado a su catre durante un par de minutos y no dejó de entonar su extraña cantinela:

»—¡Cincuenta chinos muertos en fila!

»—¡Cincuenta chinos muertos en fila!

»—¡Cincuenta chinos muertos en fila!

»Me fui en busca del segundo oficial y le dejé con la mirada perdida en el entablado inferior de la cubierta.

»—Señor Jackson —dije—, voy a proa a hablar con los hombres y si yo fuera usted, señor, echaría un vistazo por encima de la baranda y no me molestaría demasiado por lo que pueda escuchar.

»Se quedó un rato observándome con expresión dudosa.

»—No se preocupe, señor —le aseguré—. Les mantendré a raya, no lo dude.

»Se hizo cargo de la situación y empezó a pasear por la toldilla con toda naturalidad, como si estuviera disfrutando de los encantos de una noche cualquiera.

»Así que fui a proa, camarada, al castillo, y reuní a todos los marineros.

»—Y ahora, compañeros —les dije—, si queréis poner punto y final a todo ese asunto del Jonás que tanto os trae de cabeza, venid conmigo y ayudadme a abrir la escotilla principal. Pero tenéis que ser muy sigilosos o me veré obligado a partir alguna de esas cabezotas vuestras. Que alguien vaya a buscar al carpintero y le diga que quiero verle.

»Bueno, pues abrimos la escotilla principal, hice que trajeran una lámpara, la encendí e iluminé la mercancía que había en las bodegas. En seguida me di cuenta de que todas mis suposiciones eran ciertas. Me dejé caer sobre la sentina, agarré el asa de un enorme tonel y le di una buena sacudida. Y efectivamente el tonel se movió, lo cual corroboraba mis sospechas, ya que, en teoría, el cargo que tenía que haber llevado en su interior debería haber sido tan pesado que el tonel no tendría que haberse movido por un simple empujón.

»—¡Vamos, compañeros, subámoslo a cubierta! —ordené.

»Lo sacamos de la sentina con suma facilidad y le dije a Chips que quitara las testas y aros para echar un vistazo a lo que había dentro. No hace falta que le diga, amigo mío, que en aquellos instantes tenía una extraña sensación en la boca del estómago.

»Chips se puso a trabajar con la mayor diligencia y mientras yo le iluminaba hizo palanca con el cincel y quitó la tapa del enorme barril al tiempo que los hombres se apelotonaban a su alrededor para echar un vistazo.

»Lo que sucedió a continuación fue que todos se echaron hacia atrás de un salto, ya que dentro del tonel había un cadáver. El cadáver de un chino, para más señas.

»—¡Dios mío! —gritó Chips, dejando caer el martillo sobre el entarimado, lo cual produjo un fuerte sonido e hizo que todos diéramos un respingo.

»—Pues hay cuarenta y nueve barriles más, muchachos —dije—. Vamos, no hay nada que temer de cincuenta chinos muertos. Tenemos que sacarlos afuera y deshacernos de ellos. Es la única manera de librarnos de todos esos tiburones.

»Pero tuvo que pasar un rato antes de que los hombres empezaran a trabajar. No se sentían muy dispuestos a tocar aquellos toneles, aunque yo intenté infundirles valor y por fin todos se emplearon a fondo. Primero sacamos el barril abierto y lo colocamos un poco a popa de la caseta de la cubierta principal, y lo dejamos allí hasta sacar el resto de los toneles. Y fue una suerte que lo hiciéramos así, y también lo fue que yo no ordenara lanzarlo por la borda de inmediato.

»Nos llevó casi tres horas sacar de la bodega los cuarenta y nueve barriles restantes y abrirlos para asegurarnos de que eran los correctos. No me había equivocado, pues en total había cincuenta toneles, cada uno con su cadáver correspondiente. Fue una tarea bastante macabra; la cubierta repleta de aquellos enormes barriles, los cadáveres en su interior y las bestias que se amontonaban justo detrás de las planchas de hierro del casco de nuestro navío.

»Y entonces nos llevamos la sorpresa de nuestras vidas, ya que de uno de los toneles abiertos de repente apareció un brazo que comenzó a agitarse de un lado para otro.

»Los hombres salieron disparados como si fueran débiles damiselas, se precipitaron dentro del castillo de proa y empezaron a chillar como idiotas. Chips estuvo a punto de tirar la lámpara que tenía en mis manos y confieso que yo tampoco era muy dueño de mis actos en aquellos momentos.

»Lo siguiente que recuerdo son dos brazos que salían del tonel y una voz que sirvió para asegurarme que, hubiera lo que hubiese en el interior de aquel barril enorme, chino o no chino, estaba vivito y coleando. De cualquier manera, y para abreviar, sacamos a aquel desgraciado implorante y lo depositamos sobre la cubierta. Estaba demasiado débil para tenerse en pie. No se lo va a creer pero cada vez que le hacíamos una pregunta él nos respondía con otras dos en un inglés chapucero y lamentable. Nos llevó bastante tiempo sonsacarle toda la historia y ésta resultó ser bastante canallesca. En realidad no había ningún cadáver. Todos estaban vivos y coleando. Además, matar a un chino no resulta tan fácil. De alguna manera, los toneles tenían un sistema de entrada y salida del aire, y aunque les habían drogado ninguno parecía demasiado indispuesto después de soportar aquel terrible viaje.

»Por lo que pudimos entender, todo el grupo pertenecía a un mismo partido político que estaba intentando derrocar al dirigente en el poder y sustituirle por otro candidato. Sin embargo, los partidarios del gobierno eran muchos y contaban con gran cantidad de espías, y pronto consiguieron dar con ellos, atraparlos, drogados con una de esas diabólicas pócimas suyas y enlatarlos en aquellos enormes barriles. Luego debieron cargarlos en nuestro barco con la intención de que llegaran a China en secreto, donde servirían de escarmiento, suponiendo que lograran llegar vivos. Por lo que me dijo Chin-chin, el gobierno chino no tenía poder para detenerlos mientras siguieran viviendo en San Francisco, ya que sería un agravio político a la nación que los albergaba. Por eso los habían embarcado con destino al país asiático, donde su gobierno podría acusarlos impunemente y castigarlos de manera ejemplar. Y habían estado muy cerca de que en verdad fuera así. De no ser porque los motores se habían averiado ya estarían en China por entonces.

»Y hablando de los motores, a veces pienso que había algo más en todo aquel asunto de las máquinas. Teníamos varios chinos empleados como fogoneros y caldereteros, y dos más de engrasadores. ¿Tuvieron algo que ver en todo aquel asunto de las máquinas? ¿Cómo es posible que se rompieran todos los motores? A mí me da la sensación de que alguien que conocía el asunto había sugerido a los engrasadores que hicieran algo al respecto. Pero bueno, puedo estar equivocado. En cualquier caso, fue una suerte para Chin-chin que agitara los brazos por encima del tonel o de otra manera todos habrían sido arrojados por la borda. Y supongo que también fue una suerte para mí. No me fue tan mal, desde luego. Algunos de esos chinos eran mucho más valiosos de lo que usted pueda imaginar… a no ser, claro está, que conozca las costumbres de los barrios bajos del *Chinatown* de San Francisco.



Los tiburones del St. Elmo. Ilustración de Ned Dameron

«¿Que si se silenció el asunto, dice usted? Oh sí, claro que sí, todo se ocultó. Cuando el patrón y el primer oficial volvieron a estar sobrios no dijeron ni esta boca es mía y los chinos, pobres desgraciados, tampoco querían hablar. Todos se encontraban bastante indispuestos a causa de las drogas y a ninguno le apetecía decir nada, se lo puedo asegurar. En cuanto a lo que pudieran comentar los marineros, a nadie le importaba un pimiento, ya que siempre andaban borrachos cuando estaban en tierra y nadie les hacía caso ni se creía una palabra de lo que decían. Así que cuando las máquinas volvieron a funcionar —y le juro que fue al instante— nos dimos la vuelta y desembarcamos nuestro *cargo* en un lugar tranquilo.

»¿Puede creerse, amigo mío, que al amanecer ya no había ningún tiburón por los alrededores? ¿Cómo sabían *esas bestias* lo que sucedía? Siempre me lo he preguntado. ¿*Quién* se lo había dicho? El mar es un paraje muy extraño, vaya si lo es. Un paraje inmenso, insólito, azul y misterioso, cuyos secretos, amigo mío, jamás serán conocidos a este lado de la Eternidad. Un lugar realmente extraño, bien que lo sé… Y además, ¡estuve a punto de lanzarlos a todos por la borda! ¡Hágase cuenta! ¡Por Dios! ¡A punto de tirarlos a todos!

HOMBRES DE AGUAS PROFUNDAS

EN EL PUENTE

(*Guardia de 8 a 12, y el hielo estaba a la vista al caer la noche*)

EN MEMORIA DEL ————
14 DE ABRIL DE 1912[75]
LAT.: 41° 16’ N.
LONG.: 50° 14’ O.

Acaban de dar las dos campanadas. Son las nueve en punto. Caminas con el viento de cara y olfateas el aire con ansiedad. Sí, ahí está, inconfundible, inolvidable, el aroma del hielo… un aroma tan característico como difícil de describir.

Miras hacia barlovento nervioso, extremadamente nervioso, y sigues olisqueando una y otra vez. Y no apartas la mirada nunca, hasta que las órbitas oculares te escuecen, y maldices enfurecido porque alguien se ha dejado abierta una portilla y la luz se desparrama peligrosamente sobre las tinieblas entre las que se desliza el gigantesco navío. Pues cualquier mancha de luz en cubierta «ciega» temporalmente al oficial de guardia y hace que la oscuridad de la noche sea aún más profunda, amenazadoramente profunda. Maldices y llamas enfadado a tu asistente para que cierre la portilla o cubra el ojo de buey; luego vuelves a tu guardia insomne y tensa.

Intenta ponerte en su lugar. A lo mejor eres joven, veintiséis o veintiocho años, y estás al mando de todo aquel enorme cascarón repleto de hombres y mujeres que se divierten. Ha transcurrido una hora de guardia, aún quedan tres, y todo tu cuerpo está en tensión. Y hay motivos para que así sea; pues aunque el indicador de la velocidad marca AVANTE MEDIA, sabes perfectamente que el cuarto de máquinas tiene sus propias órdenes y que, en realidad, no se ha disminuido la velocidad.

Y todo alrededor, de barlovento a sotavento, puedes vislumbrar las tinieblas que se extienden sobre el océano y el resplandor fosforescente que se dibuja sobre las crestas de las olas al romper. Miles, millones de veces contemplas la misma escena… por delante, hacia proa y por ambos costados. Olisqueas el aire, intentando percibir en medio del gélido vendaval el singular, lo que yo definiría como «personal», feroz, desagradable Aliento de Muerte que se abalanza sobre el barco a través de la noche cuando pasa cerca de alguna montaña de hielo oculta en la oscuridad.

Y es entonces cuando aquellos innumerables destellos fosforescentes, que resplandecen infinitos en medio de un caos de aguas invisibles, se convierten repentinamente en algo amenazador, algo que te aterroriza; pues cualquiera de ellos puede estar indicando una rompiente sobre las gélidas orillas de una isla de hielo oculta en la noche… un Insano Monstruo de Hielo medio sumergido, que acecha por debajo de la corriente de agua, intentando pasar desapercibido al través de la proa del barco.

Instintivamente alzas tu mano en la oscuridad y el grito de «¡TODO A ESTRIBOR!»

está a punto de salir de tus labios temblorosos; pero te salvas de hacer el ridículo por un pelo, ya que descubres que los destellos fosforescentes que parecían anunciar una muralla de HIELO no son más que simples crestas espumosas que rompen, como tantas otras, sobre la punta de las olas en medio de la oscuridad nocturna.

Y sin embargo, aquel aroma infernal a hielo no desaparece y ese soplo que yo he llamado Aliento de Muerte sigue llegando hasta ti desde algún lugar oculto en el aire nocturno. Ordenas que los vigías de proa y el centinela de la cofa se mantengan alertas, y redoblas tus esfuerzos en el cuidado de las miles de almas que duermen sin miedo en los camarotes que están bajo tus pies… personas que han confiado sus vidas y todo lo que tienen a un hombre muy joven. Aquellas gentes, y el enorme transatlántico que surca las aguas con tanto orgullo y tanta ceguera entre la Noche Llena de Peligros, están en tus manos… Un momento de descuido y miles de muertes recaerán sobre la conciencia del hijo de tu padre. ¡No es extraño que vigiles con todos tus sentidos y el corazón encogido en una noche como aquélla!

¡Cuatro campanadas! ¡Cinco! ¡Seis! Y ya sólo te queda una hora para finalizar tu guardia; sin embargo, ya has estado tres veces a punto de gritar al jefe de máquinas «a estribor» o «a babor»; pero siempre ese terror oculto en la noche, las desagradables, sugerentes fosforescencias espumosas, el infernal aroma a hielo y el Aliento de Muerte no se han convertido en Profetas del Desastre que se interponían en tu camino.

¡Siete campanadas! ¡Dios mío! Pero incluso mientras el dulce eco metálico se desvanece de proa a popa en medio de la noche, absorbido por el vendaval, consigues distinguir algo un poco por delante y hacia estribor… Un hervidero de luces fosforescentes que bullen sobre una cosa medio sumergida en el agua, oculta en la oscuridad. Tus prismáticos nocturnos la están enfocando; y entonces, antes incluso de que los centinelas den la alerta, tú lo SABES. «¡Dios mío!». El corazón te da un vuelco. «¡Dios mío!». Pero tu boca ya está gritando palabras de las que dependen miles de vidas y almas durmientes y confiadas: «¡TODO A ESTRIBOR! ¡TODO A ESTRIBOR!». El hombre que está en el camarote del timón pega un brinco al oír tus voces, asustado por la salvaje intensidad de las órdenes; y entonces, pierde los nervios por unos momentos y *gira la rueda en la dirección errónea*. De un salto te plantas en el interior de la cabina del timón. Los cristales de la caseta tintinean a tu alrededor y en esos momentos no te percatas de que llevas el marco de la puerta de la cabina colgando de los hombros. Agarras al aterrorizado timonel por el cuello y con la mano libre sujetas las cabillas de la rueda y empiezas a girarla desaforadamente hacia su posición correcta mientras chirrían los engranajes. Tu asistente ha salido volando hacia su puesto en el telégrafo y la sala de máquinas comienza a responder a las órdenes que has dado mientras saltabas dentro de la caseta del timón. Pero TÚ… tú sigues con la mirada enloquecida, vigilando, esperando en medio de la noche que el monstruo continúe girando hacia estribor bajo el tupido velo nocturno… Los segundos suenan como los lentos martillazos de la eternidad en aquellos instantes

demasiado breves… Y entonces, alto y claro en el viento nocturno, musitas «¡Gracias a Dios!». El barco ha virado y está a salvo. Y bajo tus pies miles de almas siguen durmiendo tranquilamente.

Un nuevo timonel «va a popa» (usando el viejo término náutico) para relevar al que está de guardia y tú sales de la cabina del timón dando tumbos, percatándote al fin de lo incómodo que resulta caminar con el marco de la puerta a cuestas. Algunas personas te ayudan a quitarte las jambas y tu asistente te mira con una rara expresión de respeto que la oscuridad reinante no puede ocultar.

Vuelves a tu puesto, pero quizás te encuentras un poco fatigado, a pesar de que te invade una estimulante alegría interior.

¡Ocho campanadas! Y el otro oficial de la guardia viene a relevarte. Intercambiáis los habituales saludos y bajas las escaleras del puente en dirección a las miles de almas que duermen tranquilas.

Al día siguiente, todos estos pasajeros juegan como siempre, leen los libros de siempre, tienen las charlas de siempre y se entregan a los concursos de siempre. No se dan cuenta de que uno de los oficiales tiene la mirada un poco cansada.

El carpintero del barco ha cambiado la puerta y cierto timonel no volverá a hacerse cargo de la rueda. En cuanto a lo demás, todo sigue su ritmo habitual y nadie sabe nada de… Nadie fuera del círculo de oficiales, quiero decir, y tal vez también circulen ciertos rumores entre los asistentes.

Pero hay un oficial, el hijo de su padre, al que nada ni nadie puede echarle en cara la muerte de miles de personas.

Y esos miles no lo sabrán jamás. Piensen en ello, ustedes que se echan al mar sobre lujosos palacios flotantes de acero y luces eléctricas. Y que sus bendiciones caigan silenciosas sobre el templado y sereno oficial, pulcramente uniformado de azul, que vigila desde el puente. Le han confiado sus vidas sin reflexionar en ello, y jamás les ha fallado en incontables ocasiones. ¿Pueden captar ahora el valor de su tarea?

EL HECHO REAL: «SOS»

I

—Transatlántico en llamas a 55 43 N y 32 19 O —grita el capitán mientras rebuscaba en el cuarto de derrota—. ¡Aquí está! ¡Deme los paralelos!

El capitán y el primer oficial hacen cálculos durante un rato.

—Norte, 15 oeste —dice el capitán.

—Norte, 15 oeste —asiente el primer oficial, dejando caer su lápiz—. ¡Ciento diecisiete millas de horrible viento!

—¡Vamos! —dice el capitán, y los dos abandonan el cuarto de derrota y suben al puente, a la noche rugiente y oscura.

—¡Norte, 15 oeste! —el patrón grita en el rostro del fornido timonel—. Maniobre. ¡Rápido!

—Norte, 15 oeste, señor —aúlla en respuesta el cabo de mar, y vira las cabillas de la rueda hacia estribor mientras crujen los engranajes del mecanismo.

El gran navío vira en medio de la noche con dificultad, hendiendo la superficie de la mar gruesa con sus seis metros de proa.

Se oye el rugido del agua al entrar a bordo, cientos de toneladas fosforescentes que se precipitan por la cubierta en la oscuridad y fluyen hacia popa, burbujeando y filtrándose por las escotillas, los cabrestantes, el aparejo del puente y las esquinas de las casetas de cubierta.

El barco vira de cara a la galerna de cincuenta y cinco millas por hora y las transmisiones telegráficas no cesan. El capitán ha hablado con el Rey del Inframundo, el jefe de máquinas, y el propio jefe ha ido abajo para hacerse cargo en persona de la situación, de la misma manera que el patrón se hace cargo en el puente.

Hay noticias de última hora en la sala de comunicaciones. El buque que está ahí afuera, en medio de la noche y la tempestad, es el S. S. *Vanderfield*, con sesenta pasajeros de primera y setecientos de segunda a bordo, y arde por la proa. El fuego se ha extendido y ya han perdido tres botes salvavidas, que se han partido al intentar echarlos al agua, ahogándose o muriendo aplastados todos los hombres, mujeres y niños que iban a bordo.

—¡Malditos sean esos viejos pescantes! —exclama el capitán al leer el parte del operador—. ¡No se puede izar un bote con seguridad lejos del costado del buque si el mar está un poco picado! Los botes salvavidas son un mero ornamento si no se tiene la maquinaria adecuada para lanzarlos al agua. ¡Nosotros tenemos los nuevos pescantes y podemos hacer bajar el bote a una distancia de diez metros del costado del barco, evitando que se haga trizas, como si fuera un péndulo de quince metros de

altura!

De pie junto a la bitácora pregunta a gritos:

—¿Cuánto hacemos, señor Andrews?

—Veinte nudos, señor —contesta el segundo oficial, que está al cargo—. Pero el jefe de máquinas sigue subiendo las revoluciones minuto a minuto… Pronto estaremos en los veintiún nudos, señor.

—Incluso así no llegaremos hasta dentro de cinco horas —musita el capitán, hablando consigo mismo.

Mientras tanto, un mensaje de esperanza atraviesa cientos de millas de noche, tempestad y aguas desbocadas.

—¡Acercándonos! R. M. S. *Cornucopia* navegando a toda máquina en su dirección. Manténganos informados de su situación…

Luego se produce un intercambio personal entre los dos jóvenes operadores de ambos buques, una charla hombre a hombre a través del centenar de millas de aguas tenebrosas.

—¡Ánimo, compañero! ¡Lo conseguiremos! Tan sólo nos balanceamos un poco en la tempestad. Navegamos a casi veintiún nudos, me acaban de decir, y con este viento; el jefe de máquinas está abajo en persona, y con un retén doble de fogoneros. Mantened la esperanza. ¡Si conseguimos más velocidad te lo diré enseguida!

El operador ha sido breve y textual, y le ha quitado importancia a otros hechos. El enorme buque tira ahora con fuerza de sus cinco mil toneladas, hendiendo los mares borrascosos a casi veintiún nudos por hora; y la velocidad sigue subiendo.

Abajo, en la sala de máquinas y calderas, el jefe es una especie de semidiós que tiene la vida en una mano y una llave mecánica de cuatro metros en la otra; aunque esta llave no es en absoluto necesaria, ya que los hombres medio desnudos sudan profusamente en un silencio sólo roto por el chirrido de los engranajes, el tañido metálico de la puerta de la caldera y la voz del jefe de máquinas.

El jefe se siente joven otra vez; joven y como un Rey en la noche, y los días rudos de su juventud reaparecen ante él. Ha cogido la llave sin darse cuenta y camina de un lado para otro, haciéndola girar en su mano; y los fogoneros trabajan a todo ritmo ante la fea visión de la herramienta y las palabras afiladas del jefe, que no se olvidan de ninguno de los hombres.

Y el enorme navío responde a sus efectos. Su quilla gigantesca rompe los mares tormentosos y sus costados desplazan el agua a estribor y babor, levantando grandes olas que se rompen a izquierda y derecha en una espuma fosforescente bajo el cuchillo de sus formidables flancos.

Ha pasado una hora y ya han llegado dos nuevos mensajes de aquel buque que arde en la lejanía, solo y perdido, bajo el monstruoso rugido de las aguas. Se ha producido una explosión a proa del navío en llamas y el fuego se ha extendido hacia la popa, llegando a la cubierta principal. En medio del pánico se han intentado bajar dos nuevos botes, pero ambos se han estrellado contra el casco del ardiente navío,

quedando reducidos a astillas. Todos los que iban en ellos han muerto aplastados o ahogados, y el operador de radio del buque hace una pregunta personal en la que se descubre por primera vez una desesperación absoluta; y entonces tiene lugar otra charla hombre a hombre entre los dos jóvenes.

—Con sinceridad, ¿crees que llegaréis a tiempo?

—Claro que sí —contesta el operador del *Cornucopia*—. Jamás hemos ido a tanta velocidad con un tiempo tan borrascoso. Estamos casi al límite de nuestra velocidad teórica… vamos a veinticuatro nudos y medio; ¡con *este* tiempo! ¡Levanta el ánimo, compañero! Jamás te engañaría en un momento así. Nunca he visto algo semejante. Todos los fogoneros están en la sala de máquinas, y todos los oficiales se hallan en el puente, supervisando los botes y el rumbo del barco. Tenemos los nuevos pescantes de doce metros y podemos bajar cualquier bote salvavidas aunque el navío esté escorado a la mitad. El viejo está en el puente, y estoy seguro de que os vamos a salvar… ¡Tienes que escucharnos! Te digo que el barco parte la mar en dos y se dirige hacia vosotros volando sobre las aguas.

El operador dice la verdad. El enorme navío parece un ser vivo esta noche, una afilada embarcación de doscientos cuarenta y tres metros de extraordinario, honesto y precioso acero. Su gigantesca proa fustiga las aguas y parece emitir el sonido de un cuerno, y hace que se eleven rugiendo en una lluvia de espuma. Y canta una canción que se escucha de proa a popa, la melodía del agua al ser hendida por sus grises costados de acero, mientras se abre camino entre la mar agitada, la borrasca y las millas interminables que lo separan de su destino.

Transcurren dos, tres horas más, ya casi cuatro, y el barco sigue rugiendo. Su velocidad ha seguido incrementándose, ya que ahora el inmenso navío tiene el viento a popa. Navega a veintinueve nudos por hora y sus costados se inundan de agua y espuma; un cascarón chorreante, valeroso, de cinco mil toneladas de acero, vapor y gallardía que vuela como un maravilloso Ángel de la Guarda entre la negra desolación de la noche.

Muy lejos aún, sobre el negro horizonte nocturno, aparece un lánguido resplandor rojizo. Hay gritos en el puente.

—¡Allí está! —las voces van de proa a popa—. ¡Allí está!

Mientras tanto, los mensajes radiotelegráficos palpitan en la oscuridad: El fuego arde desbocado. La zona de proa del casco de acero del *Vanderfield está* al rojo en algunos lugares. La desesperación se está apoderando de todo el mundo. ¿Llegará el *Cornucopia* a tiempo?

Los jóvenes operadores hablan utilizando un lenguaje informal.

—Mira hacia el sur. Busca nuestras luces de posición —dice el hombre que está en la sala de comunicaciones del *Cornucopia*—. El viejo va a encender el foco para que podáis ver su reflejo en las nubes. Dile a todo el mundo que estén atentos. Se

alegrarán. Nos deslizamos sobre las olas como un tren expreso. ¡Compañero! Estamos al límite de nuestra velocidad. Veinticinco nudos y medio, *y con este tiempo*. Piénsalo bien, *con este tiempo*. Mirad al sur. ¡Mirad ahora!

Se produce una especie de siseo en el puente de proa, que apenas puede oírse por encima del fragor de la tempestad, y surge del reflector un haz de luz blanca que atraviesa millas de oscuridad y mares desbocados. Como si de un bastón gigantesco se tratara, golpea el negro dosel de monstruosas nubes de tormenta, hendiendo la rugiente melodía, el bramido que produce el buque de rescate de cinco mil toneladas mientras levanta olas a sus costados en su avanzar inexorable.

Y bajo la luz del poderoso reflector se descubre un caos de mares agitados. Una montaña de agua oscura que se eleva y desciende sobre la proa. Con un bramido atroz el buque embarca toneladas de agua que luego vuelven a caer al mar rugiendo y burbujeando por sus costados; una confusión de agua y espuma, un colérico testimonio de la tremenda velocidad con la que se desplaza entre los mares tormentosos.

Y una tras otra, las montañas de agua se transforman en profundos valles mientras avanza, y el buque las rasga y despedaza con sus intrépidos y poderosos flancos.

Llega un mensaje muy débil a través del receptor.

—Vemos vuestras luces, compañero. Es reconfortante, pero ya no podemos aguantar mucho. El generador se ha detenido. Estoy utilizando las baterías de repuesto… —el mensaje se diluye en el éter y ya sólo se captan retazos, demasiado tenues, imposibles de descifrar.

—¡Ahí está! —gritan los oficiales en el puente, ya que el aullido del viento y el rugido de las máquinas del barco es demasiado fuerte para hacerse oír sin levantar la voz.

Están mirando por los prismáticos. Bajo un manto negro de nubes tormentosas en las que brilla un débil resplandor rojizo, una lejana embarcación es zarandeada por los mares agitados y parece muy pequeña debido a la enorme distancia a la que se encuentra. De su proa emerge un titilante chorro de fuego.

—¡No llegaremos a tiempo! —dice uno de los oficiales más jóvenes al oído de su compañero.

El buque en llamas se encuentra ahora a menos de tres millas y las crestas de las gigantescas olas resplandecen con un fulgor cambiante.

A través de los prismáticos ya es posible distinguir los detalles del espantoso incendio que se ha adueñado del barco, y también el gentío asustado, los seiscientos supervivientes, que se amontona en la popa.

Mientras observan la escena, una de las chimeneas desaparece en medio del caos, levantando un chorro de chispas y llamas.

—¡Se va a desfondar! —exclama el segundo oficial; pero se dan cuenta de que no

es así pues el barco sigue flotando.

De pronto alguien grita: «¡Soltad los botes!», y se oye una algarabía de órdenes y hombres que corren. Entonces los enormes puntales de carga se separan de los costados del barco a la distancia suficiente para bajar los botes sin riesgo. Están bien asegurados con bisagras y fijaciones que casi llegan a la línea de flotación del buque. Sobresalen más de doce metros por los costados del barco.

El gigantesco navío atraviesa las últimas millas sobre los mares borrascosos, y entonces suena la campana en la sala de máquinas y el barco decelera hasta detenerse a unas cien yardas de la llameante embarcación, que sube y baja al ritmo de las olas; es un espectáculo increíble en medio de la inmensidad de aquellos mares tenebrosos.

El veloz barco de cinco mil toneladas ha finalizado su noble trabajo y ahora son los hombres y los botes los que toman el relevo.

Las luces de los focos rastrean las aguas cercanas y se hacen bajar los botes salvavidas limpiamente por los costados de la «nave nodriza».

El barco se pone a barlovento del buque accidentado para protegerlo de la fuerza de las olas y se vierten al agua toneladas de aceite[76].

La gente del navío en llamas grita esperanzada y medio enloquecida a sus rescatadores. Las mujeres son bajadas al agua por medio de los cabos. Allí se quedan flotando en sus chalecos salvavidas.

Los hombres, con el mismo equipo, cogen en brazos a los niños y saltan. Todos son rescatados enseguida por los botes bajo el resplandor de los focos del barco de rescate, que rastrea millas y millas de un extraño océano sojuzgado por los chorros de aceite que el gigantesco navío vierte sobre las aguas. Por todas partes se puede contemplar la extraña película de aceite, oculta en un valle entre dos crestas o sobre la cima de alguna ola monstruosa, que serena los mares poco a poco; y también se observa una tenue fosforescencia en los remolinos envueltos en aceite que relucen bajos las poderosas luces.

Luego el buque gigantesco se pone a sotavento del barco en llamas e iza sus botes. Cuando todos los pasajeros están a bordo vuelve a ponerse a barlovento, baja los botes de nuevo y repite la operación hasta que todos los hombres, mujeres y niños están a salvo en el barco.

Cuando el último de los botes salvavidas se encuentra en el tope de los pescantes del *Cornucopia*, hay una terrible explosión de llamaradas que surge del barco incendiado, iluminando el oscuro vientre de las nubes con un fulgor rojizo. Y luego, la negrura eterna de la noche se adueña de todo… El *Vanderfield* desaparece bajo las aguas.

El gigantesco navío hiende las tinieblas con las seiscientas almas rescatadas a

bordo, y de su corazón subterráneo vuelve a surgir un canto sordo y rugiente mientras navega sobre mares agitados y tormentosos, una vez más.

EL LANZAMIENTO DE LA CORREDERA

El señor Johnson, segundo oficial del *Skylark*, tenía un carácter peculiar, y éste era sumamente desagradable. Los abusos sistemáticos con los que sometía a los grumetes del barco mostraban la vil naturaleza de aquel hombre, y siempre se expresaba en un lenguaje chabacano y vulgar.

Sus malos tratos con frecuencia llevaban a algún joven desgraciado a permanecer sentado sobre la verga del sobrejuanete mayor (a unos 45 o 50 metros por encima de la cubierta principal) durante las cuatro horas que duraba la guardia de media; aunque a veces se contentaba con un simple coscorrón, o con una buena patada con sus recias botas de marinero; y como era un hombre corpulento nadie tenía el valor de oponérsele, y más aún sabiendo que aprovecharía cualquier excusa para hacer la vida imposible a quien le llevara la contraria. Tenía múltiples, y en apariencia insignificantes, maneras de hostigar a sus hombres. Podía negarles cualquier tarea propia de un marinero y, en su lugar, obligarles a pintar, embrear, restregar, limpiar y cualquier otro trabajo sucio que se le ocurriera. Además, por cualquier nimiedad, podía obligarles a permanecer levantados cuando no estaban de guardia, privándoles de su tiempo para el descanso y la diversión. Añádase a todos estos agravios que además era un paupérrimo marinero, muy descuidado en su trabajo, y que permitía que los hombres se escaquearan de sus respectivas tareas. Por último, era culpable de un crimen imperdonable en un barco: dormirse estando de guardia, poniendo en riesgo la seguridad de la nave y de todos los que estaban embarcados en ella.

Sabiendo la clase de hombre que estaba al mando de los muchachos, el lector será capaz de entender con mayor facilidad los incidentes que se relatan en esta historia.

La noche es muy oscura y el *Skylark*, un velero de cuatro palos, se desliza sobre las aguas a doce nudos por hora, empujado por una brisa excelente que sopla del sur. Son las 10 p. m. y acaban de sonar cuatro agudas campanadas en el fresco aire nocturno, seguidas por la voz ronca del segundo oficial que grita:

—¡Echad la corredera[77]!

En respuesta, tres jóvenes, de entre quince y dieciocho años, suben corriendo con presteza la escalerilla de la toldilla y siguen hasta el popel. Allí, mientras uno sujeta el carretel (un cilindro largo de madera en el que se enrolla la beta de la corredera), otro sostiene el reloj (un reloj de arena para tomar el tiempo) y el tercero permanece a la espera, listo para amarrar el cordel después de haber echado la corredera. Entonces el segundo oficial coge el extremo del cordel, en el que está atado un saquito hecho de tela (la barquilla), lo desenrolla un poco del carretel, lo aprieta en su mano y lo lanza sobre la barandilla de popa. Cuando el agua llena el saquito de tela el cordel se tensa y empieza a desenrollarse del carretel; entonces, cuando la marca (un trapo blanco atado al cordel) pasa sobre el coronamiento, el segundo oficial grita «¡Voltea!» al joven que sostiene el reloj —lo cual hace al instante—, y cuando cae el

último grano de arena el muchacho responde «¡Alto!». Entonces el grumete que está a la espera agarra el cordel y lo engancha a una cabilla y su compañero, después de dejar el reloj de arena, se apresta a ayudarle, ya que sin él jamás podría izar la corredera, tal es la fuerza que ejerce el agua sobre el saquito de tela que pende del extremo.

Después de recoger la corredera, dos de los muchachos, Erntuck y Jute, se van abajo, a su camarote, mientras que Bell se queda recorriendo el costado de sotavento de la popa, ya que es su turno de guardia. Mientras cubre los pocos pasos que mide la toldilla mira de vez en cuando a barlovento, al hombre que tanto le repugna.

El señor Johnson se ha sentado en uno de los gallineros y Ben sabe sin ningún género de dudas que, si está allí, es porque pronto se quedará dormido, seguramente cuando él (Bell) pueda deslizarse abajo, al calorcito del camarote de los grumetes, en lugar de estar temblando en la «Colina Miseria», que es como ellos llaman a la toldilla.

Abajo, en el camarote, los grumetes discuten sobre varios temas, siendo el principal las múltiples barrabasadas del segundo.

—El segundo se ha vuelto a dormir —dice Bell, que acaba de entrar desde la cubierta principal.

—¡Otra vez! —exclama Erntuck—. Eso hace un total de cinco noches en la última quincena. ¡Bestia inmunda!

—Sí —apunta Jute—. Ojalá le pillara el capitán y se diera cuenta de la clase de persona que es.

—¡Por Júpiter! Se me acaba de ocurrir algo, muchachos —dice uno de los de la otra guardia—. El viejo sinvergüenza estaba burlándose de Bell un poco antes, ¿no es así?, diciendo que estaba dormido cuando él ordenó echar la corredera. Os diré lo que vamos a hacer: en cuanto suene la campana subimos arriba en silencio y dejamos la corredera lista para ser lanzada; luego, cuando todo esté preparado, cogemos la parte floja del cordel, la que va a ser lanzada, y enrollamos una parte alrededor de su cuello con una simple vuelta, y por fin echamos la corredera y gritamos bien fuerte «¡Voltea!». Eso le despertará, y si no lo hace me apuesto lo que sea a que el tirón del cordel al tensarse lo hará. Podemos jurar luego que ha sido un accidente y que el cordel se ha enganchado en su cuello, y además no estará en condiciones de quejarse demasiado, ya que lo hemos pillado durmiendo.

Hubo una explosión de risas y después de discutirlo durante un rato todos estuvieron de acuerdo en hacerlo, sobre todo porque el segundo oficial seguía dormido sobre la jaula de las gallinas, muy cerca del carrete de la corredera, y existían muchas posibilidades de que el cordel se le enganchara realmente y no pudiera probar que todo había sido premeditado.

Suenan las siete campanadas y entre la guardia de cubierta se corre la voz sobre lo que han planeado los grumetes, a resultas de lo cual, cuando suena una campanada (un cuarto para las doce) y el trío sube a la toldilla para llevar a cabo su plan, cuentan

con una nutrida audiencia que no quiere perderse la diversión.

Los tres conspiradores, con mucho aplomo y cautela, se sitúan en sus respectivos puestos. Bell toma el carrete de la corredera sin hacer ruido, Erntuck sostiene el reloj de arena y se queda en silencio y Jute coge en su mano un rollo desmadejado del cordel. Entonces mira a su alrededor y a la luz de la lámpara de la bitácora ve que el contramaestre muestra una amplia sonrisa, demostrando que sabe muy bien lo que va a suceder a continuación. Desde la parte delantera le llegan los murmullos sorprendidos de los hombres de la guardia que se han acercado a contemplar el espectáculo. Hasta ese mismo momento ha tenido miedo de seguir con la broma, pero al escuchar las risas contenidas de los marineros sus temores desaparecen y, con una media sonrisa, da un par de vueltas de cordel alrededor del cuello del segundo oficial y lanza por la borda la bolsa de tela de la corredera. Acto seguido, cuando el trapo blanco pasa como una centella sobre el coronamiento, grita: «¡Voltea!». El grito despierta de inmediato al oficial, que pega un salto como si acabaran de pegarle un tiro. Se vuelve hacia Jute y ruge:

—¡Qué diablos pretendes con todo ese rui…!

En ese mismo momento, el cordel se tensa alrededor de su cuello dando un tremendo tirón y haciendo que su cabeza impacte violentamente contra el cairel del coronamiento.

Del nutrido grupo de hombres que observan los acontecimientos surge un mar de carcajadas irreprimibles que llegan a oídos de los grumetes, y éstos no pueden evitar unirse a las risas. Todo ha sucedido en unos pocos segundos y Jute recobra la calma, se inclina un poco y desengancha fácilmente el cordel del cuello del señor Johnson. Sin embargo se queda aturdido al comprobar que el segundo oficial, en vez de volverse y empezar a lanzar maldiciones, se desploma como un saco sobre el puente. Jute toma una de las lámparas de la bitácora, ilumina la figura tendida y lanza un grito horrorizado al ver que la cabeza del hombre está doblada de una manera antinatural. Una exploración urgente del cuerpo demuestra que el tirón repentino del cordel de la corredera le ha roto el cuello, y que el segundo oficial está muerto.

POR SOTAVENTO

—¿Adónde diablos nos lleva? ¡Atento al timón, marinero! ¡Va a poner el barco a sotavento[78]! —y el corpulento oficial empuña las cabillas de la gran rueda y dedica todos sus esfuerzos en ayudar al fatigado timonel a retomar el rumbo correcto.

Están a la altura del Cabo de Hornos. La medianoche ha pasado y la oscuridad homicida de la madrugada es rota a intervalos por lívidos destellos que quedan suspendidos a popa, y luego desaparecen con un sordo tronar para ser inmediatamente seguidos por otros.

De vez en cuando, el agotado timonel mira nervioso aquellos pavorosos resplandores por encima del hombro. No teme las crestas de las olas festoneadas de espuma, pero se estremece ante la oscuridad que mora debajo. En ocasiones, cuando el barco se zambulle en picado, la luz de la bitácora fulgura, irradiando un resplandor luminoso que escinde las tinieblas y revela cambiantes paredes de agua suspendidas sobre su cabeza. En momentos así, vuelve la vista y mira resueltamente hacia delante. No es fácil sostener la mirada a una muerte que acecha por la espalda.

La tempestad gana fuerza y los vientos huracanados aúllan de manera atroz en la arboladura. A veces se oye el crujido profundo y sordo de la gavia baja.

El timonel se afana desesperado. El viento es helador y la noche está llena de espuma y cellisca, sin embargo él suda abundantemente mientras lucha con la muerte.

En esos momentos se escucha el rugido atronador del oficial traspasando las tinieblas:

—¡Otro hombre a la rueda!

Justo a tiempo. Solo y sin ayuda, la esforzada figura que intenta gobernar la embarcación en aquel mar montañoso es incapaz de continuar su tarea en solitario, y ahora otra sombra toma su lugar a sotavento de la gimiente rueda y pone todo su empeño en mantener el rumbo a través de aquel caos de agua.

Pasa una hora. El oficial permanece de pie y en silencio, balanceándose al lado de la bitácora. De repente su voz se alza estruendosa:

—¡Maldita sea! ¡Mantenlo recto! ¿Quieres llevarnos a todos al Infierno?

No hay réplica. No es necesaria. El oficial sabe que el timonel hace todo lo posible, y éste sigue luchando para no ser engullido por las tinieblas.

Con un terrible chasquido, la gavia mayor se desprende de los cabos y cae hacia el palo de trinquete; una sombra oscura y fluctuante que apenas se distingue entre la negra bóveda nocturna. El barco cabecea locamente y navega en vertiginosos semicírculos, y cada viraje parece ser el último. El huracán aplasta a los hombres contra la rueda del timón, y sigue creciendo en fuerza.

La negra noche se hace palpablemente más oscura, y no se puede ver nada excepto unos muros gigantescos de espuma que se yerguen como garras por la popa y luego se desploman pesadamente hacia delante.

El tiempo pasa…

Una voz se alza en la noche. Es el oficial, que sigue en pie invisible, oculto entre los vapores llenos de salitre:

—¡Recto! —pronto la voz se convierte en un grito ronco—. ¡Por el amor de Dios, sigua recto!

La nave brinca sobre las olas. Vastas y acuosas montañas asoman por encima de la cubierta durante unos breves instantes. Entonces…

El día amanece plomizo y melancólico, como el rostro de una mujer cansada.

La luz se disemina entre las rompientes espumas y descubre los valles y afiladas colinas que el agua crea y destruye a intervalos.

La vista se desplaza por la eterna desolación.

Flotando en la cresta de una salobre loma se ve fugazmente algo, un fragmento de naufragio quizás, o un cuerpo…

HOMBRES DE MAR

—¡Todos a cubierta! ¡Acortad velas!

Unos minutos después nos hallamos sobre la húmeda, resbaladiza cubierta, embutidos en nuestros chubasqueros y con las recias botas de agua. Sobre nuestras cabezas, y todo alrededor, destaca una profunda oscuridad, mientras que a lo lejos, por barlovento, una extraña luz fosforescente y amenazadora, causada por la tempestad que se aproxima y levanta rociones de espuma en las crestas de las olas, tan sólo sirve para incrementar la tormentosa negrura de la noche. Una y otra vez, montañas de blancos penachos alzan sus salinas cabezas por encima de las amuradas de barlovento, cayendo sobre nosotros con un bramido y sepultándonos en un torbellino de agua y espuma.

—¡Atentos a las drizas de juanete! ¡Arriad! ¡Asegurad los chafaldetes y brioles!

Acto seguido, por encima del rugido de la tempestad, se oye el sordo y profundo lamento de la vela cuando el viento, pillándola de través, la desgarra en jirones.

—¡Todos arriba! ¡Aferrad!

Y ahí voy yo, seguido de otros cinco hombres. Soy el primero en llegar a la verga. Estoy sobre el palo, de cara al viento, con Joe Norton (Joe Nueva Zelanda, le decimos) a mi lado; un sujeto joven y un excelente compañero. El viento fustiga la vela desgarrada con tormentosa persistencia, haciendo que la verga, con los seis hombres sobre ella, oscile como un muelle de acero. Está demasiado oscuro para poder esquivar los cimbreantes jirones; tenemos que esperar el momento adecuado. Despacio y con sumo cuidado, a pesar de las tinieblas y el vendaval, conseguimos agarrar la vela con las manos. Joe la sujeta. Busco el tomador por debajo de la verga. En ese mismo momento, una terrible ráfaga de viento, cargada de aguanieve, golpea el barco. Oigo un grito:

—¡Dios bendito, agarraos fuerte!

Se me corta la respiración. A lo lejos, a unos treinta metros por debajo de donde nos encontramos, oigo un sordo y nauseabundo golpe que parece resonar a lo largo del navío. Extiendo mi mano para tocar a Joe. Grito su nombre. No está aquí. Entonces lo entiendo y me siento mareado. El hombre que está un poco más allá, agarrado a la verga, se pone violentamente enfermo. Durante algunos minutos sólo soy capaz de sujetarme y rezar. Acto seguido, conseguimos enrollar los tomadores alrededor de la vela; y luego, a bajar de la arboladura como buenamente podemos, buscando a tientas el siguiente flechaste, agarrándonos como posesos.

Llegamos a la cubierta. No es necesario preguntar a los que están abajo.

En una de las cabinas del puente, una opaca lámpara de aceite ilumina la mesa sobre la cual yace una forma inerte cubierta con una vieja bandera.

Adiós Joe Nueva Zelanda.

MAR ADENTRO

PESCANDO CON WILLIAM HOPE HODSON

Por JESÚS PALACIOS

I

> El carácter líquido de Dionisos es el mar invisible de la vida orgánica que inunda nuestras células y nos une a las plantas y los animales. Nuestros cuerpos son el océano primigenio (…), un océano que se encrespa y se riza.
>
> CAMILLE PAGLIA, *Sexual Personae*

Hace unos años, por motivos profesionales, pasé casi una semana en California, en la playa de Santa Mónica. Me hospedaba en un lujoso y bonito hotel, junto a la línea de playa, y teniendo en cuenta las distancias que separan las distintas zonas de Los Ángeles, pasé prácticamente todo el tiempo en los alrededores de mi alojamiento, visitando los centros comerciales y las calles peatonales próximas, y paseando por la playa. A pesar de lo que dicen del clima californiano, hacía un tiempo nuboso, con un viento desconsolado que agitaba las palmeras y traía, de cuando en cuando, ráfagas de lluvia, fina y desagradable. Entre vendaval y tormenta, asomaba finalmente el sol del Pacífico, dejando caer sus deliciosos rayos sobre Santa Mónica, con falsas promesas de buen tiempo. El Pueblo de Santa Mónica y su playa se enorgullecen de ser el hogar de nacimiento del «culto al cuerpo» de los años 80. Allí nació el *body building* considerado como una de las bellas artes, y allí se rodaron numerosos episodios de *Los vigilantes de la playa*, ese icono erótico de la cultura pop usa-americana posmoderna.

A pocos metros de donde se encontraba mi hotel, en el muelle, se veía una de esas ferias típicas de pueblo americano, con su noria gigante, sus caballitos, y sus tiendas de curiosidades, *souvenirs*, atracciones y refrescos, toda ella conservada con su encanto original, totalmente *vintage*. Con la diferencia de que esta feria se internaba, siguiendo el trazado del muelle, hasta el propio Océano Pacífico. El tiempo lluvioso y otoñal mantenía alejados tanto a los bañistas como a los niños y sus familias, que hubieran debido animar la playa y la feria, con su bulliciosa presencia y su exhibición de músculos y bañadores imposibles. A cambio, el muelle ofrecía un aspecto francamente fantasmal, con los rótulos de las tiendas balanceados por el viento, la

fina lluvia mojando su suelo de madera, y las atracciones vacías, pensativas en su aburrida inutilidad. Eran esos momentos los que yo elegía para pasear por allí, solitario y caminando con curiosidad indiferente, hasta llegar al extremo del muelle que se internaba en la mar.

Como si se tratara de la proa de un navío, el suelo de madera, contenido, eso sí, por firmes y elevadas barandillas, se introducía temerariamente varios metros en el Océano, hasta el punto de dar la impresión de que el resto del muelle desaparecía, quedando atrás para siempre. Mirando tanto al frente como a mi izquierda o a mi derecha, no alcanzaba a ver sino la masa gris del Océano, ligeramente encrespada por ráfagas de un viento cansino y húmedo. No había nada delante, ni a los lados, ni, al menos para mi imaginación, detrás. Sólo mar, mar y agua. Una infinita superficie acuática, desesperante y ominosa. Sin personalidad. Inmensa. Temible. Sentí una especie de vértigo, similar al que se experimenta, no al mirar al suelo desde lo alto, sino al mirar al cielo desde una gran altura y comprender que estamos a punto de ser engullidos por el abismo. Si lo que está abajo es similar a lo que está arriba, como decían los alquimistas y cabalistas del pasado, en ese momento lo único que parecía existir en todo el universo era la Nada. Pero una Nada palpitante, espumosa, hipnótica. Tuve que retroceder, pálido y casi tembloroso, caminando de espaldas, sin poder apartar la mirada de las olas, hasta ver aparecer a izquierda y derecha las tranquilizadoras siluetas de las tiendas y restaurantes del muelle. Sólo entonces comprendí que, por primera vez en mucho tiempo, había experimentado el Miedo. Un temor mortal al vacío y la disolución. A la inmersión de mi individualidad en la indiferenciada masa de las olas acuáticas. No hacía falta pensar siquiera en qué cosas, criaturas o seres, habitan bajo la superficie del mar. En sí misma, esa superficie, cambiante y al tiempo siempre igual a sí misma, es suficientemente enloquecedora. Eso y que, por cierto, nunca he sabido nadar.

Me parece curioso que Santa Mónica sea el hogar del «culto al físico» moderno. Las hordas de bañistas y deportistas que practican el *aeróbic*, el culturismo, la gimnasia, el *footing*, el *surf* la natación frente al Pacífico son como un agridulce desafío a la madre océana. Un patético y sin embargo admirable ejercicio de afirmación apolínea y solipsística, practicado cara a cara con los orígenes del hombre, con su progenitora informe, indiferente y fluida. Mientras los culturistas dibujan las siluetas de sus fibras y músculos, esculpiendo en su propia carne un ideal atlético que se retrotrae a la Antigüedad, las olas se elevan y caen levantando muros de espuma. Cambian, se retuercen, se contraen, estallan, mostrando la inestabilidad fundamental de toda materia. Su naturaleza informe y mercurial. El sonido de su rumor acariciante, tan relajante, es el engañoso canto de una sirena prehistórica, que invita a la disolución y el olvido. Por eso nos gusta dormir sobre la arena de la playa, con el ruido de fondo de las olas, que nos mece como el líquido amniótico prenatal, sugiriéndonos que es mejor dejarse llevar, dormir, tal vez soñar. Tal vez morir. Y licuándonos, deshaciéndonos, volver a nuestra naturaleza líquida original. ¿Sería por

eso que William Hope Hodgson, el más prolífico escritor de horrores marinos en la historia de la literatura fantástica, fue también culturista y gimnasta? ¿Para mostrar a esos mares tenebrosos que tan bien conocía que seguía siendo humano, que podía controlar su carne y su mente, sus células y músculos, para escapar, con la magia de la forma, al infierno acuático de la nada y la disolución?

II

> Todo se funde en la naturaleza. (…) La naturaleza florece y se marchita en largas y jadeantes bocanadas, subiendo y bajando en un oleaje oceánico. Una mente que se abriera plenamente a la naturaleza sin prejuicios sentimentales resultaría absorbida por su materialismo brutal y su incansable exceso.
>
> CAMILLE PAGLIA, *Sexual Personae*

Algunos admiradores de Hodgson se maravillan al descubrir que, alguien que ha escrito tanto sobre el mar y la vida marinera, odiara ambas cosas. La respuesta es sencilla: las conoció personalmente. William Hope Hodgson nació el 15 de noviembre de 1877 en Blackmore End, Wethersfield, Finchingfield, Essex, Inglaterra. Era hijo de Lissie Sarah Brown y de Samuel Hodgson, sacerdote anglicano peculiarmente dotado para la oratoria, cuyos constantes roces con la Iglesia de Inglaterra le habían obligado a viajar por toda Gran Bretaña, de parroquia en parroquia. Cuando contaba sólo trece años, William escapó de su casa y de la Margaret's Boarding School, en Margate, con la intención de hacerse marino. De vuelta a casa por las orejas, consiguió finalmente el permiso de su padre para enrolarse como grumete. Durante cuatro años de aprendizaje y otros cuatro como profesional, Hodgson conoció la vida marinera… Y llegó a detestarla en casi todos sus aspectos. En el barco, William, inteligente, sensible y guapo, con un rostro impoluto de rasgos clásicos y regulares, sufrió de inmediato todas las burlas y humillaciones posibles. Es difícil saber si algunas de estas bromas y novatadas tuvieron carácter sexual, pero si el ámbito autoritario y masculino de la marina mercante es mínimamente parecido al del ejército, no sería de extrañar que así fuera. Como un nuevo Billy Budd, Hodgson tuvo la mala suerte de servir bajo un Segundo, en palabras del propio escritor, «… del peor tipo posible. Era brutal y aunque puedo decir sinceramente que nunca le di motivos para ello, me eligió para maltratarme. Hizo mi vida tan miserable que finalmente encontré suficiente coraje para vengarme». Hodgson peleó con su Segundo y el Capitán le castigó por insubordinación.

Durante esos años en alta mar, el futuro escritor decidió empezar su obra consigo

mismo, con su propio cuerpo. Comenzó a entrenarse duramente en solitario, y años después se convertiría en un auténtico pionero y profesional del *body building*. Como explica Sam Moskowitz en su biografía crítica “William Hope Hodgson” (publicada en *Out of the Storm. Uncollected Fantasies by William Hope Hodgson*, Donald M. Grant, Publisher, West Kingston, Rhode Island, 1975. De ella están recogidos la mayor parte de los datos biográficos del presente ensayo), «… se tomó el levantamiento de pesas y el desarrollo corporal en serio. No se detuvo en el simple ejercicio, sino que profundizó en la interacción de los músculos e hizo del desarrollo corporal una obsesión». En esta obsesión se adivina el empeño de un joven, excesivamente hermoso y sensible, por endurecerse frente a la brutalidad indiferente de la vida marinera, por conquistarla en términos propios. No se trataba, en absoluto, de convertirse en una bestia más de las que navegaban junto a él por mares no menos bestiales, sino de imponer a esa bestialidad humana las riendas de una ciencia del ejercicio físico, de un moldear el cuerpo, netamente científico y racional. Durante sus años marineros, Hodgson complementó su educación física con una afición artística, no menos empeñada en imponer un cierto grado de orden al caos por el que navegaba, literal y metafóricamente: la fotografía. Especialmente durante la travesía de diez meses a bordo del *Euterpe* —curioso nombre para un navío, el de la musa de la poesía y la música, que representara también antiguamente el principio del placer —, Hodgson, que era ya todo un marino profesional, pudo utilizar su camarote como cuarto oscuro, tomando numerosas fotografías a lo largo del viaje, y convirtiéndose en un experto en la materia. Durante el interminable trayecto, fotografió tormentas, tiburones… y los gusanos que solían acompañar las comidas de los marineros. Practicó diariamente sus ejercicios musculares, boxeando a menudo con otros miembros de la tripulación. Es decir, hizo todo lo posible para mantener la cordura en mitad del mar, rodeado de compañeros brutalizados por una vida de abusos, aislamiento y disciplina. En palabras de Hodgson, «una vida de perros», que aparecerá reflejada sin una gota de sentimentalismo en relatos como “El encantamiento del *Lady Shannon* y novelas como *Los piratas fantasmas*.

Hacia 1899, Hodgson había abandonado felizmente la profesión marinera, y abierto en Blackburn, una pequeña ciudad industrial al norte de Liverpool, la W. H. Hodgson’s School of Physical Culture. Al parecer, la mejor publicidad del local era el propio cuerpo del escritor. Con 22 años, tras ocho en alta mar, Hodgson se había convertido en un impresionante ejemplar de culturista *avant la lettre*, capaz de poner en aprietos al mismísimo Harry Houdini, cuando éste visitó el Blackburn Palace Theatre, en 1902. Hodgson fue elegido para encadenar, esposar y atar al célebre escapista, mago e investigador de fenómenos psíquicos, y lo hizo con tanta fuerza y habilidad que éste tardó algo más de dos horas en conseguir librarse de sus ataduras, confesando ensangrentado que nunca había sido tan cruelmente esposado y tratado por nadie antes, como por el futuro escritor, quien se refugió en la comisaría de Blackburn, temiendo las represalias de los *fans* del escapista. Durante estos años,

Hodgson vivía con su madre y con aquellos de sus hermanos que todavía no habían abandonado el hogar. La relación con su madre —su padre murió de cáncer cuando Hodgson todavía era joven— fue siempre tan íntima y continuada como para sospechar que en los deseos del adolescente Hodgson de hacerse a la mar subyaciera quizá inconscientemente también el de apartarse de ella. La reafirmación masculina del culto al físico podría ser parte de esta necesidad de construir su virilidad, frente a un exceso de protección materna. ¿Sentía Hodgson complejo por su belleza casi femenina? ¿Se vería demasiado como el «niño de mamá»? Sin pretender ir más lejos, es evidente el paralelismo que suscitan algunos aspectos de su vida íntima con la de Robert Erwin Howard, otro autor de *pulp fiction* fantástica obsesionado por el culturismo y por la figura de su madre, aunque esta vez, sin duda, con tintes de exceso enfermizo, ausentes, por lo que sabemos, en la corta vida de Hodgson. Fuere como fuese, la madre océana que intentó adoptar a cambio de su progenitora le rechazó con dureza, obligándole a volver al refugio de su madre natural.

Entretanto, Hodgson se había convertido en un feroz lector, que frecuentaba las librerías de segunda mano, en busca de ejemplares de sus autores favoritos: Edgar Alian Poe, H. G. Wells, Jules Verne, Bulwer-Lytton, Rudyard Kipling y Arthur Conan Doyle, entre otros. Cuando el gimnasio demostró no estar a la altura de lo esperado económica y profesionalmente (posiblemente eran el lugar y el tiempo equivocados… Quizá en los años 80 en Santa Mónica, Hodgson habría triunfado en su faceta culturista y jamás hubiera escrito una línea), William se vio obligado a buscar otros medios de vida. Pronto escribió su primer artículo, “Physical Culture versus Recreative Exercises”, centrado en su especialidad favorita, que fue publicado en febrero de 1903 en el *Sandows Magazine*, editado por el forzudo más famoso del momento en Inglaterra, el musculoso Eugene Sandow. A éste seguiría en agosto un segundo texto titulado “Hints on Physical Culture”. Sus artículos sobre cultura y salud física saltaron de las revistas especializadas a las generales, proporcionando a su autor pequeños pero considerables ingresos, que le llevaron a plantearse el convertirse en escritor profesional. Así, se unió a la Society of Authors, Incorporated, entre cuyos miembros se contaban George Meredith y los mismísimos Conan Doyle y Wells, con el último de los cuales mantendría cierta correspondencia, llegando a conocerle personalmente —su admiración por el pionero socialista de la ciencia ficción quizá influyera también en las famosas visiones cósmicas del fin del universo, que conforman los capítulos más recordados de su novela *La casa en el confín de la Tierra*, y que evocan el no menos apocalíptico final de *La máquina del tiempo* de Wells—. Animado por su suerte como periodista, decide escribir e intentar publicar un primer esfuerzo de ficción fantástica, claramente influido por sus lecturas favoritas, “The Goddes of Death”, que aparece en el número de abril de 1904 del *Royal Magazine*, la misma revista que había publicado por entregas *La nube purpúrea* de M. P. Shiel, en 1900. En junio de 1905, en el *Grand Magazine*, hermana pequeña del famoso *Strand Magazine*, donde habían aparecido, entre otras muchas

obras célebres, los relatos de Sherlock Holmes, publica el cuento “Un horror tropical”, primera incursión en los terrores marinos que caracterizarán posteriormente lo mejor de su narrativa. La carrera literaria de Hodgson estaba en marcha.

Aunque nunca pudo vivir con desahogo, William Hope Hodgson se las apañó para salir adelante y ayudar a su familia con su trabajo literario. Sus relatos y artículos fueron complementados con frecuentes conferencias sobre el mar, acompañadas por la exhibición de sus excelentes fotografías marítimas, que también encontraron hueco en revistas científicas y náuticas. En abril de 1906, Hodgson vio publicado su relato “Desde el mar sin mareas” en el *Monthly Story Magazine* norteamericano, un *pulp* en la línea de *All-Story Magazine* o *Argosy*, que poco después cambiaría su nombre por el más recordado de *Blue Book Magazine*, entrando así en el mercado americano de la ficción popular (en septiembre de 1907, el *Blue Book* publicaría su cuento de misterio “El terror del tanque de agua”). Gracias a ello, Hodgson aumentó sus ventas, publicando frecuentemente el mismo relato en revistas distintas, en Inglaterra y Estados Unidos. En julio de 1907, otro de sus relatos de horrores marinos, “El misterio del derrelicto”, le abrió las puertas del británico *The Story Teller*, considerado el primer *pulp* inglés en sentido estricto.

Convertido ya en asiduo autor de relatos fantásticos, el 16 de agosto de 1907 firma contrato para una primera novela, *Los botes del «Glen Carrig»*, que ve la luz en octubre de ese mismo año. Es, una vez más, una historia de horrores marítimos, situada en el siglo XVIII, y que se abre con el poema “Madre mía”, así, en castellano, que hace las veces de dedicatoria a su madre. Su aceptación crítica es inmediata, y la novela le gana comparaciones elogiosas con Wells y Daniel Defoe, aunque por desgracia el éxito de ventas está lejos de ser satisfactorio. En mayo de 1908 se edita su siguiente y más conocida novela fantástica, *La casa en el confín de la Tierra*. Esta angustiosa y visionaria fantasía cósmica, favorita de sus seguidores, se gana nuevamente el favor de los críticos literarios y Lovecraft la considera, en su clásico estudio *El horror sobrenatural en la literatura*, «quizá (…) la obra más destacada de Hodgson». En septiembre de 1909, concluye Hodgson la publicación de lo que él mismo veía como una suerte de «trilogía», cuyos títulos «… todos ellos coinciden —explica en su prólogo— en una determinada forma de tratar unos conceptos elementales». *Los piratas fantasmas*, quizá su mejor novela desde el punto de vista narrativo y formal, retorna al tétrico universo marino de su autor, y nuevamente gozó de poco éxito económico y buenas críticas. Finalmente, en abril de 1912 aparecerá la más singular y polémica de sus novelas, *La Tierra de la Noche*, más de quinientas páginas escritas en un arcaizante inglés del siglo XVII, llenas de sentimentalismo Victoriano (o eduardiano, si se prefiere) y digresiones mil… Pero también de imaginación visionaria inabarcable, sentido del más puro horror cósmico, aventuras y criaturas monstruosas, y una extraña mezcolanza de ciencia ficción, terror, filosofía involucionista, visión apocalíptica y romanticismo. Curiosamente, si la sensibilidad del lector actual se ve repelida muchas veces a lo largo de esta obra por el pesado

lenguaje de Hodgson, sus salidas sentimentales dignas de novela rosa y su detallismo profuso y maníaco, en su día fue reseñada más que favorablemente, siendo calificada, por ejemplo, por el *Morning Leader*, como «… Una pieza narrativa extraordinariamente elegante… un *tour de force*». El *Vanity Fair se* refirió a ella como «Un libro remarcable en todos los sentidos… El estilo en que está escrito, el tema del que trata, y la escalofriante cualidad imaginativa que abunda en él son todos sumamente raros y fascinantes, como para que cuando se comienza su lectura uno no pueda dejarla ni por un instante». Me extiendo un poco más en el recibimiento de *La Tierra de la Noche*, para invitar al lector de estas páginas a considerar lo distintas que eran las sensibilidades del lector de fantasía (y del lector en general) de comienzos del siglo XIX de las del aficionado actual. Hasta ahora, ninguna de las ediciones en castellano de *La Tierra de la Noche* (tanto en la vieja colección «Delirium» como en «Pulp Ediciones», ambas bajo el control de Francisco Arellano) se ha atrevido a ofrecer íntegra la novela, y es de notar la desconfianza y hasta desprecio con que ha sido tratada por sus editores y lectores modernos, incluyendo el propio Lovecraft, que la acusa de hallarse «… mermada por su penosa verbosidad, sus repeticiones, su artificial sentimentalismo romántico y un lenguaje arcaico aún más ridículo y absurdo que el de *Glen Carrig*» (*El horror sobrenatural en la literatura*). Defectos todos que fueron en su día virtudes para el lector medio y culto de 1912.

Durante todos estos años, y dado que sus novelas apenas obtuvieron ventas reseñables, Hodgson siguió viviendo, mal que bien, de sus relatos, conferencias, fotografías y artículos científicos. En noviembre de 1907, el *Blue Book* publica "Una voz en la noche", su historia marítima más popular. "El regreso al hogar del *Shamraken*", uno de sus más extraños y hermosos cuentos, aparece en el número de abril de 1908 del *Putnam's Monthly*, que publica también en febrero de 1909 "Más allá de la tormenta". Por esos mismos años, quizá influido nuevamente por su admiración hacia Wells, publica en el semanario socialista *The New Age*, en diciembre de 1908, una sátira antibelicista con el título de "Date 1965; Modern Warfare". A partir de enero de 1910, con la publicación de "La puerta del monstruo", en la revista *The Idler*, comienzan a aparecer las aventuras de Carnacki, un detective ocultista en la línea del John Silence de Blackwood, que posteriormente serán reunidas en un solo volumen de relatos. A la vez que publica sus historias de ficción ocultista y sobrenatural, escribe y vende también otras de pura aventura, reportajes periodísticos y cuentos de carácter más general, incluso de ambiente *western*, como "Judge Barclay's Wife", publicado en 1912 por el *London Magazine*. En julio de 1911, volviendo a lo suyo, es decir, al mar y el horror, el *pulp* americano *Adventure publica* "El albatros", mientras un año después, el *New Magazine*, en su número de enero, pone punto final a las aventuras de Carnacki con el relato "La cosa invisible". También aparecen en forma de libro varios de sus relatos de terror marino, reunidos como *Men of Deep Waters*, en 1914. El número del 1 de diciembre de 1912 de *The Red Magazine* publica "La nave abandonada". ("The Derelict"), sin duda otro de los

más logrados relatos de horror marítimo de Hodgson. De alguna manera, entre tanta producción literaria e intelectual, nuestro autor encuentra tiempo para conocer a Betty Farnworth y contraer matrimonio con ella en Londres, el 26 de febrero de 1913, marchando de luna de miel al sur de Francia, donde permanecerán un buen tiempo. Naturalmente, Betty trabajaba en el semanario femenino *Home Notes*, publicado por la misma compañía que editaba varias de las revistas en las que escribía habitualmente su marido… ¿Cómo iban a conocerse si no? El *Red Magazine* publica en febrero de 1913 "El descubrimiento del *Graiken*", y poco después, en julio de 1914, el fascinante "La nave de piedra", uno de los últimos cuentos de horror marino y ciencia ficción (por así decir) de su autor.

Poco después del estallido de la Primera Guerra Mundial, Hodgson vuelve a Inglaterra con su mujer, y entra en el servicio activo como teniente en la Royal Field Artillery, en 1915. En 1916, cae de su caballo y con varias heridas de cierta gravedad y la mandíbula rota, vuelve a casa y a la literatura, pero sólo para realistarse en cuanto se siente recuperado. En octubre de 1917 es enviado a Francia con su compañía, y finalmente, en abril de 1918, una granada le volatiliza literalmente. Había buscado un destino militar lo más alejado posible del mar y la marina, huyendo quizá del abismo de disolución que yace bajo las aguas… Sólo para encontrar la muerte en el estallido feroz de una granada, que redujo su cuerpo a la invisibilidad total, esparciendo sus fragmentos por la tierra ensangrentada, sin que quedara siquiera algo reconocible, identificable. Evaporado, volatilizado, finalmente escapó del mar. Por nuestra parte, escapémonos ya de este calvario biobibliográfico, y lancémonos a pescar en las aguas profundas de los terrores marinos de William Hope Hodgson… Y de su propia mente.

III

> Dionisos, el dios de los fluidos, gobierna una lóbrega tierra de nadie medio licuada. Neumann observa la conexión lingüística en alemán entre *Mutter*, «madre»; *Moder*, «ciénaga»; *Moor*, «aguas pantanosas»; *Marsch* «marisma»; y *Meer*, «océano». Una miasma etónica envuelve a la mujer…
>
> CAMILLE PAGLIA, *Sexual Personae*

A Lovecraft, como es bien sabido, no le gustaba el pescado. Tampoco le gustaba el sentimentalismo que asoma, a menudo, en las páginas de William Hope Hodgson. Repetidamente, en el ya citado ensayo *El horror sobrenatural en la literatura*, se refiere a su «trivial sentimentalismo», «su artificial sentimentalismo romántico», etc. No le falta razón. Los personajes femeninos que aparecen en las obras de Hodgson

son puros elementos decorativos, construidos sin relieve o profundidad alguna, como simples contrapuntos sentimentales y artificiales a la aventura y la acción de los protagonistas masculinos. Son ideales Victorianos: mujeres hermosas, valientes, indefensas y sencillas, que caen siempre enamoradas de sus salvadores o que acompañan a sus parejas en su aciago destino, sin desfallecer apenas ante la adversidad. En definitiva, resultan ser el elemento más fantástico y menos creíble de todo el universo de Hodgson. Cualquier pulpo gigante de los Sargazos parece más dotado de realidad que ellas. Lovecraft no tuvo nunca ese problema: literalmente, eliminó a los personajes femeninos de su narrativa, como al pescado de su dieta alimentaria. Como explica Camille Paglia, en *Sexual Personae*: «El cuerpo de la mujer huele a mar. Ferenczi dice que "la secreción genital de la hembra posee, según la descripción de todos los fisiólogos, un olor bastante neto a pescado. Este olor procede de la misma sustancia (la trimetilamina) que la del pescado en putrefacción". Estoy convencida de que las ostras crudas tienen un carácter latente de *cunnilingus* que repugna a mucha gente. Comer una ostra recién sacada del mar, apenas muerta, es una amorosa inmersión en el frío mar salado de la madre naturaleza».

Las mujeres de Hodgson no existen. Son meros fantasmas creados a la luz de la imaginación victoriana, que su autor intenta, vanamente, contraponer al auténtico personaje femenino que domina su mejor obra: la mar. Sus castas heroínas, sus no menos castos héroes y víctimas, parecen excluir el erotismo y hasta el sexo de sus relatos y novelas, pero como ocurre en el caso de Lovecraft, esta ausencia elíptica del sexo, se traduce en una omnipresencia devoradora del mismo, encarnado en el protagonista absoluto de sus relatos. El mar en la obra de Hodgson es siempre femenino, es, aunque empleemos palabras de Robert E. Howard, «… esa mujer inmensa, eterna, gris y de ojos fríos». ("Desde las profundidades", incluido en la antología *Mares tenebrosos*). Pero más allá del tópico, en sus relatos y novelas de horrores marinos, el Océano aparece no sólo como una superficie infinita de vacío discontinuo y obsesivo, como ese desierto de agua que, como el de arena, puede arrastrar a la locura hasta a los cerebros más fuertes… Sino también como un semillero de criaturas miasmáticas y fungosas. Un continente habitado por monstruosidades vegetales, animales y hasta minerales, que no pertenecen al universo de lo sobrenatural, sino al de lo Natural. Por ello es posible calificar buena parte de la obra de Hodgson de ciencia ficción, y por ello la descripción de su forma específica de cuento de miedo como «materialista», tal como la aplica Rafael Llopis en su clásico ensayo *Historia natural de los cuentos de miedo*, es más que admisible. De hecho, llega más lejos, puesto que desvela que aquello que realmente nos asusta, nos repugna y atemoriza íntimamente es la Naturaleza biológica, cuya esencia líquida y fluida nos remite inevitablemente al mar y a la mujer.

Nuestro cuerpo y nuestro planeta son agua en sus tres cuartas partes. La vida nace en los océanos de la prehistoria y finaliza cuando nuestro cuerpo se pudre, entre humores y líquidos. Los fluidos sexuales, la sangre, la saliva, las lágrimas y

secreciones… Todo ello nos hace conscientes, con la fría crueldad de la indiferencia, de nuestra naturaleza animal. No podemos controlarlos sino que, por el contrario, somos controlados por estos fluidos y líquidos, que nos obligan a suspender nuestras actividades intelectuales o profesionales, para defecar, hacer el amor, beber, verter lágrimas de dolor y otras frivolidades inevitables y desagradables (con la posible excepción del sexo…). Y el mar, el reino absoluto de lo acuático y fluido, es también el símbolo último de lo no-humano del hombre. O de lo que éste, con ingenuidad, quiere considerar como no-humano. Pero, como nos recuerda una vez más Camille Paglia, «… nuestros cuerpos son el océano primigenio (…), un océano que se encrespa y se riza». La mayoría de las veces contra nuestra voluntad, en un oleaje enfermizo y molesto, que se opone a nuestros deseos racionales y los vence implacablemente. El mundo marino de Hodgson no es el paraíso *rousseauniano* de Jacques Cousteau (que, por otro lado, devoró a uno de sus hijos), sino el infierno biológico de nuestro propio cuerpo animal y fluido.

Quizá el relato más representativo de la obra de Hodgson sea “Una voz en la noche”. La triste aventura de una pareja de náufragos que va a parar a un islote recubierto de hongos, moho y fungosidades, que acabarán extendiéndose también por sus cuerpos, como un virus corruptor, refleja el temor de Hodgson, y el nuestro, a la pérdida de la identidad y la forma humana. La misma forma que Hodgson trabajó para adquirir un nuevo cuerpo, musculoso, fuerte y sano. De la humanidad del protagonista apenas queda otra cosa que una voz en la noche, que narra su peripecia terrorífica, con resignación fatalista. No hay salvación posible. Cualquier intento de aproximarse a las víctimas de esta «enfermedad» sólo puede concluir con el contagio. Hay un momento especialmente horripilante en el que los náufragos descubren que los hongos son comestibles, deliciosos… E incluso adictivos. Es una trampa de la propia vegetación fungosa para apoderarse antes de sus víctimas, por medio de la ingestión. Es decir, existe un componente de placer en la pérdida de la identidad humana, en la disolución y el retorno al reino vegetal. Son los hongos de los dioses, que comían los adoradores de los misterios dionisíacos, para retornar al mundo indiviso e indistinto de la Naturaleza. Una vez que los náufragos los prueban, sólo con gran esfuerzo consiguen evitar seguir consumiéndolos, pues saben que comerlos acelera el proceso degenerativo que acabará definitivamente con ellos y su humanidad. Cuando, en un golpe de efecto perfecto desde el punto de vista técnico, Hodgson permite a su narrador entrever al náufrago, alejándose de la nave a la que ha acudido en busca de auxilio, éste apenas puede distinguir algo con «… el aspecto de una esponja, una esponja desproporcionada, grisácea y tambaleante…». Es una visión horrenda que está en las antípodas de la pasión culturista de su autor. Mientras la educación física esculpe y dibuja cuidadosamente los contornos del cuerpo, el cuento de horror los diluye en una masa primigenia, palpitante e informe. Ambos extremos conforman la personalidad de Hodgson, y dotan a su obra de una fascinación que supera los obstáculos de su lenguaje ocasionalmente arcaico, su sentimentalismo

Victoriano, sus tecnicismos marítimos o su tendencia a repetir elementos narrativos y argumentales. Más allá de todo ello, hay monstruos… Que no son sino la Naturaleza misma.

Repitamos una cita: «Todo se funde en la naturaleza. (…) La naturaleza florece y se marchita en largas y jadeantes bocanadas, subiendo y bajando en un oleaje oceánico. Una mente que se abriera plenamente a la naturaleza sin prejuicios sentimentales resultaría absorbida por su materialismo brutal y su incansable exceso». (Camille Paglia, *Sexual Personae*). La mente de Hodgson se vio forzada por la realidad a «abrirse» a la naturaleza. Durante ocho años vivió como grumete y marino profesional, en un mundo casi darwiniano de brutalidad, jerarquía arbitraria e injusticia. Un mundo reducido tan sólo al cascarón de un barco, universo en miniatura, navegando en medio de la nada acuática. ¿De la nada? En todo caso, de una nada palpitante de vida maligna y peligrosa. Tormentas y huracanes, ciclones que Hodgson fotografió como nadie antes, tiburones, peces monstruosos y, casi peor, la «calma chicha» ominosa y amenazadora de los mares tropicales, que tantas veces aparece evocada en sus relatos, antes de que un horror mayor haga acto de presencia. Hodgson nunca se recuperó totalmente de sus traumáticas experiencias marítimas. Tras convertirse en un deportista profesional, siendo un hombre pacífico y tranquilo como pocos, encontraba sin embargo un perverso placer en provocar a marineros desconocidos, desafiándoles a pelear sabiendo que tenía todas las de ganar, en un patético pero comprensible impulso por compensar los múltiples abusos y malos tratos recibidos en alta mar. Ni siquiera el ser condecorado con la medalla de la Royal Humane Society, por haber salvado de las aguas infestadas de tiburones de Nueva Zelanda, el 28 de marzo de 1898, al Primero de a bordo, cuando cayó desde el mástil, aminoró en absoluto su resentimiento hacia la marina y el mar. Así, en el *Nautical Magazine*, publicaría en 1906 un artículo titulado “The Trade in Sea Apprentices”, denunciando sin piedad el negocio que las navieras hacían con los aprendices, por cuya admisión como grumetes los padres se veían obligados a pagar elevadas sumas, para que sus hijos hicieran después todo tipo de trabajos profesionales sin remunerar a bordo, siendo tratados, por lo demás, de forma humillante y miserable. En uno de sus relatos de aventuras marítimas sin componente fantástico o terrorífico, “Prentice’s Mutiny”, publicado en tres partes por el *Wide World Magazine* en 1898, y basado en hechos reales, el autor muestra una vez más que no siente cariño alguno por el mundo marinero. Como explica Moskowitz en su citado ensayo biográfico: «Hodgson, entonces un hombre de treinta y cinco años, es como un muchacho reviviendo eternamente las heridas de su juventud. El cruel Primero es dejado ciego, el brutal Capitán tiroteado, incluso los simpáticos marineros son caracterizados como ignorantes, retrasados mentales, y menos que humanos». Menos que humanos… Moskowitz pone el dedo justo en la llaga, quizá sin darse cuenta.

Puede resultar exagerado pensar que los horrores marinos de Hodgson procedan exclusivamente de su traumática vida en el mar, ya que, como estamos viendo,

ciertamente responden a sentimientos más profundos y universales. Pero poblar siempre las superficies y profundidades marinas de criaturas malignas para el hombre, monstruos gelatinosos y misterios insondables, llegando incluso a caracterizar como uno de ellos al propio Océano como entidad autónoma, parece, sin embargo, un tanto excesivo, y contrasta de forma llamativa con el amor a la mar que sintieron otros escritores que, como Melville, London, Norris o Conrad, también denunciaron la brutalidad e injusticia de la vida marinera… Para estos autores, el mal está más bien en el comportamiento humano, en cómo los hombres llevan sus vicios (y a veces también sus virtudes) hasta extremos impensables al hallarse en mitad del Océano. Pero Hodgson es más listo. Sabe que el «mal» está en el propio mar. Sólo los locos, los tontos, los masoquistas, los inútiles y los tiranos son capaces de vivir en plena mar, porque el mar es la Naturaleza salvaje en libertad, implacable, amoral y sin otra ley que la supervivencia. En definitiva, el mar embrutece y atrae a los brutos a sus aguas, convirtiéndolos en parte de su monstruoso bestiario. Hodgson, un joven guapo y quizá algo afeminado, inteligente y educado, vio claramente el mar y huyó en la dirección más opuesta posible: hacia el cuerpo humano y su modelado físico. Quiso eliminar incluso lo acuático e informe que tiene el hombre, solidificándolo como roca de carne, cuerpo atlético, escultura viviente. Pero, naturalmente, el agua y el mar le persiguieron durante toda la vida en sus pesadillas, que supo convertir en brillantes relatos de terror.

Al parecer, Hodgson era hipocondríaco, una más entre sus excentricidades, tan propias siempre de los siempre excéntricos autores de *pulp fiction*. Hacía gárgaras continuamente, ante el temor de contraer el mismo cáncer de garganta que había llevado a su padre a la muerte, y después de leer las cartas que le llegaban constantemente, se lavaba cuidadosamente las manos para eliminar los gérmenes que podía haber recibido a través del correo. Esta obsesión virulenta está presente en muchos de sus cuentos, pero no es fruto tan sólo de una hipocondría, sino también de la experiencia. Cualquiera que haya practicado deportes en un gimnasio o que, por otro lado, haya cumplido el servicio militar, trabajado en una piscina, o utilizado duchas comunes en un internado, escuela, gimnasio o piscina pública, sabe el problema que suponen los hongos. Omnipresentes, inevitables, contagiosos y prácticamente indestructibles, son la pesadilla de nadadores y deportistas. “Una voz en la noche” es la hipertrofia en forma de pesadilla nocturna de la realidad que Hodgson tuvo que afrontar siempre, tanto en su vida marinera como después, acosado también por las húmedas fungosidades en su trabajo deportivo. Los hongos debieron perseguir a nuestro escritor desde las bodegas de sus odiados barcos hasta el suelo de su propio gimnasio, por mucho que tratara de impedirlo. De ahí que sus finos sentidos se enervaran ante cualquier posible contagio de gérmenes o virus. Tras ocho años de hongos, comida plagada de gusanos, enfermedades tropicales que le proporcionaron fuertes dolores de estómago, diarreas y jaquecas, Hodgson adquirió pavor a las enfermedades contagiosas, tan propias de las largas travesías marítimas, y

este miedo pasó magnificado a ser tema central en sus relatos. La mar, inmensa hembra acuosa, es propicia a las enfermedades venéreas que arrastran a los hombres y sus barcos, extensiones fálicas de su empeño tecnológico y fáustico por conquistarlo y explicarlo todo, a la perdición. En “La nave abandonada”, un barco entero se convierte en una forma de vida acuática terrorífica y palpitante, descrita por Hodgson con masoquista delectación: «En la proximidad del farolillo se veían confusas protuberancias de moho que se estremecían y agitaban horriblemente iluminadas por las irradiaciones de la lámpara. Más cerca, dentro de su círculo de luz, el cúmulo de moho que cubría probablemente la claraboya de la cabina fluctuaba ostensiblemente. Estaba recorrido por repugnantes venas purpúreas y, al moverse, me dio la impresión de que las venas y las manchas se destacaban sobre el fondo blancuzco, dibujándose en relieve sobre la superficie del montículo, como se marcan las venas de un caballo de pura sangre sobre su vigoroso cuerpo». Naturalmente, la nave se ha transformado en un ser vivo, una criatura marina… y depredadora, que, de hecho, pretende atrapar a los protagonistas y deglutirlos, asimilarlos cual ameba gigante, despojándolos, una vez más, no sólo de su vida, sino también de su forma humana. En el mundo marino de Hodgson no hay lugar para el *sense of wonder* de Verne o Cousteau, porque en el meollo de ese sentido de la maravilla, aguarda una gigantesca boca llena de dientes, una *vagina dentada* submarina, que sólo quiere devorarnos, alimentarse de nosotros, devolvernos al caos original. En “La nave de piedra”, la mutación no es de tipo vegetal, como en “Una voz en la noche”, ni animal, como en “La nave abandonada”, sino mineral: un barco de piedra emerge desde las profundidades, donde su madera y materiales originales han sido petrificados por la naturaleza coralina de las aguas, convirtiendo la nave en un obsceno y fascinante monumento que vuelve a sumergirse, finalmente, en el abismo. No sólo los hombres, sino también aquello que orgullosamente construyen, puede ser devorado, fagocitado y escupido por las aguas, desprovisto de su ser y transformado por la alquimia líquida en una criatura primitiva, hija del mar. Como le susurra la mar al protagonista del ya citado relato de Howard, “Desde las profundidades”: «Hay vida en lo más profundo de mi ser, pero no es vida humana; mis hijos odian a los hijos del hombre». Sin embargo, en Hodgson hay algo más horrible todavía, algo que se escapa, fluyendo como una secreción purulenta, de las páginas de sus cuentos: en realidad, los hijos del hombre son los hijos de las aguas, del propio mar, y éste, quizá, no los odia tanto como los ama y desea recuperarlos, sumergirlos de nuevo en su útero inmenso, indiferenciados y sin personalidad. Cuando éstos huyen a tierra, los persigue incluso en las más aparentemente inocentes oquedades y humedales. Allí donde acechan las aguas estancadas, los fluidos, los charcos, acecha también ese «mal» poco o nada metafísico. Por el contrario, muy, pero que muy físico.

Como los hongos, los monstruos marinos de Hodgson no se limitan a flotar por los siete mares o colonizar islas enteras. Donde aparezca una mancha de humedad, allí aparecen ellos. *La casa en el confín de la Tierra*, considerada por muchos como la

obra maestra del autor, no es una novela de terrores marinos. Se desarrolla en un caserón perdido en Irlanda, que resulta ser una suerte de eslabón que conecta dimensiones distintas. Una puerta entre nuestro mundo y otro universo inaprensible, poblado por dioses primigenios, y desde el que es posible asistir al final no ya del planeta, sino del sistema solar. Pero… ¡oh, sorpresa! Esta casa se encuentra cerca de un lago, hundido en un valle próximo, cuya corriente subterránea se conecta con el propio sótano de la mansión. Y estas aguas son las que, de alguna forma, parecen actuar como corriente continua entre nuestro mundo y «el otro». Naturalmente, a través de ellas se manifiestan las brutales criaturas con cabeza de cerdo que acosan al protagonista, y en ellas está a punto de perecer ahogado, al intentar descubrir el secreto del pozo y sus aguas subterráneas. En *La casa en el confín de la Tierra*, los horrores telúricos y acuáticos aparecen plenamente asociados al fin, pues ambos son las dos caras de una misma moneda: la Madre Naturaleza. Si la mayoría de los comentaristas de la novela, desde Lovecraft a Terry Pratchett, han destacado el horror cósmico de la misma, lo que más fascinación ejerce sobre mí no son precisamente esas visiones aturdidoras y casi místicas de soles y planetas apagados, dotados de vida propia, como entidades de William Blake o Swedenborg, sino la malignidad física y biológica que rodea y preside la historia. El acoso de las criaturas-cerdo, tan cinematográfico, capaz de evocar los momentos culminantes de *La noche de los muertos vivientes* (*Night of the Living Dead*, 1968) de Romero; la angustiosa expedición subterránea a las fangosas aguas del pozo; la putrefacción física de la vegetación y los húmedos cimientos de piedra de la casa… Incluso, con enigmática lucidez, Hodgson sugiere, cosa que no suelen apuntar los críticos y *fans*, que todo puede no ser más que una alucinación del paranoico y angustiado protagonista. Solitario y romántico, obsesionado por un amor perdido, en un nuevo ramalazo de sentimentalismo Victoriano, propio de un Tennyson o un Coleridge «pulposos», él es el único que asiste a los prodigios, tanto cósmicos como físicos, que se abaten sobre la casa. Su hermana le tiene miedo, y tras el épico combate con las cosas-cerdo, no hay prueba alguna de que éste haya sido real en absoluto. No hay cadáveres, ni restos de la lucha, y la hermana del protagonista parece asumir, con resignación, que éste ha perdido definitivamente la razón, lo que sus visiones cósmicas más allá del tiempo y el espacio podrían confirmar al lector atento. Hodgson juega, precisamente, con la simpatía del lector por el protagonista, con su empatía y deseo de que todas sus experiencias sean reales. Pero lo único ciertamente real es la presencia de las aguas subterráneas, el largo brazo del mar, que transporta los horrores de las profundidades hasta la superficie de nuestra conciencia, poniendo a prueba nuestra cordura, pues difícilmente podamos aguantar la visión de la realidad intrínseca de la Naturaleza «… en constante ebullición, borboteante; sus monstruosas burbujas espermáticas derramándose y yendo a aplastarse en esa inhumana sucesión de desechos, putrefacciones y carnicería. De las células apelmazadas, vidriosas, de las huevas de algunos pescados a las ligeras esporas lanzadas al aire al estallar las vainas, la

naturaleza es un avispero enconado de agresividad y destrucción». (Camille Paglia, *Sexual Personae*). Siempre el agua, incluso en un relato de misterio detectivesco, en cierto modo preludio a los cuentos de Carnacki, “El terror del tanque de agua”, que se desarrolla tierra adentro, la monstruosidad informe culpable de los horribles crímenes procede, como el propio título indica, de las aguas estancadas en un tanque.

Los terrores marinos de Hodgson son «materialistas» no sólo porque, como afirma Llopis, «… recurre a la última ciencia para racionalizar los terrores más arcaicos». (*Historia natural de los cuentos de miedo*), subterfugio típico de la época, que el autor utiliza sin duda, y que incluso recomienda a otros escritores, para dotar de credibilidad a sus narraciones fantásticas. Sus relatos son «materialistas», en primera instancia, porque en ellos raramente aparece lo sobrenatural, entendido como tal. Los cuentos de terror marítimo de Hodgson se basan en la existencia de criaturas y fenómenos quizá desconocidos por la ciencia, pero totalmente naturales. Describen un bestiario inexistente (aunque no siempre…), pero *a priori* posible. Las naves de piedra o dotadas de vida animal propia, los hongos virulentos y cancerígenos que se extienden imparables y devoradores; la serpiente de mar, más bien gusano, que masacra la práctica totalidad de la tripulación del barco en “Un horror tropical”; las hordas de ratas carniceras, quizá mutadas por su largo aislamiento en el mar, a bordo del buque náufrago que aparece en “El misterio del buque abandonado”… Incluso ciertas criaturas fantasmales, entrevistas en la desolación fuliginosa y anguiforme del Mar de los Sargazos, o los extraños monstruos de rostro humano que resultan ser “Los habitantes de la isleta Middle”, poseen también características zoomórficas que parecen emparentarles con animales marinos como morsas, pingüinos o focas. Son todas especies todavía sin catalogar, pero especies naturales, al fin y al cabo, que acechan en los rincones olvidados del Océano, y que difícilmente podrán ser alguna vez descritas por los naturalistas, puesto que lo más fácil es acabar convertido en uno de sus miembros si nos aproximamos demasiado.

La primera novela de Hodgson, *Los botes del «Glen Carrig»*, presenta al lector un innominado Mar de los Sargazos, al que van a dar un grupo de náufragos del siglo XVII. La narración de aventuras prototípica, al estilo de Defoe o Marryat, se complica con la atmósfera de terror y miedo a lo desconocido que Hodgson recrea con habilidad. Los ruidos y extraños sonidos nocturnos. Los aullidos y suspiros de animales o cosas desconocidas al acecho… Finalmente, los marinos se enfrentan con criaturas, sin duda, monstruosas y temibles, pero, en cierta medida, perfectamente posibles: pulpos gigantes, cangrejos de dimensiones descomunales, bancos de algas con vida propia, extrañas criaturas anfibias antropomórficas, árboles capaces de fagocitar a los seres humanos… Fenómenos desconocidos pero naturales, vomitados por las entrañas de la mar. Son sus hijos y, por ende, también parientes nuestros, por lejanos que sean, puesto que también nosotros, un día, surgimos de las aguas primigenias. En este «mar sin mareas», en estos Sargazos fantásticos de Hodgson, se desarrollan también los relatos “Desde el mar sin mareas”, su primera y su segunda

parte, habitualmente publicadas como una sola historia, el ya citado “El misterio del buque abandonado”, “El descubrimiento del *Graiken*”, y los hasta ahora inéditos en castellano y recogidos en esta Antología “La Cosa en las algas”. (“The Thing in the Weeds”) y “La llamada al amanecer”. (“The Call in the Dawn”). Junto a *Los botes del «Glen Carrig»* conforman un universo que define perfectamente cómo es el mar de Hodgson: una superficie miasmática, cubierta de excrecencias, fungosidades y vegetación mutante, bajo la que se esconden animales horripilantes, hambrientos y depredadores, cuyos tentáculos y pinzas son como extensiones naturales de las propias aguas. Todo en este Mar de los Sargazos exuda, rezuma humedad amenazadora… y femenina. Por ello, no es de extrañar que los personajes femeninos que aparecen de cuando en cuando en este ciclo narrativo, tengan tan poco interés como entidad propia. Son, como ya dijimos, meros arquetipos, e incluso simples tipos, característicos de la narración romántica de aventuras. Están ahí para ser rescatados heroicamente, resistir también heroicamente las desgracias y, ocasionalmente, contraer matrimonio con el narrador. Pero, como describe nuevamente Camille Paglia, «… la experiencia de la mujer está sumergida en el mundo de los fluidos, algo que queda patentemente demostrado en la menstruación, el parto y la lactancia. La retención de líquido, esa maldición femínea, es el plúmbeo abrazo de Dionisos». Y esta identificación de lo femenino con lo acuático y marino es la que impide que Hodgson desarrolle personajes femeninos dignos de interés. Su interés está sólo dominado por una mujer, la mujer de su vida: la mar. Y por su madre, naturalmente. Ése es el verdadero terror arcaico que subyace en su obra, y que él mismo «racionaliza» o, al menos, exorciza, a través de sus cuentos de horrores marinos: el miedo a la Madre.

A riesgo de parecer demasiado freudianos, resulta sin embargo imposible no ver en la obsesión marina de Hodgson una sombra, un reflejo en negativo, del amor e intimidad que le unían a su propia madre. A ella le dedica, como vimos más arriba, su primera novela, *Los botes del «Glen Carrig»*, donde da precisamente forma al informe Mar de los Sargazos de sus pesadillas. Es como si convirtiera a su madre en un talismán, un hechizo benefactor, frente a esa otra madre oscura y traidora que le obsesiona y ha querido tragarle. Hodgson, a tenor de lo que cuenta Moskowitz, era un hijo prácticamente ejemplar: no fumaba, no bebía ni era tampoco mujeriego, algo poco común tratándose de un marinero, a decir verdad. Sólo una vez había traicionado la confianza materna: cuando decidiera embarcarse como grumete, contra los deseos explícitos de su madre, pero contando con el favor del padre. A su amargo retorno de la mar océana, Hodgson vivió, hasta su matrimonio, siempre en compañía de su madre y hermanos, contribuyendo como podía a la frágil subsistencia familiar. Sabemos que su madre estaba orgullosa de él y de su talento literario. Sabemos que este talento, para el propio Hodgson, era sobre todo el de un poeta que nunca consiguió que se publicaran sus poemas en vida. Sólo logró verlos ocasionalmente impresos como prefacio a sus novelas y libros de relatos, por lo que solía incluir

siempre alguno al comienzo de los mismos. Su poesía sería editada póstumamente por su esposa.

Es muy arriesgado lanzar cualquier hipótesis acerca de la sexualidad de Hodgson. Su narrativa es obviamente machista, en un sentido en absoluto peyorativo, y su obsesión por lo fluido y viscoso, identificado con la disolución del «yo» en el vasto vientre de la bestia marina, nos permite sospechar una misoginia muy similar a la de Lovecraft, aunque Hodgson quizá sí comiera pescado. Su belleza física y rostro clásico, su sensibilidad romántica de poeta incomprendido, su obsesión por el cultivo de los músculos, su rechazo de la brutalidad viril de la vida marinera y su declarado amor por la figura materna, omnipresente hasta el final de su vida, así como sus escasas relaciones con mujeres… ¿nos permiten suponer en Hodgson una homosexualidad latente, más o menos reprimida? No creo tener ningún derecho a ello, a pesar de que la insistencia de Mr. Moskowitz en lo contrario (varias veces asegura, como quien le hubiera conocido personalmente, que Hodgson tenía un «saludable» interés en las mujeres, indicando de paso lo poco saludable que es interesarse por los hombres o, en definitiva, no interesarse por nadie) es mi mayor pista para intuir algo de ello. Resulta generalmente tan incómodo para los aficionados a la fantasía y el terror reconocer, o siquiera suscitar, sospechas de homosexualidad en cualquiera de sus autores favoritos, que sólo por ello merece ya la pena hacerlo. Naturalmente, no es condición necesaria la homosexualidad para ser un marinero arrepentido, un poeta sensible y un musculoso hombre eduardiano, ligeramente machista. Pero sí es cierto que el rechazo de Hodgson por el mar y su pormenorizada descripción del mismo como entidad femenina, así como de las criaturas fluidas y viscerales que lo habitan, refleja al menos un sentido de la misoginia más profundo y perturbador del habitual en otros muchos escritores de *pulp fiction*. Tampoco Lovecraft fue homosexual, aunque literariamente rechazara el sexo femenino y el sexo en general, y si bien llama la atención que su amistad con Robert Barlow, así como con otros jóvenes escritores homosexuales, parezca casi más íntima que sus propias relaciones matrimoniales con Sonia Green, Sprague de Camp, en su *Lovecraft. Una biografía*, se inclina a sospechar que la ignorancia de Lovecraft en materia sexual era tan enorme que incluso era incapaz de adivinar que varios de sus corresponsales habituales y amigos eran *gays*. Es muy posible, así como lo es también que Hodgson no fuera homosexual, ni siquiera latente… Pero sí un hombre profundamente reprimido y con una visión de la sexualidad femenina extremadamente confusa… O demasiado clara. Sólo se le conocen a Hodgson dos relaciones serias con mujeres (siguiendo siempre el extenso esbozo biográfico de Moskowitz): la que condujo a su matrimonio en 1913 con Betty Farnworth que, a la sazón, tenía los mismos años que él y trabajaba en el mismo medio literario y periodístico, y una anterior, digna de un relato de la época. Su único amor antes de casarse fue, al parecer, una exótica y misteriosa mujer, amiga íntima del mayordomo del Rajá indio Gwek Baroda. El Rajá había protagonizado un escándalo menor

durante su visita a Inglaterra, al no acertar a inclinarse (posiblemente con toda intención) para saludar al Rey Jorge. Esta singular mujer era de origen indio y holandés, y, según parece, las evidentes diferencias de clase y fortuna impidieron que Hodgson llevara más adelante sus proyectos románticos con ella. Como otra prueba más de su «saludable» interés en las mujeres, Moskowitz añade, de forma muy poco convincente, que «fue relacionado en una ocasión con una chica de Barth, pero nada salió de ello». ¡Dios mío, tres relaciones femeninas en la vida de un marino mercante guapo, musculoso e inteligente!

Tranquilicemos nuevamente a nuestros posibles lectores aficionados al *fantasy*, el terror y la ciencia ficción y, por tanto, casi siempre infantilmente homófobos: no sabemos ni nos importa mucho si Hodgson era *gay*, latente, contenido o desatado, durante las breves horas del día en que no era vigilado por Sam Moskowitz. Sabemos que amaba a su madre, que intentó dejarla contra su voluntad para hacerse a la mar… Y que volvió a su regazo, odiando al mar y a sus habitantes, tanto humanos como inhumanos, sin separarse de ella hasta su matrimonio. Basta para suponer que Hodgson, como Lovecraft o Robert E. Howard, tenía una vida íntima bastante reprimida y peculiar, que se refleja no sólo en el disgusto por el medio acuático, síntoma no siempre definitivo, sino también en su incapacidad para representar personajes femeninos convincentes y dotados de interés. Es natural: sus escasas damas victorianas son reflejos literarios de su madre, fetiches de bondad y sentimentalismo artificial, mucho menos interesantes que esa madre oscura a la que odió y dedicó el grueso de su producción. En mi opinión, no hay duda de que la obsesión de Hodgson por la licuefacción, la mutación, la fluidez, la fungosidad y la humedad, como destructoras de la identidad física y moral de sus personajes, es un reflejo de su propio temor íntimo a verse devorado por su madre, desde una perspectiva netamente freudiana, y por la Naturaleza dionisíaca y violenta, desde una perspectiva más jungiana, pero también apoyada por la indefectible realidad que había experimentado directamente durante su vida como marino mercante.

En *Los piratas fantasmas*, la última y mejor novela de su *Trilogía del Abismo*, así rebautizada por Valdemar en su magnífica edición de las tres novelas en un solo volumen (*Trilogía del Abismo. Los botes del «Glen Carrig». La casa en el confín de la Tierra. Los piratas fantasmas*. Madrid, 2005), Hodgson aborda, nunca mejor dicho, la destrucción definitiva de la identidad de su pasado como marino. El imaginario Mar de los Sargazos de Hodgson se ve habitualmente sembrado por barcos y navíos extraviados, la mayor parte de cuyas tripulaciones han perecido, devoradas por crustáceos enormes, asfixiadas por tentáculos de pulpos gigantes, comidas vivas por ratas mutantes o secuestradas por razas semihumanas de apariencia zoomórfica. Pero también, ocasionalmente, en algunos de ellos los náufragos sobreviven a duras penas, convirtiendo el casco de sus barcos en auténticas fortalezas medievales. Tanto en *Los botes del «Glen Carrig»* como en algunos de sus relatos, Hodgson dedica varias páginas a describir, a la manera de Defoe, cómo sus

esforzados supervivientes edifican, pieza a pieza, con ingenio, valor y habilidad, estos cascos dobles, verdaderos castillos marinos, a fin de protegerse de las criaturas acuáticas y sus ataques. Aquí, el barco, como símbolo del trabajo, de la laboriosidad y la tecnología, se impone, aunque sea frágilmente, a la naturaleza salvaje y devoradora que le rodea. Gracias a este esfuerzo intelectual y físico, netamente humano, salvan la vida algunos de sus náufragos. El barco, en definitiva, es la civilización. El principio masculino que sobrevive y a veces hasta triunfa en mitad de un mar de dudas gelatinosas y absorbentes. Quizá un día, parecen expresar mudamente las historias de los Sargazos, el hombre sea capaz de explorar por completo este siniestro mundo de algas, hongos e invertebrados asesinos, cartografiarlo y conquistarlo… Pero ¿qué ocurre si el barco mismo se rebela contra sus habitantes, sus dueños? El pesimismo de Hodgson, su negra visión de la mar y lo marítimo, llega finalmente a destruir incluso esa suerte de vano espejismo de esperanza, de fe en la revolución industrial y sus poderes. En *Los piratas fantasmas*, el propio barco se alía con un universo marino de naturaleza femínea, opuesto al hombre y a lo humano. Como la vieja casa irlandesa de piedra en el confín de la Tierra, el *Mortzestus*, tal es el nombre fatídico del barco protagonista, es el punto de unión entre nuestro mundo material y otro, no menos material, pero cuyas leyes y normas físicas son distintas a las nuestras. El talento narrativo de Hodgson brilla especialmente en esta historia de piratas improbables, que no son de carne y hueso, pero tampoco ectoplasmas o espíritus. Resulta lamentable la palmaria falta de imaginación de Lovecraft cuando, al referirse a los espectros del *Mortzestus*, afirma que se trata de «… terribles demonios marinos (de aspecto casi humano y que quizá sean los espíritus de los antiguos bucaneros)». Muy al contrario, el propio Hodgson introduce hábilmente una explicación seudocientífica, característica de la escuela del «cuento de terror materialista», que apunta más bien a la posibilidad de que el barco sea, como decíamos antes, un extraño cruce entre nuestro universo y «el otro» y sus habitantes. Poco a poco, prácticamente todos los marinos del navío van siendo eliminados por los «piratas fantasmas», presencias semivisibles, caracterizadas nuevamente, como todo lo terrible en Hodgson, por su falta de contornos concretos, por su indefinición entre lo humano y «otra cosa»… Pero, además, el barco proyecta de algún modo su doble espectral. Es y no es el mismo barco. Tenemos la impresión de que los piratas fantasmas no tratan quizá tanto de apoderarse del *Mortzestus* como de *recuperarlo*. Lo que, finalmente, consiguen. Desde un punto de vista narrativo, *Los piratas fantasmas* es la obra más conseguida de su autor. Su *crescendo* imparable y sutil, combinado con el realismo habitual de sus descripciones y términos marítimos, arrastra al lector en un deseo nunca satisfecho por saber más, más y más. Pero nada puede saberse con seguridad en el fluido universo de Hodgson. Salvo que el *Mortzestus*, a pesar de las apariencias, no pertenece a este mundo. No es humano, por mucho que haya sido construido con maderas, tela y metal. Pertenece a la mar y, como ella, odia al hombre y no desea más que su disolución. Moskowitz encuentra un

precedente en el cuento de Frank Norris “El barco que vio un fantasma” (incluido en la antología *Mares tenebrosos*), donde un barco se «asusta» literalmente de una nave fantasma. Podríamos hablar también de “La bestia”, el impresionante relato de Conrad sobre una embarcación maldita y maligna, cuya vida bestial es producto de la sangre derramada sobre sus cubiertas de madera… Pero en ningún caso acertaríamos, porque lo que hay en *Los piratas fantasmas* no es tampoco estrictamente sobrenatural. No estamos ante una historia de fantasmas, sino ante una pesadilla arquetípica, en la que el hombre y sus señas de identidad, un orgulloso barco, producto de su trabajo y su ciencia, son, una vez más, absorbidos, tragados y asimilados por lo marino, lo fluido, lo profundo. Poco importa qué o quiénes sean los piratas fantasmas… Son enviados de las profundidades de nuestros orígenes marinos, que nos advierten de que, una vez en las aguas, lo más probable es que seamos diluidos por ellas, volviendo a su indiferente pero siempre hambriento útero materno y esponjoso. Si hay algún otro relato de horror marítimo que pueda compararse con éste, sería “El Salterio de Maguncia”, del maestro belga Jean Ray, donde el barco que da título al cuento atraviesa las fronteras del «otro mundo», de otra dimensión, deslizándose inadvertidamente sobre las aguas del Océano… De repente, el protagonista advierte que las estrellas que cubren el cielo nocturno ya no son las mismas de nuestro universo conocido, sino otras muy distintas. El mar, superficie inabarcable, se desliza sutilmente hacia otro mar extraño, que sin embargo es también y a la vez el mismo mar. Como las aguas subterráneas de *La casa en el confín de la Tierra*, aquéllas por las que navega “El Salterio de Maguncia” son una corriente fluida entre nuestro mundo humano y ese otro, habitado por nuestros miedos y pesadillas arcaicos.

Una vez llegados a este punto, es inevitable insistir en cómo las fronteras entre lo fantástico y lo real se diluyen también en muchas ocasiones en las páginas marineras de Hodgson. Aparte del hecho de que sus criaturas marinas se nos presentan con la pretensión de ser, en cierto modo, «naturales», nuestro autor sabe caracterizar perfectamente el Océano como una fuerza destructiva con identidad propia. En “Más allá de la tormenta” asistimos, merced a la magia moderna del telégrafo, a los últimos momentos de un barco víctima de un huracán, a través de las palabras de uno de los viajeros: «He aprendido cosas inimaginables durante este corto período de espera —escribe el aterrorizado pasajero—. Ahora sé por qué nos aterra la oscuridad. Jamás habría descubierto de otra manera los secretos del mar y de la tumba (que, en el fondo, son la misma cosa)»; no creo que sea necesario insistir mucho en el paralelismo metafórico y casi literal entre la cuna y la tumba, entre el vientre que nos da la vida y el de la madre tierra, que nos acoge después de muertos. Poco después, el mar nos es descrito directamente en términos femeninos, casi blasfemos: «¡Tú no eres Dios! Tú te encoges atemorizado ante esta *Criatura* horrenda que Tú mismo creaste en Tu vigorosa juventud. *Ella* es *ahora* Dios… y yo soy uno de sus hijos». ¿Puede existir una más clara y patética declaración de principios? Incluso la idea de Dios, del

Dios todopoderoso y masculino, se disuelve ante el furor de la mar desatada, de la Naturaleza, que aunque Hodgson presenta tímidamente como creación del propio Dios, en realidad le sustituye y elimina por completo. Más aún, al contrario que Howard en su relato citado, y de forma mucho más sutil, afirma que somos «sus hijos». De *ella* venimos y a *ella* volvemos. Lo que sigue es una descripción implacable de la *Criatura*, poderosa, cruel y egoísta, que no duda en ahogar a una madre con su hijo y, finalmente, arrastra al propio narrador a su final, interrumpiendo la historia en primera persona, como luego Lovecraft y sus seguidores acostumbrarán a interrumpir las narraciones de sus protagonistas, rotas por la aparición final de sus viejos dioses arcanos, que palidecen quizá frente a este Mar, evocado por el mismo Hodgson que había fotografiado, literalmente, «el corazón de un ciclón». Uno de sus más extraños y poéticos relatos marinos, "El regreso al hogar del *Shamraken*", donde nos presenta una singular tripulación de ancianos marineros, cuyo grumete tiene más de cincuenta años, concluye cuando el barco y sus hombres, fascinados por un fantástico espectáculo atmosférico eléctrico (real y natural), son engullidos literalmente por un ciclón, traspasando así el «umbral de la eternidad». Como ya ilustramos antes ampliamente, los propios marinos, brutalizados por su aislamiento y su contacto continuado con la mar, pueden convertirse en autores de horrores y crímenes bestiales, como ocurre en el relato de misterio "El encantamiento del *Lady Shannon*", historia de la retorcida venganza de un marinero, víctima de la brutalidad de sus superiores.

En definitiva, y a la vista de su sinceridad en un relato casi documental como es "Más allá de la tormenta", resulta lícito pensar que Hodgson era consciente, en buena medida, de la metáfora femenina y materna que representan sus horrores marinos y fungosos, aunque, lógicamente, no pudiera ni quisiera comprender todas sus implicaciones y conclusiones. La más evidente de las cuales es que los relatos de horror marino de William Hope Hodgson son, posiblemente, los mejores que se han escrito en su género, porque representan, de forma morbosamente «seudorrealista» y eficaz, el drama arcaico de la lucha entre el principio apolíneo masculino y la atracción del abismo dionisiaco, primigenio y femíneo, encarnado a la perfección por su concepción del mar en términos femeninos, fluidos y primitivos. En sentido freudiano, Hodgson lucha contra la madre castradora, sublimando creativamente su repulsión y atracción por ella, al convertirla en villano impersonal e inhumano de la mayor parte de su obra, dotándola de características mitológicas y arquetípicas universales. Conscientemente, Hodgson adora a su madre, y utiliza sus superficiales (en sentido literario) sentimientos de amor filial para construir aquello que resulta más endeble en sus novelas y relatos: los personajes femeninos y el romanticismo sentimentaloide que los rodea. Inconscientemente, identifica claramente la mar y sus siempre horrendas criaturas, incluyendo a veces a los propios marineros, con la Madre Oscura primigenia y caótica, cuyas fuerzas desatadas sólo buscan la disolución de la identidad masculina en el interior indiferenciado de su masa de agua,

algas, hongos, monstruos invertebrados y navíos hundidos y desarbolados. El verdadero náufrago del *Glen Carrig es* el propio Hodgson, caminando con paso indeciso por el Mar de los Sargazos de su imaginación, sabiendo que nunca podrá escapar de él.

IV

> La Venus de Botticelli arriba a la costa en una concha. El amor sexual es una inmersión en los abismos marinos de lo intemporal y lo elemental.
>
> CAMILLE PAGLIA, *Sexual Personae*

El informe Cthulhu de Lovecraft yace dormido en las profundidades del Pacífico. El científico protagonista de *Viaje alucinante al fondo de la mente* (*Altered States*, 1980), film de Ken Russell basado en el elaborado e inteligente plagio de Paddy Chayefsky de la novela de Leonard Cline *La estancia oscura* (Valdemar, 2002), admirada también por HPL, se sumerge en un tanque de aislamiento líquido para reencontrar su origen, llegando a convertirse casi en protoplasma, tras haber consumido además hongos mágicos indios… Que lo acuático y lo primordial, lo mojado, lo fluido, remite siempre a los orígenes indiferenciados y a lo femenino, es una lección básica del psicoanálisis y la psicología de los arquetipos. Ahora bien, ¿qué hace de los relatos de Hodgson algo tan especial? ¿Por qué siguen provocando el escalofrío y un húmedo y pegajoso «sentido de la maravilla», ausente en tantos de sus contemporáneos y seguidores? El motivo debería estar claro tras las páginas precedentes: Hodgson vivió *realmente* los horrores que describe. Su fuga de la madre para enrolarse en el mar, su rechazo del mismo y de la cruel vida marinera tras ocho años de pesadilla (en los que, indudablemente, habría también momentos buenos), su carácter hipocondríaco, por un lado, y, por otro, su respuesta a todo ello cultivando obsesivamente su físico y convirtiéndose en pionero del *body building*. Su sensibilidad como poeta fracasado, sus escasas relaciones femeninas conocidas, puede que incluso platónicas, hasta el matrimonio con una mujer, casi con toda seguridad de carácter maternal (publicaría póstumamente, como vimos, los poemas de su difunto marido, gesto de madre tanto como de esposa amante)… Todo ello son pistas que nos desvelan cómo el drama arquetípico de la guerra eterna entre Apolo y Dionisio, tal como es concebido por Camille Paglia y, antes que ella, intuido y expuesto a la luz por Sade, Nietzsche o Jung, entre otros, fue vivido intensamente por William Hope Hodgson. Por eso, su imaginación es tan feraz en horrores marinos, descritos con detallismo masoquista y sensualmente perverso. Porque en lo más hondo de su corazón y de su mente, *cree* en ellos. Sabe que son representaciones

literarias de un drama real, que se desarrolla paralelamente en el imaginario colectivo de la psique humana, y en el escenario cruelmente auténtico de la vida. Especialmente de la vida en alta mar, en mitad de la Naturaleza desnuda y desprovista de máscaras.

Los mejores cuentos de Hodgson son, como era de suponer, aquéllos en los que el hombre fracasa en su intento de escapar a la oscura madre océana. Cuando nuestro autor trata de imponer un final feliz, producto del orden masculino, es cuando más se hunde literariamente. Sus cuentos de Carnacki, aunque simpáticos, están muy lejos de alcanzar las mejores páginas de sus historias marítimas, y comparados con los del optimista John Silence de Algernon Blackwood, o el excesivo Jules De Grandin de Seabury Queen, resultan sosos y poco convincentes. Porque Hodgson no cree que su detective tenga realmente ninguna opción frente a lo ominoso y sobrenatural («natural», en términos para o seudocientíficos). Sin llegar al nihilismo irracional y fatalista de Lovecraft, propio de una personalidad contemplativa, decadente e inactiva, el deportista, aventurero y marinero Hodgson responde al caos con obstinación… Pero dado que durante muchos años lo ha visto cara a cara, ha sentido su aliento mortal y olfateado sus corruptos fluidos, vivido en medio de su brutalidad, que se contagia hasta a los propios compañeros de navegación, como una forma de virus invisible pero no menos infecciosa que los hongos de “Una voz en la noche”, sabe de su victoria final e inevitable. El erotismo de Hodgson, como el de Lovecraft, es sin duda perverso. No se localiza en las escasas relaciones amorosas que describe en sus obras, siempre marcadas por un aire de tragedia romántica ingenuo e idealizado. Se encuentra en las descripciones minuciosas de las criaturas invertebradas de su peculiar Mar de los Sargazos, en su capacidad para evocar la humedad lasciva, adictiva, de sus hongos contagiosos. Está en el rostro de la amada, «borroso y angelical», que, de repente, tiende sus brazos y descubre unas manos terminadas «como las garras de una fiera salvaje», tal y como describe en “Los habitantes de la isleta Middle”. No es necesario ser homosexual para desarrollar este inquietante erotismo negro… aunque ayuda (pensemos en Huysmans). Basta con adquirir, de una u otra forma, cierta conciencia de la guerra secreta y a voces entre Eros y Apolo, y cómo ésta se superpone a nuestros deseos y a nuestra lógica, amenazando arrastrarnos de nuevo al cieno y el fango primordiales. Hodgson, guapo, enmadrado, tímido, pulcro, vivió esta guerra hasta el límite de la pesadilla durante ocho años en la marina mercante, en los que aprendió también dolorosamente que debía reafirmar urgentemente su «yo» masculino, físico y mental, si no quería ser anulado por la mar, por la madre eterna.

La disolución, que a nadie perdona, le alcanzó con toda la injusticia de una muerte violenta y prematura, aquel día, no se sabe bien si el 17 o el 19 de abril de 1918, cuando fue volatilizado por una granada alemana. Pero, al menos, murió como hubiera podido desearlo en su casi obsesivo resentimiento contra el mar: tierra adentro, bajo el fuego fálico y viril de cañones, fusiles y metralla. Murió estallando

en mil pedazos, explotando entre pólvora y metal… No disolviéndose en la nada acuática, ahogándose en el seno impío de la mar. Su cuerpo se deshizo en pequeños fragmentos, poniéndoselo difícil hasta a los gusanos. Su cráneo nunca sería pecera para los habitantes de las profundidades, ni su esqueleto se fosilizaría, convirtiéndose en coral y perdiendo sus contornos, fundidos con la roca submarina. En medio de la Primera Guerra Mundial, William Hope Hodgson, que tantas veces pudo morir ahogado y que tantas veces evocó el horror de la disolución, de la fluidez y la absorción, se convirtió en fuegos artificiales en la fragua de Vulcano del heroísmo militar y la mala suerte bélica. Murió como se había construido a sí mismo: como un hombre.

APÉNDICE (PULPOSO).

La influencia de Hodgson es más amplia de lo habitualmente reconocido, quizá por demasiado sutil. Sin duda, inspiró a Lovecraft parte de sus visiones y temas, y no deja de ser paradójico que el Maestro de Providence renegara tanto del estilo literario arcaico y arcaizante de Hodgson, cuando a lo largo de su propia obra hace gala del mismo en numerosas ocasiones. Moskowitz, más cercano al mundo de la ciencia ficción que al de la fantasía, destaca la proximidad de las descripciones cósmicas de *La casa en el confín de la Tierra* con las de Olaf Stapledon, aunque no sepamos si éste había leído a Hodgson, un autor «menor» incluso en su tiempo. De hecho, como hemos visto, estas visiones de horror cósmico y Apocalipsis estelar tienen su posible origen en Wells, por un lado, y quizá también en la literatura mística y seudobíblica de visionarios como Blake, Milton o Swedenborg. No olvidemos que el padre de Hodgson era un sacerdote anglicano bastante culto, que transmitió a éste su afición por el lenguaje del Antiguo Testamento, y por las traducciones de *La Biblia* de los siglos XVII y XVIII. Es decir, las mismas fuentes que posiblemente inspiraron a Stapledon, sin necesidad de leer a Hodgson. El escritor británico Ramsey Campbell, autor tanto de excelentes cuentos macabros como de plúmbeas novelas de terror, presume también de contar a Hodgson entre sus clásicos del género favoritos.

El mar como fuente de horrores sin fin, como escenario gótico, ha conocido toda suerte de avatares literarios. Muchos han sido reunidos por José María Nebreda, experto en el tema y amante de Hodgson, en su excelente antología *Mares tenebrosos* (Valdemar, 2004), varias veces citada. Entre los relatos que aparecen en ella claramente influidos por Hodgson está “La isla de los hongos”, de Philip M. Fisher, publicado en el *pulp* americano *Famous Fantastic Mysteries* en los años 20. Se trata de una suerte de secuela, casi diría un plagio, de “Una voz en la noche”, algo mediocre y aderezada con elementos de aventura *pulp* que alargan innecesariamente

su clímax. Aun así, la idea original de Hodgson tiene tal fuerza que funciona incluso aquí. No dejaremos de señalar que *Famous Fantastic Mysteries* reimprimió durante esos mismos años muchos de los relatos de Hodgson, y probablemente Fisher ideó su cuento, así como algunos otros en la misma línea, como auténticas obras de *exploitation*, para seguir sacando provecho a las ideas del escritor fallecido. “El pecio de la muerte”, de los británicos contemporáneos Simon Clark y John B. Ford, es, en palabras de Nebreda, «una especie de homenaje a las obras de William Hope Hodgson». De hecho, es todo un ejercicio de estilo propio de *fans*, que recrea con detalle tanto ideas propias de nuestro autor como su estilo literario, combinando ambas cosas con ingenio y buen hacer… Pero con la frialdad y artificiosidad esperables también en un mero ejercicio de estilo, por bienintencionado que sea. Una vez más la diferencia estriba en «vivir», «creer» o, al menos, ser capaz de «ver», con claridad visionaria, el conflicto arquetípico que subyace en los horrores marinos de Hodgson… y no simplemente reproducirlos con peor o mejor fortuna. En este sentido, el cuento de Clark y Ford, así como la aportación española “El misterio del *Vislatek*”, de Óscar Sacristán, que aparece también en la antología, no se diferencian mucho del relato de Fisher, aunque sean muy superiores literariamente. Por fortuna, el Océano de Hodgson, y con él su Mar de los Sargazos, caliginoso y algoide (me da que ni existe este último término), no ha propiciado una avalancha de mediocres continuadores, capaces de hacernos sentir más náuseas que el pescado podrido, como ocurre en el caso de Los Mitos de Cthulhu.

El cine tampoco ha descubierto nunca las delicias marinas de Hodgson… ¿O sí? Curiosamente, la única adaptación «oficial» de un relato de Hodgson proviene de una cinematografía tan exótica como siempre sorprendente: Japón. *Matango* (1963), dirigida por el mítico Ishirô Honda, responsable del no menos mítico y gigantesco Godzilla, es una versión notablemente fiel en muchos aspectos del más famoso de los relatos escritos por Hodgson, “Una voz en la noche”. Honda, dentro de las limitaciones propias de la época y del presupuesto manejado, consigue un ejercicio de terror y suspense más que memorable, que sigue muy de cerca la historia original (aunque su tratamiento cinematográfico incluye, como es lógico, un mayor desarrollo de los personajes y las situaciones, con un tono *pulp* que, en cierto modo, está más cerca de algunos imitadores de nuestro autor que de su propio estilo), pero que, muy significativamente, resultó especialmente perturbador para el público nipón, debido al parecido que las víctimas de la fungosidad asesina de Hodgson ofrecían con algunos de los afectados por la radiactividad de las bombas atómicas que arrasaron Hiroshima y Nagasaki.

Aparte de este curioso y memorable filme, no existen otras adaptaciones literales de sus cuentos y novelas (que yo sepa, al menos), pero uno no deja de asombrarse de ciertos parecidos «casuales». Por ejemplo, la lucha con el cangrejo gigante que aparece en *La isla misteriosa* (*Mysterious Island*, 1961), de Cy Enfield, con efectos especiales del mago Ray Harryhausen, es, literalmente, similar a la descrita por

Hodgson en *Los botes del «Glen Carrig»*. Harryhausen, amigo personal de Ray Bradbury, lector de *pulp* y conocedor experto del género, ¿habría leído la novela? En cualquier caso, esta escena es mucho más fiel a Hodgson que a Verne, en cuya obra nunca aparecen tales exóticas monstruosidades recreadas por la *Stop Motion*. Y si hablamos de *El continente perdido* (*The Lost Continent*, 1968), una psicotrónica producción Hammer, encontramos un curioso proceso de retroalimentación plagio/homenaje, digno de mención. El filme, realizado por Michael Carreras, se basa en una novela de Dennis Wheatley, escritor de aventuras, misterio y ficción ocultista sumamente popular en Inglaterra, donde dirigió varias notables colecciones del género, y en él se describen las aventuras de un variopinto grupo de náufragos, perdidos en el Mar de los Sargazos, donde son acosados por criaturas viscosas y gigantescas, con aspecto de crustáceo, y donde descubren un barco español del siglo XVII, encallado y convertido por sus supervivientes en una fortaleza que les proteja de los monstruos exteriores… ¿suena familiar? A partir de aquí, la cosa deriva más hacia la aventura de «mundo perdido», con un malvado inquisidor y una corte española de guardarropía, enfrentados a los protagonistas, que liderarán una inevitable «rebelión» de los esclavos. No hay duda de que Wheatley rinde homenaje y plagio (ambas cosas son habitualmente lo mismo) a las novelas y cuentos del «ciclo del Mar de los Sargazos» de Hodgson, y ello se refleja perfectamente en esta torpe y divertida producción, a pesar de, o gracias a, sus desopilantes monstruos y efectos especiales, y a unos decorados oníricos y alienígenas, que constituyen su mejor logro, y que pueden evocar en el lector de *Los náufragos del «Glen Carrig»* su escenario ominoso y surreal. De suerte de adaptación «no-oficial» de *Los piratas fantasmas* podría calificarse la cuarta película del maestro del terror John Carpenter, *La niebla* (*The Fog*, 1979), donde los marinos espectrales invaden no un barco, sino el puerto frente al que fueron encallados premeditadamente por los piratas costeros, para tomar venganza sobre los descendientes de sus asesinos… Aunque se trata de una suerte de zombis bastante materiales y putrefactos, a diferencia de las evanescentes presencias de la novela de Hodgson, su llegada, acompañada de la húmeda y espesa niebla que da título al filme, así como ciertos elementos y tópicos argumentales, no dejan de evocar claramente la misma, de forma, por cierto, mucho más elegante y atmosférica que su prescindible *remake*, dirigido por Rupert Vainwright en el 2005. Finalmente, Hodgson reaparece de tapadillo en una de las mejores *B-movies* de los años 90, *Deep Rising. El misterio de las profundidades* (*Deep Rising*, 1998), primera y estupenda incursión en el género de horror/aventura de Stephen Sommers, que empaqueta una atmósfera y unas criaturas marinas indudablemente escapadas de las páginas de Hodgson, en una trama de acción, que debe más a Robert E. Howard que al *techno-thriller* lo Michael Crichton, afortunadamente. Los monstruosos anélidos gigantes que protagonizan la historia, y devoran a casi todo el mundo (a destacar la escena del hombre vomitado vivo del estómago de uno de ellos, semidigerido y con la mitad del cráneo y el cuerpo disueltos en una viscosidad corrosiva… Más allá del *gore*,

disolución marina hodgsoniana en estado puro), son descendientes directos de “Un horror tropical”, y su aparición viene precedida por los ululantes gemidos y sonidos prehistóricos que tantas veces describe Hodgson, acosando a sus náufragos y protagonistas. A riesgo de pasarme de listo, diría también que ese fanático de la *pulp fiction* que es Sommers, cuyos filmes *La Momia* (*The Mummy*, 1999) y *Van Helsing* (2004) están más cerca del Robert E. Howard de “Rostro de Calavera” y “Solomon Kane” que de las películas originales de la Universal, conoce perfectamente la fuente de sus horrores marinos… Además de saber cómo terminar una película de monstruos (y quien no la haya visto, que recuerde esto cuando lo haga). Aunque, a veces, ciertos filmes de terror marítimo como *El barco de la muerte* (*Death Ship*, Alvin Rakoff, 1980). *Leviathan* (George Pan Cosmatos, 1989), *Esfera* (*Sphere*, Barry Levinson, 1998) o *Ghost Ship* (Steve Beck, 2002), entre otros, aportan algún que otro momento inevitablemente hodgsoniano (¡es la mar, qué demonios!), es raro que alcancen el nivel de *Deep Rising*. Por otra parte, las tres entregas de *Piratas del Caribe* (*Pirates of the Caribbean*, Gore Verbinski, 2003/2006/2007), protagonizadas por Johnny Depp, en el papel del capitán pirata más sobreactuado, histriónico y «loca» de la historia del cine, recogen mucha de la iconografía fantástica de Hodgson, no tanto en los piratas/zombi de la primera, como en los pulposos y tentaculados de la segunda, pero siempre dentro de un contexto autoparódico, desenfadado y espectacular, más próximo al *swashbuckling* que al horror y la fantasía oscura de nuestro autor. Sólo recientemente el sentimiento de tragedia inhumana que planea por algunos de los cuentos más realistas de Hodgson, como “Más allá de la tormenta”, aparece impregnando en parte la atmósfera fatalista y semidocumental de *Open Water* (Chris Kentis, 2003), una pequeña película independiente, basada en hechos reales —y seguida por numerosas imitaciones— sobre una pareja de submarinistas abandonados por error en medio del Mar Caribe, consumidos lentamente por la desesperación, los tiburones y la negrura de las aguas.

TENTÁCULO BIBLIOGRÁFICO

Todas las citas del texto referentes a cuentos y novelas de Hodgson proceden de las ediciones de los mismos publicadas por la editorial Valdemar. A saber:

—*La nave abandonada y otros relatos de horror en el mar*, Valdemar, col. El Club Diógenes, n.º 67, Madrid, 1997. Traducción de Esperanza Castro.

—*La casa en el confín de la Tierra*, Valdemar, col. El Club Diógenes, n.º 93, Madrid, 1998. Traducción de Francisco Torres Oliver.

—*Un horror tropical y otros relatos*, Valdemar, col. El Club Diógenes, n.º 118, Madrid, 1999. Traducción de José María Nebreda.

—*Los piratas fantasmas*, Valdemar, col. El Club Diógenes, n.º 129, Madrid, 1999. Traducción de José María Nebreda.

—*Los botes del «Glen Carrig»*, Valdemar, col. El Club Diógenes, n.º 180, Madrid, 2002. Traducción de José María Nebreda.

—*Mares tenebrosos. Una antología de cuentos de terror en el mar*, VV. AA. (edición de José María Nebreda), Valdemar, col. Gótica n.º 53, Madrid, 2004. (Incluye dos relatos de Hodgson, el inédito "Demonios del mar" y el clásico "Una voz en la noche", aparte de los relatos de seguidores mencionados más arriba y los cuentos también citados de Robert E. Howard y Frank Norris).

Las historias del detective ocultista de Hodgson, Carnacki, fueron editadas por Anaya en un volumen, como *Carnacki, el cazafantasmas* (Madrid, 1993), en su ya desaparecida colección de literatura fantástica Última Thule.

Las citas de *Sexual Personae* (Madrid, 2001) de Camille Paglia, proceden de la edición publicada también por la editorial Valdemar, en su colección de ensayo Intempestivas.

Las de *El horror sobrenatural en la literatura*, de H. P. Lovecraft, del libro *Necronomicón II. La sombra más allá del tiempo*, H. P. Lovecraft. Barral Editores. Barcelona, 1974.

Las de *Historia natural de los cuentos de miedo* de Rafael Llopis, de su única edición en Júcar, Madrid, 1974.

También se han consultado los libros *Horror 100 Best Books*, editado por Stephen Jones y Kim Newman. Carroll & Graf Publishers. New York, 1988, y *Lovecraft. Una biografía*, de L. Sprague de Camp, Valdemar, col. El Club Diógenes n.º 183, Madrid, 2002.

EPÍLOGO TERAPÉUTICO

> La primitiva carencia de forma de la ostra ofrece una manera sensual de acceder a la arcaica experiencia de la ciénaga.
>
> CAMILLE PAGLIA, *Sexual Personae*

Hace un tiempo, también por motivos profesionales, me encontré pasando casi cuatro horas en el lujoso *Spa* de un no menos lujoso y espectacular hotel, al sur de Las Palmas de Gran Canaria. Allí, sometido a lo que se ha dado en llamar *talasoterapia*, dejé que mi cuerpo se sumergiera en agua caliente y fría, que sudara en saunas y baños turcos, se cubriera de finas nubes de agua helada, se restregara contra nieve artificial y descansara en una piscina con chorros de agua masajeantes… ¡qué distinto de verse repentinamente rodeado por la amenazadora masa del océano

Pacífico, sin nada donde asirte, siquiera visualmente! El agua domesticada, al servicio de los seres humanos, hasta con la ironía de apropiarse de su carácter femenino (había una sala de relax uterino, literalmente roja y acolchada, y casi todas las demás estancias poseían una atmósfera no menos uterina y maternal)… Incluso un torpe como yo, incapaz de nadar, podía dejarse flotar en una piscina salada, a imagen y semejanza del Mar Rojo. Pero hasta aquí, pensé por un momento, perdiendo pie, hundiéndome, chapaleando aterrado ante mi propia torpeza y tragando litros de espantosa agua salada, hasta aquí puede uno ahogarse, puede uno ser atraído a las entrañas abisales de la Gran Madre.

Definitivamente, cuando abandoné la placenta materna, di por concluidas mis relaciones cordiales con el líquido elemento… ¿No es curioso que tantos *freaks* seamos poco inclinados a la playa, las piscinas y el mar? ¿Qué nos habrá hecho nuestra madre? Aunque yo, a diferencia de Lovecraft, adoro las ostras y el marisco…

GLOSARIO DE TÉRMINOS NÁUTICOS

Acollador. Cabo de distintos grosores que se pasa por los ojos de las vigotas y sirve para tensar el cabo más grueso al que están enrolladas las vigotas.

Adujar. Recoger en adujas (vueltas o roscas circulares u oblongas) un cabo, cadena o vela enrollada.

Aferrar. (1) Recoger las velas, después de haberlas cargado bajo las vergas, y fijarlas a estas últimas mediante los tomadores. (2) Cuando las uñas del ancla hacen presa en el tenedero.

Aleta. Maderos curvos que forman la cuaderna última de popa y están unidos a las extremidades de los talones curvos de la popa del barco.

Amantillo. Jarcia de labor cuyo cometido consiste en sostener una percha por el extremo. El amantillo toma su nombre de la percha a la que se aplica. Los amantillos de las vergas están fijados en el extremo superior y descienden en triángulo hacia los extremos de las vergas, manteniéndolas horizontales.

Amura. (1) Cada una de las partes curvadas del casco que forman la proa. (2) Parte exterior del casco entre la proa y 1/8 de la eslora. (3) Cada uno de los dos cabos de las velas bajas de trinquete, mayor y mesana.

Amurada. Cada uno de los costados del buque por la parte inferior.

Andarivel. Cabo grueso que se utiliza como pasamanos. Cabo para izar pesos a bordo.

Aparejo. Conjunto de palos, vergas, jarcias y velas de un buque, y que se llama de cruz, de cuchillo, de abanico, etc., según la clase de vela.

Arboladura. Conjunto de palos y vergas de un buque.

Arriar. Hacer descender cualquier objeto por medio de un cabo que lo enrolla o al que está embragado: arriar velas, arriar botes, etc.

Babor. Lado o costado izquierdo de la embarcación mirando de popa a proa.

Baluma. El lado más largo de una vela, situado hacia la popa, que también se llama *caída de popa*.

Bao. Cada uno de los miembros de madera, hierro o acero que, puestos de trecho en trecho de un costado a otro del buque, sirven de consolidación y para sostener las cubiertas.

Barlovento. Parte de donde viene el viento, con respecto a un punto o lugar determinado.

Batayola. Barandilla, fija o elevada, hecha de madera, que se colocaba sobre las bordas del buque para sostener los empalletados.

Bauprés. Palo cilíndrico que sobresale de la proa de un barco o embarcación de vela, incluso de las provistas de motor auxiliar.

Bita. Conjunto de dos piezas cilíndricas de hierro o acero, fuertemente empernada a cubierta para dar vueltas en ellas a las estachas o cabos de amarre.

Bitácora. Especie de armario, fijo a la cubierta y al lado de la rueda del timón, en el que se pone la aguja de marear.

Bola de tope. Véase *Perilla*.

Bolina. (1) Cabo con que se hala hacia proa la relinga de barlovento de una vela para que reciba mejor el viento. (2) Sonda, cuerda con un peso al extremo. (3) Cada uno de los cordeles que forman las arañas que sirven para colgar los coyes (4) *Ir, navegar de bolina*. Navegar de modo que la dirección de la quilla forme con la del viento el ángulo menor posible.

Botavara. Palo horizontal que, apoyado en el coronamiento de popa y asegurado en el mástil más próximo a ella, sirve para cazar la vela cangreja.

Bracear. Maniobrar para orientar las vergas de manera que sus velas puedan tomar la posición más conveniente en relación con la dirección del viento.

Braza. Cada una de las jarcias y cabos de labor que permiten *bracear* una verga.

Bricbarca. Buque de tres o más palos sin vergas de cruz en la mesana.

Briol. Tipo de *motón* cuya caja parece un violín. De ahí también su nombre de motón de violín o violín.

Burda. Jarcia firme cuyo extremo superior se fija a un palo, mientras que el inferior se tesa en cubierta a las mesas de guarnición, bordas o regalas hacia popa del palo y lateralmente al mismo.

Cabilla. (1) Pequeña barra de madera, de unos 30 cm de largo, cuya parte superior se parece al mango de la porra de un guardia. (2) *Cabilla de la caña o rueda del timón*. Empuñadura correspondiente a cada radio de la rueda del timón.

Cabillero. Tabla recia o plancha metálica rectangular o, incluso, circular (alrededor de un palo), con agujeros por los que pasan las *cabillas*.

Cabo. Definición genérica de todas las cuerdas de la Marina, independientemente del material de que están hechas.

Cabrestante. Máquina accionada a vapor, motor de explosión o incluso a mano que permite realizar considerables esfuerzos desarrollando poca potencia.

Cabullerías. Cordeles y filásticas empleados a bordo para ligadas y costuras.

Cargar. Aferrar la vela cuadra llevándola hacia el centro de la verga para formar el bolso que se cierra con el *briolín* (briol pequeño).

Castillo de popa. Véase *Toldillo*.

Castillo de proa. Estructura situada por encima de la cubierta principal, que va aproximadamente desde el palo de proa o trinquete hasta la roda. Servía de alojamiento a la tripulación ordinaria.

Cofa. Plataforma semicircular con barandillado o construcción parecida, situada en la parte alta de los palos machos.

Cornamusa. Pieza de madera rígida o más comúnmente de metal anticorrosivo, de distintas dimensiones, con uno o dos brazos, fijada en la cubierta de un barco o una embarcación, en la cual se dan vueltas las jarcias de labor.

Coronamiento. Elemento de unión entre las falcas y el espejo de popa. Por extensión, dícese también del extremo más a popa.

Cote. Vuelta que se da al chicote de un cabo, alrededor de un firme, pasándolo por dentro del seno.

Cruceta. Maderos (brazos) laterales fijados a varias alturas del palo para distanciar del mismo los obenques.

Cruz. En cruz. Posición de las vergas de un barco de vela cuando están orientadas perpendicularmente a la quilla de dicho barco.

Cuartos. Véase *Guardias*.

Chafaldetes. Cada uno de los dos cabos de labor que accionan en el puño de escota de la vela cuadra para cargarla (recogerla) hacia la cruz de la verga.

Derrelicto. Buque u objeto abandonado en el mar.

Driza. Cuerda o cabo con que se arrían o izan las vergas, y también el que sirve para izar los picos cangrejos, las velas de cuchillo y las banderas o gallardetes.

Drizar. Arriar o izar las vergas.

Enjaretado. Rejilla de madera o de hierro, empleada en lugar de una superficie continúa para cubrir la abertura de una escotilla y permitir su ventilación.

Escota. Jarcia de labor, de cáñamo o algodón que va firme en el puño de escota y sirve para cazar la vela según la dirección e intensidad del viento.

Escotilla. Cada una de las aberturas que hay en las diversas cubiertas para el servicio del buque.

Espejo de popa. Parte de la popa de un barco, de forma variable dependiendo de las líneas del casco que en ella terminan. Se inicia encima de la bovedilla y puede ser

plana, angular o redondeada.

Estay. Jarcia (cabo) firme, generalmente en alambre de acero, que sostiene hacia proa el palo de un buque o embarcación.

Estribor. Banda o costado derecho del navío de popa a proa.

Estrobo. Anillo hecho de filásticas de cáñamo o de nailon ligadas juntas, o bien de cabo vegetal o de acero.

Facha. Coger en facha. Dícese del viento cuando, debido a un repentino salto o a una falsa maniobra del timonel, alcanza las velas por su cara de proa o revés, haciendo que la velocidad del buque se reduzca.

Falca. Tabla corrida de proa a popa que, colocada verticalmente sobre la borda de las embarcaciones, impide la entrada de agua.

Filástica. En la fabricación de cabos en general es el elemento principal, formado por la reunión y torsión, de izquierda a derecha, de varios filamentos de fibra.

Flechadura. Conjunto de flechastes de una tabla de jarcia.

Flechaste. Cada uno de los trozos de madera o hierro forrados con un cabo que, en general en los grandes barcos de vela, sirven para que la marinería pueda subir a las vergas a realizar las maniobras de las velas.

Fragata. Velero de tres palos de velas cuadras, con bauprés con tres o más foques.

Gavia. En los veleros grandes o embarcaciones de velas cuadras, la segunda vela, contando a partir de la parte baja del palo mayor.

Guardia. Las guardias son servicios de vigilancia que se llevan a cabo en un buque durante la navegación. Los turnos son de cuatro horas. Los de noche se llaman *de prima* (de 8 a 12), de *media* (de 12 a 4) y *de alba* (de 4 a 8). El último de la tarde (de 4 a 8) se divide en dos mitades llamadas *medias guardias* o *cuartillos*.

Guardia de cuartillo. Véase *Guardia*.

Imbornal. Agujero o registro en los trancaniles para dar salida a las aguas que se depositan en las respectivas cubiertas, y muy especialmente a la que embarca el buque en los golpes de mar.

Izar. Verbo que significa hacer subir, cobrando o virando un cabo.

Jarcia. Cabo vegetal, metálico o de fibras sintéticas (también cadena), provisto de los accesorios necesarios, que se emplea a bordo de buques y embarcaciones para sostener, fijar y efectuar maniobras.

Juanete. La segunda de las vergas (contando desde lo alto del palo) que se cruzan sobre las gavias, y las velas que en aquéllas se envergan.

Lascar. En sentido genérico equivale a dejar correr o salir, o sea filar una escota, un cabo tenso, sea por imposición de las maniobras (lascar las escotas), sea para disminuir la tensión a que está sometido el cabo.

Ligada. Unión de dos cabos distintos para impedir que se deslicen uno sobre otro.

Ligazones. Las piezas más o menos curvadas que constituyen la cuaderna de un buque de madera.

Lingüetes. Diente o barra corta de metal y, a veces, de madera dura, aplicado a mecanismos giratorios para impedir la inversión del sentido de la rotación.

Maceta de aforrar. Pequeño utensilio de madera que se emplea para aforrar cabos, o sea, para envolverlos con piola, meollar, etc., y de este modo protegerlos del desgaste y los roces.

Mamparo. Tabique de madera o metálico que sirve de división entre los diversos locales y compartimentos de un buque o embarcación de madera o hierro.

Marchapié. Cabo de cáñamo o de metal, pendiente por debajo de una verga, fijado al penol (extremo) y a la parte central (racamento) de la misma, que permite a los gavieros deslizar los pies en él mientras apoyan el tórax en la verga.

Mastelero. Cada uno de los palos menores que van sobre los palos principales y sirven para sostener las vergas y velas de gavias, juanetes y sobrejuanetes, de las que toman el nombre.

Mástil. (1) Palo de una embarcación. (2) Palo menor de una vela. (3) Cualquiera de los palos derechos que sirven para sostener una cosa.

Meollar. Pequeño chicote que se pasa entre los cordones de un cabo cuando se quiere alisar su superficie para poderlo forrar.

Mesana. Puede ser palo, verga o vela. Siempre es el palo más situado a popa; la vela y la verga adoptan su nombre de él.

Motón. Caja de bronce, latón, madera o materiales sintéticos por donde pasan los cabos. El *motón de rabiza* sirve para dar determinada dirección a un cabo del que hay que halar.

Nervio. Término que indica los cabos de acero que constituyen las jarcias firmes.

Obenques. Cabo de acero que forma parte de las jarcias firmes de un palo y que ayuda a sostenerlo.

Orzar. Inclinar la proa hacia la parte de donde viene el viento.

Ostaga. Cabo que hace las veces de amante del aparejo en las drizas de ciertas velas, como las de gavia.

Palo. Mástil de abeto, pino o pino tea, o incluso de metal. Puede ser de estructura

sencilla o compuesta, macizo o hueco, en forma cilíndrica o de tronco de cono muy alargado y de sección circular o elíptica. Se coloca en posición vertical o ligeramente inclinada (por lo general hacia popa, a excepción del palo de bauprés), con el eje en el plano de simetría del barco y sostenido por el conjunto de jarcias firmes.

Pallete. Estera hecha con filásticas trenzadas entre sí, o también con tela recia atada con meollares.

Pantoque. Curvatura del casco entre los costados y el fondo más o menos plano, a ambas bandas y desde las amuras hasta las aletas. También se llama pantocada.

Pañol. Cada uno de los compartimentos que se hacen en un buque para guardar provisiones y pertrechos.

Paquebote. Embarcación que lleva la correspondencia pública, y generalmente pasajeros también, de un puerto a otro.

Penol. Extremidad exterior, más delgada de una verga y de un batalón.

Percha. Tronco enterizo de árbol, que se utiliza para la construcción de piezas de arboladura, vergas, etc.

Perigallo. Aparejo de varias formas que sirve para sostener una cosa.

Perilla de tope. Ensanchamiento con que terminan algunos palos de madera en sus extremos. También llamada *gola de tope*.

Perno. Pieza de hierro u otro metal, larga, cilíndrica, con cabeza redonda por un extremo y asegurada con una chaveta, una tuerca o un remache por el otro, que se usa para afirmar piezas de gran volumen.

Pico. Verga de cangreja áurica dispuesta de manera que forme con el palo un ángulo hacia lo alto no inferior a los 40°.

Popa. Extremidad posterior del casco de un buque o embarcación.

Portalón. Abertura a manera de puerta, hecha en el costado del buque y que sirve para la entrada y salida de personas o cosas.

Pretil. Murete o vallado de madera u otra materia que se coloca en determinados sitios para preservar de caídas.

Proa. La parte delantera de un buque o embarcación.

Puño. Nombre de cada una de las extremidades de las velas que se fijan a los palos, vergas, picos, etc.

Quilla. Elemento principal de la construcción de un casco, que puede estar formado por una o varias vigas unidas entre sí. Corre de proa a popa por debajo del casco.

Rabiza. (1) Cabo delgado, unido por un extremo a un objeto para sujetarlo donde convenga o manejarlo en cualquier forma. (2) Tejido situado en el extremo de un cabo para que no se descolche.

Racamento. Collar que sujeta una verga al palo correspondiente.

Relinga. Cabo metálico, vegetal o de materiales sintéticos cosidos a los bordes de una vela para aumentar su resistencia y facilitar su envergamiento.

Riel de la corredera. Instrumento para medir la velocidad efectiva del buque en la superficie del agua. Generalmente, la corredera se coloca en el extremo de popa.

Rizos. Cada uno de los pedazos de cabo blanco, que pasando por los ollaos abiertos en línea horizontal en las velas de los buques, sirven como de envergues para la parte de aquéllas que se deja orientada, y de tomadores para la que se recoge o aferra, siempre que por cualquier motivo convenga disminuir su superficie.

Roda. Pieza de refuerzo situada sobre la prolongación del plano longitudinal de los barcos, que remata el ángulo de proa formado por las amuras.

Sobrejuanete. Cada una de las vergas que se cruzan sobre los juanetes, y las velas que se envergan en las mismas.

Sotavento. (1) Costado de la nave opuesto al de barlovento. (2) Parte que cae hacia aquel lado.

Tajamar. Tablón recortado en forma curva y ensamblado en la parte exterior de la roda, que sirve para hender el agua cuando el buque marcha.

Toldilla. Lona que cubre y protege del sol la redonda de popa. Por extensión, es frecuente llamar también así a la cubierta de popa.

Trancanil. Serie de maderos fuertes tendidos tope a tope y desde la proa a la popa, para ligar los baos a las cuadernas y al forro exterior.

Trinquete. En los buques de vela, el primer palo a partir de la proa. Las vergas, velas, jarcias, etc., que se fijan en él toman el nombre del mismo.

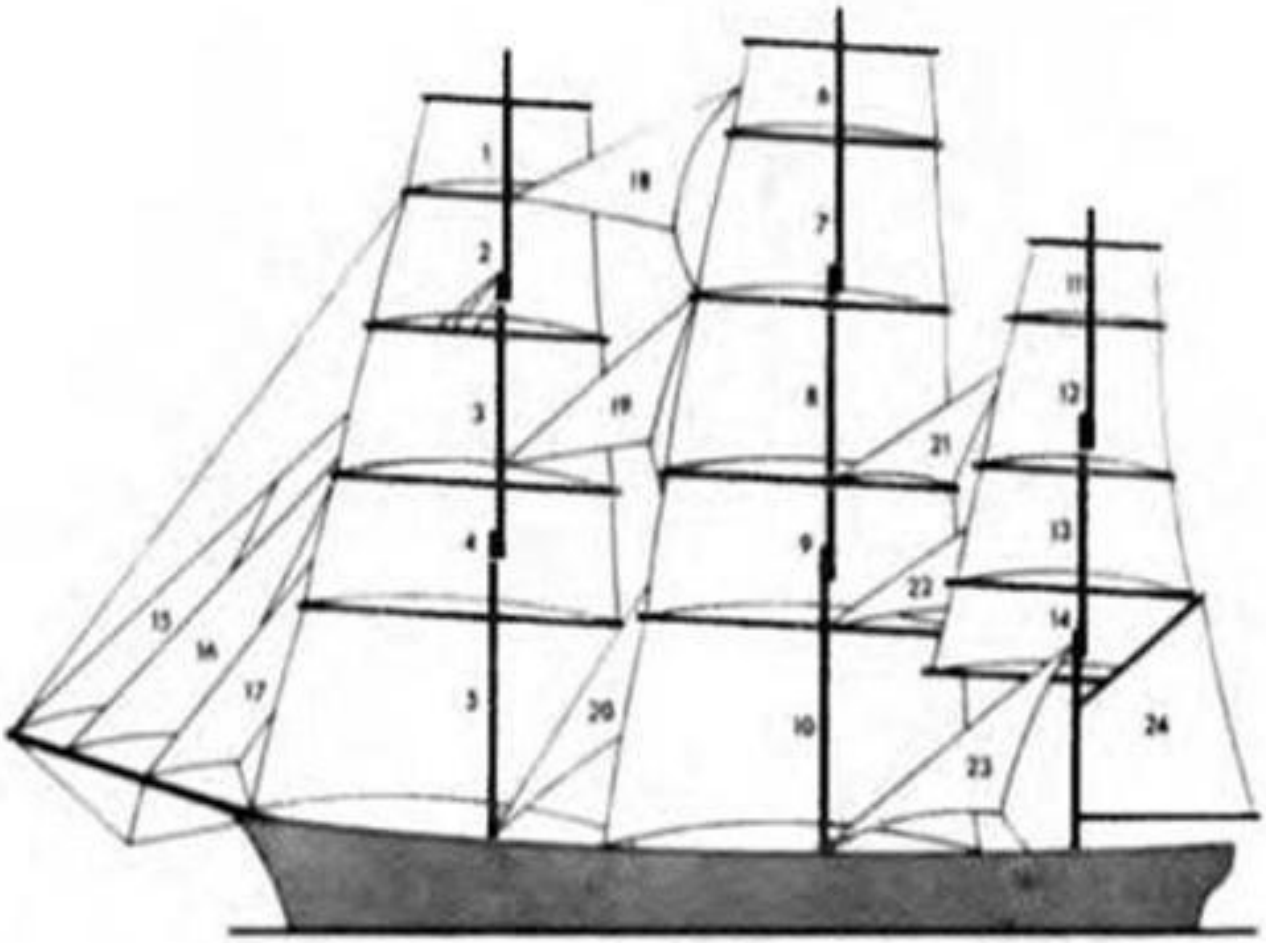
Vela. Superficie de lona o tejido sintético, modelada en forma aerodinámica, capaz de aprovechar la fuerza del viento para la propulsión de buques o embarcaciones de vela. Hay muchos tipos de velas: *cuadras*, *latinas*, *áuricas*, etc. Y todas tienen un nombre según su forma o situación.

Verga. Percha de madera o metal, maciza o hueca, de sección circular o elíptica, que va afilándose hacia los extremos. En ellas se envergan las velas y reciben el nombre de aquéllas.

Verga seca. La verga más baja del palo de mesana cuando carece de velas (de ahí su nombre) y sólo sirve para amurar la sobremesana.

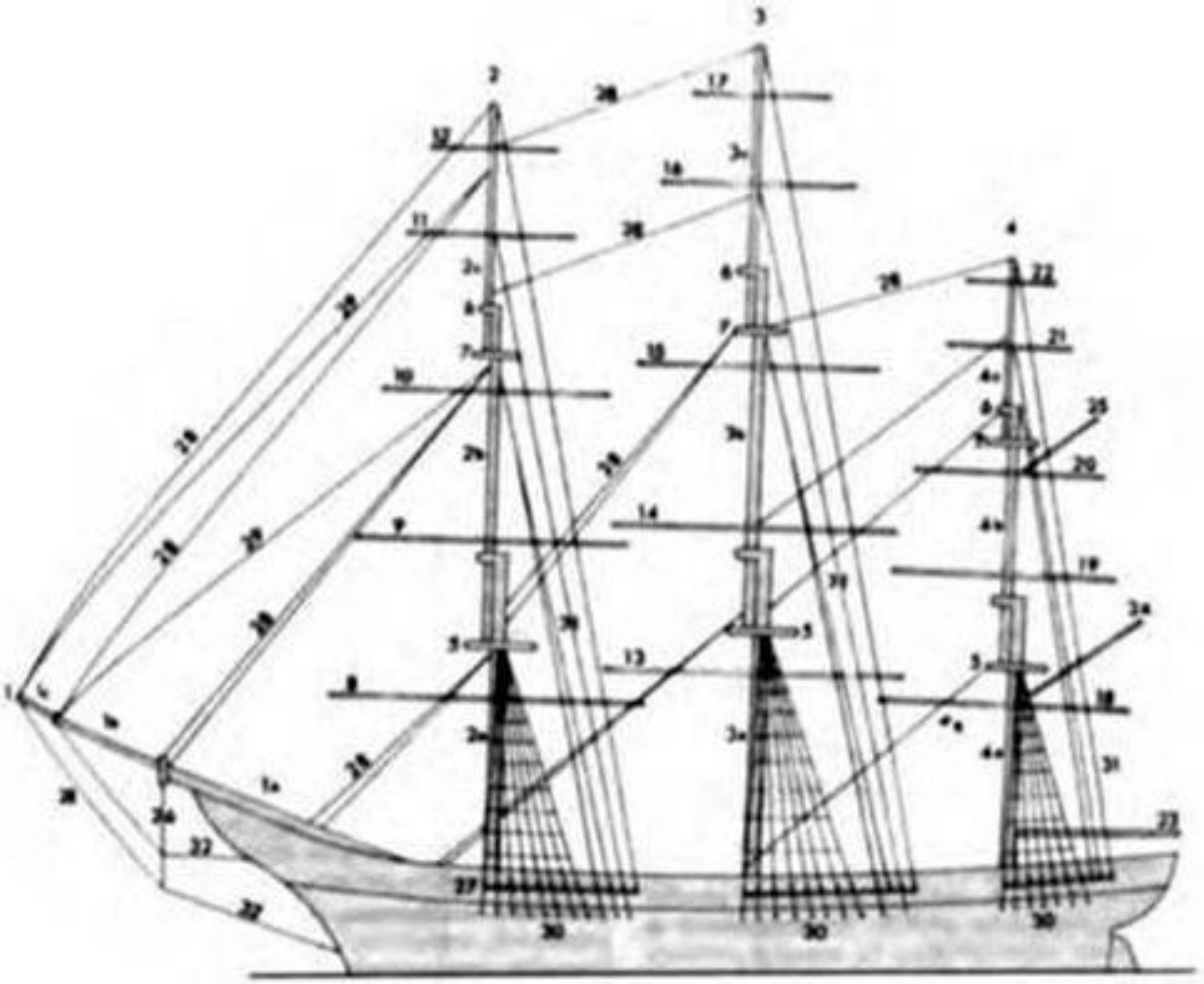
Vigota. Especie de motón de madera de forma redonda y achatada, que tiene alrededor un surco en el que se aplica el estrobo que sirve para fijarla.

GRÁFICOS



1. Velas de un barco

1. Sobrejuanete de proa
2. Juanete de proa
3. Velacho alto
4. Velacho bajo
5. Trinquete
6. Sobrejuanete mayor
7. Juanete mayor
8. Gavia alta
9. Gavia baja
10. Mayor
11. Sobreperico
12. Perico
13. Sobremesana alta
14. Sobremesana baja
15. Petifoque
16. Foque
17. Contrafoque
18. Estay de sobremayor
19. Estay de juanete mayor
20. Estay de gavia
21. Estay de perico
22. Estay de sobremesana alta
23. Estay de sobremesana baja
24. Cangreja



2. Arboladura de un barco

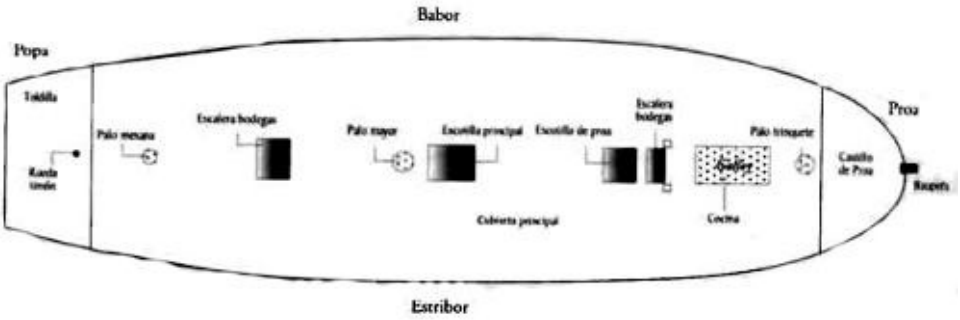
1. Palo bauprés
1a. Palo macho
1b. Botalón de foque
1c. Botalón de petifoque

2. Palo trinquete
2a. Palo macho
2b. Mastelero de proa
2c. Mastelerillo de proa

3. Palo mayor
3a. Palo macho
3b. Mastelero mayor
3c. Mastelerillo mayor

4. Palo de mesana
4a. Palo macho
4b. Mastelero de popa
4c. Mastelerillo de popa

5. Cola
6. Tamborete
7. Cruceta
8. Verga de trinquete
9. Verga de velacho bajo
10. Verga de velacho alto
11. Verga de juanete de proa
12. Verga sobrejuanete de proa
13. Verga de mayor
14. Verga de gavia baja
15. Verga de gavia alta
16. Verga de juanete mayor
17. Verga sobrejuanete mayor
18. Verga seca o de mesana
19. Verga de sobremesana baja
20. Verga de sobremesana alta
21. Verga de perico
22. Verga de sobreperico
23. Botavara
24. Pico
25. Verga de escandalosa
26. Moco
27. Tabla o mesa de guarnición
28. Estays
29. Nervios
30. Obenques
31. Burdas
32. Barbiquejos del bauprés



3. Cubierta de un barco

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

“A través del vórtice de un huracán”. Título original “Through the Vortex of a Cyclone”. La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *The Wandering Soul, Glimpses of a Life*, William Hope Hodgson (editado por Jane Frank), Tartarus Press, 2005. Originalmente apareció en *Putnam’s Monthly Magazine* (1909). Ambas ediciones incluyen las fotografías del propio Hodgson. Traducido por José María Nebreda.

“Desde el mar sin mareas (parte 1)”. Título original “From the Tideless Sea, Part One”. La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *Men of Deep Waters* (Eveleigh Nash, 1914). Originalmente apareció en *Monthly Story Magazine 2, No. 6* (abril 1906). Traducido por Esperanza Castro.

“Desde el mar sin mareas (parte 2)”. Título original “From the Tideless Sea, Part Two: More News From the *Homebird*” (a veces aparece también como: “The Fith Message from the Tideless Sea”, es decir, “El quinto mensaje desde el mar sin mareas”). La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *Men of Deep Waters* (Eveleigh Nash, 1914). Originalmente apareció en *Blue Book Magazine* (agosto 1907). Traducido por Esperanza Castro.

“El misterio del buque abandonado”. Título original “The Mystery of the Derelict”. La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *Men of Deep Waters* (Eveleigh Nash, 1914). Originalmente apareció en *Story-teller No. 4* (julio 1907). Traducido por José María Nebreda.

“La cosa en las algas”. Título original “The Thing in the Weeds”. En algunas ocasiones también figura como “An Adventure of the Deep Waters”. La presente traducción está basada en la edición americana del libro *Deep Waters* (Arkham House, 1967). El cuento se publicó por primera vez en el número 60 de la revista *Story-teller* (enero 1912). Traducido por José María Nebreda.

“El descubrimiento del *Graiken*”. Título original “The Finding of the *Graiken*”. La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *Out of the Storm* (Grant, 1975). Originalmente apareció en *The Red Magazine No. 93* (15 de febrero de 1913). Traducido por José María Nebreda.

“La llamada al amanecer”. Título original “The Call in the Dawn”. En algunas ocasiones también figura como “The Voice in the Dawn”. La presente traducción está basada en la edición americana del libro *Deep Waters* (Arkham House, 1967). El cuento se publicó por primera vez en la revista *Premier Magazine* (5 de noviembre de 1920), bajo el título “The Voice in the Dawn”. Traducido por José María Nebreda.

“La balsa”. Título original “The Raft”. Este cuento es en realidad una

falsificación; jamás fue escrito por W. H. Hodgson, si no por un tal C. L. en octubre de 1905. Disponemos del texto gracias a Douglas A. Anderson. Me he decidido a incluirlo en la presente selección como una curiosidad que durante algún tiempo se creyó había sido escrita por el propio W. H. H. y porque la historia, que es bastante decente, se inspira en los cuentos del Mar de los Sargazos de Hodgson, por quien el mencionado C. L. se quería hacer pasar ya en el lejano año de 1905; cosa que parece verificar el impacto que provocaron en su época las dos partes del cuento “Desde el mar sin mareas”, de W. H. H. Traducido por José María Nebreda.

“La isla del Ud”. Título original “The Island of the Ud”. La presente traducción está basada en la versión publicada en *The Luck of the Strong* (Eveleigh Nash, 1916). Originalmente apareció por primera vez en *The Red Magazine, No. 75* (15 de mayo de 1912). Traducido por José María Nebreda.

“La aventura de la punta de tierra”. Título original “The Adventure of the Headland”. La presente traducción está basada en la versión publicada en *The Luck of the Strong* (Eveleigh Nash, 1916). Originalmente apareció por primera vez en *The Red Magazine, No. 86* (15 de abril de 1914). Traducido por José María Nebreda.

“Un horror tropical”. Título original “A Tropical Horror”. La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *Out of the Storm* (Grant, 1975). Originalmente apareció en *Grand Magazine* (abril 1905). Traducido por José María Nebreda.

“Más allá de la tormenta”. Título original “Out of the Storm”. La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *Out of the Storm* (Grant, 1975). Originalmente apareció en *Putnam’s Monthly 5, No. 5* (febrero 1909). Traducido por José María Nebreda.

“El misterio del barco inundado”. Título original “The Mystery of the Water-Logged Ship”. La presente traducción está basada en la versión original publicada en *Grand Magazine No. 75* (mayo 1911). Traducido por José María Nebreda.

“El encantamiento del *Lady Shannon*”. Título original “The Haunting of the *Lady Shannon*”. La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *Out of the Storm* (Grant, 1975). Traducido por José María Nebreda.

“Una voz en la noche”. Título original “The Voice in the Night”. La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *Men of Deep Waters* (Eveleigh Nash, 1914). Originalmente apareció en *Blue Book Magazine 6, No. 1* (noviembre 1907). Traducido por Esperanza Castro.

“El albatros”. Título original “The Albatross”. La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *Out of the Storm* (Grant, 1975). Originalmente apareció en *Adventure 2, No. 3* (julio 1911). Traducido por José María Nebreda.

“La nave abandonada”. Título original “The Derelict”. La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *Men of Deep Waters* (Eveleigh Nash, 1914). Originalmente apareció en *Red Magazine No*. 88 (1 de diciembre de 1912). Traducido por Esperanza Castro.

“Viejo Golly”. Título original “Old Golly”. La presente traducción está basada en la versión publicada en *The Haunted* Pampero (Grant, 1991). El cuento se publicó por primera vez en *Short Stories 92, No. 6* (diciembre 1919). Traducido por José María Nebreda.

“Demonios del mar”. Título original “Demons of the Sea” (y también a veces “The Crew of the *Lancing*”, es decir, “La tripulación del *Lancing*). La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *Terrors of the Sea* (Grant, 1976). Originalmente apareció en *Sea Stories Magazine 6, No. 5* (5 de octubre de 1923). Traducido por José María Nebreda.

“Los habitantes de la isleta Middle”. Título original “The Habitants of the Middle Islet”. La presente traducción está basada en la edición americana del libro *Deep Waters* (Arkham House, 1967). El cuento se publicó por primera vez en el libro *Dark Mind, Dark heart* (Arkham House, 1962). Traducido por Esperanza Castro.

“La nave de piedra”. Título original “The Stone Ship” (a veces aparece también como: “The Mystery of the Ship in the Night”, es decir, “El misterio del barco en la noche”). La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *The Luck of the Strong* (Eveleigh Nash, 1916). Originalmente apareció en *Red Magazine No. 134* (1 de julio de 1914) como “The Mystery of the Ship in the Night”. Traducido por Esperanza Castro.

“El buque embrujado *Pampero*”. Título original “The Haunted *Pampero*”. La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *The Haunted Pampero* (Grant, 1991). Originalmente apareció en *Short Stories 89, No. 2* (Febrero 1918). Traducido por José María Nebreda.

“La noche partida”. Título original “The Riven Night”. La presente traducción está basada en la versión publicada en *Terrors of the Sea* (Grant, 1996). El cuento se publicó por primera vez en *Shadow No. 19* (abril de 1973). Traducido por José María Nebreda.

“El navío silencioso”. Título original “The Silent Ship” (el mismo cuento también ha sido publicado con diferentes títulos: “The Phantom Ship” y “The Silent Ship Tells How Jessop Was Picked Up”). La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *The Haunted* Pampero (Grant, 1991). Originalmente apareció como “The Phantom Ship” en *Shadow No. 20* (octubre 1973). Traducido por José María Nebreda.

“El encantamiento del *Jarvee*”. Título original “The Haunted *Jarvee*”. La

presente traducción está basada en la versión publicada en *Carnacki The Ghost Finder* (*Mycrotf* & Moran, 1947). Originalmente apareció en *The Premier Magazine* (marzo 1929). Traducido por José María Nebreda.

"El regreso al hogar del *Shamraken*". Título original "The *Shamraken* Homeward-Bounder" (a veces aparece también como: "Homeward Bound", es decir, "De regreso al hogar"). La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *Men of Deep Waters* (Eveleigh Nash, 1914). Originalmente apareció en *Putnam's Monthly 4, No. 1* (abril 1908). Traducido por Esperanza Castro.

"El salvaje hombre de mar". Título original "The Wild Man of the Sea". La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *The Haunted Pampero* (Grant, 1991). Originalmente apareció en *Sea Stories Magazine* (mayo 1918). Traducido por José María Nebreda.

"Lingotes". Título original "Bullion". La presente traducción está basada en la edición americana del libro *The Haunted Pampero* (Grant, 1991). El cuento se publicó por primera vez en la revista *Everybody's Weekly* (marzo 1911). Traducido por José María Nebreda.

"Piadoso rescate". Título original "Merciful Plunder". La presente traducción está basada en la versión original publicada en *Argosy-All-story Weekly 170, No. 4* (25 de julio de 1925). Traducido por José María Nebreda.

"Los fantasmas del *Glen Doon*". Título original "The Ghosts of the *Glen Doon*". La presente traducción está basada en la versión original publicada en *The Red Magazine No. 64* (1 de diciembre de 1911). Traducido por José María Nebreda.

"La isla de las tibias cruzadas". Título original "The Island of the Crossbones". La presente traducción está basada en la versión publicada en *Terrors of the Sea* (Grant, 1996). Originalmente apareció en *Short Stories 80, No. 4* (octubre 1913). Traducido por José María Nebreda.

"Los tiburones del *St. Elmo*". Título original "The Sharks of the *St. Elmo*" (también titulado "Fifty Dead Chinamen All in a Row", es decir, "Cincuenta chinos muertos en fila"). La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *Terrors of the Sea* (Grant, 1996). Originalmente fue editado en forma de folleto por la *Strange Company en* 1988. Traducido por José María Nebreda.

"En el puente". Título original "On the Bridge" (a veces aparece también como: "The Real Thing: On the Bridge", es decir, "El hecho real: En el puente"). La presente traducción está basada en la versión publicada en el libro *Men of Deep Waters* (Eveleigh Nash, 1914). Originalmente apareció en *Saturday Westminster Gazette No. 5899* (20 de abril de 1912). Traducido por José María Nebreda.

"El hecho real: SOS". Título original "The Real Thing: SOS"». La presente

traducción está basada en la versión publicada en el *Cornhill Magazine 3rd Series*, No. 247 (enero 1917). Traducido por José María Nebreda.

“El lanzamiento de la corredera”. Título original “The Heaving of the Log”. La presente traducción está basada en la versión publicada en forma de libreto por la *Strange Company en* 1988. Traducido por José María Nebreda.

“Por sotavento”. Título original “By the Lee” (también conocido como “The Storm”). La presente traducción está basada en la versión publicada en *Terrors of the Sea* (Grant, 1996). Originalmente apareció por primera vez, con algunas modificaciones y el título de “The Storm”, en *Short Stories* (diciembre 1919). Traducido por José María Nebreda.

“Hombres de mar”. Título original “Sailormen”. La presente traducción está basada en la versión publicada en *Terrors of the Sea* (Grant, 1996). Traducido por José María Nebreda.



WILLIAM HOPE HODGSON (15 de noviembre de 1877 - 17 de abril de 1918), escritor inglés, es considerado como uno de los precursores de la literatura de terror y fantástica contemporánea. Sus cuentos, relatos cortos y ensayos fueron de muy influyentes en autores posteriores como H. P. Lovecraft.

A los 13 años se enroló en la marina mercante, lo cual le permitió navegar por todo el mundo. Ocho años más tarde decide volver a tierra, cansado del mar y de la mala vida llevada por los marineros. En Inglaterra trabajó como fotógrafo y como profesor de gimnasia en una escuela de Blackburn. Al mismo tiempo comenzó su carrera como escritor, sin mucho éxito aparente. Su primer trabajo publicado fue el cuento *Un horror tropical* (1905). En 1907 saldría *Los náufragos de las tinieblas*, su primera novela. Posteriormente publicó *La casa en el confín de la Tierra* (1908), *Los piratas fantasmas* (1909) y *El reino de la noche*, su obra más extensa, en 1912. También escribió numerosos relatos cortos en diferentes revistas *pulps*, relatos que serían recogidos en varias antologías.

En la primera guerra mundial, se alistó en el ejército británico y combatió en Francia hasta el día de su muerte, el 17 de abril de 1918, a causa de una granada alemana. Su muerte prematura a la edad de 40 años impidió que el listado de sus obras fuera más extenso.

Notas

[1] Para la biografía de Hodgson véase el prólogo al libro *Trilogía del Abismo*, Valdemar, Gótica 58, Madrid, 2005. También *Mar adentro*, por Jesús Palacios, al final de este libro. <<

[2] Toda su obra, excepto *El reino de la noche*, ha sido publicada por la editorial Valdemar. <<

[3] *Dunedin*. Ciudad de Nueva Zelanda situada en la bahía de Otago, un entrante del Océano Pacífico que separa a la ciudad de la península de Otago. La ciudad se fundó en 1848, y después de 1861 creció rápidamente al descubrirse oro en las cercanías. <<

[4] *Rolling Home to Merry England*: Volviendo a casa a la alegre Inglaterra. <<

[5] Para este y otros términos, palabras y frases marineras ver el «Glosario de términos y frases» que se incluye al finalizar este «Diario», o ver el «Glosario de términos náuticos» que figura al final del libro. <<

[6] El meridiano 180° es una línea imaginaria superficial terrestre, trazada sobre el Océano Pacífico, que marca la línea internacional de cambio de fecha. La elección del meridiano 180° como la línea internacional de cambio de fecha se basa en la característica conveniente de que atraviesa zonas oceánicas prácticamente despobladas. <<

[7] La colección de cuentos «A Strange Story», de Edward Bulwer-Lytton, fue publicada en 1860. Se trata de una recopilación de cuentos macabros de los que H. P. Lovecraft dijo en su ensayo *El horror sobrenatural en la literatura* que «pese a sus fuertes dosis de retórica y de hueco romanticismo, el éxito de sus escritos es innegable merced a su habilidad para tejer una cierta clase de singular encantamiento». De este mismo autor la editorial Valdemar ha publicado, en su colección Gótica, n.º 17, «Zanoni o el secreto de los inmortales». *El horror sobrenatural en la literatura*, también editado en Gótica, n.º 80. <<

[8] Para este y otros términos, palabras y frases marineras ver el «Glosario de términos y frases» que se incluye nada más acabar este «Diario», o ver el «Glosario de términos náuticos» que figura al final del libro. <<

[9] La *autoarpa* es un instrumento musical de cuerda. A pesar de su nombre, no se trataba exactamente de un arpa, sino de una cítara encordada. Se emplea mucho en Sudamérica. <<

[10] Para este y otros términos, palabras y frases marineras ver el «Glosario de términos y frases» que se incluye nada más acabar este «Diario», o ver el «Glosario de términos náuticos» que figura al final del libro. <<

[11] *Toffee*. Caramelo masticable o pasta muy espesa de café con leche. <<

[12] *Sudoeste*. En este caso se refiere a una gorra o sombrero hecho de tela pintada o aceitada que tiene una amplia solapa, a manera de protección, en la parte trasera. Se suele usar por los marinos en tiempo borrascoso. <<

[13] *Laira (o Lary o Leeri)*. Una zona o barrio cercano al estuario de Plym, desde el Cattewater hasta Marsh Mills, en Plymouth. <<

[14] ISO: Es una escala de sensibilidad fotográfica, físicamente se define la sensibilidad como la inversa de la entrada necesaria para obtener una respuesta predeterminada en un sistema. El sistema ISO es en realidad la fusión de los sistemas ASA y DIN, pues en él se indican ambos valores. <<

[15] *Suji muji*. Término marinero inglés usado para definir una especie de pasta, sopa o mejunje que se formaba mezclando agua fresca y unos polvos desinfectantes. Empleado para la limpieza de la pintura del barco. <<

[16] *All Sorts and Conditions of Men*. Novela escrita por el autor inglés *sir* Walter Besant que fue publicada en 1882 y cuenta sus impresiones sobre los barrios bajos del este de Londres, a los que él ve más como unos lugares sin alegría que como un sitio habitado por gente malsana. <<

[17] *Los Lizards* son unos montes que se elevan en la Península de Lizard, en la zona más al sur de Gran Bretaña. Hay un pueblecito del mismo nombre y un faro, cuya luz se puede ver a 26 millas de distancia y que guía a los marineros en la entrada al Canal. <<

[18] *Pastel de mar*. Plato hecho a base de corteza o bizcocho, mezclado con carne o pescado, cocinado y preparado en capas alternativas. Se trata de una comida típica de marinos.

Ver además el «Glosario» al final de este «Diario». <<

[19] *Highlander*. Montañés de las Tierras Altas de Escocia. <<

[20] *Faro de St. Catherine*. Está situado en Niton Undercliff, a nueve kilómetros de Ventnor, en la Isla de Wight. Su luz es visible a unas 30 millas náuticas y sirve de guía a los barcos que se aproximan al Canal. <<

[21] *Beachy Head*. Acantilado situado en la costa sur de Inglaterra, cerca de la ciudad de Eastbourne, en el condado de East Sussex. Se trata del acantilado de yeso más alto de toda Inglaterra, unos 162 metros por encima del mar, y es famoso por ser uno de los lugares del mundo con más alto índice de suicidios. También es un punto de referencia para los barcos que entran al Canal. <<

[22] *North Foreland*. Acantilado de yeso situado en la Isla de Thanet, en el cual se asienta un faro. <<

[23] *Margate y Broadstairs*. Ciudades costeras enclavadas en la Isla de Thanet. Ambas están muy ligadas con el mar y tienen una orgullosa tradición marinera. <<

[24] *Murdering Beach*. Playa de Nueva Zelanda situada en la costa de Otago, famosa por sus leyendas sobre masacres, batallas y tragedias. <<

[25] *Golden Gate*. Famoso puente colgante situado en el estrecho del mismo nombre, en San Francisco (California), que une la Península de San Francisco por el norte con el sur de Marín. Fue construido entre 1933 y 1937, y tiene una longitud aproximada de 1280 metros. *Golden Gate* también es el nombre del estrecho en el que está construido el puente. Con toda seguridad, y por las fechas en las que se levantó el puente, Hodgson, en este relato, está haciendo mención al estrecho, ya que el puente aún no se había construido en la fecha de su primera edición (1909). <<

[26] *Relámpago centella*. Tipo especial de relámpago que se caracteriza por ir de la tierra (o el mar) hacia arriba, hacia la nube, y no al revés, como es lo habitual. Suele formar unos chorros azules y gigantescos. <<

[27] *Tomar por la lúa*. DRAE: Perder el gobierno (de una embarcación) porque las velas reciben el viento por la parte de sotavento, por donde no están amuradas. <<

[28] *Relinga*. DRAE: Cabo con que se refuerzan las orillas de las velas. También sirve para facilitar el envergue de las mismas. <<

[29] Se trata evidentemente de una referencia a algo que el señor Philips había explicado en un mensaje anterior; uno de los tres mensajes perdidos. (W. H. H.) <<

[30] El capitán Bolton no menciona la pinza en la carta descriptiva que ha adjuntado al manuscrito. (W. H. H.) <<

[31] *Guardia de cuartillo*. Las guardias son servicios de vigilancia que se llevan a cabo en un buque durante la navegación. Los turnos son de cuatro horas. Los de noche se llaman *de prima* (de 8 a 12), *de media* (de 12 a 4) y *de alba* (de 4 a 8). El último de la tarde (de 4 a 8) se divide en dos mitades llamadas *medias guardias* o *cuartillos*. <<

[32] *Bricbarca*. Velero de tres palos, el de trinquete y el mayor con velas cuadras, y el de mesana con velas áuricas y bauprés. <<

[33] Jamás se permitía llevar sobre la cubierta de un buque por la noche faroles que no estuviesen convenientemente «cegados», pues podrían deslumbrar al oficial de guardia. (W. H. H.) <<

[34] *Botalón de foque*. La parte media de las tres que componen el bauprés (palo cilíndrico que sobresale de la proa de un barco), o todo el bauprés si está constituido por una sola pieza. <<

[35] *Juanete de proa*. Penúltima vela, en altura y dimensiones, del palo de trinquete (el primero a partir de la proa). <<

[36] *Davy Jones*. El espíritu del mar para los marineros ingleses. Su nombre se cree que proviene del término *Duffy*, usado por los negros y que significa «fantasma», y *Jonah*, un pirata que hacía «caminar por la tabla» a sus prisioneros. <<

[37] *Anclote*. Ancla pequeña. <<

[38] *Palo de mesana*. El que está siempre a popa del palo mayor. <<

[39] *Ponerse al pairo*. Mantenerse proa al oleaje con poco trapo, a fin de compensar el efecto de abatimiento. <<

[40] La palabra inglesa *eddy* puede traducirse como «una corriente circular de agua provocada por la obstrucción del flujo marino, o el encuentro o choque entre dos corrientes de sentidos opuestos». <<

[41] Este cuento («The Raft») es en realidad una falsificación; jamás fue escrito por W. H. Hodgson, sino por un tal C. L. en octubre de 1905. Disponemos del texto gracias a Douglas A. Anderson. Me he decidido a incluirlo en la presente selección como una curiosidad que durante algún tiempo se creyó había sido escrita por el propio W. H. H. y porque la historia, que es bastante decente, se inspira en los cuentos del «Mar de los Sargazos» de Hodgson, por quien el mencionado C. L. se quería hacer pasar ya en el lejano año de 1905; cosa que parece verificar el impacto que provocaron en su época las dos partes del cuento «Desde el mar sin mareas», de W. H. H. <<

[42] *Dago*. El término *dago* (en plural *dagos o dagoes*) es utilizado en América para referirse a los italianos o italo-americanos, especialmente si acaban de emigrar o si aún no han asimilado la cultura anglo-americana. De manera más general, se utiliza para definir de una manera ofensiva a una persona de habla española, italiana o portuguesa. El término nació en los siglos XVIII y XIX, cuando los marineros británicos comenzaron a usarlo al describir a los marinos españoles, y en el inglés moderno aún se utiliza al referirse a personas de origen hispano. <<

[43] *Meollar*. Especie de cordel que se forma torciendo tres o más filásticas (hilos sacados de cabos o cuerdas viejas). <<

[44] *Macarrones*. Extremo de las cuadernas (pareja de piezas de la estructura de un barco cuyo conjunto forman su *esqueleto*) que sale fuera de las bordas de un buque. <<

[45] *Mastelerillo de juanete*. Cada uno de los dos que se ponen sobre los masteleros de gavia (el que va sobre el palo mayor) y sostienen los juanetes. <<

[46] *Verga de gavia*. Percha (vara) de madera o metal en donde se enverga (fija) la vela gavia (la segunda contando desde abajo del palo mayor). <<

[47] *Verga entena*. Es una percha (vara) más o menos gruesa y larga que sirve para prolongar un palo. <<

[48] *Palo de trinquete*. El más cercano a la proa en un barco de vela provisto de dos o tres palos. <<

[49] *Combés*. Espacio en la cubierta superior comprendido entre el palo mayor y la proa. <<

[50] *White Hart*: Venado Blanco. <<

[51] *Cabilla*. Pequeña barra de madera o hierro de unos treinta centímetros, cuya parte superior se parece al mango de la porra de un guardia. A la cabilla se fijan las jarcias de labor. <<

[52] Juego de palabras, el vocablo *poop* tiene dos significados en inglés: «popa» y «caca». <<

[53] *Gavia de mesana*. La segunda vela desde abajo del palo situado más hacia la popa. <<

[54] *Jarcia de mesana*. La jarcia es el conjunto de palos y cuerdas de un buque que conforman el aparejo. La de mesana sería la más cercana a la popa. Los *flechastes* son los cordones horizontales que sirven para unir los *obenques* (cabos gruesos que sujetan la cabeza de un palo o de un mastelero) y son utilizados por la marinería para subir a los palos. <<

[55] Buque fantasma que a veces se aparece a los marineros, sobre todo durante las tempestades. La leyenda cuenta que su capitán, Van Straaten, zarpó del puerto un Viernes Santo debido a una apuesta y que, a pesar de que le advirtieron de la solemnidad religiosa del día, él dijo que nadie le haría cambiar de opinión, ni tan siquiera el mismísimo Dios. Esta blasfemia fue castigada, y el barco y toda su tripulación, capitán incluido, desaparecieron en medio del océano. Desde entonces la gente de mar cuenta que su navío es frecuentemente avistado, sobre todo en mitad de alguna tempestad, y que no es capaz de ganar espacio ni abatir, que no puede tomar puerto y que está condenado por Dios a vagar de esta manera hasta el fin de los tiempos y el día del Juicio Final.

La leyenda ha ido sufriendo modificaciones y así el nombre del impío capitán pasó a ser Van der Dechen, Barent Focke y Van der Decken (que es, quizás, el más conocido). También el nombre del barco ha sufrido modificaciones: para los latinos es «el buque fantasma» o «el holandés errante», mientras que los ingleses, alemanes y holandeses le denominan «el holandés volante», es decir, *the Flying Dutchman*, *der fliegende Hollander o de vliegende Hollander*. <<

[56] *Scottish Heath*. Patria Escocesa. <<

[57] En el idioma inglés, el vocablo «barco, nave, navío, etc.» siempre es femenino, al contrario de lo que ocurre en el español. <<

[58] *Fogonadura*. Según el DRAE: «*Mar*: Cada uno de los agujeros que tienen las cubiertas de la embarcación para que pasen por ellos los palos a fijarse en sus carlingas». <<

[59] *Arranchar*. Según el DRAE: «*Mar*: Cazar (tensar las velas) y bracear (orientar las vergas para aprovechar el viento) todo lo posible el aparejo de un buque». <<

[60] *Velacho*. Gavia del trinquete. Es decir, la segunda o tercera vela (dependiendo de cuántas tengan cada palo) contando desde abajo, o la que está por encima de la vela de trinquete. Según el número de velas puede haber un velacho alto y un velacho bajo (si hay cinco velas por palo). En realidad, la vela gavia propiamente dicha es la que está en el palo mayor, aunque también se nombra *gavias* a sus correspondientes en los otros palos. <<

[61] *Estibar*. DRAE: «Apretar, recalcar materiales o cosas sueltas para que ocupen el menor espacio posible… Distribuir convenientemente en un buque los pesos». <<

[62] *Ancla de capa*. Se trata de un utensilio amarrado a un cabo que, largado al agua por un barco obligado a *ponerse a la capa* debido al mal tiempo, sirve para mantenerlo con la proa en la dirección del viento. <<

[63] *Cajeta*. Trenza tejida con las filásticas o meollares concurriendo oblicuamente a la línea central sin que en apariencia se crucen. La de filásticas se emplea en rizos, tomadores, estrobos de remos, etc., y la de meollar en badernas y badernones, etc. Existen la cajeta común, la cuadrada, la redonda, francesa, inglesa, de empaquetado, etc. Tomado de la «Enciclopedia general del mar», de José Mª Martínez-Hidalgo y Terán (Ed. Garriga, 1957). <<

[64] *Racamento*. Según el DRAE: Guarnimiento, especie de anillo que sujeta las vergas a sus palos o masteleros respectivos, para que puedan correr fácilmente a lo largo de ellos. <<

[65] *Cargadera*. Según el DRAE: Cabo con que se facilita la operación de arriar o cerrar las velas volantes y de cuchillo. <<

[66] *Acollador*. Según el DRAE: Cabo de proporcionado grosor que pasa por los ojos de las vigotas y sirve para tesar el cabo más grueso en que están engarzadas. <<

[67] *Vigota*. Según el DRAE: Especie de motón chato y redondo, sin roldana y con dos o tres agujeros, por donde pasan los acolladores. <<

[68] *Ostaga*. Según el DRAE: Cabo que pasa por el motón situado en la cruz de las vergas de gavia y por el de la cabeza del mastelero, y sirve para izar dichas velas. <<

[69] *Andarivel*. Según el DRAE: Cuerda colocada en diferentes sitios del buque, a manera de pasamano, para dar seguridad a las personas o para otros usos. <<

[70] *Bendigo*. Ciudad australiana cercana a Melbourne, que cuenta en la actualidad con una población de unos 90 000 habitantes. <<

[71] *Euboe*. En realidad es la isla Eubea, y está localizada a oriente de Grecia, en el Mar Egeo, un poco por encima de Arenas. Da la impresión de que Hodgson se equivocó, ya que la aventura que se narra en este relato se desarrolla en el Mar Adriático, presumiblemente en las costas de la antigua Yugoslavia. <<

[72] Juego de palabras por similitudes fonéticas entre Jellotson y *Jellybag*, que significa literalmente «saco de mermelada». <<

[73] *Brazola*: Borde elevado que rodea las aberturas en la cubierta de un barco o techo para evitar la entrada del agua. <<

[74] Juego de palabras en el que se usan los términos *beef y salt horse* («carne de buey» y «buey en salazón», respectivamente). La frase completa en inglés es la que sigue: *Put some beef into it, or you'll never smell salt horse again.* <<

[75] Este relato es una recreación literaria de la fatídica noche en la que se produjo el hundimiento del *Titanic*. Se trata de una especie de homenaje a los oficiales y marineros de aquel barco y, en realidad, de cualquier otro barco, y muestra un posible desarrollo alternativo a lo realmente acontecido. Recordemos que, cuando se escribió esta historia, el accidente aún estaba muy fresco en la memoria de la sociedad de la época, y que una buena parte de ella achacaba la responsabilidad de todo lo sucedido al capitán y su tripulación. <<

[76] Antaño, durante los temporales, se echaba aceite al mar porque, debido a la tensión superficial creada por la película de aceite, cuando pasa la ola se extiende esta película haciendo que pierda una pequeña parte de su energía, que es disipada en forma de calor por rozamiento. Esto puede ser de alguna utilidad cuando las olas son de tamaño pequeño o medio, pero cuando el mar está verdaderamente agitado la pérdida de energía debido al aumento de la tensión superficial es despreciable frente a la monstruosa energía de una cresta rompiéndose. <<

[77] *Corredera*. Según el DRAE: Cordel dividido en partes iguales, sujeto y arrollado por uno de sus extremos a un carretel, y atado por el otro a la barquilla, con la cual forma un aparato destinado a medir lo que anda la nave. <<

[78] En realidad lo correcto sería decir «tomar por la lúa» que, según el DRAE, es «perder el gobierno (de una embarcación) porque las velas reciben el viento por la parte de sotavento, por donde no están amuradas». <<